
LA CONDESA
Tirana
Virginia Camacho

La Condesa Tirana

Virginia Camacho

Copyright © 2025 Virginia Camacho

Twitter e Instagram: @virginia_sinfin

Sitio Web: www.virginiacamacho.com

Primera Edición para Amazon-Kindle

Diseño portada: Laura Machado García-Gemellisedición

ISBN: 9798288090387

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

El amor puede florecer
hasta en la más profunda oscuridad.

Tabla de contenido

1

2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
EPÍLOGO
LISTA DE OBRAS
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

1

Inglaterra, 1384

Los gritos resonaron en la plaza de la aldea, cortando el aire con la misma estridencia de un cuchillo oxidado.

Charlotte los había estado escuchando desde muy temprano, después de que la sacaran a rastras de la mazmorra donde había estado desde hacía días, o tal vez años, ya no sabía. Risas histéricas, insultos, aplausos burlones… Todo eso formaba parte de la locura colectiva que ahora bullía frente al cadalso.

La odiaban, por supuesto. Lo habían hecho siempre. Pero hoy, especialmente, estaban felices de ver con sus propios ojos cómo pagaría por sus pecados.

—Llegó vuestro turno, perra —dijo Brad, uno de los soldados que la arrastraba hacia el patíbulo, mientras clavaba sus dedos sucios en su brazo y la empujaba con brutalidad.

Antes, cualquier hombre que osara tocarla habría perdido esa mano en menos de un segundo. Pero ahora, su poder estaba tan reducido, en todos los sentidos, que apenas pudo mantenerse en pie cuando tropezó torpemente y cayó de bruces contra el suelo de madera podrida. Su mentón golpeó con un chasquido seco, robándole el aire de los pulmones por un instante. Todos volvieron a reír, señalándola, disfrutando de su humillación.

Le dolió, claro que le dolió, pero era un dolor más entre tantos que ya no importaba. Vio mechones de su cabello negro, engrasado y enredado, caer sobre su rostro sudoroso. Con las manos atadas a la espalda, logró levantarse con dificultad y avanzar descalza hacia el cadalso. Cada paso era una agonía; el calor abrasador del sol quemaba las plantas de sus pies desnudos, llenos de ampollas y cortes. Las cuerdas que rodeaban sus muñecas habían desollado la piel, dejando marcas rojas y sangrientas que picaban y ardían al contacto con el sudor. Un corte profundo en el labio inferior le latía constantemente, y había perdido un diente delantero recientemente. Su cuerpo entero estaba magullado, cubierto de moretones

amarillentos y violáceos, resultado de semanas de abuso sistemático.

Pero en algún punto en medio de tanto dolor, su mente se había desconectado de la realidad, y ahora sólo miraba al vacío.

Theodore, pensó.

Su esposo, el amor de su vida, la única persona que en verdad había amado y por quien había estado dispuesta a dejarlo todo, a conseguirlo todo, ahora estaba muerto, y desde esa noche en que encontraron su cuerpo atravesado por las estacas del fondo de la fosa, a donde se había lanzado, en la mente de Charlotte no había nada más que desesperación.

Theodore, lo siento.

Él la había odiado tanto, que en el año en que estuvieron casados, jamás la tocó. Ni una vez. Nunca la besó.

Había detestado tanto la vida a su lado, que prefirió morirse, incluso si eso significaba condenarse eternamente en el infierno al cometer tal acto contra su propia vida, que seguir viviendo junto a ella.

No debisteis hacerlo, pensó, andando sin fuerzas, un paso después del otro, mientras toda su alma, y todo su cuerpo, ardían de dolor.

Los ojos enrojecidos volvieron a humedecerse. Era increíble que todavía tuviese lágrimas. ¿Cómo podía una persona llorar tanto?

Me arrepiento, lloró de nuevo. Me arrepiento tanto. Tan sólo… dadme otra oportunidad. Lo haré mejor. Lo juro. Seré mejor.

Pero no había segundas oportunidades. Llevaba llorando desde el mismo día en que encontraron el cuerpo de Theo, hacía apenas unos meses, y desde entonces no había parado. Una parte de ella sabía que su súplica era inútil, una fantasía imposible. Además, ¿quién le daría una segunda oportunidad a alguien como ella? Era tan mala, tan corrupta, que, si alguna vez recibía esa gracia, probablemente volvería a cometer los mismos errores. No había redención para gente como ella.

Me arrepiento, volvió a llorar en su alma, recordando aquel día lejano en que vio a Theodore Whitefield por primera vez. Se había acercado a Ivette para saludarla, y ella lo había tenido que mirar de manera disimulada, pues era parte del séquito que la acompañaba a todas partes. Él era el tercer hijo de un conde amigo, y venía aquí a servir y entrenar. Era alto, tres años mayor que ella, y con un rostro atractivo que de inmediato atrajo la atención de todas las mujeres en el castillo. Su cabello castaño claro era abundante, aclarado por el sol, y los ojos ambarinos sonreían llenos de vitalidad.

Y ella lo había amado desde ese mismo instante.

Lo siento tanto. Si pudiera volver a empezar, os dejaría en paz, me conformaría sólo con veros vivo, veros reír desde lejos, aunque esas sonrisas nunca fueran dirigidas a mí. Si pudiera traeros de vuelta, no me importaría quedarme para siempre en un agujero, viviendo como una rata muerta, invisible y olvidada, con tal de veros feliz.

Brad la empujó sin ceremonias hasta un tocón de madera manchado de sangre fresca, la sangre de sus aliados que había sido recientemente derramada apenas unos minutos antes. Todos ellos habían sido decapitados frente a ella, uno a uno, por el grave pecado de unirse a sus filas.

—¡Morid, traidora! —gritaba la multitud.

—¡Iros al infierno!

—¡Cortadle la cabeza!

Charlotte no levantó la vista. Reconocía algunas voces, eran aldeanos y sirvientes del castillo que en un breve momento de debilidad o conveniencia, la habían servido a ella. Muchos de ellos habían perdido a sus hijos y familiares por su mano, y tenían razón en odiarla. Había sido cruel, implacable, y su gobierno había estado marcado por decisiones que ahora la perseguían como fantasmas.

El olor metálico de la sangre penetró en su nariz; en otra ocasión le habría provocado arcadas, pero ya se había acostumbrado tanto a los malos olores rodeándola, el sudor rancio de las mazmorras, el

hedor de la comida podrida, el aroma acre de la muerte, que esto no era más que otro detalle insignificante en su descenso al abismo.

Alguien tiró de su cabello y la arrodilló ante el tocón, su barbilla rozó la superficie viscosa, empapándola de sangre fresca, y la tela áspera de su vestimenta, hecha jirones y sucia, se humedeció a la altura del pecho.

No importaba, no necesitaba llegar limpia al más allá.

Grucius, un corpulento miembro de la guardia con brazo del grosor de troncos, sostuvo el hacha entre sus manos, a un paso de ella. Quizá estaba calculando la fuerza necesaria para atravesar su delgado cuello, quizá se relamía los labios por la expectativa. Podría cortarlo de un solo movimiento, estaba seguro.

—¡Charlotte Montfort! —gritó Tadeus Samuelson, el nuevo capitán de la guardia del Castillo. El anterior acababa de ser decapitado por el grave delito de ponerse de su lado.

Ante su atronadora voz, la multitud hizo silencio. Tadeus puso un pergamino enrollado delante de su rostro y leyó:

—Tras una larga deliberación, el Consejo del glorioso condado de Albermale declara lo siguiente: Del delito de traición, es encontrada ¡culpable! Por el terrible delito de asesinar al anterior conde de Albermale, Anthony Montfort, ¡culpable! Por el terrible delito de asesinar a Kenneth Montfort, heredero del glorioso condado de Albermale cuando no podía defenderse, ¡culpable!

¿Que no podía defenderse?, sonrió Charlotte internamente. Tenía una cicatriz en el brazo precisamente porque Kenneth era perfectamente capaz de defenderse. Lo había matado en batalla, no mientras dormía, bastardos mentirosos.

—Por el delito de usurpar el título de condesa para sí misma, y tomar por la fuerza la guardia y la milicia, ¡culpable! Por asesinar gente inocente dejándose llevar por caprichos egoístas, imponiendo el terror en las gloriosas tierras de Albermale, ¡culpable! Por el acto de traición, sevicia, violencia, ¡y hasta brujería…! ¡Culpable!

Charlotte cerró los ojos. Era indignante que a sus ya múltiples pecados les añadieran otros de los que no tenía idea. No es que

necesitaran pretextos para justificar la ejecución pública. Miró de reojo a la gente sentada tras ella, los nobles, que no eran más que Ivette, su medio hermana, y el esposo de esta.

Ivette estaba vestida con un precioso vestido rojo, uno que reconocía muy bien porque había sido suyo, y se cubría parte del rostro con su abanico. Seguro que no soportaba el olor de la sangre. Al ver que Charlotte la miraba, bajó el abanico y sonrió. Charlotte pudo leer sus labios tratando de decirle algo.

Dejó de mirarla, y sus ojos volvieron a la multitud, llenos de lágrimas, y se echó a reír.

Ivette sólo había dicho: os lo dije.

Sí. Hacía tiempo, cuando la hizo huir del castillo para salvar su vida, Ivette le prometió que haría todo lo posible por matarla, y que reiría el día que su cabeza rodara en tierra.

Y había cumplido esa promesa.

Nunca fueron hermanas de verdad. A pesar de haber sido engendradas por el mismo hombre, eran como la noche y el día, y se detestaban. Desde el mismo día en que Charlotte había llegado aquí, mientras ella procuró su amistad, su aceptación, su aprobación, Ivette se regodeó humillándola, insultándola, maltratándola. Entre más desesperada estaba Charlotte por la amistad de Ivette, más se complacía ella rebajándola.

Sólo era una niña de nueve años cuando le dijeron que no era una simple huérfana, que sería enviada a un castillo donde residía su padre, porque él, al parecer, por fin se había acordado de su existencia.

Toda su vida había vestido harapos, comiendo pan duro, queso rancio, los días que había comida, siendo maltratada por la criada que la cuidaba junto con los demás niños, mientras les recordaban un día tras otro que no eran nada, que no tenían padres, que le harían un favor al mundo si simplemente morían.

Y de repente, ella descubría que tenía un padre, una madrastra, y dos hermanos mayores.

Y no sólo eso, sino que eran nobles, esa clase de gente poderosa de la que ella sólo había escuchado hablar, nunca visto con sus propios ojos. Eso la hacía a ella una noble, ¿no?

Desde entonces, le dieron mejor comida, intentando cubrir sus huesos con algo de carne, tal vez. Y Charlotte entendió que ser noble era maravilloso.

La llevaron desde Londres, en un carruaje elegante, al castillo de Albermale, una preciosa construcción en piedra que contaba historias por sí misma. La habían bañado y vestido con la mejor prenda a mano, y al llegar, su padre sólo la había mirado de arriba abajo, suspirando. La hermosa mujer a su lado, una rubia delgada de nariz larga y ojos pálidos, escupió a un lado y dio la vuelta alejándose. Kenneth la había mirado con una sonrisa maliciosa, la misma sonrisa que le había visto a uno de los cuidadores del orfanato cuando se quedaba a solas con alguno de los niños. Ivette, en cambio, la había mirado con lástima. Claro, sólo era un ratoncito deslucido, flacucha y pequeña para su edad. Más que lástima, parecía espanto, pero no era odio, ni malicia, y Charlotte tuvo una esperanza.

Tal vez podían ser amigas.

Pero qué equivocada había estado.

Esa misma noche, Kenneth había entrado a su habitación, y ella había tenido que lanzarle una vela encendida, lo que casi incendia su ropa, pues él no había ido ahí con buenas intenciones. Tenía catorce años, y era rubio, guapo y muy alto, y en sus ojos tenía ese brillo malicioso que ella ya conocía a pesar de su corta edad. Él había salido de allí, llorando, escaldado, jurando vengarse. A la mañana siguiente, Charlotte entró a la cocina y robó un cuchillo, y durmió con él debajo de la almohada todas las noches. No tuvo tiempo para admirar su nueva y espaciosa habitación, lo bien que olían las sábanas y el hecho de que tenía un colchón que no era de paja. No. Veía llegar la oscuridad con miedo, porque era muy pequeña, y muy flacucha, sin nada de fuerza, para poder defenderse.

Le contó a Elaine, la condesa, y sólo recibió tal bofetón que le rompió los labios.

—¡Sucia rata asquerosa! —gritó ella, indignada, cuando escuchó su acusación—. ¿Cómo os atrevéis a ensuciar el precioso nombre de mi hijo con vuestros asquerosos labios? ¡Azotadla!

Y fue el primer azote que recibió en aquel castillo. El primero de muchos.

Qué error había cometido al acusarlo con la condesa. Por supuesto, ella era su madre, y obviamente se iba a poner de su lado. Qué ingenua había sido. Qué torpe.

—¿Esta es vuestra hermana? —preguntó Daysi Jenkins, la amiga de Ivette, en una ocasión en que, debido a una celebración, todos los vasallos de Albermale se reunieron en el castillo.

—Oh, callad —suspiró Ivette pasando una mano enguantada por su cabello rubio perfectamente trenzado—. Aceptaré todas vuestras burlas si tan sólo no me relacionáis con esa… plebeya.

—Pero es hija de vuestro padre, ¿no? —insistió Daysi—. Una ilegítima que tuvo con una criada una noche en que se emborrachó.

—Sabéis demasiado de las intimidades de mi familia —se quejó Ivette mirándola duramente. Daysi sólo se echó a reír. Estaba encantada de poder burlarse así, claro que sí. Ivette siempre se había mostrado superior a todos por ser la princesa de la casa Albermale, un condado rico, poderoso, mientras ella sólo era la hija de un vasallo.

Charlotte había escuchado todo este intercambio, claro que sí. Estaba delante de ellas, y sólo las miraba con una sonrisa que había aprendido a llevar. Si tan sólo hiciera un gesto que a Ivette le molestara, sufriría. Podían lanzar caca sobre su cabeza, de verdad, y ella sólo podría seguir sonriendo.

Y así había pasado el tiempo. Charlotte guardaba silencio, hacía todo lo que se le pedía, se presentaba cuando se lo exigían, y se encerraba cuando se lo ordenaban. Sus vestidos eran los que las damas de Ivette ya no usaban, no tenía una criada propia, mucho menos una doncella, mientras Ivette tenía cuatro. Se bañaba cuando

podía reunir el agua, y casi nunca la calentaba. ¿Cómo una niña iba a poder hacer tal tarea?

Siempre escondiéndose de su hermano mayor, siempre mirando con anhelo a su padre, y con miedo a su madrastra, siempre procurando caerle bien a Ivette, soñando con el día en que, quién sabe, la aceptara.

Pero ese día nunca llegó.

Una lágrima gorda, caliente, y amarga, cayó en el tocón empapado de sangre en el que su cuello sería cortado.

No se estaba excusando por todo lo que había hecho después. No se estaba justificando. Pero había hecho lo que había hecho por desesperación, por odio, por venganza. Ah, cómo se complació al hundir la espada en el pecho de Kenneth esa noche, sonrió ante la expresión de terror de ese maldito, porque él nunca imaginó que Charlotte sería capaz de poner de su lado a la mitad de los soldados, y a gran parte de los sirvientes.

Lamentablemente, Ivette había escapado, no sin antes jurarle que la mataría, y sonreiría mientras lo hacía.

Elaine había escapado junto a su hija, y el conde Anthony había perecido también por su mano. Toda la familia Montfort, del glorioso condado de Albermale, había caído esa noche. Había sido un plan fraguado durante años, y para llevarlo a cabo incluso se instruyó en la espada. Bueno, ella siempre había llevado un cuchillo escondido entre sus faldas, manejar una espada, a pesar de ser mujer, no fue tan difícil. Se entrenó a escondidas, ganó poco a poco la confianza de gente que estaba descontenta con el conde Anthony, y tenía recelos de cómo llevaría Kenneth el poder cuando lo asumiera. Vieron en ella la valentía propia de la casa Albermale, y le dieron su aprobación.

Y ahora todos ellos también estaban muertos.

Lo siento, volvió a decir en su mente. Lo siento tanto.

Ella sólo había querido respeto. Ser tratada como un ser humano, no como una rata. Pero no habría podido conseguirlo sin antes

derramar sangre. El respeto era algo muy caro, imposible de alcanzar para ella.

Durante dos años gobernó Albermale con puño de hierro. Mató a todos sus disidentes sin contemplaciones. Sólo se necesitaba una sospecha de traición para volar la cabeza de alguien, fuera plebeyo, soldado, o noble. De esa manera, desapareció familias completas cuando uno de ellos se mostraba en su contra. Con la más mínima prueba de desacuerdo, les cortaba la cabeza, les incendiaba su hogar, mataba a sus hijos ante sus ojos. No tenía caso pedir clemencia, rogar, pegar la frente en la tierra, no. Ella no tenía clemencia para esas personas, nunca consiguieron que cambiara un veredicto.

Se alió con otras casas poderosas y consolidó su influencia. Incluso logró establecer contacto en palacio para asentar su poder… Empezaron a llamarla "La Condesa Tirana" entre los otros nobles, y algunos la evitaban, mientras otros procuraban hacerse a la sombra de Albermale… Pero nada de eso sirvió. Al final, ella era sólo una rata, y aquí estaba, lanzando sus últimos pensamientos al vacío, porque ni siquiera se atrevía a orar.

¿Una nueva oportunidad? ¿Para qué? Aunque se arrepentía, aunque ahora deseaba mejor haberse podrido en el orfanato de donde salió, si volviera a empezar, si volviera sobre sus pasos, seguramente tendría que hacer lo mismo. ¿De qué otra manera podría haber sobrevivido? Sólo le quedaban la muerte y el olvido. Su alma iría al infierno, y le venía bien, allí podría llorar por la eternidad.

Sonrió.

Al tiempo, Grucius levantó el hacha con sus dos poderosos brazos.

Tal vez, como forma de tortura en el infierno, le permitieran ver a Theo en el cielo.

Sí, tal vez.

Grucius apretó los dientes y dejó caer con fuerza el hacha sobre el cuello de Charlotte. Sólo se necesitó un corte limpio, y la cabeza

de la pequeña mujer fue separada de su cuerpo, y cayó en el suelo de madera con un pequeño rebote.

La visión de Charlotte se apagó de inmediato. No sintió dolor, afortunadamente.

Habría sido injusto sentir dolor también en ese momento, cuando, desde su nacimiento, su vida había sido una pesadilla tras otra.

Dejó de pensar, y su mente, por fin, se apagó.

Un largo silencio, una profunda oscuridad, la envolvieron. Y desde lejos, un punto de luz apareció.

El infierno, tal vez.

No. ¿Qué era?

¿Era esto la muerte? Estaba siendo largo, ¿qué seguía? ¿Vería demonios acosarla? ¿Qué pasaba?

Ante ella, vio a una mujer en su cama. La veía como si ella misma flotara en el techo, algo extraño. Notó que una gran mancha de sangre se extendía bajo ella, empapando las blancas sábanas, pero no parecía herida en ninguna parte.

Luego vio a un soldado ser atravesado por su señor con una espada, pero no estaban en medio de una guerra, sino en una sala adornada que ella desconocía.

Una niña atravesaba un túnel, y al alcanzar la salida, se hería la frente con un saliente.

Una cabaña rodeada de rosas perfumadas brillaba bajo un sol otoñal.

Una extraña construcción de ladrillos y cristales se alzaba detrás de los robles amarillos, y un ancho camino negro con líneas amarillas resplandecía bajo el sol.

Un extraño artefacto de metal escupía una bola que impactaba contra las murallas del castillo de Albermale, derribándolo en el instante.

¿Qué pasa? Volvió a preguntarse. ¿Qué eran estas imágenes que era capaz de ver a pesar de que ya no tenía ojos?

No tenía manos, y podía sentir que se abrazaba a sí misma, desnuda y sola.

"Este es nuestro pacto con vosotros", dijo una voz masculina, grave, imponente. Charlotte buscó el origen de la voz, y entonces se vio en las montañas de Albermale, pero donde debía haber un castillo, sólo había una colina suave y verde. En medio, un grupo de personas se reunía. "vuestro linaje permanecerá" siguió la voz, y Charlotte intentó buscar quién hablaba, pero nadie movía sus labios. Vio un hombre de cabellos blancos y largos, vestido de blanco, pestañas blancas, ojos traslúcidos. Era hermoso y temible. "Y algún día", siguió la voz, "os volveréis a encontrar".

Y entonces, despertó.

Como si le faltara el aire, empezó a boquear, como un pez fuera del agua, y se cayó. ¿De dónde? No supo, sólo sabía que sus rodillas se habían tropezado con el suelo, un suelo de madera, y ella se apretaba el pecho mientras su corazón acelerado parecía querer escapar.

El latido era frenético, casi doloroso, como si intentara recordarle algo importante. Se llevó una mano temblorosa al cuello, esperando encontrar la marca del hacha, pero no había nada. Su piel estaba intacta, suave incluso.

Entonces, miró alrededor. Una mujer la miraba asustada, era una criada, y a Charlotte le pareció conocida. ¿Quién era?

Estaba en un carruaje, y éste se movía. Iban de camino a alguna parte.

¿No estaba muerta?, se preguntó mirándose las manos, pequeñas y huesudas.

Espera un momento.

Se miró a sí misma. Su pecho plano se sentía extraño, su cuerpo pequeño y liviano vestía un sencillo vestido marrón, sin adornos, sin relleno en la falda. Con su lengua pudo comprobar que el diente

delantero que había perdido seguía allí, y su cabello negro estaba apretado en un moño en la nuca.

—Charlotte, ¡qué sucede! —gritaba la mujer, tomándola por las axilas y alzándola con facilidad—. Niña imprudente. ¡Dejad de hacer el tonto y comportaos! —gritó ella de nuevo, y Charlotte le dirigió sus enormes y consternados ojos azules—. ¿Así es como queréis comportaros delante de los condes de Albermale? —gritó ella, sacudiéndola ligeramente—. ¿Esa es la actitud que tomaréis delante de vuestra familia? ¡Os pisotearán! ¡Sabrán que sois débil y os destruirán!

Los ojos de Charlotte seguían muy abiertos, muy grandes y desconcertados. La confusión no se disipaba, y miró alrededor buscando respuestas que no llegaban.

De alguna manera, su cuerpo era el de una niña otra vez, e iba de camino a Albermale por primera vez.

No sabía cómo, por qué, ni de qué manera. No tenía siquiera la más pequeña pista para empezar a investigar qué había sucedido con ella. No entendía nada.

—¿Qué? —preguntó con un silbido de voz. Y entonces recordó. Esta era Martha. Martha, la mujer que había ido por ella al orfanato, escoltada por varios soldados, y anunciando que llevaría a Lady Charlotte al castillo de Albermale.

Era una mujer joven, de algunos veinte años, soltera. Alta y autoritaria. La había estado aleccionando durante todo el viaje, pero ella en ese entonces apenas si prestó atención, sólo estaba feliz de haber encontrado una familia. No le importaba eso de tomar clases de latín y francés. Leer y escribir no la entusiasmaba mucho. Tenía un padre, una madre, y por fin sería feliz.

Miró fijamente a Martha. Sí. Era ella, sin duda alguna. No la había vuelto a ver luego de entrar al castillo, y tampoco la había echado de menos. Pero era ella, estaba segura.

Entonces, estaba aquí, viva, de vuelta. Tenía nueve años otra vez, y su vida volvía a empezar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su más profundo deseo había sido contestado. Ahora era una niña libre de pecados, ¿no es así?

Las imágenes de ella enterrando la espada en el pecho de Kenneth inundaron su mente. Theo atravesado por una estaca, ella en la mazmorra siendo abusada por varios soldados a la vez.

Su estómago se revolvió al instante, y corrió a la puerta del carruaje para vomitar. Martha gritó una orden y el carruaje se detuvo. Charlotte aprovechó para saltar fuera y corrió como un conejo asustado.

Iba de nuevo a ese infierno, lady Elaine escupiría al verla, su padre la ignoraría, y Kenneth se metería a su habitación para intentar abusar de ella. Todos la odiarían, la menospreciarían, y a pesar de ser una de las hijas del conde, ella pasaría hambre y frío. Estaría sucia, remendaría ella misma sus vestidos, y arrearía agua a alguna parte para poder bañarse.

Cuando pidió una nueva oportunidad, no se refería a esto. ¿Por qué el cielo era tan malo con ella? ¿Por qué pasaría de nuevo por todo aquello? ¿Por qué tendría que vivir de nuevo las circunstancias que la llevaron a convertirse en la tirana que fue?

¿Era este su castigo divino?

—¡Charlotte! —gritó Martha alcanzándola cuando por fin se había cansado de correr. Estaba arrodillada justo en el borde del lago, que estaba en las tierras de Albermale, un lugar que ella conocía muy bien. Si giraba su cabeza, vería los robles de flores amarillas, y más allá, encontrarían la aldea y el castillo.

Sólo tuvo que moverse un poco para ver su reflejo en las tranquilas aguas.

Era su rostro, pero con los rasgos infantiles de una niña de nueve años.

Su cuerpo era puro.

Pero su alma no tanto. Se sentía rota, abandonada, sola, porque, aunque estaba de vuelta a la época en que no había cometido un solo crimen, no tenía ni una sola persona en el mundo que velara

por ella, por su seguridad. No había una sola alma que la defendiera, que la cuidara. El castillo al que se dirigía, lejos de ser un lugar seguro, era el infierno mismo, y no podía escapar de él.

Se echó a llorar.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Martha, tomando sus hombros para ver su rostro. Charlotte echó la cabeza hacia atrás y lloró. Las lágrimas inundaban sus mejillas, bajaban por su delgado cuello y llegaban a su pecho. Lloraba con tanto dolor y desesperación, que a Martha se le encogió el estómago y se le apretó el pecho—. ¿Por qué lloráis? —volvió a preguntar, pero Charlotte sólo lloró y lloró.

Sin poder evitarlo, con el corazón conmovido por esta huérfana, Martha la abrazó, y allí, en el regazo de esta mujer que no era nada para ella, Charlotte siguió llorando.

Sin embargo, en toda su vida, era la primera muestra de humanidad que alguien tenía hacia ella, y volvió a llorar.

¿Qué tan miserable tenía que ser una persona para sentirse así por un simple abrazo?

Se aferró a ella y siguió llorando.

—¿Tenéis miedo? —preguntó Martha luego de lo que pareció ser un siglo de llanto ininterrumpido. Charlotte gemía cansada, totalmente exhausta. Acababa de morir, su cabeza había sido desprendida de su cuerpo luego de una derrota aplastante a sus fuerzas, a su mente y a su alma. Había perdido a Theo, estaba sola en este mundo, no tenía razón para seguir viva.

Sí. Tenía miedo.

—Es normal —le dijo Martha con voz suave—. Lo siento. Olvidé que sólo sois una niña de nueve años. Pero, si queréis, me quedaré a vuestro lado—. Charlotte la soltó, mirándola sorprendida con sus pestañas empapadas en lágrimas—. No tengo el rango para quedarme al lado de una lady…

—Quedaos —le pidió Charlotte al instante.

—Tal vez me envíen de vuelta.

—No. Quedaos —volvió a decir ella—. Seré buena —dijo otra vez con labios temblorosos y voz quebrada—. Os juro que seré buena.

Le faltaba el aire, le costaba respirar, mucho más hablar.

—No me dejéis sola —siguió, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban—. No os conozco. No sé quién sois. Pero… os necesito. No me dejéis sola. Por piedad, os lo ruego.

Martha volvió a abrazarla.

Ya Charlotte no tenía fuerzas para seguir llorando. Su cuerpo malnutrido ni siquiera era capaz de ponerse en pie, y Martha la alzó en brazos, se puso en pie con ella aferrada a su regazo, y volvieron al carruaje.

—Está bien —dijo Martha con voz tranquila—. Rogaré para quedarme a vuestro lado. Tal vez tenga que arrodillarme.

Tras oír aquello, la mente de Charlotte se sintió extrañamente despejada. Rodeó la cintura de Martha con sus flacuchas piernas mientras ella seguía avanzando de vuelta al camino.

Más allá, el grupo de soldados que las escoltaba las miraban un poco sorprendidos.

Era verdad que, durante los siguientes años, ella sería algo así como una rata para los habitantes del castillo de Albermale. Pero también había algo muy cierto: ella no era sólo una niña indefensa. Sabía todos los secretos de todas esas personas. Tenía grabados en su alma y en su mente todas las enseñanzas del pasado, desde hablar diferentes idiomas, pasando por los modales de una lady, hasta la información más delicada acerca de las finanzas del castillo, las andanzas de Kenneth, y las estratagemas de lady Elaine.

No iba con las manos vacías.

—Si os quedáis a mi lado —le prometió a Martha— os protegeré.

Martha sonrió, tal vez preguntándose cómo una niña de nueve años podía protegerla.

Pero en los ojos de Charlotte había determinación.

No por nada, en su vida pasada, la habían llamado La Condesa Tirana.

2

El carruaje avanzó inexorable hasta el castillo de Albermale. Charlotte, en el pasado, había estado con la nariz pegada a la ventanilla contemplando el paisaje, sorprendida por la belleza del lugar. Al entrar en la aldea, se había admirado por lo limpia que parecía la gente allí, por sus ropas cuidadas y sus casas en tan buen estado.

Nada de eso le llamaba la atención ahora. Estaba en silencio, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Su cuerpo estaba terriblemente exhausto por el largo viaje, y su mente, por lo que acababa de vivir. Morir y regresar al pasado no era un paseo precisamente, y además, le quedaba poco tiempo para planear una estrategia de supervivencia que en esta ocasión no la llevara al patíbulo.

Nada de lo que había hecho en su vida anterior le consiguió la protección de su padre, ni el amor de sus hermanos. Antes de que ella llegara, ya habían decidido odiarla por ser el resultado de una infidelidad del conde, y en vez de dirigir los reproches a él, el culpable, se habían desquitado con ella, la más inocente.

Se pasó la mano por el cuello, con esa extraña sensación aún latente. Un hormigueo sobre su piel persistía a pesar de que su cabeza seguía pegada a su cuerpo. Era horrible.

Luego de lo que pareció una eternidad, el carruaje por fin llegó al castillo. El rastrillo fue elevado y pudieron entrar. El chirrido metálico sonó en los oídos de Charlotte como un presagio, una sentencia inevitable.

La familia se había reunido en la entrada para recibirla, y ahora Charlotte veía ese acto extraño. Si la odiaban, ¿por qué habían hecho ese recibimiento reservado para miembros importantes de la nobleza y la familia extendida?

Para burlarse, comprendió. Para dejarle claro que no era bien recibida, marcando un precedente de lo que sería su vida de allí en adelante.

Martha bajó primero, anunciando la llegada de lady Charlotte a los condes de Albermale, y extendió la mano para ayudarla a descender.

Charlotte lo hizo con paso seguro, el mentón elevado, y una vez ante la familia noble, hizo una perfecta reverencia, tomando su deslucido vestido para inclinarse ligeramente, manteniendo la vista en un punto medio.

—Es un honor presentarme ante vos, mi lord —dijo con voz grave y clara, y aquello llamó la atención de todos inmediatamente—. Soy Charlotte, y he acudido según vuestra voluntad.

Esa extraña dicotomía entre la actitud de una princesa real y la ropa de una mendiga era muy llamativa, y no pasó desapercibido ante nadie que ella no había dicho "padre", sino que había usado el título formal para referirse al conde.

Anthony Montfort, octavo conde de Albermale después de que el mismísimo Wulfric Montfort tomara dominio sobre estas tierras, fijó sus azules ojos en la pequeña niña que tenía delante de él. Lo había llamado "mi lord", estableciendo una distancia entre los dos desde el principio.

Pero no era posible que una niña tan pequeña, sin educación, sin siquiera cuidados, por lo que decía su ropa, tuviera la disposición o la inteligencia de urdir una estratagema.

A su lado, sintió la incomodidad de Elaine, su esposa, y vio a Kenneth y a Ivette girar sus cabezas para mirarlo, esperando su reacción.

Al dejar claro que había acudido por orden suya, dejaba entrever que tampoco era su gusto, ni su elección estar aquí.

Pero otra vez, eran pensamientos demasiado enrevesados para alguien tan pequeño. Sacudió su cabeza, desechando esos pensamientos, y elevó una mano como si también la desechara a ella.

—Podéis entrar —dijo, y se giró para alejarse, pero la voz de la niña se volvió a escuchar.

—Puedo entrar… pero no soy bienvenida, ¿no es así? —aquello lo sorprendió, y volvió a mirarla.

—¡Sucia pordiosera! —exclamó Elaine poniéndose aún más tensa que antes. Anthony la detuvo elevando una mano.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó con voz helada. La pequeña ni siquiera se inmutó.

—Habéis dicho que puedo entrar, pero no me habéis dado la bienvenida. Entiendo, entonces, que no soy querida aquí. Podéis enviarme de vuelta al orfanato, si tan gravosa os es mi presencia.

—Sí, puedo hacerlo.

—Dad la orden, mi lord. Y me iré—. Aquella frialdad lo sorprendió una vez más, y se adelantó unos pasos para mirarla fijamente. Esos ojos bajos, que no lo encaraban, lo estaban molestando. Esta chiquilla estaba siendo tan tenaz como el más indisciplinado de sus soldados.

Le tomó el rostro con su mano grande y la obligó a mirarlo. Ojos azules, mejillas manchadas, ojos enrojecidos como si antes hubiera estado llorando.

El cabello negro, la línea de sus cejas, la forma de su nariz… todo indicaba que, indudablemente, esta niña había salido de sus entrañas. Se parecía mucho a él, no sólo en su aspecto físico, sino en la fuerza de su presencia, en la terquedad de su mirada.

Sonrió.

—¿Es importante ser bienvenida?

—Lo es, mi lord.

—"Lord", ¿eh? No "padre".

—Ser llamado padre es un privilegio, al igual que ser considerada "hija".

Es decir, entendió el conde, que hasta que él no la tratara y reconociera como hija, ella no lo llamaría padre.

¿En verdad tenía nueve años esta chiquilla? Se portaba como una anciana.

Se enderezó nuevamente, y ella volvió a bajar la mirada. Era pequeña, flacucha, con las mejillas hundidas y las manos huesudas. El vestido que llevaba hacía muy poco para cubrirla del frío, y mucho menos le otorgaba dignidad. Sin embargo, el aire a su alrededor ya era lo suficientemente digno. Estaba allí no rogando asilo, no pidiendo ser aceptada, sino asentando su postura y poniendo condiciones.

O me tratáis como a vuestra hija, o me enviáis de vuelta al orfanato. Sí, esa parecía ser su consigna.

Si la enviaba de vuelta al orfanato, tendría a su tía abuela Greta, quien había sido quien le advirtiera de su existencia, molestándolo y recriminándole por dejar fuera a una niña con la sangre de Albermale. Pero si le daba la bienvenida tal como ella quería, tendría a Elaine refunfuñando y quejándose por el resto de los días de su vida.

De dos males, el menor. A la tía abuela Greta sólo la veía de vez en cuando, y lo máximo que podía hacer era recibir sus cartas llenas de frases malhumoradas. A Elaine, en cambio, la tenía al lado todos los días…

Sin embargo, pensar en enviar de vuelta a esta niña tan parecida a él, tan valiente y determinada, no le pareció correcto. Los Albermale eran justos, protegían su linaje, daban la vida por los suyos. Esta niña era suya.

Sonrió y dio un paso atrás, miró a Martha, la criada a la que habían pagado para que hiciera este largo viaje. No pertenecía a Albermale, pero parecía haberle cobrado afecto a la pequeña.

—¿Estaréis de acuerdo con ser la doncella de lady Charlotte? —le preguntó, y aquello hizo que la niña diera un respingo. Martha de inmediato se arrodilló ante el conde.

—Cumpliré con mi obligación hasta el día de mi muerte —juró ella de inmediato. Charlotte la miró con ojos grandes, y luego al conde.

Éste se giró a su esposa.

—Habéis preparado una habitación para ella, imagino.

—¿Qué? —se atragantó Elaine, empuñando la mano con que sostenía su abanico. Él no necesitó repetirse, y Elaine tuvo dificultades para seguir hablando—. ¿Una… habitación?

—Sí. Una adecuada para ella y su doncella.

—¡Es una bastarda! —gritó Elaine—. ¿Pretendéis que sirva a una pordiosera, sucia y sin linaje?

—Tiene mi linaje —observó el conde, mirándola fijamente. Si no ponía un alto aquí, Elaine estaría chillando por todo el castillo—. No os atreváis a menospreciar mi sangre.

—Pero ella…. ¿Quién sabe si de verdad es vuestra hija? —El conde sonrió, enseñando sus dientes en una sonrisa desagradable.

—Miradla fijamente, lady Elaine —le dijo, elevando una ceja—. Es una Montfort. Lleva en sus venas la sangre de Albermale, y os recuerdo, que la sangre importa.

Charlotte escuchó aquel intercambio completamente sorprendida.

Querido Dios, ella sólo había demostrado que le importaba muy poco estar aquí o largarse, y todo esto estaba pasando. Una mínima cosa había cambiado todo de manera increíble. Su corazón retumbaba en su pecho.

Esto…. Esto era todo lo que ella había querido en su vida pasada. El reconocimiento de su padre, el respeto de la gente, un trato digno.

No sabía si esto significaba que había conseguido todo aquello, pero se acercaba, y por ahora, le bastaba.

Con los dientes apretados, lady Elaine miró a una mujer a varios pasos de ella, que comprendió la orden y se alejó para cumplirla.

¿De verdad?, se preguntó Charlotte. ¿Tendría una habitación digna esta vez?

En el pasado, al principio, había encontrado ese agujero que le habían asignado para dormir grande y agradable. En comparación

con el lugar donde dormía en el orfanato, lo era, pero luego, cuando vio los aposentos de Ivette, con sus cortinas bordadas, sus doseles dorados y sus tapices finos, notó la gran diferencia. Debía bastarle con tener un lugar limpio donde dormir, pero ahora las cosas habían cambiado. Ya no sería simplemente una niña deslucida tratando de sobrevivir. Esta vez tenía algo que antes no poseía: conocimiento.

Entraron al castillo, y Charlotte apretó sus labios al reencontrarse con aquel espacio. Ni lo amaba, ni lo odiaba. Aquí fue humillada y azotada, pero también venerada y obedecida. Las piedras grises de las paredes parecían observarla como viejos testigos de su historia, y por un momento sintió cómo el peso del tiempo colapsaba sobre sus hombros. Había vivido y muerto aquí, su cabeza había sido separada de su cuerpo, pero ahora estaba de vuelta, enfrentándose al mismo escenario, pero con nuevas reglas.

—¿Y vuestro equipaje? —preguntó una criada, y Charlotte la miró fijamente. La reconocía. Su nombre era Vilma, y siempre la trató a los empujones, como si fuera un estorbo molesto que alguien había dejado caer en su camino.

—¿Esperáis que una huérfana como yo tenga posesiones? —preguntó con voz dura, cargada de ironía, y Vilma se la quedó mirando patidifusa, pestañeando repetidamente como si no pudiera creer que esa pequeña niña osara responderle así.

—Ya no sois una huérfana —señaló el conde con tono firme, y miró de nuevo a su esposa que apretaba los labios con tanta fuerza que parecía una línea blanca en su cara enojada—. Ciertamente, hay que darle vestidos—. Elaine apretó aún más los dientes mirándolo con odio.

—¿No sólo tengo que soportar vuestras infidelidades, sino que también debo cuidar del fruto de vuestra humillación? ¿Qué estáis haciendo, lord Anthony? ¿Hasta dónde queréis humillarme?

—Humillación, humillación —suspiró el conde con gesto cansado. Ya se había resignado a que la relación con su esposa sería de esta manera por un buen tiempo. Sabía que Elaine nunca aceptaría a

Charlotte sin resentimientos, pero eso no cambiaría su decisión—. Todo para vos es una humillación.

—No os burléis de mí. Y no contéis conmigo para proteger a esa basura que acogéis como hija—. El conde la miró con expresión dura, pero no dijo nada, y volvió a dirigirse a una de las mujeres del servicio.

—Haceos cargo de esto —le ordenó a Stella, la jefa de criadas—. Reportadme las cosas importantes acerca de lady Charlotte. Asignadle criadas bien dispuestas, y alimentadla, por Dios, que parece que se la va a llevar el viento.

—Sí, mi lord — respondió Stella con una reverencia rápida, y de inmediato comenzó a dar órdenes a las demás criadas.

—Sir Jasper —llamó el conde mirando a su capitán de la guardia, un hombre alto y musculoso con cicatrices en el rostro que de inmediato se puso a sus órdenes—. Elegid a dos soldados jóvenes y robustos para que custodien a lady Charlotte dentro y fuera del castillo—. Esta vez, Charlotte entreabrió su boca, totalmente sorprendida.

—Sí, mi lord —contestó Jasper, y de inmediato se puso en movimiento para cumplir su orden.

Criadas, doncellas, e incluso guardias personales. Jamás imaginó todo esto.

Miró a Ivette curiosa por su reacción, y en esta ocasión, no había lástima en sus ojos, sino odio puro. Ella había sido, hasta hoy, la única princesa de la casa, la niña de los ojos del conde, y alguien venía y pretendía arrebatarle ese lugar.

Oh, querida, sonrió Charlotte internamente. No tenéis ni idea.

Si todo lo que se había necesitado para conseguir el favor del conde había sido mostrar un poco de carácter, entonces, ella derrocharía encanto desde el día de hoy.

Pocos minutos después, fue guiada a una de las habitaciones del castillo. No estaba en lo más alto de una de las torres, ni era

húmeda y fría, ni había corrientes de aire. Incluso tenía una chimenea, no un simple brasero a los pies del cual habría tenido que dormir en invierno.

La cama era amplia, y pensó que allí cabían cuatro Charlottes atravesadas. Las sábanas eran limpias y de agradable aroma, y el colchón, otra vez, no era de paja, pero tampoco de restos de tela como en el pasado. Lo examinó, dándose cuenta de que había una gruesa capa de lana en la superficie, justo debajo del forro.

Sonrió. No era de plumas, como sí lo era el colchón de la recámara de los condes, pero esto también era muy bueno. La superficie era lisa, sin nudos molestos que le provocaran dolor de espalda.

Caminó hasta la ventana de la habitación (sí, tenía una), y la abrió admirando las vistas. Daba al patio interior, y desde allí podía ver la entrada principal. La gente iba y venía, el carruaje que la había traído era movido hacia las caballerizas para desengarzar los caballos.

Conocía muy bien este castillo. Cada criado, cada tarea, cada rincón. Había sido suyo y lo había amado, y todo el tiempo que pudo, lo protegió con fervor.

Bueno, más o menos. Un castillo no sólo era un montón de piedras y habitaciones, también su gente, y ella los había arrinconado a punta de miedo y terror obligándolos a obedecerla.

Sólo había sido condesa durante dos años. Tomó el poder a los diecisiete, y fue decapitada a los diecinueve, y en ese breve lapso, mucha cosas habían cambiado.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando llamaron a la puerta. Un grupo de criados traían una pequeña bañera, apta para niños, y otros más arriaban barreños de agua caliente. Estaban preparando un baño para ella, lo que la hizo sonreír ampliamente. En el pasado, le había costado acostumbrarse a esta extraña tradición de Albermale. En el orfanato no había baños, hacían sus necesidades detrás de arbustos, se lavaban muy de vez en cuando, y a veces el agua de un mismo cubo debía compartirse con los otros

treinta o cincuenta niños, por lo que sólo alcanzaban a lavarse la cara y las manos.

Y luego le exigieron que debía estar limpia, pero no le proporcionaban los medios para ello. Como no podía con la bañera por su falta de fuerza, arriaba un cubo de agua desde el pozo hasta su habitación, en una de las torres. La mitad del agua se perdía en el camino, y la regañaban y golpeaban por eso.

Pero ahora le traían la bañera, le traían el agua, y le proporcionaban el jabón.

Entró a la bañera feliz, con su cuerpo desnudo y flacucho estremeciéndose por la temperatura del agua, pero en cuanto fue capaz de soportarlo, se sumergió, se lavó la cara, las axilas, sus partes íntimas.

Martha se acercó a ella y se dedicó a enjabonar su cabello, y Charlotte sonrió. En el pasado, sólo le habían lavado el cabello cuando fue condesa, antes de eso, nadie hizo eso por ella.

Qué bien se sentía.

—Es increíble que el lord se haya puesto de parte vuestra casi en cuanto os conoció —comentó Martha, con la voz impregnada de felicidad—. Me alegra saber que no tenéis motivos para sentir miedo ahora.

La sonrisa de Charlotte se desdibujó. No. Aquí no había acabado todo. Faltaba que llegara la noche, y con ella, las pretensiones de Kenneth. No podía confiarse en que la presencia de Martha lo disuadiría. Debía seguir alerta.

—No os confiéis, Martha —le advirtió Charlotte con una seriedad que contrastaba con su apariencia de niña—. Ya visteis que lady Elaine me odia, y no se molesta en ocultar su desprecio hacia mí. Si bien el conde puede amortiguar los efectos de su odio, no los desaparecerá del todo. Y lady Ivette tampoco está contenta de que alguien más llegue a usurpar su trono. Tengo enemigos por todos lados.

—Qué visión tan espelúznate tenéis de la vida —sonrió Martha—. Sois una niña educada y buena. ¿Por qué os odiarían?

—No seáis ingenua, Martha —le pidió Charlotte muy seria—. Eso, aquí, nos podría costar la vida—. Martha la miró en silencio, todavía pensando que esta niña manejaba un vocabulario demasiado elevado para su edad y educación.

En las primeras semanas de viaje le pareció una niña normal, inculta, sin modales, algo desobediente y contumaz. Sin embargo, tan sólo después de pisar las tierras del condado de Albermale, había cambiado mostrando una madurez digna de una noble con experiencia.

Las palabras que le había dirigido al conde tan solo verlo fueron poderosas, capaces de cambiar el rumbo de su destino. Había estado asustada, preguntándose qué pretendía con ese desprecio que mostraba. Era como si no quisiera estar aquí, como si rogara ser enviada de vuelta al orfanato del que había salido. Y no podía ser. Ella había estado muy entusiasmada porque ahora tenía una familia.

No creía que fuera un truco. Era muy pequeña para tales ardides. Pero tampoco encontraba otra explicación.

Anocheció, y una criada trajo a su habitación la cena. No había sido invitada al comedor principal, entendió Charlotte, pero era comprensible. Si la condesa seguía echando humos por el intercambio de antes, era evidente que estaría encerrada por un tiempo hasta que eso cambiara.

Fue una comida abundante, sin embargo, tenía carne tierna y verduras frescas. Como era una niña, no le enviaron vino, sino jugo de uvas, dulce y espeso.

Comió con hambre, deleitándose en los alimentos. Luego de haber sido encerrada en aquella mazmorra, donde no comió ni un pedazo de pan, sólo le daban agua para que no muriera, y esa agua a veces olía a orín, esta cena le parecía un banquete digno de reyes.

No. Mejor no pensar en lo que sucedió en ese sucio agujero. Perdería el apetito, y la cena estaba deliciosa.

Vio a Martha trastear de un lado a otro acomodando un espacio para dormir, pero ella le señaló la cama.

—No, mi lady —le dijo Martha—. No puedo compartir la cama con vos.

—Os lo ordeno —le dijo Charlotte—. Así estaremos más calientes… y seguras.

—¿Seguras? —Charlotte miró hacia la puerta, y sintió alivio al ver que había una tranca con la que podía asegurarla, impidiendo que intrusos irrumpieran a media noche.

Volvió a mirar a Martha.

—Compartid mi cama. Luego encontraremos una para vos—. Martha la miró en silencio. Su voz y miradas eran autoritarias, y no tuvo más elección que aceptar.

Martha la miró en silencio, sorprendida por la seguridad en su voz y la intensidad de su mirada. Era imposible decirle que no; esa niña tenía una autoridad que parecía desbordar su pequeño cuerpo. Finalmente, asintió con resignación y comenzó a arreglar la cama para ambas.

Una vez terminada la cena, Charlotte se levantó y caminó hacia la puerta. Con cuidado, fijó la tranca en su lugar, asegurándose de que nadie pudiera entrar sin permiso.

Regresó a la cama y se sentó en el borde, observando cómo Martha terminaba de acomodar las mantas. Su mente estaba llena de pensamientos contradictorios: alivio por estar en un lugar seguro, ansiedad por lo que podría suceder durante la noche, y una determinación férrea de no permitir que nadie la pisoteara de nuevo.

—Dormid bien, Martha —dijo finalmente, con una voz que sonaba más adulta de lo que debería—. Mañana será otro día.

Martha asintió, aunque su expresión seguía siendo de desconcierto. Se acostó junto a Charlotte, quien apagó la vela que iluminaba débilmente la habitación. La oscuridad envolvió el espacio, pero no el corazón de Charlotte. Sabía que esta vez no sería una víctima indefensa. Esta vez, tendría el control.

3

Temprano en la mañana, Kenneth Montfort buscó a su hermana para charlar. La encontró en su sala de bordado, un espacio acogedor pero claramente femenino, decorado con tapices finos y cortinas de seda. Ivette estaba rodeada de sus doncellas, que cosían con delicadeza mientras charlaban entre sí. Al verlo entrar, todas se pusieron de pie como si hubieran sido sorprendidas en una falta, haciendo reverencias rápidas y torpes.

Él las ignoró como si simplemente fueran invisibles, pero las damas más jóvenes no pudieron evitar sonrojarse ante la presencia del heredero. Todas ellas tenían la secreta esperanza de algún día convertirse en su esposa, pero él era demasiado voluble al respecto; a veces les dedicaba sonrisas encantadoras y palabras melosas, haciéndolas soñar despiertas, y otras, como ahora, parecía que ni siquiera notara su existencia.

—¿Qué hacéis en este lugar, mi lord? —preguntó Ivette llena de ironía. La sala de bordados era un espacio exclusivamente femenino, y a esta hora, Kenneth debería estar entrenando con la espada en el patio de armas.

—¿Habéis hablado con la pordiosera? —preguntó él sin preámbulos, robando una de las frutas del recipiente donde había varias manzanas y peras frescas. Dio un mordisco despreocupado mientras observaba a su hermana con ojos brillantes.

Ivette torció el gesto y lo miró molesta. Ninguno de los dos necesitó aclarar quién era la "pordiosera".

—¿Por qué hablaría con ella?

—Yo procuré entablar una conversación con ella, pero no pude.

—¿Cuándo?

—Anoche —dijo él con ojos sonrientes, en una mirada significativa.

Ivette sólo tenía doce años, sus oídos, a esa edad, deberían seguir siendo puros. Lamentablemente, su hermano mayor había

impedido aquello al compartirle las experiencias que ya había acumulado en ciertos ámbitos de la vida.

Lo miró interrogante por largos segundos, temiendo que lady Ara, una de sus damas más adultas, entendiera lo que él quería decir.

Dejó el bordado a un lado excusándose con sus damas con una sonrisa forzada, y tomó a su hermano del brazo llevándolo fuera de la sala. Una vez en el pasillo, cerró la puerta tras ellos para asegurarse de que nadie escuchara su conversación.

—¿Qué queréis decir con eso? ¿No os da asco? — Kenneth se echó a reír con la boca aún llena de comida, dejando caer restos de manzana sobre el suelo de piedra.

—Es increíble que no os enfoquéis en que es nuestra media hermana, sino en su suciedad.

—¡Esa piojosa no es hermana nuestra! Jamás la aceptaré.

—Vamos, Ivy, es idéntica a papá.

—¡Callad! —exclamó Ivette cruzándose de brazos. Aunque cada día le agradecía a Dios el haber nacido rubia, a veces deseaba tener algún rasgo que la uniera a su padre. Tanto Kenneth como ella eran rubios, mientras que el conde tenía el cabello negro como el ala de un cuervo.

Y esta aparecida salida de alguna cloaca era idéntica a él.

—Fui lleno de amabilidad para darle la bienvenida a Albermale —continuó Kenneth, limpiando los dedos en su jubón sin preocuparse por las manchas—, pero resultó que tenía la puerta atrancada. Insistí, pero no pude abrir. Parece que nuestra querida Stella le proporcionó una buena habitación, alejada de la mía, y segura. Me pregunto por qué—. Ante esas palabras, Ivette sólo hizo rodar sus ojos, exasperada.

—Dejad de estaros metiendo debajo de cualquier falda. Qué asco. ¿O queréis ser como papá, engendrando hijos bastardos que os quitarán la paz?

—Yo no cometeré ese tipo de errores—. Ivette sacudió su cabeza harta de su prepotencia—. Vine a buscaros porque entre los dos… ya sabéis, podemos idear una mejor manera para que la recién llegada se sienta verdaderamente en casa. Vos, que sois su querida hermana, podríais conectar mejor con ella. Sois mujeres.

—Sólo imaginar que tengo que vivir bajo el mismo techo que ella ya me pone de muy mal humor. No quiero estar cerca ni para abofetearla—. Kenneth rio por lo bajo, enseñando sus dientes, buscando dónde tirar los restos de la fruta que había estado comiendo.

—Podría ser divertido. ¿Os imagináis? Vuestra propia mandadera. La persona ideal con la que descargar vuestras frustraciones—. Ivette lo miró nuevamente, interesada en esa perspectiva—. Con lo sola que debió sentirse en ese orfanato, que seguro no era bonito ni cómodo, una palabra amable vuestra hará que se vuelque por completo a vos. Procurará serviros y complaceros en todo.

Ivette lo miró nuevamente. La idea comenzaba a tentarla.

—Tiene sentido lo que decís. Pero, ¿qué proponéis exactamente?

—¿No tenéis un vestido viejo que podáis darle? —Antes de que Ivette protestara por esa horrible sugerencia, Kenneth la aplacó elevando una mano—. Uno que nunca os haya gustado. No tiene que ser uno de vuestros favoritos. Pensad, Ivette, por el amor de Dios. Cualquier trapo que le arrojéis seguramente hará que estalle en agradecimientos—. Ivette volvió a cruzarse de brazos considerando la propuesta.

No, de ninguna manera uno de sus vestidos terminaría en manos de esa bastarda, pero sus damas sí que podían tener uno por allí.

—Lo pensaré —dijo finalmente. Kenneth volvió a sonreír, satisfecho consigo mismo.

—No hay prisa. Estará aquí un largo rato, después de todo.

—Detestable —masculló Ivette, girándose para regresar a la sala de bordado. Pero antes de abrir la puerta, se detuvo y miró a su hermano por encima del hombro—. Recordad, Kenneth: si alguien descubre vuestras intenciones hacia ella, seréis vos quien cargue con las consecuencias.

Kenneth se encogió de hombros, indiferente, mientras lanzaba los restos de la manzana al suelo.

—Que así sea. Después de todo, soy el heredero. Nadie se atrevería a cuestionarme.

Ivette apretó los dientes, furiosa, pero no dijo nada más. Entró nuevamente en la sala de bordado, dejando a Kenneth solo en el pasillo. Mientras caminaba hacia el gran salón, él no pudo evitar sonreír. Sabía que, con el tiempo, tanto Ivette como él lograrían doblar a esa pequeña bastarda, y cuando eso ocurriera, sería mucho más fácil controlarla.

Se hizo el mediodía y Charlotte permaneció encerrada en su habitación, observando cómo el sol ascendía lentamente hasta su punto más alto en el cielo. Le habían traído un desayuno abundante, seguido por un almuerzo igualmente generoso, ambos enviados como una señal silenciosa pero evidente de que todavía no era bienvenida en los espacios comunes del castillo. No había recibido invitaciones para comer junto a la familia ni participar en actividades diarias, lo cual, aunque esperado, dejaba un regusto amargo en su boca.

Charlotte suspiró mientras miraba por la ventana, con el rostro apoyado sobre una mano. Recordaba que, en el pasado, tampoco la habían invitado a la mesa ni una sola vez. Sin embargo, eso no la detuvo: ella iba y venía por el castillo como una sombra curiosa, observándolo todo. Había intentado llamar la atención de Ivette o del conde sin éxito alguno; nadie parecía notarla. Una vez, cuando casualmente tropezó con Kenneth en uno de los pasillos, se escondió como un conejo asustado, temiendo incluso mirarlo directamente. Él, divertido por su miedo, la correteó largo rato por pura crueldad,

hasta que su instructor de espada lo llamó al orden por saltarse la práctica.

No quería repetir aquello. No lo haría.

Por ahora, estaba bien quedarse aquí, aislada del mundo exterior. La habitación no estaba decorada con hermosos tapices ni muebles lujosos, pero era bastante cómoda. Tenía una cama amplia, sábanas limpias y una chimenea que mantenía el frío alejado. Afuera, el bullicio del castillo continuaba, las risas de los sirvientes, los gritos de los entrenamientos, el eco de los cascos de los caballos en el patio interior, pero dentro, reinaba un silencio reconfortante.

Además, este tiempo a solas, mientras Martha se ocupaba de la limpieza o realizaba otras tareas, le estaba ayudando a sanar heridas que aún sangraban en su alma. Anoche apenas había logrado dormir. Cuando Kenneth intentó abrir la puerta, el corazón se le aceleró tanto que pensó que se estallaría en su pecho. Con terror, en medio de la oscuridad, clavó la vista en la puerta, confiando en que la tranca aguantaría, pero aterrorizada ante la posibilidad de que cediera.

Luego de ese incidente, durmió poco y mal. Las pesadillas volvieron a atormentarla: imágenes vívidas de su vida anterior en la mazmorra, donde había sido herida, humillada y sometida a las peores vejaciones que una mujer podía soportar sin morir en el acto. En esos sueños, sentía nuevamente las cadenas en sus muñecas, el frío húmedo de las piedras contra su piel, los insultos y golpes que nunca cesaban.

Los ojos se le humedecían sólo de recordarlo. Este momento de soledad, esta paz inesperada, era muy bienvenida mientras, poco a poco, permitía que esas heridas abiertas dejaran de doler. Aunque sabía que nunca olvidaría lo que había vivido, también entendía que debía encontrar fuerzas para seguir adelante.

Pero entonces, en la tarde, alguien tocó a su puerta. Era una criada joven, que ni siquiera la miró al hablar. Traía consigo un mensaje: lady Ivette requería su presencia de inmediato en su habitación.

Charlotte frunció el ceño, confundida. En el pasado, esto no había ocurrido. Fue ella quien, movida por la necesidad de ganarse el afecto de su medio hermana, procuró verse con Ivette en múltiples ocasiones. Sin embargo, ahora parecía que los roles se habían invertido: Ivette la buscaba a ella. ¿Qué podría significar eso?

Sintió curiosidad. Aunque no confiaba en Ivette ni en sus intenciones, decidió acudir al llamado. Después de todo, si quería entender qué tramaba, tenía que estar presente para enfrentar cualquier emboscada. Además, algo en su interior le decía que este encuentro no sería como los de antes.

Se ajustó el vestido sencillo que llevaba puesto, enderezó los hombros y salió de la habitación con paso firme, lista para descubrir qué planes ocultaba Ivette bajo esa máscara de inocencia.

Al entrar a la hermosa habitación, la sonrisa de Ivette se ensanchó. La estancia era tal y como Charlotte la recordaba, un poco recargada para su gusto. Hacía que ella, que llevaba el mismo vestido de ayer, marrón, deslucido, viejo y feo, se viera totalmente fuera de lugar. Tal vez por eso Ivette sonreía.

—Pero qué pena —se quejó Ivette, mirándola de arriba abajo con ojos brillantes de diversión. Charlotte junto sus manos delante, mirándola fijamente, algo demasiado atrevido de su parte—. Sabía que estarías con los mismos trapos de ayer.

—Está limpio —contestó Charlotte pellizcando la tela áspera de su vestido con gesto despreocupado—. Mi querida Martha lo lavó anoche, lo puso frente al fuego, y ya hoy estaba seco.

—Qué diligente, tu querida Martha. Pero hoy me siento generosa, y ya que… sois… bueno, estáis en Albermale —Charlotte contuvo una sonrisa. Ivette era incapaz de decir en voz alta que eran hermanas—, he decidido que compartiré con vos uno de mis vestidos.

Una de las damas se adelantó extendiendo un vestido color albaricoque, sencillo, sin cintas, piedras o volantes, pero aun así,

bonito. Sin embargo, Charlotte lo miró sin emoción alguna, sin siquiera hacer el esfuerzo de fingir interés.

—¿Me estáis dando un vestido?

—Oh, sí. ¿No lo veis? Soy generosa. Y justo a tiempo, ¿no creéis? ¿Qué haréis si os llaman a cenar? ¿Iréis con esos mismos harapos?

—Ese color no va conmigo —dijo Charlotte mirando de reojo la prenda, sin tocarla, y dejando que la dama que lo extendía siguiera en la misma incómoda postura por unos momentos más.

Sus palabras dejaron en silencio a todas las mujeres en la habitación. Lady Ara, la más alta y madura de todas, protestó de inmediato.

—¿Pero qué es esa insolencia? —exclamó—. ¿Cómo osáis menospreciar el regalo que lady Ivette os hace? —la sonrisa de Ivette, que momentos antes se había torcido, se recuperó poco a poco.

—Oh, lady Ara. No la reprendáis tan duramente. La pobre no sabe de modas, ni tendencias. Es seguro que no sabe qué colores le favorecen, y mucho menos sabe normas de cortesía. Pero aquí os va la primera enseñanza, niña. Cuando se os hace un regalo, se debe decir: gracias—. Charlotte no dijo nada, sólo siguió mirándola en silencio—. A ver. Repetid después de mí: Gra-cias.

—No —dijo en cambio, Charlotte—. No quiero ese vestido de segunda, feo y pasado de moda—. Todas contuvieron el aliento, cubriendo sus bocas como si así evitaran lanzar un juramento poco propio de una dama—. El conde de Albermale ya dio una orden de darme vestidos nuevos y apropiados. Esperaré hasta entonces. Si no es más… —Ella ya daba la vuelta cuando el vestido dio de lleno en su cabeza. Ivette, enojada, lo había lanzado hacia ella con fuerza.

—¡No tendréis vestidos más que este, estúpida! —gritó, y Charlotte pudo ver cómo una vena se inflaba en su garganta—. ¡Como osáis rechazarme, sucia pordiosera! ¡Rata! —Charlotte sonrió. El vestido yacía en el suelo, triste y rechazado. Por fin Ivette había mostrado su verdadero ser. Había sido muy, muy pronto esta vez.

—Sí. Tendré vestidos nuevos, y de mi gusto y talla. A menos que, claro, alguien se atreva a desobedecer al lord, lo cual hablaría peor de él que de mí. Mientras tanto, usaré el vestido marrón que veis. Hasta entonces, lady Ivette.

—¡No os atreváis! —gritó Ivette, pero esta vez Charlotte no se giró. Sabía que sus damas la detendrían antes de que cometiera algún acto violento.

Y así fue. Hasta que atravesó la puerta, escuchó cómo sus cuatro damas intentaban apaciguar su ira con murmullos apresurados y gestos conciliadores. Charlotte salió de allí con una sonrisa triunfante.

El asunto de Charlotte rechazando un vestido de Ivette se extendió pronto por todo el castillo, y las criadas y damas empezaron a hacerse preguntas. ¿Era arrogante? ¿Ignorante? ¿Malcriada? ¿Qué significaba ese comportamiento tan atrevido para alguien de su posición?

—Ella dijo que el lord prometió darle vestidos nuevos, y que no aceptará nada menos que eso —sonrió Frieda, la más joven de las criadas de cocina. Las demás criadas intercambiaron miradas significativas antes de continuar con sus labores.

—¿Creéis que está intentando obligar al conde a cumplir con su palabra? —preguntó otra, llamada Milly, mientras amasaba pan con manos fuertes y curtidas por años de trabajo.

Frieda soltó una risita baja, apenas audible sobre el bullicio de la cocina.

—Parece que lady Charlotte será la única que le ponga un alto a lady Ivette en todo el castillo —dijo con una sonrisa traviesa, y las demás reflexionaron al respecto.

Lady Ivette era conocida por ser a veces insoportable en sus exigencias. Desperdiciaba comida enviándola de vuelta a las cocinas sin siquiera probarla, pedía baños calientes a horas y días inesperados, hacía trabajar a las costureras al triple de su capacidad y a las lavanderas al quíntuple. Nadie, obviamente, se atrevía a

quejarse abiertamente de esto; después de todo, eran sirvientes, y sus opiniones no contaban más allá de los muros de la cocina o el cuarto de lavado. Pero más de una soñaba en secreto con poder enfrentarla. Ver a alguien llevarle la contraria, aunque fuera indirectamente, era, simplemente, refrescante.

Esa noche, la criada que le llevó la cena a Charlotte, puso también una flor en un pequeño jarrón. Aquello llamó la atención de Martha, pero Charlotte apenas si se inmutó.

Al día siguiente, tuvo una ración extra de crema para untar el pan.

—¿Es idea mía, o las criadas os están mimando un poco? —y fue cuando Charlotte se dio cuenta de esos pequeños detalles, haciéndole preguntarse qué lo había provocado.

Tres días después, otra criada entró a su habitación. Esta era una mujer mayor, con arrugas profundas marcadas en su rostro y un aire amargado que parecía envolverla como una capa invisible. Charlotte la miró intrigada; no la recordaba de nada.

—Lady Minerva os pide que la visitéis en sus habitaciones —dijo la mujer con tono seco, como si las palabras le causaran dolor al pronunciarlas, y Charlotte frunció el ceño.

—¿Lady Minerva? —preguntó un poco confundida, pero antes de que la mujer pudiera aclarar sus dudas, exclamó: —¡Mi abuela! —de inmediato le pidió a Martha que la ayudara a verse presentable. Seguía con el mismo vestido marrón, pero quería arreglarse el cabello para verse lo mejor posible.

Mientras Martha cepillaba su cabello y lo sujetaba con cuidado, Charlotte pensó en la última vez que había visto a lady Minerva. En su vida pasada, la anciana había fallecido apenas un año después de su llegada al castillo, víctima de una extraña enfermedad. La misma enfermedad que luego aquejó a lord Anthony durante años antes de que ella lo matara.

Con pasos apresurados, se dirigió al ala del castillo donde estaban los aposentos de lady Minerva, la madre de lord Anthony.

Atravesó la puerta y observó la mujer sentada en un cómodo sillón frente al fuego. El verano llegaba a su fin, y soplaban vientos frescos, y aunque el castillo de Albermale estaba fuertemente protegido contra las corrientes de aire debido a su inusual arquitectura, para una anciana enferma como ella, aun en pleno verano, el fuego debía ser constante.

¿Anciana?, se preguntó Charlotte mirando fijamente a la mujer de cabellos encanecidos. ¿Realmente era tan vieja como aparentaba? En su juventud debió haber sido preciosa. Aún quedaban restos de elegancia en su perfil, y aunque su piel estaba surcada por las marcas del tiempo, sus ojos grises conservaban un brillo astuto y penetrante. Esos ojos se posaron en Charlotte, evaluándola lentamente, mientras ladeaba la cabeza.

—¿Qué edad tenéis, pequeña? —preguntó la mujer. Charlotte hizo una reverencia, a la vez que contestaba.

—Nueve, mi lady.

—Oh… pero parecéis de menos.

—Estoy comiendo todo lo que me dan para crecer sana y fuerte —respondió Charlotte con una sonrisa tímida. Esto hizo reír suavemente a lady Minerva, quien con un gesto de la mano le indicó que avanzara hacia ella. Charlotte obedeció, acercándose lentamente.

De alguna manera, Charlotte sentía que su vista era más clara ahora que en el pasado. Había visto a la anciana muy pocas veces, pues ella nunca salía de su habitación, pero ahora la tenía al frente, y la recorría con sus ojos como si procurara memorizar sus rasgos.

Antes, ella nunca la llamó para conocerla. Había sido como si no le interesara conocer a la bastarda de su hijo. Algo había cambiado.

—Parece que mi hijo aún no ha cumplido con la promesa de daros vestidos nuevos —observó lady Minerva.

—En algún momento lo hará.

—Sí —contestó lady Minerva sin mucha convicción—. En algún momento. Lidia —llamó a la criada de aspecto amargado, que

esperaba cerca de la puerta—, hablad de inmediato con las costureras. Decidles que ordeno que se pongan a trabajar cuanto antes en la vestimenta de mi nieta.

Aquellas palabras calaron hondo en el corazón de Charlotte. No era la orden de hacer vestidos para ella, no. Era esa última declaración: "mi nieta".

Por primera vez, era algo de alguien.

La emoción debió reflejarse en su rostro, y la anciana volvió a sonreír, extendiendo la mano hacia ella. Charlotte la tomó entre las suyas sin vacilar, sintiendo el contacto frágil, pero cálido de su piel.

—Parece que os complace saber que tendréis vestidos nuevos —dijo lady Minerva. Naturalmente, había malinterpretado la causa de su emoción.

—Mi lady no duda de que soy hija del lord.

—¿Y cómo iba a dudar, si sois idéntica a él y a tu abuelo? —Charlotte la miró fijamente.

—¿Mi abuelo?

—Lord Charles murió muy joven de una enfermedad. Anthony no llegó a conocerlo. Pero yo doy fe de que sois una auténtica Albermale. El cabello negro y los ojos azules siempre han predominado en esta familia, y vos tenéis ambos—. Charlotte no pudo evitar sonreír, y sus mejillas se sonrojaron. Apretó un poco la mano que sostenía, notando que su piel era seca, y sus uñas quebradizas.

¿Qué enfermedad tenía su abuela?, se preguntó entonces, con el corazón acelerado como si enfrentara alguna bestia maligna, mirándola fijamente, deseando hacerle preguntas, pero no sabiendo si aquello era demasiado insolente.

Tenía nueve años, se recordó. Cualquier insolencia sería perdonada por su edad.

—¿Estáis enferma? —Minerva suspiró.

—Oh, sí. Un poco—. No sólo un poco, pensó Charlotte apretando sus labios. Ella moriría en un año.

—¿Qué os duele? —Minerva sonrió.

—Todo —contestó Minerva con simpleza, aunque su sonrisa intentaba restarle importancia.

—¿Todo?

—¿Queréis escuchar las quejas de una anciana?

—No creo que seáis una anciana. Sois joven, y muy guapa.

—Sí que sabéis adular —rio ella, apretando la mano de la niña—. No os preocupéis, Lidia sabe de medicina y cuida de mí.

—¿Esa criada con cara de amargura? —Minerva soltó la carcajada, pero aquello le produjo tos. Charlotte le acercó un pañuelo, y la observó preocupada.

—Procurad no hacer esos comentarios delante de ella, ni de nadie más. Algunas personas castigan el ingenio.

—Lo sé —dijo Charlotte en un tono demasiado maduro para su edad.

—Oh, ¿lo sabéis? Pero parece que no os importa mucho. Mostráis fortaleza aun delante de la gente que podría convertir vuestra vida en un infierno.

—Mi vida será un infierno aún peor si me dejo pisotear por esa gente —afirmó Charlotte con voz seria—. Soy un lobo de Albermale. Tengo garras y colmillos, despedazaré a mis enemigos.

Minerva abrió grandes sus ojos al escuchar aquello.

Era, definitivamente, el grito de guerra de Albermale.

En sus años en este castillo, todo fue pacífico. No hubo invasiones, ni asedios. Anthony lo había tenido fácil, realmente. Pero sabía qué gritaban los generales de Albermale al enfrentarse a sus enemigos, y era justamente aquello: Somos los lobos de Albermale. Tenemos garras y colmillos. Despedazaremos a nuestros enemigos.

—¿Dónde escuchasteis eso?

Dándose cuenta de su paso en falso, Charlotte sonrió nerviosa, esquivando su mirada.

—Creo… que lo escuché en el patio de armas, sí.

—Ah —musitó Minerva, aunque su expresión sugería que no estaba completamente convencida—. ¿Queréis un poco más de té?

—No me gusta ese té —contestó la anciana con una mueca.

—Podría ir a las cocinas para que os preparen otro más rico.

—¿Lo haríais por mí?

—¡Definitivamente! ¡Soy vuestra nieta! —Minerva volvió a reír.

Qué niña tan guapa y valiente. Con unas semanas más de buena comida, estaba segura de que esas mejillas se llenarían, y su cabello brillaría.

—Sí —dijo—. Hacedlo por mí.

Charlotte sonrió, pero, antes de irse, tomó la mano de su abuela y le besó el dorso.

En ese momento, vio algo espeluznante. Las uñas de su abuela tenía pequeñas manchas blancas. No era una machita perdida y casual, no. Se repetían en todas ellas, uniformes y precisas. Charlotte sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras miraba a su abuela, luego al té frente a ella, llenándose de sospecha.

Justo entonces, entró Lidia.

—Ya di la orden a las costureras, mi lady —anunció, y sin pérdida de tiempo, se acercó a la mesa de té para servirle otra taza a su abuela.

Charlotte actuó de inmediato. Fingió torpeza, apresurándose para tomar la tetera antes que Lidia, pero deliberadamente la hizo tropezar, dejando que cayera al suelo de piedra con un estruendo agudo que resonó por toda la habitación, y los trozos rotos se desperdigaron junto con restos de hojas de té y líquido caliente.

—¡Lo siento! —exclamó Charlotte, llevándose ambas manos a la boca en un gesto exagerado de horror.

—¡Pero qué hacéis! —exclamó Lidia.

—Rompí vuestra tetera —se lamentó Charlotte cayendo de rodillas—. Lo pagaré. ¡Lo siento!

—No pasa nada —dijo Minerva con voz tranquila—. Era una tetera vieja.

—Oh, no. Una reliquia familiar —exageró Charlotte—. Mi pago será serviros, mi lady. Dejadme trabajar a vuestro lado y pagaré mi torpeza.

—¿Pero qué es lo que pretendéis? —preguntó Lidia confundida.

—¿Queréis pagar con servicio? —se extrañó Minerva—. No es posible. Sois la hija del conde. Y no es necesario…

—¡Sí lo es! —insistió Charlotte con vehemencia, mirando a su abuela con ojos suplicantes—. ¡Martha os servirá en mi lugar entonces!

—No es necesario, ¿no escuchasteis? —exclamó Lidia exasperada. Charlotte la miró con dureza, lo que hizo que la criada retrocediera.

—Lo haré de todos modos. Vos podréis dedicaros a otras cosas. Mi lady… —insistió Charlotte mirando a su abuela con ojos suplicantes—. Si no os compenso por mi error, siento que mi dignidad sufrirá un duro golpe.

—¡Pero sólo sois una niña! —rio Minerva—. ¿De qué estáis hablando? —pero Charlotte estaba muy seria, lo que le provocó una punzada no supo dónde.

Guardó silencio por unos instantes, y luego de deliberar en su mente, asintió.

—Permitiré que vos misma me preparéis el té de hoy en adelante.

—Pero, ¡mi lady! —se quejó Lidia.

—Vos tenéis mucho que hacer —le recordó Minerva—. Y sólo es un poco de té. No es la gran cosa.

Charlotte sonrió llena de una feroz satisfacción.

—Agradezco vuestra confianza —dijo—. Os serviré con toda mi alma.

Y lo siguiente, se prometió, sería correr a esa criada maldita. Y azotarla.

Por ahora, sin embargo, debía mantener las apariencias. Se levantó del suelo con gracia deliberada, recogiendo los pedazos rotos de la tetera con cuidado excesivo, asegurándose de que Lidia captara cada uno de sus movimientos. Cuando la criada salió de la habitación, murmurando excusas sobre buscar otra tetera, Charlotte permitió que una sonrisa fría cruzara su rostro.

Ah, esa perra no sabía con quién se había metido. Envenenando a su abuela frente a sus narices.

Todas esas señales que vio en la anciana, ella pudo reconocerlas de inmediato. En el pasado, cuando fue la Condesa Tirana, se deshizo de varios de sus enemigos con arsénico. A algunos los fulminó con una sola dosis, a otros, más lentamente; obviamente reconocía las señales y síntomas.

Salvaría a su abuela, se prometió. Y despedazaría a quien había osado lastimarla. Tenía una idea bastante clara de quién podía ser esa persona.

4

Charlotte fue llamada a una pequeña sala contigua a los aposentos de lady Minerva, donde las costureras ya la esperaban. Era una habitación modesta pero bien iluminada, con un gran espejo empañado apoyado contra una pared y varias telas cuidadosamente dobladas sobre una mesa alargada.

Había tres mujeres: una mayor, de cabello gris y manos expertas; otra joven, con ojos nerviosos que evitaban mirarla directamente; y una tercera que parecía incómoda, como si hubiera sido forzada a estar allí contra su voluntad.

—Bien, pequeña —dijo la costurera mayor, extendiendo un largo cordel—, necesitaremos tomar vuestras medidas. Manteneos quieta mientras trabajamos.

Charlotte obedeció, permitiendo que las mujeres ajustaran el cordel alrededor de su cintura, busto y caderas. Sabía muy bien cómo se llevaba a cabo este proceso, por lo que dio toda su colaboración. Mientras tanto, observó fijamente a las tres mujeres, estudiándolas con detenimiento.

Era una costumbre que había adquirido con el tiempo. Por supervivencia, más que todo. Toda persona nueva empezaba como un potencial traidor, y sólo después eliminaba las sospechas sobre ella.

A estas tres mujeres no las recordaba de su época de condesa. Tal vez habían muerto en las refriegas de la toma del poder, o simplemente habían huido al ver caer uno a uno a sus señores. Ella había tenido sus propias costureras de confianza; conocía métodos donde se podía morir por una prenda envenenada, así que era muy cuidadosa en cada aspecto de su vida.

La que parecía incómoda podría ser una secuaz de la condesa, o de la misma Ivette. No sería raro, pero podría estar saboteando los vestidos que su abuela le consiguió, así que, de manera casual preguntó por sus nombres, y los memorizó. Anya, Mavis y Myla. Hizo preguntas que parecían triviales acerca de sus vidas, y Anya, la jefa,

no vio nada raro en revelar que tenía familia: un esposo y una hija pequeña. Mavis era soltera, y Myla parecía interesada en un soldado.

Myla pareció molesta porque revelaran sus secretos allí, pero Charlotte sonrió.

—¿Qué colores os gustarían? —como Charlotte no contestó de inmediato, Myla se apresuró a añadir:

—Podemos escoger por vos, mi lady. No os sintáis abrumada—. Charlotte sólo sonrió.

—Algo que combine con mis ojos, quizás. Todos los tonos de azul o verde. Nada demasiado extravagante, pero tampoco ordinario. Si en algún momento no os decidís por un color, pensad que amo los colores de Albermale, blanco y azul—. Anya la miró sorprendida, pero aprobándola. Mavis asintió aliviada de que ella pareciera saber lo que quería, y Myla sólo guardó silencio.

Antes de salir de allí, llamó a la más joven de todas, Myla. La llevó al pasillo y cerró la puerta tras ella, asegurándose de que estuvieran completamente a solas. Allí la miró en silencio por un incómodo minuto, haciendo que Myla empezara a sentirse nerviosa.

—Sé que sois leal a lady Elaine —comenzó Charlotte sin rodeos—. No me sorprende ni me ofende. Todos tienen sus razones para servir a quienes los alimentan. Pero quiero dejar algo muy claro: si mi vestido llega a estar mal hecho, o si algo… inesperado ocurre durante su uso, os aseguro que no seré yo quien enfrente las consecuencias.

La costurera tragó saliva, claramente incómoda.

—Mi lady, yo… no sé qué queréis decir. Estoy aquí para cumplir mi deber.

—Ah, sí, vuestro "deber" —replicó Charlotte con una sonrisa gélida—. Claro, es comprensible que sigáis órdenes. Pero debéis entender algo: también soy hija del conde Anthony, y fue mi abuela quien os dio la orden de hacerme vestidos. Si algo sale mal, no dudaré en señalar quién fue la responsable. Y creedme, lady Elaine no moverá un dedo para protegeros cuando lady Minerva exija respuestas. Así que, os lo advierto: si valoráis vuestra posición aquí,

haréis exactamente lo que se os pide. Mi vestido será perfecto, y nadie tendrá nada que criticar.

La costurera asintió rápidamente, incapaz de articular palabra, preguntándose cómo era posible que le tuviera miedo a una niña de nueve años, que apenas si contaba con apoyo en este castillo.

—Bien —suspiró Charlotte—. Entonces no habrá problemas. Ahora podéis ir con las demás. Espero ver pronto los resultados de vuestro trabajo.

La costurera hizo una reverencia torpe y salió casi corriendo. Charlotte sonrió para sí misma, satisfecha de haber dejado claro su mensaje.

En los días siguientes, Charlotte prácticamente no salió de las habitaciones de Minerva, y dado que ella se había autonombrado la jefa de tés de la anciana, Lidia no tuvo oportunidad de servirle uno.

Si no estaba ella, estaba Martha, y aunque Lidia tenía más rango que ella, y podía echarla para que no le estorbara, se encontró con que la abuela la respaldaba. Cada vez que Lidia intentaba acercarse para cumplir con sus deberes, encontraba a la pequeña ocupando su lugar, con una sonrisa inocente pero calculadora que parecía decir: Este territorio es mío ahora.

Una tarde, desesperada, y viendo que desde que esa chiquilla había irrumpido en su rutina la anciana no tomaba sus "medicinas" adecuadamente, subió con una bandeja de té cargado, sólo para encontrar que Charlotte, luciendo uno de sus vestidos nuevos, celebrando lo que parecía ser una fiesta de té privada con su abuela.

—Oh, Lidia —saludó Charlotte con una sonrisa radiante—. Estamos celebrando que ya me entregaron mi primer vestido—. Lidia la miró apretando sus labios, hasta dejarlos como una fina línea, dura y desagradable. Charlotte se giró a mirar a su abuela—. Abuela, ¿os molesta si le pido a Lidia que se una a nuestra fiesta de té?

—De ninguna manera —dijo Minerva con ojos decididos—. Lidia es como de la familia.

Los ojos de Lidia bailaron al escuchar aquellas palabras, como si hubiesen sido más molestas de lo que previó.

—Sentaos con nosotras, Lidia.

—Sí, señora.

—Martha —llamó Charlotte, con la misma sonrisa—. Servidle el té a Lidia—. Martha se movió para obedecer, pero Charlotte la detuvo cuando ya acomodaba una nueva taza de té en la mesita—. Oh, no, Martha. A Lidia, dadle el té que ella trajo. No queremos que se desperdicie—. Martha asintió, y tomó el servicio de té que Lidia había traído, lo que hizo que la mujer palideciera más de lo que ya era.

Charlotte sonreía.

—Pero… mi lady… El té de lady Minerva es un té muy caro, y muy fino.

—Qué raro —observó Charlotte—. No pusisteis ninguna objeción cuando el té que se os iba a servir era el que ya teníamos. ¿Estáis diciendo que mi té es corriente y barato?

—No, no. De ninguna manera.

—Vamos, Lidia —intervino Minerva—. ¿Cuándo he hecho distinciones con vos?

—Así es, Lidia —insistió Charlotte, metiendo baza—. ¿Y no es acaso una gran oportunidad de beber té caro y fino?

Martha puso la taza de té en las manos de Lidia, que permanecía en silencio, incapaz de moverse, y mucho menos de beber aquello.

Charlotte volvió a mirar a su abuela, hablando trivialidades acerca del clima, lo brillante que estaba el sol a pesar de ser ya otoño, y demás. Lidia seguía sin beber un solo sorbo.

—Oh. Parece que el té no es de vuestro agrado, Lidia —dijo Minerva al verla quieta como una estatua por varios minutos. Charlotte se giró a mirarla, y sus ojos se encontraron con los de Lidia, que le sostuvo la mirada un largo rato.

—¿Acaso el té tiene algo malo?

—No, no —dijo, casi sin voz.

—Entonces, bebedlo.

Ya no parecía una invitación, sino una orden. O, más bien, una sentencia.

Con mano temblorosa, Lidia se llevó la taza de té a los labios.

Maldición, se dijo, cuando el líquido caliente rozó sus labios. ¿No podía sólo fingir que lo había derramado?

No. Había una tetera llena con este veneno. Si tiraba una taza, esta pequeña tirana sólo le serviría otra alegremente y vigilaría que se la bebiera.

¿Qué iba a hacer?

Debido a que la anciana llevaba días sin tomar su "medicina", había hecho este un poco más fuerte de lo normal. Una pequeña dosis no causaría mayor daño al principio, pero esto tenía mucho más de lo recomendado para pasar desapercibido. Ya le había advertido a lady Elaine que la presencia de la bastarda era un impedimento para su trabajo, pero no imaginó que llegaría a esta situación.

Elevó una oración al cielo, repitiéndose que ella era una mujer sana, y que resistiría, y así, bebió del té.

Charlotte la miró y sonrió, y volvió a las conversaciones triviales con su abuela.

—Me disculpo —dijo Lidia cuando vio que Martha le servía otra taza—. He dejado descuidadas mis obligaciones. Gracias por el té, mi lady.

Charlotte y Minerva asintieron al tiempo, dejándola salir.

Al ver que la niña sonreía con cierta malicia, Minerva entrecerró sus ojos.

—¿Qué os divierte tanto? —Charlotte pestañeó como si hubiese sido pillada en falta. Luego, volvió a sonreír.

—Lo siento. Sólo estoy feliz por mi vestido nuevo—. Minerva miró el vestido azul cielo que lucía. Era un trabajo excelente por parte de

las costureras, y pensó que era razón suficiente para tener feliz a una niña como ella, pero algo no terminaba de convencerla.

—Abuela, ¿puedo pediros algo?

—Claro, hablad.

—¿Podríais mostrarme la armería? —Minerva frunció el ceño.

—¿La armería? —preguntó la anciana sorprendida—. ¿Qué querría una niña como vos en tal lugar?

—He escuchado que allí se guardan las armas usadas por nuestros antepasados… siento mucha curiosidad.

—¿Y cómo es que no sentís curiosidad por cosas más… femeninas? —la voz de Minerva era divertida, pero Charlotte borró suavemente su sonrisa.

Aquello era verdad. Ella debía estar interesada por las reliquias que hubieran dejado las condesas de Albermale. Desafortunadamente, sólo se trataba de joyas y vestidos, y aquello no le servía de mucho ahora, sobre todo porque estaban en posesión de lady Elaine.

Al ver su carita triste, Minerva capituló. Suspiró meneando su cabeza.

—Afortunadamente, me he sentido mejor últimamente. Podríamos dar un paseo.

—¿De verdad? —los ojos de Charlotte brillaban, y se puso en pie como si pretendiera dar ese paseo ahora mismo.

Charlotte conocía perfectamente el camino hacia la armería, pero tuvo que fingir que no, y permaneció tras lady Minerva, que caminaba lentamente, pero segura.

En los pasillos, los sirvientes se sorprendían de verla mucho mejor y la saludaban con cariño, deseándole que su salud siguiera recuperándose, y Charlotte vio en su abuela el perfecto ejemplo de la gobernanza justa y amable. No le temían, como había sido con ella, tampoco le negaban sus sonrisas, como hacían con Elaine. A Minerva la respetaban y la querían.

Quería ser como ella algún día.

—Wulfric Montfort, el primer conde de Albermale, fue un hombre temido y respetado —dijo lady Minerva, a medida que avanzaban. Charlotte le prestó atención de inmediato. Estas eran las historias que ella siempre quiso escuchar—. Se decía que su daga tenía un filo tan mortal que podía cortar el aire mismo, y hay una historia que cuenta cómo, de un solo tajo, le cortó la mano a su enemigo—. Aquello asombró a Charlotte. No era imposible, pero se requería de mucha fuerza para lograr algo así—. Era letal en combate, y con ella destruyó a muchos de sus enemigos.

—No lo dudo —susurró Charlotte—. Contadme más, abuela.

—Oh, también se dice que era amoroso con sus hijos, y que amaba mucho a su esposa —. Charlotte sonrió—. Tomó las tierras de Albermale cuando fueron arruinadas por un asedio —siguió Minerva —. Lo único que encontró en pie fue el castillo, y junto a lady Sarah, le devolvieron la gloria al condado—. Charlotte escuchaba encantada. Se alegraba profundamente de tener a alguien que le contara las historias de Albermale. Aquello era un privilegio que antes no tuvo, y lo valoraba.

Finalmente, llegaron a la armería. La puerta estaba hecha de roble macizo, reforzada con hierro, y al abrirla, Charlotte sintió un escalofrío recorrer su espalda. El aire dentro era fresco y ligeramente metálico, y las paredes estaban cubiertas de armas antiguas: espadas, lanzas, hachas y dagas, todas relucientes gracias al cuidado meticuloso de los sirvientes encargados de su mantenimiento, pero mostrando las marcas de su uso. Arañazos, desgaste en su filo, muestra de que no eran sólo adornos.

Su mirada se detuvo en una daga que carecía de todas esas señales. Su filo parecía intacto, y el tallado en su empuñadura no se había desgastado con el tiempo. Tenía joyas incrustadas, zafiros que formaban un patrón intrincado: el lobo del estandarte de Albermale.

—Esa daga fue de Wulfric Montfort —explicó Minerva al ver a Charlotte absorta en ella.

—¿Con ella cortó la mano de su enemigo?

—Es probable —sonrió Minerva—. Parece que os gustan las historias sangrientas—. Charlotte mordió una sonrisa, no quería ser tan obvia, pero su abuela la leía demasiado bien.

—Es hermosa —murmuró Charlotte, extendiendo una mano hacia la vitrina.

—Sí, lo es —respondió Minerva, observándola con curiosidad—. Pero también es peligrosa. Se dice que quien la empuña debe tener un corazón fuerte y una voluntad inquebrantable, o la daga misma lo traicionará.

Charlotte asintió, pero su determinación no flaqueó. Sabía que necesitaba esa daga. No solo como símbolo de su legado familiar, sino también como una herramienta práctica para protegerse en caso de que las cosas se pusieran aún más difíciles.

—Abuela —dijo finalmente, girándose hacia Minerva con una expresión seria—, ¿podríais dármela?

Minerva parpadeó, sorprendida por la audacia de la petición.

—¿Dárosla? ¿Para qué querría una niña como vos una daga como esa?

—No soy una niña cualquiera —replicó Charlotte con calma, aunque sus ojos ardían con determinación—. Soy una Albermale. Y esta daga pertenece a nuestro linaje. Si algún día tengo que defender este castillo, nuestra familia, o incluso mi propia vida, quiero hacerlo con algo que represente quiénes somos.

Minerva la miró fijamente durante varios minutos, como si intentara leer sus pensamientos. Finalmente, suspiró.

—Supongo que tenéis razón. Sois una Albermale, después de todo. Y si alguien puede manejar esta daga, sois vos.

Con manos temblorosas, Minerva abrió la vitrina y sacó la daga. La colocó en las manos de Charlotte con solemnidad, como si estuviera entregando algo más que un arma: un legado, una responsabilidad.

Charlotte la sostuvo con reverencia, sintiendo el peso de la historia en sus manos. La daga parecía hecha especialmente para

ella, como si hubiera estado esperando pacientemente a que alguien digno la reclamara.

—Gracias, abuela —dijo, con voz cargada de gratitud y determinación.

Minerva sonrió, aunque había un destello de preocupación en sus ojos.

—Solo prometedme que la usaréis sabiamente, pequeña. Esta daga ha visto mucho derramamiento de sangre. No permitáis que os consuma.

—Lo prometo —respondió Charlotte, aunque en su mente ya estaba imaginando cómo podría usarla en cierta persona que se había atrevido a lastimar a su familia.

Aquella misma noche, se coló en la habitación de Lidia.

Era una noche tormentosa, y los relámpagos iluminaban intermitentemente las paredes de piedra, mientras el rugido del trueno y el repiqueteo de la lluvia cubrían el sonido de sus pasos.

Lidia dormía con otras criadas en la misma habitación, pero le fue fácil ubicarla. Era una asesina, después de todo. Aunque este cuerpo de niña no tenía la fuerza suficiente, era liviano y ágil. Con la buena alimentación que había tenido últimamente, era más obediente a sus deseos.

En absoluto silencio, Charlotte ató las manos de Lidia, y antes de que ésta pudiera defenderse, se trepó sobre su pecho y le cubrió la nariz y la boca impidiéndole hacer ruidos.

—Quieta —le susurró Charlotte al oído, poniendo la daga sobre su garganta. Estaba tan afilada, que de inmediato le hizo un pequeño corte. Lidia cerró los ojos con fuerza, llorando. Tardó en reconocer a Charlotte, así que al principio sólo podía pensar que un asesino había venido por su vida.

Pero, ¿quién? ¿Y por qué? ¿Lady Elaine la había traicionado?

Charlotte liberó su nariz lo suficiente para permitirle respirar, aunque aún mantenía su mano firmemente presionada sobre su boca.

—Si lucháis con tanta fuerza por vuestra vida es que no queréis morir —susurró Charlotte, sentada en su pecho, hundiendo su cabeza en la almohada por la fuerza con que le tapaba la boca—. Eso me gusta, significa que haréis lo que os diga—. Asintió rápidamente, y al fin, su vista nublada por el pánico y la falta de aire empezó a aclararse.

La persona que tenía encima no era nadie menos que Charlotte Montfort, que la miraba con ojos enloquecidos y una sonrisa macabra, como si rogara que le desobedeciera para tener una excusa para matarla.

Su vida estaba en peligro aquí, eso era claro como el día.

—¿Fue la condesa quien os ordenó envenenar a lady Minerva? —preguntó la niña en un susurro letal, y Lidia cerró los ojos, resistiendo el impulso de negarlo. Sabía que cualquier mentira sería inútil frente a esa mirada implacable.

Si traicionaba a lady Elaine, moriría. Pero si no decía algo aquí, su vida acabaría en este mismo instante.

Asintió entre lágrimas, y su cuerpo temblaba incontrolablemente bajo el peso de Charlotte

—Habéis usado arsénico, ¿no es así? —Lidia volvió a asentir—. Quiero que me lo entreguéis. Todo lo que tengáis—. Lidia la miró aterrorizada, pero sabía que no tenía elección—. Si hacéis lo que os digo, no os mataré. Podréis huir muy lejos, os lo prometo. He jurado matar la menor cantidad de gente posible en esta vida.

Lidia no entendió aquellas palabras, pero movió la cabeza señalando el arcón donde tenía sus cosas.

Charlotte se bajó de su pecho, permitiéndole respirar mejor, pero no la soltó. Tiró de su cabello, sin quitar la daga de su garganta, y la hizo salir de la cama andando de rodillas por el suelo.

—Si intentáis gritar, será lo último que hagáis. Os lo juro.

Lidia no tenía intención de gritar, estaba a punto de hacerse pis encima. Además, con todo el ruido de la tormenta afuera, era muy

difícil que alguien la escuchara, y si tenía éxito en eso, dudaba que pudiera llevar adelante una acusación.

No había estado equivocada. Esta niña era una serpiente venenosa.

Despacio, tratando de conservar el equilibrio, se arrastró por la habitación. Todavía estaba sufriendo las consecuencias del té que había bebido antes, por lo que estaba débil, mareada y sintiendo malestar.

Con las manos aún atadas, sacó de un compartimiento secreto de su arcón una pequeña caja que contenía el veneno, y de rodillas, se lo entregó. Charlotte lo recibió, quitando por fin la daga de su garganta, pero Lidia permaneció mansa como un corderito, temiendo que cualquier movimiento repentino desencadenara la furia de la niña.

—Os doy hasta el amanecer para huir de Albermale. O podéis iros ya mismo.

—Lady Elaine se hará preguntas.

—Oh, puede que inventemos una historia donde os escapáis con un hombre robusto y guapo —sonrió Charlotte, lo que sonrojó a Lidia. Pero no tenía mucho que decir al respecto.

—¿Quién sois? —preguntó todavía aterrada, los ojos llorosos y la garganta cerrada. Charlotte sonrió.

—No queréis saberlo —fue su respuesta.

Y, como una sombra, tal como había entrado, salió de la habitación.

Lidia lloró, tocándose la garganta, el lugar donde había sido herida. Al sentir la sangre gimió. Había estado a nada de morir. Los ojos de esa pequeña no eran los de una persona normal. Había visto verdugos con más cordura en su cabeza.

Y al día siguiente, todos echaron en falta a Lidia.

Se preguntaban qué había pasado, a dónde había ido. Hasta que uno de los soldados que hizo guardia esa noche, informó que una mujer había salido en medio de la tormenta, y que a pesar de que le

dijeron que esperara al menos a que la lluvia amainara, ella no quiso escuchar, y huyó hacia la aldea.

Lady Elaine estaba furiosa. Lidia se había ido sin darle explicaciones, y ahora tendría que buscar a otra persona de confianza que lograra meterse en los aposentos de su suegra para terminar su trabajo. Y mientras tanto, esa vieja arpía se recuperaría, y retomaría el poder sobre el castillo, cosa que ella no estaba dispuesta a ceder.

Todo parecía irle mal últimamente. Primero, esa bastarda en su casa, luego, las costureras y cocineras haciendo lo que les daba la gana, y ahora, Lidia yéndose lejos, dejando la tarea más importante de todas a mitad de camino.

Minerva, por su parte, observaba a su nieta queriendo hacerle una pregunta, pero encontrando que era demasiado absurda para formularla. No llevaba consigo la daga, lo cual le pareció extraño. Ella había parecido muy emocionada al recibirla, y no era extraño que una dama llevara un arma en su cinto. Tal vez la llevaba escondida, pensó. Pero otra vez, aquello era demasiado para alguien tan pequeño.

Por otro lado, tenía la pequeña sospecha de que esa niña tenía algo que ver con la desaparición de Lidia. Ahora tenía otras criadas, mujeres a las que la misma Charlotte inspeccionó antes de darles el visto bueno. Se preocupaba por su salud y seguridad, y se lo agradecía, pero no dejaba de sentir que todo aquello era un poco aterrador.

—Me dijeron que estáis mucho mejor, madre —dijo su hijo Anthony entrando a sus aposentos, mirando de ella a Charlotte, cuyo rostro se tornó un poco sombrío ante la presencia del conde.

Parecía que Charlotte lo odiaba.

—Hijo. Hacía tiempo que no me visitabais.

Anthony hizo una reverencia cortés hacia su madre, pero su mirada seguía desviándose hacia la niña, que permanecía quieta junto a Minerva, como si intentara hacerse invisible. Había algo en la postura de Charlotte, la rigidez de sus hombros, la forma en que

mantenía los ojos fijos en el suelo, que sugería más que simple incomodidad. Era odio. Odio disimulado, pero odio al fin.

—Estoy aquí para saber cómo estáis —siguió él forzando una sonrisa, pero de inmediato se dirigió a la pequeña—. Charlotte, veo que ya lleváis vestidos mejores.

—Es gracias a la abuela —dijo ella haciendo una reverencia breve pero formal. Aquella respuesta confundió a Anthony. Inconscientemente, había esperado alguna palabra de agradecimiento, y se topaba con esto.

—Di la orden para que os hicieran vestidos en cuanto llegasteis.

—La servidumbre os desobedeció, mi lord —siguió Charlotte, con la mirada baja. No lo había mirado a los ojos ni una vez. Nunca lo hacía, se dio cuenta Anthony, sintiendo un nudo incómodo en el estómago.

Sus últimas palabras lo enfurecieron, pero no tenía caso arremeter contra la servidumbre por eso. Elaine había intervenido otra vez.

Miró a su madre y le agradeció con un asentimiento de su cabeza.

—Os dejo a solas, para que platiquéis cómodamente —se despidió la niña.

—Oh, podéis quedaros —dijo Minerva, pero Charlotte le sonrió suavemente, besó su mano, y salió. A Anthony sólo volvió a hacerle una tiesa reverencia al pasar.

Anthony la vio salir en completo silencio, y, desanimado, tomó asiento frente a su madre.

—¿Queréis un poco de té? —él se encogió de hombros. Minerva sonrió—. Si seguís fallando de esta manera, os costará ganaros el cariño de vuestra hija—. Anthony recibió el té de manos de la doncella que ahora estaba a cargo de su madre y le dio un sorbo.

—Juro que di la orden de que le hicieran vestidos.

—Oh, pero no os asegurasteis de que fuerais obedecido.

—Se supone que todos en este castillo obedecen a mis palabras.

—Este castillo está divido desde que os casasteis con esa serpiente.

—Madre…

—Afortunadamente, mi salud ha mejorado mucho últimamente. Podré hacerme cargo de las necesidades de Charlotte, así que podéis estar tranquilo.

—Eso no me hará ganarme su… respeto—. Minerva lo miró fijamente.

—¿Con qué derecho podríais reclamar tal respeto? —preguntó, inclinándose hacia adelante con un brillo penetrante en los ojos—. La pequeña sufrió hambre, frío, y maltratos durante sus primeros nueve años de vida. Ella nunca habla de ese lugar, pero puedo ver en sus ojos la sombra de un profundo sufrimiento. Mientras, esos niños que malcriáis gozaban de toda abundancia en este castillo. Si os odia, tiene mil razones.

Anthony bebió el resto de su té y se puso en pie, claramente incómodo por los regaños de su madre, pero incapaz de replicar.

—Me alegra veros tan enérgica —dijo—. Seguro que ahora podréis buscarme hasta el último rincón del castillo para sermonearme.

—Oh, no dudéis que lo haré. Sois mi hijo, Anthony, pero sois soberanamente tonto —sus pasos vacilaron al oír aquello, pero, otra vez, fue incapaz de decir nada.

—Os veré luego.

—Charlotte y yo asistiremos a las cenas a partir de ahora —anunció la anciana con voz firme. Anthony, que ya se dirigía a la salida, se giró a mirarla—. Va a ser divertido —sonrió ella.

Anthony, en cambio, empezaba a preocuparse.

5

Charlotte se estaba preparando para la cena esa noche. Era la primera vez que asistiría al comedor principal como una invitada más, y Minerva se había asegurado de enseñarle lo básico para que no cometiera errores.

La había sorprendido con sus modales. Tal vez Minerva no esperaba mucho de una niña que hasta ahora vivió en un orfanato olvidado de la mano de Dios, y ella tuvo que disimular para que sus movimientos fueran un poco toscos, y no tan refinados, o levantaría sospechas. A pesar de sus esfuerzos por parecer menos hábil de lo que realmente era, sólo consiguió elogios de parte de su abuela.

Sonrió pensando en eso. En todo el mundo, ella parecía ser la única persona incondicional hacia ella. Eso la llenaba de una inmensa felicidad. Ya no estaba sola. Con ella y Martha de su lado, seguro que su vida sería muy diferente del pasado.

Minerva siguió dándole clases, y ordenó al tutor que enseñaba a Ivette unas clases separadas para ella. Y también allí hubo sorpresas.

Charlotte no tenía manera de justificar por qué hablaba tan bien el latín y el francés, de modo que al principio fingió no saber nada, así que tomaron su rápido avance como la muestra de que era un prodigio. Al no soportar tantos elogios inmerecidos, tuvo que inventarse una historia, historia que ellos creyeron, afortunadamente.

Tal vez para su edad y procedencia hablaba bien los idiomas, pero en el pasado Charlotte siempre fue criticada por su bajo nivel en esa área. Lo había tenido que aprender por sí misma, cuando asistió a las clases de Ivette como su ayudante, no como una estudiante más. Con tal de estar allí, había sujetado su vaso de agua, llevado la comida a su boca y limpiado sus comisuras. Mientras tanto, observaba los apuntes de Ivette, memorizaba las palabras del tutor, y a solas, en su habitación, practicaba.

¿Cómo podría haber tenido un buen nivel así? Fue puliéndose poco a poco cuando se hizo condesa, pero estaba tan centrada en las guerras contra sus enemigos, deshaciéndose de quien quisiera derribarla, que luego ya no pudo seguir aprendiendo.

Ahora sería diferente. Tenía hambre de conocimiento, y aprovecharía al máximo el apoyo de su abuela. Le daría los mejores resultados.

También empezó a ser instruida en aritmética y filosofía. Desde siempre, Albermale no había sido un territorio muy católico, pero hasta en eso recibió instrucción. No ser católico no significaba ignorar las bases de la religión más importante del reino.

La cena de esa noche sería una especie de evaluación, y ella no pensaba fracasar. Seguramente recibiría provocaciones, rechazo, críticas, pero sólo tendría que soportarlos por un rato.

Martha terminó de preparar su cabello, trenzándolo con delicadeza y colocando un pequeño adorno de terciopelo azul que combinaba con su vestido, y bajó por fin a la sala del comedor. Era un espacio amplio y bellamente decorado con tapices caros que mostraban escenas de batallas gloriosas y figuras mitológicas. Era uno de los espacios donde Albermale mejor mostraba su riqueza, pues aquí se agasajaba a reyes y otros personajes poderosos.

—Bienvenida, querida Charlotte —dijo Minerva mirándola con una sonrisa genuina que contrastaba con la incomodidad de todos los demás. Elaine, al verla, palideció, y le echó una mirada de censura a su marido, que apretó los labios y luego le sonrió.

—Me alegra veros aquí —le dijo. Charlotte asintió con una simple cabezada, y sus ojos se desviaron a Kenneth e Ivette, que la miraban de arriba abajo. Casi podía escuchar cómo funcionaban sus pequeñas mentes, planeando alguna maldad contra ella.

Minerva le indicó una silla al lado de la suya, y todos tomaron sus asientos. Elaine permanecía tiesa, como si en cualquier momento fuera a estallar. Debía ser una gran humillación para ella compartir mesa con la bastarda de su marido.

Pobre mujer, pensó Charlotte en un brevísimo instante, casi poniéndose en su lugar. Pero luego recordó cómo ella intentó matar a su abuela con veneno y todo su pesar se evaporó.

El silencio se hizo casi opresivo mientras servían la cena. Había mucha carne, se dio cuenta Charlotte, con los ojos brillantes. Sobre la mesa se extendían bandejas de plata cargadas con venado asado, bañadas en una salsa oscura y aromática hecha con vino tinto y especias; faisanes dorados hasta la perfección, rellenos de hierbas frescas y frutas; y patos confitados que desprendían un aroma irresistible. Junto a la carne, había guarniciones de verduras cocidas al vapor, puré de castañas y pan recién horneado, aún caliente al tacto. Los sirvientes trajeron jarrones de cristal con vino tinto y blanco, y pequeños cuencos de plata con miel y frutos secos para acompañar el postre.

Todos parecían mirarla de reojo, esperando el momento en que cometiera un error para atacarla y burlarse, pero ese momento no llegó. Charlotte esperó pacientemente, observando cada movimiento de los demás. Cuando llegó el momento, tomó adecuadamente los cubiertos y comenzó a comer cuando se hizo prudente. Su postura era impecable, y sus gestos perfectamente controlados.

Escuchó a Ivette chasquear la lengua. Ella seguro esperaba que se lanzara sobre la comida como un animal hambriento sin esperar que el patriarca empezara su propio plato, y eso le causó gracia. Ella iba a estar decepcionada toda la noche.

Mientras cortaba un trozo de venado, Charlotte sintió los ojos de Elaine clavados en ella. La condesa estaba furiosa, pero no podía hacer nada más que apretar los puños bajo la mesa. Kenneth, por su parte, parecía distraído, aunque Charlotte sabía que estaba calculando cómo usar esta situación en su beneficio.

Minerva, notando la tensión en el ambiente, decidió intervenir.

—Charlotte ha estado haciendo grandes progresos en sus estudios —comentó con orgullo, dirigiendo una mirada significativa a Elaine—. El tutor Harris se impresionó tanto por lo bien que le va en Francés que incluso dijo que podía tratarse de un prodigio.

—¿Un prodigio? —preguntó Ivette, que al parecer no pudo mantenerse callada por más tiempo, y de inmediato pasó a hablar en Francés: —Seguramente es un prodigio comparado con las pequeñas ratas con las que convivió antes de venir aquí. Abuela, os sorprendéis por nada.

—Una rata no podría deciros que ciertos temas de conversación son inaceptables en la mesa, Ivette—. Ivette se giró a mirarla abriendo grandes sus ojos, sorprendida por lo bien que hablaba el idioma. Todos en la mesa la miraron de idéntica forma, excepto Minerva, que sonrió llevándose un bocado de faisán—. Lamento deciros que no hay idioma en el que podáis criticarme sin que yo os entienda —siguió Charlotte—. Esforzaos un poco más.

—¿Cómo es que habláis tan bien? —preguntó Anthony, atónito. Charlotte permaneció seria.

—Una de las cuidadoras en el orfanato era francesa —dijo. Había sido la misma excusa que le diera a su abuela—. Sólo decía groserías, sin embargo. De modo que me sé muchas, muchas, en francés—. Eso lo dijo mirando a Ivette con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. Como toda buena señorita, no debería siquiera admitir que se sabía groserías, pero consiguió que su tono sonara amenazante.

—Qué mala suerte la vuestra —dijo Elaine sin amilanarse, mirándola con tal desprecio que casi parecía otra persona—. Ser criada en tal cloaca. Una mancha que jamás se os quitará, no importa cuánta tutoría recibáis ahora.

Charlotte le sostuvo la mirada. Si tenía que hablar de manchas, sí, ella tenía muchas. Había horrores que nunca olvidaría, a pesar de que nadie aquí los conociera jamás. No había jabón que consiguiera lavar su alma, y había noches en que todavía despertaba llorando, prometiéndose no volver a pisar el mismo camino, tocándose el cuello y comprobando que seguía viva.

—Se me ha dado una oportunidad, mi lady —dijo con voz suave. Sus ojos parecían tristes, pero muy inteligentes—. Y no pienso desperdiciarla en trivialidades como esa. Vos ponéis demasiado

cuidado en los errores de los demás, pero no creo que estéis libre de ellos. ¿No es un poco arriesgado de vuestra parte?

—¿De qué habláis? —preguntó Elaine apretando los dientes. Anthony intervino.

—Comamos en paz —dijo, con voz tranquila, pero autoritaria.

—Sí —siguió Charlotte—. Hablemos, en cambio, de lo mucho que ha mejorado la salud de la abuela —le dirigió a Minerva una mirada sonriente—. ¿No os parece que incluso ha rejuvenecido? Lady Elaine, ¿no os alegra? —Elaine volvió a mirarla con cierta sorpresa, pero en sus ojos brilló la sospecha—. Ella de repente empezó a mejorar —siguió con malicia—. Como si aquello que la aquejaba simplemente hubiese huido por la ventana.

Elaine palideció visiblemente ante la insinuación, pero no dijo nada. Su mano tembló ligeramente mientras levantaba su copa de vino, y bebió un sorbo largo, como si intentara calmarse.

Charlotte observó todo esto con satisfacción contenida. Sabía que Elaine estaba atrapada en su propia red, y aunque aún no era el momento de exponerla completamente, disfrutaba viendo cómo se retorcía bajo la presión.

Minerva, por su parte, intercambió una mirada cómplice con su nieta. Ambas sabían que esta cena era solo el comienzo de algo mucho mayor.

Esa noche, Anthony entró a la habitación principal y suspiró al ver el desastre alrededor. Los muebles estaban fuera de lugar, algunos cojines habían sido lanzados contra las paredes, y un jarrón roto descansaba sobre el suelo, sus fragmentos ahora brillaban bajo la luz temblorosa del fuego. Elaine había tenido otra crisis, y ahora mismo, lloraba en una silla frente al fuego, cubriéndose el rostro con sus manos mientras los hombros le temblaban violentamente.

Al sentir sus pasos, ella se levantó dándole la espalda.

—No dormiréis aquí —le dijo con voz nasal, y se encaminó a la cama. Anthony contuvo el aliento.

Ya le había pedido perdón miles de veces. Había admitido su error, y cumplió con la promesa de no volver a caer en algo así. Pero ella simplemente no le creía, o no quería creerle.

Esa noche, hacía ya diez años, él había estado ebrio, molesto con Elaine porque ella se negaba a yacer con él. Cada noche con ella tenía que ser un ruego constante, y ella accedía como si le hiciera un favor. Para alguien joven como él, enseñado a que sólo debía estar con su esposa, y honrarla en todo aspecto, era una tortura. Y además, Anthony tenía que admitirlo, amaba a su esposa. Ella era hermosa, lista, fuerte. Pero le daba su atención a cuentagotas, y él estaba desesperado.

Y esa noche, la desesperación lo llevó a cometer un grave error; se embriagó hasta que olvidó su propio nombre, y una idea oscura entró en su mente: castigarla. Elaine no estaba cumpliendo con sus deberes de esposa, y él quería demostrarle que si no cambiaba su actitud, lo perdería. Así que sedujo a aquella criada, una joven inocente que no supo decir que no al señor del castillo.

Sí, Elaine sufrió mucho al enterarse, pero todo empeoró de allí en adelante. Ella jamás lo perdonó, y si antes tenía que rogarle para que durmiera con él, luego de aquello las expectativas de algo así casi desaparecieron por completo. Delante de los demás, el conde de Albermale era fuerte, decidido, letal con la espada, pero en la intimidad de su matrimonio no era más que un mendigo de amor. Odiaba su propia necesidad de atención, se maldecía por haber pensado que cometiendo tal error enderezaría la situación. Al contrario, su infierno no había hecho sino empezar.

Y luego esa criada le informó que estaba embarazada. Elaine la expulsó sin piedad, y él no pudo hacer nada para evitarlo. Cuando fue tras ella, tal vez para darle unas monedas para que su vida no fuera tan miserable, ya había desaparecido.

Fue gracias a su tía abuela Greta que supo de la existencia de Charlotte. Era una niña con todos los rasgos de un Montfort. La había visto una vez que hizo caridad en diferentes orfanatos, y le escribió para que comprobara la situación. Como el líder de la

familia, debía hacerse cargo del legado, y Anthony envió personas para comprobar los orígenes de aquella pequeña. La descripción de la mujer que la dio a luz coincidían con los de aquella criada, y Anthony supo que era su hija.

Traerla aquí haría más difícil la convivencia con Elaine, pero no pudo evitar enviar por ella. Cuando llegó, se propuso ignorarla. Eso suavizaría el odio de su esposa, tal vez, pero entonces la pequeña mostró carácter, una fuerza interior que lo sacudió, y se le hizo imposible cumplir con su plan.

Y ahora incluso cenaba con ellos.

Como padre, no podía evitar sentirse orgulloso de quien llevaba su sangre y se mostraba tan fuerte ante las adversidades. Esa pequeña había pasado por todo tipo de dificultades, y aún tenía el carácter de enfrentarse a todos. Como esposo, en cambio, vivía en miedo constante, con las esperanzas rotas cada noche, y resignado.

Hiciera lo que hiciera, Elaine jamás le perdonaría.

No importaba cuánto se sacrificara, ella no lo amaría. Había llegado a esa triste conclusión luego de ver a las esposas de otros condes, barones y caballeros. Una dama debía ocultar siempre sus más bajos instintos, y muchas de ellas estaban casadas con hombres desagradables y mucho mayores, pero todos ellos se jactaban de lo dóciles que eran sus esposas en el dormitorio. Ellas podían mandar en sus castillos, pero en la intimidad, ellos eran los que dominaban.

No era su caso, y no tenía ni idea de cómo tomar para sí tal poder.

Al escuchar las últimas palabras de Elaine, comprendió que jamás lo tendría. Ella nunca daría su brazo a torcer, estaba condenado a su rechazo perpetuo. Si iba ante la iglesia y el rey, y alegaba que ella incumplía con sus deberes de esposa, tal vez obtuviera un divorcio, aunque eso la destruyera a ella y su familia. Pero no era capaz de hacerle tal daño. No importaba cuánto lo despreciara, él seguía amándola, aunque ese amor estuviera teñido de resentimiento y cansancio.

—¿Estáis segura, Elaine? —le preguntó con voz grave. No sonó tan firme como hubiera querido, pero fue lo suficiente como para atraer de nuevo su mirada. Su cabello rubio caía desordenado sobre sus hombros, y su postura rígida transmitía toda la tensión acumulada durante años.

—¿Y qué esperáis?, ¿que os premie por la humillación que me acabáis de provocar? ¿Teniendo no sólo que soportarla en mi casa, sino también en mi mesa? ¿Por qué me hacéis esto? ¿Tanto me odiáis?

—No —contestó Anthony—. No os odio.

—¡Pues parece que sí! —gritó—. Desde que decidisteis traerla, he sufrido noche tras noche. He recibido una carta de mi madre donde me pregunta qué está pasando, por qué me hacéis tanto daño. Mi hermano está preocupado por mí, y vos… ¡os regodeáis presumiendo de esa bastarda! La llenáis de elogios y de regalos, olvidando incluso a vuestros propios hijos, ¡a los de verdad!

Anthony guardó silencio, dejando que las palabras de Elaine resonaran en la habitación.

Elaine provenía de una familia poderosa, y era la preciosa hija de un conde. Todo lo que le sucediera aquí podía fácilmente provocar una guerra. Dejó salir el aire sintiéndose agotado. Siempre al filo de un desastre, siempre caminando sobre huevos.

Se pasó la mano por la frente y se echó el cabello negro atrás.

—¿Qué queréis que haga?

—¡Que la echéis fuera! —gritó Elaine con voz estridente—. Sólo así estaré en paz.

—¿Y luego… seréis la esposa amorosa que os pido que seáis? —Elaine lo miró deteniendo sus movimientos entrecerrando sus ojos mientras procesaba sus palabras. Pestañeó un poco y apretó los dientes evidentemente molesta.

—¿Sólo en eso pensáis?

—Contestad. ¿Seréis la esposa amorosa que os pido si la envío lejos?

—Yo… —ella titubeó, y los ojos le brillaron de indignación, pero viendo que él estaba dispuesto a ceder, y su deseo se iba a cumplir, sonrió triunfal—. Sí. Lo seré.

Hubo un largo silencio entre los dos, un momento en el que ambos se miraron como midiéndose, como deseando comprobar la veracidad de las palabras del otro.

Pero Anthony conocía demasiado bien a Elaine. Ella estaba mintiendo. Cedería un par de veces para acostarse con él, y luego todo volvería a ser igual. Ya había sucedido antes, una y otra vez. Y esta vez no se trataban de trivialidades como una joya, un vestido nuevo, la contratación de personal nuevo, o un viaje a Londres. Se trataba de su hija.

Sonrió. Respiró hondo y meneó la cabeza negando.

¿Qué había sucedido con él, que por una vez no caía rendido antes sus pies ante tal expectativa?, se preguntó.

Simple: estaba cansado.

Una gotera de agua era capaz de romper una piedra, decían. Ahora mismo, estaba viendo aquello suceder.

Se acercó a Elaine, y con delicadeza, retiró la tela de la bata que cubría sus hombros.

—¿Qué hacéis? —sorprendida por su inesperado interés.

—Dijisteis que seríais una esposa amorosa.

—¡Cuando la echéis! —gritó ella, empujándolo con fuerza—. ¡No antes!

—Oh, ¿es así?

—Por supuesto. ¡No soy tonta!

—Bien. Entonces, Charlotte se quedará—. Elaine abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué?

—Si no cumplís vuestra promesa, no tengo por qué cumplir la mía.

—¿Tratáis de engañarme? ¿No habéis escuchado que todo será si ella se va lejos?

—Lo siento, esposa mía. Ella sólo se irá cuando yo considere que sois la esposa complaciente que deseo que seáis—. Ella frunció el ceño, terriblemente confundida, sorprendida, molesta. Anthony sonrió, disfrutando del momento. Era raro sentirse en control, aunque fuera solo por una vez—. Me estáis pidiendo algo demasiado terrible, que eche fuera a alguien que es sangre de mi sangre, y no queréis dar nada a cambio, algo que, después de todo, es vuestro deber de esposa. Lo siento. No puedo.

—¡Sois un maldito! —gritó Elaine.

—Entonces, ¿es esa vuestra respuesta?

—¡Os maldigo, Anthony Montfort!

—Sí, ya lo sabía.

—¿Qué sucede con vos? ¿Por qué me habláis así?

—No lo sé —pensó él, también confundido—. Tal vez sólo me harté. Y ya que mi presencia os incomoda, me iré a otra habitación. Desde esta noche, dormiremos separados, mi lady. Si cambiáis de opinión, podéis ir por mí.

Anthony salió de la recámara y Elaine volvió a gritar maldiciéndolo. Cuando él cerró la puerta, ella se quedó allí, muy quieta, con la respiración agitada y el estómago revuelto.

Este hombre se le estaba saliendo de las manos. Jamás mostró tanta audacia, no con algo que le importaba tanto.

No, no, se dijo, dando vueltas. Él cedería. Siempre lo hacía. Desde la primera vez que había posado sus azules ojos en ella, lo tuvo en la palma de su mano.

Sólo tendría que presionar un poco, y la maldita bastarda sería expulsada de Albermale.

Pasaron los días.

Los criados comentaban muy por lo bajo la novedad; el conde estaba pasando sus noches en una habitación diferente a la de la condesa, y ni siquiera se dirigían la palabra. No tenían ni idea de qué podría haber pasado entre los dos, pero definitivamente los inquietaba. Albermale llevaba muchos años de paz, sólo pasando una que otra dificultad. Que los señores no se llevaran bien había sido algo espinoso para ellos, e intuían que la situación sólo iba a empeorar.

—Y parece que el conde duerme en otra recámara —le susurró Martha a Charlotte, a quien había enviado a investigar. Al principio, la siempre correcta Martha se había negado a ir en busca de chismes, argumentando que no era propio de alguien de su posición andar fisgoneando en los asuntos de los señores. Pero Charlotte, paciente pero firme, le había recordado que la información era poder, y que su lugar aquí todavía era débil.

—No sobreviviremos mucho tiempo si ignoramos lo que pasa a nuestro alrededor —había dicho Charlotte con calma, aunque con un tono que no admitía réplica—. No me interesa el cotilleo por el cotilleo, Martha. Esto es supervivencia.

Martha había accedido, aunque con cierta reticencia. No tuvo que preguntar mucho; estaba en boca de todos. Los sirvientes, siempre pendientes de los movimientos de sus amos, habían notado cada detalle: cómo el conde ya no compartía comidas con la condesa, cómo evitaba mirarla durante las reuniones familiares, cómo incluso parecía evitar cruzarse con ella en los pasillos. Era evidente que algo grave había ocurrido entre ellos, algo que había alterado el delicado equilibrio de poder dentro del castillo.

Esto era algo nuevo, pensó Charlotte mientras caminaba lentamente por los jardines internos, dejando que el frescor del aire matutino calmara sus pensamientos. Antes nunca había sucedido algo así; el conde siempre cumplía cada capricho de la condesa, aunque eso a veces lo hiciera ver un poco pusilánime. Anthony Montfort, pese a su apariencia imponente y su reputación como líder, siempre había sido dócil cuando se trataba de Elaine. Era como si temiera perder algo fundamental si osaba contradecirla, como si su

amor por ella fuera tan profundo que estuviera dispuesto a sacrificar su propia dignidad con tal de preservarlo.

¿Por qué estaba oponiéndose a ella? ¿Qué lo impulsaba?

Charlotte frunció el ceño ligeramente, con su mente trabajando a toda capacidad. Sabía que este cambio no podía ser casual. Elaine debía haber hecho algo que finalmente rompió la paciencia de Anthony. Tal vez fue algo relacionado con ella misma, con su llegada al castillo. Después de todo, Elaine había dejado muy claro desde el principio cuánto odiaba tenerla allí. ¿Era posible que Anthony hubiera decidido tomar una postura más firme, tal vez incluso desafiando abiertamente a su esposa? Si ese era el caso, entonces Elaine no iba a quedarse de brazos cruzados, pensó. Conocía demasiado bien a la condesa para imaginar que aceptaría esta nueva situación sin pelear.

Decidió concentrarse en sus cosas, aunque mantenía un ojo puesto en sus adversarios. Había aprendido hacía mucho tiempo que la distracción era peligrosa, y que incluso el más pequeño descuido podía costarle caro.

Siguió recibiendo clases bajo la atenta mirada de su abuela, y algunas cosas se las enseñaba ella misma. Minerva la llevó por todo el castillo enseñándole cómo se dirigía uno, y llenándola de historias de sus antepasados, sus glorias y tragedias. Todo aquello Charlotte lo absorbía completamente. Se sentía agradecida, bendecida. No había imaginado cuán importante era la instrucción de una madre, y ahora, con Minerva, estaba experimentando algo muy cercano a eso.

—Cuando os hagáis una mujer, un pretendiente vendrá y pedirá vuestra mano —decía Minerva mientras la llevaba a la sala donde se elaboraban velas. Al escuchar aquello, Charlotte no pudo evitar sentirse atragantada, y empezó a toser. Minerva lo tomó como muestra de nerviosismo—. Si os lleva a su castillo, vos sabréis qué hacer —dijo, mientras le palmeaba la espalda para que recuperara el aliento—. Daréis cenas y fiestas elegantes, y tendréis hijas a las que le enseñaréis lo que aprendisteis de la vida. Seréis una dama respetada, admirada, amada.

Hijos, pensó Charlotte con los ojos humedecidos. Un marido, un hogar. Era demasiado para soñar.

—Tal vez… nunca me case —dijo en un susurro, y Minerva, que hasta entonces había sido la personificación de la paciencia y la gentileza, le pegó. Le dio un manotazo en el brazo, aunque suave, y la miró con expresión severa.

—Os prohíbo que digáis tales sandeces. Sois la hija de un conde, hermosa, inteligente, buena e instruida. Muchos caballeros caerán ante vos, y os prometo que vuestra dificultad será elegir con cuál de todos os quedáis.

Charlotte se había quedado atascada en aquello de "buena". A partir de allí, no había escuchado nada más.

No. Ella no era buena. Todo lo que hacía ahora era para evitar ser decapitada en el futuro, para no estar sola. No era bondad, era supervivencia. La idea de que alguien pudiera verla como tal le resultaba absurda, incluso dolorosa. Había pasado años forjándose una coraza, endureciendo su corazón para sobrevivir en un mundo hostil. ¿Cómo podía Minerva llamarla "buena"?

Pero agradeció las palabras de su abuela. Ella no tenía forma de saber su verdadera naturaleza, después de todo. Ni siquiera ella misma estaba segura de quién era realmente.

—Oh, madre —saludó Anthony llegando hasta ellas.

Afuera estaba frío, una suave llovizna empapaba la tierra, y al ver sus hombros humedecidos ambas comprendieron que él había estado afuera largo rato. Anthony sonrió al verlas, pero su mirada se detuvo un instante más en Charlotte, y ella se removió incómoda en su lugar.

—Quisiera hablar con vos, Charlotte. Venid conmigo —él dio la vuelta sin esperar respuesta, y Charlotte, luego de lanzarle una mirada dubitativa a su abuela, lo siguió.

Afuera, él la cubrió con su capa para que no se mojara con la lluvia, y la guio hasta las caballerizas. El aire olía a paja fresca y cuero, y el sonido apagado de los cascos de los caballos resonaba en el espacio cerrado.

Allí, la llevó a un cubículo específico. Una yegua acababa de dar a luz, y el potrillo se alimentaba de su madre con patas temblorosas. Los ojos de Charlotte se iluminaron al ver la escena, y por un breve momento, toda la tensión entre ellos pareció desvanecerse.

—Esta es Allura —le dijo Anthony acariciando la cabeza de la yegua, que recibió sus mimos sin protestar—. Y este chiquillo, aún no tiene nombre—. Charlotte giró su cabeza a él, interrogante—. Podría ponerle uno, pero prefiero que lo haga su dueña.

—Oh. ¿Y quién es su dueña? —Anthony rio quedamente, enseñando su blanca dentadura, y Charlotte tuvo que aceptar que este hombre era guapo.

—Vos, mi lady. Es un regalo—. Aquello la dejó lívida.

Un potro de regalo. Nada menos.

Otra vez, era algo inesperado, diferente, algo que no sucedió antes, y eso la puso nerviosa.

—¿Un regalo… para mí? —él interpretó que ese tono se debió a la emoción, y volvió a sonreír.

—Es mi manera de compensaros por lo de los vestidos. Fui desobedecido, y eso deja muy mal parado a un conde, ¿no es así? Comprendo que me odiéis, Charlotte. Os abandoné por mucho tiempo, y luego, pretendí ignoraros, dejándoos sola. Perdonadme, y permitidme, desde ahora, ser un padre para vos.

Aquellas palabras atravesaron el alma de Charlotte más cruelmente que una espada, y a su mente vino la imagen de Anthony agonizando ante ella.

Ella jamás habría podido enfrentar y ganar al conde de Albermale en una pelea de espadas, así que había sido Tyler, su capitán de la guardia, quien lo asesinara por ella. Los sentimientos, en ese momento, habían sido caóticos, contradictorios. Lo odiaba, pero más se odiaba a sí misma por necesitar su amor, su aprobación. Había llorado en silencio mientras él se ahogaba con su propia sangre, mirándola fijamente mientras la luz se apagaba de sus ojos.

Ese hombre estaba aquí, ante ella, pidiéndole perdón, y queriendo ser el padre que nunca fue.

No sabía qué hacer. Odiarlo estaba en ella como respirar. Era la razón de todo lo malo en el pasado, la chispa que causó el incendio en su alma, llevándola a cometer todo tipo de crueldades en su cruzada contra el mundo.

¿Qué debía hacer?

Y luego recordó que ella misma tenía mucho acumulado en su lista, mucho por lo que ser perdonada. Si quería volver a empezar, si quería alcanzar el perdón divino, ¿no debía acaso dar un primer paso?

¿Se vería débil si cedía?, se preguntó. Pero luego, otra pregunta llegó: ¿débil ante quién? Nadie sabe lo que sufrí, lo que hice, lo que me hicieron. ¿No es esto un borrón y cuenta nueva por parte de ambos?

—¿Qué decís? —insistió el conde, y por primera vez, Charlotte sintió dulzura en su mirada, en sus palabras—. ¿Podríamos volver a empezar?

Una lágrima rodó por sus mejillas, se sentía sin aire, como flotando. Esto era un sueño, ¿verdad?

—¿De verdad? —preguntó, por si acaso—. ¿De verdad? —él sonrió, y extendió una mano a ella para acariciar su mejilla.

—De verdad —aseguró él—. No os fallaré.

Charlotte agradeció inmensamente esta apariencia de niña, porque, sin poder decir nada más, se acercó a él con paso vacilante, y se echó a sus brazos llorando.

Lloró como aquella vez frente al lago, cuando se vio aquí de nuevo, con nueve años otra vez. Le dolía el alma, pero esta vez no era por hambre, frío, o abandono. Le dolía porque se dio cuenta de que en verdad ese sueño de ser amada por su padre nunca se fue del todo; había estado latente en lo más profundo, avergonzándola a veces.

Él la acunó en sus brazos.

—He roto muchas de mis promesas antes —dijo él con voz ronca, conmovido por el llanto de su pequeña hija—. Pero os juro por mi vida que no será así otra vez. No con vos. Gracias por aceptarme, Charlotte. Sois demasiado buena.

Ella siguió llorando, aferrada a él, feliz, conmocionada, y en el fondo, con una pizca de miedo.

Todo su mundo volvería a derrumbarse si él fallaba a su promesa.

6

El conde de Albermale salió de las caballerizas con su hija en brazos. Ella le rodeaba la cintura con sus delgadas piernas, aferrándose a su cuello como si temiera que el mundo pudiera arrebatárselo en cualquier momento. Aunque seguía lloviznando, Anthony no parecía notarlo; caminaba con paso firme, cubriéndola cuidadosamente con su capa para protegerla del frío. Pero no importaba cuánto tratara de ocultarla: todos vieron de quién se trataba.

Los sirvientes intercambiaron miradas sorprendidas, algunos confundidos, otros maravillados, y unos cuantos, preocupados. Esto era un cambio drástico en el sutil equilibrio de poder dentro del castillo. La bastarda, aquella niña llegada de la nada, ahora era tan preciosa como la legítima. Ya no habría diferencias entre Charlotte e Ivette, o al menos eso parecía.

Sin saberlo, poco a poco, Charlotte había ido ganando partidarios entre los sirvientes. Y eran estos últimos los más felices por tal muestra de afecto por parte del conde. Para muchos, era una victoria sin duda alguna. Habían visto cómo la joven, a pesar de su origen humilde, se comportaba con dignidad y astucia frente a las provocaciones de Elaine e Ivette. Ahora, al ver al señor del castillo abrazarla como a una hija querida, sintió que algo bueno estaba ocurriendo en Albermale. Quizás, pensaban algunos, este lugar podría cambiar para mejor.

Y los cambios se hicieron notar de inmediato.

Charlotte fue trasladada a una habitación mucho mejor, decorada con tapices finos, cortinas de terciopelo y doseles bordados. Una chimenea más amplia calentaba el ambiente, y hasta tenía una pequeña sala adjunta donde podía recibir invitados o tomar el desayuno en privado. Era un lujo que pocas damas del castillo disfrutaban, y aunque ella fingió indiferencia ante el cambio, sabía exactamente lo que significaba: ya no era una huésped incómoda, sino una figura importante dentro del hogar.

Ahora tenía un séquito atento a sus necesidades. Primero fue una doncella y una criada, y luego, Ariella, la hija de uno de los vasallos de Albermale, se sumó a sus filas. Ahora tenía a cuatro mujeres a su cargo. Martha, Elle, Blake y Ariella. De todas, la nueva era la que tenía mayor rango, pero Charlotte seguía confiando más en Martha. En lo que a ella respectaba, las demás tenían que ganarse su lugar si querían ser tratadas de manera especial.

Siguió presentándose en el comedor para cenar, aunque eso probablemente le estaría provocando una úlcera a Elaine e Ivette. Ambas la miraban con odio apenas evidente, pero Charlotte mantenía una sonrisa educada, como si nada pudiera perturbarla. Sabía que cada vez que ocupaba su lugar en la mesa, estaba golpeando silenciosamente el orgullo de Elaine. Y eso era suficiente por ahora.

De vez en cuando, salía por los alrededores del castillo. Los demás tomaban esto como paseos bastante excéntricos; Ivette, por ejemplo, jamás salía, y mucho menos a mezclarse con los aldeanos, pero Charlotte tenía motivos importantes. En el pasado, conoció a estas personas sólo por el odio que le profesaban. Cuando iba de camino al cadalso, muchos de ellos la maldijeron y escupieron sobre ella. Quería ver sus rostros, conocerlos a ellos y sus circunstancias.

Acompañada de Martha y Ariella, más Vince y Nigel, sus guardias, empezó a frecuentar la aldea. Llevaba de las cocinas alguna golosina para los niños, y cuando fue enterándose de sus enfermedades y necesidades, agregó algunas hierbas medicinales, ropa y calzado. Los aldeanos al principio se mostraron recelosos, pero pronto comenzaron a mirarla con curiosidad. Algunos incluso la saludaban tímidamente, sorprendidos por su interés genuino en sus vidas.

No era bondad, se repetía una y otra vez mientras observaba a los niños correr hacia ella con las manos extendidas. Sólo estaba juntando buenas obras para que, en el futuro, estas personas se pusieran de su lado. Antes había menospreciado el valor de estas personas, no cometería de nuevo ese error. Y con esto, tal vez, en el cielo tuvieran en cuenta todo esto.

Pero había algo más que Charlotte no admitía ni siquiera para sí misma: disfrutaba viendo las sonrisas en los rostros de los niños, escuchando las historias de los ancianos, sintiendo que, por primera vez en su vida, alguien la miraba sin desprecio. No era amor, no todavía. Pero era algo cercano a la aceptación, y eso era más de lo que había esperado.

Elaine estaba en una pequeña sala que funcionaba como su despacho. Escuchaba el informe de Amari, su dama principal. En él, sólo había malas noticias. Una tras otra. Al parecer, Anthony estaba empeñado en irritarla, y todo lo que hacía iba orientado a causarle dolores de cabeza.

Había soportado que se fuera esa noche luego de darle tan vergonzoso ultimátum: sexo a cambio de echar a Charlotte. Le sorprendía que no hubiese caído en su mentira, por una vez, el truco no había funcionado.

Pensó que su actitud cambiaría con los días, pero al contrario, él parecía totalmente volcado hacia la bastarda, dándole regalos, poniéndola en un lugar de privilegio en todo el castillo. Ya ni su propia gente sabía cómo tratar a la maldita, y ella tenía que reprenderlos recordándoles que ella seguía siendo la bastarda, nada más.

Tuvo que soportar también los lloriqueos de Ivette. Ella había estado esperando ese potro para ella, y resultó que ahora había cambiado de dueño, y Kenneth estaba irritado porque su padre le había aumentado las horas de entrenamiento, y descalificaba todos sus esfuerzos.

Ahora, además, tenía que ver cómo los aldeanos entraban al castillo para dejarle obsequios a la estúpida. No eran más que tonterías, y su personal lograba deshacerse de gran parte de ellos antes de que llegaran a manos de Charlotte, pero eso no los desanimaba. Seguían trayendo cosas: flores silvestres, pequeñas esculturas de madera, incluso pan recién horneado.

Ella iba ganando terreno y ninguno de sus esfuerzos había podido frenarla.

Arrugó en su mano el papel que tenía delante, arrugándolo hasta hacerlo una bola compacta, y apretó los dientes conteniendo un gruñido. Armand, el administrador principal del castillo, miró a Amari de manera significativa. Amari, comprendiendo, se detuvo, y luego de tomar el juego de té usado sobre la mesa escritorio, se retiró dejándolos a solas.

Elaine temblaba con las manos empuñadas, como si deseara tener entre ellas el cuello de alguien. El de su marido, tal vez, o el de esa niña.

—Calma —le pidió Armand, pero eso sólo consiguió que Elaine se levantara de su asiento con un gesto violento.

—¡Cómo pedís que me calme! —gritó—. ¿No os dais cuenta de que si esto sigue así, perderé todo lo que he conseguido? Así que no lo hagáis, ¡no me pidáis que me calme!

—De acuerdo, de acuerdo —siguió Armand con tono tranquilo—. Pero aceptad que estáis ofuscada, y en situaciones así debéis mantener la mente fría, o seréis presa fácil de vuestros enemigos—. Elaine dirigió a él sus ojos pálidos, recorriendo su rostro anguloso y el cabello castaño claro.

—No entiendo al conde —dijo con voz suave, apartando la mirada, sintiéndose frustrada—. ¿Por qué ha cambiado así? Parece que ya no me ama—. Armand apretó los labios por un momento.

Él sabía por qué. Elaine había jugado con la paciencia del hombre demasiado tiempo, y de tanto tirar y tirar, aquella cuerda al fin se había reventado.

Pero no podía decirle algo así, sólo la enfadaría más.

En cambio, se levantó de su asiento, y le tomó la mano haciéndola dar unos pasos hacia él, acto seguido, le acarició la mejilla y el cuello, movimientos lentos y deliberados que siempre conseguían calmarla. Como siempre, Elaine se fue tranquilizando poco a poco bajo su tacto.

—Todo lo que tenéis que hacer, es volveros a ganar su buena fe —dijo él, con voz baja y persuasiva.

—Sabéis que él no quiere mi buena fe. Sólo quiere una cosa—. Armand sonrió, y se inclinó suavemente a ella para besar su mejilla. Elaine cerró los ojos.

—¿Y por qué no cedéis un poco en eso? Es vuestro marido. Yo no me sentiré celoso—. Ella lo miró acusadora—. Es necesario para nuestros planes, querida mía.

—No sabéis cuánto sufro.

—Oh, lo sé, lo sé. Yo después os lo compensaré—. Poco a poco, la fue llevando contra la mesa, y subiéndola, metió las manos debajo de su falda. Elaine abrió los muslos dándole la bienvenida, y en pocos minutos, estuvo gimiendo bajo él, sudorosa, un poco incómoda por la posición, pero terriblemente encantada. Era una lástima que no pudiesen usar una cama, que no pudiesen pasar juntos toda la noche, pero estos momentos eran lo suficientemente frecuentes como para dejar a ambos satisfechos.

Elaine mordió un largo gemido llegando a su orgasmo, recuperó el aliento, y luego simplemente se arregló el vestido y el cabello. Llamó a Amari para que le ayudara con el peinado; Armand tenía manos inquietas, y después de estos encuentros, siempre necesitaba ayuda para recomponerse.

Amari, acostumbrada a esto, ni siquiera miró a Armand, sólo atendió a su señora, dejándola de nuevo intacta. Armand le recordó los sueños que ambos compartían, y luego de besarle la mano, abandonó la sala.

Elaine se dejó caer de nuevo en la silla un poco desfallecida, pero feliz. Por un momento, la tensión en su cuerpo se había disipado, y su mente estaba más clara.

Tal vez debía ceder un poco con Anthony, pensó. Si Charlotte seguía ganando popularidad, se le haría difícil pararla.

Así que, esa misma noche, se coló en la habitación de su marido, y al verlo, dejó caer la delicada bata que la cubría a duras penas.

Los ojos de Anthony brillaron al verla, y en pocos minutos, la tuvo bajo él en la cama.

Había ganado, pensó Elaine con satisfacción. Este hombre le pertenecía, después de todo.

Esa noche fue dócil con él, y le permitió incluso repetir. Oh, no podía quejarse de sus atenciones, era sólo que no era el hombre que ella amaba.

Al amanecer, le hizo la pregunta. ¿Echaría a Charlotte?

Él sólo la miró con el ceño fruncido.

—¿Echar a mi hija? —preguntó con aparente confusión—. ¿Por qué haría eso?

—¡Teníamos un trato! —gritó ella—. Si yo… ¡Si hacíamos esto, vos la echaríais! —Él elevó sus cejas, como si eso lo tomara por sorpresa.

—No recuerdo haber prometido eso.

—¡No os atreváis a burlaros de mí! —gritó ella, lanzándole a la cara su almohada. Pero él no se inmutó, y salió de la cama buscando su ropa y poniéndosela.

—Mis palabras fueron: si os convertís en la esposa amorosa que deseo, la enviaré lejos. ¿Por una sola noche, pensáis que ya sois la esposa que deseo? No me toméis a la ligera, Elaine Montfort.

Él salió de la habitación, y Elaine empezó a gritar de puro odio.

Los días siguieron pasando, convirtiéndose en semanas, en meses.

Charlotte tenía ya diez años, y su vida en esos pocos meses en Albermale había cambiado drásticamente. Todavía era una niña muy pequeña, pero lentamente había ido reuniendo la aprobación de gran parte del personal del castillo, y los aldeanos casi la idolatraban. Era algo que no esperaba, algo que nunca imaginó posible después de todo lo que había vivido en su infancia. Sin embargo, aquí estaba: una niña frágil, pero con una fuerza interior que parecía resonar en quienes la rodeaban.

Sus vestidos viejos los regalaba a las hijas de los vasallos, o a las hijas de los soldados de mayor rango, y eso para ellos era una enorme muestra de respeto. Sólo eran vestidos viejos, pero ella recordaba cuánto ansiaba uno de los más sencillos del armario de Ivette para poder lucirlo en las fiestas. Ahora, al ver cómo las niñas recibían sus regalos con ojos brillantes, sentía una mezcla de satisfacción y nostalgia. Nunca olvidaría lo que significaba desear algo tan simple y no tenerlo.

Poco a poco, algunos eventos del pasado empezaron a suceder, como una hambruna que padeció gran parte del reino, y que no pasó desapercibido en Albermale. En el pasado, Charlotte tuvo que ver impotente cómo los aldeanos sufrían hambre por las malas cosechas. Una helada había destruido la mitad de los cultivos, y hubo mucha inconformidad cuando Elaine lo único que les dio fue palabras de aliento. Mientras en el castillo aún se comía abundantemente, los aldeanos pasaban hambre. Muchos de ellos enfermaron, y se presentaron muertes entre los más débiles: los ancianos y los niños.

Ese momento se acercaba, pero, ¿qué podía hacer ella para evitar que una helada arrasara con los sembrados? ¿Cómo podría ayudarlos? Y si encontraba la manera, ¿le harían caso? ¿Obedecerían a sus recomendaciones?

Fue entonces cuando decidió hablar con su padre. Si alguien podía ayudarla a implementar cambios, era él.

—¿Algo os inquieta? —le preguntó Anthony al verla de pie en su despacho privado. Había estado ocupado con Armand, el administrador principal, y luego de anunciarla él le dio el permiso para entrar.

Charlotte posó sus ojos en Armand, y palideció un poco.

Lo reconoció al instante, nunca olvidaría esa cara atractiva, de ojos verdes y cabello castaño y largo. Tenía modales refinados, y era alto y delgado; a pesar de su cargo administrativo, también era hábil con la espada. Era uno de los administradores del castillo, y en el pasado, se mostró de su lado cuando tomó el poder, pero luego la

traicionó, trayendo a Ivette de vuelta, y encerrándola en la mazmorra.

Era alguien de cuidado, alguien que se acomodaba en el lado vencedor, sin lealtad, ni honor.

Tragó saliva tratando de recobrar la compostura.

—¿Podría hablaros a solas? —preguntó, mirando de reojo a Armand.

Anthony estuvo a punto de negarse, después de todo, Armand Sanford era su mano derecha, y estaba enterado de todo lo que ocurría en el castillo.

Sin embargo, decidió complacer a su hija, y con una mirada le pidió al administrador que saliera.

Una vez a solas, se puso en pie acercándose a la pequeña.

—¿Habéis visto un fantasma? Estáis un poco pálida.

—¿Confiáis en ese hombre? —la pregunta le pareció extraña, pero él sólo asintió.

—Es el administrador.

—¿No es un hombre de la condesa? —él frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Escuché que… cuando ella se casó con vos, trajo a sus sirvientes personales.

—Así es. Y Armand es uno de ellos, pero es leal a Albermale.

—Yo no estaría tan segura—. Anthony guardó silencio por un momento, pero antes de poder seguir preguntando sobre Armand, ella sacudió su cabeza, como si quisiera despejar sus pensamientos —. No he venido por eso —dijo, cerrando sus ojos y sonriendo algo tímida—. Padre, ¿me daríais permiso de intervenir un poco en el sistema agrícola de nuestra tierra? —Anthony elevó sus cejas, sorprendido por esa sugerencia y el lenguaje que ella utilizaba.

Sobre todo, porque ella lo había llamado padre. Sí, desde que había empezado a tratarla como hija, ella había hecho lo propio

llamándolo padre. Era un pequeño gesto, pero para él significaba mucho.

Ella cumplía su palabra, una digna Montfort.

—¿Intervenir en nuestro sistema agrícola? —preguntó con cautela.

—Recibí una clase… donde se hablaba de las heladas, y cómo éstas destruían las cosechas, y me di cuenta de que no tenemos defensa contra ellas.

—Ciertamente, porque nunca se sabe cuándo vendrán.

—Pero hay que estar prevenidos, ¿no os parece?

—¿Invertir dinero y horas de trabajo en una posibilidad?

—No se requerirá tanto dinero —siguió ella, anticipándose a sus objeciones—. Eso no vaciará nuestras arcas, y el trabajo dará sus frutos haya o no heladas.

Charlotte procedió a explicarle su plan en detalle. Habló de rotar los cultivos para preservar la fertilidad del suelo, de construir pequeños silos para almacenar grano en caso de emergencia, de cubrir los campos con mantas durante las noches frías para proteger las plantas jóvenes. También mencionó la posibilidad de sembrar variedades más resistentes al frío, algo que había aprendido de los aldeanos más experimentados.

Anthony la escuchó atento, cada vez más impresionado por la claridad y precisión con la que presentaba sus ideas. Este no era el discurso de una niña común de diez años; este era el razonamiento de alguien mucho mayor, alguien que sabía lo que estaba en juego.

Las ideas que tenía eran buenas, incluso brillantes. Pero él, realmente, no las encontraba necesarias. Después de todo, las heladas no siempre llegaban, y cuando lo hacían, solían ser manejables. Sin embargo, su relación estaba todavía en un punto delicado. Seguía trabajando día a día para ganarse su confianza, y con Charlotte, a diferencia de Elaine, había resultados.

Si le negaba esto, ¿qué mensaje le estaría enviando? ¿Qué tipo de padre sería si rechazaba su deseo de ayudar solo porque no

compartía su urgencia?

—¿Qué necesitáis? —preguntó finalmente, cediendo ante su determinación.

Los ojos de Charlotte brillaron, y procedió a describirle todos los insumos que se necesitarían. Tal como ella había dicho, no era demasiado: mantas gruesas, herramientas para excavar los silos, semillas resistentes al frío. Nada que pusiera en peligro las finanzas del castillo.

—Está bien —dijo al final, dando su aprobación—. Proceded. Si lo deseáis, pondré a Armand a vuestro servicio.

Charlotte guardó silencio. Quería negarse, pero era verdad que la ayuda del administrador sería crucial. Además, rechazarlo podría levantar sospechas.

—Os lo agradezco —respondió finalmente, inclinando ligeramente la cabeza.

Anthony sonrió. Además de lista, era capaz de trabajar con gente que no le agradaba mucho. Esa era una cualidad que admiraba profundamente en ella.

—Hacedme sentir orgulloso de vos —dijo, y su tono era sincero, lleno de esperanza.

Ella lo premió con una hermosa sonrisa, una que iluminó toda la habitación. Asintió y salió del despacho, dejando a Anthony solo con sus pensamientos.

El conde suspiró profundamente, mirando hacia la ventana. Sólo esperaba no recibir críticas por darle tal poder a una niña tan pequeña.

Durante todo el invierno, como siempre, Albermale se convirtió en un mundo blanco y silencioso. La nieve cubría los campos y los tejados, y el aire frío se filtraba incluso en los rincones más cálidos del castillo. Pero dentro de las murallas, la actividad no se detenía. Charlotte, llena de energía, y con su mente siempre trabajando,

había decidido aprovechar esta temporada para preparar a la comunidad para los desafíos venideros.

En una pequeña sala del castillo, convertida temporalmente en un centro de trabajo, Charlotte estaba rodeada de sacos de semillas y pergaminos llenos de notas. Minerva observaba desde una silla cercana, con una taza de té caliente entre sus manos. Aunque su postura era relajada, sus ojos seguían cada movimiento de su nieta con atención.

—Estas semillas son nuestras mejores aliadas —dijo Charlotte mientras separaba cuidadosamente unas pocas de trigo resistente al frío de un montón más grande—. Si elegimos bien, tendremos cosechas más fuertes en primavera.

Minerva asintió, completamente orgullosa de su nieta. No había ni sombra de aquella niña flacucha y sombría que había entrado a sus habitaciones por primera vez, y le enorgullecía saber que mucho de eso se debía a ella. La estaba apoyando en esta nueva cruzada, usando su autoridad en su favor.

Al día siguiente, Charlotte organizó un taller en la gran sala del castillo. Los aldeanos llegaron temprano, curiosos por saber qué tenía que enseñarles la joven señorita. Algunos traían mantas para protegerse del frío, otros llevaban pergaminos o tablillas para tomar notas.

Charlotte subió a un pequeño estrado improvisado y comenzó a hablar con voz clara y firme.

—Hoy aprenderemos sobre la importancia de conservar alimentos y preparar el suelo para la próxima siembra —dijo, señalando un diagrama dibujado en un gran pergamino—. Si hacemos esto correctamente, evitaremos muchas pérdidas en el futuro.

Los aldeanos escuchaban atentamente, algunos tomando notas, otros haciendo preguntas. Charlotte respondía con paciencia, asegurándose de que todos entendieran.

Al llegar la primavera, decidió recorrer los sembrados. Verificaba que los recursos estuviesen bien distribuidos, y que nadie estuviese desatendido.

Fue en el mes de abril que se presentó la primera helada.

Minerva, al enterarse, miró a su nieta terriblemente sorprendida. Ella había estado trabajando durante meses como si hubiese estado totalmente segura de que algo así pasaría. Al principio pensó que sólo se trataba de su deseo de aportar algo al condado, de ganarse un lugar, pero no, ella había tenido razón, y sólo se preparaba para evitar una tragedia.

Ese año, Albermale estuvo a salvo de la hambruna. En todo el reino esta fue cruel y devastadora, pero aquí había abundancia. Hicieron muchísimo dinero vendiendo el grano sobrante, y al llegar el verano, Anthony le dio a Charlotte total autoridad para intervenir los campos de toda Albermale.

Esto requería que viajase a los territorios vasallos, pero a Charlotte no le importó. Preparó su personal, que ahora era mucho más amplio, y trazó una ruta que le tomaría una larga temporada.

Minerva bajó con su equipaje, dispuesta a acompañar a su nieta hasta el fin del mundo.

—¿Estáis segura? —le preguntó Charlotte mirándola en su ropa de viaje—. Será algo cansado, y puede tomarnos muchos meses…

—No os dejaré sola —insistió Minerva. Charlotte sonrió, dándole la bienvenida.

Aquellos viajes se convirtieron en una constante por los siguientes años. En cada ocasión, se enfocaba en un grupo específico de territorios, y así no sólo compartió los conocimientos que tenía, sino que también forjó lazos con los señores de aquellos lugares.

Eran leales a Albermale en su totalidad, pero algunos de ellos eran reacios a adoptar nuevas prácticas. La presencia de Minerva los disuadía de comportarse altivos ante Charlotte, y luego, las habilidades de Charlotte, su paciencia y diplomacia, les hacía querer congraciarse con ella.

Charlotte estaba tan enfocada en esta tarea, que poco a poco empezó a sentirse diferente. Con estos cambios que implementaba, estaba salvando vidas, evitando tragedias. En algún punto, se había

sentido bien haciendo el bien, casi olvidando los horrores del pasado. Era como si cada semilla plantada, cada vida ayudada, fuera un pequeño paso hacia la redención.

Cuando por primera vez llegó su sangrado del mes, tuvo un recuerdo fugaz de cómo había sido esta situación en aquella vida oscura que ya no quería recordar. Había estado sola, asustada, preguntándose si acaso estaba enferma. Esta vez, en cambio, estuvieron allí su abuela, Martha y las demás brindándole su apoyo y conocimiento.

Cuando sus pechos empezaron a asomar, no encorvó su espalda, como antes, tratando de esconderlos, evitando así las miradas desagradables de ciertos hombres, sobre todo, de Kenneth. Ahora, por el contrario, lucía vestidos que realzaban su cada vez más femenina figura. Era una nueva Charlotte, una que caminaba con la cabeza alta, que ya no temía ser vista.

Al cumplir catorce años, su reputación era impecable, gozaba del cariño de todos los aldeanos, los vasallos la respetaban, y el personal del castillo acudía a ella para consultarle acerca de casi todo. Anthony y ella daban paseos por el camino de robles, y compartían experiencias, sintiéndose cada vez más cercanos.

Él era un hombre listo, divertido, agradable. Le gustaba su padre, este que ahora tenía. El del pasado… bueno, ni siquiera llegó a conocerlo.

Ese verano, llegó de un viaje al Valle del Ouse, uno de los territorios vasallos más cercanos. No había ido allí por trabajo esta vez, no. Se había hecho amiga de Carol, la hija del señor, y el año pasado le había prometido pasar parte del verano con ella.

Ahora tenía amigas, pensó, mirando el camino de regreso a casa con una sonrisa. Era una sensación extraña, y al principio había temido cometer errores, pero resultó ser fácil tenerlas. No tenía que ser útil, no tenía que ser perfecta. Al parecer, estaba bien sólo ser ella misma, y con Carol, tenía derecho a ser un poco tonta a veces.

Llegó a Albermale y una multitud se acercó a su carruaje para recibirla. Todos preguntándole cómo le había ido, cómo había estado

su viaje, y lo mucho que la habían extrañado en casa.

Ella les sonrió a todos, e incluso acarició las cabezas de los chiquillos. Al ver que una de las aldeanas había dado a luz recientemente, tomó a su bebé en brazos, maravillada por el milagro de la vida, riendo con ella por la cantidad de hijos que ya tenía, bromeando por lo fértil que era.

Nada la preparó para lo que sucedería más tarde.

Entró a su habitación, tomó un baño, se puso un vestido acorde a las altas temperaturas, y bajó acompañada de Martha y Ariella, conversando animadamente.

Y entonces lo vio. Y todo su mundo se derrumbó.

Allí, en la sala principal del castillo, estaba Theodore Whitefield.

Él se giró como si la hubiese estado esperando, y sus ojos ambarinos se iluminaron un poco al verla. En cambio, a Charlotte la fallaron las piernas, y cayó tropezando con el último escalón de las escaleras.

Martha y Ariella no lograron sostenerla a tiempo, y la rodearon profundamente preocupadas, culpándose por no haber podido ayudarla. Le hablaban, intentaban levantarla, pero Charlotte no veía nada, no escuchaba nada.

Le faltaba el aire, y los ojos se le humedecieron al instante. No. Tenía que estar viendo visiones. Pero todo concordaba. Esta era la fecha en que él venía al castillo. Era sólo que había estado tan ocupada que no lo tuvo en cuenta.

¿Cómo pudo olvidarlo? Él era la sombra que siempre la acechaba en sueños, el eco de un pasado que juró dejar atrás.

Él estaba vivo, pero Charlotte no era capaz de girarse a verlo. Cuando lo escuchó hablar, ofreciéndose para ayudarla a levantarse, escondió su rostro, encogiéndose como un conejillo asustado, apretando fuertemente la mano de Martha como si le rogara que no la dejara sola.

No soportaba el sonido de su voz. El corazón le dolía demasiado, latía tan apresurado que sentía que se le iba a salir del pecho,

mientras en su alma volvía aquella desesperación que le robó la cordura.

Había construido un castillo de bondad y respeto, reflexionó. Y ahora, él había llegado para derribar sus muros.

Así había sido, más o menos, en el pasado. Había conseguido el título de condesa, puso a todos sus enemigos a sus pies, pero luego de su muerte, todo eso se vino abajo.

Él era su punto más débil, el dolor latente, el hambre jamás saciada, el deseo jamás cumplido.

Y estaba aquí, otra vez, como si nada. Ignorante de las turbulencias que había provocado en sus ya tranquilas aguas.

—Parece que mi señora se siente muy mal —dijo Martha, con voz preocupada.

—Puedo ayudarla a subir las escaleras y…

Esa era su voz, definitivamente, se dio cuenta Charlotte, sintiendo que iba a vomitar, y un sollozo salió de su garganta.

Vete, quiso decir. Vete lejos.

—Dios mío —se sorprendió Martha al verla así. Junto a Ariella, la pusieron en pie, y agradeciendo el ofrecimiento del joven, pero rechazándolo rotundamente, volvieron escaleras arriba.

Una vez en la habitación, Charlotte anunció que vomitaría, y Martha le acercó apresuradamente un cuenco.

—Pero si no habéis comido nada —se extrañó Ariella—. ¿Qué pudo haberos enfermado?

Ella no dijo nada, y luego de vomitar hasta la bilis, se recostó en su cama, donde lloró amargamente, como hacía mucho tiempo no lloraba.

7

La primera vez que Charlotte vio a Theodore, poco antes de que todo el desastre que llevó su vida al patíbulo ocurriera, se enamoró irremediablemente. Iba tras Ivette, como una de sus criadas, silenciosa y empequeñecida, como solía estar, y de repente él estaba delante, saludando a Ivette con una hermosa sonrisa, iluminando con ella todo el patio interior, su alma y su corazón.

Ivette había correspondido a su saludo, entreteniéndose un poco con él, y Charlotte desvió sus ojos cuando los de él recorrieron el séquito de la hija del conde. Iban más de cuatro mujeres tras ella, en orden de rango, por lo que Charlotte era la última. No había manera en que él que se fijara en ella. Llevaba un vestido simple, su cabello recogido en un moño austero, y tenía prohibido sonreír, hablar, sostenerle la mirada a nadie, así que ella se limitó a mirarlo de reojo, sintiendo una alegría extraña que le invadía el alma, como un anhelo bonito y desesperado que le hizo sentir viva. Cuando él sonrió, todo lo demás pareció desvanecerse: los murmullos del patio, el frío cortante del viento, incluso el peso de su propia insignificancia. Era como si el sol hubiera decidido brillar solo para él, iluminando cada rincón oscuro de su alma.

A partir de ahí, siempre que sabía que estaba cerca, lo buscaba con la mirada. Sonreía si él sonreía, y en general, sólo verlo le traía paz.

Soñaba con él, en esas noches solitarias en que podía por fin poner su cuerpo a descansar, el último pensamiento se lo dedicaba a él, lanzando al cielo una oración de agradecimiento por haberlo conocido, por haberlo traído a Albermale.

Nunca pidió estar a su lado, nunca se atrevió a imaginar algo así, su mera existencia ya era un regalo lo suficientemente grande, y ella estaba satisfecha con eso.

Pero entonces, una tarde, Elaine hizo que la azotaran, y la encerró dos noches en una de las mazmorras. Su pecado: tomar comida de las cocinas. Había estado tan hambrienta que le pidió a

las cocineras algo para sí, pero estas se negaron. No las culpó, a ellas también las azotarían si las descubrían regalando comida, así que salió en la noche, cuando todos en el castillo dormían, y robó. Uno de los guardias la descubrió y la llevaron ante la condesa como una criminal.

Su piel ardía bajo el látigo, pero fue la mirada de Theodore lo que realmente la quemó. Sentía sus ojos clavados en ella, testigos de su degradación. ¿Qué pensaría él ahora? ¿Cómo podría volver a mirarlo sin recordar este momento? Y luego, en la mazmorra, quiso morir, convertirse en una rata de verdad, y perderse en los agujeros del castillo.

—No es justo que os traten así —dijo una voz masculina en la mazmorra. Charlotte levantó la vista, sorprendida y asustada.

—¿Quién sois? —preguntó. La mazmorra estaba oscura, pero podía sentir la presencia de un hombre.

—Mi nombre es Tyler Weston, lady Charlotte—. Él la estaba llamando "lady". Nadie en el castillo hacía eso, y el nombre de Tyler no le sonaba mucho—. Vicecapitán de la guardia—. Explicó él.

—Oh. Perdón. No os conozco.

—No importa. Yo os conozco a vos. Sois, al igual que lady Ivette, una hija de lord Anthony, el conde de Albermale. La sangre que importa es la que aporta el conde, no la de lady Elaine, así que vos deberíais tener los mismos derechos que lady Ivette—. Ella sólo sonrió al escuchar eso.

—Si os escuchan decir algo así, también os azotarán—. Él dejó salir el aire pesadamente.

—Seguramente. Pero es un secreto entre los dos, ¿no es así? —Charlotte se quedó en silencio. Era la primera vez que compartía un secreto con alguien, y sonrió.

Sir Tyler Weston le dejó comida, y se fue. ¿Por qué alguien como él se preocuparía por alguien como yo? se preguntó mientras tomaba la comida. ¿Qué espera a cambio? Pero el hambre era más fuerte que sus dudas, y pronto dejó de cuestionar sus intenciones.

Su cuerpo desfallecía por la falta de alimentos, así que lanzó de nuevo al cielo una oración de agradecimiento.

Al salir de la mazmorra, volvió a verse con el caballero, que le ofreció, a escondidas, enseñarle a manejar la espada. Él, prácticamente, le estaba suministrando alimentos, y ahora comía carne más seguido, por lo que su cuerpo empezó a sentirse mejor, más fuerte y enérgico, y pudo dar resultados en su entrenamiento.

Pero no eran sólo sus músculos los que estaban moldeándose, también su mente. Poco a poco, fue interiorizando las ideas de sir Tyler. Ella también era una Albermale, tan hija del conde como Ivette, con los mismos derechos. Cualquier partícula de agradecimiento que sentía por ella fue desvanecido, y cada vez se hacía más y más preguntas.

Y luego de eso, el pensamiento fue evolucionando: si no iba a conseguir sus derechos por las buenas, bien podía arrebatarlo por las malas.

Pasaron años, y poco a poco fue ganándose la confianza de un grupo de soldados que simpatizaban con ella, o, que más bien, odiaban a Kenneth, y fueron poniéndose de su lado más y más, hasta que, como sugirió Tyler, podían rebelarse.

—¿Rebelarnos? —preguntó ella, entre sorprendida y asustada. Tyler le sonrió.

—Y haceros nuestra condesa—. Eso era demasiado grande para ella, demasiado imposible, así que sacudió la cabeza negando—. Y así, mi lady, algún día podríais… tomar esposo, y perpetuar vos misma el linaje.

Aquella idea caló hondo en su mente. Tomar esposo, tener hijos, perpetuar el linaje.

Una imagen de sí misma, sosteniendo al hijo de Theodore, la paralizó. Era un sueño demasiado precioso para sólo jugar con eso. Las manos se le pusieron frías.

—¿Es posible?

—Sí, mi lady —aseguró Tyler mirándola fijamente—. Es posible. Podemos rebelarnos.

Y lo hicieron.

El conde había estado enfermo, por lo que poco salía de su recámara; poco a poco Kenneth había tomado el control del condado, y parecía estar esperando la muerte de su padre para tomar el título. Era un tipo cruel y abusivo, y cada criada que embarazaba, la mataba.

El pueblo empezó a pedir un campeón, y Charlotte se lanzó a sí misma como tal. En una sola noche, luego de mucha preparación, tomó el castillo, mató al conde y al heredero.

Anthony había estado despierto en su despacho privado, con un libro grande en sus manos, cuando Tyler entró retándolo a un duelo. Él le dio pelea a pesar de estar enfermo, años de entrenamiento se hicieron valer allí, pero Tyler ganó. Y mientras agonizaba, Charlotte entró y lo miró.

Él quiso decirle algo, maldecirla, quizá, pensó ella. Fue terrible porque, ni siquiera en esos momentos en que trascendía a la muerte, ella sintió pesar. No sentía nada por él. Sólo dos veces había cruzado palabras con el conde, la primera fue cuando llegó al castillo por primera vez, y ahora, que intentaba decirle algo. ¿Qué cariño iba a tener por esa persona que lo único que había hecho era aportar a su existencia? Una existencia miserable, además. ¿Cómo honrar a una persona que permitía que todo tipo de injusticia sucediera justo debajo de sus narices? Las muertes de las criadas, el azote con los altos impuestos a los vasallos y los campesinos, el descuido de los caminos y las tierras. Todo esto sucedía y él sólo estaba encerrado en su despacho, día y noche, muriéndose sin mover un dedo.

Su mediocre señorío llegaba a su fin hoy.

Luego de eso, fueron hacia Kenneth. Éste ya estaba agotado por la lucha, no era, ni de lejos, tan buen espadachín como su padre. Si acaso se acercaba al nivel del recluta más nuevo, y los soldados con los que luchaba sólo jugaban con él. Charlotte se encargó entonces, segura de que le ganaría.

—¡Bastarda! —gritó él, con los dientes llenos de sangre por los golpes que ya había recibido—. ¡Os mataré por esta insolencia! ¡Disfrutaré ver vuestro cuerpo ser comido por los cuervos!

Con sólo unos cuantos golpes de espada, Charlotte lo sometió. No se debía sólo a que ella había desarrollado cierta habilidad, sino también a que él ya estaba agotado, y tampoco era fuerte, ni bueno. Así, luego de un par de estocadas, vio una apertura en su postura y la aprovechó, atravesándole el vientre con su espada.

—¿Qué era lo que ibais a hacer? —preguntó ella con burla—. ¿El cuerpo de quién se van a comer los cuervos? Me parece a mí, que sois vos el que morirá esta noche—. Kenneth soltó su espada y tomó la hoja que atravesaba su cuerpo, intentando liberarse de ella, pero Charlotte sólo la hundió más, con tal saña, que una sonrisa se dibujó en sus labios. Era la primera persona que mataba, y se alegraba mucho de que fuera él.

—Con vuestra muerte —susurró—, podré dormir en paz. Lejos de vuestros sucios intentos de mancillarme. Y no sólo yo —siguió entre dientes—. Todas las jóvenes criadas de Albermale celebrarán vuestra muerte.

—¡Mi lady! —esta era la voz de Theodore, al ver la masacre en el salón principal del castillo. Al verlo, ella se detuvo, dubitativa. Pero no podía dudar ahora, todo el castillo ahora dependía de ella, de sus decisiones.

—Sir Theodore —saludó ella.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó él horrorizado.

Al notar en sus ojos la desaprobación, algo se endureció dentro de ella.

—Tomar el poder —contestó, elevando la espada manchada con la sangre de Kenneth—. ¿Me acompañaréis en mi camino hacia la cima… o seréis un estorbo? —preguntó.

Se mostraba dura, firme, pero en realidad, estaba muy asustada de que él se pusiera en su contra.

Al final, él se rindió a sus fuerzas como todos los demás soldados, y siendo la única con la sangre de Albermale en el castillo, juraron servirle. Ivette había conseguido huir junto a Elaine por uno de los pasadizos del castillo. Habían apostado hombres al final de este, pero ellas lograron pasar antes, y por más que las persiguieron a campo través, les perdieron el rastro.

No importa, se dijo Charlotte, ahora tenía el dominio sobre el castillo, Armand, el administrador, le había jurado lealtad, al igual que todos los demás, y celebraron brindando por una era de paz.

Pero la paz nunca llegó. Charlotte era, después de todo, una bastarda, una que nunca fue educada para gobernar un territorio tan grande y rico como Albermale, y muchos de los vasallos seguían siendo partidarios de Kenneth. Así que a Charlotte le estaba costando mucho mantenerse en el poder por las buenas, hasta que decidió empezar a hacerlo por las malas.

Theodore, que ahora estaba en sus filas, era una especie de mediador, y llevó a cabo él mismo muchas negociaciones que le dieron un poco de estabilidad a su gobierno. Ella no era buena en eso, definitivamente, ni siquiera tenía el vocabulario, ni los modales, ni nada, para enfrentarse a gente tan poderosa. Estaba aprendiendo, pero el tiempo le jugaba en contra, así que tuvo que apoyarse en él para eso. Y Tyler Weston, su capitán de la guardia, la mayoría de las veces solucionaba todo con su espada, no con el diálogo.

Así que Theodore se fue haciendo imprescindible para ella poco a poco, hasta que también empezó a convertirse en blanco de atentados, y amenazas por apoyarla. Para protegerlo, pronto sugirieron que se casara con él, también para afirmar su señorío.

Como la condesa, debía ser ella quien hiciera la propuesta, pero Charlotte era un manojo de nervios cuando estaba frente a él. Temía verse débil, la imagen de él mirándola mientras era azotada, le carcomía. Si la menospreciaba, si la consideraba indigna, un paso en falso haría que también la odiara.

—Casaos conmigo, sir Theodore —dijo. Lamentablemente, su propuesta sonó más como una orden.

Sólo tenía dieciocho años. Hacía poco menos de un año que había tomado el poder, pero no había sido tiempo suficiente para pulir sus habilidades diplomáticas. Seguía siendo, después de todo, una rata deslucida.

No, no, se repitió. Sois la condesa de Albermale. Levantad el mentón. Enderezad los hombros. Vuestro linaje es digno. Ni siquiera Theodore Whitefield, tercer hijo del conde de Argyll, podía menospreciarla.

Él había estado con una rodilla hincada ante ella, y al oírla, elevó la mirada.

—Me temo, mi lady, que ya amo a alguien más—. Un profundo vacío se formó en el pecho de Charlotte, que apretó los dientes.

—¿Es ella una condesa como yo? —preguntó, casi escupiendo.

—No, mi lady. Pero la amo.

—¿Quién es? —preguntó, pero él guardó silencio—. ¡Quién es! —gritó ahora, desesperada.

—¿Osáis menospreciar a la condesa de Albermale? —intervino Tyler, tras ella. A él no le había gustado nada la propuesta de casar a la condesa con Theodore, así que, si él se negaba, estaba bien para él.

—No la menosprecio —contestó Theodore—. Sólo expongo las razones por las que no puedo aceptar.

—¡Entonces, aceptad! —gritó Charlotte—. Obedeced a vuestra señora.

—Os recuerdo, mi lady —dijo él—. Que no sois mi señora. Vine aquí desde las tierras de mi padre por decisión propia, y de la misma manera podría irme.

—Pero no lo habéis hecho.

—Porque le tomé aprecio a la gente de Albermale —respondió él —. Por nada más. Estoy aquí protegiéndolos, aunque no es mi deber.

Charlotte apretó los dientes, sintiéndose derrotada. No se le había ocurrido que él dijera que no. El vacío en su pecho se expandió hasta sentir que consumía todo lo demás. Recordó aquel

día en el patio, cuando él sonrió a Ivette y ni siquiera notó su existencia. Ahora, años después, seguía siendo invisible para él. Solo que esta vez, ella era la condesa, y aun así, no era suficiente.

En los días siguientes, no importaba de qué manera le explicaran a Theodore lo beneficioso que era para él convertirse en el esposo de la condesa, él no cedió. Charlotte se enfocó en encontrar al objeto de su amor, haciendo averiguaciones. No sabía qué haría cuando la encontrara, pero tenía que conseguir que él dijera que sí. No sólo por el bien de Albermale, sino por ella misma.

Nunca se había atrevido a soñar con tenerlo, pero esa idea ya se había implantado en su mente, y ya no era posible sacarla. Lo tendría. Era la condesa. Lo conseguiría.

Cada día que pasaba, perdía un poco más la razón. A pesar de ser la máxima autoridad aquí, recibía mucho desprecio de la gente, de sus pares, de sus vasallos. A donde quiera que fuera, tenía que demostrar su fuerza, y eso era agotador. Tenía estrategas, expertos en política y diplomacia, y aun así, siempre tenía que recurrir a la fuerza para hacer entender sus razones. En las negociaciones querían sacarle hasta la última moneda, exprimirla todo lo posible.

Entre sus clases de idiomas, modales, y sus obligaciones como condesa, Charlotte no tenía ni un espacio libre en el día. Sólo por las noches se sentía un poco sola, y a pesar del cansancio, a veces sufría de insomnio. Se estaba volviendo loca.

Y una tarde, Theodore accedió. Fue después de que Tyler le prometiera que lo convencería, y él vino ante ella proponiéndole por sí mismo matrimonio, y ella aceptó feliz. No se preguntó por qué el cambio de decisión, simplemente aceptó, con miedo de que se retractara.

Preparó un hermoso ajuar para aquella primera noche, se bañó en aceites y perfumes, dejando su piel muy suave, su cabello sedoso y perfumado, y cuando él entró a la recámara, traído en hombros por los soldados, simplemente recuperó su camisa, y mientras se la ponía, la miró de arriba abajo.

No con deseo, como cabría esperar de un hombre que tiene delante a su flamante esposa, sino como si, simplemente, se tropezara con un mueble.

Charlotte se sintió tan pequeña, que se cubrió el pecho con sus brazos. Trató de sonreír, pero ningún sonido salió de su garganta.

Al ver que él no se acercaba, sino que, al contrario, buscaba un lugar de la recámara para atrincherarse allí, Charlotte fue tras él.

—¿Qué hacéis? —le preguntó. Él ni la miró. Toda esa deferencia que mostraba antes había desaparecido. Al parecer, aquí ella no era la condesa.

—No esperéis nada de mí —dijo, como si simplemente hablara del clima—. Me casé con vos simplemente porque amenazasteis a los míos.

—¿Qué? —preguntó ella en un silbido de voz.

—De otro modo, jamás habría accedido.

—Esperad —lo llamó. Theodore se detuvo, pero no se giró a mirarla—. Sois mi esposo ahora—. Él dejó salir una risa amarga.

—Sí. Lo soy —dijo, mirándola de nuevo, pero en sus ojos había desprecio, tanto, que Charlotte dio dos pasos atrás—. Habéis obtenido al esposo que necesitáis, y trabajaré por el bien de Albermale porque estoy atado a estas tierras. Pero no esperéis nada más de mí.

El semblante de ella cambió. Ahora había tristeza en sus ojos, inseguridad, miedo.

—Sir Theodore… ¿me odiáis? —la voz de ella era un susurro, temiendo la respuesta.

—No —dijo él—. No os odio. Pero jamás podría amaros. Jamás podría tocaros—. Ella tragó saliva. Claro. Un caballero como él no podría tocar a una rata como ella, pensó, no importaba si esa rata se vestía de condesa.

Empuñó una mano, tratando de encontrar valor. Ya sabía que él no la amaba, eso dolía, pero no la tomaba por sorpresa. Así que jugó su única carta.

—Necesito herederos, sir Theodore —dijo ella, tratando de imprimir un poco de seguridad y firmeza a su voz.

—Oh, pero lo que importa es que sea hijo vuestro, ¿no? —sonrió él—. Vuestro linaje es el que importa, así que no es necesario que yo sea el padre.

—¿Qué? —exclamó ella, ofendida por la propuesta implícita.

—Sir Tyler parece muy interesado en la posibilidad. ¿Por qué no…? —ella se acercó a él y lo abofeteó. Que triste era que la primera vez que sus cuerpos tuvieran contacto fuera de esta manera. Una lágrima rodó por la mejilla de Charlotte, pero lo miró furiosa, dolida, sorprendida. Nunca imaginó que él insinuara algo así.

—Mi esposo sois vos —dijo entre dientes—. Cumpliréis vuestras obligaciones.

—No, mi lady —dijo él, sin sobarse la mejilla, mirándolo con más desprecio que antes—. Hay ciertas cosas que no se pueden obligar.

Y luego de esas palabras, él le dio la espalda y se tiró de cualquier manera en un mueble, disponiéndose a dormir allí.

La había rechazado. Era su esposa, y aun así, la había rechazado.

¿Era porque amaba a alguien más? ¿Entonces, ella nunca lo tendría?

No, se contestó. Haría todo lo posible para conseguir su amor.

Lamentablemente, desconocía cómo hacer que alguien la amara, sobre todo, alguien que ya la despreciaba.

Le hizo regalos, favores, todo lo posible para demostrarle que ella le quería, pero al contrario, cada demostración, cada intento desesperado por acercarse a él, lo alejaba aún más.

Al tiempo, intentaba con todas sus fuerzas reafirmar su poder, pero descubrió que uno de sus vasallos planeaba una rebelión contra ella, y tuvo que enviar a sus soldados a arrasar con esa tierra.

—¡Qué hicisteis! —gritó Theodore—. ¡Se podía resolver con diálogo! ¡Han sufrido por las heladas, y vos no habéis bajado aún los impuestos!

—¡Se rebeló contra mí y eso conlleva a la muerte! ¡No os atreváis a desafiar mis decisiones! —le respondió ella.

Y la situación se repetía una y otra vez. Mientras más fuerza mostraba, más necesario se hacía sacar la espada. Ahora no sólo los vasallos se rebelaban, los aldeanos se confabulaban, las cocineras trataban de envenenarla, las criadas ponían criaturas venenosas entre sus cosas. La ley decía que el intento de asesinato hacia el conde o condesa llevaban a la muerte, y ese castigo empezó a llevarse a cabo demasiadas veces. El patíbulo nunca se secaba, sangre inocente y culpable por igual se derramaba una y otra vez. Todos los días había una viuda nueva, más huérfanos, madres enterrando a sus hijos, gente reconstruyendo sus casas porque las habían quemado hasta los cimientos.

Y allí empezó a acuñarse su apodo. "La condesa tirana".

Al principio, Theodore le recriminaba sus acciones, tratando de mostrarle otra manera de hacer las cosas. Se había casado con ella para eso, después de todo. Pero no era posible. Si tan sólo mostraba un poco de humanidad, de debilidad, los atentados contra ella se triplicaban. Sólo el terror funcionaba con estas personas, y Theodore, lamentablemente, encontraba esto reprobable.

La fuerza era el único modo de mantener la paz, decía ella.

No había paz si cada día alguien moría, decía él.

Discutían todo el tiempo, hasta que llegó un punto en que él, simplemente, se rindió. Ya no le hizo más reproches, ya no volvió a criticar su proceder. En cambio, construyó un muro de hielo entre los dos. Podían pasar horas a solas en la misma habitación, y él no le dirigía la palabra. Parecía repelerle cualquier acercamiento de ella, y pasaba el menor tiempo posible en el mismo espacio con ella. Encontraba qué hacer fuera de los muros, patrullando, visitando vasallos, sembrados, las fuentes de agua. Cualquier cosa para no estar en casa.

Y cuando volvía, dormía en cualquier lado del castillo menos en su recámara. Todos se daban cuenta de esto, y se burlaban de ella.

Algunas mujeres tenían la osadía de hacer comentarios aun frente a ella.

La condesa tirana es menospreciada por su esposo. Ni siquiera alguien tan bueno como sir Theodore la soporta.

A él lo amaban, a ella la detestaban. Se alegraban de que él la rechazara.

Y luego ella tenía que hacer gala de su apodo haciendo azotar a esas mujeres, y en muchas ocasiones, arrebatándoles la belleza a golpes para que no se volvieran a atrever a mirar a su marido.

Pero mientras su matrimonio era un desastre, ella seguía siendo la condesa, con mil obligaciones que atender. Viajó a Londres y forjó alianzas con otros nobles. Hizo contacto con alguien de la corte, y negoció a cambio de apoyo ante el rey. Por un lado todo parecía estar yendo bien, pero cada día que pasaba, Charlotte se sentía más atrapada. Como un conejillo en un zarzal, no importaba cuán quieta se quedara, las espinas estaban enterradas en su carne, y si se movía para liberarse, estas la desgarraban.

Cuando hablaba con sus hombres, la solución que siempre proponían era muerte y destrucción, y el único que tenía propuestas pacíficas, se alejaba más y más de ella.

Él era inteligente, amado por la gente, el refugio de los aldeanos que habían perdido a sus señores. Extendían sus manos a él, mientras que escupían en dirección de ella.

Y ella ya no sabía qué hacer. Su poder se sostenía por la fuerza, tal y como lo había arrebatado, pero entendió que jamás lo conseguiría a él así.

Una tarde, lo encontró dormido en un sillón. Había estado trabajando hasta tarde todos estos días, seguramente estaba cansado, pensó, y se acercó a él, con cuidado de no alertar sus instintos de guerrero, y se deleitó admirándolo. Su nariz recta, sus labios generosos para ser los de un hombre. Pestañas largas y curvas, y cejas pobladas y rectas. Su manzana de adán subió y bajó al tragar mientras seguía dormido, y los ojos de ella se quedaron allí.

Era atractivo, el hombre más guapo sobre la tierra, al menos, para ella. Cualquiera diría que, con tantas discusiones, al mostrarse en contra suya, su amor por él disminuiría, pero, por el contrario, ella lo respetaba más por sus fuertes convicciones, por ser pacifista, por ser él.

Lo quería. De verdad, lo amaba. Era bueno, inteligente, fuerte. Pero él la odiaba a ella, y en todos estos meses de casados, no importaba qué hiciera ella, ese sentimiento no cambiaba.

Nunca la tocó.

No importó si ella se desnudaba ante él para provocarlo, si lo embriagaba, si le hablaba con cariño. Él no cedió. Y en parte lo entendía. Ella misma jamás se habría enamorado de alguien así. Se ponía en su lugar, y le daba la razón. Sus manos estaban manchadas de sangre, su alma se hacía cada vez más negra. ¿Por qué la amaría?

Aun así, se decía luego, llena de dolor, necesitada, loca de amor. Aun así…

Alguien le dijo una vez que un hombre tenía necesidades, que podía aprovecharlas. No entendió a qué necesidades se refería, pero luego le explicaron. Un hombre necesitaba a una mujer sí o sí, era su naturaleza, pero eso la llenó de pavor. Si él no saciaba esas necesidades con ella, ¿lo estaba haciendo con alguien más?

Se volvió loca de celos, e hizo que lo vigilaran, dudando de cada mujer, de cada criada, dama o doncella. Él ya había dicho amar a alguien más, ¿estaba acaso, rompiendo los votos matrimoniales?

¿Y qué más daba si los rompía?, pensó llena de un irónico dolor. De igual manera él no estaba cumpliendo el más básico.

Discutían cada vez más a menudo. Charlotte no soportaba verlo hablando con nadie del sexo opuesto, y él al principio ignoraba sus preguntas inquisitivas, pero debió colmar su paciencia porque empezó a contestarle admitiendo que tocaría a cualquier mujer, menos a ella.

—¡Por qué! —gritó Charlotte anegada en lágrimas—. ¿Por qué decís algo así? ¿No os dais cuenta de que yo…?

—No me gustáis —le dijo él interrumpiéndola. Charlotte había estado a punto de decirle que ella lo amaba, que siempre lo había amado, pero no pudo—. No me atraéis —siguió él con el mismo tono de voz—. Ni siquiera sois una mujer para mí —esto lo dijo mirándola de arriba abajo. Y dolió en lo más hondo, pero Charlotte perseveró.

—Pero sí soy una mujer —dijo con voz vacilante, en un tono que dejaba ver cuán rota estaba su alma, su orgullo—. Vuestra mujer.

—No para mí —insistió él—. ¿Cómo podría hacer algo tan hermoso como el sexo con alguien que me parece tan horrible?

Horrible, dijo ella. A su mente llegó el recuerdo de todas esas veces que Ivette le dijo fea, deslucida y sin gracia.

Fea, horrible, insípida.

—¿Soy tan fea a vuestros ojos?

—Sí. Vuestra alma es perversa, Sois malvada. Matáis gente por capricho. Niños, viejos, jóvenes. A todos los matáis. Cada vez que abrís la boca, es para dar la orden de matar a alguien.

—¡Es porque me traicionan! —gritó ella, con lágrimas en los ojos.

—¿Y cómo no os van a traicionar? —preguntó él con burla—. No os habéis ganado su lealtad… y la verdad… nunca lo haréis.

Ella empezó a llorar. Por primera vez, delante de él, lloraba así, como una niña.

Siempre intentó disfrazar su dolor con fuerza. Siempre fingió que nada de esto le importaba, pero ya no podía más.

Se dejó caer en el suelo, sollozando, con el cuerpo temblando. Ella lo amaba tanto, y él, en cambio, la despreciaba y odiaba a tal nivel, que, siendo una persona que siempre tenía una palabra amable con todo el mundo, siendo bueno, sonriente, cordial, con ella era incapaz de tener ese comportamiento.

El hombre más bueno, con la mujer más mala. El resultado era evidente. Ella lloraba por él, y él la despreciaba.

El hambre de amor que desde niña llevaba en su alma seguía rugiendo. Era una bestia dolorida que clamaba por un poco de atención. No había nada en el mundo que calmara esa sed, y lo

único que había encontrado, un pequeño manantial en la forma del hombre que amaba, se había vuelto amargo y venenoso.

Era verdad. Ella era mala. Había matado a cientos, o tal vez a miles, en su cruzada por el poder. Las decapitaciones y ahorcamientos eran un asunto casi diario. Familias enteras eran arrasadas por rebelarse, y la población de Albermale disminuía a pasos agigantados cada vez. La mayoría, porque huían de ella. Estaban sin mano de obra, con escasos alimentos, con soldados que mantener, pero sin granjeros, ni nadie que quisiera servirles.

Pensó, entonces, que habría sido mejor nunca convertirse en condesa. Kenneth era cruel y malvado, pero había comida en la mesa de los aldeanos.

Pero lo hecho, hecho estaba. ¿Qué debería hacer?

Miró fijamente a Theodore, que, a pesar de sus lágrimas y llanto, no se ablandaba.

—Qué —preguntó él—. ¿Estáis planeando matarme también a mí? —ella cerró los ojos esquivando su mirada—. Hacedlo —siguió él. Charlotte sonrió, limpió sus lágrimas y lo miró.

—¿Preferís morir antes que estar conmigo? —él guardó silencio un par de segundos, como si pensara la respuesta. Al final, se encogió de hombros.

—Sí —respondió—. Creo que sí—. Y luego de decir aquello, salió de la recámara.

A dormir en cualquier otro lado, menos aquí.

Mañana, otra vez, todos se burlarían de ella por esto.

La condesa que llevaba un año casada, y no había podido concebir un hijo, simplemente porque su marido prefería untarse de mierda antes que tocarla a ella. Porque prefería morir, antes que acostarse con su mujer.

Lloró mucho, pero no tenía ni idea de que aquel llanto sería la pálida sombra del verdadero dolor. En la noche sonaron las campanas. Ella despertó sobresaltada. ¿Un asedio? ¿El enemigo venía en camino?

Salió del castillo, y notó la agitación entre los guardias de la muralla. Estaban subiendo el rastrillo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, y los soldados vacilaron.

—Hay un cuerpo en la fosa —respondió uno de ellos.

—Parece que se lanzó desde la torre —dijo otro—. Murió instantáneamente por las estacas debajo del agua.

En el foso, bajo el agua, había estacas de madera, afiladas y apuntando hacia arriba, esperando a los invasores que cayeran del muro en un asedio.

—¿Dónde está sir Theodore? —preguntó luego de un rato.

Envió a un soldado a revisar las caballerizas. Tal vez estaba allí dormido, pero no fue necesario una búsqueda. El hombre que al parecer se había lanzado hacia la fosa buscando la muerte, era él, su esposo.

Lo tendieron en el suelo, todavía chorreando agua, y en su pecho, había un enorme agujero.

Al verlo, Charlotte cayó de rodillas ante él. El aire se escapó de sus pulmones, y un frío sudor recorrió su espalda.

Jamás, ni en sus más terribles pesadillas, imaginó algo así.

Las manos le temblaron, aun así, las acercó a su rostro frío y húmedo, mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

—No —dijo con una sonrisa enloquecida. Sacudió las manos como si intentara desaparecer la horrible verdad que tenía delante —. No —repitió—. No, no, no. ¡NO! —gritó ahora, y acercándose a él, tomó sus hombros y lo acercó a su pecho—. No, por favor, no. Theodore, no. Os lo ruego—. Lo levantó como pudo, y lo sostuvo entre sus brazos—. No es cierto —lloró—. Volved a mí. Volved. Os lo ruego. Volved. ¡¡Theodore!!

Su grito de dolor resonó en todo Albermale. Los soldados alrededor dieron un paso atrás, respetando el dolor de la condesa, huyendo un poco, como si se fueran a contagiar.

La bata de Charlotte se empapó con la sangre de Theodore, y mientras, ella lo acunaba en su regazo, meciéndolo, llorando,

dejando salir la locura, la desesperación, y el dolor.

Lo había perdido. Él había preferido morir, antes que estar con ella.

Lo siento, empezó a decir. Lo siento, lo siento. No quería esto. Nunca quise esto.

Lo siento.

Ahora, con catorce años otra vez, sentada en el alféizar de la estrecha ventana de su habitación, lloraba.

Lo siento. Lo siento.

Había perdonado a su padre, Ivette era menos que nada para ella. Le había sido fácil ponerse a salvo de Kenneth, y Elaine no era realmente una amenaza.

Ella era más fuerte, más noble, más segura. Pero en su alma todavía había un agujero enorme, y aunque él ahora estaba vivo, saludable y sonriente, ella seguía llorándolo.

Lo siento. Lo siento.

Su amado esposo, el hombre más bueno, bello y sabio. Nunca la amó. Nunca consiguió siquiera su respeto.

Y por su culpa, había muerto. La había odiado tanto, que prefirió lanzarse al foso antes que seguir con ella.

8

Theodore Whitefield era el tercer hijo del conde de Argyll, un joven cuya posición en la jerarquía familiar lo había relegado a ser poco más que un peón en los juegos políticos de su padre. Había sido enviado al castillo de Albermale para perfeccionar su entrenamiento, tanto en armas como en diplomacia. Los Albermale y los Argyll habían sido amigos desde tiempos inmemoriales, pero esa amistad tenía una deuda pendiente; hacía mucho tiempo, las hijas de Argyll habían sido rechazadas en pro de otra familia cuando se trató de concertar matrimonios, y el actual conde de Argyll consideraba oportuno pagar esa deuda hoy.

Pero él no tenía hijas para que fueran la esposa de Kenneth Montfort, el heredero. Habría sido ideal que una hija Argyll se convirtiera en la nueva condesa de Albermale, pero como una compensación de la vida, el conde de Albermale tenía dos hijas.

—Ve y seduce a una de ellas —le había dicho el conde de Argyll a Theodore con un tono que no admitía réplica, lo cual lo molestó bastante, pero no había manera en que pudiera mostrarle su disgusto abiertamente. Su padre no toleraba desobediencia, y menos viniendo de un tercer hijo, quien, según todos los estándares, ya tenía suficiente con llevar el apellido de la familia.

Theodore emprendió el viaje repitiéndose constantemente que iba para perfeccionar su manejo de la espada, pues Albermale era famoso por criar guerreros formidables. No obstante, sabía que no podía desoír el mandato implícito de su padre.

Aunque, por dentro, también estaba decidido: si ninguna de las hijas del conde de Albermale le gustaba o le parecía digna, no movería un dedo para acercarse a ninguna de ellas. Para él, el matrimonio era un asunto serio, algo que no debía tomarse a la ligera. Además, como tercer hijo, carecía de riquezas o propiedades que ofrecer, más allá de su nombre y linaje. Dudaba seriamente que dos damas criadas en toda la opulencia de Albermale posaran sus

ojos en alguien como él. Los sueños de su padre, finalmente, eran sólo eso: sueños.

Al llegar a Albermale, Theodore quedó maravillado por la prosperidad del lugar. Los campos estaban impecablemente atendidos, las tierras eran fértiles y exuberantes, y el castillo mismo era una obra de arte arquitectónico, con torres que se alzaban orgullosas hacia el cielo. Su hermano mayor, el heredero, había tenido la fortuna de visitar Albermale un par de veces; él, sin embargo, nunca había estado aquí. Ahora, recorrer el camino de robles florecidos le sacó una sonrisa sincera. Las flores amarillas brillaban bajo el sol, reflejándose en un lago tranquilo y amplio que parecía un espejo perfecto. Al atravesar la aldea, pudo ver en la felicidad de los aldeanos que este lugar tenía un buen señor.

Se presentó ante el conde mostrando todo su respeto, y éste lo recibió con una sonrisa cálida.

—Tengo grandes expectativas de vos —dijo el conde, lo que puso a Theodore ligeramente nervioso. ¿Qué esperaba exactamente de él? —He escuchado que sois fuerte en la espada, y sensato en las negociaciones.

—Me halaga demasiado, mi señor —contestó Theodore. El conde dio unos pasos hacia él y puso una mano en su hombro, un gesto paternal que no pasó desapercibido ante nadie.

—Poned en alto el nombre de vuestra casa mientras estéis aquí.

—Así lo haré, señor.

Y así se hizo público el aprecio que el conde le tenía a Theodore. Trató de acercarse a Kenneth, pues tenían más o menos la misma edad, pero éste lo descartó como si fuera un insecto molesto, tal vez por celos o simplemente porque no veía en él a un igual. Un día vio pasar a lady Ivette y su séquito y se acercó para saludarla como correspondía, pero aparte de una mujer guapa, no vio en ella nada más. Lo peor, era terriblemente superficial.

Durante las cenas familiares, Ivette monopolizaba la conversación, hablando interminablemente de sus joyas, vestidos y perfumes. Se quejaba de que no viajaba lo suficiente a Londres y de

que se estaba perdiendo la última moda en la corte. Su actitud era tan frívola que Theodore apenas podía soportarla.

Lady Elaine era siempre silenciosa, y en esas ocasiones en que él intentó cruzar una palabra con ella, fue cortado de cuajo con una mirada de desdén. El único amable era el conde, que lo entrenaba personalmente, midiendo sus habilidades y su capacidad de crecimiento. Lady Minerva, la madre de lord Anthony, poco se presentaba a las cenas, por lo que no había tenido oportunidad de hablar con ella, así que no tenía nada qué decir de su trato. Suponía que, siendo una anciana, probablemente no compartiría mucho tiempo con él.

Pero algo no cuadraba; le habían dicho que eran dos hijas las que tenía el conde. ¿Dónde estaba la otra?

De viaje, averiguó casi enseguida. Lady Charlotte le había prometido a una de sus amigas, hija de un señor de los territorios vasallos, pasar parte del verano juntas, y allá estaba.

Theodore elevó sus cejas imaginándose a otra chica caprichosa y de cabeza hueca.

Sin embargo, aquí y allá fue escuchando cosas acerca de ella que la hacían ver como alguien muy diferente a lady Ivette. Los aldeanos siempre se estaban preguntando por ella, suspirando por el día de su regreso, los criados sentían pena por algunas cosas que se estaba perdiendo por estar lejos, como el bello paisaje que tanto admiraba, las flores de verano que ya casi caducaban, o las pequeñas fiestas que se celebraban en el castillo y la aldea.

Cuando preguntó: ¿Cómo es ella?, todos se deshicieron en halagos. Incluso los soldados, hombres rudos y prácticos, hablaban de ella con admiración.

—Monta como nadie —dijo alguien—. En los dos estilos.

—Tiene una excelente puntería con el arco —dijo otro.

—Maneja la daga como si hubiese nacido con una en la mano —exageró alguien más.

Theodore frunció el ceño. Si le gustaban las armas y los caballos, no pudo evitar imaginársela como una mujer grande, musculosa y con cero encanto femenino. Tal vez era una especie de amazona, fuerte pero brusca.

Sin embargo, las historias acerca de ella seguían sorprendiéndolo.

—Adora a los niños —dijo Lili, la esposa del matarife—. A mis hijos les da regalos en cada Navidad.

—No tiene reparo alguno en meterse en la cocina y preparar alimentos.

—Una vez la vi encendiendo un fuego y montando una olla en la aldea. ¡Casi me muero!

—Oh, fue para ayudar a Karin, que tuvo ese accidente, y pobre, tiene cuatro niños.

—Inmediatamente corrimos para quitarle la olla de las manos, ¡pero casi nos pega! —eso lo dijeron espantadas, y luego se echaron a reír, recordando la situación.

Entonces, esta segunda hija, Charlotte, era todo lo contrario a Ivette. Y además, era ilegítima. El conde la había engendrado fuera del matrimonio, pero al parecer, era su favorita.

La imagen de una mujer musculosa y grande se asentaba cada vez más en su imaginación. Sin embargo, Theodore no podía evitar pensar que tal vez se trataba de una mujer buena y servicial, una que entendía el verdadero significado de la frase "nobleza obliga". Una que sabía usar su poder no para sí misma, sino para el bienestar de otros.

Se fueron pasando los días, y su curiosidad por ella sólo iba en aumento, y conforme se acercaba la fecha de su regreso, el personal se ponía más inquieto, preparándose para recibirla con todo el esmero que merecía. Incluso el conde, que rara vez se involucraba en los asuntos domésticos del castillo, mandó a limpiarlo de arriba abajo porque su hija regresaba.

Y el día llegó.

Era un viaje de un día, decían, por lo que llegaría entrada la tarde. Theodore vio a las mujeres llenar enormes jarrones de agua caliente para su baño, mientras las cocineras sacrificaban un ave gorda y seleccionaban las frutas más frescas para su cena. Todo debía estar perfecto para lady Charlotte.

Cuando el carruaje por fin atravesó el rastrillo del castillo, el conde salió a recibirla junto a su madre, lady Minerva, la portezuela se abrió y… de ella bajó una belleza.

Era preciosa, absolutamente hermosa. Su cabello negro azabache le caía en ondas sobre los hombros, y la piel blanca le conferían un halo místico. No se había bronceado a pesar del verano, y era admirable. Su vestido, sencillo pero elegante, la señalaban como la dama del grupo, así que no había error. Era lady Charlotte Montfort.

Vio a su padre y sonrió, lo que multiplicó por cien la belleza que ya exudaba, pero un niño se estrelló contra ella abrazándola. Estaba ensuciando su vestido con tierra y polvo, y Theodore pudo ver que la mamá tiraba de él terriblemente molesta con su pequeño. Sin embargo, en lugar de espantarlo o mostrar molestia, Charlotte alborotó la cabeza del pequeño y le devolvió la sonrisa más cálida que Theodore jamás había visto.

Otras mujeres más se le acercaron, y Charlotte las saludó, incluso cargó a un bebé recién nacido, e hizo bromas con la madre.

Y luego sí, tomó sus faldas y subió los escalones que la separaban de su padre y su abuela, y los abrazó a ambos al tiempo. El conde besó sus cabellos renegridos, y la abuela le acarició la espalda con una sonrisa llena de orgullo. La adoraban, era evidente.

Y luego, entró al castillo con las mejillas sonrojadas, y Theodore supo, sin lugar a dudas, que se había enamorado.

No sólo él, vio luego. Todos los soldados que habían visto la escena, incluso los que habían venido con él desde Argyll, la miraban con el corazón totalmente arrebatado. Era un ángel, sin duda.

No sólo era hermosa, era buena. A pesar de ser la hija adorada del conde, no era caprichosa, ni exigente, poniéndole las cosas difíciles al personal, como solía hacer Ivette. No, ella ayudaba a su

gente, los cuidaba en su enfermedad; si los niños sentían esa necesidad de acercarse y tocarla, es porque también sentían bondad en ella. Cosas así no se podían fingir.

Si se trataba de ella, pensó con el corazón acelerado, no le importaría cumplir la orden de su padre.

Esperó pacientemente, buscando cualquier excusa para entrar al castillo y verla más de cerca. La encontró en el capitán de la guardia, que, según, lo estaba buscando. No lo encontraría en el gran salón, pero si le preguntaban qué hacía ahí, tenía su excelente excusa preparada.

Fue la mejor idea que se le pudo haber ocurrido. La dama objeto de su búsqueda apareció en lo alto de las escaleras, y al escuchar su risa, él se giró para mirarla.

A ella le gustaba reír, pensó sonriendo también. Era una mujer feliz, seguramente. Sólo alguien en paz consigo mismo muestra tanta alegría.

Pero todo cambió de repente.

Los ojos de ella encontraron los de él, y algo en su expresión se quebró. Pareció enfermar de repente. Se tambaleó, y aunque intentó mantenerse firme, fue evidente que algo andaba mal. Sus damas se apresuraron a sostenerla, y Theodore sintió un nudo en el estómago. Hacía solo un segundo ella estaba perfecta, radiante, pero ahora parecía que el mundo se le escapaba de las manos.

Sus damas se preocuparon, y también él. Se ofreció a llevarla a su habitación, pero la respuesta fue rotunda: un "no" firme y cortante de parte de Martha, quien lideraba a las damas de compañía.

Claro, ¿cómo se le había ocurrido? Ella era una dama, una señorita. ¿Cómo creyó que podría llevarla en volandas a su habitación?

Se quedó allí, preocupado, preguntándose qué hacer por ella. Daba vueltas en el gran salón, incapaz de concentrarse en nada más.

Rato después, vio a lady Minerva subir hacia la habitación de lady Charlotte con rostro preocupado, y lord Anthony se quedó al pie de la escalera esperando noticias de su hija. Los criados empezaron a preguntarse si acaso había enfermado por pasar tantos días fuera.

—No en todos lados tratan el agua como se debe —dijo Stella, la jefa de criadas, y muchos se mostraron de acuerdo.

Pero lady Charlotte no salió de su habitación durante el resto del día, ni del día siguiente.

Empezaron a dejarle flores en la entrada. Venían de uno en uno, de manera furtiva, y le dejaban también hierbas medicinales con sus mejores deseos para que se recuperara.

Al ver el amor del pueblo hacia ella, la admiración de Theodore no hizo sino crecer, y la incluyó también en sus oraciones para que, cualquier cosa que fuera aquello que la aquejaba, desapareciera pronto.

—¿Qué pasa, querida mía? —preguntó Minerva al ver a su nieta encogida en su cama, llorando de manera desconsolada.

Se sentó al borde del colchón, y la joven se acomodó en su regazo, sin parar de sollozar. Sea lo que sea, pensó Minerva, debía doler muchísimo, y ya que ella no le compartía sus penas, se limitó a pasar la mano por la delgada espalda de su nieta, sintiendo cómo cada temblor de su cuerpo parecía transportarla a un lugar oscuro y profundo. Esperó allí lo que parecieron ser horas, hasta que las lágrimas finalmente comenzaron a amainar.

—Albermale tiene muchos secretos —dijo Minerva al cabo de un rato, rompiendo el silencio con voz suave. Charlotte no estaba dormida, sólo había pausado su llanto. Después de todo, nadie es capaz de llorar eternamente, aunque su nieta estuvo a punto de poner en jaque esa verdad—. Dicen que tiene puertas especiales —continuó Minerva, observando atentamente a su nieta mientras elegía cuidadosamente sus palabras—. Al parecer, hay una extraña promesa de que el linaje permanecerá durante los siglos.

Nada. Charlotte cerró los ojos, y su respiración se entrecortó como si estuviera a punto de comenzar otra ronda de llanto. Minerva frunció ligeramente el ceño, preocupada. Sabía que algo grave estaba afectando a su nieta, pero también sabía que no podía forzarla a hablar.

—¿Os sucedió algo en el Valle del Ouse? —preguntó Minerva apresuradamente, tratando de cambiar de tema para obtener alguna pista—. Porque si es así, iremos allí con todos nuestros soldados a destruir esa tierra.

Eso por fin llamó la atención de Charlotte. Enderezó su espalda bruscamente y se sentó en la cama, mirándola entre preocupada y sorprendida.

—No es nada así —dijo, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No me sucedió nada en el Valle del Ouse.

—Oh, me alegra —respondió Minerva con una sonrisa casi sarcástica—. Entonces, secad esas lágrimas y demostradle al conde de Albermale que estáis bien, porque está buscando a quién declararle la guerra.

—¿Por qué mi padre haría algo así? —preguntó Charlotte, confundida.

—¿Os lo preguntáis de verdad? —Minerva arqueó una ceja con ironía—. Desde ayer que llegasteis, no habéis parado de llorar, no habéis comido nada de lo que las cocineras os preparan con tanto amor. Todos están a punto de pensar que el pobre sir Weldon, o tal vez la misma Carol, os hizo algo terrible en su territorio, y buscan venganza.

—¡No es posible! —exclamó Charlotte, levantándose de la cama de golpe. Se dio cuenta entonces de que estaba usando una simple bata y que no podría salir así. Llamó a Martha para que la ayudara a vestirse, y esta entró rápidamente, mostrando un enorme alivio al ver a su señora dispuesta a enfrentarse al mundo otra vez. Miró a Minerva con gratitud, sabiendo que sólo ella podía haber sacado a Charlotte del pozo en el que parecía hundirse cada vez más.

Charlotte estaba preocupada. ¿De verdad su padre se alistaba para una guerra?

Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar, pero aun así permitió que Martha la vistiera y peinara con rapidez. Cuando terminaron, bajó las escaleras lentamente, con cautela. Al llegar al pie de las escaleras, se detuvo y miró a un lado y al otro. No había nadie a la vista, pero ella sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a Theodore.

No estaba lista para eso. No todavía.

Con quien sí se encontró fue con una multitud de criados, que al verla, abandonaron lo que estaban haciendo para preguntarle preocupados cómo estaba.

La vieron delgada, pálida, y ojerosa. Una de las mujeres mandó a calentar agua para su baño, otra le preguntaba qué se le antojaba para comer.

—El conde ha comprado telas para vos —dijo alguien más—. ¿No queréis verlas?

Charlotte sintió que los ojos se le humedecían, pero no por las razones de antes. Había preocupado a estas buenas personas, y ahora se sentía culpable.

—Oh, ya estoy mucho mejor —les aseguró con una sonrisa forzada—. No volveré a enfermarme así.

—Entonces, ¿sí fue el agua del Valle de Ouse? —preguntó la jefa de criadas con cara de enojo—. El conde tendrá que ir a inspeccionar.

—En el Valle de Ouse me trataron muy bien —dijo Charlotte con premura—. Fue… al llegar, empecé a sentir mucho dolor de cabeza.

—Oh…

—¡Pero todo está bien! —insistió—. Ahora estoy perfecta.

—Charlotte… —escuchó que llamaban. Era su padre, que parecía muy preocupado.

Ella, como nunca hubiera podido hacer en el pasado, casi corrió hacia él y lo abrazó. Anthony la envolvió en sus brazos,

preguntándole con voz queda si se sentía bien, y qué podía hacer por ella.

Una lágrima bajó por las mejillas de Charlotte, pero la secó disimuladamente.

—Estoy bien, padre. Vos me cuidáis.

—No lo suficiente, al parecer.

—Sólo fue un dolor de cabeza. Ya pasó.

Él la separó un poco para mirarla fijamente, buscando en su rostro algún signo extraño, pero ella le sonrió. Todo estaba bien.

Anthony respiró hondo.

—Estuve preocupado.

—Lo lamento.

—Ya estaba pensando en ir al Valle de Ouse y…

—Os lo ruego, no hagáis nada así —lo interrumpió rápidamente —. Allí fui correctamente atendida; realmente fue un tiempo agradable.

—¿Seguro? ¿No me ocultáis nada?

—Os lo prometo.

Él asintió, decidiendo creerle, y pasó una mano por su mejilla.

—Hay alguien que quiero que conozcáis.

—¿A… alguien?

—Oh, sí. Un noble caballero.

—¿Podría ser otro día?

—¿Sois tímida? —sonrió Anthony—. Estáis en la edad perfecta, lady Charlotte, y tenéis obligaciones como hija de Albermale.

—¡Sólo tengo catorce años! —dijo ella en tono reticente, pero ya Anthony le tomaba la mano y la guiaba fuera—. Y lady Ivette, que ya pasó la edad de los dieciséis, sigue soltera. ¿Por qué no le presentáis ese noble caballero a ella?

Anthony detuvo sus pasos y la miró con gravedad.

—No lo decís en serio.

—Lo digo muy en serio —respondió Charlotte, cruzándose de brazos.

Anthony resopló un poco y volvió a tirar de ella.

—Padre. No estoy en condiciones de conocer a nadie.

—Yo os veo perfecta.

—¡No lo estoy! —exclamó ella soltándose de su agarre—. ¡Estoy fea! Y como estuve enferma… ¡estoy muy fea!

Los ojos de ella se humedecieron, y Anthony capituló. Para una dama, después de todo, era muy importante su apariencia. Nunca le había parecido que Charlotte se preocupara mucho de eso, pero tenía que considerar sus deseos.

—Está bien —dijo al cabo de un largo silencio—. Será en la cena, entonces. Volvió a acercarse a ella y puso una pesada mano en su cabeza—. Pero nunca digáis que sois fea. Sois hermosa —le dijo—. Os parecéis a vuestro padre, después de todo.

Eso la hizo reír, y Charlotte se puso de puntillas para besar su mejilla.

Una dama nunca hacía eso en público, pero Anthony estaba más que encantado.

Charlotte, subiendo apresurada las escaleras, ahora iba aterrada por tener que enfrentar una cena con Theodore en la mesa. La tarde no sería suficiente para mentalizarse, pero su padre no le había dejado opción.

Antes de llegar a su puerta, se detuvo, completamente paralizada.

¿Su padre estaba intentando emparejarla con Theodore?

¿Había algún otro noble con él?

No. Según recordaba, el único noble que había llegado al castillo por estas fechas era él.

No podía ser, se dijo, sintiéndose sin aire. No podía ser.

—Mi lady, volvisteis —la saludó Martha al abrir la puerta. Minerva ya no estaba en la habitación.

—Martha, os lo ruego —dijo Charlotte tomándole las manos a su doncella—. Averiguad todo lo que podáis acerca de sir Theodore Whitefield.

Martha la miró inexpresiva.

—¿Es otro asunto de: "la información es poder"?

—Definitivamente —le dijo Charlotte con urgencia—. Esta vez… es de vida o muerte.

9

La noche llegó inexorable, avanzando sin piedad y envolviendo el castillo en su oscuridad. Charlotte observó por la ventana cómo las sombras comenzaban a devorar los últimos vestigios de luz del día, y supo que no había escapatoria. La cena estaba programada, y ella no podría evitarla sin levantar sospechas o generar más problemas. Pero el solo pensamiento de bajar al comedor y enfrentar lo que aguardaba allí hacía que su cuerpo temblara como una hoja.

Ariella, entusiasta como siempre, desplegó sobre la cama sus vestidos más finos, aquellos bordados con hilos dorados y adornados con perlas que brillaban como estrellas. Cada uno era una obra de arte diseñada para destacar la belleza de quien lo llevara, pero Charlotte negó con la cabeza antes de que Ariella pudiera siquiera sugerir alguno.

—No —dijo con firmeza, aunque su voz apenas era un susurro—. Nada de eso. Sencillo. Lo más sencillo que tengas.

Martha, por su parte, intentó convencerla de lucir un peinado elaborado, algo que realzara su rostro pálido y delicado. Pero Charlotte volvió a resistirse. Un simple moño sería suficiente. No quería joyas ni perfumes; nada que llamara la atención. Su objetivo era pasar desapercibida, fundirse con las sombras del salón como si fuera una parte más de la decoración, invisible para todos.

Aun así, al finalizar, Martha y Ariella sonrieron orgullosas. Después de todo, su señora no necesitaba demasiado esfuerzo para verse realmente preciosa. Ella había intentado por todos los medios ocultarse, pero tal belleza no escondería siquiera bajo varias capas de suciedad.

Más o menos satisfecha con el resultado, Charlotte se encaminó a la puerta de su recámara.

No quería bajar.

Pero no tenía elección.

Con terror, vio los minutos pasar, y entre más se acercaba el momento, más nerviosa se ponía.

Fue un error salir de la habitación, reflexionaba ahora. Debió fingir que estaba enferma un poco más, pero si a causa de eso se formaba una guerra, jamás se lo habría perdonado.

Todavía su corazón se emocionaba al recordar ese rostro masculino y juvenil. Recordaba que Theodore le llevaba tres años, más o menos, y que había sido enviado aquí para pulir sus habilidades, y, en el fondo, porque un tercer hijo no tenía un lugar en su propia casa, y debía salir a ganar su propio honor. Y en Albermale lo había hecho con creces. Había sido un mediador, un líder nato, alguien a quien todos admiraban. Incluso ella.

Sobre todo, ella.

Ah, el conde de Argyll la había aceptado cuando supo que su hijo se casaría con la condesa, pero luego, ante su muerte, la maldijo y señaló como culpable. Poco después, se alió con lady Elaine e Ivette uniéndose con otros condes más para derrotarla en su propio juego.

Y ella no lo culpó. Estaba en todo su derecho de juzgarla y hallarla culpable. Lo era, después de todo.

Después de la terrible muerte de Theodore, Charlotte había perdido todas las razones para seguir adelante. Ya no le importaba el título, el poder, ni siquiera su propia vida. Solo lamentó la muerte de sus aliados y las familias que sufrieron por su causa. Cuando caminó descalza, sucia y completamente rota hacia el cadalso, había abandonado todo: su vida, su voluntad, hasta su propia mente. Desde aquella noche fatídica, no había parado de llorar. Y aun ahora, su corazón dolía como si todavía estuviera reviviendo ese momento.

Pero está vivo, se recordó con firmeza, apretando sus puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas. No se ha lanzado al foso, y no tendrá una razón para hacerlo.

Martha le sonrió indicándole que ya estaba lista para salir. A pesar de sus ropas y peinado sencillo, ella se veía regia. Parecía que el no llevar demasiados adornos realzaba aún más su belleza.

Ajena a todo eso, Charlotte avanzó pálida y silenciosa hacia el comedor. Cada paso era una tortura, cada escalón una batalla interna. Su estómago estaba encogido, pero se obligó a respirar profundamente, a tranquilizarse.

Está vivo, se repitió.

Quien quiera que haya hecho este gran milagro, debe estar observándome. Hice promesas, y las cumpliré.

Bajó los escalones uno a uno, con el estómago encogido, reuniendo fuerzas para el momento en que lo volviera a ver.

Prometí que viviría como una rata muerta, escondida en su agujero, se dijo. Prometí que no codiciaría nada, que no me atrevería a desear nada, y que me conformaría con veros desde lejos.

Otra vez, parecía querer empezar a llorar, pero reunió toda su fuerza de voluntad, y por fin llegó a la sala del comedor, donde la esperaban su padre, su abuela, Kenneth, Ivette, y Theodore.

Elaine brillaba por su ausencia, pero Charlotte no le dedicó ni un pensamiento. Sus ojos estaban clavados en su padre, resistiendo con toda su alma la tentación de mirar a Theodore más fijamente. Casi obligó a su cuello a permanecer rígido, y no girarse, no verlo.

En esta ocasión, la mesa, larga y majestuosa, estaba dispuesta con cubiertos de oro y cristalería finísima. Los aromas de los platos aún no servidos, carne asada, sopas humeantes y pan recién horneado, flotaban en el aire, aunque Charlotte apenas los percibía. Todo su ser estaba concentrado en mantenerse firme frente a quienes la observaban.

—Hija mía —sonrió Anthony acercándose a ella y tomando sus manos con galantería.

Charlotte hizo una reverencia profunda, tal como dictaba la etiqueta, y por el rabillo del ojo pudo ver que Ivette se cubría el rostro con su abanico para murmurarle algo a Kenneth, y éste reía por lo bajo.

—Estáis preciosa, hija —siguió Anthony.

—Es porque vuestros ojos envejecen padre —respondió Charlotte con voz suave, volviendo a hacer una ligera inclinación. Él se echó a reír, soltando una carcajada. Minerva, al otro lado, asintió llena de aprobación. Como siempre, Charlotte soltando respuestas ingeniosas, ni demasiado osadas, ni demasiado sumisas.

Anthony se giró llamando a Theodore.

—Esta es mi hija menor —dijo lleno de orgullo, posando una mano protectora sobre su hombro—. Charlotte Montfort.

Theodore se apresuró a presentarse, inclinándose en una reverencia impecable, con la mano derecha posada elegantemente sobre el corazón.

—Un placer estar ante vuestra presencia, mi lady —dijo él con voz cálida—. He oído tanto de vos, que ya no veía la hora de conoceros.

Charlotte había logrado mantenerse distante hasta ese momento, pero sus palabras llamaron su atención de inmediato. Levantó la vista lentamente, incapaz de evitarlo, y lo miró directamente a los ojos.

—¿Habéis… oído de mí? —preguntó, sorprendida. Su voz tembló ligeramente, traicionando su nerviosismo.

—Sólo alabanzas, mi lady —contestó él con una sonrisa, elevando su rostro para sostenerle la mirada, pillándola con la guardia baja—. He concluido que sois, sin duda, digna de todas ellas.

El corazón de Charlotte pareció querer dejar de latir por múltiples razones. Todavía su belleza masculina derribaba cualquier muro defensivo. Dios querido, era tan guapo, y esos ojos ahora la miraban con un destello totalmente diferente y desconocido.

Y por otro lado… ¿ella, digna de alabanzas a sus ojos?

Miró a otro lado, sonrojada, tragando saliva y sin saber qué decir.

Minerva, viendo tal vez la necesidad de llenar un silencio incómodo, se tomó la libertad de hablar en su lugar.

—Mi nieta es una mujer sencilla y que poco disfruta de la adulación, pero estoy segura de que vuestras palabras han

conmovido su corazón.

—Oh, no es simple adulación, lady Minerva —contestó Theodore —. Los aldeanos, criados y soldados, todos le admiran. Y yo he empezado a hacerlo.

Ella volvió a mirarlo, esta vez con sorpresa en sus ojos.

No, no, no, se dijo. Esto es una mentira. Una trampa del diablo, una ilusión.

—Vaya, sir Theodore —dijo Ivette aún detrás de su abanico, con voz desbordante de desdén—. Os deshacéis en halagos hacia la ilegítima. Qué gustos tan extraños tenéis.

—¡Ivette! —la reprendió Anthony frunciendo el ceño. Charlotte, que en otro momento habría aprovechado para lanzar una pulla igualmente afilada, se quedó totalmente en silencio. Su mente seguía intentando procesar las últimas palabras de Theodore.

—Me preguntó por qué nadie se deshace en halagos por vos —intervino Minerva, siendo la primera en tomar asiento en la mesa—. Si sois la legítima, ¿por qué no habéis cultivado unos propios?

—Podéis preguntarle a cualquiera de mis amigas, y ellas…

—¿Esas niñas a las que compráis con regalos, y que tienen prohibido oponerse a vos?

—¡Jamás haría eso!

—Como veis, sir Theodore —dijo Kenneth, haciendo rodar sus ojos con desprecio—, hay favoritos en esta familia, y evidentemente, no es la hija de la condesa. La esposa que mi padre juró amar y serle fiel.

—Kenneth, si no cerráis esa boca, os haré azotar —amenazó Anthony, levantándose de golpe de su asiento.

—¿Lo haríais, padre?

—Padre… —fue la suave voz de Charlotte, y el conde de inmediato cambió su humor, dejándose caer de nuevo en su silla con un suspiro pesado.

—¿Podríamos cenar en paz, por favor? —preguntó Minerva exasperada, ajustándose los puños de encaje de su vestido—. Siento vergüenza con nuestro invitado. ¿Qué dirá sir Theodore?

—Oh, lady Minerva. No tenga cuidado de mí por esa razón. Entiendo que es normal que haya envidia entre hermanos.

—¿Envidia? —preguntó Ivette apretando los dientes—. ¿Creéis que envidio a esa mugrosa?

—Lady Ivette, no era mi intención ofenderos.

—¡Pues lo habéis hecho! Me habéis ofendido, ¡a mí! ¡A la hija legítima del conde! ¡Mis abuelos, tanto por parte de madre, como de padre, fueron también condes! Que es mucho más de lo que esta advenediza tiene para decir. ¿Quién sabe qué sangre corría por las venas de su sucia madre?

—¡Ivette, basta! —gritó el conde cuando al fin su paciencia colapsó, levantándose nuevamente de su asiento—. ¡Fuera de aquí! No cenaréis con nosotros. ¡Y vos, Kenneth, si no cambiáis vuestra actitud, iros también! —Ivette miró a su padre con odio, apretando los dientes y los puños. Kenneth tomó el brazo de su hermana.

—Vamos, Ivette. Desde hace tiempo que esa bastarda tiene el corazón de nuestro padre secuestrado.

—¡No es justo! —gritó Ivette—. ¡Yo debería quedarme, ella debería irse!

—Pero así son las cosas —dijo Kenneth con voz suave como la de una serpiente—. No cambiarán sólo porque nos parece injusto. Con razón nuestra madre no quiso bajar.

Y sin añadir nada más, el par de hermanos sacudió sus pies y salió del comedor. Todos quedaron en silencio por varios minutos, silencio que sólo Theodore se atrevió a romper.

—Creo que mi comentario hizo que todo desembocara en esto —dijo, inclinando la cabeza con humildad.

—Oh, no lo lamentéis —lo tranquilizó Minerva con una sonrisa indulgente—. Siempre es así, de todos modos. Como vos lo dijisteis, no es más que la envidia.

Anthony tomó asiento por fin, y de inmediato, los sirvientes se apresuraron a traer los alimentos. Habían estado esperando en silencio, siendo testigos una vez más de los exabruptos de los hermanos.

Charlotte permaneció en silencio, mirando su plato vacío delante. Al sentir que Theodore tomaba asiento a su lado, quedó rígida en su lugar.

Theodore no podía evitar mirarla. Era imposible apartar sus ojos de ella. Aquella noche, a pesar de su palidez y silencio, estaba especialmente hermosa. Su cabello, recogido en un moño sencillo, dejaba al descubierto la delicadeza de su cuello, y su vestido, aunque modesto, parecía hecho a medida para realzar su figura. Pero lo que más llamaba su atención era su expresión: taciturna, distante, como si estuviera atrapada en un mundo interior del que no quería salir.

¿Qué tendría que hacer para volver a ver una sonrisa suya? Recordó el día en que llegó al castillo, cuando la vio bajar de su carruaje. Entonces era diferente: sonriente, vivaz, con una luz en los ojos que iluminaba todo a su alrededor. Sin embargo, esta noche esa luz parecía haberse apagado. ¿Habría sido por el altercado con sus hermanos mayores? Ivette y Kenneth siempre habían sido conocidos por su temperamento volátil, pero algo le decía que el problema no era solo eso.

—Delicioso —murmuró lady Minerva tras dar su primer bocado, rompiendo el silencio momentáneo. El conde asintió con una sonrisa complacida mientras cortaba otro trozo de carne. Ninguno de ellos parecía demasiado afectado por los berrinches de Kenneth e Ivette, aunque Theodore sospechaba que tal vez a Charlotte sí le había molestado. Después de todo, era evidente que la relación entre ellos era tensa, casi hostil.

Decidió ocuparse de ser un perfecto caballero durante la cena. Cortó cuidadosamente las mejores piezas de carne para ella, asegurándose de que fueran las más tiernas. Mantuvo su copa

siempre llena, pero Charlotte ni siquiera giró la cabeza para mirarlo. Ni una palabra, ni una sonrisa, ni siquiera una muestra de cortesía. Su actitud distante lo intrigaba aún más. ¿Qué secretos guardaba esta mujer?

—Casualmente, escuché que lady Charlotte es buena montando a caballo —dijo Theodore, dirigiéndose al conde y a lady Minerva con una sonrisa encantadora. Era una manera sutil de desviar la conversación hacia algo que quizá pudiera animarla.

—¡Oh, es la mejor! —sonrió Anthony—. Ha participado en competencias entre las hijas de los vasallos, y otros condes. Siempre gana el primer lugar —aquello lo dijo inclinándose un poco hacia adelante, como si estuviera revelando algún peligroso secreto.

—Me atrevo a decir que a veces me sorprende y preocupa al mismo tiempo —suspiró Minerva, aunque Theodore pudo ver que no había censura en su voz—. Cuando la veo empuñar esa daga…

—Y es excepcional con el arco.

—Padre… —lo detuvo ella. Si empezaban a elogiarla aquí, no pararían hasta el amanecer. Sabía bien cómo terminaban estas situaciones: con halagos excesivos que la hacían sentir incómoda.

—A ella realmente le molesta que yo hable de sus dotes como cazadora, pero os lo prometo, es la mejor.

—¿Debería, tal vez, ver por mí mismo esa habilidad? —preguntó Theodore con una sonrisa traviesa en el rostro. Charlotte no la vio, pero su tono de voz parecía deslizarse dentro de sus oídos como miel tibia.

Sólo mirar de lejos, se reprendió mentalmente. La idea de acercarse tan sólo un poco y llegar a las mismas consecuencias seguía manteniéndola paralizada de terror.

—Me parece una excelente idea —dijo el conde, aceptando la propuesta de Theodore—. Y de paso, podría hacer una solicitud.

—Claro, mi lord —contestó Theodore, inclinando su cabeza con respeto.

—Me gustaría que formarais parte de la escolta de mi hija—. Aquello hizo saltar a Charlotte, que lo miró con una súplica en sus ojos—. Desearía poder decir que es fácil de cuidar, pero a cada momento se está metiendo en situaciones… inusuales.

—Sí —sonrió Theodore—. He oído de ellas.

—Oh, entonces entendéis a lo que me refiero. Confiaré en que tendréis el temple para detenerla cuando sea necesario.

—Cumpliré con vuestro deseo poniendo en ello mi honor y mi esfuerzo —aseguró él inclinando su cabeza de nuevo.

Charlotte dejó salir el aire lentamente, tratando de mantener la compostura. Ya no había nada que hacer, el conde había hecho una solicitud formal, y el caballero había aceptado con un juramento. Ahora, estaba condenada a verlo día y noche.

Dios, Dios. Ya sé que no soy digna de elevar una oración, rogó mentalmente, terriblemente preocupada, con el corazón desbocado en su pecho, llena de miedo. Miedo del futuro, de sus propias debilidades. Pero por favor, siguió. Haced algo aquí. Intervenid en mi favor.

Al terminar la cena, Anthony le sugirió a Charlotte tomar un paseo nocturno, y luego le dio a Theodore la orden de escoltarla.

Dios, definitivamente, no estaba escuchando sus oraciones.

—¿Algo os preocupa, mi lady? —preguntó Theodore luego de avanzar un largo rato en silencio.

Charlotte no respondió de inmediato. Sus pasos la habían llevado, casi inconscientemente, a lo alto de la muralla, un lugar que conocía demasiado bien. Era un paseo habitual para ella, tanto de día como de noche. A menudo se quedaba allí, contemplando el foso bajo la luz de la luna, preguntándose cuál había sido el último pensamiento de Theodore antes de caer. ¿Había sentido dolor? ¿O tal vez solo alivio?

Ahora, él estaba a su lado, vivo y real, y esas preguntas ya no tenían sentido. Sin embargo, algo dentro de ella seguía resistiéndose

a creerlo. Por alguna razón, él insistía en seguirla, en buscarla. Algo que nunca había hecho antes. De hecho, todo lo contrario: siempre había procurado mantenerse alejado de ella, como si su sola presencia le resultara repulsiva.

Aún no se atrevía a mirarlo. Solo con sentirlo cerca, percibir su aroma, escuchar el timbre cálido de su voz, era suficiente para hacerla tambalear. Quería correr, encerrarse de nuevo en su habitación, donde podría escapar de esta confusión abrumadora. Pero sabía que debía esperar un tiempo prudente antes de retirarse; no podía permitir que pareciera que estaba huyendo.

No contestó de inmediato. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el horizonte iluminado por la luna llena. La luz plateada bañaba el torreón, el foso, la aldea y los campos más allá, dándole al paisaje un aire irreal, casi fantasmagórico. Finalmente, rompió el silencio con una voz tan tenue que Theodore tuvo que inclinarse ligeramente hacia ella para escucharla.

—En la fosa —dijo, señalando con un gesto apenas perceptible hacia el abismo oscuro bajo ellos— hay estacas que apuntan hacia el cielo. El agua las oculta.

—Oh —respondió él, mirando hacia el foso con una expresión pensativa. Hizo una mueca fingida de espanto, aunque sus ojos brillaban con curiosidad—. Una muerte horrible para los invasores.

—Sí —murmuró ella, bajando la vista—. Demasiado… espantoso.

—Pero un método defensivo efectivo —continuó él, captando el tono sombrío de su voz—. A quienquiera que se le haya ocurrido, conocía métodos impresionantes para dar muerte a sus enemigos.

Charlotte asintió lentamente, pero su mirada se desvió hacia la torre más alta. Sus ojos se posaron en la pequeña ventana que sobresalía en lo alto, odiaba ese lugar, con todo su ser.

¿Por qué seguía torturándose con esas imágenes? Se reprendió mentalmente. ¿Por qué seguía siendo incapaz de ver el ahora, en vez de perderse en el ayer?

Y, sobre todo, ¿por qué seguía doliendo?

Porque lo amaba. Aún lo amaba. Comprendió entonces, con una claridad devastadora, que nada había cambiado en ese aspecto. Él seguía siendo ese hombre hermoso y brillante, con una luz interna que ella siempre había querido tener cerca. Una calidez que su alma fría y hambrienta necesitaba desesperadamente.

¿Seguía siendo esa niña entonces? Se preguntó, sintiendo una punzada de vergüenza mezclada con tristeza. ¿Nada había cambiado? ¿Seguía siendo la misma chica invisible, anhelando algo que nunca podría alcanzar?

Theodore sonrió internamente. Por fin, ella lo había mirado a los ojos directamente. Aunque solo fue por un instante fugaz, él pudo ver cómo sus pupilas se dilataban ligeramente antes de apartar la vista. Había algo en su mirada que lo desgarraba: como si una terrible tragedia acechara siempre detrás de sus ojos azules. Pero Theodore sabía que no siempre había sido así. Recordaba haberla visto sonreír una vez, aunque fuera brevemente, y esa imagen lo perseguía. Ansiaba verla otra vez con los ojos iluminados por la felicidad, aunque fuera solo por un segundo.

—¿Puedo decir algo, mi lady? —preguntó, tratando de mantener un tono ligero.

—Claro, sir —respondió con voz suave, casi inaudible.

—¿Es verdad que una vez encendisteis fuego y montasteis una olla de estofado vos misma? —La pregunta salió de repente, sin filtro, pero Theodore sabía que necesitaba romper esa coraza que ella había construido alrededor de sí misma.

Charlotte abrió ligeramente la boca, sorprendida por la mención de ese episodio. Podía recordarlo vívidamente: el horror en los rostros de sus escoltas y los aldeanos cuando la vieron cocinar. Habían acudido en masa para impedírselo, pero ella se mantuvo firme, reprendiendo a una mujer embarazada que intentaba ayudarla. Solo aceptó la ayuda de los escoltas para montar la pesada olla, nada más.

—Bueno… —comenzó, titubeante, como si no supiera si sentirse avergonzada o divertida por el recuerdo.

—¿Y que obligasteis a vuestros escoltas a sostener un saco mientras vos apuntabais a un panal de abejas que se habían enjambrado? —continuó Theodore, con una sonrisa traviesa dibujándose lentamente en su rostro.

—¡E… era una situación de vida o muerte, y…! —protestó ella, pero Theodore ya no pudo contener la risa.

—Mi lady, preocupáis mucho al conde.

—¡No lo hago a propósito! —exclamó ella, visiblemente nerviosa, con las mejillas ardiendo de vergüenza mezclada con diversión.

—Y ahora el trabajo de cuidaros es mío. Empiezo a preocuparme yo también.

—¡Pero vos aceptasteis! —lo acusó ella, señalándolo con un dedo tembloroso—. ¡Y pareció como si lo pidierais! No os lo pedí, no tenéis derecho a quejaros.

Theodore volvió a sonreír, y aquella sonrisa tenía un efecto hipnótico sobre Charlotte. Quizá por eso sus palabras empezaron a salir menos coherentes, como si su mente estuviera demasiado ocupada admirando su rostro para formular frases completas.

—Sí, deseaba ser vuestra escolta.

—¿Por qué? —preguntó ella, casi sin aliento.

—Para veros más de cerca —respondió él sin vacilar. El corazón de Charlotte dio un vuelco—. Desde que os vi la primera vez… quise estar cerca de vos.

Aquello la dejó paralizada. Tragó saliva, mirándolo fijamente a los ojos mientras su mente gritaba en pánico. ¿Por qué? ¿Por qué decía eso ahora?

Pero él no era mentiroso, se dijo a sí misma. Nunca le había mentido. Entonces, ¿por qué sentía que todo esto era una trampa cruel?

Tomó sus faldas, incapaz de soportar ni un segundo más su intensa mirada, y dio media vuelta, desandando el camino hacia la

muralla.

—Oh, mi lady, perdonadme. Os incomodé —dijo Theodore rápidamente, notando su reacción.

Ella no respondió. Estaba a punto de llorar, y no quería que la viera así. Bajó apresuradamente la muralla y atravesó el patio hasta llegar al interior del castillo. Antes de desaparecer por completo, se detuvo un momento y, sin girarse, murmuró:

—Gracias por el paseo.

Y sin añadir nada más, corrió hacia su habitación, cerrando la puerta tras de sí como si la persiguiera alguna bestia.

Theodore se quedó allí un rato, rascándose la nuca con frustración. Había metido la pata, estaba claro. Su ansiedad por acercarse a ella lo había llevado a moverse demasiado rápido, y ahora temía haberla asustado.

10

Luego de ser prácticamente expulsados del comedor, Kenneth e Ivette se dirigieron a la recámara de la condesa, pisando fuerte y quejándose, por lo que Elaine pudo escucharlos poco antes de que tocaran la puerta, lo que le dio el tiempo justo para esconder a Armand tras una pesada cortina de terciopelo y ajustar su vestido para disimular cualquier rastro de su presencia.

Era un incordio tener que esconderse así, estar siempre al filo de la navaja, expuesta a que la interrumpieran o incluso descubrieran. Pero así había sido desde siempre, recordó con amargura. No tenía derecho a quejarse ahora, no cuando había elegido vivir bajo estas reglas implícitas.

Armand se ocultó rápidamente detrás de la cortina, asegurándose de que ni siquiera la punta de sus botas quedara visible. Elaine se acomodó el cabello frente al espejo, enderezó los hombros y adoptó una expresión de calma forzada antes de abrirles la puerta a sus hijos.

—¡Tenemos que hacer algo con esa bastarda, mamá! —gritó Ivette irrumpiendo en la habitación como un ventarrón, con los ojos encendidos de ira—. ¡Decidme por qué sigue en mi casa, comiendo en mi mesa y acaparando la atención de mi padre! Me jurasteis hace tiempo que la sacarías como la rata apestosa que es. ¡Decidme por qué sigue aquí!

Elaine no contestó de inmediato, intentando comportarse como si no ocultara un enorme secreto. Evitó mirar hacia la cortina donde Armand se escondía, aunque podía sentir su presencia acechante en la penumbra de la habitación.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó Elaine finalmente—. Estaba a punto de irme a dormir. ¿A qué debo tanto escándalo?

—El conde nos ha expulsado de la cena —contestó Kenneth sentándose en la pequeña sala adjunta a la recámara, tomó una fruta del cuenco de cristal en el centro de la mesa y la mordió—.

Tengo hambre. Pero no podemos volver al comedor porque ahí está esa.

—¿Qué esperabais? Vuestro padre nunca tolerará vuestras insolencias, especialmente cuando están dirigidas contra ella.

—Pero esto ya es demasiado, mamá. ¡Tenéis que hacer algo! ¡Quiero que la matéis! —Elaine chasqueó la lengua.

—¿Creéis que es tan fácil? Llevo intentándolo desde el mismo día en que llegó, simplemente parece tener las siete vidas del gato. Nada ha funcionado, está fuertemente custodiada, no hay accidente que la venza, ni veneno que la destruya. Simplemente parece inmortal.

Y era verdad. En múltiples ocasiones, Elaine había sobornado cocineras para que envenenaran su comida, pero Charlotte siempre parecía esquivar esos planes. Los "accidentes" que Elaine orquestaba terminaban siendo pequeños inconvenientes para la bastarda, quien siempre salía ilesa. Incluso habían considerado contratar a algún soldado para asesinarla, pero la lealtad ciega que muchos guardias sentían hacia el conde hacía imposible confiar en alguien sin arriesgarse a ser descubiertos. Además, Anthony vigilaba a Charlotte con celo paternal, como si intuyera el peligro que la rodeaba.

—Sólo nos queda esperar a que se case y se vaya de Albermale por fin —suspiró Elaine con resignación.

—¡Pero se llevará parte de mi herencia! —volvió a quejarse Ivette —. Seguro que si se casa, el conde le daría una generosa dote. ¡Y no! No quiero que se vaya de aquí como una novia hermosa y perfecta. ¡Quiero que se muera! —Ivette se dejó caer en otra silla, lloriqueando y quejándose, Kenneth sólo la miró terminando la manzana que tenía en sus manos y tomando otra del cuenco.

—Hay que deshacerse del conde —dijo como si tal cosa, como si sólo hablara del buen tiempo.

Elaine e Ivette se giraron a mirarlo sorprendidas por la frialdad con que dijo aquellas palabras.

—Es la raíz de todos nuestros males —siguió él, con la boca llena —. Muerto él, Charlotte quedará sin protección, y yo, como nuevo conde de Albermale, os aseguro que no le daré dote. Por el contrario, la degradaría a criada—. Su sonrisa era más bien siniestra, e Ivette sintió un leve escalofrío. Una cosa era hablar de la muerte de una bastarda que valía poco o nada, pero la muerte de un conde, y uno tan poderoso, era un asunto completamente diferente.

—Lo decís como si se tratara sólo de disparar una flecha y ya — se burló Ivette, recuperando su tono sarcástico—. ¿Sabéis lo bien custodiado que está noche y día? Y aunque no lo estuviera, sus malditos instintos de guerrero haría parecer al mejor tirador como un maldito principiante!

—Si nos lo proponemos, lo conseguiremos.

—Ivette tiene razón —razonó Elaine, sintiéndose nerviosa por el cariz que estaba tomando esta conversación—. La pena por matar a un noble es peor que la muerte. El castigo se extiende a toda la familia del asesino…

—Oh, ¿eso es todo lo que os preocupa? —exclamó Kenneth, levantándose bruscamente de su asiento.

—¿Os parece poco? —replicó Ivette. Las lágrimas habían arruinado un poco su semblante, pero ahora parecía más bien furiosa—. ¡Si fallarais, nosotras pagaríamos las consecuencias!

—Pero no fallaré —aseguró Kenneth con la misma sonrisa de antes—. Id consiguiéndome una esposa, querida madre. Pronto seré el nuevo conde, y las cosas en Albermale van a cambiar drásticamente.

Kenneth salió de la recámara dejando a Ivette y Elaine prácticamente pasmadas. Guardaron silencio por un momento, y al cabo, Ivette se puso en pie también.

—No es tan descabellado —dijo—. Odio tanto a esos dos… que tampoco me parece mal.

—En vez de decir tonterías, deberíais convencer a vuestro hermano de que no haga locuras.

—Pero por primera vez no me parece que Kenneth esté diciendo tonterías —replicó Ivette—. ¿Vos deberíais apoyarnos, no? Si enviudarais, os volveríais a casar sin problemas.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Oh, madre, no soy una niña. Que terminéis de pasar buena noche.

Ivette hizo una reverencia exagerada y salió de la habitación, dejando a Elaine sola en medio de la recámara. La condesa se quedó inmóvil, con el corazón latiendo rápido. ¿Acaso ellos sabían?

Al ver que Elaine volvía a quedar sola, Armand salió lentamente de detrás de la cortina. Se acercó a ella por detrás y la abrazó, besando su cuello con delicadeza.

—Tenéis unos hijos verdaderamente listos y osados —murmuró contra su piel. Elaine lo apartó un poco bruscamente.

—No me digáis que vos también veis este disparatado plan con buenos ojos.

—Pero Kenneth tiene razón —insistió Armand sin perder la sonrisa—. La raíz de todos nuestros males es el conde mismo. Sacándolo de en medio, seremos libres por fin. Y todo Albermale será nuestro tal como deseamos.

—Al igual que Kenneth, lo hacéis parecer demasiado fácil.

—Llevo todos estos años a vuestro lado esperando pacientemente, Elaine. ¿Acaso habéis empezado a desarrollar sentimientos por ese maldito, y no queréis enviudar?

—¡No es eso! —exclamó Elaine, palideciendo un poco—. Pero no es un hombre cualquiera. ¡Dios, es un conde! Uno cercano al rey, con mucho poder militar, y político, ¡y muy rico!

—Y es precisamente por eso que os casasteis con él.

—Si acaso falláramos…

—No fallaremos. Ayudaré al futuro lord Albermale en su cruzada al poder para que no cometa errores. Habladle bien de mí, para que busque mi ayuda—. Elaine se cruzó de brazos guardando silencio,

queriendo decir mil cosas, pero sin atreverse. Sabía que discutir con Armand era inútil; él siempre conseguía lo que quería.

Respiró hondo y, al final, asintió.

Armand se acercó de nuevo a ella, sonriendo triunfal.

—Sois más hermosa cuando os mostráis de acuerdo conmigo —le dijo, volviendo a llevarla poco a poco a la cama.

A la mañana siguiente, Charlotte se levantó temprano, antes incluso de que el sol comenzara a asomar. Ariella entró en la habitación con una bandeja de té caliente y un informe detallado de todo lo que tenía programado para el día. Como había estado "enferma" desde su regreso del viaje, tenía muchas tareas retrasadas que requerían atención inmediata.

Se alistó para el día enfocándose exclusivamente en sus obligaciones. Mientras ajustaba el cinturón de su vestido sencillo pero elegante, recordó mentalmente cada tarea: supervisar los graneros, revisar las reservas de alimentos, coordinar la logística para la próxima cosecha y planificar el abastecimiento para el invierno. Era un día lleno, y necesitaba mantenerse concentrada.

Pero cuando bajó las escaleras y vio a Theodore esperándola en el salón principal, toda su calma y determinación tambalearon. Ahora era diferente. Por primera vez, la imagen que acudía a su mente no era aquella horrible visión de él siendo extraído del foso, pálido e inerte. No, ahora era su rostro amable, sus ojos cálidos y su voz tranquila diciéndole: “Desde que os vi la primera vez… quise estar cerca de vos.”

Esas palabras agitaban su corazón, aunque por razones diametralmente opuestas a las de siempre.

Solo mirar de lejos , se repitió como un mantra. Pero ese juramento silencioso se volvía más difícil de cumplir cada vez que él estaba presente. ¿Cómo podía mirar de lejos a alguien que permanecía a solo dos pasos de distancia?

—Buenos días, lady Charlotte —saludó él con una reverencia perfectamente ejecutada, tal como siempre hacía. Su voz era profunda y suave, como una melodía que ella conocía de memoria.

—Buenos días, sir —respondió con cortesía, desviando rápidamente la mirada hacia Martha, quien la esperaba con una lista en la mano—. Martha, ¿a dónde iremos primero?

Charlotte apenas lo miró, o eso intentó aparentar. En realidad, todos sus sentidos se quedaron anclados en él cuando dio varios pasos para alejarse. Le dolía poner distancia, pero le dolía aún más el miedo de estar demasiado tiempo cerca.

Martha, eficiente como siempre, sugirió comenzar en los graneros. Debían supervisar el estado de las estructuras y asegurarse de que estuvieran listas para la nueva cosecha, así como para almacenar suficientes provisiones para el invierno.

Tomaron caballos y partieron hacia los campos. Theodore acompañó a Charlotte durante toda la mañana, observándola mientras tomaba notas o dictaba instrucciones precisas a los hombres a cargo sobre los cambios que consideraba necesarios.

Regresaron al castillo para almorzar, pero justo cuando Charlotte pensaba que podría relajarse un momento junto a su abuela Minerva, le informaron que la esperaban en la aldea. En lugar de comer en el comedor principal, decidió compartir la comida con los aldeanos, quienes la habían preparado especialmente para recibir a su querida dama.

Cuando llegó, encontró el ambiente lleno de alegría. Había música, risas y baile, y todos parecían genuinamente felices de verla de regreso. Una niña pequeña, rubia y con trenzas, corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos sin ceremonia. Charlotte la recibió con una sonrisa sincera, alzándola en su regazo como si fuera parte de su familia.

Mientras charlaba animadamente con una anciana sobre las nuevas técnicas de tejido, Charlotte aprovechó el momento para anunciar algo que llevaba tiempo planeando.

—Quiero hablarles de algo importante —dijo, elevando ligeramente la voz para captar la atención de todos. Al principio, algunos parecieron confundidos, pero pronto el murmullo cesó y todas las miradas convergieron en ella.

—He decidido construir una escuela aquí, en Albermale.

El silencio inicial fue rotundo, seguido de un coro de murmullos sorprendidos. Charlotte sonrió comprensiva. Sabía que la idea sería extraña para ellos, ya que la costumbre de enseñar a leer, escribir y aritmética básica a personas fuera de la nobleza había caído en desuso hacía décadas.

—Sé que esto puede parecerles inusual —continuó—. Pero permítanme explicarles por qué creo que es necesario. En el pasado, todos los habitantes de Albermale, fueran criados, soldados o simples granjeros, sabían leer y escribir. Esto no solo les permitía desempeñar mejor sus tareas, sino también tener más opciones en la vida.

Miró a Martha, quien asintió con entusiasmo.

—Por ejemplo, Martha es instruida, y gracias a eso es mi mano derecha en todo lo que hago. Si no fuera así, probablemente estaría lavando letrinas en lugar de ayudarme a organizar este feudo.

Martha fingió estremecerse, y algunos aldeanos soltaron carcajadas.

—Pero, mi lady —intervino un joven con expresión preocupada—, trabajamos todo el día. ¿A qué horas aprenderíamos?

—¿Traeréis maestros? —preguntó otra mujer, con un tono dubitativo—. Porque sé que son muy caros.

—Mi lady, según tengo entendido, solo la nobleza aprende esas cosas. Nosotros estamos muy lejos de serlo —agregó un anciano, rascándose la barba con aire pensativo.

Charlotte asintió pacientemente, intentando responder todas las preguntas a la vez. Justo cuando iba a continuar, la voz firme y calmada de Ciryl, el médico de Albermale, se alzó sobre las demás.

—Lo que dijo lady Charlotte es cierto —afirmó, dirigiendo una mirada respetuosa hacia ella—. Hay registros que indican que en el pasado, en Albermale, tanto aldeanos como sirvientes eran gente instruida. Es por eso que este territorio ha sido siempre rico y próspero: porque el conocimiento da poder.

Charlotte le dedicó una sonrisa agradecida por su intervención, sintiendo cómo las piezas empezaban a encajar.

—Y no os preocupéis por asuntos tan triviales como a qué horas se impartirán las clases o quién lo hará —continuó, recuperando la atención del grupo—. Podemos establecer diferentes horarios, en la mañana y en la noche, para que cada uno elija cuál le conviene más. Además, he seleccionado a un grupo de personas capacitadas que han aceptado sacar una hora de su precioso tiempo para enseñaros.

Les explicó con detalle la logística del proyecto: dónde se llevarían a cabo las clases, qué materiales usarían y quién proporcionaría todo lo necesario. Su voz era clara y convincente, y poco a poco, las caras de escepticismo se transformaron en expresiones de curiosidad y esperanza.

A varios pasos de distancia, Theodore observaba la escena completamente fascinado. Siempre se había considerado una persona preocupada por el bienestar de los suyos, vanguardista en sus ideas y generoso en sus acciones. Sin embargo, Charlotte Montfort estaba redefiniendo lo que significaba ser verdaderamente altruista. Sus actos caritativos, que antes creía admirables, ahora le parecían insignificantes frente a lo que ella hacía por esta gente. Y comprendió, con una mezcla de asombro y admiración, por qué la adoraban tanto.

Su corazón se movió otro poco más hacia ella, pero lamentablemente, su paso en falso la noche anterior lo había alejado mil leguas. Hoy había intentado ser simplemente el guardia que ella necesitaba, nada más. Sin embargo, en cada momento que la veía interactuar con los aldeanos, en cada gesto bondadoso y en cada palabra inspiradora, se enamoraba más de ella.

Y todavía no sabía cómo hacerla sonreír. Esa mañana, ella apenas si lo había saludado, y ni siquiera había pronunciado su nombre, algo que se había convertido en una espina clavada que le dolía desde entonces. No era solo el hecho de que Charlotte lo tratara con fría cortesía; era que parecía decidida a mantenerse tan distante como las estrellas del cielo nocturno.

Pero bueno, hoy la había visto sonreír de nuevo, pensó Theodore más tarde, tumbado en su habitación mientras contemplaba el techo oscuro iluminado sólo por una vela encendida junto a su cama. Eso era suficiente por ahora. Aunque fuera un gesto dirigido a otros, a los aldeanos, a su abuela, a cualquiera menos a él, ver esa luz en su rostro era un consuelo pequeño pero valioso.

Con el paso de los días, Theodore fue comprendiendo lentamente la rutina de Charlotte. Observó que no solo procuraba instruir a los aldeanos y sirvientes, sino que también dedicaba tiempo a enseñar francés a sus damas de compañía. Junto a lady Minerva, sostenían conversaciones sofisticadas poniéndolas a prueba, corrigiéndolas con paciencia cuando tropezaban con palabras complicadas o conjugaciones erróneas. Era evidente que Charlotte no desperdiciaba ni un momento, siempre buscando mejorarse tanto a sí misma como a quienes la rodeaban.

Todos los domingos por la tarde, salía a cabalgar con su padre, acompañada por un séquito imponente de caballeros, entre ellos, ahora, él mismo. Todos los sábados organizaba un picnic campestre con su abuela y sus damas, eventos donde el aire estaba cargado de risas y charlas ligeras. Nunca la vio furiosa, nunca devolvió alimentos porque no fueran de su agrado, ni se quejó por falta de joyas o vestidos extravagantes. Sin embargo, algo empezó a irritarlo: a Albermale llegaban cada vez más cartas dirigidas a Charlotte. Mensajes de saludo de caballeros ansiosos por conocerla, e incluso peticiones formales al conde para pedir su mano en matrimonio.

¿Cómo acercarse a ella cuando actuaba como si fuera invisible? Theodore sentía que cuanto más intentaba ganarse su atención, más se desvanecía entre las sombras de su propia cortesía. Lo soportaba sólo porque era parte de su escolta, básicamente.

Y dolía. Vaya que dolía.

—¡Un torneo! —exclamó lord Kenneth, elevando su copa en medio de una de las pocas cenas en las que toda la familia se reunía.

Theodore había sido invitado, y aunque habitualmente disfrutaba de estas ocasiones, esta noche le resultaba incómoda la presencia de lady Elaine. Era raro que todos estuvieran juntos sin que surgiera algún conflicto, especialmente contra Charlotte. Pero hasta ahora, nadie había lanzado comentarios hirientes ni insinuaciones mordaces hacia ella.

—¿Qué? —preguntó lady Minerva, inclinándose hacia adelante con curiosidad genuina—. ¿Queréis organizar unas justas?

—Oh, entiendo que el invierno está demasiado cerca —respondió Kenneth con fingido entusiasmo, aunque sus ojos, como siempre, tenían un brillo mezquino—. Pero podríamos hacerlo en primavera o verano. Invitaríamos a los condes amigos de siempre, y… ¿por qué no? Tal vez incluso a aquellos con quienes poco compartimos. Padre, hace tiempo que no damos una demostración de la gloria de Albermale. Podemos permitirnos una pequeña fiesta, ¿no es así?

Charlotte no dijo nada. Simplemente tomó un bocado delicado de la tierna carne servida en su plato.

Un torneo no era precisamente una "pequeña fiesta". Requerían un esfuerzo monumental por parte de los criados y todo el personal administrativo. Además, implicaban gastos significativos, y si el rumor llegaba al rey y este decidía asistir, todo el trabajo y los costos se multiplicarían exponencialmente.

Aun así, analizando mejor el asunto, Albermale podía permitírselo. Y era verdad: hacía años que no se organizaba un evento de tal magnitud, lo cual dejaba mal parado el prestigio de la familia. En el pasado, reflexionó Charlotte, nunca se habían llevado a cabo torneos durante el reinado de Anthony como conde. ¿Por qué ahora Kenneth quería organizarlas?

—¿Lo haréis vos? —preguntó el conde, arqueando una ceja con escepticismo—. ¿O simplemente os escabulliréis de vuestras obligaciones y dejaréis el trabajo a alguien más?

—Padre, vuestra poca fe en mí siempre lastima mi corazón —replicó Kenneth con dramatismo exagerado.

—Pero más lastima el mío que mi heredero sea a veces tan incompetente.

—Padre… —intervino Charlotte, interrumpiendo el ambiente tenso —. Creo que sería una buena idea.

El conde la miró con interés, como si acabara de revelar una estrategia oculta. Charlotte tenía esa mirada calculadora, como si estuviera haciendo cuentas complicadas en fracciones de segundo, evaluando ganancias y beneficios.

—¿Así lo creéis?

—No puede estar mal si la querida Charlotte lo aprueba, ¿no es así? —sonrió Kenneth, aunque su tono sonaba más como una advertencia disfrazada de broma.

Charlotte le dirigió una mirada severa, y Kenneth levantó las manos en señal de rendición, aunque su sonrisa seguía siendo insolente.

—Lo aceptaré si os involucráis en la administración —dijo el conde mirando a Charlotte, lo que hizo resoplar un poco a Ivette, pero un codazo de Elaine la trajo de vuelta al redil.

—Sí, padre. Con gusto —contestó Charlotte, inclinándose ligeramente hacia adelante para enfatizar su compromiso.

—Sir Theodore —propuso Anthony, volviendo su atención hacia él —, el conde de Argyll celebra con regularidad este tipo de fiestas. ¿Estaríais dispuesto a echarle una mano a mis hijos?

—Pondré todo mi esfuerzo en ello, mi señor —respondió Theodore con una reverencia educada.

—También estaré encantado de ayudar —añadió Armand, quien compartía la mesa con todos.

—Está bien. Supongo que solo queda esperar el día —concluyó Anthony, levantando su copa en un brindis silencioso antes de beber otro sorbo de vino.

Charlotte respiró hondo, reteniendo el aire en sus pulmones por un largo rato, y se giró para mirar a Theodore. Él, como siempre, le devolvió la mirada, pero esta vez no sonrió, sino que hizo un asentimiento.

Ella tragó saliva, y volvió a concentrarse en la cena.

—Creo que le gustáis a sir Theodore —dijo lady Minerva una tarde.

Afuera llovía copiosamente, y las gotas golpeaban contra los cristales empañados de la ventana, un lujo que Albermale se podía permitir. La reunión, que normalmente habría sido al aire libre, se había trasladado al interior, donde el calor de la chimenea y el vapor de las tazas de té creaban un ambiente íntimo y acogedor.

Ante las palabras de Minerva, Ariella, Martha y Blake asintieron al unísono, mirando a Charlotte con ojos brillantes y expectantes. Era como si acabaran de descubrir un secreto maravilloso y no pudieran contener su entusiasmo.

Charlotte las miró como si de repente hubieran perdido la razón.

—¡De ninguna manera!

—Oh, mis ojos no mienten cuando se trata de estas cosas —replicó Minerva con una sonrisa traviesa, y sus ojos chispeando con picardía—. Os mira con ojos de anhelo, como si la vida se le fuera cada vez que lo ignoráis.

—¡Oh, y la manera en que le sonríe! —murmuró Blake, la más joven de todas, y por tanto, la más soñadora—. Todas las flores alrededor parecen explotar en belleza cuando ella está cerca.

—Procura en cada momento satisfacer sus necesidades —continuó Ariella, sosteniendo su taza de té entre las manos mientras miraba por la ventana, como si en lugar de nubes grises y lluvia, pudiera ver un sol radiante—. Cada cosa que ella requiere, así sea

solo saltar una pequeña ramita, él es capaz de poner su espalda para que ella la cruce suavemente.

—¡Pero qué exageradas sois! —se horrorizó Charlotte, cruzándose de brazos—. Es mi caballero escolta, ¡por supuesto que está pendiente de mis necesidades! Y no me mira con… lo que sea que creéis vosotras. No he notado algo así; estáis inventando.

—¡Oh, nunca pensé que mi nieta sería tan ciega para el amor de los caballeros! —exclamó Minerva, fingiendo estar escandalizada.

—Sir Theodore no es el único —advirtió Martha, inclinándose hacia adelante con expresión seria—. Pero definitivamente es el más vehemente.

—Tal vez porque es de los pocos que cuenta con el estatus para pedir su mano en matrimonio —añadió Ariella, bajando la voz como si temiera que alguien más pudiera escucharlas.

—¡Jamás lo hará! —exclamó Charlotte, y en su rostro se veía la agitación, y un poco de miedo—. No haría algo así.

—¿Queréis apostar? —preguntó Minerva, arqueando una ceja con astucia. Charlotte abrió grandes los ojos, sorprendida por la seguridad de su abuela—. Él os ama, Charlotte. Con amor verdadero. No le hagáis sufrir.

—No me ama —susurró ella, su voz era apenas un susurro quebrado—. ¿Por qué lo haría?

—¿Cómo que por qué? —se escandalizó Minerva, como si la sola duda fuera un grave insulto—. ¿Acaso no os veis a vos misma?

—Yo os haré la lista —intervino Martha, poniéndose en pie con determinación, como si estuviera a punto de dictar un decreto oficial —. Sois hermosa, sois educada, una dama perfecta y correcta en todos los sentidos.

—Sois buena —siguió Ariella, imitando el tono severo de Martha —, amada por vuestro padre y abuela, por los sirvientes, soldados y aldeanos.

—Sois inteligente —continuó Blake, con los ojos brillantes de admiración—, tanto en ciencia como en filosofía. Sois capaz de

sostener interesantes conversaciones, tanto con un aldeano como con un sacerdote.

—Sois una joya —finalizó Minerva, con voz llena de amor y calidez—. La joya de Albermale. ¿Cómo no os amaría?

Los ojos de Charlotte se humedecieron, y una lágrima traicionera rodó por su mejilla antes de que pudiera detenerla.

Jamás nadie le había dicho tantas cosas bonitas, y sabía que ellas las creían firmemente. Pero no podía imaginar a Theodore sucumbiendo a tales encantos. En el pasado, ella lo había dado todo por él: incluso llegó a desnudar su cuerpo para seducirlo, y jamás logró conquistarlo. Ahora apenas si lo miraba, y mucho menos le dirigía la palabra. Pero ellas juraban que él la amaba.

Tal cosa… Tal cosa ella ni siquiera era capaz de imaginarla.

—¿Por qué no os permitís creerlo? —preguntó Minerva, inclinándose un poco para estar más cerca. Extendió una mano y acarició su negro cabello con ternura—. ¿O es que el caballero os parece repulsivo?

—Si es así, callaremos —dijo Martha, levantando las manos en señal de rendición.

—Hay más hombres —añadió Ariella, encogiéndose de hombros.

—No para mí —susurró Charlotte, y muy tarde se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Todas las mujeres alrededor celebraron, aplaudiendo y dando vueltas como si bailaran. Su niña acababa de admitir que estaba enamorada. Y ya que estaban segurísimas de que el caballero tenía su alma y corazón totalmente volcados hacia ella, opinaban que la boda era cuestión de tiempo.

Charlotte cerró los ojos, tratando de ignorar la algarabía a su alrededor, pero el apretón de la mano de su abuela en la suya la trajo de vuelta a la realidad.

—Permitiros amar —le dijo Minerva con voz suave—. Y permitiros sentir el amor de un hombre. Abrid un poco vuestro corazón.

Una lágrima rodó por la mejilla de Charlotte.

—¿Y si termina… en tragedia?

—¿Por qué lo haría?

—Porque yo… —Las palabras murieron en sus labios. Martha y las demás guardaron silencio cuando vieron cómo su expresión se oscurecía. Minerva les hizo una señal casi imperceptible, y salieron de la sala en silencio, dejándolas solas.

Charlotte ocultó su rostro entre sus manos, llorando en silencio, mientras Minerva se sentó a su lado, acariciando su espalda con movimientos suaves y reconfortantes, tal como aquella vez en que ella no paró de llorar durante casi dos días.

Algo muy profundo aquejaba el alma de su nieta, y cada vez estaba más segura de que Theodore Whitefield estaba involucrado. Algo que se escapaba a su comprensión, pero que Charlotte todavía no estaba dispuesta a compartir.

—No tengáis miedo —le dijo Minerva con voz suave—. No estáis sola. Nunca lo estaréis.

Charlotte se recostó en su hombro, agradeciendo infinitamente esas palabras, porque, esta vez, eran ciertas. No estaba sola.

—Si os gusta ese caballero, id por él —le aconsejó Minerva—. Escuchadle, atendedle. Si luego veis que todo es una mentira, huid. Siempre tenéis mi hombro para llorar.

Charlotte sonrió débilmente, pero un pensamiento persistente aún la atormentaba.

—¿Y si todo es mentira, pero no soy capaz de verlo porque le amo mucho?

—Oh, yo seré vuestro segundo par de ojos —prometió Minerva, tomando su mano con firmeza—.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y me salvaréis?

Minerva asintió, queriendo decir muchas cosas, pero limitándose a lo que podía revelar por ahora.

—Os salvaré —le prometió, apretando de nuevo su mano y limpiando sus lágrimas con delicadeza—. Arrepentíos de todo, Charlotte, menos de haber sido amada.

Charlotte frunció levemente el ceño.

Ella tenía muchos arrepentimientos, pero como en el pasado nunca fue amada, no sabía lo que se sentía arrepentirse de eso. Era extraño, confuso, pero al mismo tiempo tenía mucho sentido. Ahora que tenía alrededor el amor de tantas personas, sentía que, aunque la muerte la sorprendiera mañana, no se arrepentiría de nada.

Sonrió, agradeciendo la sabiduría de su abuela, y volvió a abrazarla, respirando hondo.

Aunque aún no tenía ni idea de cómo proceder con Theodore Whitefield.

11

Los días siguientes a que se aprobara el torneo propuesto por Kenneth estuvieron llenos de actividad, incluso a pesar del frío invernal que envolvía Albermale. El castillo, habitualmente tranquilo durante esa época del año, parecía haber cobrado vida con el ajetreo constante de sirvientes, guardias y administradores moviéndose de un lado a otro.

Se eligió la fecha de cumpleaños del conde Anthony para celebrar el evento: un día en junio, cuando el clima sería cálido y los campos estarían verdes y florecidos. Charlotte sonrió al escuchar la decisión, aunque su sonrisa tenía un matiz íntimo, casi secreto. Nadie sabía exactamente qué día había nacido ella, pues su llegada al mundo nunca fue registrada formalmente. Sin embargo, el conde, con su habitual pragmatismo, hizo cuentas y declaró que debió de haber nacido en el mismo mes que él. Y así, sin más ceremonia, ambos compartieron fecha de cumpleaños desde ese momento en adelante. Decir que el torneo era para celebrar el cumpleaños del conde era, en realidad, lo mismo que decir que también era por el cumpleaños de Charlotte.

El evento se diseñó para durar cuatro días: ni demasiado breve como para parecer insignificante, ni demasiado largo como para exigir recursos excesivos. Habría justas individuales y combates grupales, como la famosa mêlée, pero también banquetes fastuosos, juegos populares y fuegos artificiales nocturnos. Con base en estas actividades, se estableció un presupuesto bastante generoso, y las tareas empezaron a dividirse entre el personal del castillo. Cada uno asumió su papel con diligencia: desde los carpinteros que diseñarían las gradas temporales hasta los cocineros que planificarían los menús para los banquetes.

Theodore, siempre atento y eficiente, se convirtió rápidamente en una sombra indispensable para Charlotte. Su experiencia previa en torneos organizados por su familia resultó invaluable. Junto al capitán de la guardia, seleccionó a los hombres que estarían a cargo

de la seguridad, asegurándose de que cada sector del campo estuviera vigilado. También supervisó a los constructores encargados de las barreras centrales y las gradas, asegurándose de que fueran lo suficientemente robustas para soportar tanto el peso de los espectadores como el impacto de las lanzas durante las justas.

Pasaron varias horas sentados uno cerca del otro, revisando planos, discutiendo detalles logísticos y tomando decisiones cruciales. A medida que avanzaban los días, Charlotte encontraba cada vez más difícil mantener el estoicismo alrededor de él. Theodore tenía una habilidad particular para distender el ambiente cuando las conversaciones se volvían demasiado intensas: soltaba comentarios ingeniosos o hacía observaciones ligeras que inevitablemente provocaban una risa genuina en ella.

La primera vez que aquello ocurrió, él simplemente la miró en silencio, y Charlotte, azorada, se tocó las mejillas, creyendo que tal vez había algo fuera de lugar en su rostro.

—Perdonad —dijo Theodore, su voz suave pero sincera—. Es que yo… hacía tiempo que no veía vuestra sonrisa.

El corazón de Charlotte pareció saltarse un latido. No era cierto, pensó. En esos casi seis meses que él llevaba en el castillo, seguramente la había visto sonreír muchas veces. Pero Theodore no se molestó en explicar que esa risa en particular, provocada por él, le parecía especial. Tal vez porque era una risa auténtica, libre de la tensión que solía acompañarla.

Todo aquello Charlotte se lo contaba a su abuela Minerva. Cada comentario que él hacía, cada gesto, cada muestra de comprensión o paciencia. Le hablaba de lo listo que era, de cómo adaptaba sus planes sin protestar cuando ella cambiaba algún detalle de última hora, lo que hablaba de un hombre no solo competente, sino también paciente.

—No sólo es paciente —añadía siempre Minerva, con una sonrisa traviesa—. Es que le gustáis.

Al oír aquello, el estómago de Charlotte se encogía, y un torrente de emociones contradictorias la invadía. Todas esas virtudes que

admiraba en Theodore eran las mismas que la habían llevado a amarlo profundamente en el pasado. Él había sido su salvavidas en aquellos terribles días en Albermale, ayudándola a mediar con el pueblo y manteniendo el orden bajo su mano firme.

Pero había un detalle que no podía ignorar: él la aborrecía. No era algo que imaginara, ni una mera creencia producto de su inseguridad. No. Él se lo había dicho muchas veces, con palabras tan frías como el acero de una espada. Ni siquiera la veía como una mujer, le había dicho. No soportaba tenerla cerca. Aquellas declaraciones estaban grabadas a fuego en su memoria, una herida invisible que nunca sanaría del todo.

Y ahora, sin embargo, todo parecía diferente. Theodore ya no era el mismo hombre que la rechazaba con tanta vehemencia. O tal vez era ella quien había cambiado. Charlotte no sabía qué pensar. Era difícil reconciliar al caballero que ahora la miraba con calidez y admiración con el hombre que alguna vez la había despreciado abiertamente. Se le hacía casi imposible imaginar que lo que sus damas y su abuela decían fuera cierto, porque las palabras de odio de Theodore aún resonaban en su mente como un eco doloroso.

Sin embargo, poco a poco, pasar tiempo con él se volvió… fácil. Demasiado fácil. No es que necesitara acostumbrarse a su presencia, todo lo contrario. Temía desear más de él, mirarlo demasiado y que su anhelo se hiciera evidente. Si eso llegaba a ocurrir, no podría vivir con la vergüenza. El rechazo seguía siendo un fantasma que la perseguía, un miedo arraigado que no lograba superar, a pesar del tiempo y de los cambios que había experimentado.

Distinta por fuera, se recordaba. Por dentro, seguía siendo la misma niña abandonada, sucia, con frío y hambre que alguna vez soñó con ser condesa. Aquella niña que había hecho lo que fuera necesario para conseguirlo, cometiendo actos que todavía la atormentaban en sueños. Había sido ambiciosa, desesperada, y sus decisiones terminaron explotándole en la cara, llevándose consigo lo único que realmente le importaba.

Al llegar a este punto, Charlotte siempre tenía que respirar hondo, pestañear para ahuyentar las lágrimas, y repetirse una y otra vez que el pasado no importaba. Que ahora era una nueva criatura. Que había aprendido de sus errores y que ahora le habían dado una segunda oportunidad. Pero las palabras, aunque pronunciadas con firmeza, nunca lograban borrar del todo el dolor que antes moldeó su alma.

Pasó el invierno, y con la llegada de la primavera, las cosas empezaron a moverse nuevamente. Las invitaciones fueron enviadas, selladas con el emblema de Albermale y entregadas a mensajeros confiables que las llevaron a nobles y caballeros de regiones cercanas y lejanas. Las cartas eran ceremoniosas y respetuosas, redactadas cuidadosamente bajo la supervisión de Minerva, quien insistió en que cada palabra reflejara el prestigio de Albermale.

Las construcciones comenzaron también. Los carpinteros trabajaron incansablemente, levantando gradas temporales y barreras centrales en el campo designado para las justas, que no era más que las praderas cercanas al camino de robles amarillos, un espacio precioso y propicio para estas actividades. Las tiendas para los participantes y sirvientes se instalaron estratégicamente, y los cocineros empezaron a almacenar provisiones para los banquetes. Todo estaba tomando forma lentamente, pero con un orden meticuloso que hablaba del esfuerzo colectivo de quienes formaban parte del feudo.

Charlotte supervisaba cada detalle, asegurándose de que nada quedara al azar. Theodore seguía a su lado, siempre presente, siempre útil. Su colaboración era fluida, casi natural, como si hubieran estado destinados a trabajar juntos.

Y así, poco a poco, pasó el tiempo, y llegó el día en que por fin empezaron a llegar los invitados.

El rey mismo había decidido asistir al torneo, y para su llegada, toda la familia Montfort se unió para recibirlo con todos los honores posibles. Vestidos con sus mejores galas, luciendo joyas relucientes

y telas bordadas con hilos de oro, cada miembro de la familia esperó la llegada del monarca. Era una escena calculada hasta el último detalle: una exhibición de poder, riqueza y unidad familiar que dejara claro que Albermale era un feudo próspero bajo el liderazgo del conde Anthony.

Pero Elaine no podía evitar sentir una punzada de irritación cada vez que miraba a Charlotte. La joven, aunque ilegítima, destacaba entre todos con su porte elegante y sus vestidos lujosos, tan exquisitos como los de ella misma. No importaba cuánto esfuerzo pusiera Elaine en superarla, siempre parecía que los ojos de los demás se desviaban hacia la bastarda. Era injusto, pensaba Elaine, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto sin parecer mezquina o inmadura.

La verdad era que Elaine, siguiendo los consejos de Armand, hacía tiempo que había abandonado cualquier intento serio de competir por el control del castillo. Había perdido esa batalla contra Minerva y Charlotte, quienes, con su astucia y carisma respectivamente, habían consolidado su influencia sobre el territorio al completo. Ivette, por su parte, nunca fue realmente una aliada; demasiado ocupada en sus propios asuntos, apenas intervenía en las disputas internas. Así que Elaine decidió adoptar una estrategia diferente: vivir cómodamente sin asumir responsabilidades. Resultó ser más conveniente de lo que esperaba. Con Armand manejando las finanzas del feudo, Elaine tenía acceso ilimitado a dinero y lujos, y el conde parecía poco interesado en cuestionar cómo gastaba su asignación. Para ella, la vida era perfecta.

Aunque le mortificaba que también los elogios fueran para Charlotte, Elaine sabía que, al final del día, la bastarda no representaba una verdadera amenaza. Kenneth era su hijo, y como heredero legítimo, estaba destinado a tomar las riendas de Albermale. Mientras eso fuera así, Elaine no tenía nada que temer. Además, pronto llegaría el momento en que Charlotte tendría que marcharse. Según las leyes del feudo, las mujeres de la familia Montfort no podían casarse antes de cumplir dieciséis años, una regla absurda si se comparaba con el resto del reino, donde a los

catorce ya se consideraba a las muchachas aptas para el matrimonio e incluso para dar a luz. Pero Albermale, como siempre, insistía en ser diferente.

Sin embargo, en cuanto el conde falleciera, ella no tendría por qué seguir esa ley, y Charlotte sería entregada en matrimonio. O enviada lejos, no importaba bajo qué circunstancias. Ya sea a Theodore Whitefield o a cualquier otro tonto que estuviera dispuesto a aceptar una esposa de dudosa procedencia y sin dote, la enviarían lejos de Albermale, tal vez a Londres o a algún otro lugar remoto, y nunca volvería. Elaine se permitió imaginar ese futuro con cierta complacencia. Sin Charlotte ni Anthony en el castillo, todo sería perfecto. Minerva bien podría morirse, o irse con su nieta, no le importaba. Los elogios, la atención y el prestigio serían exclusivamente suyos. Otra vez.

Mientras tanto, Elaine decidió disfrutar del espectáculo que ofrecía el rey y su séquito. Aunque detestaba compartir protagonismo con Charlotte, no podía negar que esta ocasión era una oportunidad única para brillar. Y si alguien notaba que su sonrisa era más bien forzada, bueno, nadie se atrevería a comentarlo.

Por fin, luego de varios minutos de espera, el lujoso carruaje de Ricardo II, el rey de Inglaterra, se detuvo ante el castillo de Albermale. El monarca, joven pero imponente, lucía una túnica de terciopelo azul bordada con hilos de oro, acompañado por un séquito impresionante de cortesanos, caballeros y sirvientes vestidos con los colores de la corona. Su presencia irradiaba poder, y aunque su rostro era amable, sus ojos evaluaban todo con una mezcla de curiosidad y autoridad.

Anthony, conde de Albermale, dio un paso adelante, inclinándose profundamente ante el rey. A su lado, Minerva, Elaine, Ivette, Kenneth y Charlotte lo imitaron, formando una línea perfectamente ensayada de reverencias y genuflexiones. Los estandartes de Albermale flameaban suavemente al viento, mientras los guardias presentaban armas con precisión militar.

—Majestad —dijo Anthony con voz firme y respetuosa—, es un honor inmenso recibir vuestra gracia en nuestro humilde feudo. Que vuestra estancia aquí sea tan agradable como merece vuestro noble corazón.

Ricardo II, siempre consciente del protocolo, sonrió con cortesía antes de responder:

—Conde Anthony, os felicito por el ejemplo de prosperidad que representa Albermale. Había escuchado rumores de vuestra hospitalidad y del esplendor de estas tierras, pero veo que las palabras no hacen justicia a la realidad. Vuestra familia es digna de admiración.

El rey recorrió con la mirada a cada uno de los miembros de la familia Montfort. Cuando sus ojos se posaron en Charlotte, algo cambió sutilmente en su expresión. La joven, vestida con un traje de seda color marfil adornado con delicados bordados florales, destacaba incluso entre las damas más refinadas. Su belleza no era solo física; había una serenidad en su porte, una elegancia que parecía natural y no forzada.

—Vuestra hija… —comentó el rey, señalando a Charlotte con un gesto educado—, tiene un aire distinguido. Es una joya digna de este feudo.

Anthony asintió con orgullo, aunque su tono fue cuidadosamente neutral.

—Gracias, majestad. Hoy celebramos no solo mi cumpleaños, sino también el de mi hija Charlotte. Compartimos esta fecha desde hace años, y nos alegra hacerlo en compañía de alguien tan ilustre como vos.

Las palabras del conde provocaron un murmullo discreto entre los cortesanos. Elaine frunció levemente el ceño, apenas perceptible, pero suficiente para que Ivette notara su incomodidad. Por su parte, Ivette mantuvo una sonrisa perfecta, aunque dentro de ella hervía la irritación. Sabía que el comentario del conde era intencionado: reconocer públicamente a Charlotte como su hija equivalía a darle legitimidad frente al rey. Pero Ivette no podía permitirse mostrar

debilidad. No ahora, cuando sabía que pronto Anthony dejaría este mundo. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

El rey, sin embargo, parecía genuinamente interesado en Charlotte. Se giró hacia ella con una sonrisa cálida.

—Decidme, lady Charlotte, ¿qué opináis de estos torneos? ¿Os gustan las justas?

Charlotte, sorprendida pero preparada, respondió con gracia:

—Majestad, soy aún aprendiz en estas artes, pero he descubierto que son mucho más que simples juegos. Son una muestra de valentía, habilidad y camaradería. Espero que este torneo honre vuestra visita tanto como nosotros deseamos que disfrutéis de nuestra hospitalidad.

El rey asintió, visiblemente complacido.

—Qué sabias palabras, lady Charlotte. Confío en que el evento será memorable.

Ivette, viendo cómo el rey dirigía casi toda su atención a Charlotte, aprovechó un momento para intervenir con una risa ligera pero calculada:

—Esperemos que el torneo sea tan entretenido como vuestra conversación, majestad. Estoy segura de que los caballeros competirán con fervor por vuestro favor.

El rey sonrió brevemente hacia Ivette, pero su interés ya había regresado a Charlotte. Era evidente que, pese a los intentos de Ivette por captar su atención, la bastarda había dejado una impresión duradera.

Finalmente, el rey se dirigió nuevamente a Anthony:

—Conde, espero ansioso un torneo digno de vuestra reputación. Y, por supuesto, confío en que vuestra hospitalidad hará de esta estancia una experiencia inolvidable.

Anthony inclinó la cabeza con solemnidad.

—Así será, majestad. Haré todo lo posible para que así sea.

Mientras el séquito real avanzaba hacia el castillo, Ivette caminó junto a Elaine, quien murmuró en voz baja:

—Parece que la bastarda ha logrado cautivar hasta al rey. Qué fastidio.

Ivette, sin mirarla directamente, respondió con frialdad:

—No importa cuánto brille hoy, madre. Pronto, muy pronto, todo esto terminará.

Aquellas palabras consolaron a Elaine, aunque era sorprendente que Ivette se detuviera a consolar a alguien. Ambas mujeres sabían que el destino de la familia Montfort estaba a punto de cambiar para siempre.

El torneo comenzó bajo un cielo despejado, con los primeros rayos de sol iluminando los verdes prados donde se habían erigido las gradas temporales. Los estandartes de colores destacaban contra el cielo azul, y los gritos entusiastas de los espectadores llenaban el aire mientras los caballeros, vestidos con sus armaduras relucientes, se preparaban para las justas matutinas.

Charlotte, con sus flamantes quince años, mostraba una seriedad impecable mientras supervisaba cada detalle. Desde asegurarse de que las barreras centrales estuvieran firmes hasta verificar que los jueces estuvieran en sus puestos, no dejaba nada al azar.

—Al terminar esta fiesta —le había dicho su abuela temprano en la mañana—, quiero que vengáis a mí para conversar a solas. Hay algo importante que quiero que sepáis.

Charlotte la había mirado un poco aprensiva, preguntándose qué era eso que la hacía adoptar una pose tan seria.

—¿No podéis decirme ya? —Minerva sonrió.

—He deseado poder decirlo desde hace mucho tiempo, pero la ley de Albermale dice que debo esperar a que cumpláis los quince.

—Ah… ¿Me estáis buscando marido? —Minerva se echó a reír.

—No, eso será a los dieciséis.

—Cierto. ¿Pero… no podéis adelantarme algo? —Minerva meneó la cabeza negando con una sonrisa traviesa, y Charlotte tuvo que resignarse.

Las mañanas transcurrieron rápidamente con las justas individuales, donde los caballeros demostraban su destreza montados a caballo, lanzándose contra sus oponentes con precisión casi artística. La multitud rugía de emoción, y los nobles observaban desde sus asientos privilegiados, intercambiando comentarios sobre las habilidades de los participantes.

Por las tardes, las actividades variadas daban un respiro a los espectadores y competidores. Carreras de caballos, exhibiciones de halconería y juegos populares mantenían a todos entretenidos. Charlotte aprovechaba esos momentos para conversar con su amiga Carol, contarle de los pormenores de su vida, y cuchichear acerca de los caballeros más guapos. Aunque en este tema, Charlotte tenía poco que decir. A ella sólo Theodore le parecía atractivo.

Caminaba entre la gente, saludaba a los aldeanos y compartía algunas palabras amables con los visitantes. Era una oportunidad para conectar con quienes vivían fuera del castillo, y su esfuerzo no pasaba desapercibido. Minerva, quien la acompañaba ocasionalmente, lucía orgullosa mientras observaba cómo su nieta ganaba aún más admiración.

Por las noches, los banquetes iluminaban el gran salón del castillo. Mesas largas cubiertas de manteles blancos sostenían platos exquisitos: carnes asadas, pasteles delicadamente decorados, frutas frescas y jarrones rebosantes de vino. Naturalmente, había músicos, que tocaban melodías alegres, y los bailarines realizaban coreografías intrincadas que hacían girar las faldas de las damas, cosa que atraía la mirada de los caballeros más ávidos, que celebraban cada vez que un tobillo quedaba expuesto.

Minerva, los miraba con desaprobación, pero poco a poco fue olvidándose de la tontería de algunos hombres, y bajo la influencia de un par de copas de vino, empezó a conversar en voz más alta, y de temas menos coherentes. Reía con los viejos amigos, con los

familiares de los Montfort, y feliz, presentó a Charlotte delante de Greta, la tía abuela.

—Fue ella quien os vio en ese orfanato —le dijo Minerva con una sonrisa.

Charlotte la miró con ojos grandes de sorpresa y felicidad. La mujer era muy mayor, con sus cabellos que alguna vez fueron negros ahora encanecidos. Se parecían un poco, pensó, y eso llenó su pecho de una agradable emoción.

—Mi lady —dijo con una sincera reverencia—, os debo la vida.

—No —contestó la anciana con una sonrisa complacida—. Nosotros os debemos a vos por esos años de incomodidad y maltrato. Cuando os vi, supe que erais nuestra. No podía ignoraros, así que… fui un poco insistente con lord Anthony para que se ocupara del asunto.

Charlotte sonrió.

Se quedó con ella largo rato, contándole cosas de su vida, tanto en el orfanato, como aquí. Antes, ella nunca vio a lady Greta, ni siquiera cuando Ivette se casó, por eso agradecía esta oportunidad.

La última noche del torneo prometía ser la más espectacular. El cielo nocturno estaba adornado con fuegos artificiales, cuyos destellos dorados y plateados iluminaban el castillo y los rostros emocionados de los presentes. En el gran salón, el ambiente era eufórico. Todos celebraban lo que había sido un evento inolvidable, y el rey Ricardo II, visiblemente complacido, alzaba su copa en honor a la familia Montfort.

Charlotte, sin embargo, apenas había tenido tiempo para respirar. Aunque agotada, decidió seguir el consejo de su padre, quien le dedicó una sonrisa cálida antes de decirle:

—Habéis trabajado mucho estos días. Ahora es vuestro turno de disfrutar. Id, uníos al baile, dejad que otros se ocupen del resto.

Theodore, interpretando esas palabras como una invitación tácita, extendió su mano hacia ella. Charlotte vaciló un momento,

pero finalmente aceptó.

Por primera vez, bailarían juntos. Por primera vez, él sostenía su mano.

Se hicieron dos filas, una de hombres, y otra de mujeres. Charlotte agradecía inmensamente la insistencia de su abuela para que aprendiera estos pasos, pues ahora los necesitaría. La música comenzó, y las parejas empezaron a dar giros y saltos.

A veces, quedaba frente a frente con Theodore, se rozaban las manos, daban un par de palmadas y volvían a sus posiciones. El ambiente era animado y lleno de risas, y la felicidad por fin empezó a burbujear en el corazón de Charlotte.

Podía disfrutar esto, se dijo. Tenía el derecho. Había trabajado duro. Si descontaban todos sus crímenes pasados, y tal vez así había sido al traerla de vuelta aquí, ella había sido una persona buena, alguien que, probablemente, tenía todo el derecho a entrar al reino de los cielos.

Y Theodore estaba aquí, a su lado.

En este preciso momento, Charlotte no deseó nada más.

Rio, bailó, aplaudió, dio vueltas y fue feliz.

Fue entonces cuando ocurrió.

Un grito desgarrador rompió el ambiente festivo. Charlotte giró bruscamente hacia la fuente del sonido y vio a su padre, el conde Anthony, tambaleándose en medio de la multitud. Un puñal sobresalía de su costado, y su rostro estaba pálido. Antes de que nadie pudiera reaccionar, cayó al suelo con un golpe sordo.

El caos estalló instantáneamente. Los guardias del rey corrieron a protegerlo, formando un círculo defensivo alrededor de Su Majestad. Los nobles y cortesanos se dispersaron, algunos gritando, otros buscando refugio. Charlotte, paralizada por un segundo, observó a cada persona en esta caótica escena. Después de todo, en el pasado, había sido entrenada para la guerra, y esta se parecía mucho a una.

Las miradas y gritos de las mujeres, la posición de los soldados, todo quedó registrado en ese instante, y luego, como si reaccionara, corrió hacia su padre, arrodillándose junto a él mientras llamaba desesperadamente a un médico.

Anthony tenía los ojos cerrados, y sufría.

Por un momento, la imagen de él, ahogándose en su sangre, luego de que uno de sus hombres lo asesinara, se superpuso a esta, y sacudió su cabeza llorando, gritando.

No. No. No quería esto. Ella amaba a su padre. Ella lo necesitaba ahora.

¿Por qué había pasado esto? Miró el puñal, uno fino, pero que no se atrevió a mover, sabiendo que esto ayudaría a que se desangrara. Lo habían atacado cobardemente por la espalda, y el asesino seguramente había huido, perdiéndose entre la gente y el caos reinante.

—¡Quién hizo esto! —gritó con fuerza, mirando alrededor—. ¡Quién se atrevió a herir a mi padre! —nadie le contestó.

Oh, nadie iba a confesar, eso era seguro. Acarició el rostro de su padre prometiéndole salvarlo, y al tiempo, su mente trabajaba sin parar. Alguien había intentado asesinar a su padre, y estaba aquí en el salón principal. Un autor material, pero también uno intelectual.

Miró hacia Elaine, que a pesar de todo, no se había acercado a su marido para auxiliarlo.

Tampoco Ivette, ni Kenneth.

Minerva, por el contrario, se abrió paso entre la multitud y corrió a su hijo, perdiendo completamente la compostura al ver la herida. Sus manos temblaban mientras intentaba apartar a los curiosos que se acercaban demasiado.

—¡Llevadlo a su habitación! ¡Ahora mismo! —ordenó Theodore con firmeza, y varios sirvientes ayudaron a trasladar al conde, inconsciente, hacia sus aposentos.

La música cesó abruptamente, y los fuegos artificiales continuaron brillando en el cielo, ajeno a la tragedia que se

desarrollaba abajo. La fiesta quedó suspendida en un silencio sepulcral, roto solo por los sollozos ahogados de algunos invitados y las órdenes apresuradas de los guardias.

Charlotte, con lágrimas en los ojos, se quedó inmóvil en el lugar donde su padre había caído. Theodore se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.

—Venid, mi lady. Debéis estar con él —dijo en voz baja, guiándola hacia la salida del salón.

Mientras caminaban, Charlotte sentía que el mundo entero se desmoronaba a su alrededor. Todo lo que había construido esos días, toda la alegría y el orgullo que había sentido, parecían desvanecerse en un instante. No había imaginado cuánto quería a su padre, cuánto lo necesitaba.

Que se lo arrebataran ahora, de esta manera, era cruel.

—Él va a estar bien —le aseguró Theodore, empujándola suavemente hasta la habitación del conde. Charlotte lo miró con lágrimas en los ojos, como pidiéndole que no le diera falsas esperanzas—. La herida no es muy profundo —siguió él—. Tengamos fe.

Ella asintió. Sí, fe. Tenía mucha.

Necesitaba tenerla. Si acaso lo peor ocurría, nada volvería a ser igual.

12

El gran salón del castillo de Albermale seguía en caos. El señor había sido herido, y si ni él estaba a salvo, ¿quién lo estaría? Los gritos de horror aún resonaban entre las paredes mientras los guardias reales mantenían un círculo defensivo alrededor del rey, alejándolo del tumulto. Charlotte caminaba protegida y guiada por Theodore hacia la recámara del conde. Al ver el rostro desencajado de su abuela, le tomó la mano, y juntas avanzaron al segundo piso del castillo.

En la habitación, los médicos ya atendían a Anthony. Habían estado presentes en la fiesta, así que no tardaron en llegar. Aunque Theodore intentó apartarla, Charlotte se acercó lo suficiente para observar lo que hacían sin estorbar a los médicos.

—Afortunadamente, la herida no es muy profunda —dijo uno de ellos, y Charlotte respiró hondo. Si era así, había esperanza de que sobreviviera.

Cubriéndose la boca con una mano, vio cómo depositaban sobre una palangana el puñal que habían usado para herirlo. Era un arma fina, elegante, casi demasiado refinada para ser usada en un acto tan brutal. Pero lo que realmente la heló fue el olor metálico que emanaba de la herida: un veneno. Reconocía ese aroma sutil, familiar gracias a los recuerdos de su pasado. Alguien había planeado esto cuidadosamente.

—El Señor nos asista —murmuró Ciryl, el médico principal, notando también el olor y tomando el puñal con un paño. Charlotte lo miró llena de horror. Había tenido la esperanza de estar equivocada—. Mi señora, me temo que el puñal está envenenado.

—¿Qué? —preguntó Minerva, casi sin aire, apoyándose en Charlotte. Esta cerró los ojos mientras las lágrimas de miedo y dolor corrían por sus mejillas.

Las piernas le fallaron, pero allí estuvo Theodore para impedirle caer.

—Es veneno de belladona —continuó Ciryl, evitando mirar directamente a las mujeres—. Si no reacciona pronto...

No terminó la frase, pero no hacía falta.

—¿Tenemos el antídoto? —preguntó Theodore a los médicos. Estos asintieron, y por el rabillo del ojo Charlotte vio cómo uno de los asistentes salía a toda prisa hacia la cabaña del médico a buscar el antídoto.

Por un momento, la mente de Charlotte pareció quedarse en blanco. Durante largos minutos, no pudo pensar o sentir más que ira y dolor. Todo su mundo se estaba viniendo abajo, y la persona que la había amado y protegido, demostrando ser una maravillosa figura paterna, estaba al borde de la muerte.

Lo querían muerto, lo querían fuera. Era joven, le quedaban muchos años de vida, así que alguien había acelerado las cosas para quitarlo pronto del medio.

—Mi lady —murmuró Theodore—, debéis descansar un momento. Os necesitarán fuerte para lo que viene.

Ella negó con la cabeza, apartándose suavemente.

—No puedo descansar, sir Theodore. No mientras él está sufriendo. Y no mientras el culpable sigue libre.

Sus palabras sonaron duras, mostrando cuánto le estaba costando contenerse. No necesitaba averiguar demasiado para saber quién era el culpable. Las sospechas que había estado ignorando durante meses volvieron a su mente con fuerza: Kenneth e Ivette siempre se mostraron molestos por la atención que el conde le daba. En el pasado no necesitaron estas artimañas porque ella era un cero a la izquierda, no les suponía un peligro, pero ahora era constantemente una piedra en el zapato.

Pero entonces recordó. En el pasado, los últimos años de lord Anthony habían estado marcados por una extraña soledad; el conde estaba enfermo, de la misma dolencia que había matado a lady Minerva. Pero lady Minerva había sido envenenada, lo que significaba que probablemente también habían estado envenenando poco a poco al conde. Ahora no habían querido esperar un proceso

tan largo, sino que lo habían atacado violentamente, camuflando su muerte como un acto fortuito en medio de una gran celebración, dificultando interrogar a testigos y posibles sospechosos.

Había sido Kenneth quien propuso este torneo.

¿Todo estaba planeado desde entonces?

Poco a poco, su mente fue aclarándose, llegando a conclusiones que parecieron estar siempre allí. Tomando a Theodore del brazo, señaló la puerta. Quería volver al salón. Dejó a Minerva en una silla, pendiente de su hijo, y salió de la recámara.

—¡Que nadie abandone el castillo! —escuchó decir a alguien con voz autoritaria. Era Kenneth, de pie ante la mesa principal, muy cerca del charco de sangre que el conde había derramado poco antes.

Miraba a todos los presentes con severidad, como si cada uno fuese un sospechoso.

—Esto es un crimen contra Albermale y contra la corona —siguió —. Mi padre aún vive, y no permitiré que el culpable escape sin enfrentar justicia.

Charlotte lo observó con atención, notando cómo algunos nobles asentían en señal de respeto. Kenneth tenía el porte de un líder, pero algo en su tono la hizo estremecer. Era demasiado frío, demasiado controlado para alguien cuyo padre acababa de ser atacado.

El rey Ricardo II, como si no tolerara que alguien más tomara el liderazgo en su presencia, se dirigió al grupo. Su expresión era grave, aunque mantenía una compostura regia.

—Lord Kenneth —dijo el monarca—, os ruego que mantengáis el orden aquí. Nombraré a uno de mis hombres para supervisar la investigación. Nadie debe abandonar estas tierras hasta que se descubra la verdad.

Kenneth inclinó la cabeza con respeto, pero sus ojos brillaban con una emoción que a Charlotte le pareció escalofriante.

—Como ordenéis, majestad. Juro que encontraré al responsable y lo castigaré con toda la severidad de la ley.

Charlotte sintió que la ira la consumía al escucharlo hablar así, como si ya fuera el señor absoluto de Albermale. ¡Ah, era tan fácil tomar la daga de Theodore y clavarla justo en su podrido corazón!

Todo su elaborado plan para suceder al conde Anthony se iría al garete si ella lo mataba allí mismo, pero entonces sería señalada y juzgada. No podía arriesgarse así. Sin embargo, con cada minuto que pasaba, el verdadero asesino se alejaba más y más, llevándose consigo toda la evidencia.

Había sido él, no tenía la menor duda. Y no había actuado solo. Elaine no estaba actuando como una viuda preocupada, ni Ivette como la hija cuyo padre se debate entre la vida y la muerte. Estaban la una al lado de la otra, tomándose de las manos con rostros consternados, pero era mentira. Charlotte conocía sus verdaderas expresiones de miedo e impotencia, y no eran éstas.

Malditos. Los mataría. Había jurado no matar a nadie en esta vida, a menos que fuera estrictamente necesario, y Kenneth se estaba convirtiendo a grandes pasos en la causa de su primer asesinato, otra vez. Su padre aún respiraba, aunque débilmente, y Kenneth ya actuaba como si el traspaso de poder fuera un hecho consumado.

—Charlotte —ella se giró bruscamente al escuchar su nombre. Era su abuela, que, con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas, la llamaba desde el umbral de la puerta.

La joven sintió una punzada de miedo en el pecho. Temiéndose lo peor, preguntó con la mirada: "¿Está muerto?". Pero Minerva negó rápidamente con la cabeza, aunque su expresión seguía siendo sombría.

—Él quiere… hablar con el rey —dijo Minerva con voz entrecortada, apenas audible.

Aquello desconcertó a Charlotte. Había esperado que su padre pidiera verla a ella en sus últimos momentos, que quisiera despedirse de su hija amada. Pero no había sido así. Apretando los

labios para contener las lágrimas, asintió y se dirigió hacia Ricardo II. Tras una reverencia formal, transmitió el mensaje del conde con la mayor dignidad que pudo reunir.

El rey, comprendiendo la gravedad del momento, asintió con solemnidad. Estas podrían ser las últimas palabras de uno de sus súbditos más importantes, y su deber era estar presente. Mientras ascendía las escaleras rodeado de sus guardias, Charlotte notó cómo Elaine e Ivette intercambiaban murmullos confundidos. Sus rostros reflejaban inquietud, pero no el dolor genuino que cabría esperar de quienes acababan de perder a un ser querido. Aquello solo alimentó más su ira.

En el gran salón, el interrogatorio continuaba implacablemente. La atmósfera festiva había quedado atrás, sustituida por un silencio tenso y cargado de sospechas. Los músicos habían guardado sus instrumentos, y las risas habían sido reemplazadas por el eco de botas sobre el suelo de piedra mientras los guardias revisaban meticulosamente a los presentes. Capas, bolsillos y botas eran inspeccionados en busca de cualquier indicio de culpabilidad.

Algunos nobles protestaron airadamente cuando los guardias comenzaron a registrarlos, indignados por el trato. Uno de ellos, un barón corpulento y arrogante, alzó la voz por encima del murmullo general:

—¡Esto es una afrenta! ¡No tenéis derecho!

El capitán de los guardias reales, un hombre alto con una cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda, lo miró con severidad.

—Nadie está por encima de la ley, mi lord —declaró con tono cortante—. El rey ha ordenado una investigación completa, y todos debéis cooperar.

Kenneth, siempre consciente de las apariencias, aprovechó la oportunidad para moverse entre los grupos de nobles con aire preocupado. Hablaba brevemente con algunos, asegurándose de que su nombre sonara repetidamente en las conversaciones. Charlotte lo observaba desde lejos, con una mezcla de desconfianza y odio creciente. Su comportamiento calculado le parecía repulsivo,

una máscara demasiado perfecta para ocultar su ambición despiadada.

Minutos después, el rey bajó lentamente las escaleras. Su rostro tenía una expresión extraña, una mezcla de respeto y tristeza que anunciaba lo inevitable. Al verlo, Charlotte sintió cómo el corazón se le encogía. Caminó hacia él casi sin pensar, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, Ricardo II negó con la cabeza.

—Lord Anthony ha partido con Dios —dijo simplemente, con voz baja pero firme.

Un grito desgarrador rompió el silencio del gran salón. Elaine se dejó caer al suelo, llorando histéricamente, mientras Ivette la abrazaba con gestos exagerados. Ambas actuaban como si fueran las protagonistas de alguna tragedia épica, con sus lamentos resonando por todo el salón.

Charlotte no quiso creerlo. Necesitaba verlo con sus propios ojos. Empujando a los guardias que rodeaban al rey, subió corriendo las escaleras, con el corazón latiendo desbocado. Al llegar a la recámara, encontró a Minerva sentada junto a la cama, sollozando. La anciana dama levantó la vista hacia ella, pero no dijo nada.

Charlotte tomó la mano de su padre, aún tibia, y la sostuvo con fuerza. Cerró los ojos, tratando de respirar, de mantener la compostura, pero fue inútil. Todos los momentos que había compartido con él, cada palabra amable, cada gesto de apoyo, empezaron a ser remplazados por un vacío enorme, un agujero oscuro y frío que amenazaba con tragarse su corazón.

Se echó a llorar, incapaz de contenerse. Esto era injusto. No podía ser verdad. No había podido protegerlo. Había vuelto al pasado con todo el conocimiento necesario para evitar este desenlace, y aun así, había fallado. Se lo habían arrebatado, por fin tenía un padre, y lo había perdido.

La rabia comenzó a bullir dentro de ella, un torrente abrasador que consumía todo a su paso. Recordó quién era realmente: la Charlotte de antes, la que había aprendido a sobrevivir sola y abandonada en este castillo, y por pura fuerza de voluntad se

convirtió en condesa, la que no dudaba en matar si era necesario, añadiéndole a su título el adjetivo de "tirana". Esa parte de ella emergió violentamente, gritando en su mente.

No los perdonaré, se juró. Ah, he sido demasiado blanda esta vez, demasiado buena, pero ya no más. Arrasaré con todo. Los mataré, los despedazaré hasta que no quede nada.

Sabiendo quién era el enemigo, se quedó quieta, y estas eran las consecuencias. Sabiendo que Kenneth era malvado, que Elaine era una asesina, y que Ivette estaba coludida con ellos, los dejó vivir y crecer. Se había equivocado, era un error que no se podía perdonar.

Pero podía corregirlo aquí y ahora. Los iba a matar a todos.

Pero entonces, una voz suave la sacó de su espiral de odio.

—Lady Charlotte…

Ella se giró bruscamente. Era Theodore, que la observaba con una mezcla de preocupación y compasión en sus ojos ambarinos. En ese instante, algo en su interior se quebró. Las palabras de venganza que había estado repitiendo en su mente se disolvieron, dejando solo el dolor crudo, la pérdida inmensa.

Sin poder contenerse más, se aferró a los brazos de Theodore y siguió llorando, esta vez no con furia, sino con un dolor devastador. Permitió que las lágrimas fluyeran libremente, liberando todo el peso que llevaba dentro. Ya no era la Charlotte endurecida por años de supervivencia; era la niña que había perdido a alguien que realmente la había amado, que la había visto como su hija a pesar de todas las barreras.

Theodore no dijo nada. Simplemente la sostuvo, ofreciéndole un refugio silencioso donde podía ser vulnerable sin temor al juicio. Por primera vez en mucho tiempo, Charlotte se permitió sentir. Sintió el dolor, la impotencia, la desesperación. Y aunque el vacío seguía ahí, sabía que no estaba sola.

El día siguiente amaneció gris y sombrío, como si el cielo mismo llorara la pérdida de uno de los señores más respetados de

Albermale. En el patio del castillo, bajo un dosel negro bordado con el emblema familiar, se había dispuesto un altar provisional. Sobre él reposaba el féretro de madera tallada que contenía los restos de lord Anthony, cubierto por un paño de terciopelo rojo y adornado con coronas de flores blancas. Los estandartes de Albermale flameaban suavemente al viento, mientras los caballeros formaban filas perfectamente alineadas a ambos lados del pasillo central.

La ceremonia comenzó con una misa oficiada por el obispo local, quien elevó plegarias por el alma del difunto y rogó por la protección divina sobre el feudo. Minerva, vestida de luto riguroso, encabezaba la procesión junto a Kenneth, Elaine e Ivette. Detrás de ellos caminaban Charlotte y sus damas, seguidas por Theodore y los principales sirvientes del castillo. Los aldeanos, reunidos en silencio alrededor del patio, observaban con reverencia, algunos secándose lágrimas discretamente.

Cuando llegó el momento de despedir al conde, su cuerpo fue llevado en procesión hasta la cripta familiar, donde descansarían sus antepasados. Allí, dentro de aquellas paredes frías y húmedas, Minerva pronunció unas palabras breves pero cargadas de emoción:

—Anthony Montfort fue un hombre justo, valiente y leal. Su legado vivirá siempre en este feudo y en aquellos que lo amaron. Que Dios lo acoja en su gloria.

Las campanas del castillo resonaron tristemente, marcando el final del servicio.

Pero no todo había terminado.

Aprovechando la presencia del rey Ricardo II y la multitud congregada, se anunció que habría un breve discurso oficial antes de continuar con los rituales privados.

De regreso al gran salón, decorado ahora con banderas negras en señal de luto, todos tomaron sus lugares para presenciar el acto formal mediante el cual Kenneth asumiría el título de conde de Albermale. El rey, sentado en un estrado improvisado, levantó una mano para pedir silencio.

—Hoy despedimos a un gran señor —declaró Ricardo II—. Lord Anthony Montfort ha dejado un vacío imposible de llenar. Sin embargo, la tradición exige que su heredero tome las riendas de este feudo. Por tanto, proclamo aquí y ahora a Kenneth Montfort como el nuevo conde de Albermale.

Kenneth avanzó hacia el rey con paso firme, inclinándose profundamente ante él. Cuando el monarca colocó una mano sobre su hombro y le entregó el sello del condado, los presentes aplaudieron cortésmente. Pero no todos parecían convencidos. Entre los nobles, algunos intercambiaban miradas incómodas, mientras que los aldeanos permanecían en silencio, sin mostrar entusiasmo.

Fue entonces cuando el rey, con una expresión pensativa, añadió algo inesperado:

—Sin embargo, lord Anthony también me confió otro deseo… uno que no puedo ignorar.

El salón se quedó en completo silencio. Todos los ojos se dirigieron hacia el monarca, cuya figura imponente dominaba la sala.

—¿Lady Charlotte Montfort? —dijo.

Charlotte, que había estado un poco distraída, o más bien, adormecida gracias al té calmante que le había dado Martha para sus nervios, levantó de pronto la cabeza. Todos la miraban.

El rey la había llamado, ¿no es así?

Se apresuró a dar un paso al frente, sin perderse las miradas desdeñosas de Elaine e Ivette. Al parecer, no soportaban que le robara protagonismo al nuevo conde.

—Majestad —saludó ella con una reverencia. Ricardo II la miró por un momento, volviendo a admirar su belleza etérea.

Pálida por su reciente pérdida, era aún más hermosa.

—Antes de morir, vuestro padre pidió hablar conmigo —dijo con voz suave—. Usó su último aliento para cuidar de vos. Lamento que no le hayan quedado fuerzas para llamaros a su lecho de muerte, pero ahora entiendo que era el deseo desesperado de un padre por proteger a su hija.

Hubo murmullos en la audiencia, algunos preguntándose qué nueva sorpresa les traería su estancia en Albermale.

Un torneo, una muerte, una posesión, y ahora…

—Habéis sido reconocida como hija de lord Anthony —anunció el rey. De inmediato se escucharon exclamaciones de sorpresa, de asombro, y también, de disgusto. El rey continuó sin prestar atención: —Seréis declarada coheredera de Albermale. A partir de este momento, recibiréis tierras y riquezas proporcionales a vuestra posición. Esto es un decreto real, y espero que todos lo respetéis.

Un murmullo recorrió el lugar. Los nobles se miraron sorprendidos, algunos con incomodidad, otros con curiosidad. Los aldeanos, en cambio, empezaron a murmurar entre ellos con evidente alegría. Muchos recordaban cómo Charlotte había organizado el torneo, cómo había mostrado preocupación por su bienestar y cómo siempre había sido accesible y justa. Para ellos, esta decisión era una bendición.

Minerva, junto a Charlotte, sonrió levemente, aunque sus ojos aún estaban llenos de pena. Las damas de Charlotte, agrupadas detrás de ella, asintieron con orgullo, mientras Theodore mantenía una postura protectora a su lado. Incluso los soldados de Albermale, quienes conocían bien el carácter de Charlotte, cruzaron miradas de aprobación.

Kenneth apenas logró ocultar su furia. Apretó los puños y forzó una sonrisa tensa.

No, de ninguna manera había esperado esto. Había quitado de en medio al conde para poder deshacerse de ella, pero resultó así.

Maldición. Esa bastarda estaba empeñada en ser una piedra en su zapato.

Charlotte, por su parte, no podía creérselo. El rey había dado en el clavo cuando hizo el comentario acerca de que el lord no la había llamado para pasar con ella en sus últimos momentos, pero ahora lo entendía. Él había guardado las pocas fuerzas que le quedaban para ponerla a salvo.

Ahora que él no estaba, Charlotte había visto su futuro gris. A pesar del dolor de su pérdida, no podía dejar de preguntarse qué haría de ahora en adelante. Iniciar una rebelión para tomar el título estaba totalmente fuera de cuestión. No quería repetir las tragedias del pasado. Además, todas sus víctimas del ayer eran ahora sus amigos y aliados. Los vasallos que antes envenenó y asesinó eran amigos cercanos, y también sus hijas. Los aldeanos que antes castigó y mutiló dependían de ella de muchas maneras. Los soldados que se dividieron para apoyarla o enfrentarla eran conocidos por ella en todos sus ámbitos. Sabía que algunos eran padres, esposos, prometidos. No quería iniciar una guerra y derramar la sangre de estas nobles personas.

Sobre todo, no quería perder a su abuela y a Theodore. Los tenía consigo, a su lado. Si ella tenía que irse de aquí, tenía a dónde ir, después de todo. Se emplearía en algún otro feudo, como dama de compañía o administradora, después de todo, su fama era extensa.

Pero su padre había resuelto todas esas preocupaciones, y el agradecimiento inundó su alma. Volvió a llorar a su padre, aunque internamente. Elevó al cielo una plegaria para que, donde quiera que estuviese, su alma hallara el descanso.

—Vuestra voz es la voz de Dios —dijo Charlotte, aceptando su destino. Al menos, esta vez, se veía muy diferente al anterior.

Ya en la noche, Kenneth aprovechó para hablar a solas con el rey. Lo encontró revisando documentos en una de las cámaras laterales, custodiado por sus guardias.

—Majestad —dijo Kenneth, inclinándose respetuosamente—, quisiera sugerir un candidato adecuado para casar a mi hermana Charlotte. Creo que sería prudente asegurar su posición mediante una alianza estratégica.

El rey lo observó con una ceja levantada, con expresión impasible.

—Vuestra preocupación es admirable, lord Kenneth.

—Me complacen vuestras palabras, majestad. Todos en Albermale saben cuánto me preocupo por mi gente—. El rey se recostó en su asiento, con una sonrisa.

—Es admirable… pero innecesaria—. Kenneth levantó la vista, sacado totalmente de su papel—. Ya hay un candidato aprobado por mí y por vuestro padre —siguió el monarca—. No toleraré interferencias en este asunto.

Kenneth palideció visiblemente. Sus labios se movieron como si quisiera protestar, pero sabía que cualquier intento de oponerse al rey sería visto como insubordinación.

Nadie en este mundo se atrevía a contradecir al rey, ni siquiera él, el conde de Albermale.

—Como deseéis, majestad —respondió finalmente, intentando que su tono de voz no traicionara su indignación.

Cuando Kenneth salió de la habitación, su rostro estaba lívido. Sabía que este giro de eventos complicaba enormemente sus planes. Charlotte no solo tenía recursos propios ahora, sino que también contaba con el respaldo del rey y del pueblo. Su única opción era actuar rápido y astutamente, pero eso no mitigaba su frustración.

Regresó al gran salón, donde los preparativos para el banquete continuaban. Observó desde lejos a Charlotte, rodeada de sus aliados: Minerva, sus damas, Theodore y varios soldados que la saludaban con respeto. La diferencia era palpable. Mientras Kenneth representaba la línea "legítima", muchos veían en Charlotte una figura más cercana y digna de confianza.

Apoyándose contra una columna, Kenneth cerró los ojos y respiró hondo. Esto no había terminado. No permitiría que una bastarda, por muy legitimada que estuviera, le arrebatara lo que consideraba suyo por derecho.

Ya había eliminado a su propio padre, y aunque con ella tendría que ser más cuidadoso, no era nada en comparación.

13

La mañana después del funeral, el ambiente en el castillo era tenso. Los sirvientes habían dispuesto una mesa larga en la sala principal, cubierta con pergaminos enrollados, sellos reales y tinta fresca. El rey Ricardo II, acompañado por sus escribas y guardias personales, presidía la reunión. Kenneth, Elaine, Ivette, Charlotte y Minerva se encontraban presentes, cada uno ocupando su lugar, algunos con expresiones de incomodidad, y otros, con determinación.

El salón estaba lleno con los nobles que habían decidido aplazar su viaje para ser testigos de este evento. Después de todo, no todos los días se legitimaba a una bastarda.

El rey levantó una mano para pedir silencio antes de comenzar a hablar.

—Antes de partir, quiero asegurarme de que todos los asuntos relacionados con el reconocimiento de lady Charlotte como coheredera sean resueltos de manera clara e irrevocable —declaró con voz firme—. No toleraré disputas ni manipulaciones una vez que me marche.

Kenneth apretó sus labios intentando disimular sus emociones, guardando silencio. Sabía que cualquier objeción en este momento sólo le vendría en contra.

Uno de los escribas avanzó hacia la mesa y desenrolló un pergamino largo y detallado. Con una reverencia, lo colocó frente al rey.

—Este documento especifica las tierras, propiedades y derechos que corresponden a lady Charlotte como coheredera de Albermale —explicó el escriba—. Ha sido redactado según las leyes feudales y cuenta con mi sello como testigo oficial.

El rey revisó cuidadosamente el contenido antes de asentir.

—Lady Charlotte, acercaos.

Charlotte dio un paso adelante, sintiendo todas las miradas sobre ella. Aunque intentaba mantener la compostura, su corazón latía con fuerza. Estaba a punto de recibir algo que nunca imaginó posible: un lugar legítimo en el linaje Montfort.

El rey señaló varias líneas marcadas con tinta roja.

—Aquí debéis firmar para aceptar estas tierras y responsabilidades. Hacedlo sabiendo que esto os convierte en una figura de autoridad dentro de este feudo. Espero que actuéis siempre con justicia y honor.

Charlotte tomó la pluma que le ofrecían y, tras un breve momento de vacilación, firmó su nombre con trazo firme. Mientras escribía, pudo sentir la intensidad de la mirada de Kenneth sobre ella, pero no levantó la vista. Debía estar haciendo toda una pataleta en su mente.

Una vez que terminó, el escriba selló el documento con cera caliente, utilizando el sello real para validar la transacción. Luego, entregó una copia a Charlotte y otra al rey, quien la guardó cuidadosamente entre sus pertenencias.

—Ahora procederemos al juramento de lealtad —anunció el rey, dirigiendo su atención tanto a Kenneth como a Charlotte—. Ambos sois ahora responsables del bienestar de Albermale. Juro que cualquier traición o abuso de poder será castigado severamente.

El mismo sacerdote que había oficiado la misa del día anterior, avanzó con un libro sagrado en sus manos. Primero se dirigió a Kenneth con tono casi mecánico.

—¿Juráis lealtad al rey Ricardo II, protector de Inglaterra, y al feudo de Albermale? ¿Prometéis gobernar con justicia y defender a vuestros súbditos?

Kenneth colocó una mano sobre el libro y respondió:

—Lo juro.

Luego fue el turno de Charlotte. El sacerdote repitió las mismas palabras, pero esta vez su voz sonó más cálida. Charlotte colocó su mano sobre el libro y habló con claridad:

—Lo juro.

El rey asintió con satisfacción.

—Con esto, queda sellado. Lady Charlotte es ahora coheredera de Albermale, con todos los derechos y deberes que ello implica. Cualquier intento de desafiar esta decisión será considerado un acto de insubordinación contra la corona.

Kenneth forzó una sonrisa cortés.

—Por supuesto, majestad. Todo se hará según vuestras órdenes.

Charlotte intercambió una breve mirada con Minerva, quien le dedicó un leve asentimiento de aprobación. Theodore, desde su posición cerca de la puerta, observaba todo con atención, listo para intervenir si fuera necesario.

Cuando la ceremonia terminó, el rey se giró hacia Kenneth.

—Lord Kenneth, espero que trabajéis junto a vuestra hermana para mantener la paz en este feudo. No toleraré divisiones ni conflictos innecesarios.

Kenneth inclinó la cabeza, aunque su mandíbula seguía tensa.

—Así será, majestad.

El rey se despidió poco después, dejando atrás un castillo donde las tensiones eran casi visibles. Kenneth se retiró rápidamente, murmurando algo sobre "preparativos", mientras Elaine e Ivette lo seguían con expresiones sombrías.

Minerva se acercó a Charlotte y le puso una mano en el hombro.

—Bien hecho, niña. Ahora venid un momento a mis aposentos. Es hora de hablar.

Charlotte asintió, aferrando con fuerza su copia del documento. Sabía que este era solo el primer paso en un camino lleno de desafíos, pero también sabía que ya no estaba sola. Tenía aliados, recursos y, sobre todo, una causa por la que luchar.

Hacia la tarde, el castillo quedó prácticamente vacío. Casi todos los nobles que habían sido invitados al torneo imitaron al rey,

partiendo a sus respectivos hogares; muchos de ellos se habían quedado más tiempo del planeado debido a los acontecimientos inesperados. Sin embargo, algunos decidieron prolongar su estancia unos días más, entre ellos, la familia extendida de los Montfort. Había primos lejanos y tíos abuelos, ancianos cuyas historias parecían entrelazarse con los muros mismos del castillo.

Ni el conde Anthony ni su padre, el conde Charles, habían tenido hermanos, por lo que estos parientes eran descendientes directos de antiguas ramas colaterales de la familia. Incluso había unos de parte de Minerva.

Charlotte los había ido conociendo uno a uno, sintiéndose extrañamente feliz de tener más familiares de sangre con quienes pudiera sentirse conectada. Antes de su fallecimiento, Anthony también la había presentado cuidadosamente a sus tíos abuelos y primos lejanos, como si supiera que este momento llegaría. A ninguno de ellos les sorprendió que hubiera sido reconocida oficialmente como hija legítima, y muchos incluso expresaron su apoyo a que se convirtiera en coheredera.

Algunos opinaban que debió recibir un territorio aún mayor. Greenlake, aunque amplio y próspero, era solo uno de los dominios disponibles. Otros defendían que era perfecto: un territorio más grande implicaría una carga administrativa superior, más tropas para defenderlo y mayores responsabilidades.

—Tendréis que casaros, querida Charlotte —le dijeron algunos de los ancianos, mirándola con ojos sabios pero también con cierta compasión. Sabían bien que el matrimonio era una necesidad política para cualquier noble, especialmente para una mujer en su posición.

Charlotte sonrió nerviosa, evitando comprometerse con respuestas concretas. Pero sabía que tenían razón. Si quería gobernar su territorio con eficacia, tendría que casarse eventualmente. Su marido sería visto como el protector y administrador de esas tierras, un rol que la sociedad feudal consideraba indispensable. Aunque, ella estaba segura de poder manejar todo sola, después de todo, ya había desafiado las

expectativas al pasar de ser una bastarda a una hija reconocida, la idea de compartir su vida con alguien más le resultaba desconcertante.

¿Casarse? La sola posibilidad hacía eco en su mente mientras subía lentamente las escaleras hacia las habitaciones de lady Minerva, flanqueada por Martha y Theodore. Imaginaba que esta visita sería otra tarde de charla animada, o tal vez pesarosa, dadas las circunstancias recientes. La pérdida de Anthony aún pesaba sobre todos ellos, y cada rincón del castillo parecía impregnado de su ausencia.

—Estoy aquí, abuela —saludó Charlotte al entrar, y Minerva la recibió con una sonrisa.

La anciana estaba sentada ante una mesa de té colocada frente a la ventana, dejando que el aire fresco de la tarde entrara por los cristales abiertos. Vestida de negro de pies a cabeza, su figura parecía fundirse con la penumbra de la habitación. Sin embargo, sus ojos, aún marcados por las lágrimas, brillaban con una intensidad que desmentía su aparente fragilidad.

Minerva había perdido a su único hijo, y Charlotte, al tomar sus manos entre las suyas, sintió cómo el dolor de aquella pérdida vibraba en cada arruga de su piel. Imaginaba que no existía dolor más grande en el mundo que perder a un hijo, y deseó con todas sus fuerzas poder transmitirle algo de consuelo con ese simple gesto.

—Sentaos, mi niña —dijo Minerva con voz cálida, aunque había un tono inusualmente serio en su voz. Martha ya se movía con rapidez para servir el té, mientras Theodore, como siempre, ocupaba su lugar junto a la puerta, alerta a cualquier movimiento sospechoso.

Pero Minerva levantó una mano, deteniendo a ambos.

—Me temo que esta vez necesito estar completamente a solas con mi nieta —anunció, mirando alternativamente a Martha y Theodore. Ambos parecieron desconcertados por un momento, pero una mirada de Charlotte bastó para tranquilizarlos. Sin decir una

palabra más, abandonaron la recámara, cerrando la puerta tras ellos.

Minerva misma fue a asegurarse de que la puerta estuviera bien cerrada antes de regresar a la mesa. Cuando Charlotte hizo ademán de levantarse para ayudarla con el té, la anciana negó con un gesto firme.

—Oh, no es necesario, quedaos quieta —insistió, sirviendo el té con manos sorprendentemente firmes para su edad. Colocó una taza frente a Charlotte y tomó la suya, sosteniéndola entre sus dedos como si buscara el calor que le faltaba.

Charlotte frunció ligeramente el ceño, intrigada por la actitud inusual de su abuela.

—Abuela… estáis un poco misteriosa —comentó, tomando la taza entre sus manos.

Minerva sonrió, aunque había algo en su mirada que sugería que no estaba dispuesta a dar explicaciones de inmediato.

—¿Os parece? —respondió, llevándose la taza a los labios y bebiendo un sorbo antes de continuar—. Lo que debo deciros… debería haber sido dicho hace mucho tiempo. De hecho, debió ser vuestro padre quien os lo revelara cuando cumplisteis quince años.

Charlotte la miró confundida, dejando la taza sobre la mesa.

—¿Mi padre? ¿Revelarme qué?

Minerva suspiró profundamente, como si estuviera reuniendo fuerzas para enfrentar lo inevitable.

—Hay muchas tradiciones extrañas en Albermale, ¿no os parece? —preguntó, cambiando de tema momentáneamente.

—Ciertamente —admitió Charlotte, pensativa—. Las mujeres aquí se casan tarde, el baño semanal es algo que no se ve en otras partes, y las prácticas médicas… —Se detuvo abruptamente, dándose cuenta de que acababa de cometer un error. Nunca había salido del territorio de Albermale en esta vida, así que no tenía forma de comparar sus costumbres con las de otros lugares. Si

Minerva empezaba a indagar sobre cómo sabía tanto, no tendría manera de justificarse.

Pero Minerva continuó como si no hubiera notado su paso en falso.

—Así es —dijo, asintiendo lentamente—. También hay otra tradición, quizá la más importante de todas. Al cumplir quince años, al heredero de Albermale se le revelan los secretos del castillo.

—¿Secretos? —repitió Charlotte, inclinándose hacia adelante con curiosidad—. ¿Cosas como pasadizos ocultos y arcas llenas de oro?

Minerva se echó a reír, aunque su risa sonó un poco forzada.

—Nada tan material, querida.

—Oh… —murmuró Charlotte, decepcionada pero intrigada al mismo tiempo. Dio otro sorbo a su té, reflexionando sobre aquello. No imaginaba qué podría ser, pero supuso que Kenneth debía conocer esos secretos, dado que era el heredero oficial.

Entonces, sintió un pinchazo en el estómago.

—¿Me los vais a revelar, abuela?

Minerva la miró fijamente, como si estuviera evaluando su capacidad para asumir lo que estaba a punto de decir.

—¿Por qué, si no, os hablaría de ellos? —respondió finalmente, con una mezcla de gravedad y ternura.

—Pero… no soy la heredera. Lo es Kenneth —dijo Charlotte—. Bueno, él es el conde ahora, y aún no tiene herederos…

—Kenneth no conoce los secretos de Albermale —interrumpió Minerva, dejando escapar un suspiro cansado cuando Charlotte la miró confundida—. Sí, sé que acabo de decir que se revelan al heredero a los quince años, pero… veréis, cuando vuestro padre, Anthony, escuchó toda la verdad, la tomó como un cuento de hadas. No la creyó. Y al ver el temperamento de Kenneth, tan materialista, voluble y… Bueno, digamos que yo misma decidí que no se lo contaría. Tampoco tenía esperanzas en Ivette, así que me pregunté si acaso sería el fin de la tradición. Pero entonces, llegasteis vos.

Charlotte estaba completamente inmóvil, con la taza suspendida en el aire, mirando fijamente a su abuela. Minerva volvió a sonreír, aunque esta vez con una nota de orgullo en sus ojos.

—Y yo creo… —continuó la anciana, observándola de reojo— que vos sí me creeréis.

Charlotte respiró hondo, reconociendo este momento como algo trascendental. Sabía que ser depositaria de cualquier secreto relacionado con el linaje de Albermale era tanto una honra como una responsabilidad monumental. Estaba dispuesta a asumirla, sin importar qué implicara.

No importaba si luego su papel se reducía a contarle la misma historia al próximo heredero; ella respetaría la tradición con todo su corazón.

Al verla tan dispuesta, Minerva sonrió y, dejando su taza a un lado, se puso en pie con una gracia sorprendente para su edad. Su figura, envuelta en negro, parecía más imponente bajo la luz dorada del atardecer que entraba por la ventana.

—Desde hace mucho tiempo —comenzó Minerva—, se descubrió que hay un misterioso poder en la sangre de todos los herederos de Albermale. De alguna manera, el universo parece ponerse a su favor para que al menos un miembro de la familia sea capaz de sobrevivir a todo tipo de ataques… y perseverar. Siempre, el último Albermale en pie puede salvar su linaje.

Charlotte frunció levemente el ceño, confundida, pero no necesitó preguntar. Sabía que su abuela no había terminado, y algo en su tono sugería que lo que estaba a punto de decir era más grande de lo que podía imaginar.

—Hace ya unos doscientos años —continuó Minerva—, la familia Collingwood fue atacada y destruida. Una de las hijas se hallaba lejos del castillo, y la otra, luego de pasar por un pasadizo secreto y hacer una ofrenda de sangre, viajó siglos en el futuro, y luego volvió convertida en una anciana, con todos los conocimientos de esa época lejana. Salvó Albermale.

—¿Qué? —exclamó Charlotte, incrédula. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si intentara procesar lo que acababa de escuchar.

—Es lady Elizabeth Collingwood —explicó Minerva con calma—. Una "viajera" del tiempo.

—¿Viajó en el tiempo? ¿Al futuro? —preguntó Charlotte, con una mezcla de incredulidad y curiosidad, pero Minerva no se lo reprochó.

—Así es —confirmó—. Cuando lady Sarah volvió a Albermale con su esposo, Wulfric Montfort, lady Elizabeth los estaba esperando. Los acompañó por unos cuantos años, y juntos salvaron el feudo y el linaje. Sois su descendiente.

Charlotte asintió lentamente. Conocía esa historia; era parte de los anales de la familia que Anthony le había enseñado. Pero hasta ahora nunca había escuchado la parte de la "viajera" del tiempo.

—Podríais decir que todo esto no es más que una fábula —continuó Minerva, con una sonrisa enigmática—. Pero el evento se repitió, en circunstancias diferentes, con el cuarto conde, lord Roderick Montfort.

Charlotte la miró con atención absoluta. Sabía los nombres de todos sus antepasados, y siempre le había parecido que lord Roderick era el más inteligente de todos, aunque también un poco sanguinario. Fue él quien fortificó las defensas del castillo, ideó las bengalas de auxilio, los lanzamientos de las catapultas por cuadrantes… y las estacas debajo del foso.

—Lord Roderick tuvo que presenciar la destrucción total de Albermale —dijo Minerva, con tono grave—. Vio morir a toda su familia, a cada uno de sus soldados… y a su esposa. Él mismo murió. Pero despertó siendo un niño otra vez. Había regresado al pasado.

La taza tembló en las manos de Charlotte, y antes de que pudiera derramar el té caliente, Minerva se apresuró a quitársela. Tomó un pañuelo y secó cuidadosamente las manos de su nieta, preocupándose por el enrojecimiento de su piel.

—Re… ¿Regresó a su niñez? —tartamudeó Charlotte, aún incapaz de procesar completamente lo que acababa de escuchar.

Minerva asintió, ocupada en tratar sus manos con delicadeza.

—Sí. Volvió a ser un niño. Pero entonces tenía todo el conocimiento del futuro, sabía quién lo iba a traicionar, y pudo vencer a sus enemigos. Fue gracias a eso que Albermale es uno de los castillos más seguros del reino, porque reconoció todas sus debilidades.

—Abuela… ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo volvió a su niñez? —preguntó Charlotte, y su voz era apenas un susurro. Minerva la miró fijamente.

—¿Me creéis? —preguntó la anciana.

Charlotte asintió sin vacilar, y Minerva sonrió entre aliviada y complacida.

—No se sabe exactamente cómo ocurre —explicó—, pero hay un par de condiciones: tiene que ser un legítimo Albermale, y tienes que ser el último en pie.

—¿El último en pie? —repitió Charlotte, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

—Eso dicen los libros —respondió Minerva con solemnidad.

—¿Los libros? ¿Qué libros?

Minerva se puso en pie y se dirigió a un arcón que había estado sobre un asiento desde el principio. Hasta ahora, Charlotte no se había fijado en él. Era un cofre antiguo, tallado con intrincados motivos que parecían contar historias de batallas y linajes.

Minerva le hizo una señal para que se acercara, y con reverencia, abrió el arcón. Dentro, protegido por varias capas de seda fina, y rodeado de trozos de carbón que parecían muy fuera de lugar allí, había un libro envuelto en un material transparente y brillante, casi irreal. El libro era grueso y grande, con tapas de cuero tallado y pan de oro, y hojas tan finas que parecían hechas de una calidad inigualable.

—Poneos los guantes si queréis tocarlo —le dijo Minerva, y Charlotte obedeció de inmediato. Se puso unos guantes blancos que Minerva le tendió, y con solemnidad, observó cómo la anciana retiraba con cuidado la extraña capa transparente que protegía el libro.

Cuando Minerva abrió el libro, Charlotte sintió como si el aire de la habitación cambiara. Las páginas, escritas con una caligrafía elegante y precisa, parecían contener siglos de sabiduría y misterio. Cada línea era una invitación a explorar un mundo que hasta ahora había permanecido oculto.

—Esto —dijo Minerva, señalando el libro con reverencia— es el corazón de los secretos de Albermale. Aquí están registradas las historias de los viajeros, sus experiencias, y las condiciones que deben cumplirse para acceder a este poder.

Charlotte no podía apartar los ojos del libro. Sentía como si estuviera frente a algo sagrado, algo que trascendía el tiempo y el espacio.

En las primeras hojas del libro, Charlotte encontró la lista de todos los condes de Albermale, escrita con su puño y letra. Al ver los nombres de Sarah y Wulfric Montfort, su corazón dio un vuelco, y sus ojos se humedecieron. Eran sus antepasados. Aunque nunca los había conocido, ver sus caligrafías, tan distintas pero igualmente llenas de personalidad, la emocionaba de una manera inexplicable. Era como si pudiera sentir su presencia en cada trazo, como si estuvieran hablándole a través del tiempo.

—Pretendemos que este libro sobreviva los próximos siete siglos —explicó Minerva con solemnidad, señalando el extraño material transparente que protegía las páginas—, así que es imprescindible tratarlo con todo cuidado.

—Sí —respondió Charlotte, asintiendo con reverencia. Pero algo en su mente hizo eco de las palabras de su abuela, y frunció el ceño.

—¿Siete siglos? —preguntó, confundida.

Minerva sonrió, como si esperara esa pregunta.

—Lady Elizabeth desapareció en este tiempo y apareció en el siglo XX, permaneciendo viva hasta el siglo XXI, según lo que ella misma dijo. El mundo es muy diferente en ese tiempo. Aprendió sobre medicina y muchas otras cosas, y nos trajo todo ese conocimiento. ¿Sabéis que Albermale fue el feudo que menos muertes tuvo durante la peste negra?

Charlotte negó con la cabeza, completamente absorta.

—Es porque ella nos dejó la ordenanza de mantener gatos en el territorio.

—¿Gatos? —repitió Charlotte, incrédula.

—Sí, gatos —confirmó Minerva con una sonrisa—. Cuando la Iglesia empezó a enseñar que los gatos eran animales del mal porque no aparecen mencionados ni una vez en la Biblia, en Albermale se hizo caso omiso, y se mantuvieron los gatos. Debe haber una relación entre los gatos y la peste negra, porque mientras otros feudos perdieron más de la mitad de su población, aquí nos mantuvimos casi sin bajas. También está el asunto del aseo personal. Bañarse frecuentemente y lavar las ropas fue decisivo.

Charlotte seguía con el corazón acelerado en su pecho. Miraba el libro y admiraba sus escritos. Cada conde contaba los eventos relacionados con su vida, y por fin, llegó a las páginas escritas por lord Roderick Montfort.

—Mientras que Elizabeth fue una "viajera" —continuó Minerva—, lord Roderick fue un "regresor". La diferencia es que un viajero traspasa unas puertas especiales y es capaz de convivir con su otro yo del pasado, que puede ser más joven o más viejo. Un regresor no. Un regresor vuelve en su mismo cuerpo, con todos sus recuerdos intactos, experimentando una especie de rejuvenecimiento o viaje hacia atrás en su vida.

Charlotte se sentía agitada, leyendo con avidez las palabras escritas por lord Roderick. Él había muerto. Le habían cortado la garganta y su sangre había empapado la tierra. Luego, cuando despertó, tenía once años otra vez. Salvó la vida de su familia y salvó a Albermale.

Once años.

Ella volvió a sus nueve.

Al parecer, la edad no importaba; sólo tenía que ser un punto de su niñez donde todo pudiera cambiar.

—¿Os imagináis? —preguntó Minerva, mirándola fijamente—. Un niño de once años que corre a salvar a sus padres porque sabe que van a ser asesinados. Un pequeño que actúa como un adulto porque sabe lo que va a suceder. ¿Imagináis a alguien implementando cambios, recorriendo el territorio, porque sabe que, por ejemplo, si no actúa frente a las heladas, habrá hambruna?

Charlotte miró a su abuela con ojos grandes de asombro.

Ella lo sabía.

Ella siempre lo había sabido.

Bajó la mirada, sintiéndose ahora como una traidora que había guardado un enorme secreto toda su vida. Pero, ¿cómo habría podido contar algo así sin temor a que la tildaran de loca y la encerraran en alguna mazmorra?

—Sois una regresora, ¿verdad, Charlotte? —preguntó Minerva, su voz era suave a la vez que implacable.

Charlotte dio un paso atrás, como si las palabras fueran una acusación. Minerva la siguió dando un paso al frente.

Las manos de Charlotte sudaban dentro de los guantes, y las empuñó con fuerza. Tenía los labios pálidos, sentía que le faltaba el aire.

—Tenéis que decírmelo, Charlotte —insistió Minerva—, porque si vos regresasteis, significa que todos los miembros de la familia Albermale fallecieron antes que vos, y si eso es así, es porque hubo una guerra que nos aniquiló, y debemos prepararnos para enfrentarla.

Una guerra.

Fue ella la que los aniquiló a todos.

¿Cómo iba a contarle eso a su abuela?

Pero entonces una idea se abrió camino en su confundida mente.

Una de las condiciones para ser un regresor era ser el último Albermale en pie, pero cuando ella fue decapitada, no era la última. Ivette estaba viva.

Entonces, había un error. Esa ley estaba mal.

—Yo… Abuela… —balbuceó Charlotte, incapaz de articular una respuesta coherente.

—No tengáis miedo, Charlotte —dijo Minerva—. ¿Acaso os sentís culpable por haber sido la última en morir? Porque moristeis, ¿verdad?

Sí, pensó Charlotte, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sí, había muerto. Y el proceso para llegar allí fue horrible.

—Lo siento —dijo con voz quebrada, quitándose lentamente los guantes—. Fui yo… quien causó todo.

Minerva la miró interrogante, pero en sus ojos no había juicio, solo comprensión.

No. No quería perder el amor en su mirada. No soportaría si su abuela la juzgaba luego de que le contara todo.

Pero ella ya parecía saber lo esencial.

Ah, no sabía qué hacer.

La mano de Minerva en su hombro se sintió como un enorme peñasco, pesada y cruel.

—Mi querida Charlotte —dijo Minerva con voz firme, aunque llena de cariño—. Pase lo que pase, no os juzgaré.

—No —negó Charlotte, sacudiendo la cabeza—. No sabéis. No sabéis nada.

—Contadme.

—¡No! ¡Sabréis que soy un monstruo! ¡Me odiaréis!

—Nada hará que os odie.

—¡No!

—Lo juro —dijo Minerva, elevando la mano derecha como si estuviera haciendo un voto sagrado—. Juro que no hay nada en este

mundo que haga que os odie.

Charlotte se secó las lágrimas, aferrándose a ese juramento como quien se aferra a un clavo ardiendo. Ah, para Minerva sería fácil romperlo después, pero ella quería creer en él. Necesitaba creer en él.

Dio media vuelta y se alejó, caminando hacia la ventana, sintiendo que las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Afuera, el sol brillaba, y los verdes campos se extendían hacia el horizonte, como si el mundo no comprendiera la tormenta emocional que rugía dentro de ella. Contarle todo a su abuela sería como… lanzarse de la torre más alta hacia el foso. Una muerte segura, una muerte del alma.

Pero Charlotte se lanzó.

—Fui yo… —dijo con voz vacilante, apenas audible—. Yo los maté a todos.

Minerva guardó silencio. No se movió, ni siquiera cambió el ritmo de su respiración. Ante esta falta de reacción, Charlotte se giró para mirarla.

—Era muy diferente de ahora —siguió con sus cejas curvadas en una expresión de dolor—. Mi padre nunca me reconoció, ni mucho menos cuidó de mí. Vos moristeis envenenada sólo un año después de que yo llegara. No tenía doncellas ni nadie que cuidara de mí. Era… como una rata en su agujero, sufriendo el maltrato de Elaine e Ivette. Kenneth… intentó meterse en mi habitación durante muchas noches, y me acorraló cada vez que me vio sola. Yo… los odiaba a todos. —Su voz se quebró, y volvió a llorar.

Ahora, la expresión de Minerva sí cambió. Pero no la estaba juzgando; estaba horrorizada al imaginar lo que esa pequeña niña había tenido que soportar. Y le era muy fácil. Conocía a la víbora de su nuera, y las pequeñas serpientes de sus nietos.

—Así que inicié una rebelión, y en ella murieron… mi padre, y Kenneth. Yo los maté. Me hice condesa… y logré conservar el título sólo dos años, porque fui traicionada y… decapitada. —Minerva se

acercó a Charlotte. Con mano temblorosa, tocó su mejilla empapada en lágrimas.

—Ah, mi niña. Habéis pasado por demasiado. —Charlotte rio. Sí. Había vivido demasiado. Rio y lloró, y su risa se mezcló con los sollozos ahogados en lágrimas.

Minerva la abrazó, y juntas lloraron largo rato. La anciana la consolaba, le recordaba que ya todo había pasado, que ya no estaba sola, que todo era diferente ahora.

Ahora las lágrimas de Charlotte no eran de miedo ni dolor, sino de alivio. Su abuela le creía, e incluso sabiendo todo lo que había hecho, que había matado a su propio padre y hermano, se ponía de su lado y la consolaba. Se condolía por su sufrimiento y soledad, y con sus palabras, calmaba su llanto.

Ella era un regalo maravilloso, y mientras lloraba en su hombro, le daba gracias a Dios por mantener viva a su abuela.

Sin ella, su vida no habría sido muy diferente de antes.

14

Luego de lo que parecieron horas, Charlotte al fin dejó de llorar. Todavía le impresionaba la cantidad de lágrimas que era capaz de producir, y se preguntaba si en algún momento dejaría de llorar. Algunos afirmaban haber llorado de felicidad, pero Charlotte, sinceramente, no podía imaginarlo. Todas las lágrimas durante esta vida y la anterior habían sido de dolor y horror.

Volvieron a los muebles, y allí Minerva le sirvió otra taza de té a su nieta. Ésta la bebió tratando de borrar el sabor amargo en su garganta, aunque sabía que ninguna infusión podría aliviar el peso que sentía en su pecho.

—Entonces —preguntó Minerva, sentándose a su lado con una seriedad que rara vez mostraba—, ¿morí envenenada?

Charlotte asintió lentamente, aún temiendo ver el juicio en los ojos de su abuela. Pero la mirada de Minerva no cambió; seguía llena de comprensión y ternura.

—Fuisteis envenenada con cianuro —confirmó Charlotte con voz débil, pero terriblemente agradecida porque, luego de escuchar su cruda historia, la anciana no la hubiese echado de su lado, y por el contrario, quisiera saber más—. Y le hicieron creer a todos que simplemente estabais enferma.

Minerva asintió, como si ya lo hubiera sospechado.

—Me imagino.

Charlotte respiró hondo antes de continuar.

—Fue Elaine —dijo, omitiendo deliberadamente cualquier título que pudiera acompañar ese nombre. No merecía respeto alguno—. Cuando, en esta vida, me di cuenta, expulsé a Lidia, vuestra doncella.

Minerva frunció el ceño por un instante, recordando el incidente.

—Oh, fuisteis vos—. Charlotte asintió, sintiendo cómo el peso de sus decisiones pasadas volvía a caer sobre sus hombros.

—Os juro que en esta vida no he matado a nadie —dijo rápidamente, casi como si temiera que Minerva la acusara de algo.

Minerva la miró sorprendida en un primer instante, pero luego se echó a reír. Era una risa suave, llena de comprensión.

—No tenéis que decirlo, mi niña—. La anciana extendió una mano hacia ella, tocando suavemente su mejilla—. Mi querida, ¿era esa la tristeza que veía en vuestros ojos cada vez que os miraba? Cargabais con mucho siendo solo una pequeña.

Charlotte bajó la mirada, incapaz de sostenerle la vista.

—En apariencia, era una niña de nueve años —murmuró, meneando la cabeza—. Pero en mi mente, era una adulta de diecinueve… y acababa de ver morir a todos mis aliados. El pueblo me odiaba, no tenía a nadie de mi lado… Lo último que vi antes de morir… fue la sonrisa de Ivette.

"Os lo dije", había susurrado ella. Charlotte había logrado entender lo que susurraban sus labios aun en medio del griterío de la gente.

—Esperad —la detuvo Minerva de repente, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Ivette estaba viva?

—Así es.

—¿Kenneth también?

—No. Él estaba muerto.

—¿Estáis completamente segura de eso?

—Abuela, yo misma lo atravesé con mi espada. Sí. Estoy segura. —Los ojos de Minerva estaban llenos de horror. Charlotte se arrepintió al instante de haber sido tan gráfica. Ahora sí me verá como un monstruo, pensó.

—¿Ivette aún estaba viva cuando vos moristeis y regresasteis? —insistió Minerva, pronunciando cada palabra como si le hablara a alguien que no entendía conceptos básicos.

—Sí, abuela —repitió Charlotte pacientemente—. Estoy absolutamente segura.

—¡No puede ser! —murmuró la anciana volviendo a ponerse de pie, cubriendo sus mejillas con sus manos, y caminando de un lado a otro por la recámara—. ¡Esto… no puede ser!

—¿Qué sucede? —preguntó Charlotte, alarmada por la reacción de su abuela.

—¿Por qué regresasteis? ¡No erais la última Albermale en pie! —exclamó Minerva, mirándola con ojos llenos de pánico—. ¡Sólo regresa el último vivo que lleva el linaje! Le sucedió a lord Roderick, ¡y le sucedió a lord Charles!

—¿Lord Charles? —preguntó Charlotte, confundida.

—¡Mi esposo! —contestó Minerva con un tono de urgencia—. ¡Él también fue un regresor!

Los labios de Charlotte formaron un "oh", y su mirada inmediatamente se dirigió hacia el libro. Seguro allí estaba consignada su historia.

—No fue por algo como lo que os sucedió a vos o a lord Roderick —continuó Minerva con su voz llena de nostalgia y dolor—. Una enfermedad se llevó a sus padres, ¡y él murió muchas veces!

—¿Qué? —preguntó Charlotte, terriblemente confundida.

Minerva dejó caer sus hombros, como si el peso de esos recuerdos fuera demasiado grande para llevarlo sola.

—Cuando tenía quince años —empezó a contar, y su voz era apenas un murmullo—, lord Charles estaba muy enfermo. No tenía hermanos, sus padres estaban muertos, contrajo esa misma enfermedad y murió, pero despertó sólo un año antes. Intentó encontrar una cura, salvarse, pero volvió a morir. Y así, una y otra vez. Dijo que estuvo año tras año, vida tras vida, tratando de salvarse a sí mismo y a sus padres. No lo consiguió, y morir y volver lo estaba volviendo loco. Perdió la cuenta de las veces que murió y regresó, hasta que, encontrando los libros por casualidad, pues nadie le pudo revelar los secretos de Albermale así como yo he hecho con vos, entendió lo que tenía que hacer, así que… se casó conmigo, se aseguró de engendrarme un hijo… y así… al fin dejó de regresar, supongo.

Charlotte se puso en pie y caminó hasta su abuela. Los ojos de Minerva estaban llenos de pesar, como si cada palabra que acababa de pronunciar fuera un puñal clavado en su corazón.

—Lo… Lo siento tanto…

—Es un don maravilloso el que lleva vuestra sangre —sonrió Minerva con los ojos llenos de lágrimas—. Pero también terriblemente cruel. Por eso, no me cabe duda alguna. Sólo el último Albermale en pie puede regresar. Lo que significa… ¡que Ivette no es hija de Anthony! —Aquello era tan grave que Charlotte no pudo decir nada—. Si ella estaba viva cuando vos regresasteis, no es una Albermale. ¡No hay error en eso!

Charlotte tragó saliva comprendiendo al fin. No era un error en las condiciones para la regresión. Era una ley. Se cumplía sí o sí.

—¡Maldita perra! —farfullaba Minerva, inquieta de nuevo, yendo de un lado a otro—. ¡Esa víbora sin corazón! Elaine intentó matarme porque sabe que soy una piedra en su camino. Oh, debió asegurarse de que me muriera, ¡porque ahora seré la causa de su ruina!

—Pero si no es hija de papá… ¿de quién es? —Minerva la miró fijamente, guardando silencio por un momento. Se cruzó de brazos y su mente empezó a trabajar.

—Antes del nacimiento de Kenneth, Elaine tuvo un aborto —dijo, como si hiciera memoria del pasado, pero su pie golpeteaba el piso con afán. Tropezó y perdió el bebé, o eso dijo. Tuvo que esperar mucho tiempo para… cumplir de nuevo sus deberes de esposa, y luego sí, nació Kenneth. Un niño rubio…

Inconscientemente, Charlotte se pasó la mano por su cabello negro.

Ambas se miraron.

Una extraña comprensión surgió entre las dos. Sin decir una palabra, ambas lo entendieron. No era difícil para Elaine abortar al verdadero hijo de Anthony, y luego, parir a los de su amante.

Kenneth e Ivette eran idénticos, como si fueran mellizos. Y ninguno se parecía a Anthony, lo que las hizo concluir que ambos

eran hermanos de padre y madre… y ese padre no era Anthony.

—¡Maldita! —gruñía la anciana—. ¡Metió a sus bastardos bajo mi techo! ¡Os acusaba a vos de ser una bastarda producto de la infidelidad de su esposo cuando ella misma era una perra desvergonzada que le parió hijos a su amante! ¡Quiero saber quién es el infeliz y matarlo! ¡Hay que matarlos a todos, Charlotte!

—Abuela…

—¡No! ¡No entendéis lo que está pasando! Tendréis que tomar de nuevo el título de condesa a la fuerza. No podemos permitir que Kenneth siga en el poder.

—¿Pero qué estáis diciendo? ¿Entendéis lo que me estáis pidiendo?

—Sois vos la que no entendéis. Si no lo hacéis, el día que muráis, sea de vieja, o por una espada, volveréis a los nueve años, una y otra vez, así como le sucedió a mi Charles, hasta que toméis el poder. El título sólo puede llevarlo un verdadero Albermale, y esa sois vos.

—Pero no estamos totalmente seguras —titubeó Charlotte.

—Yo sí estoy segura —dijo Minerva con severidad, empuñando la mano sobre su pecho—. Siempre lo supe. Dentro de mí, algo me hacía rechazar a esos dos. ¿No os parece extraño que sólo sintiera afinidad con vos? Es porque sois mi única nieta. La única Albermale en pie.

Charlotte guardó silencio, tratando de asimilar aquella verdad. Era como si cada palabra pronunciada hasta ahora estuviera cayendo sobre ella como un rocas invisibles, pero insoportables. Si era cierto, y Elaine tenía un amante, había que encontrarlo. Si Kenneth no era hijo de Anthony, no podía seguir en el poder. Pero la sola idea de iniciar de nuevo una revuelta, asumir el título y provocar muertes…

Sin embargo, la sonrisa de su padre vino a sus recuerdos como un golpe directo a su alma. No era justo con él. No podía permitir que Elaine se saliera con la suya. No podía tolerar que el legado de los Albermale quedara manchado por la traición y el engaño.

—Tenemos que hacer todo lo posible por encontrar al amante de Elaine y exponerla —dijo Minerva con fuego en su mirada y su voz vibrando de indignación—. Hay que arrastrarla y escarnecerla por adúltera, por pretender meter a sus bastardos en la línea de herederos de Albermale.

—Eso no va a ser fácil —respondió Charlotte, frunciendo el ceño.

—No importa. El escándalo la destruirá igualmente.

—Tal vez, pero eso no quitará a Kenneth de su lugar —replicó Charlotte con firmeza—. Si la encontramos con un amante ahora, nada puede confirmar que sea el mismo de cuando concibió a Kenneth. Además, Elaine es demasiado astuta para dejarse atrapar tan fácilmente.

—¡Ni siquiera se parecen! —exclamó Minerva, frustrada—. Kenneth e Ivette son idénticos entre sí, pero ninguno tiene ni una pizca de Anthony en ellos.

—Abuela, yo era idéntica a mi padre también en mi vida pasada, y eso no me ayudó en nada —contestó Charlotte con amargura—. Las apariencias no son garantía de nada. Podrían argumentar que los rasgos físicos varían, que es normal que no se parezcan a lord Anthony…

—Entonces… podríamos difundir rumores entre los sirvientes y el pueblo —propuso Minerva con tono conspirativo—. Decir que Elaine ha estado robando fondos del feudo para dárselos a su amante.

—Eso no sería suficiente —respondió Charlotte, sacudiendo la cabeza—. Elaine siempre ha sido cuidadosa con su imagen pública. Tiene aliados entre los nobles y sirvientes leales. Un rumor no sería creído sin pruebas.

—¿Y si organizamos un enfrentamiento público? —sugirió Minerva —. Hacemos que uno de nuestros aliados la enfrente en una reunión del consejo, acusándola de adulterio.

—Demasiado arriesgado —replicó Charlotte—. Si no tenemos evidencia sólida, podría darle la oportunidad de contraatacar y hacernos quedar como mentirosos. Además, el rey odia las disputas internas.

—Entonces, ¿qué proponéis? —preguntó Minerva, frustrada—. No puedo morir dejando a ese bastardo como el supuesto conde de Albermale. No podría mirar a Charles o a Anthony a la cara en el más allá. Tenemos que detenerlo, ¡hay que hacer algo!

Charlotte respiró hondo, sabiendo que lo que estaba a punto de decir cambiaría el rumbo de todo.

—Atacar a Elaine no será suficiente. Debemos centrarnos en Kenneth.

—Ah, es mujeriego y bastante inepto, pero hay condes peores y no por eso les quitan el título.

—No. Si nos dedicamos a fondo, podríamos conseguirlo, y creo que… la única manera… sería demostrando que fue él quien asesinó a mi padre.

Aquellas palabras dejaron a Minerva en absoluto silencio. Ni siquiera respiraba, y al verla así, Charlotte se levantó rápidamente y caminó hacia ella, preocupada.

Minerva tuvo que apoyarse en ella, pues su cuerpo temblaba ligeramente. Su respiración volvió, aunque estaba entrecortada. La miró a los ojos de manera interrogante, y Charlotte apretó los labios antes de continuar.

—Estoy casi segura de que esos tres —dijo con voz pausada—, Elaine, Kenneth e Ivette, se confabularon para matarlo. Kenneth propuso el torneo para crear la ocasión perfecta. Pero los observé muy bien esa noche. Nunca estuvieron preocupados realmente. Ni una vez fueron a verlo a su recámara antes de que muriera, y al contrario, parecían aliviados de que todo saliera como habían planeado.

—No puede ser… —susurró Minerva, y Charlotte tuvo que guiarla de nuevo a un mueble. Buscó entre el servicio de té, pero este ya estaba frío, y no podía salir a pedirle a Martha otro poco. Resignada, se arrodilló frente a su abuela sosteniendo sus manos con ternura.

—Como todo fue demasiado sospechoso… le pedí a sir Theodore que juntara una cuadrilla y se dedicara a investigar el asunto con las pistas que ya tenía. Tenemos el puñal que hirió a mi padre, y el

veneno… así que buscamos por todo el castillo, dentro y fuera. Los hombres del rey nos estaban estorbando, así que tuvimos que ser muy cautelosos… y encontraron una capa con sangre y veneno. Era la capa del asesino.

—¿Vos… hicisteis todo eso? —preguntó Minerva, incrédula.

—Bueno… yo sólo le hablé de mis sospechas a sir Theodore —sonrió Charlotte, y sus ojos brillaron con una mezcla de orgullo admiración. Minerva recordó entonces que había una historia entre ella y el caballero que no le había contado, pero ahora lo importante era el descubrimiento que le estaba haciendo.

Se recostó en el sillón y respiró hondo. Sí. Tenía sentido que esas tres víboras hubieran quitado de en medio a Anthony para quedarse con todo. Sin embargo, algo en su mente seguía dando vueltas.

—¿Creéis que esos dos sepan que son bastardos? —preguntó finalmente.

Charlotte meneó la cabeza negando.

—No. No lo creo. Creo que piensan que son legítimos Albermale.

—¿Y aun así… se confabularon para matar a su padre? —insistió Minerva, horrorizada—. ¿Un padre que los crio con respeto y honor? Anthony nunca fue cruel con ellos. A Kenneth le exigía mucho, pero era porque sabía… que se convertiría en el próximo conde de Albermale, y su comportamiento dejaba mucho qué desear.

—Fue por mi culpa —susurró Charlotte, mirándola de reojo—. Vieron el amor de mi padre por mí, su preferencia, y empezaron a ponerse nerviosos.

—No —se opuso Minerva de inmediato, apretando la mano de su nieta con fuerza—. Él no os había reconocido entonces. Una ilegítima no reconocida jamás será competencia para los legítimos.

—Aun así… —murmuró Charlotte, incapaz de sacudirse la culpa.

—No —repitió Minerva con firmeza—. Es sólo que su corazón está podrido. Pero es una lástima —añadió, sonriendo con malicia y enseñando los dientes—, porque en el último suspiro, mi hijo os reconoció, y ante el rey, nada menos. Si acaso planeaban

expulsaros, deshacerse de vos, fracasaron. Charlotte… os lo ruego. Convertíos en la piedra en su zapato de la que no se pueden deshacer.

—El poder corrompe —susurró Charlotte, casi como si las palabras fueran un eco doloroso en su mente—. Ya comprobé por mí misma que no soy capaz de mantener el poder.

Minerva la miró fijamente, sus ojos estaban llenos de comprensión pero también de determinación.

—Pero esta vez no estaréis sola.

Charlotte bajó la mirada, pensando en todas las veces que había creído tener aliados, solo para descubrir que estaban jugando sus propios juegos.

—En el pasado tampoco lo estuve —dijo con voz apenas audible —. Sir Tyler, vicecapitán de la guardia, fue quien me alentó, apoyó e instruyó durante todo el camino. Y aun así… fracasé. Tenía todo el poder militar, pero no pude conservar el título.

Minerva frunció el ceño, procesando aquella información. Había algo más detrás de esas palabras, algo que Charlotte no estaba diciendo del todo.

—¿También sir Theodore os apoyó? —preguntó Minerva, buscando pistas en el rostro de su nieta.

La mirada de Charlotte cambió abruptamente. Parecía ser un tema demasiado espinoso para ella, y sin decir nada más, se puso en pie y se alejó de nuevo hacia la ventana. El sol comenzaba a ocultarse, proyectando largas sombras sobre el suelo.

—Más o menos —respondió finalmente con voz tensa—. Pero él… también murió.

Minerva sintió un escalofrío recorrer su espalda. No era difícil imaginar el peso de esa pérdida para Charlotte.

—¿Quién más os apoyaba?

Charlotte se detuvo frente a la ventana. Su mente parecía estar conectando piezas dispersas, hilando un rompecabezas que había permanecido incompleto hasta ahora. De repente, sus pensamientos

entraron en una espiral de descubrimientos, y tuvo que cubrirse los labios con una mano temblorosa cuando la comprensión llegó a ella como un golpe.

—Sir Armand… —murmuró, y luego giró hacia su abuela con los ojos brillantes de indignación—. Él es.

—¿Él es qué? —preguntó Minerva, inclinándose hacia adelante.

—El padre de esos dos. Sir Armand… es el amante de Elaine.

Minerva se puso en pie de inmediato y caminó hasta ella, mirándola fijamente, como si tratara de discernir si aquello era cierto o simplemente una sospecha infundada.

Charlotte se apoyó en el marco de la ventana, tomando aire profundamente. Todo tenía sentido ahora. Las piezas encajaban perfectamente, como si hubieran estado esperando este momento para revelar la verdad.

—Él vino con Elaine desde sus tierras cuando se casó con lord Anthony, ¿no es así? —dijo Charlotte, su voz sonaba firme pero también llena de ira. Minerva asintió lentamente—. Mi padre me dijo una vez que le era leal a Albermale, pero él… a mí me traicionó para poner a Ivette en mi lugar. Nunca estuvo realmente de mi lado. Fingió hacerlo.

Charlotte se rascó la frente, sintiendo que su cuerpo temblaba ligeramente. Era increíble que hasta ahora lo comprendiera. Siempre había culpado su propia ineptitud, su falta de educación, el ser ilegítima, el odio de la gente hacia ella, pero no sabía que ese odio no era infundado. Todo tenía un origen, y ese origen era Armand.

—Por eso nada salía bien —murmuró, cerrando los ojos brevemente—. Todos los decretos que expedía llegaban tarde a los territorios, siempre había errores en las cartas, mis palabras se malentendían, las negociaciones terminaban en disputas… Nada salía como yo quería en los asuntos administrativos… porque él estaba ahí, siéndome tropiezo en cada paso… Y una y otra vez, tenía que recurrir a la fuerza para que mis palabras fueran obedecidas.

Minerva la miraba en silencio. Los ojos de Charlotte estaban brillantes por las lágrimas, pero eran lágrimas de indignación, no de

debilidad. Ahora entendía que su fracaso no había sido solo culpa suya.

—Abuela, hice muchas cosas atroces… Nadie me obedecía, nadie me respetaba. Continuamente intentaban envenenarme, provocaban accidentes con mi caballo, con mis armas… Y yo culpaba a las doncellas y criadas. Las castigaba como dictaba la ley… pero era él… Él provocó mi caída… Él…

—Si es el amante de esa arpía, tiene que ser malvado también —dijo Minerva con odio—. No me extrañaría para nada que fuera él quien le llenara la cabeza a esa tonta de todas estas ideas malvadas para apoderarse de Albermale.

—Desde jóvenes están tratando de conseguir un territorio tan rico y próspero para ellos —añadió Charlotte con su voz vibrando de furia.

—Entonces no solo son malvados —continuó Minerva—. Son meticulosos, y pacientes, capaces de hacer planes a tan largo plazo. Debemos tener mucho cuidado si queremos exponerlos. No podemos ir a tientas.

Charlotte cerró los ojos con fuerza. Sentía que todo caía sobre ella como una lluvia helada. Aunque ahora mismo todo eran conjeturas, todo tenía sentido, todo encajaba. Armand siendo el verdadero padre de Kenneth e Ivette, y es que incluso se parecían; siendo el amante de Elaine, y el instigador de la muerte del conde. Tanto en el pasado como ahora, él era el líder en las sombras, un titiritero malvado que controlaba muy bien los hilos de sus herramientas.

—Pero esta vez no estáis sola —le dijo Minerva, poniendo una mano en su hombro. Charlotte abrió los ojos, sintiendo de nuevo calidez en medio de la tormenta de emociones que la consumía—. Me tenéis a mí, a vuestras doncellas, a toda la familia que os apoyó cuando os reconocieron… y a sir Theodore.

Ella esquivó su mirada, con las mejillas un poco sonrojadas. En esta vida, la actitud de Theodore hacia ella era muy diferente a la del pasado. La miraba diferente, procuraba verla sonreír, la apoyaba

en cada cosa. Con sólo una pequeña insinuación acerca de la muerte del lord, él había entendido qué quería encontrar ella, enviando a sus hombres y obteniendo resultados asombrosamente rápido.

Pero todavía le asustaba tomar el poder. No importaba que ahora contara con más apoyo que antes, que el pueblo la amara, no podía evitar sentirse entrando a aguas pantanosas. Cada paso que daba parecía hundirla más en una red de responsabilidades y peligros que no estaba segura de poder manejar.

—¿Aún queréis dejar las cosas como están? —preguntó Minerva, llamando la atención de su nieta, que miraba al horizonte con su mente perdida—. ¿Aún creéis que hay alternativa?

Charlotte no dijo nada.

No, no la había. Pero las barreras y los miedos en su alma habían sido grabados con sangre y fuego. La sangre de sus seres amados, el fuego que la consumió desde adentro.

—Tenéis mucho en qué pensar —dijo Minerva finalmente, como dándole permiso de retirarse. Su voz era suave pero firme, como si supiera que su nieta necesitaba espacio para procesar todo lo que acababan de discutir.

Una vez afuera, Martha y Theodore la miraron de manera interrogante, pero Charlotte no dijo nada. Simplemente avanzó a través del castillo hasta hallarse en el exterior, donde el aire fresco y el vasto horizonte parecían ofrecer un poco de paz a su mente agitada.

—Prepararé uno de los caballos —dijo Theodore sin necesidad de recibir orden alguna. Su voz era calmada, pero había una determinación implícita en cada palabra. Conocía bien a Charlotte, sabía cuándo ella necesitaba actuar sin palabras.

Charlotte se quedó mirando su ancha espalda, sintiendo otra vez ese anhelo familiar que siempre surgía cuando él estaba cerca. En el pasado también había sido así. Cuando estaba confundida, cuando necesitaba un consejo, su primer deseo era hablar con él, escuchar sus palabras. Éstas solían ser cortantes, directas, pero siempre

acertadas. Y aunque eso pudiera resultar incómodo para algunos, a ella nunca le había importado.

Verlo de lejos, había jurado con el hacha en su cuello. No había cumplido esa promesa. Lo amaba demasiado para sólo mirarlo y ya.

—Martha… —llamó Charlotte, volviendo al presente.

—¿Sí, mi señora?

—Dejadme a solas con sir Theodore.

—Pero, mi señora… —Martha frunció el ceño, preocupada—. ¿Es prudente?

—Sólo daré un paseo por los alrededores —respondió Charlotte con una sonrisa tranquilizadora—. Y no haremos nada escandaloso.

—Oh… Nunca se me ocurriría sugerir tal cosa —replicó Martha, aunque su expresión seguía contrariada. Charlotte rio suavemente, sabiendo que su doncella no estaba completamente convencida, pero tampoco insistiría más.

Minutos después, Theodore llegó con los caballos, pero sólo requirieron de dos. Salieron de las murallas del castillo en silencio. Charlotte iba delante, pensando, pensando. Todo lo que acababa de hablar con su abuela daba vueltas en su mente, y poco a poco, mientras el sol a lo lejos comenzaba a tornar las nubes de color naranja y se preparaba para ponerse, la mente de Charlotte se fue aclarando, llegando a conclusiones.

De regreso al castillo, tomaron el camino de la cabaña de los médicos. Antes se llamaba "La cabaña de Nelly", pero ahora era una especie de laboratorio donde se experimentaba con medicinas y técnicas de lo que en Albermale se llamaban "primeros auxilios". Un pequeño arroyo rodeaba la cabaña, éste corría hacia el sur y desembocaba en el lago rodeado por los robles amarillos. El agua era fría todo el año, pura y bebible.

Se bajó de Scooper, el caballo de pelaje cobrizo que le había regalado su padre cuando era una niña, y lo ató lo suficientemente flojo como para dejarlo pastar. Scooper empezó a masticar ajeno a

sus emociones, y mientras, ella se apoyó en el barandal del puente de madera que cruzaba el arroyo.

Allí permaneció por largos minutos, mientras el cielo poco a poco se iba oscureciendo, y las luciérnagas, los grillos y las ranas empezaban a cantar dándole la bienvenida a la noche.

—Algo os preocupa —dijo la voz de Theodore, rompiendo el silencio.

En ningún momento, Charlotte se había olvidado de su presencia. Era gracias a él que podía sentirse tan tranquila, y no le extrañó para nada que él notara su inquietud.

Movió su cabeza, pero no lo miró directamente. Si lo hacía, seguramente delataría su necesidad. Era por eso que casi nunca lo miraba a los ojos.

—Sir Theodore… He descubierto algo grave y terrible —susurró; su voz era apenas audible bajo el coro nocturno de los insectos.

Él guardó silencio, esperando. Seguramente sabía que, si le correspondía saberlo, ella se lo diría.

Siempre tan correcto, sonrió ella.

—Soy… la única hija verdadera de lord Anthony —continuó, su voz sonaba un poco temblorosa—. Kenneth e Ivette… son bastardos, hijos de la aventura de lady Elaine con sir Armand.

El silencio fue atronador esta vez, y Charlotte tuvo que girarse a mirar a Theodore, pues ni siquiera se le escuchaba respirar.

Él lucía espantado, terriblemente sorprendido por la información que acababa de estallar en su cara. Charlotte hizo una mueca.

—Y eso no es todo —añadió, volviendo a apoyarse en la baranda de madera—. Esos cuatro… se confabularon para asesinar a mi padre. Quieren tomar Albermale para sí, pensaban deshacerse de mí, pero todo les salió mal cuando mi padre me reconoció ante el rey. Mi abuela… quiere que tome el título. Pero…

Theodore dio un paso adelante, y antes de que Charlotte pudiera decir algo más, se hincó sobre una rodilla frente a ella. Desenvainó

su espada y la clavó en el puente de madera, dejando que el acero brillara bajo la tenue luz de la luna.

—Escuchadme bien, mi señora —dijo con voz solemne, cargada de reverencia—. Desde este día, hasta el último aliento que abandone mi cuerpo, juro sobre mi honor y mi espada que mi vida, mi fuerza y mi lealtad estarán siempre a vuestro servicio. Que los cielos sean testigos de mi juramento: jamás permitiré que dañen aquello que es vuestro por derecho. Seré vuestro escudo contra los traidores, vuestra espada contra los enemigos, y vuestro servidor en todo lo que necesitéis.

Charlotte se giró sólo para encontrarlo hincado ante ella, su semblante era serio y sus ojos seguían fijos en los de ella. La solemnidad del momento la dejó sin palabras. Era un juramento antiguo, uno que resonaba con la tradición y el honor de los caballeros de antaño.

—Sir Theodore… —balbuceó, incrédula.

—Si vuestro plan es tomar el título, contad conmigo. Arrasaré con vuestros enemigos. Defenderé Albermale con mi vida si es necesario. No temáis, mi señora. Jamás fallaré en mi deber para con vos.

Charlotte tenía los ojos muy abiertos, todavía incrédula por lo que sus propios ojos estaban presenciando.

—Pero… ¿No habéis pensado ni un segundo… en que podría estar mintiendo? —preguntó, buscando alguna fisura en su confianza.

Theodore levantó la mirada, y sus ojos ambarinos brillaron con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Mi señora… Vos jamás tejeríais tan graves mentiras sólo por hambre de poder. Vuestro corazón es puro y bueno, y más que la ambición, sé que lo que os motiva es el bienestar del pueblo. Lo sé en mi corazón.

—¿Vos… lo creéis?

—Estoy seguro —respondió él con absoluta convicción—. Mi lady ha demostrado hasta hoy ser la mujer más noble, valiente y bondadosa que jamás conoceré. Es por eso que mi espada y mi fuerza os pertenecen. Y también… —se detuvo, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

Charlotte estuvo a punto de preguntarle: ¿Y también qué? Pero no se atrevió.

Al parecer, él tampoco lo consideró pertinente. Una cosa era la lealtad del caballero, otra cosa, su corazón.

—Contad conmigo —le ofreció él finalmente, poniéndose de pie y envainando su espada.

Charlotte dio unos pasos hacia él, y Theodore volvió a levantar la mirada.

—Sí. Siempre me he apoyado mucho en vos… y me temo que, de ahora en más, seguiré haciéndolo.

—Será un honor para mí —respondió él, inclinando ligeramente la cabeza.

Ella sonrió. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no eran de incertidumbre, miedo, ni nada de esas emociones negativas. Estaba feliz.

Y él sólo le había jurado lealtad.

15

Al día siguiente, Kenneth convocó a todos los vasallos de Albermale para una asamblea urgente. Dado que la mayoría ya se encontraba en el castillo principal debido al reciente luto por la muerte de Anthony, fue relativamente fácil reunirlos en poco tiempo. Las asambleas de vasallos eran un evento formal y estructurado, diseñado no solo para discutir asuntos prácticos, sino también para reafirmar jerarquías y consolidar alianzas. Cada detalle, desde la disposición de los asientos hasta el protocolo de intervenciones, estaba cuidadosamente planeado para reflejar el orden feudal.

El gran salón, con su imponente mesa central de roble tallado, era el escenario perfecto para tales reuniones. Los estandartes de las familias vasallas colgaban de las paredes, aunque muchos aún permanecían a media asta en señal de respeto por el difunto conde. Sin embargo, los preparativos para la transición de poder eran evidentes: el sitial principal, reservado para el señor de Albermale, había sido limpiado y adornado con el emblema de los Albermale, listo para ser ocupado por Kenneth como el nuevo conde. Era una declaración visual de su intención de asumir el control sin demora.

Charlotte asistió como una terrateniente más. Greenlake, su territorio, era promedio en extensión y riqueza entre los dominios vasallos de Albermale. Aunque actualmente estaba administrado por un mayordomo y su familia, Charlotte era la legítima dueña y señora, y así se presentó, entrando al salón con la cabeza alta y vestida con ropajes que reflejaban su posición. Su presencia no pasó desapercibida; algunos vasallos la observaron con curiosidad, mientras que otros intercambiaron murmullos sobre su papel en el futuro de Albermale.

La reunión comenzó con la presentación de cada uno de los asistentes, un ritual que servía tanto para recordar la importancia de cada familia como para establecer un ambiente de formalidad. Kenneth, sentado en el sitial principal, avanzó rápidamente en su agenda. No era hombre de perder tiempo en cortesías innecesarias.

Primero abordó temas financieros: nuevos impuestos para reponer las arcas del feudo, el estado de los graneros tras la última cosecha y la necesidad de aumentar el número de soldados disponibles. Uno a uno, cubrió los puntos de la reunión, presentando cifras y proyecciones que reflejaban el estado general de Albermale. Para Charlotte, estas cifras no eran desconocidas. Había ayudado activamente a su padre en la administración del feudo durante años. Aunque era joven, su agudeza mental y capacidad para tomar decisiones hacía que incluso Armand tuviera que consultarla antes de implementar cambios significativos.

Luego de discutir los aspectos económicos y militares, Kenneth pasó a un tema más personal pero igualmente crucial en la política feudal: los matrimonios.

—Como sabéis —empezó Kenneth, su tono ligeramente más relajado pero aún teñido de autoridad—, estoy buscando esposa. Mi madre ha enviado cartas a varias familias nobles para explorar posibles alianzas. Estoy seguro de que pronto tendremos buenas noticias al respecto.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. El matrimonio de Kenneth no solo consolidaría su posición como conde, sino que también fortalecería las relaciones políticas de Albermale. Sin embargo, la atención de Charlotte se centró cuando Kenneth mencionó a Ivette.

—Ivette, mi hermana, ya ha sido prometida a la familia Ashby, los condes de Wychwood —continuó Kenneth con voz firme—. Antes de la muerte de nuestro padre, se acordó esta unión, y ahora me corresponde a mí entregar su dote. La boda debe realizarse pronto, ya que Ivette está por encima de la edad recomendada para casarse.

Charlotte apretó los labios. Sabía que este matrimonio no solo era un acuerdo político, sino también una forma de asegurar la lealtad de los Wychwood. Sin embargo, algo en la forma en que Kenneth hablaba de Ivette le resultaba incómodo, como si la viera más como una mercancía que como su propia hermana.

Pero nada de eso la extrañaba, realmente.

Finalmente, llegó el turno de hablar del matrimonio de Charlotte. Ella elevó la mirada, nerviosa pero alerta. Otra vez estaban hablando de casarla, pero tenía la confianza suficiente para insistir en que fuera su abuela quien se ocupara de ese asunto, o en el peor de los casos, ella misma. No pensaba dejarle a Kenneth esa responsabilidad.

—El rey ha dicho que hay un candidato aceptable para vos —dijo Kenneth, y cada palabra parecía quemarle la lengua. Su expresión era una mezcla de irritación y desdén, como si considerara innecesario discutir este tema en público.

Charlotte lo miró, confundida.

—Esperad… —interrumpió, levantando una mano para detenerlo cuando Kenneth intentó pasar al siguiente punto de la agenda. Él la miró como si quisiera fulminarla allí mismo, como si fuera una niña impertinente que no entendía su lugar—. ¿Sabéis quién…?

—No lo sé —la interrumpió Kenneth bruscamente, sin sostenerle la mirada. Claramente, no tenía intención de dar más explicaciones y siguió adelante con la reunión.

El corazón de Charlotte latía acelerado. Ignoró la grosería de Kenneth al impedirle completar sus palabras; su mente estaba centrada en esta nueva noticia. El rey decidiría a su esposo, y aquello era tanto un honor como una prisión. Quienquiera que fuera el hombre seleccionado por Su Majestad, ella no tendría opción de rechazarlo.

—Por cierto, ¿para cuándo tenéis programada vuestra partida? —preguntó Kenneth, casi escupiendo las palabras. Su tono era brusco, como si estuviera hablando con una intrusa en lugar de una terrateniente legítima.

Charlotte lo miró fijamente durante largos segundos, sosteniendo su mirada con calma. Sabía que responder impulsivamente solo jugaría a favor de Kenneth, así que respiró hondo antes de contestar.

—Me iré a mi territorio a finales de agosto —dijo finalmente; su voz era tranquila pero firme.

—¡Agosto! —exclamó Kenneth, golpeando ligeramente la mesa con la palma de la mano—. ¿Por qué esperaríais tanto tiempo? ¿Es que acaso pretendéis aprovecharos de nuestra hospitalidad hasta entonces?

La sala quedó en silencio. Los vasallos presentes observaban la escena con atención, algunos incómodos ante la creciente hostilidad de Kenneth, otros interesados en cómo Charlotte manejaría la situación.

—Agosto es el mes ideal para mi partida por varias razones, lord Kenneth —explicó Charlotte, cuidadosa de mantener un tono respetuoso pero seguro—. Y si me permitís, os lo explicaré.

Kenneth frunció el ceño, claramente irritado por la sugerencia de que necesitaba una justificación. Sin embargo, los demás presentes murmuraron su acuerdo, curiosos por escuchar sus razones. Kenneth se vio obligado a cederle la palabra, aunque su expresión dejaba claro que no estaba contento.

—En primer lugar —comenzó Charlotte, levantando ligeramente la barbilla—, mi abuela ha decidido acompañarme a Greenlake. Su salud aún no es óptima tras el reciente luto, y pasar el verano aquí le permitirá recuperarse antes del viaje.

Kenneth la interrumpió bruscamente, golpeando la mesa con más fuerza esta vez.

—¡No os llevaréis a mi abuela! —gritó, su voz resonando en el salón. Los presentes lo miraron sorprendidos, algunos con incomodidad, otros con disimulado interés. Incluso Charlotte lo observó con el ceño fruncido, aunque mantuvo la compostura.

—La única que puede tomar tal decisión es ella misma —respondió Charlotte con voz calmada, aunque sus ojos brillaban con determinación—. Pero dejemos eso de lado por ahora. Además de su salud, tengo asuntos importantes que coordinar antes de partir. Debo planear qué sirvientes y soldados me acompañarán, y eso requiere tiempo.

—Los mínimos —sentenció Kenneth, cruzándose de brazos—. No permitiré que os llevéis nada de Albermale más de lo que os corresponde.

Charlotte sonrió ligeramente, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos.

—Otra vez, lord Kenneth —dijo, inclinándose hacia adelante levemente—, esa no es una decisión que dependa de vos. Según las leyes de Albermale, cada aldeano, campesino, criado o sirviente es libre de elegir si desea seguir a su señor, siempre y cuando no tenga una deuda pendiente. Esa libertad no puede ser anulada ni por vos ni por nadie.

Kenneth hizo rodar los ojos, pero no pudo ocultar su frustración. Odiaba algunas de las leyes de Albermale, especialmente aquellas que limitaban su poder como conde. Una de ellas era la edad mínima para el matrimonio femenino: dieciséis años. Era una regla vista como una aberración en comparación con otras regiones, donde las mujeres solían casarse mucho antes. Esto complicaba las alianzas matrimoniales, ya que muchos padres se impacientaban y, en ocasiones, incluso rompían compromisos antes de que las prometidas alcanzaran la edad legal.

Pero "inamovible" significaba exactamente eso. Las leyes inamovibles de Albermale solo podían ser modificadas mediante una reunión extraordinaria de diez ancianos con sangre de Albermale en sus venas. Y en ese momento, ni siquiera había suficientes ancianos cercanos o leales a Kenneth para convocar tal evento.

Sin embargo, Kenneth estaba convencido de que nadie querría seguir a Charlotte a Greenlake. El castillo principal no solo era el más grande y cómodo de todo el feudo, sino también el mejor equipado para todos los oficios. Desde los matarifes hasta los herreros y costureras, cada uno tenía su propia estancia especializada. Nadie en su sano juicio abandonaría tales comodidades por un territorio pequeño e incómodo como Greenlake.

Aunque, pensó con amargura, incluso Greenlake seguía las leyes de construcción de Albermale, otra de esas normas inamovibles.

Todo edificio debía cumplir con ciertos estándares de calidad y espacio, asegurando que incluso los territorios más pequeños tuvieran estructuras adecuadas para la vida cotidiana. Aun así, Greenlake no podía compararse al castillo principal.

Kenneth decidió cambiar de táctica, adoptando un tono más sarcástico.

—Muy bien, lady Charlotte —dijo, fingiendo resignación—. Si insistís en esperar hasta agosto, supongo que tendréis tiempo de sobra para convencer a alguien de que os acompañe. Aunque dudo que muchos estén dispuestos a renunciar a las comodidades de este castillo.

Charlotte sonrió de nuevo, esta vez con más confianza.

—Eso, lord Kenneth, lo decidirán ellos mismos. No yo, ni vos.

La tensión en la sala se hacía cada vez más visible, pero Charlotte sabía que había marcado un punto importante. Kenneth podía intentar controlarla de muchas maneras, pero las leyes de Albermale eran un muro infranqueable incluso para él.

La discusión sobre la partida de Charlotte parecía haber llegado a un punto muerto, pero ella no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de presionar a Kenneth sobre un tema mucho más delicado: el asesinato de su padre. Mientras Kenneth se reacomodaba en su sitial, visiblemente incómodo tras la última réplica de Charlotte, esta aprovechó el silencio momentáneo para lanzar su siguiente pregunta.

—Lord Kenneth, me gustaría saber qué avances ha hecho vuestra investigación sobre el asesinato de mi padre, lord Anthony.

El salón quedó en silencio. Los vasallos intercambiaron miradas, algunos sorprendidos por la audacia de Charlotte, otros intrigados por cómo respondería Kenneth. Este último parpadeó rápidamente, como si no esperara que el tema se abordara tan directamente en una asamblea pública.

—¿Avances? —repitió Kenneth, forzando una sonrisa demasiado tensa para ser natural—. Lady Charlotte, ya os he dicho que este asunto está en manos del rey. No es algo que debamos discutir aquí.

Charlotte inclinó ligeramente la cabeza, manteniendo una expresión neutral.

—Con todo respeto, lord Kenneth, el asesinato de nuestro señor afecta a todos los presentes. Somos sus vasallos, su familia, y merecemos saber qué se está haciendo para encontrar justicia. ¿O acaso creéis que podemos seguir adelante sin respuestas?

Kenneth frunció el ceño, visiblemente molesto. Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir algo, una voz profunda y autoritaria resonó desde el extremo de la mesa.

—Lady Charlotte tiene razón —dijo sir Reginald De Warenne, líder del territorio montañoso de Blackridge. Era uno de los vasallos más influyentes de Albermale, cuya lealtad siempre había sido firme hacia Albermale. Su abuela Minerva le había contado que los de Warenne habían acompañado a los Albermale desde la llegada de lord Wulfric, siendo desde entonces grandes amigos.

Su territorio, situado en las colinas escarpadas al norte, era conocido tanto por su riqueza en minerales como por su independencia política, en una época, esas montañas habían contenido oro, y fue luego de su conquista que se acuñó el apellido Montfort.

Sir Reginald se puso de pie lentamente, su figura era tan imponente que captaba la atención de todos.

—El asesinato de lord Anthony no es solo un crimen contra su familia, sino contra todos nosotros. Sin justicia, no habrá paz en Albermale.

Kenneth lo miró con irritación mal disimulada, pero sabía que no podía ignorar a sir Reginald. Los De Warenne eran demasiado

poderosos como para ser desestimados, y su proximidad al castillo principal hacía que su opinión tuviera un peso significativo.

—Estoy… estoy investigando personalmente —respondió Kenneth con tono vacilante—. He hablado con varios testigos y revisado los informes de los guardias. Creemos que fue un acto aislado, tal vez cometido por un intruso.

Charlotte arqueó una ceja, incrédula.

—¿Un intruso? —preguntó, su voz cargada de escepticismo—. ¿Y qué pruebas tenéis de eso? ¿Alguna pista sobre quién podría ser este "intruso"?

Kenneth se movió incómodo en su asiento.

—Todavía estamos recopilando evidencias —dijo, evitando mirarla directamente—. Es un proceso complicado, pero os aseguro que no descansaré hasta que se haga justicia.

Sir Reginald cruzó los brazos sobre su pecho con expresión severa.

—¿Y qué medidas habéis tomado exactamente, lord Kenneth? —insistió—. Hasta ahora, no hemos visto ninguna acción concreta. ¿Habéis interrogado a los criados? ¿Revisado las puertas y ventanas del castillo en busca de signos de entrada forzada? ¿O acaso estáis esperando que el culpable se entregue por voluntad propia?

Kenneth apretó los labios, visiblemente incómodo bajo el escrutinio de sir Reginald. Sabía que cualquier respuesta que diera sería insuficiente, pero también sabía que no podía permitirse quedar como un líder ineficaz frente a sus vasallos.

—He ordenado aumentar la vigilancia en el castillo —respondió finalmente, su voz más alta para ocultar su nerviosismo—. También he enviado cartas al rey solicitando su ayuda. Pero, como bien sabéis, estas cosas toman tiempo.

Charlotte intercambió una mirada rápida con sir Reginald, quien asintió casi imperceptiblemente. Ambos sabían que Kenneth estaba improvisando, tratando de ganar tiempo sin ofrecer nada tangible.

—Entonces, si entiendo correctamente —dijo Charlotte—, no habéis encontrado ni una sola prueba concluyente sobre quién asesinó a mi padre. Ni siquiera habéis identificado a un sospechoso.

Kenneth se levantó de golpe, su paciencia había llegado al límite.

—¡No puedo hacer milagros, Charlotte! —exclamó—. Estoy haciendo todo lo posible, pero no soy mago. Si queréis hacer acusaciones infundadas, sugiero que busquéis otro lugar para hacerlo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Los vasallos miraban alternativamente a Kenneth y a Charlotte, algunos con incomodidad, otros con interés. Sir Reginald, sin embargo, no se dejó intimidar.

—No se trata de hacer acusaciones infundadas, lord Kenneth —dijo—. Se trata de buscar la verdad. Y hasta ahora, vuestras acciones no inspiran confianza. Espero que pronto tengáis algo más concreto que ofrecernos, o temo que nuestras familias comenzarán a hacer sus propias preguntas.

Kenneth miró a sir Reginald con odio, pero no dijo nada más. Sabía que había perdido esta batalla verbal. Con un gesto brusco, señaló el final de la reunión.

—Eso es todo por hoy —anunció con tono cortante—. Retiraos.

Los vasallos comenzaron a levantarse lentamente, murmurando entre ellos mientras abandonaban el salón. Charlotte permaneció sentada por un momento más, observando a Kenneth como si quisiera traspasarlo. Sabía que había marcado un punto importante: Kenneth no podía seguir evadiendo el tema del asesinato de Anthony sin perder credibilidad ante sus vasallos. Una pequeña victoria, la semilla de la duda había sido sembrada con éxito.

Mientras salía del salón, Charlotte notó que sir Reginald la observaba desde la distancia. Cuando sus miradas se encontraron, él le hizo un leve gesto con la cabeza, como si estuviera reconociendo su valentía. Charlotte respondió con una inclinación casi imperceptible, sabiendo que acababa de ganar un aliado potencial en su búsqueda de justicia.

—¿Por qué hasta agosto? —le preguntó Minerva después, mientras paseaban juntas por el patio interior del castillo. Martha caminaba unos pasos detrás de ellas, junto a uno de los escoltas asignados por Theodore, pero su presencia apenas interrumpía la conversación íntima entre abuela y nieta.

Sin pensarlo, los pies de Charlotte la llevaron inconscientemente al patio de armas, donde los caballeros entrenaban bajo el sol de la mañana. Sus ojos buscaron inmediatamente a sir Theodore, quien estaba practicando con un joven escudero. El sonido metálico de las espadas resonaba en el aire, mezclándose con las risas y gritos de ánimo de los espectadores.

Lo observó un momento antes de responder a su abuela, bajando la voz para evitar que otros pudieran escucharla.

—Necesito pruebas de la infidelidad de… cierta dama —dijo casi sin mover los labios, como si temiera que las paredes pudieran hablar.

Minerva frunció ligeramente el ceño, aunque no parecía sorprendida. Sabía que Charlotte tenía instinto para el detalle y una mente afilada cuando se trataba de estrategia.

—Pero pensé que nos concentraríamos en Kenneth.

—Oh, sí —sonrió Charlotte—. Él es el punto central de todo esto, pero no quiero que esa bruja quede impune luego de años de engaño. Cada vez estoy más segura de que ese perro no puede ser hijo de mi padre.

Minerva dejó escapar un suspiro largo y pesado, colocando una mano sobre el brazo de su nieta para calmarla. Quería decirle que fuera paciente, que no dejara que la ira nublara su juicio, pero sabía que sería inútil. Charlotte era terca, igual que su padre, y cuando algo se le metía en la cabeza, no descansaba hasta conseguirlo.

Sin embargo, cuando Minerva siguió la dirección de la mirada de Charlotte, notó que sus ojos ya no estaban enfocados en el problema que discutían, sino en Theodore. Una sonrisa leve se dibujó en su rostro arrugado.

No era necesario preguntar a quién seguiría Theodore. Según lo que Charlotte le había contado, el caballero le había jurado lealtad en cuanto ella le reveló su situación, y ahora incluso le estaba ayudando a iniciar una rebelión.

Sir Theodore era un hombre honorable y valiente, y nadie merecía más ser feliz que Charlotte. Pero ahora, con la amenaza de que el rey la comprometiera con alguien más, Minerva sentía un peso en el pecho. ¿Qué pasaría si separaban a su nieta del hombre que amaba?, se preguntaba.

Los días fueron pasando con relativa calma, aunque la tensión nunca desaparecía del todo. Charlotte y Minerva tomaban sus comidas juntas la mayor parte del tiempo, evitando las cenas familiares siempre que podían. Cuando asistían, llegaban justo a tiempo y se retiraban temprano, minimizando cualquier contacto innecesario con Elaine e Ivette. Por otro lado, esas dos tenían poco tiempo para escupir veneno sobre ellas porque estaban ocupadas con otros asuntos, especialmente Ivette.

Ivette estaba completamente concentrada en su fiesta de bodas, convirtiéndola en un evento ostentoso que demostrara la riqueza y el poderío de Albermale, así como el aprecio por "la única hija legítima". Había traído sedas y encajes carísimos de todos los rincones del mundo, y cada día parecía más obsesionada con superar las expectativas. Insistía en ser tratada como la única heredera de Anthony, y aunque muchos asentían complaciéndola, lo hacían más por evitar conflictos que por verdadera convicción.

Mientras tanto, Charlotte enfrentaba otro desafío igual de complejo: seleccionar quién la acompañaría a Greenlake. Para su sorpresa, casi todos los sirvientes, criados y aldeanos querían irse con ella. La lealtad hacia su nueva señora era abrumadora, pero también planteaba un problema práctico.

Si permitía que todos los que deseaban seguirla abandonaran el castillo principal, dejarían Albermale prácticamente vacío. Además, Greenlake no tenía la infraestructura necesaria para sostener a tanta

gente a mediano y largo plazo. Aunque las leyes de Albermale aseguraban que cada persona debía mantener provisiones para emergencias y contar con un pequeño kit de primeros auxilios, la realidad era que incluso un territorio bien administrado tendría dificultades para alimentar y alojar a tantos recién llegados.

Sabía que este proceso no sería fácil, pero estaba decidida a hacerlo bien. Greenlake no solo sería su hogar; sería un reflejo de su liderazgo y determinación. A través de Greenlake podría demostrar que tenía el potencial de ser una buena condesa para Albermale.

En el pasado, no tuvo tal oportunidad, había tomado el poder repentinamente y por la fuerza; esta vez, debía ser más inteligente. Al dar pruebas de que Kenneth era el asesino de Lord Anthony, su rebelión estaría más que legitimada, pero necesitaba ir paso a paso, fríamente, con cada movimiento calculado y sin dar margen a errores.

Esta vez, todo debía salir bien. No quería, de ninguna manera, que la volvieran a llamar la condesa tirana.

16

Mientras Charlotte se preparaba y reunía a su equipo para el éxodo, Theodore había conformado una cuadrilla secreta dedicada a investigar el crimen contra el conde. Charlotte se reunía con ellos en pequeños grupos para no levantar sospechas, y quedaba impresionada por los avances que habían logrado en tan poco tiempo, a pesar de las restricciones impuestas por Kenneth. Las salidas fuera del territorio estaban estrictamente controladas, pero la red de contactos de Theodore era vasta y confiable.

En este corto año que llevaba aquí, Theodore se había ganado la confianza de varios soldados de alto rango. Al mostrar sus habilidades, fue ascendiendo cada vez más, y a pesar de su corta edad, ya era líder de un selecto grupo. Confiaba en ellos, y a algunos les había contado el plan de tomar el título de Albermale. Todos estaban más que entusiasmados con la expectativa, conscientes de que Charlotte sería mucho mejor condesa de lo que jamás sería Kenneth. Hasta ahora, ninguno de ellos sabía que tanto Kenneth como Ivette eran los verdaderos bastardos.

Sin pruebas, era difícil difundir tal rumor.

Por otro lado, Charlotte había intercambiado cartas con sir Reginald de Blackridge, codificando cuidadosamente los mensajes para evitar cualquier indicio explícito. Aunque confiaba en los hombres que entregaban las misivas, sabía que nunca se podía ser demasiado precavido. Cada palabra escrita era una posible arma que podía volverse en su contra.

Al igual que ella, sir Reginald mostraba su preocupación por el poco avance de Kenneth en una investigación que debía ser prioritaria, y le confió un grupo de sus propios hombres para que los usara en su búsqueda. Ellos serían enviados bajo el pretexto de acompañarla a Greenlake.

Charlotte sabía que estos hombres serían cruciales para sus planes futuros. No solo proporcionarían refuerzos en Greenlake, sino que también podrían ayudar a desentrañar los hilos de la

conspiración desde dentro del feudo. Con su ayuda, tendría más recursos para enfrentarse a Kenneth y Elaine cuando llegara el momento.

Sin embargo, mientras organizaba sus fuerzas, Charlotte no podía evitar sentir una mezcla de esperanza y ansiedad. El tiempo corría en su contra. Cuanto más tardaran en exponer la verdad, más consolidaría Kenneth su poder. Pero también sabía que precipitarse podría arruinarlo todo. Necesitaba paciencia, estrategia y, sobre todo, confianza en aquellos que la rodeaban.

—Habéis avanzado muchísimo —le dijo Charlotte a Theodore una noche mientras caminaban por los pasillos del castillo bajo la luz tenue de las antorchas.

Agosto ya casi llegaba a su fin, y Charlotte estaba cerca de completar sus preparativos para partir a Greenlake. Todo estaba prácticamente listo: el personal había sido seleccionado, los caballos estaban siendo preparados y las provisiones estaban aseguradas. Incluso Theodore tenía planeado un golpe maestro para desenmascarar al asesino material de lord Anthony, aunque aún esperaba la fecha exacta de la partida de Charlotte para ejecutarlo.

Sin embargo, había algo que seguía atormentándola: no había conseguido ninguna prueba fehaciente de la infidelidad de Elaine. Esa mujer era astuta, demasiado precavida para dejar rastros evidentes. Y aunque Charlotte sabía que Elaine llevaba años engañando a su padre con Armand, no tenía una justificación válida para husmear en sus aposentos sin levantar sospechas.

Estaba a punto de resignarse. Quizás nunca lograría demostrar lo infiel que Elaine había sido durante todo este tiempo. Tal vez tendría que conformarse con saber la verdad en silencio, sin poder hacer nada al respecto.

—Por el contrario, creo que vamos un poco lento —contestó Theodore con una mueca.

Estos paseos nocturnos se habían vuelto casi una costumbre entre ellos. Por lo general, subían a la muralla del castillo o a una de las torres con un pequeño balcón desde donde podían observar las

estrellas. Aquella noche, sin embargo, estaban bajando hacia las habitaciones de Charlotte. El aire fresco de la noche parecía haber calmado momentáneamente la mente agotada de ambos.

—Sir, sois un poco… demasiado exigente con vos mismo —sonrió ella, mirándolo con una sonrisa. Sus ojos azules brillaban bajo la tenue luz, atrapando la atención de Theodore de manera inevitable.

Ambos se detuvieron en medio del pasillo, mirándose el uno al otro en un silencio demasiado diciente. Era como si el mundo entero se hubiera desvanecido a su alrededor, dejando solo ese momento suspendido en el tiempo.

Los ojos de Charlotte bajaron involuntariamente a los labios de Theodore. Dios, llevaba toda una vida deseando un toque de esos labios, y luego se sonrojaba por lo indecentes que eran sus pensamientos, por lo corrompida que debía estar su mente. Pero no podía evitarlo. Había estado casada con él, aunque fuera brevemente, y esa conexión, aunque incompleta, había quedado grabada en su corazón para siempre.

Recordaba aquella noche en la que, después de embriagarlo, lo había llevado a su cama. Había sido en vano, pues él ni siquiera la tocó, pero ella había deseado con toda su alma ser su mujer, tener un hijo suyo. Este deseo no era nuevo, ni nacido de repente. Era un fuego que la había venido consumiendo lentamente, año tras año, desde que lo conoció.

Theodore, inevitablemente atraído por esos ojos azules que parecían pedir más de lo que sus labios se atrevían a expresar, dio un paso hacia ella. Elevó una mano hacia su rostro, acercándose lentamente.

Pero antes de que pudiera hacer contacto, escucharon voces cercanas. No era Martha, quien normalmente los seguía discretamente, sino hombres. Tal vez soldados.

¿Dónde estaba Martha?, se preguntaron, entrando en pánico. ¿Se había quedado dormida en el balcón? ¿Por qué no se habían dado cuenta de su ausencia hasta ahora?

Charlotte sintió un escalofrío recorrer su espalda. Si alguien más los veía andando solos por el castillo, se armaría un escándalo que mancharía irreparablemente la reputación de ambos. En especial la suya, la reputación de una dama joven y soltera.

Theodore, comprendiendo su miedo, le tomó la mano con decisión y giró con ella hacia otro pasillo. Nadie podía verlos. Nadie debía poner en entredicho la pureza de una dama.

Pero parecía que allí donde fueran, siempre había alguien esperándolos. Finalmente, decidieron tomar las escaleras que llevaban a las cocinas, desiertas a esa hora de la noche.

—Mataré a Martha después de esto —susurró Charlotte sin aliento, tratando de aligerar el ambiente con una broma nerviosa. Theodore sonrió en silencio, aunque su expresión seguía tensa, vigilando los alrededores.

Se escondieron detrás de un armario donde se guardaban los utensilios, esperando en silencio. Pero ahora se preguntaban cuánto tiempo debían permanecer allí. Los minutos parecían eternos.

Fue entonces cuando Charlotte recordó algo. El pasadizo secreto que llevaba fuera del castillo pasaba por la cocina, y había una entrada oculta allí. Movió un armario, tocando piedras aparentemente al azar, y finalmente, una puerta se abrió con un crujido apenas audible.

Theodore la miró sorprendido, pero no hizo comentarios. Simplemente la siguió al interior del pasadizo oscuro tomando antes una vela y encendiéndola.

—¿A dónde lleva? —preguntó en voz baja una vez dentro. Charlotte retiró las telarañas que se habían pegado a su cabello, y Theodore tuvo el impulso de ayudarla, pero se contuvo. Habría sido acercarse demasiado.

—Según tengo entendido, hay una entrada en el cuarto de los niños, y otra en la recámara principal —respondió ella en un susurro —. Yo… debería ir sola a partir de aquí.

—No —contestó él con firmeza, sorprendiéndola—. Os acompañaré hasta que sea seguro para vos.

Ella sonrió, agradecida por su determinación, y asintió.

Avanzaron en silencio, iluminados apenas por la vela. Theodore iba adelante, indicando el camino con pequeños gestos. Era un camino sinuoso, estrecho, y sólo podía pasar uno a la vez. Había escalones engañosos, y aunque el sitio estaba seco, había humedad y telarañas. A Charlotte le costaría mucho explicar la suciedad que seguramente se estaba pegando a su vestido.

En un momento, se hizo necesario que Charlotte tomara su mano para evitar tropezar. Así permanecieron largo rato, con sus dedos entrelazados de manera casi inconsciente.

El corazón de Charlotte danzaba en su pecho. Nunca había estado tanto tiempo a solas con él, y por primera vez, sentía el calor de su piel contra la suya. ¿Qué debía hacer? Si apretaba demasiado su mano, él pensaría que tenía miedo, pero la verdad era que no quería soltarlo jamás.

De repente, luego de subir varios escalones empinados, se escucharon voces amortiguadas. No eran risas ni conversaciones. Era algo más íntimo, más escandaloso.

Charlotte tuvo que cubrirse la boca con ambas manos para evitar soltar un grito. Theodore, instintivamente, la atrajo hacia su pecho como si quisiera protegerla de algún peligro inminente. Pero no había manera de protegerla de esto.

Una pareja, al otro lado de la pared de piedra, estaba teniendo sexo. Debía haber una abertura cerca para que el sonido se colara tan claramente.

¿Quién podía ser? Si supiera en qué parte del castillo se encontraban en ese momento, podría identificarlos. Alguien estaba fornicando puertas adentro, lo cual era un escándalo. Ninguno de los habitantes del castillo tenía pareja oficial, pero esta pareja no se comportaba como si estuvieran haciendo algo a hurtadillas. No. Había gemidos, risas; un hombre y una mujer disfrutaban del momento como si tuvieran todo el derecho.

Charlotte dejó de cubrirse la boca para taparse los oídos. Esto era terriblemente incómodo para ella, y Theodore no supo qué hacer.

Cuando intentó tomarla de la mano para alejarse de allí y volver a las cocinas, ella lo detuvo, colocando ambas manos en su pecho.

—Es ella —susurró Charlotte con voz temblorosa. La tenue luz de la vela hizo brillar las lágrimas en sus ojos. Eran lágrimas de odio e indignación—. ¡Es esa perra y su amante!

Theodore afinó el oído. Sí, alguien llamaba con pasión a Armand.

—Una de las entradas de este pasadizo —susurró Charlotte—, es la de la recámara principal. Kenneth aún no ocupa la recámara del lord, así que sigue siendo de Elaine. Son ellos dos.

Theodore se alejó un poco de Charlotte para acercarse más a las voces. Pudo distinguirlas claramente. Charlotte tenía razón. Le había creído cuando dijo que Kenneth e Ivette eran el fruto del adulterio de lady Elaine, pero comprobarlo era impactante. Una dama que aparentaba rectitud como ella…

Charlotte, al verlo husmear en la pared, le tomó la mano empujándolo suavemente para alejarse de allí.

—Podríamos abrir la puerta por accidente —le dijo—. Vámonos de aquí.

Cuando al otro lado volvieron a empezar los gemidos, Theodore le hizo caso. Ya habían escuchado demasiado, no era de extrañar que Charlotte estuviese incómoda.

Se alejaron unos pasos hasta que ya no se escuchó nada, pero entonces, Charlotte tropezó, y Theodore tuvo que sostenerla fuertemente con su brazo.

—Lo lamento —dijo ella. De reojo vio que la vela derretida caía sobre la mano de Theodore y quiso tocarlo, pero él la alejó.

—¿Estáis bien? —ella se mordió los labios asintiendo—. Habéis conseguido una prueba importante —siguió él—. Ahora podréis denunciarla.

—No, no puedo usar esta prueba —se quejó Charlotte en voz tan baja que Theodore apenas pudo escucharla—. No puedo simplemente denunciarla, y decir que la escuché… a través del pasillo.

—Yo soy vuestro testigo —dijo él con firmeza. Charlotte apretó los labios. Aun así, pensó, la prueba estaba corrupta—. Si decidís acusarlos, y si para eso necesitáis mentir, estaré allí para vos, mi lady.

Ella lo miró fijamente, sorprendida por la vehemencia en sus palabras.

Respiró hondo, y volvió a acercarse a él.

—Gracias —susurró.

Él guardó silencio. Charlotte estaba muy cerca, demasiado cerca, y la mente de Theodore empezó a zumbar. El corazón le latía con fuerza, y el deseo de acortar la distancia entre ellos era casi insoportable.

—Si seguís así de cerca, mi lady —dijo finalmente—, me temo que cometeré una locura.

Charlotte lo miró sorprendida, aunque sabía perfectamente lo que él quería decir. Su cercanía la envolvía como una manta cálida, y su respiración se volvió más rápida.

—¿Una locura? —preguntó ella con tono juguetón, llena de curiosidad.

Theodore tomó aire antes de responder, como si cada palabra fuera una confesión arrancada de lo más profundo de su ser.

—Besaros. Podría besaros.

Ella abrió grandes los ojos, con su corazón golpeando contra su pecho como un tambor desbocado, y era todo lo que podía escuchar, él acaparaba todo su campo de visión, así que era todo lo que podía ver. El mundo entero se había reducido a este estrecho espacio, sucio, oscuro y húmedo, pero para Charlotte, era más hermoso que una tarde soleada.

Sin pensarlo, elevó una mano y tocó suavemente su rostro. Los labios de él buscaron su palma instintivamente, presionándose contra ella con una ternura que la hizo estremecer. Al sentir el contacto, Charlotte sintió que una fuerte corriente de energía le

subía por las piernas y se concentraba en lugares que normalmente mantenía bajo llave.

¿Qué tenía de malo si lo besaba?, se preguntó. ¿No habían estado casados alguna vez? No, no, se recordó. Eso fue en el pasado, y no fue un matrimonio feliz, ni siquiera uno normal. Ahora, él no era su marido, no podía, ni debía, estar tan cerca.

Aun así, quería un beso suyo. ¿Tan malo era desearlo? Además, él nunca había expresado deseo de esta manera. Si lo dejaba pasar ahora, ¿cuándo volvería a tener una oportunidad como esta?

Pero confiaba muy poco en su propio dominio. Si se dejaba llevar, querría más, y más, y…

¿Qué importa?, gritaba su corazón.

Parecía que Theodore también tenía sus propios dilemas, pero tal vez, más decidido que ella, decidió pasar por alto toda precaución, toda razón. Tomándola por la cintura, la pegó a su cuerpo, inclinó la cabeza, y le besó la mejilla. Instintivamente, Charlotte le dio más espacio, y los labios de él pasaron a su oreja, la línea de su mandíbula, y su cuello.

Totalmente derretida, sintió que desfallecía en sus brazos. Se aferró a él con toda la fuerza que le quedaba, y la vela cayó al suelo, sin apagarse. Los brazos de él la tenían totalmente atrapada, y su boca inquieta besaba su garganta, barbilla, y antes de llegar a sus labios, se detuvo.

No me dejéis así, quiso decirle ella, y lo único que consiguió fue pegarse más íntimamente a él, lo que le hizo apretar los dientes.

Ah, ella era tan hermosa, pensó Theodore. Olía tan bien, y su piel, comprobaba, era tan suave.

Cerró los ojos y, sin pensarlo más, le besó los labios.

Fue un toque simple, sólo labios sobre labios, suave y casi superficial, pero lleno de intensidad. Ambos gimieron quedamente ante el encuentro, como si algo dentro de ellos hubiera encontrado finalmente su lugar.

Fue sublime, fue hermoso. Como si dos almas separadas durante años se volvieran a encontrar. Como cuando un peregrino cansado, luego de días y días de viaje, al tocar una puerta, le dijeran: puedes entrar.

Una lágrima rodó por la mejilla de Charlotte, deslizándose lentamente sobre su piel mientras sus labios permanecían allí, pegados uno contra el otro. El mundo parecía haberse detenido en ese preciso instante, dejando solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas. Ella no tenía ni idea de qué hacer a continuación, pero al parecer, eso no era un problema para Theodore. Con una suavidad casi dolorosa, giró la cabeza y volvió a besarla.

Esta vez no fue un simple roce. Sus labios se movieron con deliberada intención, explorándola como si quisiera aprender cada curva, cada textura, grabarla en su memoria para siempre. Besaba sus labios con reverencia, luego descendió hacia su cuello, donde su aliento cálido hizo que Charlotte temblara involuntariamente.

—Mi lady… —susurró él finalmente, su voz ronca y llena de un profundo deseo. La tenía completamente encerrada entre sus brazos, atrapada contra su cuerpo, y aun así, su tono sonaba lleno de adoración, como si ella fuera algo sagrado que debía proteger.

La boca de él regresó a su cuello, besando, mordisqueando suavemente, enviando escalofríos por toda su columna vertebral. Las manos de Theodore ya no estaban quietas; subían y bajaban por su espalda conteniendo su urgencia, acariciándola a través de la tela de su vestido. Cada toque parecía quemarla, despertando sensaciones que nunca antes había experimentado.

Charlotte apenas podía respirar. Su corazón latía tan fuerte que sentía que podría estallar en cualquier momento. Con un gemido ahogado, encontró el valor para corresponderle. Elevó las manos temblorosas y las posó sobre su espalda, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la camisa. Pegó su pecho al de él, buscando más contacto, más cercanía. No era suficiente. Nada sería suficiente.

Cuando sus labios se aventuraron tímidamente hacia su cuello, imitando lo que él había hecho, Theodore gimió profundamente y se

tensó contra ella. Era evidente que estaba luchando por mantener el control.

—No —susurró él con esfuerzo, tomándola de los hombros y poniendo entre ellos toda la distancia que el estrecho pasillo permitía.

Los ojos de Charlotte decían lo contrario. Lo miraban con una mezcla de anhelo y confusión, y cuando se mordió los labios mientras lo observaba, Theodore sintió que su determinación comenzaba a flaquear.

—Padre santo, no —volvió a decir él, aunque su voz sonaba más como una súplica que como una orden. Volvió a alejarla, bajando la cabeza y cerrando los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar de su mente la imagen de ella frente a él, tan hermosa, tan tentadora —. No hasta que sea vuestro marido —dijo finalmente.

Ella abrió grandes los ojos, sorprendida por su declaración. ¿Marido? ¿Theodore quería casarse con ella?

—¿Mi… marido? —susurró, incrédula.

—Sí —respondió él con absoluta convicción, sus ojos se volvieron a clavar en los de ella como si quisiera transmitirle todo lo que sentía sin palabras—. Es lo que he deseado… desde que os conocí. Dios sabe cuánto he luchado contra esto.

Se acercó un paso, incapaz de resistirse a estar cerca de ella, aunque sabía que debía mantener la distancia.

—Desde que llegué a Albermale, no hice más que escuchar hablar de vos: vuestra bondad, inteligencia, destreza, belleza… Y cuando os vi… mi corazón y mi alma cayeron cautivos a vuestros pies. No podía pensar en otra cosa que no fuerais vos.

Charlotte lo escuchaba atónita, sus ojos humedeciéndose mientras trataba de procesar sus palabras. Nunca había imaginado que él sintiera algo así por ella. Durante tanto tiempo creyó que la repudiaba, que la veía solo como una carga o una molestia. Pero ahora…

—Sir… —intentó decir, pero su voz se quebró. Se cubrió los labios con una mano temblorosa, como si así pudiera detener todo el aluvión de emociones que amenazaban con traspasarla.

—No, escuchadme —insistió él—. Son palabras que me he guardado durante demasiado tiempo. Quise acercarme a vos, pero entonces… parecía que me odiabais. Lady Charlotte, no sabéis cuánto sufrí. Anhelaba una sola mirada vuestra, una palabra, cuánto más un… —Su voz se rompió, incapaz de terminar la frase.

Ella lo miraba totalmente anonadada, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Theodore se rascó la nuca, riéndose de sí mismo.

—Os juro que planeaba deciros estas palabras en un entorno más… adecuado. Frente a una puesta de sol, tal vez, o arrodillado mientras os pedía vuestra mano ante todos en el castillo.

Charlotte era incapaz de hablar. Las palabras se enredaban en su garganta antes de poder salir, y aquella extraña circunstancia la mantenía en silencio.

—Yo… pedí vuestra mano a lord Anthony —continuó él, dando otro par de pasos atrás. Estuvo a punto de pisar la vela que habían llevado consigo, así que se agachó y la recogió con cuidado—. Pero él me dijo… que debía esperar a vuestros dieciséis. Queda un año aún, mi lady.

—Diez meses —corrigió ella, interrumpiéndolo, y Theodore contuvo una risa nerviosa.

Pero entonces ella recordó que el rey tenía la última palabra sobre su matrimonio, y frunció el ceño, esquivando su mirada.

—Perdonadme, mi lady —siguió él—. Por lo que acabo de hacer. He cometido un terrible acto de…

—¡No! —susurró ella con firmeza, cortándolo abruptamente. Su voz fue tan decidida que Theodore la miró consternado—. No os arrepintáis. No quiero que os arrepintáis.

Él sonrió.

—Eso es lo peor, mi lady —dijo, sacudiendo la cabeza lentamente —. Que no me arrepiento.

Ella guardó silencio, y poco a poco, el significado de todo esto caló en su alma como miel caliente.

Él la deseaba.

No como antes, cuando parecía repugnarle. No había necesidad de preguntar esta vez: él la veía como mujer.

Su corazón, ya acelerado, pareció alocarse aún más. Cuando él tomó su mano, ella no preguntó por qué ni a dónde. Simplemente lo siguió.

—¿Dónde termina este pasillo? —preguntó él.

—¿Ah? —respondió ella, totalmente distraída.

—Mi lady, os lo ruego. Debemos salir de aquí.

Ella tardó un par de segundos en entender. Sí, reaccionó. Debían volver a sus habitaciones.

Respiró hondo, tratando de tranquilizarse, y siguió adelante, hasta el final mismo del pasillo. Allí empujó suavemente, y desembocaron en una habitación abandonada. Era la habitación de los niños, pero en Albermale no había niños en ese momento, así que estaba desierta.

Él salió primero del oscuro agujero, y con cuidado, volvieron a poner la pequeña puerta de piedra en su lugar. Reacios a separarse, a soltarse las manos, volvieron a mirarse en silencio.

—Antes de irnos a Greenlake —dijo él con voz grave—, pediré vuestra mano a lord Kenneth —Charlotte meneó la cabeza.

—Me temo que… quien decidirá mi matrimonio… será el rey—. Theodore frunció el ceño—. Sólo puedo asumir que… en el momento en que me reconoció, antes de morir, le pidió a él cuidar de mí en ese aspecto. No sé nada más, no sé a quién tenga él en mente, pero…

—Entonces, pediré vuestra mano ante el rey mismo—. Eso volvió a dejarla en silencio.

—¿Haríais… eso?

—Por vos, mi lady, me enfrentaría al mundo entero—. Ella quedó sin aliento. Le apretó suavemente la mano, y dándose cuenta de que corría el riesgo de volver a besarla, Theodore la soltó al fin. Miró alrededor tratando de enfocarse en las circunstancias que lo rodeaban, recordándose que ella debía ser devuelta sana y salva a su habitación.

En este lado, no habría soldados ni sirvientes dando vueltas, así que, luego de mirar a un lado y a otro, salieron al pasillo. Charlotte iba delante, limpiándose el vestido y el cabello tan rápido y disimuladamente como podía, y Theodore la seguía a varios metros de distancia, asegurándose de que nadie los viera juntos.

—¡Mi señora! —se escuchó la voz de Martha, quien venía corriendo hacia ellos—. ¿A dónde os fuisteis? Estaba preocupada.

—Y yo, Martha, estoy muy molesta con vos —respondió Charlotte, fingiendo indignación, aunque su corazón aún latía desbocado por lo que acababa de ocurrir.

—¡Lo siento! —susurró Martha, tomando la mano de Charlotte y encaminándose con prisa hacia su recámara—. Pero… ¿qué os pasó? —preguntaba la doncella.

—Oh, luego os contaré.

Theodore se quedó en su sitio, aliviado de que ella hubiese encontrado una compañía adecuada. Se tocó los labios con la yema de los dedos, recordando el beso que recientemente le había dado al objeto de su amor, y sonrió mientras se recostaba contra la pared.

Qué día más feliz. Jamás lo olvidaría.

17

El final del mes de agosto marcó la fecha en que Charlotte tendría que abandonar Albermale. Minerva miraba preocupada a su nieta, sabiendo que no había logrado obtener las pruebas que tanto había deseado. Pero Charlotte, con una sonrisa tranquilizadora, le aseguró que aún tenía un as bajo la manga. Aunque no pudiera revelar cómo había conseguido dicha prueba, lo cierto era que contaba con un testigo confiable. Cuando llegara el momento oportuno, esa carta sería jugada con devastadora precisión.

El sol ya se alzaba alto en el cielo, bañando el castillo con sus cálidos rayos dorados. Los carros y carretas estaban listos para partir, pero Charlotte retrasó su partida unos minutos más para despedirse de aquellos sirvientes que, por edad o circunstancias, no podían acompañarla. Les prometió con una sonrisa sincera que nunca los olvidaría, aunque en su corazón sentía dolor por dejarlos atrás.

—Mi lady —le dijo una anciana, extendiendo su arrugada mano hacia ella—, siempre estaréis en nuestras oraciones.

Charlotte sintió una punzada de dolor al escuchar aquellas palabras. Sabía que estaba tomando la decisión correcta al dejar a la anciana en el castillo; no estaba en condiciones de emprender un viaje largo ni de enfrentar grandes cambios. Pero aun así, cada despedida le pesaba como una piedra en el alma.

Finalmente, echando una última mirada al imponente castillo que había sido su hogar durante tanto tiempo, el carruaje en el que viajaba comenzó a moverse. Ninguno de los señores había salido a despedirla, aunque Charlotte creyó ver a Ivette asomada en una de las ventanas superiores, probablemente riéndose feliz por su partida, convencida de que había ganado la contienda.

Charlotte sacudió la cabeza y respiró hondo. Le quedaba aún mucho trabajo por hacer, pero estaba segura de una cosa: Albermale volvería a las manos de sus verdaderos descendientes. Era solo cuestión de tiempo.

Y como si alguien desde algún lugar muy alto la hubiera escuchado, justo cuando el carruaje atravesó el rastrillo de la puerta principal y cruzó el foso, una lluvia torrencial cayó de la nada. La cortina de agua era tan densa que el cochero tuvo que detenerse apenas unos metros después de iniciar la marcha, incapaz de ver algo más allá del velo líquido que los rodeaba.

—¿Pero qué…? —preguntó Minerva, asomándose por la ventanilla, sin poder ocultar su asombro al ver el vendaval que los envolvía.

—¡Pero si estamos en la temporada más seca! —exclamó Martha, incrédula, mientras Charlotte fruncía el ceño y trataba de vislumbrar algo a través del aguacero.

—¡Mi señora! —gritó el cochero desde el pescante, empapado hasta los huesos—. Me temo que así nuestro viaje no será seguro ni rápido.

—¿Proponéis que desempaquetemos todo y nos quedemos otro día en el castillo? —preguntó Minerva, preocupada. El cochero no respondió directamente, pero su silencio fue suficiente respuesta.

Charlotte se giró hacia el castillo, observándolo con una mezcla de indignación y comprensión. ¿Por qué tan de repente? Se preguntó, con el ceño fruncido. Una lluvia tan densa e inesperada cuando momentos antes el cielo estaba completamente despejado. No era normal.

Un rayo tronó con furia en el cielo, iluminando brevemente el paisaje y haciendo que las mujeres dentro del carruaje se cubrieran los oídos, asustadas. El ruido atronador se parecía al rugido de una bestia, y en la distancia pareció desvanecerse como el aullido de un lobo.

Fue entonces cuando un entendimiento claro llegó a Charlotte, como una manta cálida en una noche fría. Esta lluvia no era obra del azar. Eso era seguro. Y si ella, regresando en el tiempo tras su muerte, era algo real, entonces lo que estaba imaginando también podía serlo. Claro que sí.

Sin pensarlo más, tomó su capa, se la ajustó bien alrededor del cuerpo y salió del carruaje. Minerva y Martha gritaron detrás de ella, pero sus voces pronto se perdieron entre el rugido de la tormenta. Caminó con cuidado a través del puente sobre el foso, dándose cuenta de que el rastrillo ya había sido bajado, seguramente por orden de Kenneth. Era evidente que preocupaba muy poco si se quedaban afuera; él no les daría cobijo.

No importa, pensó Charlotte, avanzando hacia la puerta principal. No venía a hablar con Kenneth ni con nadie más dentro del castillo. Venía a hablar con Albermale mismo.

Apoyó una mano en el muro de piedra y elevó la cara hacia el cielo. A su mente llegaron los recuerdos de la primera vez que vino aquí, cuando tenía nueve años, estaba desnutrida y famélica. Luego, cuando tomó el poder, derramando sangre a lo largo de todo él, elevándose como condesa. El castillo de Albermale lo sabía todo acerca de ella, sus más profundos miedos, su más oscuro deseo. Nada se escapaba a su conocimiento.

El agua corría por la muralla como una cascada, fría y cortante como cuchillas de hielo, empapándole el brazo instantáneamente, pero ella no retrocedió ni un paso. Su voz, firme y cargada de determinación, resonó en medio de la tormenta.

—Escuchadme bien, Albermale —gritó, dirigiéndose al castillo como si fuera un ser vivo—. No me estoy yendo definitivamente. Os prometo que mi ausencia será temporal. Volveré, y cuando lo haga, no os soltaré hasta que tenga hijos a quienes entregaros. Esto no es una retirada por cobardía; es estrategia. Mis enemigos son fuertes, pero yo soy más fuerte. Necesito tiempo para prepararme, para reunir fuerzas y aliados. Mientras tanto, soportad estoicamente a los intrusos que ahora os ocupan. Yo los echaré pronto.

Otro rayo tronó en el cielo, tan violento que pareció sacudir la tierra bajo sus pies. Pero esta vez, en lugar de amedrentarse, Charlotte sintió una extraña sensación de conexión, como si el castillo mismo la estuviera escuchando. Habló desde lo más

profundo de su corazón, con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas.

—No os fallaré —continuó, elevando su voz por encima del rugido del viento y la lluvia—. Sois mi hogar, mi legado, mi destino. No permitiré que nadie os arrebate de mí. Ni Kenneth, ni Elaine, ni Ivette. Nadie. Si tengo que luchar contra el mundo entero para reclamaros, lo haré. Si tengo que derramar hasta la última gota de mi sangre, lo haré. Porque vos sois mío, y yo soy vuestra. Lo juro por la sangre de Albermale que corre por mis venas.

Tan pronto como hizo el juramento, la lluvia torrencial comenzó a amainar. De torrencial pasó a aguacero, y de aguacero a llovizna, hasta que finalmente cesó por completo. Las nubes se disiparon, y el sol volvió a asomar, cálido y brillante como si nunca hubiera habido una tormenta.

Cuando Martha llegó a ella, jadeando y empapada, el cielo ya estaba despejado, y la capa extra que había traído resultó innecesaria. Charlotte, con los bordes de su vestido apenas mojados gracias a la protección de su capa, dirigió su mirada hacia la extensa muralla del castillo.

Había funcionado. Este montón de piedras, este lugar que había sido testigo de tantas generaciones de su familia, parecía tener conciencia propia. Y detestaba la idea de que la última con la sangre de Albermale lo abandonara voluntariamente. Su promesa lo había aplacado, y eso le hacía sentir como si acabara de presenciar algún tipo de milagro absurdo pero profundamente real.

De manera literal, un castillo acababa de hacer una rabieta.

—Mi lady… —se escuchó la voz de Theodore, que acababa de llegar a su lado montado en su caballo. Estaba completamente empapado, al igual que Martha, pero su expresión mostraba preocupación y curiosidad—. ¿Estáis bien?

—Ya podemos irnos —respondió Charlotte, su tono era tranquilo pero lleno de determinación. Hablaba como si acabara de deshacerse de aquello que les impedía avanzar.

Theodore frunció levemente el ceño, confundido. Miró al cielo, notando que incluso la llovizna había cesado por completo. Luego volvió a mirar a Charlotte, quien ahora parecía irradiar una nueva seguridad, como si hubiera sellado un pacto sagrado.

Charlotte volvió a subir a su coche, y Minerva la miró interrogante, pero debido a la presencia de Martha, no pudo decir nada.

Lo cierto era que, finalmente, comprobaba que Kenneth no era, ni por asomo, un hijo de Albermale. Esa pequeña incertidumbre le había hecho dudar un poco hasta ahora, pero gracias a lo que acababa de suceder, se había ido volando como una hoja seca al viento.

La comitiva avanzó sin mayores contratiempos ahora que la lluvia había cesado. Por el contrario, el sol brilló secando algunos charcos y la ropa de los viajeros que antes se había empapado. Algunos incluso agradecieron la humedad de sus ropas que fácilmente aliviaba el calor sofocante que ahora estaba haciendo.

Fuera del carruaje, Theodore cabalgaba junto a la pequeña caravana, vigilando atentamente los alrededores. Aunque el camino parecía seguro, no bajaba la guardia. Había enviado exploradores adelante para asegurarse de que no hubiera sorpresas desagradables en el trayecto, pero algo en su instinto le decía que debía estar alerta.

Cuando finalmente divisaron las luces de Greenlake a lo lejos, ya era noche cerrada. La mansión, aunque modesta en comparación con Albermale, parecía acogedora y cálida bajo la luz de las lámparas que brillaban en las ventanas.

El mayordomo, un hombre de mediana edad llamado Edgar Hensley , esperaba en la entrada principal, flanqueado por los criados que ya habían llegado días antes para preparar todo. Edgar era conocido por su eficiencia y su absoluta lealtad a quienes ejercían autoridad sobre él, pero esa noche, había algo más en su

postura: una reverencia sincera hacia la mujer que acababa de llegar.

—Bienvenida a Greenlake, mi lady —dijo Edgar con una inclinación profunda mientras Charlotte descendía del carruaje, ayudada por Theodore. Su voz era grave pero amable, y sus ojos reflejaban un respeto genuino—. Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador.

Charlotte sonrió con serenidad, aunque aún se sentía ligeramente cansada por el largo trayecto.

—Gracias, Edgar. Vuestra hospitalidad ya me hace sentir como en casa.

El mayordomo señaló con un gesto elegante hacia la puerta principal, donde varios criados sostenían antorchas encendidas para iluminar el camino.

—Os hemos preparado una pequeña celebración en vuestro honor, mi lady. Aunque Greenlake es modesto en comparación con Albermale, esperamos que os sintáis cómoda aquí.

Charlotte asintió con gratitud, y junto a Minerva, Martha y las demás doncellas, entró en la mansión. El interior estaba decorado con guirnaldas de flores frescas y velas colocadas estratégicamente en cada rincón, creando una atmósfera acogedora y festiva. Los criados formaron dos filas a ambos lados del vestíbulo, inclinándose respetuosamente al paso de Charlotte.

—Es un honor serviros, mi lady —dijo uno de los criados más jóvenes.

—El honor es mío —respondió ella dedicándole una sonrisa.

Edgar guio a Charlotte y su séquito hacia el salón principal, donde una mesa larga había sido dispuesta con comida y bebida abundantes: pan recién horneado, quesos locales, frutas frescas, carnes asadas y jarras de sidra espumosa. En el centro de la mesa, un arreglo floral enorme resaltaba la intención de darle la bienvenida con todos los honores.

—Hemos hecho lo posible por preparar algo especial para esta noche —explicó Edgar mientras señalaba la mesa—. Es nuestra manera de mostraros nuestro aprecio y lealtad.

Charlotte miró a su alrededor, impresionada por los esfuerzos de todos. Había tenido sus dudas acerca de cómo la recibirían los sirvientes aquí, pero se daba cuenta de que todas ellas eran infundadas. Al parecer, aquí no había llegado su estigma de bastarda, sino el de la hija amada del lord, una señora que cuidaba de los suyos.

Después de unos minutos de conversación informal, la fiesta comenzó oficialmente. Los músicos tocaron melodías suaves en un rincón del salón, y algunos criados bailaron tímidamente, animados por Edgar, quien parecía disfrutar viendo a todos relajarse después de días de preparativos intensos.

Charlotte aprovechó la oportunidad para hablar con algunos de los empleados más veteranos, preguntándoles sobre sus familias, sus historias en Greenlake y demás.

Theodore, desde una esquina del salón, observaba todo con una mezcla de orgullo y admiración. Era evidente que Charlotte ya estaba ejerciendo su influencia de manera natural, ganándose corazones sin necesidad de imponerse.

La cena transcurrió en un ambiente distendido pero respetuoso. Edgar supervisaba personalmente que todo estuviera perfecto, asegurándose de que los platos fueran servidos a tiempo y que nadie careciera de nada.

Al final de la noche, cuando los criados comenzaron a retirarse a descansar, Edgar se acercó nuevamente a Charlotte.

—Mi lady, si necesitáis algo durante la noche, no dudéis en llamarme. Estoy a vuestra disposición.

Charlotte le dedicó una última sonrisa antes de subir las escaleras hacia sus habitaciones.

—Gracias, Edgar. Buenas noches a todos.

Mientras caminaba hacia su dormitorio, acompañada por Martha, no pudo evitar sentir una oleada de gratitud. Greenlake ya no era solo un lugar desconocido; era un hogar temporal lleno de personas que, aunque apenas conocía, ya empezaba a considerar parte de su familia.

Al día siguiente, a pesar de lo poco que había dormido, Charlotte se levantó temprano para despedir a Theodore.

Él y su cuadrilla seguirían su viaje hacia el sur, siguiendo las pistas que habían conseguido acerca del asesino de Anthony.

Había sido gracias a su iniciativa de enseñar a leer y escribir a los aldeanos y criados que por fin encontraron algo útil en su investigación, que había sido infructuosa hasta el momento.

La esposa del matarife, una tarde cualquiera, mientras limpiaba el mostrador, notó algo extraño en el papel que su marido había usado para envolver una pieza de carne. Era un trozo arrugado y manchado, pero aún se distinguían algunas letras y palabras. Gracias a las lecciones de Charlotte, había aprendido lo suficiente como para reconocer algo inusual: una frase que decía algo como "El cumpleaños del lobo".

Intrigada, frunció el ceño. Sabía que el lobo era el símbolo de la casa de Albermale; lo había visto en estandartes y escudos por todo el castillo. La frase le pareció extraña, casi como si alguien estuviera planeando algo relacionado con el feudo. Además, había otro término que no entendía bien, algo sobre "los cuchillos cantores", pero sonaba ominoso.

Guardó el papel cuidadosamente y se lo llevó a Charlotte esa misma tarde. Cuando esta recibió el papel, sus ojos se abrieron de par en par mientras lo examinaba.

—¿De dónde sacasteis esto? —preguntó Charlotte, con urgencia en su voz.

—Lo encontré en el mostrador. Mi marido lo usó para envolver carne. Creo que lo tomó de algún lugar del castillo… tal vez de la

basura de los administradores —respondió la mujer, algo nerviosa—. No sé si significa algo, pero me pareció raro.

Charlotte asintió lentamente, con su mente trabajando a toda velocidad. Reconocía claramente la referencia al lobo: era obvio que se refería a lord Anthony, cuya familia llevaba ese emblema. Pero lo que realmente llamó su atención fue la mención de "los cuchillos cantores". Sin pérdida de tiempo, le enseñó el papel a Theodore.

—Luce como el sello de un gremio de asesinos —dijo él en voz baja, señalando un pequeño símbolo en la esquina del papel. Era una marca casi imperceptible, pero para alguien familiarizado con los símbolos clandestinos, era inconfundible.

Charlotte sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ahora todo cobraba sentido: el "cumpleaños del lobo" no era otra cosa que una referencia cifrada a la muerte de Anthony. Y "los cuchillos cantores" era el nombre en clave del gremio de asesinos, conocidos por usar armas silenciosas pero letales.

—Esto es una prueba —murmuró Charlotte—. Esto confirma que mi padre fue asesinado por orden de alguien dentro del castillo.

—Es evidente que Elaine y Kenneth están involucrados —asintió Theodore—. Contrataron al gremio para eliminar a lord Anthony y asegurarse de que nadie pudiera señalarlos a ellos.

Charlotte asintió, maquinando en su mente los próximos pasos.

—Tenemos que encontrar más pruebas que conecten directamente a Elaine y Kenneth con este mensaje. Pero ahora, gracias a esto, tenemos algo tangible para enfrentarlos.

—Sois brillante, mi lady. Habéis logrado lo que parecía imposible.

Ella le había sonreído, pero la sonrisa no le duró mucho.

Ahora, Theodore partiría en busca de la casa del gremio de asesinos. Era una misión peligrosa y meticulosa, una tarea que requeriría tiempo, astucia y mucho sigilo. Charlotte sabía que encontrar la guarida de ese gremio no sería sencillo; eran expertos en ocultarse entre las sombras, moviéndose como fantasmas en las ciudades más oscuras y caóticas. Pero si querían pruebas

fehacientes, algo que pudiera presentarse ante el mismísimo rey sin dejar lugar a dudas, no había otra opción. Tendrían que arriesgarse.

Y aunque Theodore era un hombre valiente, hábil y decidido, el miedo que Charlotte sentía por su seguridad era abrumador. No podía evitar imaginarse lo peor: trampas tendidas por los sicarios del gremio, emboscadas en callejones oscuros o incluso traiciones dentro de sus propias filas. Cada posibilidad hacía que su corazón latiera con más fuerza, pero también sabía que no podía detenerlo. Si él estaba dispuesto a enfrentar ese peligro por ella, por Albermale, entonces ella debía ser fuerte y confiar en su habilidad para salir victorioso.

Charlotte bajó al pequeño patio interior de Greenlake envuelta en un chal ligero que protegía sus hombros del frescor matutino. Los caballeros ya estaban preparándose para partir, ajustando cinchas de sillas, revisando armas y asegurándose de que todo estuviera en orden antes de emprender el viaje.

—Pensé que sir Theodore formaría parte de nuestra guardia —comentó Edgar Hensley, el mayordomo, con voz decepcionada mientras observaba cómo los hombres se organizaban. Charlotte sonrió, pero fue una sonrisa breve, casi forzada.

—Lo es, sir Edgar —respondió—, pero sir Theodore tiene un encargo especial de mi parte en Londres. Se verá obligado a separarse de nosotros por un tiempo.

Edgar frunció ligeramente el ceño, pero no insistió. Sabía reconocer cuándo algo no debía ser cuestionado.

—Oh, comprendo —dijo finalmente, inclinando la cabeza—. Traeré algo de comida para su camino. Aunque dudo que les alcance más allá de un día, siempre es mejor estar preparados.

—Os lo agradezco mucho, sir Edgar —contestó Charlotte con sinceridad, viendo cómo el mayordomo se alejaba hacia la cocina, y mientras el mayordomo se alejaba, Theodore se acercó a Charlotte.

Había llegado el momento de la despedida.

Ah, pero qué difícil era esto. En algún punto, mientras planeaban la estrategia, Charlotte había sugerido acompañarlo. Lo había dicho medio en broma, medio en serio, pero rápidamente comprendió lo impráctico que sería. Ella era una dama, y moverse por caminos peligrosos requeriría escoltas adicionales, provisiones extra y precauciones que solo retrasarían la misión. Sin mencionar los riesgos que implicaría para ella misma. No, esta era una tarea para hombres, y aunque eso la frustraba profundamente, no tenía más opción que esperar en Greenlake y rezar por su bienestar.

Estaba asustada, y no intentaba negarlo. Theodore y un puñado de hombres se meterían en la mismísima boca del tigre. Confiaba plenamente en su inteligencia, en su destreza marcial, en su capacidad para salir de cualquier situación adversa. Pero también sabía que, por muy hábil que fuera, existían peligros que escapaban incluso al control de los más valientes.

—Volveré sano y salvo, mi lady —dijo Theodore, mirándola fijamente con esos ojos ambarinos que parecían capaces de leer cada pensamiento que cruzaba por su mente. Su voz era firme, segura, como si quisiera transmitirle toda la confianza que sentía.

Ella asintió, aunque en su corazón sabía que ningún juramento podía garantizar que las cosas saldrían según lo planeado. La vida era impredecible, y el destino jugaba a menudo con las mejores intenciones.

—Rezaré por vos cada día, sir —prometió ella en apenas un susurro. Theodore sonrió, pero había algo melancólico en esa sonrisa.

—Saber eso me dará fuerza y confianza —respondió él, y por un instante pareció que iba a decir algo más. Sin embargo, permaneció en silencio, contemplándola como si quisiera grabar cada detalle de su rostro en su memoria.

Charlotte buscó nerviosamente en la manga de su vestido un pañuelo blanco bordado con delicados encajes hechos por ella misma. Dudó un segundo antes de extenderlo hacia él, temiendo

que el gesto fuera demasiado atrevido o sentimental. Pero Theodore atrapó el pañuelo antes de que ella pudiera retirarlo, y en ese contacto accidental, el pulgar de Charlotte quedó bajo el de él.

Ninguno rompió el contacto. En lugar de eso, se miraron a los ojos, como si desearan extender ese momento indefinidamente, recordando aquel beso apasionado en el pasadizo secreto, bajo la penumbra. Fue Theodore quien finalmente apretó suavemente el pulgar femenino bajo el suyo, un gesto tan ínfimo pero tan lleno de significado que los ojos de Charlotte brillaron con reconocimiento.

Si fuera su esposa, pensó ella, tendría todo el derecho de abrazarlo y darle un beso de despedida. Por ahora, este toque superficial debía bastar.

—Sir, llevad esto con vos —dijo Edgar, regresando con una bolsa de viandas para los caballeros, interrumpiendo el momento. Theodore aceptó el paquete con una inclinación de cabeza.

—Os lo agradezco, sir Edgar.

—No, no. Es mi deber. Id con Dios —respondió el mayordomo, retrocediendo un paso y dejando espacio para que los dos pudieran continuar su despedida.

Charlotte, que ahora tenía las mejillas sonrojadas, apretó el pulgar entre sus dedos, como si así pudiera conservar la sensación de haber tocado las manos de Theodore. Lo miró de nuevo, y encontró que en sus ojos también había un tumulto de emociones. Él tampoco quería alejarse.

Respiró hondo, intentando calmar el torbellino que rugía dentro de su pecho, y forzó una sonrisa.

—Tened cuidado en vuestro camino, sir.

—Esperad mi regreso, mi lady —respondió él, y aunque su tono era ligero, había una promesa implícita en esas palabras.

Con un último asentimiento, Theodore finalmente se dirigió a su caballo, montó con agilidad y dio el grito de partida, liderando a sus hombres hacia el horizonte. Charlotte juntó sus manos frente a su

pecho mientras lo veía alejarse, enviando al cielo todas las oraciones que conocía, rogando por su seguridad.

Si algo le pasaba, enloquecería.

Y no sería una exageración. De verdad, si algo malo le sucedía a Theodore, perdería toda cordura, y arrasaría con los bastardos que ocupaban ahora mismo Candelburg, echando por la borda los planes y estrategias que tanto habían costado construir.

Candelburg. Ese era el nombre que había decidido darle al castillo principal de Albermale. Durante generaciones, simplemente había sido "el castillo principal", un título funcional pero impersonal. Pero desde que intuyó que ese montón de piedras tenía algo parecido a una conciencia, sintió que merecía un nombre propio. Candelburg, que evocaba una fortaleza llena de luz, le pareció perfecto. Era un homenaje a la herencia de su familia y, al mismo tiempo, una declaración de esperanza. Un recordatorio de que, incluso en los momentos más oscuros, siempre habría un resplandor de justicia y verdad.

—Él volverá con bien —dijo Minerva, llegando a su lado con su habitual serenidad.

Charlotte se giró para mirarla, sorprendida. Había imaginado que su abuela dormiría hasta tarde ese día, pero entonces se dio cuenta de que los minutos habían pasado volando. El sol ya estaba alto en el cielo, y ella había estado allí, inmóvil, en el mismo lugar, durante casi una hora. Toda la mansión estaba en plena actividad, y ella seguía mirando la puerta tras la cual había desaparecido Theodore.

Sacudió la cabeza, tratando de espantar el embotamiento que había nublado su mente después de su partida. Tenía mucho que hacer, se recordó. Ella también tenía una parte importante en este plan, y no podía permitirse perder el tiempo sumida en preocupaciones.

—Entonces, ¿Theodore Whitefield no se quedó con ella en Greenlake? —preguntó Kenneth al caballero que acababa de llegar, dándole el informe acerca de las últimas actividades de Charlotte.

Había enviado un discreto grupo de hombres para seguir a la comitiva de Charlotte, solo para asegurarse de que no hacían nada extraño… Y así había resultado ser. Sin embargo, lo que el informe revelaba lo dejaba más intrigado que satisfecho.

—No, mi lord —contestó el hombre sin levantar la cabeza, aunque Kenneth percibió un ligero temblor en su voz. Era evidente que el caballero sabía que cada palabra debía ser medida cuidadosamente—. Él siguió su camino hacia el sur.

Kenneth frunció el ceño, pensando rápidamente en las posibles implicaciones de esa información. Si Theodore no estaba con Charlotte, ¿significaba eso que la abandonaba? ¿O tal vez tenía algún plan oculto?

—¿Sabéis a dónde fue? —preguntó Kenneth, inclinándose hacia adelante en su silla.

El caballero negó con la cabeza, todavía sin atreverse a mirarlo directamente.

—No, mi lord. No tenemos esa información. Y seguirlo nos habría delatado, ya que eran todos caballeros bien entrenados, montados en caballos veloces, y extremadamente vigilantes.

Kenneth entrecerró los ojos, molesto por la falta de precisión, pero sabía que el caballero tenía razón. Theodore no era un hombre fácil de rastrear, y cualquier error habría alertado a Charlotte y su séquito.

Posó su dedo índice sobre los labios, pensativo, mientras procesaba la información. Finalmente, asintió lentamente.

—Bien —dijo, haciendo un gesto con la mano para despedir al hombre—. Podéis iros.

El caballero se levantó, hizo una reverencia profunda y salió del despacho silenciosamente, cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto estuvieron solos, Elaine rompió el silencio con una sonrisa burlona dibujada en su rostro.

—¿La habrán abandonado?

—No lo creo —respondió Armand con calma, girando el vino en su copa con actitud displicente—. No ahora que ya no es una bastarda, sino una heredera reconocida.

Elaine bufó, visiblemente frustrada por la lógica inquebrantable de Armand.

—Oh, entonces, ¿por qué se fue? —insistió ella, cruzándose de brazos—. ¿Acaso no es obvio que la está dejando a su suerte?

—¿Habrá ido por provisiones a Londres? —sugirió Kenneth.

Armand enarcó una ceja, sorprendido de que eso fuera lo mejor que se le ocurriera a su hijo. Su tono fue deliberadamente calmado, pero cargado de ironía.

—Para eso hay un mayordomo en Greenlake. No necesitan enviar a un caballero experimentado por unas cuantas provisiones.

Kenneth apretó los labios, molesto por la corrección. Sabía que tenía razón, pero también sabía que no podía permitirse parecer débil frente a él.

—¿Entonces?

—Él tiene familia en Londres, ¿no? —comentó Armand—. O tal vez fue a palacio, a pedir la mano de la dama al rey.

Kenneth soltó una carcajada estridente, incapaz de contenerse ante la absurda sugerencia.

—¡Pues se llevará un fiasco! —exclamó, golpeando la mesa con la palma de la mano—. No creo que el rey elija a un don nadie como él.

Elaine sonrió, complacida por la dirección que tomaba la conversación. Aunque no compartía del todo la confianza de Kenneth en que el rey rechazaría a Theodore, disfrutaba viendo cómo la incertidumbre crecía entre ellos.

—Como sea, la ha dejado sola —concluyó Armand—. Eso es lo que importa.

—¿Pensáis aprovechar esta situación para matarla? —preguntó Elaine con los ojos brillantes de anticipación.

Armand se encogió de hombros, dejando que Kenneth tomara la decisión final. Después de todo, era él quien ostentaba el título de conde, aunque todos en esa habitación sabían quién realmente movía los hilos.

—Tendré que hacerlo en algún momento —dijo Kenneth lentamente—, pero por ahora, debo esperar a que se enfríe el asunto del viejo conde. Sir Reginald no para de enviar cartas preguntando cómo va la investigación, ese viejo entrometido.

—Sí, debemos ser cautelosos de ahora en adelante —agregó Armand—. No podemos permitirnos errores.

Elaine dejó escapar el aire con un suspiro decepcionado. Nada la habría hecho más feliz que decidir desaparecer a Charlotte lo más pronto posible.

Sólo así, Albermale sería por fin para ella y su verdadera familia.

18

El sol se ocultaba cuando al fin Theodore desmontó de su caballo frente a la imponente mansión que había sido el hogar de su familia durante generaciones en Londres. Aunque no había anunciado su llegada, sabía que los sirvientes estarían al tanto de su presencia tan pronto como cruzara las puertas.

Tal como esperó, un criado salió corriendo desde el interior, inclinándose profundamente al verlo.

—Bienvenido, sir Theodore —dijo el hombre, tomando las riendas del caballo—. Su señoría está en la biblioteca, si deseáis verlo.

Le sorprendió un poco que su padre estuviera en la ciudad estando el invierno ya cerca, pero sólo asintió, agradeciendo con un gesto breve antes de entrar. El aire fresco del vestíbulo lo recibió, mezclado con el aroma inconfundible de madera pulida y cera de abejas. Todo estaba igual que siempre: los cuadros de sus antepasados vigilaban desde las paredes, las alfombras amortiguaban sus pasos, y el reloj de pie en la esquina marcaba el tiempo con un tictac constante.

Se dirigió hacia la biblioteca, donde sabía que encontraría a su padre. Al abrir la puerta, vio al conde sentado frente a la chimenea, con un libro abierto sobre las rodillas y una copa de vino en la mano. Las llamas iluminaban su rostro, destacando las arrugas que los años habían dibujado allí.

—Padre —llamó Theodore suavemente, cerrando la puerta tras de sí.

El conde levantó la vista, sorprendido pero complacido.

—¡Theodore! —Talon Whitefield, el conde de Argyll, sonrió al ver a su hijo menor y dejó el libro a un lado, pero luego las preguntas llegaron a su mente, lo que le hizo fruncir un poco el ceño—. ¿Habéis abandonado Albermale? ¿Qué os trae por aquí?

—No he abandonado Albermale —contestó Theodore acercándose unos pasos a su padre—. Al contrario, padre. Estoy

aquí en una misión muy importante.

Talon le ofreció un sillón frente al suyo guardando silencio. A su mente habían llegado muchos reproches en caso de que hubiese abandonado Albermale, pero el tono de voz y la expresión del rostro de su hijo le hicieron detenerse, y hacerse aún más preguntas.

Theodore tomó asiento. El mayordomo llegó ofreciendo bebidas, y Theodore la aceptó. Venía de un largo viaje, estaba cansado, pero por ahora sólo recibiría una copa de vino y algún aperitivo.

—Necesito vuestra ayuda, padre —le dijo Theodore cuando estuvieron de nuevo a solas—. Y vuestra discreción.

—Hablad.

—Estoy aquí por una misión delicada —comenzó—. Lady Charlotte Montfort me ha enviado a Londres para investigar una conspiración contra su familia. Kenneth y Elaine han usurpado Albermale, y sospechamos que contrataron a un gremio de asesinos para eliminar a lord Anthony.

El conde frunció el ceño, y Theodore notó cómo de repente su expresión se oscurecía.

—¿Han usurpado Albermale? ¿Un gremio de asesinos? ¿Queréis explicarme todo, por favor?

Theodore respiró hondo. Había imaginado que necesitaría contarle todo si quería su ayuda.

En el momento, entró el mayordomo con vino y aperitivos para Theodore, y este, un poco hambriento, se concentró en comer por ahora. Al ver que su padre apremiaba con la mirada, sonrió. Se dio prisa, y a grandes rasgos, le contó todo: La traición de Elaine dando a luz bastardos, el asesinato de lord Anthony, y el uso de un gremio de asesinos para llevar esto último a cabo.

Diversas emociones cruzaron el rostro de Talon a medida que Theodore hablaba.

—Esto es grave —dijo al final, casi sin aliento—. Es tan horrible que… Mi querido amigo Anthony… asesinado de esa manera, por el que creyó y crio como su hijo. ¡Esto no puede quedar así!

—Es por eso que estoy aquí.

—¿Tenéis pruebas?

—Pocas —admitió Theodore—. Y poco concluyentes. Pero sé que están involucrados con un gremio de asesinos que se hace llamar "Los cuchillos cantores". Mi objetivo es infiltrarme en su guarida y recuperar documentos que los incriminen. Sin embargo, necesitaré recursos… y contactos.

El conde asintió lentamente, comprendiendo la magnitud de lo que su hijo estaba pidiendo.

—Haré lo que esté en mi mano para ayudaros —respondió con gravedad—. Y no sólo yo… —Talon se detuvo, sopesando si revelarle lo siguiente a Theodore.

Al final, resolvió que su hijo estaba tan involucrado que merecía y necesitaba saber.

—Hay un pacto entre siete condes —dijo—. Los Albermale, los de Warenne, lo Argyll, los Ross, los Portland, los Sylvan y los Leinster. Se trata de apoyarnos y defendernos en todo lo posible en momentos de crisis. Es un pacto a espaldas del rey, ya que juntos… conformamos una fuerza mayor a la de su majestad, y nuestro ejército sería temible a ojos de cualquiera.

Theodore lo miraba impresionado, y asintió con una cabezada comprendiendo la gravedad de aquellas palabras.

—Casualmente, tres de esos siete condes están en la ciudad —siguió Talon—. Puedo enviar el llamado de emergencia, y tener para vos toda la información que requiráis para vuestra misión en poco tiempo.

—Será de extrema ayuda, padre.

—Imagino que estaréis aquí de incógnito.

—Así es.

—Eso será lo mejor, sí. Tengo hombres en la ciudad que pueden moverse entre las sombras. Os proporcionarán información sobre posibles guaridas del gremio.

Theodore respiró hondo, agradecido. Pero había algo más que quería discutir, algo que llevaba días rondando su mente.

—Hay algo más, padre —dijo. Su tono de voz era diferente ahora, un poco más suave, con una pizca de inseguridad. Aquello llamó la atención de Talon—. Quiero pedir la mano de lady Charlotte en matrimonio.

El conde lo miró fijamente, sorprendido pero visiblemente complacido.

—Comprendo. La hija bastarda se convirtió en la única legítima de un día para otro. Sois inteligente.

—No es sólo una estrategia política —se apresuró a añadir Theodore—. Yo la amo—. Talon enarcó una ceja. Ella es valiente, inteligente y digna de respeto.

El conde sonrió ampliamente, levantando su copa de vino.

—No podríais haber elegido mejor, hijo. Me ocuparé de solicitar formalmente su mano ante el rey. Con suerte, será bien recibida.

Theodore sintió un peso desaparecer de sus hombros. La aprobación de su padre significaba mucho, y saber que contaba con su apoyo le daba una confianza renovada.

—Gracias, padre —dijo sinceramente.

—Pero tened cuidado, Theodore —le dijo el conde con expresión seria—. El gremio de asesinos no es un enemigo cualquiera. Si os descubren...

—Lo sé —interrumpió Theodore con mirada decidida—. Por eso debo actuar rápido y con sigilo. Con vuestra ayuda, podré hacerlo.

El conde asintió, satisfecho con la determinación de su hijo.

—Bien. Mañana mismo hablaré con mis hombres. Mientras tanto, descansad. Necesitaréis todas vuestras fuerzas para lo que os espera.

Theodore se levantó, inclinándose respetuosamente antes de salir de la biblioteca. Mientras caminaba hacia su habitación, su mente ya estaba planeando los próximos pasos. Sabía que el camino sería

peligroso, pero también sabía que no podía fallar. No solo por Charlotte, sino por el futuro que ambos merecían.

Theodore no perdió tiempo. Tan sólo unos días después, con la ayuda de su padre y sus hombres, comenzó a moverse por los bajos fondos de Londres, buscando cualquier indicio que pudiera llevarlo hasta el gremio de asesinos. Sabía que no sería fácil; esa gente no dejaba rastros visibles, y quienes sí sabían algo no solían hablar sin un incentivo adecuado.

La fase de investigación y búsqueda tomó más tiempo del que había imaginado, y Theodore se alegró de haber podido contar con su padre, y los otros dos lores de los que le había hablado. Sin su ayuda, al parecer, esto pudo haberle tomado más de un año. Había traído dinero para abastecerse una buena cantidad de tiempo en la ciudad, pero no sabía si habría resistido tanto.

Ya empezaban las nevadas cuando, una noche, Theodore, Jack y Stan, dos de sus hombres, se infiltraron en una taberna cercana a los muelles. El lugar estaba lleno de marineros borrachos, contrabandistas y ladrones de poca monta, todos demasiado ocupados en sus propios asuntos como para notar a tres figuras discretas sentadas en una mesa apartada.

—¿Vos creéis que alguien aquí sabe algo? —preguntó Jack en voz baja, inclinándose hacia Theodore.

—Es probable —respondió él, observando a los parroquianos con atención—. Pero hay que ser cautelosos. Si preguntamos abiertamente, podríamos atraer más problemas de los que queremos.

Se levantó lentamente, acercándose al dueño de la taberna, un hombre corpulento con cicatrices en las manos y una mirada que parecía capaz de atravesar almas. Depositó una moneda de oro sobre la barra, asegurándose de que brillara bajo la luz mortecina de las velas.

—Estoy buscando información —le dijo Theodore en voz baja, pero firme—. Sobre ciertos hombres que operan en esta zona.

El tabernero lo miró con desconfianza, luego tomó la moneda y la examinó cuidadosamente antes de guardársela en el bolsillo.

—No sé de qué habláis —gruñó, aunque su tono sugería lo contrario.

—Os lo advierto —insistió Theodore, inclinándose aún más cerca —. No estoy aquí para juegos. Necesito encontrar lo que busco, y si me ayudáis, será mejor para ambos.

El tabernero vaciló un momento, luego señaló hacia una puerta lateral.

—Hablad con el hombre del sombrero negro —murmuró, casi inaudible—. Él sabe cosas. Pero tened cuidado. No es de fiar.

Theodore asintió y regresó a su mesa, donde sus hombres lo esperaban en silencio. Juntos se dirigieron hacia la puerta indicada, que daba a un callejón oscuro y húmedo. Allí, bajo la luz de una lámpara titilante, encontraron al hombre del sombrero negro. Estaba apoyado contra la pared, fumando una pipa y mirándolos con desinterés.

—¿Qué queréis? —preguntó el hombre, su voz áspera como el crujido de una puerta vieja.

—Información —respondió Theodore sin rodeos—. Sobre un gremio de asesinos.

El hombre soltó una risa baja y gutural.

—Sois valiente al preguntar eso aquí —dijo, exhalando una nube de humo—. O muy estúpido.

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Theodore, sacando otra moneda de oro y dejándola caer a los pies del hombre—. Solo quiero saber dónde encuentran refugio "Los cuchillos cantores". Verás… requiero de sus servicios, y he oído que son los mejores en el sigilo.

El hombre miró la moneda, luego a Theodore, y finalmente sonrió de medio lado.

—Hay una iglesia abandonada al este de los muelles —dijo, señalando vagamente hacia la dirección—. Nadie entra allí desde hace años, pero dicen que hay túneles debajo. Si buscáis al gremio, ahí es donde deberíais mirar.

Theodore asintió, recogiendo la moneda y guardándola nuevamente. No confiaba en el hombre, pero tenía lo que necesitaba.

Al día siguiente, Theodore y sus hombres se prepararon para inspeccionar la iglesia. Aunque parecía un lugar olvidado por el tiempo, Theodore sabía que las apariencias podían engañar. Decidió que solo unos pocos lo acompañarían en la exploración inicial: cinco hombres en total, incluyéndolo a él.

La iglesia estaba cubierta de musgo y maleza, con ventanas rotas y puertas carcomidas por el tiempo. Dentro, el aire olía a humedad y decadencia, y los rayos de sol que se filtraban a través de las grietas en el techo apenas iluminaban el interior polvoriento.

—Mirad esto —susurró uno de los hombres, señalando una trampilla en el suelo. Estaba oculta bajo una alfombra desgastada, pero era evidente que había sido usada recientemente.

Theodore se arrodilló junto a la trampilla y la examinó cuidadosamente. No había cerradura visible, pero sabía que podía haber trampas. Con un gesto, indicó a sus hombres que retrocedieran mientras él la abría lentamente.

Unos escalones de piedra descendían hacia la oscuridad. Theodore encendió una antorcha y comenzó a bajar, seguido de cerca por sus hombres.

Finalmente, llegaron a un pasillo subterráneo. Las paredes estaban cubiertas de símbolos extraños grabados en la piedra, y el suelo estaba lleno de pequeñas marcas que parecían indicar el paso frecuente de personas.

Theodore y sus hombres avanzaban lentamente por el pasillo subterráneo, guiándose únicamente por el débil resplandor de una antorcha cubierta. El aire olía a humedad y algo metálico, como si la muerte misma respirara entre las sombras.

—Cuidado —susurró uno de los hombres, señalando una cuerda delgada tendida a unos centímetros del suelo. Theodore asintió y cortó la cuerda con su daga, evitando así que una lluvia de flechas cayera sobre ellos.

Continuaron avanzando, pero pronto escucharon voces amortiguadas más adelante. Theodore hizo un gesto rápido con la mano, indicando a sus hombres que se ocultaran. Desde su posición, vieron a dos guardias apostados frente a una puerta reforzada.

Con movimientos precisos, Theodore lanzó un cuchillo que silenció a uno de los guardias instantáneamente. El segundo intentó gritar, pero otro de los hombres lo derribó antes de que pudiera hacer ruido.

Por alguna especie de milagro, habían entrado a la sala correcta. Aquí, apilados en cajas de madera, había cientos y cientos de rollos. Eran documentos, pruebas de peticiones de los nobles al gremio. ¿Cuántos asesinatos habían cometido en su existencia?, se preguntó Theodore un poco sobrecogido. Encontrar el papel que incriminara a Kenneth no iba a ser fácil. Hasta aquí llegaba el poder del milagro, pensó.

Sin pérdida de tiempo, cada uno de los hombres empezó a buscar. Theodore se dio cuenta de que estaban clasificados por fecha, y decidió ir directo a la del cumpleaños de lord Anthony, pero eran muchos, mirar de uno en uno iba a ser difícil.

De repente, una campana comenzó a sonar, resonando en los túneles como un grito de advertencia.

—¡Nos han descubierto! —gritó uno de sus hombres.

Theodore tomó los documentos de la caja del mes de Junio de ese año apilándolos de cualquier manera en la bolsa que había llevado consigo. Todavía podía estar cometiendo un error; si los documentos se apilaban no por la fecha de ejecución del asesinato, por ejemplo, sino de la solicitud, estaban perdidos.

—Tomad todas las cajas de este año —les ordenó Theodore a sus hombres decidiendo rápido, recordando que el torneo había sido

propuesto en invierno, pero que seguramente Kenneth esperaría hasta el deshielo para enviar un mensajero al gremio.

Con eso, pensó, debía ser suficiente.

Pero al salir, se encontraron cara a cara con un grupo de asesinos sosteniendo todo tipo de armas afiladas, mirándolos con sed de sangre, dando la voz de alarma en todo el lugar.

—¡Formaos! —ordenó Theodore, desenvainando su espada.

Cuando los asesinos intentaron rodearlos, Theodore actuó rápidamente, posicionándose en el centro del grupo y liderando una defensa rotativa. Con cada giro de su espada, derribaba a un enemigo mientras sus hombres mantenían a raya a los demás. Uno de los asaltantes cayó abatido por un tajo certero en la garganta, seguido de otro que no tuvo tiempo de reaccionar ante la rapidez del contraataque.

Los asesinos, aunque letales en ataques sorpresa y sigilo, carecían de la disciplina propia de soldados profesionales. Estaban acostumbrados a operar en pequeños grupos o individualmente, lo que los hacía vulnerables al enfrentarse a un equipo cohesionado como el de los caballeros.

Theodore luchó con todas sus fuerzas, haciendo caer uno a uno a los que asesinos, que llegaban sin parar, y poco a poco, fue moviéndose hacia la salida. Sabía que esta misión era vital no solo para él, sino también para Charlotte y el futuro de Albermale. Luchaba con un propósito mayor, algo que le dio fuerzas incluso en los momentos más críticos, como cuando uno de los suyos fue herido.

Sin pensarlo más, lanzó una antorcha a la pila de documentos más allá, y esto fue efectivo como distracción.

La información es el bien más valioso de cualquier gremio de asesinos, y estos hombres lo sabían, así que prefirieron dedicarse a salvar los documentos que quedaban que a seguir a hombres que se habían robado unos pocos.

Sin embargo, mientras huían, un dolor agudo lo atravesó. Un cuchillo le había atravesado el hombro mientras huía. Atacado por la

espalda, pensó con indignación, desandando el camino hasta llegar a los caballos. Una vez allí, sentía que perdía la batalla contra la inconsciencia, y dándole una última orden a sus hombres, cayó desmayado.

A pesar de estar en un nuevo lugar, la rutina de Charlotte no había variado mucho. En los primeros días aquí se dedicó a conocer cada rincón de la mansión, encontrando sus virtudes y defectos, dedicándose a fortalecer los primeros y corregir los segundos de inmediato. Inspeccionó las cocinas, asegurándose de que estuvieran limpias y bien provistas; visitó los establos para verificar el estado de los animales y hablar con los mozos; revisó los jardines y dio instrucciones precisas sobre cómo cuidar mejor las plantas que crecían allí.

Luego, caminó a la pequeña aldea para familiarizarse con toda la población. Los aldeanos la miraron gratamente sorprendidos. Jamás imaginaron que la señora se tomara la molestia de bajar de su mansión para conocer a gente tan común. Y además, ella no vino con las manos vacías; trajo ropa para los niños, alimentos para las familias, y promesas de mejorar sus vidas. Su gesto generoso pronto se convirtió en tema de conversación entre todos los habitantes.

—Es una verdadera dama —comentó una mujer mayor mientras ajustaba un vestido que Charlotte había regalado a su nieta—. No solo nos trae ayuda, sino también esperanza.

Charlotte pasó horas hablando con los aldeanos, interesándose sinceramente por sus problemas. Escuchó historias de cosechas fallidas, enfermedades y deudas acumuladas, y anotó cada detalle en su mente. Prometió enviar provisiones adicionales a quienes más lo necesitaban y ordenó a Edgar que organizaran equipos de trabajo para reparar los techos dañados por las tormentas recientes.

Cuando regresó a Greenlake esa tarde, estaba exhausta pero satisfecha. Había comenzado a construir algo importante: confianza. La gente de la aldea ya la veía no como una desconocida, sino como alguien en quien podían confiar. Sin embargo, mientras ayudaba a

Martha a quitarse el chal y se sentaba junto a la chimenea del salón principal, su mente inevitablemente volvió a Theodore.

Cada noche, antes de dormir, Charlotte rezaba en silencio. Sus plegarias eran simples, pero llenas de fervor: pedía por el regreso seguro de Theodore y que su misión fuera exitosa. A veces, cuando la soledad de la noche parecía abrumadora, permitía que una lágrima solitaria rodara por su mejilla, recordando el beso compartido en aquel oscuro pasillo secreto. Aquel momento había sido breve, pero suficiente para llenarla de una calidez que aún persistía, incluso después de semanas.

Durante el día, sin embargo, mantenía su compostura impecable. Era consciente de que la observaban constantemente, y sabía que cualquier señal de debilidad podría ser interpretada como falta de liderazgo. Así que sonreía, escuchaba atentamente y respondía con firmeza a cada problema que surgía. Con Minerva a su lado, supervisó personalmente la distribución de semillas mejoradas para los cultivos y organizó talleres donde enseñaba a las mujeres de la aldea técnicas básicas de costura y cocina más eficientes. También estableció un sistema rudimentario de educación para los niños, guiado por algunos criados alfabetizados, para continuar el legado que había empezado en Albermale.

Los días continuaron fluyendo pacíficamente. Bajo su liderazgo, Greenlake comenzó a transformarse. Las casas de la aldea lucían más ordenadas, los campos mostraban signos de recuperación, y los niños corrían felices por las calles con zapatos nuevos en los pies. Los aldeanos ya no solo la respetaban; la admiraban. Hablaban de ella como "la buena señora", cuya bondad y sabiduría estaban cambiando sus vidas para mejor.

Sin embargo, a medida que avanzaba el otoño y las hojas caían de los árboles, Charlotte empezaba a desesperarse. Cada carta que llegaba a Greenlake la llenaba de expectativa, solo para descubrir que no contenía noticias de Theodore.

Él no le escribiría, se recordaba. Si una de esas cartas era interceptada, perderían todo lo avanzado. Por otro lado, habían

previsto que el viaje tomaría meses. Si el invierno se atravesaba en medio de su misión, ellos no podrían regresar.

Cuando los campos se cubrieron de blanco, Charlotte empezó a practicar seriamente la paciencia. Si hubiese alguna mala noticia, ya la sabría, se repetía. Si el hijo menor del conde de Argyll hubiese sufrido algún percance, la noticia llegaría pronto.

Del castillo principal llegaban misivas regularmente. Algunas del lord con comunicados oficiales, y otras de las aldeanas que habían aprendido a leer y escribir, contándoles todo lo que sucedía. A ver estas cartas con fallas ortográficas y errores varios, Charlotte sólo sonreía. Ellas eran sus ojos y oídos en Candelburg, y les agradecía enormemente que la mantuvieran informada.

Echaba de menos a toda esa gente, al castillo mismo.

Ah, qué difícil era esperar.

19

Cerca de dos meses después de la partida de Charlotte, Kenneth recibió una carta que lo dejó furioso. Era un mensaje inesperado, pero no por ello menos preocupante: seis condes, los mismos que habían formado un pacto ancestral con Albermale, le exigían agilizar la investigación sobre la muerte de lord Anthony. En términos corteses, aunque cargados de advertencias implícitas, los condes se quejaban del escaso progreso mostrado hasta ese momento y recordaban a Kenneth que Albermale era un gran aliado para ellos, uno cuya estabilidad debía ser preservada.

Kenneth leyó la carta con creciente irritación, y sus manos temblaban ligeramente mientras sus ojos recorrían las líneas escritas con tinta negra, sellada con los emblemas de los seis condes. Finalmente, incapaz de contener su ira, arrojó el pergamino al suelo con un gruñido.

—¡Pero quiénes se creen que son para venir a decirme a mí, el conde de Albermale, lo que debo hacer! —exclamó con voz atronadora—. ¡Albermale es más rica y poderosa que cualquiera de ellos! Sus ojos ardían de indignación mientras miraba hacia Armand, quien estaba de pie a unos pasos de distancia, observándolo con una expresión cuidadosamente neutral.

El papel sellado flotó lentamente hasta caer sobre la alfombra, donde permaneció como un símbolo mudo del desafío que enfrentaba Kenneth. Armand lo contempló durante un segundo antes de hablar, eligiendo cada palabra con cautela.

—Albermale es más rica y poderosa que cada una de ellas por separado, sí —admitió Armand—. Pero si decidieran unirse contra vos, serían una fuerza que no podríais enfrentar fácilmente.

Kenneth giró hacia él con una mirada tan furiosa que podría haber prendido fuego a las paredes.

—¿Estáis diciendo que debo ceder a su presión? —rugió, señalando acusadoramente al hombre que hasta ahora había sido su

aliado—. ¿Que debo postrarme ante esos ancianos entrometidos y hacer lo que les dé la gana?

Armand suspiró, intentando mantener la calma frente a la explosiva reacción de Kenneth. Sabía que este tipo de conversaciones requería paciencia infinita, especialmente cuando Kenneth estaba de mal humor.

—Son viejos amigos del feudo —le recordó Armand—. Y esto no es solo un asunto de orgullo o jerarquía. Entre todos hay comercio, alianzas militares y políticas, promesas hechas desde hace generaciones. No podéis ignorarlas sin consecuencias.

—¡No me importa! —gritó Kenneth, golpeando la mesa con el puño. Su rostro estaba rojo de rabia, y sus palabras salían atropelladamente—. ¡Somos iguales ante el rey! ¡Ninguno de esos viejos tiene autoridad para dictarme qué hacer!

—Sin embargo… —comenzó Armand, pero Kenneth lo interrumpió bruscamente.

—¡Vos me tenéis harto! —bramó, señalando hacia la puerta con gesto despectivo—. ¡Iros! No pienso seguir escuchando vuestras insinuaciones. Si la próxima palabra que vais a decir es que debo apaciguar a esos viejos tontos, bien podríais iros muy lejos de aquí, donde seáis más útil.

Armand apretó los dientes, luchando por mantener su compostura. La arrogancia y testarudez de Kenneth siempre lo exasperaban, pero sabía que discutir directamente con él solo empeoraría las cosas. Con un asentimiento breve y contenido, guardó silencio, aunque su mente trabajaba a toda velocidad evaluando las implicaciones de la carta.

Mientras tanto, Kenneth seguía refunfuñando, caminando de un lado a otro como un león enjaulado. Su voz era un torrente de insultos y quejas dirigidas a los "viejos tontos" que osaban desafiarlo, tratando de imponerse sobre él como si fuera un simple vasallo. Según él, nadie tenía derecho a cuestionar su autoridad como conde de Albermale.

Armand, aprovechando que Kenneth estaba distraído, recogió la carta del suelo y la leyó nuevamente con detenimiento. Los condes no solo exigían resultados; le daban una fecha límite clara: antes del año nuevo. Si Kenneth no cumplía, intervendrían personalmente.

La advertencia era clara, y Armand sabía que no podían tomársela a la ligera. Aunque Kenneth se negaba a admitirlo, esta situación representaba una amenaza real. Los seis condes juntos eran una fuerza formidable, y si decidían actuar, Kenneth no tendría escapatoria.

Con una mezcla de frustración y preocupación, Armand dobló la carta y la guardó en su túnica. Ya encontraría la manera de convencer a Kenneth de que no podía ignorar este ultimátum… aunque eso significara enfrentar otra rabieta infantil.

Por ahora, sin embargo, decidió retirarse discretamente. Kenneth necesitaba tiempo para calmarse, y él necesitaba planear cómo manejar esta crisis antes de que todo se saliera de control.

El año nuevo pasó y no se envió ningún reporte del avance de la investigación por parte de Kenneth. Armand esperó entonces lo peor. Tal vez enviarían un heraldo, o alguien cuyo rango ellos no podían ignorar ni ofender, para buscar pruebas dentro de Albermale. Estaba relativamente tranquilo al respecto: todas las pruebas habían sido eliminadas, y del asunto ya no quedaba sino la duda. Sin embargo, tener a un intruso en el feudo hurgando en algo que ellos mismos no habían logrado esclarecer sería una mala propaganda para su imagen y soberanía. Dañaría, sin duda, la reputación de lord Kenneth ante sus pares.

Pero lo que ocurrió fue mucho peor.

Entre los condes del reino empezó a circular un rumor acerca de la ineptitud de Kenneth para investigar la muerte de su propio padre. Otros, incluso, comenzaron a sospechar de él abiertamente, ya que había sido el principal beneficiado con la muerte de Anthony. Las lenguas viperinas de la corte no tardaron en alimentar el escándalo,

y pronto el nombre de Kenneth estaba manchado de sospechas y desconfianza.

Al mismo tiempo, en Greenlake, Charlotte recibió una carta sellada y lacrada, enviada con el más extremo secretismo. Cuando rompió el sello y leyó las primeras líneas, sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Seis condes, los mismos que formaban el pacto ancestral con Albermale, la reconocían como la legítima heredera del feudo y declaraban públicamente su apoyo a ella en caso de que decidiera reclamar el título.

Charlotte prácticamente cayó sentada al leer aquello. El apoyo de "La Alianza de los siete", como se hacían llamar esos condes, era algo que había codiciado con mucha fuerza en el pasado, pero que le había sido imposible conseguir. La aprobación de esos seis condes era tan valiosa como la del propio rey; con tal respaldo, tomar el poder era prácticamente un juego de niños.

—Esto es obra de sir Theodore —susurró, sintiéndose sin aire. Su corazón latía con fuerza, y una mezcla de alegría, orgullo y alivio la invadía.

Seguramente, Theodore se había encontrado con su padre en Londres y le había revelado su propósito allí. Qué buena decisión. Qué estrategia brillante. No por nada, en su vida pasada, Theodore había sido el encargado de la diplomacia durante su mandato. Era el mediador entre esos seis "monstruos" y ella, el apaciguador de la ira de cada uno cuando las disputas amenazaban con estallar.

Ahora imaginaba que la única razón por la que antes no tomaron armas contra ella fue porque, evidentemente, era hija de Anthony, con la sangre de Albermale corriendo por sus venas. Ahora, Kenneth no contaba con ese beneficio. Además, debían saber acerca de la traición de Elaine. No había otra explicación para que los condes se hubieran movilizado tan rápido y con tanta determinación.

Minerva entró en ese momento acompañada de Martha, quien traía consigo un juego de té. Como siempre, su abuela tenía un sentido innato para aparecer justo cuando Charlotte más necesitaba un momento de calma.

—Antes de que, seguramente, os olvidéis de tomaros una pausa, he venido a… —Minerva se detuvo en seco al ver a su nieta, pálida y desconcertada, con la carta abierta sobre el escritorio de madera. Su expresión cambió de inmediato a preocupación mientras se acercaba lentamente—. ¿Ocurre algo, hija?

Con manos temblorosas, Charlotte le extendió la carta a su abuela. Minerva la leyó en silencio, y una sonrisa pequeña pero significativa se dibujó en su rostro.

—Estas son muy buenas noticias —dijo finalmente, mirando a Charlotte con ojos llenos de orgullo—. Con este apoyo, vuestro camino hacia Albermale será mucho más fácil.

—Obra de sir Theodore, sin duda —dijo Charlotte, sonriendo también, y los ojos brillantes de lágrimas. Esto era casi como recibir un informe de los avances de Theodore. Y también de su estado: él estaba bien. Eso la tranquilizaba enormemente.

Minerva dejó la carta sobre el escritorio y tomó las manos de su nieta entre las suyas, notando el ligero temblor que aún las recorría.

—Debéis estar preparada para lo que sigue, Charlotte —le dijo con seriedad—. Este apoyo es una bendición, pero también os pondrá en el punto de mira. Kenneth y Elaine no se quedarán de brazos cruzados.

Charlotte asintió, comprendiendo perfectamente las implicaciones. Sabía que esto no sería fácil, pero también sabía que nunca había estado tan cerca de recuperar lo que era suyo.

—Lo sé, abuela —respondió con firmeza—. Pero esta vez, no estoy sola. Tengo aliados fuertes, y a Theodore... —Su voz se quebró ligeramente al pronunciar su nombre, pero rápidamente recuperó la compostura—. Él está haciendo todo lo posible para asegurarse de que triunfemos.

Minerva sonrió, apretando cariñosamente las manos de Charlotte.

—Entonces, debemos estar listas para actuar cuando llegue el momento. Mientras tanto, disfrutad de esta victoria, hija. Es un paso enorme hacia donde queréis estar.

Charlotte asintió, y haciendo caso inmediato de esas palabras, tomó papel y pluma para contestar de inmediato la carta.

"A los Nobles y Honorables Condes de la Alianza de los siete", decía la carta.

"Recibid mis más sinceros saludos y gratitud por vuestra generosa y decidida muestra de apoyo. Vuestro reconocimiento como legítima heredera de Albermale me llena de humildad y fortaleza en estos tiempos inciertos. No tengo palabras suficientes para expresar cuán profundamente valoro vuestra lealtad a la justicia y al legado de mi padre, lord Anthony, cuya memoria merece ser honrada con verdad y dignidad".

"Con firmeza y determinación, ratifico mi intención de reclamar el título que por derecho me pertenece. Sin embargo, deseo dejar constancia de que mi propósito no es gobernar con sangre y fuego, sino con sabiduría y equidad. La paz y prosperidad de Albermale son mi mayor prioridad, y haré todo lo posible por evitar derramamiento de sangre innecesario. Mi deseo es unir a nuestro pueblo bajo un liderazgo justo, que inspire confianza y orgullo, no temor ni resentimiento".

"Agradezco, además, vuestra disposición a respaldarme en esta noble causa. Vuestra guía y fuerza serán fundamentales para lograr una transición pacífica y ordenada. Os aseguro que, con vuestra ayuda, Albermale recuperará su gloria y se consolidará como un bastión de estabilidad y honor dentro del reino".

"Espero ansiosa el momento en que podamos reunirnos y discutir los próximos pasos con la prudencia y el detalle que este asunto requiere. Hasta entonces, os pido transmitáis mi más profundo agradecimiento a todos aquellos que han abrazado esta causa con tanta valentía y convicción".

"Con toda mi gratitud y respeto",

"Charlotte Montfort de Albermale".

Había dudado un momento acerca de cómo firmar, pero personas como estos condes odiaban a los indecisos y pusilánimes. Al firmar como Charlotte de Albermale, se reafirmaba en su intención de

tomar el título, demostrando que tenía la valentía para arrebatarlo, y la fortaleza para mantenerlo.

Selló y puso el lacre en la carta, enviándola sin demora.

Poco después, los rumores que circulaban acerca de Kenneth llegaron a Greenlake. Eran graves, terribles, y dejaban por el suelo la dignidad de Albermale. Como si una persona tan importante no pudiera estar a salvo allí; el propio conde, cuya muerte aún seguía impune.

Con prisas, Kenneth presentó a un villano cualquiera como el culpable y lo decapitó públicamente, tratando de acallar las habladurías. Pero la Alianza de los siete no se conformó con esa pantomima: exigieron pruebas fehacientes que demostraran que tal hombre era, en efecto, el asesino. Sin ellas, la ejecución fue vista como un acto desesperado, incluso cruel, y el escándalo continuó creciendo.

El invierno avanzó, y ahora incluso la familia del prometido de Ivette hacía preguntas. Lo último que querían era juntar a su hijo con una casa sumida en el escándalo. Aunque Ivette se iría con ellos luego del matrimonio, se mostraban inquietos porque su nombre también quedara salpicado en todo esto.

Ivette, furiosa y al borde de las lágrimas, enfrentó a Kenneth a voz en cuello, amenazando con revelar todo lo que sabía si acaso por su culpa su boda se arruinaba. Ya iba tarde al matrimonio, dieciocho años y ella seguía en casa. Si su prometido la abandonaba, sería por siempre una solterona.

—¡No permitiré que me humilléis de esta manera! —gritó Ivette —. ¡Os juro que si algo sale mal, diré cada secreto que sé sobre vos y nuestra madre!

Casi antes de poder terminar aquella amenaza, Ivette cayó al suelo debido a la fuerza de la bofetada que le dio su hermano. La mejilla de inmediato se le puso roja, e Ivette incluso sintió que la visión se le ponía borrosa.

Pero no tuvo un respiro. Kenneth la tomó por el cuello, tirando de ella como si quisiera ponerla de pie a la fuerza, e Ivette tuvo

dificultades para respirar.

—Si abrís la boca —le advirtió Kenneth entre dientes, con sus ojos enrojecidos por la ira, y muy abiertos, como los de un loco —os prometo que lo que menos os preocupará será una estúpida boda.

—Hermano…

—No me amenacéis, Ivette. Soy vuestro aliado en este momento, pero si osáis traicionarme, fácilmente me convertiré en vuestro peor enemigo.

La soltó con un empujón, e Ivette empezó a toser, sobándose la mejilla y el cuello con lágrimas en los ojos.

Desafortunadamente para Kenneth, algunos sirvientes escucharon a escondidas esta conversación, que no fue pacífica ni tranquila. Las palabras de Ivette, cargadas de rabia y amenazas, pronto se filtraron entre los habitantes del castillo, alimentando aún más los rumores y debilitando la ya frágil posición de Kenneth.

A mediados de marzo, por fin, el grupo de hombres que había salido a Londres en busca de pruebas regresó a Greenlake. Habían sido seis largos meses lejos, y Charlotte fue la primera en la escalinata de la entrada, lista para recibirlos. Su corazón latía con fuerza mientras divisaba a Theodore en cuanto atravesó el rastrillo de entrada, pero de inmediato notó que su semblante no era el mismo que cuando se fue. Estaba más delgado, sus ojos parecían cansados, y su postura era menos imponente de lo que recordaba.

Tal vez el duro viaje le había hecho perder peso, pensó Charlotte, tragando saliva mientras apretaba los dedos de sus manos para controlarse y no correr hacia él. Se había ido al inicio del otoño, y volvía al inicio de la primavera. Los peores meses para viajar, sin duda.

—Preparad una copiosa cena —ordenó Charlotte—. Matad a un animal y preparad un banquete.

—Sí, mi señora —respondieron los sirvientes al unísono.

—Preparad un baño caliente para sir Theodore —siguió ella, sintiendo el corazón acelerado, preguntándose qué más podía hacer por él para hacer su estancia confortable—. Ropa limpia, calentad vino y miel.

Todos se pusieron en movimiento. A nadie le pasó por alto que este era un recibimiento digno de un lord, el señor de la casa. Sin embargo, ninguno se atrevió a hacer ningún comentario al respecto. Los que sabían del afecto de Charlotte hacia Theodore ciertamente no se extrañaron de esto, y los que no, apreciaban lo suficiente a su señora como para señalar algo. Ahora, sólo faltaba ver si el joven destinatario de sus atenciones era digno de tales gestos.

Theodore, mientras tanto, apenas podía creer lo que veía. Después de meses de peligros, privaciones y tensiones constantes, regresar a Greenlake y ser recibido de esa manera era casi abrumador. Su mirada buscó a Charlotte entre la multitud, y cuando finalmente la encontró, parada en lo alto de la escalinata, su corazón dio un vuelco. Ella estaba más hermosa de lo que recordaba, y aunque intentaba mantenerse compuesta, sus ojos brillaban con una mezcla de alegría y preocupación.

Caminó un poco lentamente hasta ubicarse frente a Charlotte, e hincando una rodilla, la saludó. Ella estaba al borde de la angustia, preguntándose si acaso permanecer en esa posición no le suponía demasiado esfuerzo.

—He vuelto como os he prometido, mi lady —saludó él levantando la mirada hacia ella, con expresión seria pero cálida.

—Bienvenido a casa, sir —respondió ella con voz suave—. Levantaos, necesitáis descansar.

Los ojos de Charlotte hacían mil preguntas, evidenciando su preocupación por el estado físico de Theodore. Él, por su parte, sonrió sutilmente, como si pudiera leer cada uno de sus pensamientos.

Ella estaba tan hermosa como la recordaba: su piel blanca como la porcelana, su cabello negro sedoso y brillante, que parecía invitar a sus manos a tocarlo. Pero ahora no era momento para

distracciones. Asintió y miró a sus hombres, quienes aguardaban instrucciones. Charlotte, comprendiendo su pregunta silenciosa, se dirigió a ellos con cortesía.

—Habéis viajado por mucho tiempo, vuestro esfuerzo será recompensado. Desde el fondo de mi corazón os agradezco todo lo que habéis hecho por mí.

—Solo cumplíamos con nuestro deber, mi lady —dijo Jack con la mirada baja, mostrando respeto y humildad.

Charlotte volvió a mirar a Theodore, quien aún parecía cansado, aunque intentaba ocultarlo.

—Esta noche, estáis invitados a un banquete. Aunque… si preferís descansar…

—Un banquete suena muy bien —sonrió él, aunque su sonrisa no alcanzó del todo sus ojos. Charlotte asintió, todavía inquieta por la sombra bajo sus párpados. Necesitaba estar a solas con él para preguntarle qué había sucedido, por qué parecía un poco enfermo.

Si acaso, por cumplir esta misión, la vida de Theodore se había acortado, ella no se lo perdonaría.

De inmediato, los caballeros fueron atendidos, y Theodore fue llevado a su habitación. Allí, el lacayo bajo su mando le ayudó a bañarse y vestirse. Theodore se hundió en el agua caliente soltando un suspiro de alivio y satisfacción. El baño era una bendición después de semanas de viaje a caballo, pero a pesar de lo agradable que era, no se demoró demasiado. Había visto la preocupación en los ojos de Charlotte, y quería tranquilizarla lo antes posible.

Salió luciendo ropa limpia y hecha especialmente para él: una camisa bordada con delicadeza, un jubón de excelente calidad que realzaba su figura imponente, botas de cuero ajustadas a la perfección y aceite perfumado que daba a su piel un aroma fresco y varonil.

Con paso más lento de lo habitual, llegó hasta el despacho privado del señor de la mansión, y luego de llamar un par de veces, entró. Allí encontró a Charlotte, a lady Minerva y a sir Edgar, el mayordomo de Greenlake.

—Bienvenido de nuevo, sir —sonrió Minerva, y Theodore hizo una reverencia hacia ella.

Charlotte le indicó una silla, y él tomó asiento con elegancia, aunque su postura seguía denotando cierto cansancio.

—Sir Edgar será parte de nuestro consejo —dijo Charlotte, mirando al hombre que estaba de pie tras ella—. Ha jurado lealtad hacia mí, y he pensado que, luego de que me establezca como lady Albermale, él será mi administrador.

Theodore miró al hombre con atención, evaluando su presencia. Sir Edgar hizo un asentimiento respetuoso, comprendiendo rápidamente que la validación de este joven ante él era crucial para Charlotte. Theodore simplemente asintió en respuesta, dando su aprobación tácita.

Luego, con calma pero firmeza, Theodore comenzó a relatar todo lo que había conseguido en esos largos meses fuera. Describió la búsqueda realizada en la ciudad, cómo habían seguido pistas falsas y superado trampas mortales, y finalmente, cómo encontraron la guarida del gremio de asesinos.

—Fue una tarea peligrosa —admitió con tono sereno—. La fuerza superior de nuestros hombres logró reducir al grupo de asesinos, aunque no sin bajas por nuestra parte.

Charlotte escuchaba atentamente, su corazón latía con fuerza mientras imaginaba lo que Theodore y sus hombres habían enfrentado.

—Pero encontramos la carta donde Kenneth mismo solicita los servicios al gremio —continuó Theodore, y una sonrisa satisfecha cruzó su rostro. Charlotte abrió grandes los ojos, mirándolo como si esperara que sacara tal carta de algún bolsillo, pero Theodore sacudió suavemente la cabeza—. La tienen los condes de la "Alianza de los siete" —explicó, enseñando sus palmas—. Ellos le darán mejor uso.

—Sí —suspiró ella, dando golpecitos con sus manos, y pensando rápidamente—. En eso tenéis razón. Pero, sir… —Theodore la miró atento, esperando que ella completara sus palabras. Charlotte apretó

los dientes—. No quiero darle una muerte fácil a Kenneth Montfort —dijo ella con la mirada encendida—. Mató a mi padre, y eso merece un castigo peor que la muerte.

—Estoy a vuestras órdenes, mi lady—. Charlotte lo miró fijamente. En un brevísimo instante pensó que él censuraría su deseo de venganza. Pero sonrió. Hasta en eso él parecía estar de su lado.

—¿Cuánto tiempo creéis que le tome a la Alianza de los siete llevar esa carta ante el rey, y luego llamar a Kenneth ante el tribunal?

—No mucho —consideró Theodore, pensándolo brevemente—. A lo sumo, unos meses.

Charlotte asintió, pero no parecía del todo satisfecha con ese pronóstico.

Theodore la miró acercándose un poco en su silla.

—Parece que no os satisface esa resolución—. Ella sacudió brevemente la cabeza.

—Es sólo que esta serpiente a la que nos enfrentamos tiene más de una cabeza —contestó ella, frunciendo levemente el ceño—. Si Kenneth es llamado a juicio por lo de mi padre, de todos modos, Ivette seguirá en la línea de sucesión, y está próxima a casarse con gente rica y poderosa, y éstos fácilmente querrán hacerse con el feudo de Albermale. No podemos permitir eso—. Theodore pensó en aquello, aprobando de inmediato sus palabras—. Entonces, en vez de enzarzarnos en una larga lucha contra una familia y otra, debemos destruir la reputación de todos ellos con un solo golpe.

—¿Sugerís…?

—Sí, hay que correr el rumor de que tanto Kenneth como Ivette son bastardos. Y no sólo eso, hay que dar a entender que el padre de ese par es el amante de Elaine, Armand. Así no tendrán honra alguna con la que atreverse a luchar por el legado de Albermale, perderán todo su prestigio, y sus amigos los abandonarán—. Los ojos de Theodore brillaron, aprobadores. Ella, de ninguna manera,

era esa mujer frágil que los que habitaban Albermale actualmente creían.

Y estaba conociendo una nueva faceta de su personalidad. A sus enemigos, Charlotte Montfort los aplastaba, sin darles tiempo ni espacio para recuperarse.

—Conozco a las personas indicadas para empezar a correr ese rumor—. Charlotte lo miró con una sonrisa que iluminó toda la estancia.

—Vos habéis adelantado un poco el trabajo —dijo ella, con ojos enamorados—. Habéis propiciado el pensamiento de que la ineptitud de Kenneth al encontrar al asesino se debe a sus propios intereses.

—Oh, lamento decepcionaros, pero ese rumor surgió prácticamente solo. Sólo fue atar algunos cabos y las preguntas empezaron a surgir.

—Ya que no podemos apoyarnos en pruebas firmes de las fechorías de esos cuatro —añadió Minerva cruzándose de brazos, haciendo que la pareja recordara que no estaban solos—, tendremos que valernos del poder del chisme.

—Este mismo puede destruir reinos enteros —asintió sir Edgar con un movimiento de la cabeza—. Sólo hay que manejarlo bien.

—Y apenas hemos empezado —sonrió Charlotte con un brillo maligno en sus ojos—. Tendremos que hacer caer a todos, uno a uno, sin posibilidad alguna de volver a levantarse. Y luego, cuando su honra esté en el suelo, daremos el golpe de gracia, así nos aseguraremos de que no puedan volver a levantarse, ni haya nadie que quiera extenderles la mano.

Theodore no dejó de mirarla. Sentía que ahora le gustaba mucho más. Oh, adoraba su apariencia frágil y cristiana, pero saber que era tan determinada, y que poseía su propia fuerza, le encantaba.

Hablaron largo rato, y Theodore se explayó en los detalles de su búsqueda, compartiendo los planes futuros con precisión. Minerva hizo preguntas incisivas, y sir Edgar ofreció algunos aportes valiosos. Pronto, avisaron que podían bajar al salón principal, donde ya estaba dispuesto el banquete de bienvenida para los caballeros.

Antes de que todos salieran, Charlotte le envió un mensaje silencioso con sus ojos a su abuela, quien captó la señal al instante. Minerva, siempre perspicaz, decidió darles un poco de privacidad, aunque sin dejarlos completamente solos. Se retiró unos pasos hacia el fondo de la habitación, fingiendo examinar un tapiz en la pared, lo que permitió a Charlotte y Theodore hablar sin ser escuchados.

Charlotte se acercó a Theodore, mirándolo con ansiedad. Su preocupación era evidente en cada paso que daba hacia él, pero antes de que pudiera formular cualquier pregunta, Theodore sacó algo de uno de sus bolsillos: el pañuelo que ella le había dado antes de su partida.

—Me temo… que está un poco sucio y desgastado —dijo él, extendiéndoselo con una sonrisa tímida.

Charlotte miró el pequeño trapo arrugado en su mano. Estaba irreconocible, manchado y deshilachado, como si hubiera sido arrastrado por el lodo y luego usado para limpiar botas. No pudo evitar reír, aunque su risa tenía un toque de ternura.

—Os lo cambio por este —dijo ella, sacando un pañuelo nuevo y perfectamente bordado de su manga. Theodore lo recibió con gratitud, pero no devolvió el viejo.

—Es mi viejo compañero —explicó, guardando cuidadosamente el pañuelo maltrecho en su bolsillo—. Desecharlo solo porque está un poco usado sería egoísta de mi parte.

—No está solo un poco usado —rio ella, incapaz de contenerse—. El trapo de un perro tiene mejor aspecto.

Theodore fingió ofenderse, llevándose una mano al lugar donde había guardado el pañuelo viejo con gesto protector, como si quisiera evitar que escuchara las horribles palabras de la dama ante él. Charlotte volvió a reír, suavizando la tensión del momento.

—Estoy feliz… de veros sano y salvo, de vuelta en casa —dijo ella finalmente con tono más serio. Lo miró fijamente, con sus ojos

brillantes de emoción, pero también de preocupación.

Él asintió, comprendiendo lo que venía a continuación.

—Pero tenéis que decirme… Os hirieron, ¿verdad? —preguntó ella, su voz era firme, casi como una orden. Sus ojos parecían reclamarle sinceridad, como si ya supiera la verdad incluso antes de que él respondiera.

Theodore disimuló una mueca. Bien decían que a las mujeres no se les podía ocultar nada.

—Solo un poco —admitió, encogiéndose de hombros. Pero ella entrecerró los ojos mirándolo con más intensidad, y él dejó escapar un suspiro resignado. Lentamente, se llevó una mano al hombro izquierdo y comenzó a sobárselo con cuidado—. Fui herido con una flecha durante el enfrentamiento. Hubo una pérdida de sangre importante, pero mi padre tenía preparados a los mejores médicos, y lograron salvar mi vida.

Esas últimas palabras resonaron en la mente de Charlotte, que entendió las implicaciones. Hablar de médicos y salvar su vida significaba que, en algún punto, su estado había sido crítico. Charlotte abrió los ojos un poco más, alarmada, pero antes de que pudiera decir algo, Theodore extendió la mano y tomó la de ella con suavidad.

—Pero estoy bien —insistió él—. Estuve en cama hasta el día antes del viaje de regreso porque mi familia me cuidó casi hasta el extremo.

—Sir…

—Estoy bien —repitió él, esta vez con más énfasis—. Tal vez deba comer un poco más en los próximos días, pero recuperaré toda mi fuerza.

Charlotte guardó silencio por un momento, quedándose sin opciones. Miró su hombro como si quisiera pedirle que se quitara la ropa para inspeccionar la herida ella misma. Sin embargo, esa idea trajo imágenes indecorosas a su mente: su pecho desnudo, sus músculos marcados, su piel cálida bajo sus dedos… Sacudió la

cabeza ligeramente para alejar esos pensamientos, pero no pudo evitar que sus mejillas se colorearan.

—Además, con vuestros cuidados —siguió él con voz ronca y suave—, no dudo que pronto estaré de nuevo en plena forma. Necesito estarlo, de todos modos—. Ella pestañeó.

—¿Tenéis planeada alguna otra campaña peligrosa? —preguntó, alarmada. Él sonrió.

—No, mi lady. Es algo mucho mejor. Algo que me da felicidad, y espero que a vos también—. Ella lo miró confundida. El apretón de su mano se hizo un poco más firme.

—He solicitado vuestra mano al rey, lady Charlotte, y he sido aprobado como vuestro marido.

Ella abrió grande la boca, y tuvo que cubrirla, temiendo que de ella saliera algún grito. Él sonreía, sin soltar su otra mano, deseando acercarla a su pecho y abrazarla, besarla. Pero Minerva seguía vigilante a pocos pasos.

—De… ¿de verdad?

—Sólo si vos me aceptáis, claro—. Charlotte no lo pensó mucho, olvidó todo, quién era, dónde estaba, y que su abuela estaba allí, y se lanzó a sus brazos.

Theodore, a pesar de que todavía sus heridas estaban un poco delicadas, la alzó suavemente y besó sus labios. No había esperado esta reacción, pero a cada momento comprobaba que Charlotte era una mujer apasionada, llena de calidez.

Tomó su rostro entre sus manos deseando profundizar el beso, llevarla en volandas a algún lugar y no soltarla en horas, pero entonces, el insistente carraspeo de Minerva los trajo de vuelta a la tierra.

Theodore soltó rápidamente a Charlotte, interrumpiendo abruptamente el beso y el abrazo, y retrocedió un paso esperando una reprimenda, pero ésta no se dio. Charlotte se volcó a su abuela dándole la nueva, y lady Minerva olvidó, al menos momentáneamente, su falta.

—¡Eso es maravilloso! —la felicitó la anciana, tomando los hombros de su nieta y sonriendo—. Tenemos que empezar a planear ya esa boda.

—Oh, mi lady —la interrumpió sir Theodore—. Quiero aprovechar la cena de esta noche para hacer público nuestro compromiso.

—Excelente idea —dijo Minerva como si empezara a tomar nota mental de todo lo que había que hacer—. Necesitamos que el rumor empiece a correr. No todo pueden ser chismes negativos, ¿no? —Minerva salió del salón olvidando que no debía dejarlos solos. O tal vez pensando que, ya que estaban prometidos, podía darles un poco más de libertad.

Sin pérdida de tiempo, al verse solos de nuevo, los cuerpo de Charlotte y Theodore volvieron a unirse en un abrazo, y otra vez sus labios se encontraron.

—Esto es verdad —susurró ella entre besos—. No es un sueño. Dios mío. No es un sueño.

Theodore profundizó el beso. Asomó su lengua y la coló en su boca, lo que le provocó un gemido de sorpresa y placer.

—Qué hermosa sois —murmuró él, con voz grave por el deseo—. Mi preciosa Charlotte.

Él había dicho su nombre como si le supiera a miel, sin títulos, y algo dentro de ella se derritió. Se sentía sin aire, desfallecida, y las rodillas se le doblaron. Pero allí estaba él para sostenerla.

—Vos sois hermoso —dijo ella—. Os he amado… toda mi vida—. Él sonrió.

—Ah, mi lady. Yo aún recuerdo que los primeros días ni siquiera queríais verme —bromeó él con una sonrisa dolida—. No me hablabais, no me determinabais. Dolió un poco.

—¿Sólo un poco? —sonrió ella apoyando sus brazos en los anchos hombros masculinos.

—Dolió mucho —corrigió él, y ella rio entre dientes. Él volvió a inclinarse para besarla, y ella lo apretó en su abrazo, lo que provocó un leve encogimiento por parte de él.

Charlotte dio varios pasos atrás, alejándose, y él la miró como si de repente ella lo hubiese abandonado en un lugar triste y solitario.

—Estáis herido.

—No es para tanto.

—Sí lo es. Lo lamento. Lo olvidé.

—Eso está bien. Lo olvidasteis debido a mis besos—. Ella lo miró con censura, pero no le duró mucho, los ojos de él eran demasiado hermosos como para poder mirarlo molesta demasiado tiempo.

—Os enviaré tés medicinales —dijo Charlotte con voz un poco mandona, recuperando su compostura—. Aseguraos de beberlos todos.

—Así haré, mi lady —respondió él con una pequeña reverencia, aceptando su preocupación como un acto de cariño.

—Prometedme que entrenaréis sólo cuando estéis totalmente recuperado —continuó ella, su tono ahora era más severo.

—Así será —prometió él, inclinando la cabeza.

—Sir Theodore… —La voz de Charlotte adquirió un matiz más autoritario, aunque seguía siendo suave—. Vuestra vida es importante para mí. Por favor, valorad vuestra salud.

Él sonrió, sus ojos se iluminaron y, por un breve instante, las sombras bajo sus párpados parecieron desaparecer.

—No me atrevería a enfermarme, mi lady. Dais miedo cuando os ponéis severa —bromeó él, tratando de aligerar el ambiente.

Ella frunció el ceño, fingiendo molestia, pero no pudo evitar que una pequeña sonrisa se asomara en sus labios. Encantada, y a la vez molesta, Charlotte elevó el mentón con dignidad y salió de la estancia pasando por su lado. Antes de cruzar la puerta, lanzó una última mirada sobre su hombro, asegurándose de que él la viera.

Theodore, viéndola marchar, se llevó el pañuelo nuevo a la nariz, feliz de percibir de nuevo su aroma dulce y floral. Cerró los ojos por un momento, dejando que el olor lo envolviera, y sonrió para sí mismo. Este pequeño gesto de ella, tan simple y personal, era suficiente para llenarlo de calidez.

20

El salón principal de Greenlake estaba iluminado por decenas de velas, y las mesas, decoradas con manteles y algunas flores de temporada. Los sirvientes iban y venían, trayendo platos humeantes y jarras de vino espumoso. El ambiente era festivo, lleno de risas y conversaciones animadas, pero para Charlotte y Minerva aquella noche no era solo una celebración cualquiera: era el homenaje al regreso triunfal de Theodore, quien había traído consigo las pruebas que asegurarían justicia para lord Anthony.

Minerva presidía la mesa desde el extremo, flanqueada por Charlotte a su derecha y Theodore a su izquierda. Aunque ambos intentaban mantener una apariencia serena, sus ojos se cruzaban constantemente, con sonrisas y mensajes silenciosos que nadie más en la sala podía descifrar.

A Charlotte le encantaba tenerlo de vuelta en casa, sentado a la mesa, al alcance de su mano, prácticamente. Lo había echado mucho de menos durante todo ese tiempo que estuvo lejos, y lo mejor, era que ahora lo sentía más cerca. Hablar, bromear, sonreír, sentirse cómplices, era algo demasiado valioso para ella.

Y pronto estarían casados.

Aquello todavía le parecía una mentira, algo demasiado grande para ser verdad.

Los ojos se le humedecían cuando se preguntaba si acaso todo esto que le estaba ocurriendo en esta vida no era más que su deseo febril. Era tan diferente al pasado que le costaba asimilarlo del todo.

A veces temía despertar y volver a aquella mazmorra sucia y maloliente, donde tantas cosas malas le pasaron.

Pero cada mañana abría los ojos y seguía aquí, y volvía a agradecer, y volvía a ocuparse de sus tierras, y de su gente. Estaba siendo buena por miedo, tal vez. Ya ella había demostrado que no lo era, para nada. Pero, aun así, se ocupaba cada día de evitar la muerte y el odio.

Después del banquete principal y cuando los postres comenzaron a circular, Theodore se puso de pie abruptamente. Su gesto llamó la atención de todos los presentes, quienes dejaron de hablar y lo miraron expectantes. Con una calma solemne, levantó su copa de vino y se dirigió a los comensales.

—Damas y caballeros —dijo con voz firme pero llena de emoción —, antes de continuar esta maravillosa velada, quisiera aprovechar este momento para hacer un anuncio de suma importancia. Pero antes, permitidme expresar mi gratitud hacia cada uno de vosotros por recibirnos tan cálidamente después de nuestro largo viaje. Especialmente a lady Minerva y lady Charlotte, cuyas oraciones nos acompañaron durante todo este tiempo.

Minerva asintió con gracia, sonriendo mientras Theodore continuaba:

—Nuestro viaje a Londres no solo nos ha permitido cumplir una tarea importante, sino que también, en mi caso, me ha dado tiempo para reflexionar sobre lo que verdaderamente valoro en esta vida. Hay algo muy importante que deseo compartir con todos vosotros aquí reunidos.

Hizo una pausa, mirando directamente a Minerva, quien ya sabía lo que vendría a continuación. Sus ojos brillaban, y su expresión era una mezcla de orgullo y anticipación.

—Lady Minerva —continuó Theodore, inclinándose ligeramente hacia ella—, os ruego me permitáis dirigir unas palabras a vuestra nieta, lady Charlotte Montfort. Durante mi ausencia, he tenido mucho tiempo para pensar en cómo mi destino está irremediablemente entrelazado con el de ella. No solo por las circunstancias que nos han llevado hasta aquí, sino porque he llegado a comprender que no puedo imaginar mi futuro sin su compañía.

Charlotte tenía sus ojos clavados en él, muy sorprendida de que él fuera capaz de expresar tales palabras delante de todo un público.

Los murmullos de asombro recorrieron la sala, pero Theodore mantuvo su compostura, dirigiéndose ahora directamente a Minerva.

—Con todo el respeto debido, os solicito formalmente la mano de lady Charlotte en matrimonio —dijo, y todos alrededor contuvieron el aliento. Las doncellas de Charlotte casi dejaron salir un gritito, los soldados asintieron aprobadores, y el ambiente expectante se hizo cada vez más tenso—. Soy consciente de que nuestra unión fortalecerá nuestras familias y consolidará las alianzas necesarias para enfrentar los desafíos que tenemos por delante. Pero más allá de cualquier conveniencia política, os aseguro que mi corazón pertenece completamente a vuestra nieta.

Minerva observó a Theodore con una sonrisa, aprobando cada palabra que él había usado para declararse.

—Sir Theodore —dijo—, siempre habéis demostrado ser un hombre honorable y leal. Si mi nieta acepta vuestra propuesta, tenéis mi bendición más sincera. Nuestra casa estará eternamente agradecida por vuestra dedicación y valentía.

Theodore se volvió hacia Charlotte, cuyo rostro estaba iluminado por la felicidad. Se arrodilló frente a ella, tomando su mano delicadamente entre las suyas.

—Lady Charlotte Montfort —dijo él—, desde el primer momento en que os vi, supe que erais diferente. Vuestra inteligencia, vuestra fuerza y vuestra bondad han cautivado mi corazón de maneras que nunca imaginé posibles. ¿Me haríais el honor de convertiros en mi esposa? Prometo protegeros, honraros y amaros por el resto de mis días.

Charlotte sentía lágrimas acumulándose en sus ojos. Las palmas le sudaban, por lo que tuvo que apretar las faldas de su vestido.

Por una vez, no pensó en lo diferente que era este presente del pasado. Estaba tan feliz, que olvidó su vida anterior, olvidó a aquella Charlotte desgraciada y derrotada que todo lo que tuvo fue robado, y del mismo modo lo perdió.

Era feliz; ahora mismo, ningún pesar nublaba su corazón. Tenía más de lo que jamás había soñado, y al parecer, mejores cosas

estaban por venir.

—Sí, sir Theodore —respondió con voz clara y firme, aunque por dentro temblaba como una flor al viento—. Sería un honor ser vuestra esposa.

Una ovación estalló en el salón, seguida de aplausos y vítores. Los sirvientes comenzaron a brindar, y algunos incluso derramaron lágrimas de alegría. Minerva se acercó a abrazar a Charlotte, mientras Theodore permanecía de pie junto a ella, incapaz de apartar los ojos de su futura esposa.

Ella reía y lloraba al tiempo. Por un instante, había sentido cierta inseguridad. Su silencio se había prolongado por lo que le pareció horas, pero al final, ella sólo había estado un poco emocionada, y la comprendía. Hacía rato que el corazón retumbaba en su pecho como un tambor enloquecido, y cuando ella al fin dijo "sí", sintió que se le quitaba de encima un enorme peso.

Extendió la mano a ella, y Charlotte la tomó, mirando al público, enseñando sus manos unidas como un símbolo de fuerza, una fuerza que los llevaría a todos a la cima.

Lleno de gratitud, Theodore sacó un pergamino cuidadosamente doblado de su jubón. Lo desplegó y lo mostró a todos los presentes.

—Además, traigo la aprobación real de su majestad, el rey Ricardo II. Me ha otorgado su consentimiento para esta unión, reconociendo su importancia para la estabilidad de Albermale y nuestras tierras vecinas.

Un murmullo de admiración recorrió la sala. El apoyo del rey era un sello de legitimidad inigualable, y todos entendieron que este matrimonio no solo sería un acto de amor, sino también un paso crucial para asegurar el futuro del feudo.

—Gracias, mi lady —dijo él en voz más baja, volviéndose a Charlotte—. Por aceptarme —ella lo miró a los ojos.

Dios, lo amaba tanto. Él era tan bueno, tan bello, tan valiente. Había hecho por ella más que cualquier persona en el mundo, y seguía siendo ese hombre decidido y determinado, de principios inamovibles que en el pasado admiró.

—Me considero muy afortunada, sir, por teneros. Jamás soltaré vuestra mano.

—No tendréis que hacerlo —dijo él con una sonrisa, acercándose un poco para hablarle al oído—. Os amo.

La sonrisa de ella quedó congelada en su rostro.

De repente, todo alrededor quedó en silencio, y aunque la gente celebraba, elevaba sus copas de vino, sonreía y vitoreaba, ella ya no veía nada, no escuchaba nada.

Él acababa de decir que la amaba, lo cual era más de lo que su febril y desesperada imaginación era capaz de convocar.

Él acababa de decir que la amaba, y su mente se había quedado en blanco, incapaz de corresponder a esas palabras por lo sagradas que eran.

—¡Oh, tenemos que darnos prisa para la gran fiesta! —exclamó Minerva, aplaudiendo como una niña a la que le han dado un juguete nuevo—. Querida mía, tenemos tanto que preparar. Afortunadamente, todavía faltan unos meses para vuestro cumpleaños dieciséis, lo que nos da tiempo para prepararnos. Dios, las invitaciones, ¡hay que empezar a planear todo desde ya!

La perorata de su abuela volvió a traer a Charlotte a la realidad, que se había quedado mirando a Theodore en silencio. Él le sonrió, soltando su mano, y Charlotte se sintió sola en cuanto sus dedos se separaron.

—Mi lady, todos estamos felices por esta maravillosa noticia —le dijo sir Edgar, sonriendo de tal manera que su poblado bigote se estiraba en toda la cara—. La unión de la casa Albermale y la casa Argyll es sin duda un acontecimiento que podría sacudir a toda Inglaterra.

—Oh, estoy segura de que la poderosa alianza es lo que menos importa a este par —sonrió Minerva, mirando a la pareja que no dejaba de mirarse en silencio, y Edgar sólo pudo sonreír.

—Lady Charlotte, ¿algo os preocupa? —preguntó Theodore mirando a Charlotte fijamente, como si quisiera atravesar su expresión para descubrir algo más allá de lo evidente. Ella había estado extrañamente callada durante el paseo nocturno, un silencio poco habitual en ella desde que compartían aquellos momentos juntos. Los paseos solían ser sus instantes más preciados, pero ahora estaban limitados por las murallas menos imponentes de Greenlake, tan distintas de las majestuosas defensas de Albermale.

Ahora caminaban lentamente por el patio interior de Greenlake, un espacio reducido pero íntimo. Las murallas eran más bajas, menos intimidantes, aunque no menos funcionales. El castillo tenía su propia singularidad: la llamada Torre de la Bengala , que se elevaba sobre el resto de la estructura. Desde allí, se lanzaban señales luminosas de colores específicos, mensajes codificados que viajaban a través del feudo, conectando a todos los habitantes en tiempos de paz o conflicto. Era el punto más alto, un faro de comunicación y vigilancia.

Al escuchar la voz de Theodore, Charlotte dio un respingo, como si hubiese olvidado momentáneamente que él estaba allí. Aquella reacción lo dejó pensativo, intrigado por lo que pudiera estar pasando por su mente.

—Ah… No os puedo mentir —respondió ella con una sonrisa nerviosa, sus manos jugueteando inconscientemente con el borde de su chal—. No es una preocupación, sólo… sigo sorprendida. Esto me parece un sueño. Vos me parecéis un sueño.

Él sonrió mirándola fijamente. No. La ensoñación aquí era ella, hermosa y cautivadora. Pero oírle decir esas palabras calmaba su corazón.

—¿No es un poco sorprendente que el rey os haya aceptado sin ninguna traba? —preguntó Charlotte ladeando su cabeza—. ¿Pensé que tenía para mí otros planes, pero resultó que siempre fuisteis vos.

—Tal vez vuestro padre —contestó él inclinando ligeramente la cabeza, y eligiendo cada palabra con cuidado—, al tiempo que le

pidió reconoceros… también me propuso a mí como candidato a marido.

Charlotte giró hacia él, con ojos brillantes.

—Sí —susurró—. Tal vez lo hizo. Él desde el principio… quería que me acercara a vos.

Theodore sonrió, asintiendo lentamente.

—Tal vez notó la devoción con que os miraba.

Ella abrió los ojos un poco más ante aquella declaración, sintiendo cómo el calor subía a sus mejillas. Apretó los labios y bajó la mirada, tratando de esquivar su escrutinio.

—¿Dudáis de mi amor, lady Charlotte? —preguntó él con ternura, extendiendo su mano para tomar la de ella sin vacilar. A unos pasos de distancia, Blake permanecía quieta, pero ella era mucho menos estricta que Martha, así que no hubo carraspeos ni advertencias que interrumpieran el momento—. ¿Qué puedo hacer para que tengáis seguro que mis sentimientos por vos son reales y profundos? —añadió él en un susurro, su voz cargada de sinceridad.

Charlotte volvió a mirarlo a los ojos, sintiendo cómo su corazón latía desbocado. No era que dudara de sus sentimientos. Era ella quien llevaba una máscara, ocultando secretos que podrían cambiarlo todo si alguna vez salieran a la luz.

—Temo que… cuando me conozcáis realmente, dejéis de amarme —confesó con voz temblorosa.

Theodore meneó la cabeza negando.

—Eso no ocurrirá.

—Decís que soy buena… pero no es verdad. No soy buena —insistió ella, evitando su mirada.

Theodore sonrió, acercándose un poco más. Estar tan cerca de él, sentir su calor y su aroma, hizo que Charlotte sintiera la boca seca.

—¿Y es eso lo que os preocupa? —le preguntó él con voz baja y cálida—. Tampoco yo soy tan bueno —continuó, inclinándose

ligeramente hacia ella—. Todos tenemos un poco de egoísmo y de oscuridad en nuestro interior. Es supervivencia.

—Vos no —rio ella débilmente, negando con la cabeza—. Sois la persona menos egoísta que he conocido. Sois el mismo en todas mis vidas…

Su voz se apagó de repente, como si acabara de decir algo que no debía. Theodore la miró con curiosidad, tal vez confundido, pero antes de que pudiera preguntar, ella apretó suavemente la mano que él sostenía, distrayéndolo.

—¿Cuándo deberíamos celebrar la boda? —preguntó rápidamente, cambiando de tema con habilidad.

La pregunta surtió efecto inmediato. Theodore sonrió, relajándose.

—Antes de que acabe el verano, supongo.

—Tendremos que enviarle una invitación al rey —comentó ella, pensativa.

—No asistirá —respondió Theodore con franqueza—. Si fuerais la condesa, estaría obligado, pero os casáis en calidad de vasallo, aunque haya sido un matrimonio que él mismo orquestó.

—No importa. Lo que me interesa es que venga la gente que en verdad aprecio —suspiró ella, levantando la vista hacia el cielo despejado. Una suave brisa fresca acarició su rostro, y Charlotte se ajustó el chal sobre los hombros, soltando la mano de Theodore—. Me habría hecho muy feliz que mi padre estuviera allí ese día.

Los ojos de Charlotte se humedecieron ligeramente, y Theodore hizo una mueca apretando los labios, contagiándose de su pena. Sabía cuánto había significado lord Anthony para ella, más incluso que para quienes se suponían sus hijos legítimos.

La sangre llama fuerte, pensó Theodore. Tal vez, instintivamente, lord Anthony lo sabía.

—Aunque la presencia de un padre es invaluable —murmuró suavemente—, pensad en los que aún tenéis a vuestro lado.

Charlotte asintió con una sonrisa melancólica y se limpió discretamente la comisura de los ojos con la punta del chal.

—Lo haré. Gracias. Y sé qué… ese día… será el más feliz de todas mis vidas.

Él sonrió un poco confundido.

—¿Vuestras vidas? —preguntó—. ¿Así, en plural? —Charlotte se cubrió la boca con los dedos, esquivándolo—. Sólo tenemos una vida, que yo sepa—. Ella rio.

—No es muy católico lo que dije, ¿no es así?

—Oh, no lo dije por asuntos religiosos.

—Pero es interesante la idea, ¿verdad? Pensar que… aun después de la muerte, tendréis una oportunidad…

—Entonces, el mundo sería un caos —contestó Theodore, y al ver su cara decepcionada, Theodore sonrió—. Sólo pensadlo. Si acaso Kenneth muere, y tiene una segunda oportunidad, pero en vez de redimirse, lo que hace es corregir los errores que lo llevaron a la derrota…

—Oh… Sí, tiene sentido.

—Entonces, sólo podemos agradecer que sólo tengamos una vida, y vivirla a profundidad, haciendo el bien, siendo firmes en nuestras creencias y…

—Sir Theodore… —lo interrumpió ella acercándose un poco más a él. Miró de reojo hacia donde debía estar Blake, pero esta estaba distraída observando la luna. La mejor chaperona del mundo, pensó Charlotte con una sonrisa traviesa. Aprovechando el instante, se puso de puntillas y besó los labios de su prometido.

El gesto tomó completamente por sorpresa a Theodore, quien la miró con los ojos bien abiertos. Pero antes de que ella pudiera alejarse, él le tomó el brazo con suavidad y la atrajo hacia sí, devolviendo el beso.

Fue un beso profundo, lleno de deseo. No sólo él la apretaba contra su cuerpo, ella lo buscaba con ansiedad, con una extraña necesidad.

El beso siguió. Él le abrió los labios y coló su lengua dentro, ella volvió a gemir. Mordisqueó sus labios con delicadeza y murmuró promesas que a ella le supieron a gloria. Y cuando las manos de él subieron un poco, ambos parecieron recordar dónde estaban y quiénes eran, y se alejaron el uno del otro como si un muro invisible se hubiese instalado en medio, pero siguieron mirándose con hambre, con deseo.

El momento había sido fugaz, per a ambos les pareció eterno. Deseaban volver a los brazos del otro, a los labios del otro, y se contenía por la mera fuerza de su voluntad.

Sabían que podían estar siendo observados por los soldados de la guardia nocturna, y en cualquier momento Blake podía recordar sus deberes y separarlos con un regaño. Así que Theodore dio un paso atrás, respirando profundamente.

—Sir… —susurró ella, incapaz de articular algo coherente.

—Perdonadme —murmuró él, aunque sus ojos no pedían perdón. Por el contrario, prometían más besos como ese.

Charlotte rio suavemente, girándose para no tener que sostener su mirada. Sacudió la cabeza y respiró hondo.

—Es tarde —dijo finalmente, mirándolo de nuevo con pesar.

Él asintió, comprendiendo.

—Hay… mucho que hacer.

Ella hizo una leve reverencia y comenzó a caminar hacia Blake. Dirigió una última mirada lastimera a Theodore antes de desaparecer en la penumbra.

Theodore quedó allí, inmóvil, despierto en mil maneras en que un hombre podía estarlo, mientras el único objeto de su deseo se alejaba.

—Qué duro es estar soltero —dijo una voz a unos metros. Theodore se giró con la mano en la espada, dispuesto a enfrentarse a quien osara perturbar la paz de aquella noche. Pero solo era Jack.

Relajó su postura, aunque no dejó de mirarlo con cautela, como el depredador que vigila a su presa.

Jack masticaba despreocupadamente la corteza de una rama y lo miró con ojos perezosos.

—Elegid mejor los lugares donde paseáis con vuestra dama, mi señor.

Theodore frunció el ceño.

—Es sólo que Greenlake es pequeño.

Jack sonrió para sí mismo. No, Greenlake no era pequeño. Pero entendía perfectamente lo que Theodore quería decir. Había conocido a Theodore en Albermale, que llegó al castillo meses después que él. También Jack se había enamorado de Charlotte, pero como caballero sin tierras ni perspectivas de heredar nada, se limitó a servirla y mirarla de lejos.

Cuando vio que Theodore, un hombre en la misma situación que él, recibió mucha más atención y aprobación por parte de ella, no pudo evitar sentir celos. Con el tiempo, sin embargo, fue entendiendo. Alguien como Charlotte Montfort no necesitaba cobardes que ni siquiera se atrevieran a luchar por ella. Ella requería de un hombre que la adorara tanto que fuera capaz de enfrentarse al mundo entero, y que pasara por alto el estigma de bastarda, de ilegítima.

Theodore había superado todo aquello, y todos lo sabían: había conseguido el amor de la futura condesa de Albermale.

Jack lo admiraba y lo respetaba, pero de vez en cuando soltaba alguna pulla por lo evidente que era su enamoramiento.

Cuando encontrara un nuevo amor, se prometió Jack, sería más decidido, más determinado.

Los días siguientes a la propuesta pasaron llenos de emoción y actividad constante. Charlotte estaba inmersa en los preparativos para su boda, un evento que debía ser discreto pero memorable, dado el contexto político y las circunstancias que rodeaban a Albermale. Sin embargo, por más ocupada que estuviera, siempre encontraba tiempo para compartir momentos con Theodore.

Una mañana soleada, Charlotte se sentó frente al escritorio de su despacho privado, rodeada de pergaminos, sellos de cera y plumas. Minerva y Martha estaban allí con ella, ayudándole a hacer las cartas que luego serían enviadas a sus invitados.

Había decidido enviar invitaciones no solo a los aliados cercanos y vasallos de Albermale, sino también a Kenneth y su familia. No lo hacía por cortesía ni esperanza de reconciliación; era simple obligación, no se podía dejar al conde por fuera. Además, quería que supieran que, pese a su oposición, ella seguía adelante con su vida, mejor de lo que habría podido vaticinar.

—Debo escribir esto con cuidado —murmuró mientras mojaba la pluma en el tintero—. Que Kenneth reciba esta invitación será como echar sal en su herida. Es una lástima que no pueda ignorarlo y dejarlo por fuera de mi fiesta.

Theodore, que había entrado silenciosamente en la habitación, sonrió al verla concentrada.

—¿Os preocupa cómo reaccionará? —preguntó, acercándose para observar los pergaminos ya terminados.

—No me importa lo que piense—respondió Charlotte sin levantar la vista, aunque una pequeña sonrisa curvó sus labios—. Pero sí que me gustaría ver su cara enojada al ver que me alío con los Argyll. Oh, pero puedo imaginarlo. Romperá algo y azotará a alguien.

Theodore sonrió, divertido por las caras que ella hacía, y la anticipación que le provocaba imaginar las reacciones de su enemigo.

Tal vez a esto se refería ella cuando decía que no era buena. Pero cosas tan pequeñas como esta no eran dignas siquiera de mención, pensó. Cualquiera se regodearía en la desgracia de Kenneth Montfort.

—Pero… ¿qué pasa si decide venir? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño—. Él podría perfectamente intentar arruinar nuestra boda.

—No vendrá —aseguró Charlotte haciendo un gesto con la mano —. Se sentirá insultado por haber sido invitado a la boda de la

"bastarda"—. Al oír aquello, Theodore endureció su expresión.

Sin embargo, podía imaginarlo perfectamente. Así era, después de todo, como él la llamaba siempre.

—Sólo estamos gastando pergamino, tinta y lacre —suspiró Minerva, interviniendo en la conversación—. Pero cumpliendo con el protocolo. Sir Theodore, ¿no teníais que salir con vuestros hombres a hacer algo?

Era verdad, pensó Theodore incómodo, pero había venido aquí con la esperanza de tener un momento a solas con Charlotte y despedirse.

Sólo iría con un grupo de caballeros a reconocer el terreno y alrededores. Identificar debilidades, y otras labores de seguridad. Sin embargo, podía estar algunos días fuera, y quería una dosis de ella, una pequeña aunque sea.

Ella entendió su intención, y dejó la pluma poniéndose en pie. Salió con él al pasillo, y Minerva sólo sonrió mirando a Martha.

—Tendré bisnietos muy pronto —vaticinó, y Martha la miró espantada.

—No me pediréis un nuevo pañuelo, ¿verdad? —preguntó Charlotte con sonrisa traviesa, y Theodore sonrió.

—No me importaría llevarme tantos, que pudiera hacerme una cama con ellos—. Ella rio—. Sólo deseaba vuestra bendición. Y bueno, un instante a solas, sin los ojos vigilantes de vuestra abuela o doncellas—. Charlotte miró a un lado y a otro del pasillo, acercándose un poco más a él.

—Os bendigo en vuestro viaje —le dijo—. Id con Dios.

Theodore se inclinó a ella besando sus labios. Pero otra vez, tuvo que ser un momento fugaz. Aunque todos en Greenlake sabían lo mucho que él amaba a la señora, y lo bien que ella le correspondía, no debía poner su honra en riesgo. Sin embargo, cada día era más difícil obedecer a las convenciones sociales y contenerse.

La miró con hambre, lleno de anhelo. Quería besarla más, rodearla con sus brazos, pegarla a su cuerpo y…

Detuvo sus pensamientos, llenos de lujuria desenfrenada.

Cuando al fin se casaran, cuando al fin ella fuera su mujer, la tendría en la cama días y días, y al diablo las obligaciones. Pero quedaban muchos días para entonces, y sufría por el deseo descontrolado en sus pantalones. Para empeorar su situación, tenía prohibido entrenar hasta no estar totalmente recuperado, así que no tenía cómo desgastar toda esa energía acumulada.

Era un suplicio, y ella, en cambio, parecía rozagante, feliz.

Se rio de sí mismo, y sacudió la cabeza como si espantara tan bajos pensamientos. Ella estaría aterrada si sólo pudiera asomarse a una esquina de su enfebrecida mente.

—Me voy, mi lady. Prometo pensar en vos cada día.

—Rezaré por vos, mi señor—. Él sonrió y asintió, y tocándose los labios, mirándola como si le enviara otro beso, se fue.

Charlotte tuvo que recostarse a la pared tras ella, sintiendo las piernas desfallecidas.

Era bueno que él no pudiera leerle la mente, porque entonces se habría espantado por lo sucios que eran sus pensamientos.

21

El salón principal del castillo de Albermale estaba sumido en un silencio tenso cuando Kenneth rompió el sello de cera de la invitación que acababa de recibir. Sus ojos recorrieron rápidamente las líneas escritas con caligrafía elegante antes de lanzar el pergamino sobre la mesa con desprecio.

—¿Charlotte se casa? —dijo con una risa burlona, mirando alternativamente a Elaine e Ivette—. ¿Con ese miserable sin tierras? Qué patético. Creo que nunca había visto algo tan ridículo.

Ivette tomó el pergamino y lo leyó rápidamente, y al instante, estalló en un torrente de furia apenas contenida. Se levantó de su asiento como impulsada por un resorte, con los puños apretados y el rostro contraído por la indignación.

—¡Cómo se atreve! —gritó, arrugando el pergamino en su mano —. ¡Mi boda era primero! ¡Yo debía ser la primera en casarme en esta familia! ¡Es mi derecho!

Kenneth rodó los ojos, visiblemente irritado por el dramatismo de su hermana. Sin embargo, Elaine intervino con voz calmada, colocando una mano sobre el brazo tembloroso de Ivette para tranquilizarla.

—Tranquilizaos, querida —dijo—. No os preocupéis por eso. Nadie irá a esa boda. Todos nuestros aliados estarán ocupados preparándose para vuestra fiesta. Nadie desperdiciará tiempo asistiendo a una ceremonia insignificante organizada por una bastarda.

Aunque sus palabras parecían tranquilizadoras, Ivette no quedó completamente convencida. Su labio inferior temblaba ligeramente mientras murmuraba:

—Pero… ¿y si asisten? ¿Y si alguien decide apoyarla solo para ofendernos?

Antes de que Elaine pudiera responder, Armand, que había estado observando la escena desde una esquina de la sala, dio un

paso al frente. Su expresión habitualmente relajada ahora mostraba un rastro de preocupación genuina.

—No subestiméis esto —advirtió con tono grave, atrayendo la atención de todos—. Charlotte no es ninguna tonta. Si ha decidido casarse con Theodore Whitefield justo ahora, es porque sabe lo que hace. Y si el rey ha dado su aprobación… —hizo una pausa significativa—, entonces estamos ante algo más peligroso de lo que parece.

Kenneth frunció el ceño, claramente molesto por la insinuación de Armand.

—¿Qué queréis decir con "peligroso"? —preguntó, cruzándose de brazos—. ¿Acaso creéis que unos cuantos pergaminos firmados por el rey van a cambiar algo? Nosotros controlamos Albermale. Nadie puede quitárnoslo.

Armand negó lentamente con la cabeza, acercándose a la mesa donde aún descansaba la invitación olvidada.

—Controlar Albermale ya no es suficiente —explicó—. Ahora lady Charlotte tiene el respaldo de sir Theodore, cuya familia tiene influencia en otras regiones. Además, si su majestad ha aprobado públicamente esta unión, significa que él ve potencial en ellos como aliados. Esto podría darles acceso a recursos, hombres y apoyo político que nosotros no podemos igualar.

Elaine palideció ligeramente al escuchar esto, aunque trató de disimular su inquietud adoptando una máscara de arrogancia.

—Tonterías —replicó con desdén—. El rey simplemente quiere mantener las apariencias. No le importa realmente quién gane aquí. Lo único que le interesa es mantener el equilibrio de poder.

—Eso espero —murmuró Armand, aunque su tono sugería que no estaba del todo convencido—. Pero no podemos ignorar que esta boda fortalece su posición. Theodore es astuto, y si está dispuesto a casarse con ella, probablemente tenga planes para usar este matrimonio como una herramienta política.

—Le dais demasiado crédito —comentó Elaine meneando la cabeza, y suspirando—. Una bastarda es eso, una bastarda. Jamás

tendrá poder, ni mucho menos la aceptación, de la gente de bien. No si quieren conservar un poco de honor.

Kenneth bufó, incapaz de contenerse más.

—¡Basta de charlas absurdas! —exclamó, golpeando la mesa con el puño—. ¿Qué pueden hacer ellos, eh? Están rodeados por nuestros soldados. Pronto tendremos hasta al último hombre dentro de Greenlake. Cuando caiga, ese maldito matrimonio será lo último en lo que piensen.

Ivette, quien había comenzado a calmarse gracias a las palabras de Elaine, volvió a enfurecerse al recordar el insulto implícito en la invitación.

—¡Deberíamos quemar esa carta! —declaró, señalando el pergamino con desprecio—. Que sepan que ni siquiera vale la pena leer sus patéticas excusas de nobleza.

Elaine sonrió maliciosamente ante la idea, complacida por la sugerencia de su hija.

—Buena idea, querida —aprobó, tomando la invitación de la mesa—. Dejemos que celebren solos su farsa de boda. Después de todo, pronto toda esta historia terminará exactamente como debe: con ellos arruinados y nosotros ocupando nuestro lugar.

Kenneth asintió con satisfacción, aunque en el fondo sentía una punzada de intranquilidad. Sabía que Armand tenía razón en ciertos aspectos; el matrimonio entre Charlotte y Theodore no era un simple acto sentimental. Era un movimiento estratégico, y uno que podría complicar seriamente sus planes si no actuaban rápido.

Mientras Elaine arrojaba la invitación al fuego de la chimenea, donde las llamas consumieron rápidamente el papel, Armand permaneció en silencio, observando cómo el pergamino se ennegrecía casi instantáneamente. En su mente, las piezas del tablero empezaban a moverse, y no todas estaban a su favor.

La mañana previa a la boda estaba dedicada a la tradicional ceremonia de entrega de regalos, un evento que reunía a los

invitados en el gran salón del castillo de Greenlake. Las largas mesas estaban cubiertas con manteles blancos bordados, y sobre ellas se exhibían los obsequios enviados por los asistentes. Los sirvientes iban y venían, organizando los regalos según su tamaño y valor aparente, mientras los nobles intercambiaban comentarios corteses sobre la generosidad de unos y otros.

Charlotte, vestida con un traje sencillo pero elegante de seda azul claro, estaba sentada junto a Theodore y Minerva bajo un dosel decorado con flores frescas. Aunque sonreía educadamente, sus ojos recorrían la sala con atención, evaluando cada movimiento, cada gesto. No podía dejar de pensar en que en cualquier momento podía presentarse cualquiera del castillo principal para intentar arruinar su fiesta.

—No lo harán —le habían dicho Minerva y Theodore una y otra vez, pero ella los conocía mejor, y sabía que eran incapaces de pasar por alto tan buena oportunidad.

Los primeros en llegar habían sido los vasallos de Albermale, quienes, contrariamente a las expectativas de Elaine e Ivette, habían decidido asistir en masa a la boda de Charlotte. Aunque algunos mostraban cierta incomodidad al cruzar el umbral del castillo, sus rostros se iluminaron al ver la majestuosidad de los preparativos.

Reginald de Warenne, líder de los vasallos, fue el primero en entregar su regalo: un cofre de madera labrada lleno de monedas de oro y una carta sellada que expresaba su lealtad a Charlotte.

—Es un honor para mí estar aquí hoy —declaró Reginald con una reverencia, dirigiéndose a Charlotte—. Vuestra valentía y sabiduría nos han inspirado a todos.

—Vuestra presencia es el mayor regalo que podríais ofrecerme —respondió ella con calma, aunque sus ojos brillaban de emoción.

Este momento era demasiado significativo para Charlotte. En su vida anterior, Reginald había sido uno de los primeros en morir por su mano cuando se opuso a ella. Ahora, su apoyo incondicional era una señal clara de cuánto había cambiado su posición y cuánto respeto había ganado.

No tardaron en llegar los condes de Argyll, padres de Theodore, quienes causaron una impresión inmediata con su entrada triunfal. Lady Marguerite de Argyll, una mujer de porte imponente y belleza clásica, llevaba un vestido de terciopelo verde oscuro bordado con hilos de oro. Su esposo, Lord Talon de Argyll, lucía una túnica larga de brocado con el emblema familiar bordado en el pecho.

Su regalo era nada menos que una espada ceremonial forjada por los mejores artesanos de Escocia, con la empuñadura incrustada de zafiros y rubíes. Era un símbolo de poder y protección, destinado a ser transmitido a las generaciones futuras.

—Que esta espada os proteja en los días difíciles y os recuerde siempre el linaje al que pertenecéis ahora —dijo Lord Argyll con solemnidad mientras entregaba el regalo a Theodore.

A continuación llegó el Conde de Portland, un hombre robusto y de voz atronadora, miembro destacado de la Alianza de los siete. Su obsequio fue igualmente impresionante: un caballo blanco de pura sangre árabe, entrenado para la guerra y adornado con arreos de plata y cuero negro.

—Un verdadero campeón para una verdadera nobleza —proclamó el conde, guiñando un ojo a Theodore mientras le daba una palmada en la espalda.

Pero el momento más sorprendente ocurrió cuando un emisario real hizo su aparición. Vestido con los colores del rey, portaba una carta sellada con el emblema real y un cofre de joyas exquisitas: collares, brazaletes y pendientes engastados con diamantes y esmeraldas.

—Su Majestad os envía sus bendiciones y desea que sepáis que ve en vuestra unión un faro de esperanza para estos tiempos inciertos —anunció el emisario con voz solemne antes de retirarse discretamente.

Los murmullos de admiración recorrieron la multitud. Nadie esperaba tal muestra de apoyo real, especialmente hacia una novia que, hasta hacía poco, había sido considerada una bastarda. Pero

Charlotte no solo había demostrado ser digna; también había ganado aliados poderosos gracias a su inteligencia y determinación.

Cuando parecía que la ceremonia había alcanzado su punto culminante, un emisario entró al salón, portando un cofre de madera toscamente tallado, cuya tapa estaba ligeramente entreabierta. El olor acre que emanaba del interior hizo que algunos de los presentes arrugaran la nariz discretamente. El hombre, claramente incómodo, dejó el cofre sobre la mesa con una reverencia y anunció:

—Un obsequio de lord Kenneth, lady Elaine y lady Ivette, enviados especialmente para vuestra felicidad, lady Charlotte.

El silencio cayó sobre el salón como una losa. Todos los ojos se volvieron hacia el cofre cuando uno de los criados lo abrió completamente, revelando su contenido: estiércol fresco, húmedo y viscoso, apenas disimulado con hojas secas. Algunos de los invitados ahogaron exclamaciones de sorpresa o repulsión, mientras otros intercambiaban miradas incómodas.

Pero Charlotte no se inmutó. De alguna manera, había sabido que algo así sucedería. Ellos, definitivamente, no habían conseguido dejar pasar la oportunidad para intentar humillarla.

Pero todo, siempre, dependía de cómo reaccionaba uno a estas situaciones, se recordó.

Theodore se había puesto en pie con la mano en su espada dispuesto a iniciar una pelea allí mismo, ofuscado, y con toda la razón, pero ella le puso una mano en el brazo, calmándolo.

Él enseñaba los dientes, con ganas de matar al emisario allí mismo, pero un movimiento de su cabeza le dio a entender que ella tenía una idea mejor.

Con una calma pasmosa, Charlotte se levantó de su asiento y caminó hacia el cofre. Observó su contenido durante unos segundos antes de girarse hacia los presentes con una sonrisa radiante.

—¡Qué detalle tan maravilloso! —exclamó, y todos alrededor se la quedaron mirando sorprendido. De ninguna manera aquello era un "detalle maravilloso", pero no dijeron nada—. Siempre he admirado

el ingenio de lord Kenneth y su familia. De verdad, este regalo es… perfecto.

Los murmullos incómodos se transformaron en un silencio absoluto. Todos los presentes seguían con sus ojos fijos en ella, pero Charlotte continuó, sin perder ni un ápice de compostura.

—Veréis —dijo, dirigiéndose ahora a toda la sala con un tono alegre y amable—, siempre he sentido un gran amor por la jardinería. Me encanta cuidar de las plantas, verlas crecer y florecer gracias a mi esmero. ¿Y qué mejor compañero para esa labor que este magnífico abono que han tenido la gentileza de enviarme? ¡Sin duda, mis rosales nunca han estado tan bien alimentados!

Un murmullo de asombro y risas contenidas recorrió la multitud. Algunos de los invitados incluso aplaudieron discretamente, impresionados por la rapidez mental de Charlotte. Incluso Theodore tuvo que contener una carcajada, admirando cómo su futura esposa convertía un insulto en una victoria absoluta.

Mientras tanto, los emisarios de Kenneth permanecían tiesos como estatuas, incapaces de comprender cómo el plan del conde y su familia había fracasado tan miserablemente. Habían enviado el estiércol con la intención de humillarla, de demostrarle a todos cuán poco respeto merecía. Al abrir el cofre, sin duda, lady Charlotte gritaría indignada, sir Theodore y sus hombres sacarían la espada, y así, la fiesta terminaría convertida en un completo caos.

Pero en lugar de eso, parecía que Charlotte había logrado darle la vuelta a la situación y hacerlos quedar como tontos.

Charlotte, mientras tanto, mantenía su sonrisa imperturbable, aunque sus pensamientos internos eran mucho menos indulgentes. Mientras aceptaba el regalo con gracia fingida, su mente bullía con mil pensamientos llenos de ira y odio.

Oh, esta idea, sin duda, no provenía de la mente de Kenneth, y tampoco imaginaba a Elaine haciendo tal tontería. Esto, sin duda alguna, era obra de Ivette. Era exactamente el tipo de crueldad infantil que podía esperar de ella. Lo hizo muchas veces en el pasado, y siempre sonrió confiada porque nunca pudo hacerle pagar.

Pero ahora era diferente.

No cabe duda de que he sido demasiado indulgente con ella, pensó Charlotte manteniendo su sonrisa para el público, y enviando un gesto significativo a Edgar, que de inmediato envió sirvientes para que se hicieran cargo del "regalo".

Su inacción hasta ahora le había dado a entender que podía hacer este tipo de estupideces sin consecuencia alguna. Acostumbrada como estaba a humillar y destruir, seguramente pensó que podía hacer lo mismo con ella. Todavía la veía como una bastarda indefensa.

Sí, esto era enteramente su culpa, pero iba a corregir eso pronto.

Con una última reverencia teatral hacia los emisarios, Charlotte regresó a su asiento, dejando atrás un ambiente cargado de tensiones no dichas. Los tres representantes de Kenneth parecían confundidos, y se quedaron allí sin saber qué hacer, a dónde ir, o siquiera, a dónde mirar.

Los habían enviado para destruir el ambiente de esta fiesta, que, por cierto, estaba más concurrida de lo que habían vaticinado sus señores. Ellos habían venido con miedo de morir durante la misión, pues sabían que sir Theodore, y los demás soldados bajo él eran implacables.

Pero todo había terminado así.

Fueron retirados del gran salón, y enviados fuera del castillo con un mensaje: "Lady Charlotte Montfort todo lo devuelve multiplicado", decía.

Los hombres, agradecidos de haber sobrevivido, iniciaron la carrera de vuelta a casa, antes de que alguno de los invitados o anfitriones se arrepintiera.

Minerva, desde su lugar junto a Charlotte, le dedicó una mirada orgullosa. Sabía que su nieta había superado brillantemente el desafío, y que aquel pequeño episodio solo había fortalecido su posición frente a los demás invitados.

—Bien hecho, querida —murmuró Minerva en voz baja, inclinándose hacia ella—. Nunca subestiméis el poder de la inteligencia contra la crueldad.

Charlotte asintió brevemente, pero su atención ya estaba en otra cosa. Planificando, calculando, anticipando. Este era solo el comienzo.

—La boda de Ivette es en una semana, ¿no es así? —preguntó Charlotte con sonrisa brillante, pero ese brillo no iluminaba sus ojos.

—Así es —contestó Minerva endureciendo el gesto—. ¿Deberíamos empezar a juntar estiércol para ella? —Esta vez la risa de Charlotte fue de auténtica diversión.

—No, abuela —dijo, sacudiendo un poco la mano en un gesto complacido—. Tengo algo mejor para ella.

—Estáis planeando algo terrible contra lord Kenneth, su hermana y su madre, no es así? —preguntó Theodore con una sonrisa en un momento en medio de la cena en que por fin pudo hablarle al oído.

Charlotte lo miró un poco preocupada, pero él no parecía juzgarla si acaso tenía tal intención. Al contrario, parecía ansioso por participar.

Sonrió.

—No tenemos aquí a casi todos los invitados a la fiesta de bodas de Ivette? —preguntó elevando una ceja.

—Sí, así es.

—Es una lástima que me apetezca alargar un poco las celebraciones de nuestra boda. Creo que no podrán seguir su camino hasta Candelburg.

—¿Candelburg?

—Oh, he decidido que así se llamará el castillo principal.

—Entiendo —contestó él tomando su copa de vino, cada vez más enamorado de su ingenio. Charlotte siguió, ignorante de su mirada.

—De todos modos, si estas personas eligieron venir a mi boda, tal vez sea porque desde el principio no planeaban ir a la de Ivette… sin embargo, eso ella no lo sabe, ¿no es así?

—Es lo más probable—. Charlotte lo miró fijamente, y notó sus ojos sonrientes.

—Parecéis divertido.

—Lo estoy. Y no es por el vino. Adoro esa vena malvada que mostráis.

Eso la dejó en silencio un momento. Miró al frente un poco preocupada, a la vez que confundida. Volvió a mirarlo, esta vez con un poco de ceño.

—¿Malvada? —ella parecía realmente aprensiva por el término que él había usado, así que se apresuró a explicarse.

—No me refiero a "mala", exactamente. Más bien… estratégica. Calculadora. Y me parece admirable, aunque tal vez peligroso para aquellos que os subestimen.

—¿Lo decís en verdad? —Theodore se acercó lentamente, colocando una mano sobre su hombro con delicadeza.

—Ser bueno todo el tiempo no garantiza justicia. A veces, la bondad absoluta puede volvernos vulnerables. En vuestro caso, si os mostrarais blanda, esos perros no dudarían en pasar por encima de vos y devoraros.

Ella asintió, totalmente de acuerdo con sus palabras, y sintió cómo poco a poco su corazón se tranquilizaba. Por supuesto, él se refería a ser determinada y justa, no a la tiranía que había prodigado en su vida anterior.

—No me miréis así —le pidió él, tomando su copa de vino y dándole un sorbo. Alrededor, la fiesta seguía, la gente reía y hablaba animadamente.

—¿Por qué no? —preguntó ella con voz traviesa.

—Porque aún quedan muchas horas para nuestra noche de bodas —. A ella le entró tos, y Minerva, a su lado, tuvo que facilitarle un pañuelo.

Theodore miraba a cualquier lado menos a ella, mordiendo una sonrisa.

La ceremonia de bodas se realizó al fin. Ésta tuvo lugar en la capilla del castillo, una estructura pequeña pero hermosamente decorada para la ocasión. Las paredes estaban cubiertas de telas blancas bordadas con hilo de oro, y el altar estaba adornado con velas aromáticas y ramos de rosas blancas. El aire olía a incienso y a flores frescas.

Charlotte entró del brazo de Minerva, que caminaba con una gracia que reflejaba su linaje. El vestido de Charlotte dejó sin aliento a todos los presentes. Era mucho más opulento de lo que cualquiera habría imaginado, diseñado para destacar su estatus dentro del feudo. Estaba confeccionado en seda de un precioso azul oscuro, con mangas largas y ajustadas bordadas con perlas y cristales diminutos. El corpiño estaba decorado con delicados hilos de plata que formaban patrones florales, y la falda caía en cascada hasta el suelo, arrastrando metros de tela detrás de ella. Un velo largo y transparente, sostenido por una tiara de diamantes, completaba el conjunto.

El azul, definitivamente, era su color favorito, pensó Theodore, de pie frente al altar junto al sacerdote, conteniendo a duras penas la felicidad y el asombro al verla avanzar hacia él. Su propia ropa, aunque elegante, palidecía en comparación con la magnificencia de Charlotte. Llevaba una túnica larga de terciopelo azul oscuro, con bordados dorados y una capa corta de piel en los hombros.

Cuando Charlotte llegó al altar, Minerva le dio un beso en la mejilla y tomó su asiento en la primera fila. El sacerdote comenzó la ceremonia con palabras tradicionales sobre el amor, el compromiso y la unión entre dos familias. Charlotte y Theodore intercambiaron votos escritos personalmente, prometiendo apoyarse mutuamente en los días buenos y malos.

—Os amo más allá de lo que las palabras pueden expresar —murmuró Theodore cuando llegó su turno, tomando la mano de

Charlotte con ternura.

Ella respondió con una sonrisa temblorosa:

—Y yo os seguiré amando hasta el día que Dios decida que mi tiempo aquí ha terminado.

Finalmente, el sacerdote declaró oficialmente casados a Charlotte y Theodore. El beso que compartieron fue breve, apenas un casto símbolo de su unión, conveniente y apropiado delante de los convidados. Pero los ojos de ambos ardían en promesas, en deseo, y amor.

La celebración se trasladó al gran salón del castillo, donde estaban dispuestas las largas mesas con manjares dignos de un banquete real. Había carnes asadas, pescados frescos, pasteles cubiertos de frutas, quesos importados y barriles enteros de vino y cerveza. Los músicos tocaban melodías alegres, y los invitados bailaban al ritmo de las flautas y tambores.

Charlotte y Theodore abrieron el baile con una danza lenta y elegante, moviéndose como si estuvieran hechos el uno para el otro. Sus miradas nunca se separaron, y aunque ambos intentaban mantener una compostura adecuada, era evidente que estaban completamente absortos el uno en el otro.

Los invitados pronto se unieron a ellos en la pista, y la fiesta cobró vida. Los condes de Argyll bailaron con Minerva, quien, a pesar de su edad, aún conservaba algo de la gracia de su juventud. Incluso los vasallos de Albermale, inicialmente reservados, comenzaron a relajarse y disfrutar del ambiente festivo.

Durante la cena, hubo varios brindis en honor a los novios. Reginald de Warenne levantó su copa y dijo:

—Por lady Charlotte y sir Theodore, cuya unión fortalecerá nuestras tierras y traerá paz y prosperidad a nuestro feudo.

Los aplausos resonaron por todo el salón. Pero luego, más y más hombres se levantaron, elevando sus copas, expresando sus buenos deseos y dando sus bendiciones. Conforme el vino empezaba a

hacerles efecto, las palabras se iban volviendo más arriesgadas y alegres.

Por momentos, era inevitable que las imágenes de su primera boda llegaran a la mente de Charlotte como sombras persistentes que señalaban el enorme contraste entre ambos eventos. Sin embargo, esta vez hacer tal comparación le daba felicidad. Todo era distinto.

Aquella vez, no hubo fiesta digna de ese nombre, y aunque el vino fue abundante, no alcanzó para alegrar el corazón de nadie. No el suyo, al menos, y mucho menos el de Theodore, que permaneció frío y distante toda la noche.

Tampoco hubo tantos invitados. La gran mayoría había presentado sus excusas y no asistieron, así que hubo muchos asientos vacíos, y por más que los músicos se esforzaron, era difícil cubrir el vacío de risas y alegría en el salón.

Todo había sido un recordatorio cruel de lo poco valorada que era su presencia. En aquel entonces, Charlotte no era simplemente "la futura condesa de Albermale" como ahora, sino la condesa legítima, dueña absoluta del título… pero estaba tan sola que ni siquiera temían irritarla. Nadie se preocupaba por las consecuencias de su desaire porque, en realidad, nadie la consideraba una amenaza real. Era una figura vacía, un nombre sin poder verdadero.

Pero ahora… ahora todo era diferente. Esta segunda boda brillaba con luz propia, como si cada detalle hubiera sido diseñado para resaltar lo contrario de lo que vivió antes. Había música, baile, risas espontáneas y buenos deseos sinceros. Su amiga Carol había estado aquí días antes de la boda para prestar su ayuda. Los vasallos de Albermale, que en su vida anterior nunca habrían osado acercarse a ella, ahora la saludaban con reverencias y palabras de lealtad. Los condes de Argyll, padres de Theodore, parecían genuinamente encantados con la unión. Ya no se trataba únicamente de conveniencia política; esta vez, veían en ella a alguien capaz de hacer feliz a su hijo, alguien digna de formar parte de su familia.

Ahora, Theodore sonreía abiertamente, bailaba con ella frente a todos y la miraba como si fuera el centro de su universo. Y los invitados, desde los nobles hasta los sirvientes, parecían compartir la alegría del momento.

A medida que la noche avanzaba, las damas de compañía de Charlotte comenzaron a notar que era hora de retirarla para prepararla para su primera noche como esposa. Martha, siempre eficiente, lideró el grupo que escoltó a Charlotte a su cámara nupcial.

Allí, las mujeres la ayudaron a quitarse el elaborado vestido y la vistieron con una bata de seda ligera bordada con pequeñas flores. Charlotte, aunque nerviosa, no pudo evitar sentirse abrumada por la atención y los deseos de felicidad que recibía.

Lady Minerva entró en el momento en que Martha se dedicaba a soltarle el peinado, y a tiempo la detuvo.

—Dejadle esa tarea a sir Theodore—. Blake y Ariella soltaron una risita cómplice, y se dedicaron a recoger las piezas del vestido que le acababan de quitar, mientras Martha hacía una leve reverencia dejando quieto el cabello de Charlotte, que tenía las mejillas tan rojas como granadas.

Minerva se acercó a su nieta, tomó sus manos y la miró con ojos brillantes.

—¿Estáis feliz, querida? —ella asintió.

—Le he amado… desde siempre. Pero… jamás fui tan feliz.

Minerva miró a un lado y al otro, comprobando que las doncellas estuvieran ocupadas y lo suficientemente lejos como para escucharla.

—¿No celebrasteis vuestra noche de bodas… en el pasado? —Charlotte se sonrojó aún más. Le había contado que Theodore había sido su esposo en esa vida que terminó mal, pero nunca le contó cuánto la despreció él, hasta el punto de ni siquiera cumplir con sus deberes conyugales.

Ella era virgen tanto en su mente como en su cuerpo, concluyó Minerva.

—¿Me daréis… el consejo que siempre se les da a las recién casadas? —murmuró Charlotte, mirándola con anhelo. Con sus ojos le decía: decidme todo, necesito saber.

Minerva rio quedamente.

—No hay mucho que decir, querida —respondió Minerva con una sonrisa suave, sus ojos brillaban con complicidad y sabiduría—. Dejad que sea vuestro marido quien os enseñe lo que sigue.

—Pero…

—Sólo os puedo decir… —siguió la anciana tomando sus manos con delicadeza— lo que me dijo mi madre en su momento. El matrimonio es como un baile, Charlotte. A veces uno lleva, a veces el otro sigue, pero en todo momento debe haber armonía.

Charlotte la miró en silencio, asintiendo lentamente.

—Lo más importante, Charlotte —siguió Minerva alejándose—, es que seáis honesta con vos misma y con él. Si algo os incomoda, hacédselo saber. Y si algo os gusta… bueno, no tengáis miedo de disfrutarlo.

Aquella última frase hizo que las mejillas de Charlotte ardieran aún más, pero también sintió una pequeña chispa de emoción. Había algo liberador en la idea de que podía simplemente dejarse llevar por sus emociones y su conexión con Theodore.

—Sólo amadle —concluyó Minerva ya en la puerta—, y disfrutad el amor que él os brinda. Os prometo que no os sentiréis perdida en ningún momento si me hacéis caso.

Con esas últimas palabras, Minerva salió de la recámara llevándose consigo a las doncellas y dejándola totalmente sola, con sus nervios y ansiedad.

Charlotte respiró profundo y se sentó en el borde del colchón.

Si debía ser sincera, ella no era del todo ignorante en esos temas. En esos días en que había estado encerrada en la mazmorra, Ivette

había hecho que muchos soldados fueran a visitarla, a veces para torturarla, a veces, para abusar de su cuerpo.

Fue humillante y doloroso. Los soldados que la habían apoyado, y que estaban encerrados en las otras celdas, fueron testigos de todo, y desollaron sus gargantas gritando pidiendo clemencia para ella. O tal vez lo hacían para no escuchar sus gritos.

Lo más triste de todo fue que, al final, a ella ya no le importaba lo que hicieran con ella. Lloraba, pero era algo que hacía todo el tiempo. Ya no rogaba, ya no gemía, sólo se desconectaba de la realidad en esos momentos y dejaba a su mente divagar.

Se iba a un mundo de ensueño donde Theodore aún estaba vivo, y ella era amada, y feliz. Un mundo donde ella no era ni condesa, ni bastarda. Un mundo donde ya no tenía que luchar tanto por sobrevivir, y, sobre todo, donde ella no estaba sola.

Pero los días pasaron y la realidad volvía a ella como un balde de aguanieve, entumeciendo sus sentidos, agrietando su piel. Los golpes hicieron que perdiera un diente. La visión en uno de sus ojos era mala, sus pómulos estaban siempre hinchados, y perdía cabello a montones. Las muñecas las tenía permanentemente en carne viva, porque cuando esos hombres entraban a su celda su instinto le hacía luchar. No era más que una rata atada en su agujero, ni allí la dejaban en paz.

Flaca, débil, sucia… aun así, ellos la tomaban una y otra vez, uno detrás del otro, mientras los soldados los maldecían, mientras juraban vengarla.

Por eso, el día que caminó al cadalso, sólo le quedaban remordimientos. Su vida ya no tenía valor, y sólo se arrepentía por la vida de Theodore. Nada más.

Tyler y los demás soldados que se habían unido a ella en el pasado, seguían a su lado en esta vida. Tyler ya no la alentaba con esas palabras que pretendían aumentar su valor, su determinación. No era necesario. Sólo habían jurado defenderla y apoyarla hasta la muerte.

Y los soldados que le hicieron aquello, casualmente, se habían quedado con Kenneth, poniéndose de su lado.

La vida pone todo en su lugar, se dijo, sintiendo la algarabía en el pasillo. Y aquí estaba su esposo.

Esta vez, al igual que en el pasado, Theodore fue traído en hombros por los amigos. Toda su algarabía se escuchó incluso fuera del castillo, y la gente reía y brindaba gritando ya bajo los efectos del vino.

Theodore fue prácticamente lanzado ante ella, como un bulto de harina, pero cayendo con un poco más de gracia. Él se enderezó, echó hacia atrás sus cabellos claros, y la miró con una sonrisa.

Él sonreía, sí, pero esa sonrisa cambió, y por sus ojos pasó una luz de deseo cuando la vio vestida con esa bata tan fina.

Las manos de Charlotte temblaron, y para controlar los movimientos, a ella sólo se le ocurrió empuñarlas. Tenía el corazón acelerado, latiendo loco y descontrolado en su pecho.

—Sois la visión más hermosa que jamás mis ojos pudieron contemplar —dijo él, acercándose paso a paso, mirándola de arriba abajo una y otra vez.

Charlotte tragó saliva, y de inmediato, sus ojos se llenaron de lágrimas.

No, quiso decir. Vos lo sois.

Pero sólo se mordió los labios y sonrió.

Él me ama ahora, se dijo. Me ama y me desea. Ya no soy esa Charlotte patética y sola, que mendiga un poco de amor a todo el que tiene cerca.

Él se acercó a ella hasta tomar suavemente sus brazos, apretándola contra él, mirándola a los ojos, que brillaban bajo la titilante luz de las velas de cera.

—Os amo tanto—. Ella sonrió. Sus ojos llenos de lágrimas brillaron a la luz de las velas.

—¿De verdad?

—Sí —dijo él—. Mucho, mucho.

—¿Qué tanto? —preguntó, y la lágrima que bailaba en sus ojos rodó presurosa por sus mejillas.

—Daría mi vida por vos —aseguró él.

Charlotte sintió alarma.

En el pasado, él dijo que prefería morir antes que estar con ella, y ahora, decía que moriría por ella.

Él había cumplido su promesa de antes, así que se apresuró a cubrir sus labios con sus dedos ahora.

—No —dijo, frunciendo el ceño, llena de pánico—. No quiero que muráis por mí. Al contrario, sir. Vivid por mí—. Él sonrió, y tomó los dedos de su mano con delicadeza, besándolos con ternura.

—Ya podéis llamarme por mi nombre —dijo, mirándola de nuevo a los ojos—. Ya soy vuestro marido.

Ella quedó con la boca abierta, con unas palabra a medio decir. Sonrió asintiendo.

—Theodore —dijo, como si necesitara probar el sabor de su nombre a secas en su boca.

—¿Sí, Charlotte? —ella sonrió. Sus ojos seguían humedecidos, pero eran lágrimas de felicidad.

De repente, se sintió atrevida, en pleno derecho.

Se pegó por completo a él, aplastando un poco sus pechos contra el de él, sintiéndolo a lo largo de todo su cuerpo. El de él era de músculos endurecidos, firme, fuerte, mientras ella sólo estaba llena de curvas más bien blandas. Se sentía bien, demasiado bien, sólo estar así, en contacto.

Lo miró a los ojos, llena de anhelo, desbordando amor, muriendo por un beso suyo, y todo lo demás que sabía que debía ocurrir.

—¿Me mostraréis… qué tanto me amáis?

—Oh, sí —contestó él acercándose aún más, pegando su frente a la de ella—. Y lo haré con mucho gusto.

Y entonces, la besó.

22

Los besos de Theodore tenían un extraño efecto balsámico sobre su alma y su cuerpo. Le curaban el alma y alejaban todas esas incertidumbres del pasado. Cada caricia de Theodore parecía decirle sin palabras lo preciosa que era para él. No había juicio en su mirada, ni distancia en sus gestos. Solo amor, puro y abrasador, que quemaba las cicatrices del abandono y la soledad.

Por mucho tiempo pensó que esto era producto de su imaginación, un ferviente deseo colgando entre la realidad y la fantasía, y ella se sintió así, caminando entre dos mundos, el del pasado donde ella terminó terriblemente mal, y este, en el que por fin ya no estaba sola.

No, ahora mismo, estaba entre los brazos del amor de su vida, y era feliz.

Theodore la sonsacó con sus besos, invitándola a participar activamente mientras con sus manos estrechaba su cintura y la pegaba a él, y Charlotte le siguió el juego con su boca, su lengua, y hasta sus dientes. Fueron besos largos, lánguidos, repletos de deseo. Ella pronto dejó de sólo recibir besos, y empezó a frotarse contra él, necesitándolo, deseando que la llevara hasta el final.

Cerró los ojos sintiéndolos humedecidos. No quería llorar, pero la verdad, era que la felicidad empezaba a desbordarla.

¡Lo amaba tanto!

¡Lo había deseado tanto tiempo!

Se alegraba de que, tanto en el pasado, como en el presente, él fuera el mismo. Todo había cambiado, menos el objeto de su amor.

Sintió las manos de Theodore deshaciéndose del moño que ataba su cabello, dejando que su cabello largo y negro cayera en ondas sobre su pecho. Él tomó un mechón y lo besó con reverencia, inhalando su perfume como si fuera una especie de elixir, deleitándose en la suavidad de su tacto. Con suavidad, deshizo el

pequeño lazo que sostenía su bata, y ésta cayó al suelo revelando su cuerpo desnudo.

Cintura estrecha, senos firmes, y los dedos de Theodore picaron por tocarla.

Se posaron reverentes en la piel de su cintura, y la miró a los ojos. Ella era tan hermosa, tan suave, que temía estar lastimándola con sus manos callosas. Pero al tiempo, estaba tan ansioso, con su deseo en lo más alto, que olvidó esos detalles casi al instante.

Acarició su mejilla y pasó el dedo pulgar por esos labios rosados y generosos, y luego, la alzó sobre su cintura y caminó con ella hasta la cama.

Charlotte dejó salir un suspiro de sorpresa al verse de espaldas con él casi encima. Lo vio deshacerse de los pantalones, y su mirada logró captar algo de esa parte de su cuerpo, lo que le hizo girar la cabeza, mirar a otro lado, pero él no le dejó tiempo, pues se ubicó entre sus muslos y acaparó todo su campo de visión.

Su pecho ancho y salpicado de vello rubio atrajo sus manos, y allí la posó. Acarició las chatas tetillas, mientras él cerraba los ojos deleitándose en su caricia.

Theodore se tomó un segundo para observarla mientras ella cerraba los ojos, perdida en el placer. Su cabello caía en cascada sobre la almohada, sus mejillas estaban sonrojadas, y sus labios temblaban ligeramente. Era perfecta, y él sabía que nunca olvidaría este momento.

Se inclinó a ella y la besó, enredándose otra vez en esa danza de la que ella parecía no tener demasiado, y luego sintió su mano bajar hasta su nalga, donde apretó y amasó, haciéndole soltar un gemido.

—Qué hermosa es mi mujer —susurró él entre dientes.

Charlotte buscó su mirada, pidiéndole con los ojos que hiciera algo más, que la tomara. Pero Theodore parecía tener otros planes.

—Mi hermosa dama —le dijo con una sonrisa—. He esperado esto demasiado tiempo. He soñado con esto demasiadas noches. No va a terminar tan rápido.

Ella frunció el ceño confundida, pero no dijo nada cuando la cabeza de él bajó por su barbilla y garganta besando, lamiendo, y bajó a uno de sus senos donde, sin compasión, chupó duro uno de sus pezones. En su boca se formó un "oh". No se imaginó que sus senos fueran a entretenerlo de esta manera, la verdad, pero era lo que estaba sucediendo. Ella cerró los ojos disfrutando la adoración que él mostraba por su cuerpo, pero entonces, sintió uno de sus dedos allá abajo, en ese lugar, buscando, haciendo círculos, y su cuerpo saltó.

Inmediatamente, sintió bajar un extraño líquido caliente que la empapaba, y su cuerpo de inmediato aumentó su temperatura, haciéndola sudar. Ese dedo travieso de él volvió a moverse, buscando, y cada reacción que ella tenía le daba a él sabiduría acerca de lo que le gustaba, de los movimientos que debía repetir.

Charlotte elevó sus rodillas rodeando su cintura con sus piernas, buscándolo, deseándolo, pero él dejó sus pechos para bajar por su ombligo, mientras con cuidado salía del capullo en que ella lo había envuelto, y bajaba su boca hasta tenerla frente a su sexo.

No, se dijo ella alarmada. No va a hacer eso, ¿verdad?

¿Qué propósito tendría…?

Sí, él lo hizo, y el mero acto de sentir sus labios y su lengua en ese lugar tan íntimo, hizo que volviera a saltar sobre el colchón, y esta vez dejó salir un grito que terminó en gemido, sin aire, con todo su cuerpo electrizado por la corriente de pasión que la invadió. De arriba abajo, desde la coronilla, hasta los deditos de los pies, Charlotte temblaba, vibraba, lloraba y gemía. Buscó su cabeza con sus manos, pero no supo alejarlo. Al contrario, parecía que lo acercaba más.

Le gustaba. Sí. Le gustaba esto.

Miró el dosel de su cama y sintió las lágrimas bajar por sus sienes, al tiempo que él con su lengua y sus dedos invadían todos sus sentidos, le hacían abrir más sus piernas para darle mejor acceso, y se maravillaba por el abandono de su propio cuerpo a estas sensaciones.

Un dedo de él entró a lo profundo y Charlotte se envaró, abandonándose a las sensaciones, sintiéndose morir, pero de la misma dicha.

Pero no murió, sonrió luego. Siguió allí, en la cama, con él entre sus piernas, mirándola encantado, como si fuera una especie de diosa de la fertilidad, preciosa y terriblemente sensual.

Volvió a inclinarse a ella, y en sus besos ahora ella sintió su propia esencia, lo que la confundió un poco, pero no lo rechazó, y luego, al fin, lo sintió en su entrada.

—Os va a doler un poco —susurró el con cuidado, guiándose dentro de ella, Pero Charlotte seguía temblando por las sensaciones del arrebato anterior, y lejos de alejarse por aquella advertencia, se acercó más.

Él se apoyó en un codo, elevó una de sus rodillas y acarició su muslo mientras seguía besándola, mimándola. Se tomó su tiempo, dejando que sus dedos rozaran apenas la piel de Charlotte antes de tocarla realmente. Ella contuvo el aliento, esperando, deseando más, pero él se mantenía deliberadamente lento, torturándola con promesas silenciosas.

Y ella seguía esperando.

¿Cuánto tiempo más, por Dios? Sentía que llevaba décadas esperando este momento, deseando esto. ¿Por qué no se apresuraba?

Él siguió besándola, diciéndole palabras hermosas, aunque incompletas. Acariciando su piel, tomándose su tiempo para entrar en su cuerpo.

—Theodore —lo llamó ella, tomándole el rostro entre sus manos con una súplica en los ojos—. Por favor.

—¿Qué, mi amor? —ah esas palabra la derritieron, le encendieron aún más ese devastador deseo que ya la consumía. Volvió a temblar, a gemir. Era un extraño sufrimiento, porque la hacía feliz. Qué extraño.

Y entonces, él se acercó más, abrazándola, y entrando poco a poco.

Ella estaba tan mojada que él se deslizó suavemente dentro de su cuerpo. Encontró la barrera, y con cuidado, la traspasó. Su virginidad había sido tomada.

Theodore sabía que esto no era solo sobre el cuerpo de Charlotte. Era sobre reclamarla, no como posesión, sino como parte de él mismo. Cada gemido que escapaba de sus labios era una promesa tácita de que nunca estaría sola.

Ella gimió quedamente, quedándose quieta, un poco tensa. Theodore soportó quedándose quieto, esperando a que volviera a relajarse, aunque el esfuerzo lo estaba sacando de quicio.

Antes de Charlotte, no hubo otra mujer.

En la casa de su padre, él sólo era el tercer hijo, así que ninguna mujer lo buscó ni lo deseó. Algunas criadas parecían interesadas, pero nunca accedió a ninguno de sus coqueteos, centrado como estaba en destacar en la lucha.

Y la verdad era que, hasta que conoció a Charlotte, ninguna fémina le llamó de verdad la atención.

Hasta ese día soleado en que ella bajó de ese carruaje, con esa sonrisa deslumbrante, y esa energía que opacaba al sol, no pensó demasiado en el deseo natural de un hombre por el cuerpo de una mujer.

Y luego, cada vez que la vio, al principio, pálida y taciturna, luego, más cercana y sonriente, lo confirmó. No había otra mujer en todo el mundo. Solo ella.

Movió levemente sus caderas, queriendo llegar más al fondo, y ambos gimieron.

—Mi amor —susurró él volviendo a buscar su boca para besarla —. Mi vida.

Y volvió a moverse dentro de ella.

Desde aquella noche en que se comprometió, Theodore se convirtió en el objeto de bromas subidas de tono por parte de sus

hombres. Sentían la confianza suficiente como para, entre risas y chanzas, darle uno que otro consejo. Algunos de ellos eran casados, con hijos, y otros, simplemente unos sinvergüenzas que no rechazaban la atención de ninguna mujer.

Él había fingido no escucharlos, reprenderlos un poco por el tono que usaban, pero la verdad es que había estado atento al más mínimo dato de lo que hacer esta noche.

Pero se habían quedado cortos, diablos.

Había querido alargar esta noche horas y horas, pero ahora no se creía capaz. Ella era demasiado hermosa, y lo rodeaba y apretaba con tal pureza y candidez que lo estaba volviendo loco.

Así que empezó a empujar dentro de su cuerpo, sin dejar de besarla al principio, pero ya luego olvidándose de la delicadeza. Como ella seguía con sus manos inquietas, él tuvo que atraparlas sobre su cabeza, acercó aún más sus caderas, y empezó a bombear. Iba cada vez más rápido, más loco, y al tiempo, más coordinado, como un baile cuyos pasos no le eran desconocidos del todo.

Los gemidos de Charlotte resonaban suavemente en la habitación, entrelazándose con el crujido de las sábanas y el ritmo constante de su respiración. Cada sonido era una melodía que Theodore guardaba en su corazón. Ella dejó salir un gritito de satisfacción y él gruñó apretando los dientes. Los senos de ella se movían al ritmo de sus embates, redondos y generosos, de pezones rosados y pequeños. Su piel blanca brillaba por la pátina de sudor a la luz cálida de la vela, y él aceleró.

Esta mujer era demasiado para la vista, así que cerró los ojos.

No, no funcionó, porque entonces era capaz de sentirla alrededor, con su aroma, sus gemidos, su calidez.

Volvió a gruñir, empujando duro, y la miró esperando alguna mirada de reproche porque ahora mismo él era un animal, y al conectarse sus ojos, se sorprendió. Ella estaba tan invadida por el deseo como él. Se movía buscándolo, provocándolo, y él enloqueció.

Le soltó las manos, apoyándose con las suyas sobre el colchón, y Charlotte abrió grande la boca al sentirlo hasta el fondo mismo de su cuerpo. Dolía un poco, su cuerpo no estaba a costumbrado aún, pero no se atrevió a quejarse, no cuando era algo que había anhelado tanto.

Sí, porque era su Theodore, mostrándole tal amor y tal pasión, que la hacían celebrar más que nunca el estar viva.

Volvió a apretarlo con fuerza dentro de su cuerpo, y otra vez esa sensación de desfallecimiento la invadió. Pero era extraño, porque en medio de esa debilidad, ella se sentía poderosa, infinita, y abundante.

Gritó. Su cuerpo se tensó de pies a cabeza, sintiéndose empapada e hirviendo, más calor, más luz, y una oleada de inmenso placer barrió con sus sentidos, su cordura, su ser entero.

Cuando volvió, él iba de camino a sus propias alturas, y verlo así, tomado completamente por el placer, volvió a elevarla a ella, esta vez más arriba, más blanco y más dulce.

Theodore la abrazó con fuerza, vaciándose dentro de ella sin poder soportarlo más. Era el momento más humilde de su vida entera, y al mismo tiempo, el más poderoso.

Se derrumbó sobre ella, pero casi al instante, con mucho cuidado, rodó a un lado y se quedó quieto, tratando de normalizar el ritmo de su respiración. A su lado, ella estaba en la misma situación, pero le tomó la mano y la apretó, mientras cerraba los ojos, y él la miraba tan desnuda como estaba, con una sonrisa en el rostro.

Cerró los ojos sintiendo un raro adormecimiento, una incapacidad para hablar o pensar, y se quedó allí, mientras el aroma del sexo flotaba en el aire, mezclándose con el de la vela de cera, y las flores que antes habían traído.

Respiró profundo, sintiéndose sereno, en casa. Un largo y accidentado viaje había terminado por fin, y él pudo descansar.

Tan sólo unos minutos después, la sintió moverse, y creyendo que su plan era salir de la cama, la atrajo con su brazo, encerrándola en un capullo. Ella sonrió.

—Tengo sed —dijo, y él, como si se hubiese activado alguna fuerza dentro de él, saltó de la cama y le sirvió un vaso de agua. Charlotte lo miró tan desnudo como estaba, y esta vez, sus ojos no se apartaron de él. El esplendor de su cuerpo tenía sus ojos cautivos, y él sonrió.

—Os gusta mirar—. Ella se sonrojó. Recibió el vaso de agua sin mirarlo. Theodore rio y le besó la mejilla—. Podéis mirar todo lo que queráis —aseguró él riendo—. Sois la única que puede hacerlo.

Eso, seguro, dijo ella endureciendo un poco la expresión. Tirana o no, mataría a cualquier mujer que se atreviera a posar los ojos sobre su marido.

Y luego sintió que él le acariciaba la rodilla y todos esos pensamientos se esfumaron.

—Me moría por besaros —dijo él, mientras la caricia ascendía por su muslo—. Por teneros así.

Charlotte sonrió y le devolvió el vaso vacío. Él lo dejó a un lado y volvió a ella.

—¿Así? —preguntó ella, apoyándose en un brazo, mientras con la otra mano se tomaba el cabello en una pose relajada que a él le encendió de nuevo la mirada.

La atrajo con un brazo y la puso sobre su regazo, a horcajadas, y Charlotte, lejos de sentirse tímida, sonrió.

—Mi señora sabe cuán débil soy frente a ella —dijo él mirándole fijamente los senos—. Tan sólo saber que estáis ahí ya hace que mi cuerpo se encienda en deseo.

—Pero quiero provocaros —añadió ella con la misma sonrisa traviesa—. Quiero veros de nuevo loco por mí—. Y ya lo estaba, pensó él mirándola a los ojos, encontrándola más hermosa que nunca.

Le tomó la barbilla entre dos dedos y le besó los labios, mordisqueando suavemente, lamiendo un poco, siendo tierno al final.

—Me encantan vuestros besos, sir —dijo ella, y al instante, sintió una nalgada que la sorprendió un poco.

No había sido una nalgada fuerte; era, más bien, posesiva, al igual que su mirada.

—Llamadme Theodore—. La sorpresa se mezcló con el brillo de una sonrisa, y Charlotte elevó el mentón.

—Os llamaré por vuestro nombre cuando me apetezca, sir—. Hizo énfasis en la palabra "sir", provocándolo, y él enseñó los dientes. Así que aplicó otra nalgada, lo que hizo que ella se mordiera los labios.

—Provocadora —la acusó él, llevándola de nuevo, poco a poco, a estar de espaldas en la cama.

—No veo por qué una futura condesa deba rendirse tan pronto —insistió ella, sin mirarlo, pero colaborando dócilmente para ponerlo de nuevo sobre ella y entre sus piernas—. Sabed que no me importa si me dejáis rojas las nalgas. Os llamaré como quiera—. Él volvió a gruñir, y Charlotte al fin se echó a reír.

Él besó esa risa, profundizando en su boca mucho más que antes, y la risa se fue convirtiendo en gemidos, peticiones de más, calor, y deseo febril.

Esta vez, Theodore se demoró más. La giró boca abajo y besó su cuello, espalda y cintura. No fue suave, aunque tampoco áspero. Lento y delicado, dulce y travieso. Besó cada vértebra como si fuera un mapa que quería memorizar, acariciando con las manos lo que sus labios ya habían adorado.

Bajó a sus nalgas y las besó y amasó. Qué trasero más hermoso tenía esta mujer, pensó, redondo y firme. La piel blanca contrastaba con la suya, un poco curtida por el sol, y siguió lamiendo, besando, explorando cada rincón, mientras Charlotte dejaba escapar pequeños jadeos que resonaban en la habitación silenciosa.

Ella sonreía sintiéndolo en cada parte de su cuerpo, deleitándose con su toque. Estaba disfrutando cada instante, grabando en su memoria y para siempre los momentos de esta noche. Miró hacia atrás y lo vio besar cada centímetro de su cuerpo, bajando por los muslos y las pantorrillas, deteniéndose a saborearla como si fuera un manjar exquisito.

No podía mentirse. Había imaginado esto antes, lo había deseado mucho, pero esto estaba yendo mucho más allá de lo que su mente podía evocar. Cada caricia, cada beso, parecía estar conectado directamente con su alma, despertando algo profundo dentro de ella que nunca había experimentado antes.

Theodore volvió a subir lentamente, dejando un rastro de besos húmedos hasta llegar a su cuello. Charlotte descubrió entonces que ese lugar era increíblemente sensible; cuando él mordisqueó suavemente su piel, dejó salir un gemido que hizo eco en toda la habitación. Sintió cómo su cuerpo entero se estremecía, cada nervio vibrando al compás de sus movimientos.

Luego, él se posicionó sobre ella, largo y fuerte, presionando contra su espalda. Charlotte sintió todo su peso, su calor, su fuerza masculina envolviéndola. Sus respiraciones se mezclaron mientras él la acomodaba lentamente, levantándole las caderas con delicadeza pero decisión.

Abrió un poco los ojos, alarmada, pero toda confusión desapareció cuando lo sintió en su entrada, firme y caliente. Él empujó dentro de ella con una lentitud casi tortuosa, llenándola completamente. Ambos gimieron al mismo tiempo, celebrando, aprobando, como si aquel momento sellara algo más profundo que solo sus cuerpos.

—Theodore… —susurró Charlotte, su voz apenas audible, cargada de emoción y deseo.

—Mi amor —respondió él con voz grave y entrecortada, mientras comenzaba a moverse dentro de ella con embestidas lentas pero profundas.

Ella cerró los ojos, entregándose por completo a las sensaciones que la invadían.

Así le gustaba, pensó. Esta pose era perfecta.

Pero él la movió hasta hacerla apoyarse en sus rodillas y brazos, lo que le dio a ella un poco más de libertad de movimientos, y lo que ya le parecía perfecto mejoró aún más.

—¿Estáis bien? —preguntó él cuando ella se quedó muy quieta, hundiendo la cara en el colchón, concentrada en las sensaciones.

Ella asintió con la cabeza, moviendo un poco las caderas, acercándose más, haciendo que los dos gimieran.

Theodore empezó a moverse otra vez. Charlotte abrió su boca como si un grito de sorpresa se hubiese quedado a mitad de camino. Qué increíbles sensaciones. Casi podía verlo entrar hasta el fondo, y volver a salir. La fricción de su carne dentro de ella la estaba enloqueciendo, y empezó a moverse siguiendo el ritmo que él imponía. Sentía cómo cada movimiento de él la llevaba más alto, más lejos, hacia un lugar donde nada más existía excepto ellos dos. Su piel ardía, su corazón latía desbocado, y su respiración se volvía más errática con cada segundo que pasaba.

Theodore no pudo resistir mirarla: sus mejillas sonrojadas, sus labios entreabiertos, su cabello esparcido sobre la almohada como un halo dorado. Era tan hermosa que dolía.

—¿Os gusta, mi lady? —preguntó él, con una sonrisa traviesa en su voz, mientras aumentaba el ritmo de sus embestidas.

Charlotte respondió con un gemido ahogado, incapaz de formar palabras coherentes. Movió las caderas hacia atrás, buscándolo, deseando más de él.

—Decídmelo —insistió Theodore, inclinándose para besar su nuca mientras seguía moviéndose dentro de ella—. Decídmelo —volvió a pedir él, aunque ya no parecía tanto una petición, y cuando ella no dijo nada, sintió una suave nalgada.

Esto era increíble, pensó ella. No podía ser que le gustara tanto que este hombre le diera palmadas en las nalgas como un padre

disciplinando a su hijo. Pero no tenía nada de paternal su toque, y de alguna manera sentía que podía retribuirle ese trato sin consecuencias.

Él le tomó la cintura con fuerza, y con su mano, volvió a acariciar esa parte de su sexo que se la hacía volverse loca al más mínimo toque.

No hubo necesidad de responder, su gemido fue todo lo que él necesitó para saber que a ella le gustaba.

Él sonrió contra su piel, complacido por su respuesta. Aumentó aún más el ritmo, sus embestidas volviéndose más urgentes, más demandantes. Charlotte sentía que estaba al borde de algo inmenso, algo que amenazaba con consumirla por completo.

—Sí, sí —susurró ella con voz ronca y cargada de deseo, apretó los dientes y entonces, justo cuando creyó que no podía soportarlo más, Charlotte sintió cómo todo su cuerpo se tensaba, elevándola a nuevas alturas, haciéndole experimentar mil nuevas sensaciones.

Su voz no salió, y aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Se sintió como una cuerda de arco estirada hasta el límite, vibrando con una energía incandescente. Y entonces, con un chasquido súbito, toda esa tensión se liberó en un grito ahogado que resonó en su pecho.

Su cuerpo perdió toda la fuerza, bañado en sudor, desfallecido otra vez, pero en vez de parar, Theodore sólo salió brevemente de su cuerpo, la giró poniéndola boca arriba, y volvió a entrar en su cuerpo.

Ella se dejó llevar y traer como una muñeca de trapo, pero cuando él junto sus rodillas sobre su hombro izquierdo, y empezó a moverse de nuevo, lloró de placer. Un torrente de calor líquido fluyó desde su centro hacia el resto de su cuerpo, como si un río dorado hubiera tomado posesión de ella. Cada respiración era un eco de ese torrente que parecía no tener fin.

Y no lo tenía. Ella se había muerto en sus brazos ya interminables veces, y él no se detenía.

Extendió el brazo y posó la mano sobre su mejilla queriendo decirle algo, pero su voz, otra vez, no salió.

Él se metió dos de sus dedos en la boca, y la sensación de su humedad la enloqueció de nuevo, pero esta vez, Charlotte perdió la conciencia por largo rato, quedándose totalmente sin fuerzas.

Theodore la siguió segundos después, apretándola contra él con fuerza mientras dejaba escapar un gruñido gutural. Se dejó ir dentro de ella, soltando del todo su fuerza, estallando en mil fragmentos brillantes de felicidad y deseo, y al final, la habitación volvió a quedar en silencio, con las sombras provocadas por la vela danzando suavemente.

Se quedaron así, abrazados, intentando recuperar el aliento. Theodore la rodeó con sus brazos, besando suavemente su hombro mientras ella descansaba contra su pecho.

No se dijeron nada. Por largo rato, los embargó el silencio, un silencio reverente y dulce, perezoso y tranquilo.

—Os amo —dijo ella rato después, y Theodore, que ya caía en el dulce sueño, abrió los ojos.

Ella, por primera vez, estaba diciendo esas palabras.

La atrajo a su cuerpo, poniendo una mano posesiva sobre uno de sus pecho, y dio gracias a Dios.

Ya le parecía que ella lo amaba, pero oírselo decir era mejor, mucho mejor.

Y así, en la calma posterior a la tormenta, poco a poco se quedaron dormidos, con sus cuerpos entrelazados de un modo casi imposible, con sus miembros laxos, pero profundamente satisfechos, sellando la promesa silenciosa que esa noche se habían hecho.

23

Cuando Charlotte despertó, la primera sensación que tuvo era la de estar atrapada. Intentó moverse sólo para darse cuenta de que, efectivamente, estaba enredada entre los brazos de Theodore.

Sonrió, y con cuidado de no despertarlo, fue retirando los brazos que la envolvían. Obedeciendo al llamado de la naturaleza, se desplazó al pequeño cuarto de baño al lado de su recámara, recámara que ahora compartiría con Theodore, su marido, y al regresar, todo ese conocimiento de que ahora compartiría todos sus espacios con él la llenaron de felicidad. Todas las comidas, todas las noches, siempre en la misma cama.

Tendrían hijos, que serían fuertes e inteligentes como él, y cada mañana sería como esta.

Bueno, aún no había amanecido, se dio cuenta, pero eso no opacó su ensoñación.

Se acercó a la cama dándose cuenta de que la vela estaba a punto de consumirse por completo, y buscó otra para reemplazarla. Era un derroche, pero quería verlo dormir un rato más.

Se acostó de nuevo, apoyándose en el codo para observarlo mientras él seguía perdido en el sueño. Theodore era hermoso, incluso dormido. Su rostro tenía una armonía natural, con pestañas abundantes y cejas oscuras que contrastaban con la palidez de su piel. Sus labios, generosos y ligeramente entreabiertos, parecían invitarla a tocarlos. Más abajo, el contorno de su cuerpo desnudo bajo las sábanas le recordó la noche anterior, y sus mejillas se sonrojaron al recordar cómo la había hecho sentir.

Su mirada descendió hacia su miembro, ahora relajado pero imponente incluso en reposo. Lo observó con curiosidad, tratando de comprenderlo, de aprenderse sus formas. Los hombres y las mujeres eran tan diferentes, pensó, pero estaban hechos para complementarse. Perfectos el uno para el otro.

Incapaz de resistirse, acarició su nariz con el dorso de los dedos antes de posarlos suavemente sobre sus labios. Fue un toque ligero,

casi reverente, pero suficiente para despertarlo. Los ojos de Theodore se abrieron de inmediato, aunque en lugar de sorpresa, brillaron con una calidez que hizo que el corazón de Charlotte latiera más rápido.

—Qué hermosa estáis por la mañana, esposa mía —murmuró él, inhalando hondamente y estirándose como un gato grande antes de atraparla nuevamente entre sus brazos.

Charlotte rio quedamente, inhalando su aroma, dejándose envolver por su calor. La mano de él bajó hasta su trasero, apretándolo suavemente, y le movió el muslo hasta colocarlo sobre su cintura. Luego, sin previo aviso, capturó su boca en un beso lento y profundo. Era un beso lleno de promesas, de amor, tal como él siempre la trataba: con ternura y pasión.

Sin poder evitarlo, Charlotte sonrió durante largo rato. Decidió devolverle el gesto y bajó su mano desde su espalda hasta sus nalgas, imitando lo que él acababa de hacer. Theodore la miró con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Qué? —preguntó ella, retándolo a decir algo.

—No he dicho nada, mi amor —respondió él, aunque sus ojos brillaban con picardía.

—Oh. Me pareció que os quejabais.

—Jamás me quejaría porque mi esposa es de manos inquietas —bromeó él, pero su expresión cambió cuando Charlotte, con audacia renovada, atrapó su miembro con la otra mano. Ya estaba duro, y ambos se sorprendieron ante la reacción instantánea de su cuerpo.

Theodore cerró los ojos, siseando como si luchara por mantener el control. Charlotte, fascinada por su reacción, empezó a explorarlo con cuidado. Tan suave, pensó, tan firme. Con dedos curiosos, lo acarició de arriba abajo, deteniéndose en el saco detrás de su miembro, presionando solo un poco. Él gimió, y ese sonido la llenó de satisfacción. Quería escuchar más.

Decidida a seguir experimentando, tiró de él suavemente y lo posicionó sobre el colchón. Se arrodilló a su lado sin soltarlo, preguntándose qué pasaría si... Lentamente, bajó la cabeza y lo

tomó en su boca. Theodore apenas pudo contener un bramido. Jamás imaginó que ella haría algo así, y aunque parte de él quería detenerla, tal vez porque la veía como una dama a que venerar, no solo a desear, diablos, se sentía increíble.

Charlotte, animada por su reacción, usó su lengua para rodearlo, disfrutando de cómo él perdía el control. Pero cuando Theodore sintió que no podría aguantar mucho más, la detuvo con firmeza y la colocó bajo él. Entró en ella con urgencia, y aunque al principio Charlotte frunció el ceño por haber interrumpido su propia diversión, al sentirlo dentro olvidó todo lo demás. Abrió más los muslos, permitiéndole acceso completo, y se entregó completamente a sus embates.

Decidida a continuar tocándolo, ella buscó sus testículos con la mano libre, arrancándole otro gemido. Incapaz de soportarlo, él capturó sus manos y las aprisionó bajo las suyas. Charlotte lo miró fijamente, pero Theodore ya no podía pensar; estaba perdido en el placer que ella le provocaba.

Terminó rápido, con ambos gimiendo y retorciéndose, diciéndose palabras incompletas, todas de amor. Cuando Charlotte pretendió sonreír, satisfecha, él la giró boca abajo y comenzó de nuevo a besarla.

Cuando finalmente se detuvieron, el sol ya iluminaba el mundo afuera, y los ruidos del castillo despierto resonaban en la distancia. Charlotte sabía que debía levantarse pronto; afuera estaban los invitados, todos importantes, a quienes debía atender. Pero su cuerpo no respondía. Sentía que necesitaba dormir hasta la tarde para recuperarse.

Escuchó la risa baja de Theodore tras ella mientras la cubría con la sábana.

—Yo me haré cargo de todo —prometió él, y sin necesitar nada más, Charlotte volvió a caer en un sueño profundo.

Más o menos tres horas después, sus doncellas entraron para prepararla. Cubriéndose con la sábana, Charlotte apenas si las escuchó. Fue bañada, vestida y peinada, todavía medio adormilada.

Pero al bajar al salón donde se desarrollaba la fiesta, algo de energía regresó a ella. Aunque su cuerpo aún pedía descanso, su mente empezaba a enfocarse en los deberes del día.

La fiesta se extendió por cinco días gloriosos. Cada noche había traído consigo banquetes opulentos, bailes, música, y fuegos artificiales que iluminaban el cielo nocturno como si quisieran competir con las estrellas. Todo este festín no había salido únicamente de las arcas personales de Charlotte; también los padres de Theodore habían hecho su contribución generosa, Minerva había supervisado cada detalle con su habitual eficiencia, e incluso familiares distantes, como la tía abuela Greta, quien había viajado nuevamente para presenciar el evento, habían dejado claro que no permitirían que Charlotte tuviera una celebración común.

Sin embargo, algo extraño flotaba en el aire durante esos días de celebración: un rumor insidioso comenzó a extenderse como humo entre los invitados. Kenneth e Ivette no eran realmente los hijos de Anthony. Para sorpresa de Charlotte, los Montfort de la familia extendida apenas parecieron inmutarse ante la revelación. De hecho, actuaban como si ya lo supieran, reconociéndose mutuamente con miradas cómplices, como si una fuerza invisible los uniera.

—Ya empezó a extenderse el rumor —comentó Charlotte la última noche de la fiesta, mientras yacía junto a Theodore en la cama. Era la primera vez desde su matrimonio que no hacían el amor, simplemente descansando uno en brazos del otro, vestidos con ropa ligera de dormir.

Theodore era quien más difícil lo había tenido durante esos días. Apenas había dormido, siempre levantándose antes del amanecer para ocuparse de todo lo necesario, dándole a ella unas horas más para que descansara. Pero esa noche, finalmente, su cuerpo acusaba el cansancio acumulado. Yacía lánguido sobre el colchón, apenas con energía para hablar.

—Debe ser obra de "los siete" —dijo él, con el antebrazo apoyado en la frente mientras intentaba disimular un bostezo—. Los chismes

se esparcen más rápido que el fuego. No me sorprendería que alguna de las condesas hubiera dejado caer el rumor en los oídos adecuados, y de allí en adelante… solo fue cuestión de tiempo.

Charlotte frunció ligeramente el ceño, pensativa.

—Pero la boda de Ivette será en un par de días —se quejó, casi en un murmullo—. No llegó lo suficientemente rápido.

Theodore sonrió, aunque sus labios apenas se movieron debido al cansancio.

—Aunque ser dejada en el altar ya es un chisme escandaloso —murmuró con ironía—, ser abandonada tan pronto como se ha casado es aún peor.

—¿Creéis que la abandonen? —preguntó Charlotte, inclinándose hacia él con curiosidad.

—Sí —aseguró Theodore, y esta vez no pudo evitar bostezar hondamente—. Los condes de Wychwood no tolerarán que les hayan dado cobre en lugar de oro. Jamás aceptarán como nuera a una bastarda a la que intentaron pasar por legítima.

—Es decir… ¿creéis que el engaño será tomado peor que el mismo estatus de Ivette?

—Sí —susurró él, casi sin fuerzas para continuar hablando. Su voz era apenas audible ahora, y su respiración comenzaba a acompasarse lentamente mientras se rendía al sueño—. Incluso lamentarán no haberos elegido a vos.

Charlotte hizo un gesto desdeñoso, incapaz de imaginar tal escenario.

—Habrían perdido su tiempo —declaró con desdén—. Yo sólo os he amado a vos.

Él no la escuchó. Ya estaba sumergido en un profundo sueño, su pecho subiendo y bajando con una cadencia tranquila. Charlotte suspiró suavemente, apoyándose en su hombro y depositando un beso delicado en su mejilla. Observó su rostro relajado, sintiendo cómo su corazón se derretía al verlo tan vulnerable después de tantos días de esfuerzo incansable. Pero, a pesar de la ternura del

momento, su mente seguía trabajando, analizando todo lo que estaba por venir.

Durante esta fiesta, había afianzado relaciones cruciales con algunos de los nobles más poderosos del reino. El hecho de que estas figuras influyentes se hubieran quedado hasta el final de la celebración, a pesar de que ella deliberadamente la había extendido un par de días más, era una muestra irrefutable de su apoyo incondicional. Que el rumor sobre la traición de Elaine ya circulase, aunque discretamente, indicaba que estaban dispuestos a hacer todo lo necesario para restaurar el orden natural en Albermale.

Eran personas astutas; sabían expresarse libremente cuando debían, pero también entendían la importancia de moverse con cautela para preservar la integridad de cualquier plan ulterior. Y Charlotte, consciente de ello, sentía que tenía cartas valiosas en su mano. Con el respaldo de estos aliados estratégicos, estaba lista para enfrentar lo que viniera.

Miró hacia el dosel de la cama, donde la luz de la luna se filtraba entre las cortinas, proyectando sombras suaves sobre las sábanas. Su mente repasaba los próximos pasos: la caída definitiva de Elaine, la consolidación de su posición como condesa de Albermale y, sobre todo, asegurar que nadie volviera a poner en duda su legitimidad.

Pero, por ahora, decidió dejar todas esas preocupaciones a un lado. Girándose hacia Theodore, acarició suavemente su cabello, disfrutando de la calma momentánea que precedía a la tormenta. Mañana sería otro día, lleno de decisiones difíciles y posibles enfrentamientos. Por esta noche, solo quería disfrutar de la paz que le ofrecía estar en los brazos del hombre que amaba.

Con esa idea en mente, cerró los ojos y dejó que el calor de su cuerpo la envolviera, llevándola lentamente al mundo de los sueños.

La mañana de la boda de Ivette se levantó con un cielo gris que parecía reflejar el ánimo sombrío del castillo de Albermale. Era como si ese montón de piedras se opusiera a la fiesta que estaba por

celebrarse entre sus muros, y se esforzara por arruinarla como un niño que arruina su traje a propósito para no salir de casa.

El día anterior había sido la tradicional fiesta de entrega de regalos, un evento que solía llenar las habitaciones del castillo con risas, música y bullicio. Sin embargo, esa vez, algo parecía fuera de lugar. Los pocos regalos que habían llegado eran insignificantes, casi insultantes en su escasez.

Nadie había venido. Ya era la mañana de su boda, y ni una vez habían solicitado subir el rastrillo para dejar entrar a los invitados. Los soldados dispuestos en los caminos no anunciaban la llegada de nadie para su escolta, nada.

Cuando Ivette bajó al vestíbulo principal, luciendo un traje elaborado para la que debió ser una fiesta multitudinaria, notó inmediatamente la ausencia de movimiento. Los sirvientes, aunque diligentes, caminaban con expresiones tensas, evitando mirarla directamente. Kenneth, ya vestido para la ceremonia, esperaba junto a la puerta, con los brazos cruzados y una expresión sombría en el rostro.

—¿Dónde están todos? —preguntó Ivette, intentando mantener la calma mientras miraba hacia el patio vacío—. Hermano… —insistió ella ante el silencio de él—. ¿Por qué no han venido a mi fiesta?

Kenneth no respondió. Su mandíbula estaba apretada, y sus ojos reflejaban una mezcla de ira y desconcierto.

A Ivette le temblaron los labios, preguntándose si lograría casarse hoy.

Todo el trabajo que había tomado organizar esta inmensa fiesta, ¿se desperdiciaría? Todo el tiempo que había dedicado a elegir los tapices, la tela de sus vestidos, la comida… ¿Todo se perdería?

Lo que más la indignaba era el desaire de la gente. Ni siquiera sus amigas estaban aquí, con sus familias, cumpliendo con el deber de acompañarla en este momento tan importante. Esto era un insulto que no podrían dejar pasar por alto. Y mientras el deseo de llorar por la humillación la embargaba, también surgían pensamientos de venganza y castigo. Esto no se quedaría así.

Al fin, un carruaje llegó ante el rastrillo, y un poco de paz alivió el alma de Ivette. Pero era el sacerdote.

—Vengo de otra boda —dijo el hombre de Dios luciendo un poco cansado y agitado—. Os agradezco la amable espera, ya podemos empezar.

El sacerdote se dirigió de inmediato a la capilla, e Ivette lo miró con ojos grandes de desconcierto. ¿Pensaba casarla con la misma ropa con que había viajado? ¿No se iba a poner algo más… ¡lustre?

—No os quedéis ahí pensando —la reprendió Kenneth—. Moveos, id y casaros—. Los ojos de Ivette se humedecieron.

—No así —dijo—. Quería que mi fiesta fuera…

—Os casaréis, es lo que importa.

—¡Sois un insensible! —gritó Ivette, y una lágrima rodó por su mejilla. Tomó sus faldas pretendiendo escapar a su habitación, pero entonces vio a su prometido allí, listo para la boda, y recordó que, después de todo, sí debía casarse, y, secando sus lágrimas, recompuso su expresión.

Se dirigieron a la capilla, donde el sacerdote tomó sus confesiones, y al salir, Ivette notó lo sola que estaban las filas de bancas. Nadie había llegado en el tiempo que le contó al padre sus pecados.

Resignada, caminó al altar del brazo de Kenneth para casarse.

Ivette no dejó de llorar en silencio. El silencio en la capilla no era reverente, sino sepulcral. Sus suegros la estaban mirando con desdén, no con el respeto ni la admiración de antes por ser una hija de Albermale. Ella había insistido en que su boda se llevara a cabo aquí, pues consideraba que no había castillo más hermoso que el de Albermale, y ahora se arrepentía. Si esto hubiera sucedido en tierras de los Wychwood habría podido echarles la culpa a ellos.

Al entrar al salón donde debía celebrarse el banquete, la realidad golpeó aún más fuerte. Las mesas estaban dispuestas con platos finos y copas de cristal, pero los asientos permanecían desocupados.

Algunas figuras dispersas se movían en las esquinas, tratando de disimular su incomodidad. Los condes de Wychwood, padres del novio, intercambiaron miradas preocupadas mientras observaban el espacio vacío.

—Esto no tiene sentido —dijo Lord Wychwood, acercándose a Kenneth con una mezcla de confusión y frustración—. Una casa tan noble como la vuestra debería estar rodeada de apoyo. Esto… esto no tiene precedentes.

Lady Wychwood, siempre diplomática, intentó suavizar la situación:

—Esperábamos una celebración digna de vuestra reputación. Sin embargo, esto… —Hizo un gesto vago hacia el salón vacío—. Es preocupante. ¿Acaso hay algún problema del que no nos hayáis informado?

Kenneth apretó los puños, claramente luchando contra la rabia que amenazaba con desbordarse.

—No hay ningún problema, mi lady —respondió con una sonrisa forzada—. Solo algunos… desacuerdos menores. Nada que no podamos resolver. Estoy seguro de que esta falta de asistencia es solo un malentendido.

Ivette, mientras tanto, se acercó a una de las ventanas, fingiendo observar el paisaje exterior. Pero sus ojos estaban vidriosos, fijos en un punto indefinido más allá del cristal. Su mente era un torbellino de pensamientos caóticos: humillación, ira, desesperación. Cada flor marchita en los jarrones, cada bandeja de comida intacta, parecía burlarse de ella.

Y otra vez el rastrillo fue subido a solicitud de alguien que llegaba. Ivette sintió su corazón acelerado, esperando que fuera toda una caravana llena de sedas y arcas de oro como disculpa por la ofensa, pero sólo fue un carruaje con sir Erald Austen, uno de los vasallos de Albermale. Su regalo fue muy exiguo, y su disculpa, peor.

—He tardado debido a la fiesta de lady Charlotte —dijo el hombre con una sonrisa que intentaba congraciarlo con su señor, pero Kenneth sólo lo miró sorprendido y furioso.

—¿Qué decís?

—La fiesta de bodas de lady Charlotte… se extendió un poco.

—¿Y esa es vuestra excusa? ¡Esa perra bastarda se casó hace una semana! —gritó Kenneth con toda su garganta—. ¡Si tuvisteis el mal gusto de asistir, debisteis aseguraros de iros tan pronto como podíais para estar aquí a tiempo! ¡Merecéis unos azotes por vuestra insolencia!

—¡Mi lord! —exclamó el hombre cayendo de rodillas—. ¡Os lo ruego!

—¡Atadlo! —ordenó Kenneth en un bramido, e Ivette gritó en oposición.

—¡No azotaréis a nadie en mi fiesta!

—¡Cuál fiesta! —contestó Kenneth enseñando los dientes—. ¿No escuchasteis lo que dijo?

—Dejad que asista —lloró Ivette.

—Pero vino solo, uno más, uno menos, no hará diferencia alguna.

—Es mi fiesta, hermano, os lo ruego.

—¡Estúpida! —gritó Kenneth tomándola de los hombros y sacudiéndola—. Os ha despreciado favoreciendo a la bastarda, ¿y pedís que lo deje en paz?

Ivette lanzó un chillido en protesta, y el novio tuvo que intervenir, pues Kenneth estaba siendo ruidoso y violento, maltratando a su flamante esposa.

—Es vuestra culpa —gritó ahora Ivette mirando con odio a su hermano—. ¡Deberían estar aquí! ¡Todos ellos deberían estar aquí! ¿Por qué no hicisteis nada para evitar esto?

Kenneth dio un paso hacia ella, con el rostro oscurecido por la ira.

—¡No me culpéis a mí, muchacha insensata!

—¿Y a quién más he de culpar? Desde que sois el conde, nada sale bien en Albermale—. Kenneth la abofeteó, y el novio tuvo que

empujarlo. Estuvieron a punto de tomar las espadas, de no ser porque Elaine intervino, y también los condes de Wychwood.

Ivette lloraba, o más bien, berreaba.

Su fiesta, su gran día, totalmente arruinado.

Y para completar, empezó a llover.

En el último día de la fiesta, que debió haber durado tres días pero se redujo a dos debido a la escasez de invitados, llegó un carruaje inesperado. Los criados corrieron a recibirlo, y cuando vieron descender al conde de Ross, las noticias se propagaron rápidamente por el castillo. Este era uno de los miembros más influyentes entre los amigos de Albermale, aquellos nobles cuya palabra podía inclinar el destino de familias enteras. Su presencia era una bendición para los anfitriones, que veían en él una oportunidad de salvar algo del desastre.

Kenneth e Ivette, quienes hasta ese momento habían estado sumidos en una mezcla de rabia y desesperación, intentaron recuperar la compostura. Kenneth sonrió ampliamente mientras saludaba al conde con exagerada cortesía, como si su llegada fuera suficiente para borrar el vacío de los días anteriores. Ivette, por su parte, trató de lucir encantadora, aunque sus ojos revelaban cansancio y paranoia.

El conde de Ross fue conducido al salón principal, donde los sirvientes se apresuraron a servirle los mejores manjares y ofrecerle las copas más finas de vino. La música volvió a sonar, aunque débilmente, y algunos aliados menores intentaron animar torpemente un baile. Por primera vez en días, hubo algo parecido a vida dentro del castillo.

Sin embargo, la atmósfera cambió drásticamente cuando el conde de Ross, después de comer y beber lo suficiente, se puso de pie. Con una calma pasmosa, y ojos duros y fríos, miró a Kenneth y habló.

—He venido aquí con un simple propósito —dijo—. Y no es para celebrar esta unión de la que, lo lamento, lord Wychwood, os

arrepentiréis en breve.

—¿Qué? —protestó Kenneth frunciendo el ceño. Lord Wychwood miró a lord Ross lleno de confusión.

—Entonces… —titubeó lord Wychwood— ¿para qué habéis venido?

—Para declarar que no puedo seguir apoyando el liderazgo de Kenneth Montfort como lord de Albermale —dijo lord Ross.

Su voz grave y rotunda resonó en todo el salón, dejando en un largo silencio a los presentes. Elaine abrió la boca con sorpresa, Armand lo miró sin poder creer lo que escuchaba. Kenneth se puso rojo de ira, pero antes de que pudiera decir o gritar nada, lord Ross siguió, con la misma voz serena, pero profunda de antes.

—He escuchado cosas muy interesantes, lady Elaine —dijo, mirando a la mujer con un asentimiento, como si hubiese mucho que quisiera decir, pero no fuera prudente por su honor—. Os aconsejo huir de este castillo, y dejar el camino libre a la verdadera y única hija de lord Anthony para que ella tome su legítimo lugar. Es eso… o el deshonor.

El impacto fue devastador. Aunque no había dicho una sola palabra inadecuada, el insulto había sido hecho. Los pocos presentes se quedaron en silencio, procesando la magnitud de lo que acababa de pasar. Los condes de Wychwood, padres del novio, parecían especialmente afectados. Lady Wychwood agarró el brazo de su esposo, buscando apoyo, mientras Lord Wychwood observaba alternativamente a Kenneth y al conde de Ross, como si tratara de discernir la verdad entre las malas intenciones.

—¿Qué? —gritó Kenneth, y soltó una carcajada enloquecida—. ¿Qué estupidez estáis diciendo? ¡Podría retaros a un duelo por vuestras palabras!

—Declino —contestó lord Ross calmando a los hombres que habían venido con él, que de inmediato lo habían rodeado con las manos en las empuñaduras de sus espadas—. No he venido aquí para ejecutaros, sino para traeros un mensaje: La alianza de los

siete os repudia como lord de Albermale. Abandonad el título y el castillo. Eso es todo.

—¡No! —gritó Kenneth escupiendo con ira—. Soy lord Kenneth Montfort, ¡el heredero de Albermale, y conde por derecho! ¡Jamás le daré mi lugar a la bastarda esa salida del infierno! ¡Pelead conmigo y reconoced mis palabras!

—Declino —volvió a decir lord Ross, y esta vez, incluso se dio la vuelta para salir—. No peleo con bastardos.

Esas últimas palabras dejaron sin aliento a todos los presentes.

Ivette, incapaz de contenerse más, soltó un grito ahogado y salió corriendo del salón, dejando tras de sí un rastro de humillación absoluta. Kenneth, temblando de ira, intentó responder, pero las palabras apenas lograron salir de su boca. El conde de Ross, sin darle tiempo a recuperarse, hizo un gesto hacia sus hombres y abandonó el castillo con la misma rapidez con la que había llegado.

La fiesta, ya moribunda antes de su llegada, terminó abruptamente. La música cesó, los pocos bailarines se dispersaron, y los sirvientes comenzaron a retirar las mesas casi intactas. El castillo quedó envuelto en un silencio sepulcral.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Kenneth con voz ronca cuando el conde de Ross abandonó el salón. Dio varios pasos hacia la puerta, desenvainando su espada con furia, como si pretendiera lanzarse tras él para vengar la afrenta pública. Pero antes de que pudiera cruzar el umbral, Armand y lord Wychwood se interpusieron entre él y su objetivo, sujetándolo con fuerza.

—¡Lord Kenneth, calmaos! —gritó Armand, intentando mantenerlo bajo control mientras lo agarraba por el brazo. Sin embargo, Kenneth se liberó con un movimiento brusco, empujando a quienes trataban de detenerlo.

—¡Me llamó bastardo! —rugió Kenneth con el rostro enrojecido por la ira—. ¡El maldito tuvo el descaro de insultarme en mi propia casa! ¡No puede salir vivo de mis tierras!

—¡Conservad la calma, por todos los cielos! —exclamó lord Wychwood, alzando las manos en señal de advertencia—. ¿Queréis provocar una guerra? El conde de Ross no está solo; tiene hombres armados esperando afuera. Si atacáis ahora, nos expondréis a todos.

Kenneth lo miró fijamente, y sus ojos parecían desprender llamas por la ira. La idea de enfrentarse al conde de Ross directamente seguía tentándolo, pero algo en las palabras de lord Wychwood logró penetrar su ceguera momentánea. Respiró hondo, aunque apenas logró calmarse.

—¡Una guerra pondría a ese imbécil en su lugar! —bramó finalmente, bajando un poco la espada pero sin soltarla—. ¡Nadie insulta al señor de Albermale y sale ileso!

—El conde de Ross no vino por su cuenta —intervino Armand nuevamente, tratando de hacer entrar en razón a Kenneth—. Mencionó explícitamente a la alianza de los siete. Esto no es un acto individual; es una decisión colectiva.

Lord Wychwood frunció el ceño, visiblemente confundido.

—¿Qué es eso de "La alianza de los siete"? —preguntó—. Nunca había oído hablar de una organización así. ¿Tiene el rey conocimiento de su existencia?

Kenneth se quedó inmóvil durante un segundo, procesando las preguntas. Sabía que no podía revelar demasiado; después de todo, la alianza operaba en las sombras, lejos de los ojos del rey. Era un secreto compartido únicamente por los siete miembros fundadores: seis condes poderosos y él mismo, representante de Albermale. Juntos controlaban redes comerciales, manipulaban alianzas políticas y acumulaban influencia suficiente para rivalizar incluso con la corona.

Pero ahora, esa misma alianza que alguna vez había sido su mayor fortaleza, lo estaba expulsando, dejándolo vulnerable ante sus enemigos. Era un golpe devastador, tanto en términos prácticos como simbólicos. La alianza significaba poder, protección y acceso a recursos invaluables. Sin ella, Albermale sería visto como débil y dividido, un blanco fácil para aquellos que buscaban aprovecharse de su caída.

Sin embargo, Kenneth pronto encontró consuelo en una idea vengativa. Aunque lo habían repudiado, él todavía poseía información peligrosa: el hecho de que la alianza existía y operaba a espaldas del rey. Podría usar esto como moneda de cambio, filtrando discretamente rumores al monarca o a sus espías. Si el rey descubría la verdadera naturaleza de la organización, probablemente ordenaría su disolución inmediata y pondría a todos sus miembros bajo estricta vigilancia.

Una sonrisa lenta y cruel comenzó a dibujarse en su rostro mientras estas ideas tomaban forma en su mente. Su ira inicial dio paso a una sensación de anticipación fría y calculada. Sabía exactamente cómo devolverles el golpe.

Muy temprano en la mañana, un grupo de hombres fue enviado a Londres con una misión particular: develar ante el rey la existencia de la alianza de los siete. Pero pronto tuvieron que volver a casa.

Al verlos de regreso el mismo día, el ceño de Kenneth se frunció ominosamente, y sin pérdida de tiempo los interrogó.

No se esperó sus respuestas. No habían podido salir de las tierras de Albermale porque éstas estaban bloqueadas.

—¿Bloqueadas? —preguntó sir Armand, confundido. Kenneth miró a sus hombres frunciendo el ceño, esperando que respondieran.

—Nos impidieron el paso. Me temo… que su propósito no es militar, sino estratégico —dijo uno de los soldados—. Su propósito es impedir que nadie entre o salga de Albermale. Sea comida, suministros… o información.

Un frío recorrió la espalda de Kenneth. Primero pensó que era un error, tal vez una exageración de los guardias, pero todo lo que ellos decían indicaban que, efectivamente, Albermale estaba siendo bloqueado.

Ya tenía suficiente con los lloriqueos de Ivette, las quejas de los Wychwood, y los invitados que se habían ido uno a uno con caras de circunstancias, como si en vez de una boda, hubiesen asistido a un funeral. Y ahora… ¿un bloqueo?

Este tipo de asedios, sin armas ni enfrentamientos directos, estaba diseñado para desgastar lentamente a quienes habitaban dentro de sus castillos. Eran más largos, pero al parecer, estos lores tenían todo el tiempo del mundo.

—No podemos permitirnos quedarnos en Albermale durante un asedio de este tipo —dijo lord Wychwood, con su esposa al lado, y su hijo al otro. Conforme habían pasado los días, el ánimo de estos tres había ido decayendo más y más. Ya incluso le habían contado que se arrepentían de haber casado a su heredero con Ivette.

Esto era una afrenta terrible a su buen nombre. Habían sido ellos los que solicitaran la unión, y ahora que la casa de Albermale tenía un poco de problemas, huían como ratas.

Kenneth los odió con toda el alma.

—Intentad iros, entonces —replicó Kenneth con una sonrisa burlona—. A ver si tenéis suerte. Tal vez los mismos que bloquean nuestras puertas os dejen pasar sin hacer preguntas incómodas sobre vuestra… lealtad .

Lord Wychwood lo miró con una mezcla de rencor y desdén, molesto porque un hombre tan joven, aunque fuera conde, tuviera la audacia de hablarle con tal insolencia. Miró a su esposa, quien asintió con firmeza, poniéndose en movimiento. No dirían nada más frente a Kenneth. Se irían, sí, pero no sin antes asegurar su posición. Hablarían con quienes lideraban el bloqueo y los convencerían de dejarlos partir. Después de todo, ¿qué culpa tenían ellos de los errores de Albermale?

Al día siguiente, su carruaje atravesaba el rastrillo, pero fue detenido a pocas leguas.

Lord Wychwood reconoció a lord Ross en el campamento, y desde su caballo, y con una sonrisa, le recordó que el problema era con Albermale, no con Wychwood.

—Me asombra que digáis eso, lord —respondió lord Ross—. Acabáis de uniros a Albermale a través del matrimonio de vuestro hijo.

—Es así —contestó Wychwood—. Pensamos que sería una unión fructífera y beneficiosa. Seguro que vos mismo actuaríais como yo ante las presentes circunstancias—. Lord Ross no dijo nada—. Además… —siguió Wychwood mirándolo de reojo—. Estando allí, escuché algo inquietante. ¿Qué es eso de la alianza de los siete? Sabe el rey que os unís a sus espaldas para formar tal organización tan peligrosa?

—¿La qué, mi lord? —preguntó lord Ross elevando apenas una ceja, como si fuera la primera vez en su vida que escuchaba esa expresión.

—La alianza de los siete. Formáis parte de ella, al igual que Albermale.

—¿La alianza de los siete? Qué nombre tan prosaico. ¿Se supone que es una organización peligrosa? ¿No se os ocurrió algo mejor?

—No intentéis evadir mi pregunta.

—Pero, ¿qué preguntáis exactamente?

—¿Qué sucede? —preguntó Lord Portland llegando al carruaje detenido de los Wychwood. Desde la ventanilla pudieron ver a lady Wychwood asomada con cara de circunstancias, y lord Portland frunció el ceño al distinguir en las sombras del interior un cabello rubio.

—Lord Wychwood ha mencionado al rey —contestó lord Ross—. Parece que quiere acusarnos de algo ante su majestad, pero no he entendido bien de qué.

—Oh. Está en todo su derecho. ¿Con quién viajáis, lord?

—Con mi familia, por supuesto.

—¿Incluye ese grupo a Ivette Montfort?

—Querréis decir, Ivette Ashby. Por supuesto. Ahora es parte de mi familia.

Los condes de Ross y Portland se miraron por un brevísimo instante, y luego, miraron a Wychwood dejando salir el aire.

—Me temo que no podréis salir —dijo Portland—. Volved a Albermale.

—¿Pero qué decís?

—O, podríais dejar a la dama Montfort, y seguir vuestro camino.

—¿No habéis escuchado que ahora es una Ashby? ¡Es la esposa de mi hijo!

—Entonces, dejad también a vuestro hijo.

—¡No puedo hacer eso!

—Divorciadlo, entonces—. Lord Wychwood casi se atraganta ante la sugerencia.

—Es lo mejor que podréis hacer —le advirtió Ross, asintiendo—. Así, no lamentaréis tanto lo que acabáis de hacer al unir a vuestro heredero con una bastarda.

—¡No es propio de un lord hablar así de una dama! —exclamó Wychwood con el rostro enrojecido de la indignación y las manos

empuñadas—. Tratar a damas como bastardas y a bastardas como damas. ¿Cómo habéis invertido el orden de las cosas en este mundo?

—Oh. Habláis con mucha seguridad, y aún no sabéis nada. Pero os enteraréis, lord Wychwood, y es por eso que os dejamos salir a vos y vuestra esposa. La bastarda, me temo, se quedará aquí. Enviadla de vuelta al castillo, o encerraos con ella.

Wychwood quiso decir algo más, pero los lores frente a él simplemente le dieron la espalda y ratificaron la orden de no dejarlo salir.

Con ira, tuvo que dar la vuelta a su carruaje, y en la noche, estuvieron de vuelta en Albermale.

Al verlos llegar, Elaine se sorprendió, e indignada, despotricó contra los lores que los tenían en esa situación.

—¿Por qué lord Portland y lord Ross insisten en llamar bastardos a vuestros hijos? —inquirió lord Wychwood apretando los dientes, mirando fijamente a Elaine—. En la fiesta, llamó a lord Kenneth bastardo, y ahora, a lady Ivette. Dijo también que lady Charlotte era la única y verdadera hija de lord Anthony. ¿Por qué, lady Elaine?

—Por… ¡Porque son unos traidores! —exclamó Elaine, sintiéndose nerviosa, e intentando por todo medio recuperar su dignidad—. Sólo quieren nuestras riquezas, por eso se nos han venido en contra.

—Ahora estamos atrapados aquí —dijo Baldwin Ashby, heredero de Wychwood, esposo de Ivette, poniendo ambas manos en su cintura. Su ceño fruncido indicaba lo molesto que estaba. Si acaso el hijito de los Wychwood empezaba a arrepentirse de haberse casado con Ivette, empezarían a tener graves problemas, pensó Elaine.

—¡No será por mucho tiempo! —exclamó ella, intentando calmarlos—. Estoy segura de que Lord Kenneth y sir Armand encontrarán la manera de solucionar este problema.

—Confiáis demasiado en un simple administrador —señaló el conde—. Y hasta ahora, no he visto a Kenneth resolver nada, ni

siquiera el asesinato de su propio padre.

Elaine quedó helada ante esas palabras, incapaz de responder.

El conde le dio la espalda, y dio la orden de desempacar sus pertenencias. Tendrían que pasar una noche más aquí, a menos que se decidieran a dejar atrás a Ivette.

Pero aquel no sería un acto muy noble, por lo que estaban atrapados.

Pasaron los días, y el bloqueo en los caminos de Albermale se intensificó. Los soldados anunciaron la llegada de más soldados, ubicándose en cada camino, al norte, al sur, al este y al oeste. No había una sola senda que pudieran transitar. Escasamente podían ir por agua a la fuente del norte.

Los suministros empezaron a cortarse de uno en uno: primero la carne fresca, luego el grano, y finalmente, incluso los mercaderes de temporada tuvieron prohibido el paso. El bloqueo era tan efectivo como cruel, y pronto las consecuencias se hicieron evidentes en el interior del castillo.

Kenneth estaba furioso. Caminaba de un lado a otro en su despacho como una fiera enjaulada, golpeando cualquier objeto que estuviera a su alcance. Su rostro estaba rojo de ira mientras planificaba enviar soldados para romper el cerco por la fuerza. Sin embargo, Armand sabía perfectamente que tal acción sólo desencadenaría una guerra abierta, una que seguramente perderían.

—¡Deteneos, mi señor! —exclamó Armand, interponiéndose entre Kenneth y la puerta—. Un ataque impulsivo sería nuestra ruina. No estamos en posición de ganar una batalla contra esos hombres.

Pero Kenneth no estaba dispuesto a escuchar razones. En un arrebato de furia, levantó la mano y golpeó a Armand con el dorso de su mano, dejándolo tambaleándose hacia atrás.

—¡No me digáis lo que debo hacer! —rugió Kenneth—. ¡Nadie humilla a Albermale sin pagar por ello!

Armand se llevó una mano a la mejilla dolorida, pero no dijo nada más en ese momento. Sabía que intentar razonar con Kenneth cuando estaba así era inútil.

De modo que acudió a Elaine, quien lo detuvo antes de que saliera del castillo con todo un contingente, y en cambio, optó por enviar a dos hombres conocidos por su actitud conciliadora, esperando negociar una solución pacífica.

Fueron recibidos por el conde de Argyll y el conde de Sylvan, que se habían unido recientemente al asedio. Mientras Sylvan parecía estar allí por motivos familiares, al fin y al cabo, eran parientes lejanos de los Albermale, la presencia de Argyll resultaba mucho más intrigante.

—Es porque Talon Whitefield es el padre de Theodore, ese sucio perro —escupió Kenneth, lleno de desprecio—. ¿Qué cree, que a través de su hijo tiene alguna posibilidad de conquistarnos? —se burló amargamente—. ¡Ni siquiera está aquí!

Armand, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, abrió grandes los ojos al comprender de golpe lo que realmente estaba ocurriendo. Una vez más, se sorprendió de la poca capacidad de deducción de Kenneth.

—No está aquí porque cree que sir Theodore esté entre nuestras filas —corrigió Armand cuidadosamente, eligiendo cada palabra con precisión—. Lo dijo lord Ross el día de su visita. Quieren darle el título de condesa a lady Charlotte.

—¡No llaméis lady a esa bastarda! —gritó Kenneth.

—Me refiero a que… para eso casaron a sir Theodore con ella —insistió Armand—. Tal vez se estén uniendo para… quitaros a vos del título de conde y poner a la bastarda —sugirió Armand, midiendo la reacción de Kenneth.

—¡Sobre mi cadáver! —bramó Kenneth, apretando los puños con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Quizás ese fue el propósito del conde de Argyll desde el principio al enviar aquí a su hijo —continuó Armand, su tono pretendía ser casual, aunque las manos le temblaban ligeramente

detrás de su espalda—. Quería que una de las hijas del conde se casara con él, y él, evidentemente, eligió a la bastarda. Han montado todo esto por ese propósito.

Kenneth dio varios pasos rápidos hasta quedar frente a Armand, mirándolo no como si acabara de descubrir el plan enemigo, sino como si sospechara que Armand mismo lo hubiera ideado.

—Es una suposición, señor —se apresuró a añadir Armand, bajando la cabeza en un gesto de deferencia. Era humillante tener que inclinarse ante este imbécil. Le avergonzaba admitir que era su hijo.

Kenneth lo miró con odio, cruzándose de brazos y siguiendo con su paseo agitado por el despacho. Afuera, los dos condes seguían rodeando el castillo, y ya habían impedido la entrada de algunos víveres importantes. Pronto, dentro de los muros de Albermale, comenzarían a notarse las primeras señales de hambruna. La situación era crítica, y no tenían más opción que esperar a que los mensajeros enviados regresaran con noticias.

Los dos hombres volvieron esa noche, con semblantes preocupados y reacios a hablar. Pero los gritos de Kenneth no les dejaron otra alternativa.

—¡Insisten en que se les presenten las pruebas de la investigación del asesinato de lord Anthony! —informó uno de ellos, con voz temblorosa.

—¡¿Otra vez con eso?! —gritó Kenneth, lanzando un jarrón contra la pared—. ¡Ya encontré al culpable y lo decapité! ¿Qué más quieren?

El soldado miró a su compañero, vacilando. Notando que había algo más que no querían decir, Kenneth sacó su daga y la apuntó directamente al cuello del mensajero.

—Si hay más, os recomiendo hablar —advirtió.

—Mi señor, sólo somos los mensajeros —recordó el hombre, con el sudor corriendo por su frente.

—¡Hablad!

—El conde de Argyll dice… que no os reconoce como hijo de lord Anthony—balbuceó el mensajero, temblando visiblemente—. Ni a vos, ni a lady Ivette.

Kenneth bajó la daga involuntariamente, con el rostro pálido. Por el rabillo del ojo, pudo ver que Armand ocultaba el temblor de sus manos tras su espalda.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Kenneth en un susurro.

El mensajero tragó saliva, sabiendo que lo que iba a decir sellaría su destino.

—Acusa… —el hombre hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas, pero no había manera de suavizarlas—. Acusa a lady Elaine de engañar a lord Anthony con sir Armand… y parirle bastardos.

El silencio que siguió fue ensordecedor. El mensajero cerró los ojos, esperando lo inevitable. Kenneth, con una furia ciega, lanzó la daga hacia adelante, atravesándole la garganta. Un chorro de sangre salpicó el suelo mientras caía al piso con un golpe seco. El segundo mensajero se arrojó al suelo, suplicando misericordia.

—¡Por favor, mi señor! ¡Sólo soy el mensajero! —imploró, con la frente pegada al piso.

Pero Kenneth, consumido por la rabia, lo tomó del cabello y lo degolló sin piedad. Ambos cuerpos cayeron inertes al suelo, mientras Kenneth jadeaba como si acabara de correr leguas enteras. Sus manos temblaban, y un sabor amargo subía por su garganta.

Que ese maldito Argyll deshonrara así a su madre, y a toda la casa Albermale, era un crimen imperdonable. Pero aunque eso lo indignaba, había algo que realmente lo aterraba: el silencio y la palidez de Armand.

Se giró hacia él lentamente, con la daga aún goteando sangre en su mano.

—¿Qué tenéis que decir a eso, sir Armand? —preguntó Kenneth con voz sibilante, con el pecho subiendo y bajando por la agitación.

Armand dio un paso atrás, mostrando sus palmas en señal de inocencia. Una sonrisa nerviosa apareció en su rostro, pero no alcanzaba a disimular el temblor en sus manos.

—No podéis dar crédito a tales acusaciones infundadas —dijo con cautela—. Creer esas palabras es poner en entredicho la honorabilidad de vuestra propia madre.

Kenneth lo miró fijamente, sopesando sus palabras. Finalmente, decidió que Armand tenía razón. Se agachó y limpió la daga en la ropa del mensajero muerto que tenía más cerca.

—Deshaceos de estos bastardos —ordenó, señalando los cadáveres antes de salir del despacho.

—Sí, mi lord —susurró Armand, viendo cómo Kenneth se alejaba. Llamó a los soldados fuera del despacho para que retiraran los cuerpos, pero él seguía con las manos frías y el corazón latiendo con fuerza.

Con terror, miró por la ventana hacia los campos donde estaban asentados los lores que ahora eran sus enemigos. Argyll, Sylvan, Ross, Portland. No dudaba en que pronto se unirían los Leinster, quienes estaban más alejados.

Ellos lo sabían, pensó, sintiendo que el aire se negaba a entrar a su cuerpo. Sabían la verdad sobre el nacimiento de Kenneth e Ivette. Pero… ¿cómo? ¿Por qué?

¿Lo sabría Charlotte Montfort?

Ella había parecido complacida con la herencia de su padre. Un territorio no era nada despreciable, incluso le garantizaría un buen matrimonio. Pero si por alguna razón ella sospechaba que era la única hija verdadera del conde, nada la detendría de venir aquí y tomar el poder. Y el rey mismo la avalaría.

Armand se llevó una mano al pecho, sintiendo algo que por años creyó lejos: el temor. Había pasado años protegiendo el secreto, asegurándose de que nadie lo descubriera. Pero ahora, con los condes movilizados y las acusaciones públicas, era solo cuestión de tiempo antes de que todo colapsara.

¿Habría sido Theodore quien había revelado la verdad? ¿O era simplemente una coincidencia que los condes hubieran llegado a esta conclusión por su cuenta?

Fuera como fuera, el futuro de Albermale pendía de un hilo, y Armand temía que, cuando todo terminara, él no sobreviviría para ver su resolución.

25

Al enterarse del asedio al castillo principal, los vasallos de Albermale empezaron a enviarse cartas unos a otros, y a reunirse en secreto. Reginald de Warenne, proclamado líder de los vasallos, extendió una invitación formal a Charlotte para que asistiera a dichas reuniones. Allí, entre murmullos y miradas llenas de inquietud, se expusieron los detalles de las acusaciones contra Kenneth.

Charlotte les contó todo lo que podía decir hasta el momento. El plan para destruir a los bastardos debía seguirse al pie de la letra, por lo que eligió cada palabra con meticulosa precisión, como si tejiera una red delicada pero irrompible.

Les habló de las pruebas que los habían guiado paso a paso hasta establecer que había sido Kenneth quien ordenara el asesinato de lord Anthony. Habló del torneo organizado por su insistencia, de la daga envenenada encontrada en la escena del crimen, de la capa manchada de sangre abandonada en el bosque, de la carta interceptada por la esposa del matarife… y finalmente, de la prueba decisiva hallada entre los documentos del propio gremio de asesinos, que ya debía estar en manos del rey.

Mientras hablaba, sus palabras eran como hilos invisibles que tejían una trama imposible de desarmar. Los presentes la miraban con ojos horrorizados. Algunos intercambiaban miradas incómodas; otros, simplemente permanecían en silencio, atónitos ante la magnitud de las revelaciones.

Uno de los vasallos menos cautelosos llegó a insinuar que todo aquello no eran más que invenciones suyas para desacreditar al actual conde, con quien nunca se había llevado bien. Sin embargo, antes de que pudiera continuar, fue rápidamente silenciado por los demás. Las acciones pasadas de Charlotte hablaban por sí mismas: ella nunca había mostrado hambre de poder ni ambición desmedida. Por el contrario, siempre se había preocupado genuinamente por el feudo y su gente, actuando siempre con discreción y dignidad.

—Si el rey ya tiene en sus manos esas pruebas —dijo uno de los vasallos—, es cuestión de tiempo que lo llamen a Londres a comparecer ante un tribunal. Un delito así no será pasado por alto.

—Por supuesto —contestó otro—. Y luego de eso, le declaren inocente o no, el honor y el orgullo de Albermale estarán en entredicho.

Hubo murmullos por un rato en el salón, donde cada vez más de los presentes se daban cuenta de la gravedad de la situación de lord Kenneth, y poco a poco empezaban a mover sus lealtades. Después de todo, el bienestar de todo el territorio era superior a cualquier necesidad personal.

—¿Y qué podéis decirnos acerca de… esos horribles rumores que dejan tan mal a lady Elaine? —preguntó sir Reginald, rompiendo el tenso silencio que flotaba sobre la sala. Su tono era cauteloso, casi temeroso, como si temiera escuchar la respuesta.

Charlotte apretó los labios ligeramente, fingiendo vacilar. Sabía que no podía usar la prueba que tenía, ni mencionar al testigo que tan diligentemente se había ofrecido a respaldarla. Pero eso no significaba que estuviera indefensa. Podía basarse en rumores y medias verdades, dejando que las mentes de los presentes conectaran los puntos por sí mismas.

—De eso no puedo hablar —empezó con un tono de voz bajo—, ya que no tengo pruebas concluyentes, como ocurrió con el asunto del asesinato de mi padre—. Hizo una pausa calculada, permitiendo que sus palabras resonaran en la habitación—. Lo que sí puedo decir es que lady Elaine y mi padre nunca tuvieron una relación armoniosa. Parte de esa tensión, debo admitirlo, se debía a mi propia existencia. Fui concebida fuera del matrimonio, después de todo—. Suspiró profundamente, como si le costara admitirlo—. Pero si lord Anthony eligió ser un buen padre en lugar de ceder a los deseos de su esposa de enviarme lejos o mantenerme en la sombra… solo puedo agradecerle infinitamente.

Guardó silencio, dejando que sus palabras flotaran en el aire. Miró lentamente a cada uno de los hombres y mujeres reunidos,

asegurándose de captar sus miradas. Luego continuó:

—Mi padre siempre buscó hacer lo correcto. Recuerdo ocasiones en las que regresaba a casa, cansado y taciturno, hablando de cómo ciertas personas cercanas a él parecían tener intereses propios en lugar de preocuparse por el bienestar del feudo. No mencionaba nombres, pero… —Dejó la frase inconclusa, dejando que las implicaciones colgaran en el aire.

Los vasallos reunidos se miraron unos a otros, comprendiendo lentamente lo que Charlotte insinuaba. Todos ellos habían sido testigos de las múltiples rabietas de Elaine, que no se cohibía ni siquiera cuando había visitantes en casa. Lord Anthony, ebrio a veces, triste otras, había llegado a quejarse de lo indomables que eran las mujeres en ocasiones.

No, ellos no se llevaban bien. Y viendo todo ahora bajo esta nueva luz, las coincidencias comenzaban a cobrar sentido. Era evidente que ni Kenneth ni Ivette compartían el característico cabello negro y los ojos azules de los Montfort. Había alguno pelirrojo, o de cabello castaño, pero pocos en verdad eran rubios. Y aun estos, poseían los rasgos faciales atractivos y definidos por los que la familia era conocida.

Antes de este rumor, nadie habría pensado en comparar a Kenneth o Ivette con los rasgos distintivos de los Montfort. Pero ahora, bajo esta nueva perspectiva, Charlotte se destacaba como la prueba viviente de cómo debía lucir un verdadero Montfort. Su belleza clásica, su porte elegante y su naturaleza compasiva contrastaban fuertemente con la frialdad calculadora de Kenneth y la superficialidad egoísta de Ivette.

Un murmullo bajo se extendió por la sala mientras los vasallos comenzaban a unir cabos. Charlotte no necesitaba decir más. Había sembrado las semillas de la duda, y estas ya estaban germinando en las mentes de los presentes.

Sir Reginald, rompiendo el silencio, carraspeó y miró a Charlotte con renovado respeto.

—Lady Charlotte —dijo con tono solemne—, vuestras palabras han sido claras y medidas. Nosotros, los vasallos de Albermale, os respaldaremos en cualquier acción que decidáis tomar para restaurar la justicia en nuestro feudo.

Charlotte inclinó la cabeza con humildad, aunque en su interior sabía que había dado un paso crucial hacia su objetivo. Ahora solo quedaba esperar el momento adecuado para actuar.

—Es simple —dijo mirando a los hombres y mujeres asistentes a la reunión—. Aunque Kenneth Montfort sea realmente el hijo de mi padre, él lo asesinó. Legítimo o no, no puede tener el título de conde. Y estoy segura de que lady Ivette, y lady Elaine, al igual que ese administrador que es tan cercano a ellos, sir Armand, no son inocentes. Aunque no hayan participado en el asesinato, ahora lo encubren. No pueden permanecer al interior de los muros de Candelburg, el castillo principal de Albermale.

Todos la miraron con diferentes niveles de sorpresa y comprensión en el rostro. Sir Reginald, siempre de su lado, asintió casi imperceptiblemente, pero todos notaron cómo apoyaba sus palabras.

—¿Tomaréis el título de condesa, mi lady? —preguntó sir Weldon, señor del Valle de Ouse.

Este era un asunto que no podía quedar sobreentendido, si ella declaraba su intención de convertirse en condesa, debía quedar absolutamente claro para todos aquí.

Charlotte tomó aire, mirando a cada uno fijamente con determinación.

—Así es. No sólo haré justicia por la muerte del conde, sino que restableceré el orden natural y la honra de Albermale. Si estáis conmigo, os lo retribuiré. Si no, decidlo, para consideraros mi enemigo.

Algunos guardaron silencio ante sus palabras, pero la mayoría expresó de inmediato su apoyo a Charlotte.

En el poco tiempo que ella llevaba en Greenlake había hecho grandes cambios y mejoras en el territorio. Una pequeña muestra de

lo que alguien con sabiduría y firmeza podía hacer por todo el feudo, que, desde que lo administrara Kenneth, estaba más bien decaído.

No podían seguir llamando señor por más tiempo a un asesino, y probable bastardo.

El rumor de que Kenneth e Ivette eran bastardos estalló como un incendio incontrolable. En cuestión de días, el escándalo se propagó por todos los rincones del reino, desde los salones más lujosos de la nobleza hasta las tabernas más humildes de los plebeyos. La indignación era generalizada: ¿Cómo podía una mujer de tan alta cuna, lady Elaine, haber traicionado a lord Anthony, uno de los hombres más respetados del reino, y engendrar hijos ilegítimos con un hombre de rango inferior, Armand? Las acusaciones no solo ponían en entredicho la legitimidad de Kenneth e Ivette, sino también la honorabilidad de toda la casa Montfort.

Pero si bien los rumores eran poderosos, lo que finalmente movilizó al rey no fue este escándalo, sino el asunto de la muerte de lord Anthony. Si un hijo que asesinaba a su propio padre para arrebatarle el poder quedaba impune, las bases mismas de la dignidad y la justicia en el reino se tambalearían. El rey Ricardo II sabía que debía actuar para preservar su autoridad. Si toleraba tal crimen, perdería el respeto tanto de los nobles como de los plebeyos. Así que, con firmeza, envió una carta exigiendo que Kenneth compareciera ante un tribunal para responder por el asesinato de su padre.

Sin embargo, Kenneth estaba atrapado. Recibió la carta del rey mientras estaba asediado dentro de las murallas de Albermale. Los condes aliados continuaban cortando suministros, y ahora el castillo comenzaba a sentir los efectos del bloqueo. Con el pánico creciendo en su pecho, Kenneth supo que no podía ignorar la orden real, pero tampoco podía abandonar el castillo en ese momento. Primero tenía que enfrentar el asedio, pensó, y decidió tomar medidas drásticas.

—¡Pero qué estáis haciendo! —gritó Elaine cuando Kenneth dio la orden de preparar a los soldados y fortificar el castillo para abrir

fuego contra los asediadores. Su voz temblaba de horror.

Kenneth apenas la miró de reojo.

—Es la única opción que me han dejado. Mataré a todo el que osó manchar mi nombre.

—¡Pero son amigos del feudo, gente muy poderosa! —insistió Elaine, tratando de hacerlo entrar en razón.

—¡Esos ya no son amigos! —rugió Kenneth, girándose hacia ella con una furia que hizo que Elaine retrocediera instintivamente—. ¿Queréis saber por qué? ¡Porque están convencidos de que fuisteis una perra que engañó a mi padre!

Elaine abrió grandes los ojos, incapaz de procesar lo que acababa de oír. Sin pensarlo, levantó la mano y abofeteó a Kenneth con todas sus fuerzas. Pero Kenneth no era alguien que recibiera un golpe y se quedara quieto. Tomó la mano con la que Elaine lo había golpeado y la torció dolorosamente.

—¡Qué hacéis! —chilló Elaine, retorciéndose de dolor.

—¡Todo esto es vuestra culpa! —gritó Kenneth a voz en cuello, su rostro lucía desencajado por la rabia—. ¡Sois vos quien nos ha llevado a esta ruina!

Armand, que había estado observando la discusión en silencio, finalmente intervino, tratando de calmar a Kenneth. Pero su ayuda solo exacerbó la ira del joven conde. Kenneth empujó a ambos, haciéndolos caer al suelo.

—¿Esto es verdad? —preguntó Kenneth entre dientes, mirando alternativamente a Elaine y Armand—. ¿Sois amantes?

El silencio en la sala fue ensordecedor. Fue entonces cuando Ivette apareció en la puerta. Sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas, pero su expresión era de pura furia.

—Lo son —dijo con voz calmada pero cargada de veneno—. No sé desde cuándo, pero son amantes.

—¡Cerrad la boca, estúpida! —gritó Elaine, tratando de levantarse, pero Ivette no se detuvo.

—¡Ya no me callaré! ¡Por vuestra culpa, mi vida está arruinada!

—Os acabáis de casar con un futuro conde, ¡cómo que arruinada! —contestó Elaine poniéndose de pie al fin con la ayuda de Armand.

—¡Desde que nos bloquearon el paso para salir de Albermale, no me dirige la palabra! —se quejó Ivette golpeando fuertemente el piso con el pie—. No me mira siquiera, y mis suegros me hacen el vacío. He tenido que comer sola, ya ni siquiera… ¡Me van a dejar!

—No puede dejarte, no seas estúpida —farfulló Kenneth haciendo rodar sus ojos.

Ivette guardó silencio, deseando poder aferrarse a esa verdad. Una vez casada, ella era parte de la familia Wychwood, una Ashby. Pero no la estaban tratando como tal.

—¿Qué voy a hacer?

—Vos, tratad de contentar a vuestro marido como podáis. Tengo problemas más urgentes. Esos malditos que nos asedian creen que pueden salirse con la suya. Es hora de mostrarles el poder de nuestro feudo.

—No. Escuchad, hijo… —intentó decir Elaine, pero Kenneth la interrumpió bruscamente.

—Vos, cerrad la boca, ramera.

—No le habléis así a vuestra madre… —intervino Armand, pero antes de que pudiera terminar la frase, Kenneth lo golpeó en el estómago con un puñetazo brutal, dejándolo sin aire.

—¿Quién os dio permiso de hablar? —rugió Kenneth, comenzando a patear a Armand repetidamente—. Que os revolquéis con mi madre no os hace mi padre. Jamás aceptaré venir de un plebeyo como vos. ¡Soy el hijo de Anthony Montfort! Del prestigioso linaje de Albermale. Estamos en esta tierra desde tiempos de Guillermo el Conquistador. Soy hijo de guerreros, mi ancestro es el Lobo de Albermale, que conquistó Aquitania con su brillante estrategia…

—¡Basta! —gritó Elaine, cubriendo a Armand con su cuerpo. Kenneth se detuvo, jadeando y sudoroso, pero sus ojos seguían ardiendo de odio.

—No provengo de un contador de dinero como vos —escupió Kenneth, mirando a Armand con desprecio absoluto—, apto sólo para idear estrategias endebles y meterse en las faldas de mujeres casadas.

Ivette rodó los ojos al oír aquello, sin inmutarse ante la violencia desatada ante ella.

—Todo esto también es vuestra culpa —dijo, limpiando el rastro de lágrimas en sus mejillas—. No pudisteis esperar a que el conde tuviera una muerte natural, y ahora os acusan de su asesinato. Podríamos resistir las habladurías con respecto a nuestro linaje, pero no podremos escapar de tal acusación. El asunto ya llegó a oídos del rey, lord Albermale —continuó con sarcasmo, esbozando una sonrisa burlona—, estáis perdido.

Ivette dio media vuelta y se alejó, dejando a Kenneth paralizado en medio de la sala. Sabía que ella tenía razón. El rey no lo había invitado a explicarse, sino a comparecer ante un tribunal de justicia. Ya lo consideraban culpable.

El rey Ricardo II, que había estado presente en el torneo, que había presenciado el asesinato, que aquella misma noche reconoció a Charlotte como hija legítima del moribundo conde, claramente estaba en su contra.

—Hay que luchar —repitió Kenneth, aunque esta vez su voz temblaba ligeramente por el miedo. En su mente, aún confiaba en la fuerza militar de Albermale. Podría resistir indefinidamente, incluso enfrentarse al mismísimo rey si era necesario.

—¡A las armas! —gritó, saliendo del salón con paso decidido.

El grito de Kenneth se escuchó por todo el castillo. De inmediato hombres y mujeres se aprestaron para la lucha, y los Wychwood, atrincherados en su recámara, escucharon de boca de uno de los criados que habían traído, todo lo que se había dicho en el despacho del lord. Habían repartido oídos por todo el castillo, tratando de averiguar la verdad.

Resultaba que no sólo ese par de engendros sí eran bastardos, y habían casado a su hijo con esa basura, sino que también eran culpables del asesinato de lord Anthony.

Asqueados, furiosos, terriblemente ofendidos y decididos a alejarse tan pronto como pudieran de esta escoria, armaron un plan.

Mientras Kenneth daba órdenes para prepararse para la guerra, lord Wychwood se le acercó para hablarle de lo conveniente que era que ellos salieran de Albermale lo más pronto posible.

—Ya os bloquearon el paso una vez —le respondió Kenneth con voz altanera—. ¿No os cansáis de que os humillen?

—Sólo quiero volver a intentarlo —contestó lord Wychwood tragándose la ira y la indignación que le provocaba que este crío le hablara en ese tono. Debía mantenerse sereno, esta vez, su plan debía funcionar—. Ya estamos listos, sólo es que autoricéis nuestra salida. Si acaso vuelven a detenernos, estaremos de vuelta el mismo día. Si se avecina una guerra, tenéis que pensar en poner a salvo a vuestra hermana. Si fracasamos, mis hombres se unirán a la batalla, si no, lord… bueno, ya estáis en desventaja.

Kenneth lo miró con sus ojos brillando de furia. Era verdad que estaba en desventaja numérica, y que la ayuda de los hombres que Wychwood había traído consigo le venía bien. Y también era cierto que era mejor si Ivette se iba lejos.

Asintió, y el conde no necesitó más para ponerse en movimiento.

Vio a Ivette despedirse nuevamente de su madre, aunque esta vez no hubo abrazos ni lloros. Estaban disgustadas entre sí por la deshonra de Elaine, de modo que la despedida fue un simple adiós.

Lady Wychwood miró a su nuera sorprendida por el trato de Ivette a su madre.

—Tal vez no la veáis en mucho tiempo —le recordó con el ceño fruncido—. ¿Así la tratáis?

—No os metáis en los asuntos de mi familia —le contestó Ivette, lo que provocó exclamaciones de indignación y sorpresa entre sirvientes y soldados.

—¡Os prohíbo que tratéis así a mi madre! —exclamó Baldwin, furioso. Ivette sólo lo miró haciendo una mueca y se subió al carruaje.

—Ignoradla —le pidió el conde a su hijo—. No os exaltéis—. El joven empuñó las manos conteniendo su ira, y subió tras su esposa.

Lord Wychwood ayudó a su mujer a ascender al carruaje, y miró por última vez a los Montfort en la entrada.

—Gracias por todo —dijo con un leve movimiento de la cabeza—. Y perdonad las molestias.

Elaine no esperó a que el hombre terminara de hablar, y simplemente entró de vuelta al castillo en una severa falta de respeto a él. Kenneth lo miró con una sonrisa.

—No os despidáis tanto. Nos vemos en la noche, lord.

En ese instante, todo sentimiento de culpa en el alma del conde se esfumó. Simplemente sonrió y dio la vuelta, subiéndose a un caballo.

Theodore detuvo su caballo cerca de la tienda de lord Argyll. Ya casi era el medio día, y los soldados preparaban guisos y sopas en enormes ollas, otros afilaban sus armas, y otros patrullaban los caminos. Era un campamento extenso, ya los otros seis aliados de Albermale estaban aquí. Si vinieran en son de guerra, Albermale habría caído en un suspiro, pensó con cierto respeto.

—¡Hijo! —exclamó Talon al verlo, y le palmeó el hombro a modo de saludo.

—Os veo muy organizados aquí —sonrió Theodore mirando más allá las tiendas dispersas en el valle. Estaban en la salida más importante del feudo, la que guiaba a Londres. Los otros lores estaban repartidos por los otros puntos cardinales, y se comunicaban periódicamente informando las novedades.

—Bueno, ya van a ser dos semanas que nos asentamos en este lugar—. Theodore sonrió asintiendo, y fue guiado por su padre a la tienda principal. Allí encontró a lord Portland sentado ante una mesa

que tenía extendido en su superficie un mapa. Era del territorio de Albermale, indicaba sus caminos principales, y los contingentes que los custodiaban.

—¡Llegó lord Theodore! —exclamó Talon con orgullo, y Theodore le dirigió una sonrisa incómoda.

—No soy lord de nada.

—Oh, pero pronto vuestra esposa se convertirá en la condesa de Albermale.

—Eso aún no ha sucedido, padre. No contéis vuestros huevos antes de tiempo—. Talon sacudió su cabeza.

Portland sonrió y señaló el mapa. En pocas palabras, lo puso al tanto de todo lo que estaba sucediendo. A su vez, Theodore les confirmó el apoyo de los vasallos, que retendrían su ayuda hasta el final. No suministrarían ni un solo grano al castillo principal hasta que Kenneth fuera derrotado.

—Candelburg está solo por ahora —concluyó Theodore.

—¿Candelburg? —preguntó Lord Portland elevando una ceja.

—Es el nombre que mi esposa le dio al castillo principal.

—Oh.

—Me gusta —sonrió Talon—. Es sonoro, imponente. Y que hayáis conseguido la lealtad de los vasallos es admirable.

—No fue difícil —sonrió Theodore—. Ellos ya amaban y respetaban a lady Charlotte.

En el momento, se escuchó la voz de un soldado que pedía permiso para dar un informe. Lord Wychwood solicitaba que le dieran paso para salir.

—¿Otra vez? —preguntó Talon con el ceño fruncido.

—Vamos —dijo Lord Portland con seriedad, y los tres fueron al punto de encuentro.

El carruaje de los Wychwood llevaba su blasón, y el conde iba montado a caballo, esperando pacientemente que le otorgaran el permiso de salida.

Theodore vio esa sumisión un poco extraña. En el camino aquí, su padre le había contado que no era la primera vez que lo intentaba, y ellos le habían dicho las condiciones para poder salir.

—Nos vemos de nuevo, lord Wychwood —saludó Talon dando una cabezada, y Wychwood correspondió con otra.

—Comprenderéis que tengo algo de prisa, lord Argyll.

—Oh, siempre que hayáis atendido a nuestros requerimientos, no os entorpeceremos mucho—. Lord Wychwood lo miró en silencio, y extendió la mano dando el permiso para que revisaran el carruaje.

A una orden, los ocupantes de éste bajaron en indignado silencio. Primero lord Weldon, que extendió la mano para que su madre bajara, y luego, nada.

Theodore elevó una ceja.

—¿Dónde está lady Ivette? —lord Wychwood lo miró de reojo.

—Simplemente he seguido el consejo de los lores aquí presentes. Divorciaré a mi hijo de esa bastarda.

—Oh, al fin nos habéis creído —sonrió Talon, pero igualmente dio la orden a un soldado de revisar de arriba abajo el carruaje, y la carreta que traían detrás. No encontraron a Ivette por ningún lado. Levantaron cada cojín y cada cortina o tela; no había manera de que estuviera escondida.

—Tampoco están las pertenencias de la lady —informó uno de los soldados, que revisaba la carreta detrás, y a cada uno de los soldados del lord.

—Tampoco hay nada aquí —dijo otro.

—¿Me estáis diciendo que lady Ivette se quedó tranquilamente en casa?

—Bueno, tuve que prometerle al impostor que no diría nada acerca de su bastardía, y la vergüenza de su familia.

—¿Y lo haréis?

—En cuanto solicite el divorcio ante la iglesia y el rey, tendré que dar mis razones, ¿no? —Theodore siguió mirándolo con reservas, y

él mismo se ocupó de hacer una segunda revisión al carruaje. No había manera en que Kenneth permitiera que dejaran atrás a su hermana, y podía imaginar perfectamente el berrinche de Ivette ante tal afrenta. Pero pudo comprobarlo con sus propios ojos, Ivette no estaba.

—¿Creéis que tenga un plan para encontrarse al otro lado de alguna manera? —preguntó Talon acercándose a él. Lord Portland se unió a la conferencia.

—Tendría que ir a pie, o a caballo por caminos muy escarpados —razonó Theodore—. Y no hay nadie menos dispuesto a tales incomodidades que esa lady.

—Por otro lado —añadió lord Portland—, de ninguna manera Kenneth les permitiría irse sin Ivette. Sería aceptar tranquilamente la deshonra de su hermana.

—Esto no deja de ser extraño —suspiró Talon—. Supongo que tendremos que estar más alertas en los caminos secundaros.

Luego de una última y meticulosa revisión, en donde incluso se aseguraron de revisar a las pocas doncellas que lady Wychwood había llevado consigo fueran quienes decían ser, los dejaron seguir.

Liberar a los Wychwood ayudaría a esparcir la historia de la verdad en Albermale. Si era verdad que estaban tan indignados como se mostraban, aquello sólo echaría leña al fuego. Tampoco les interesaba entrar en guerra con Wychwood. Aunque podían aplastarlos fácilmente si se unían, eran personas inocentes en todo este entuerto.

Esta guerra era contra esos bastardos, y ninguno de ellos podía sobrevivir.

Cuando Charlotte había dicho aquellas palabras, unos días antes de que se instalara el asedio, él había quedado un poco sorprendido por su determinación. Nunca la hubiera imaginado dictaminando la muerte de otras personas, pero allí estaban, declarando que ni Ivette, ni Elaine, ni el mismo sir Armand podían sobrevivir. Y todo aquel que se interpusiera para defenderlos, sólo conseguiría la muerte también.

—Por lo general, las mujeres no entran en una guerra —le recordó Theodore—. Y al verse superados, lo más lógico es que se rindan. Podemos deshacernos de Kenneth, o si sobrevive, con la acusación que pende sobre su cuello, no escapará de la muerte. Pero las damas con él son otra historia.

—¿Por qué?

—Porque todo caballero que se precie siempre mostrará misericordia ante el ruego de una dama, y ellas rogarán, no lo dudéis. Si a pesar de su ruego, las matamos, nuestra victoria estará… un poco manchada.

Charlotte había sonreído al escucharlo mientras elevaba su delicada taza de té, y en sus ojos destelló un brillo mortífero, algo que Theodore nunca imaginó posible.

—Dejádmelo a mí, entonces —dijo. Dio un sorbo y su expresión volvió a ser amorosa—. Yo, otra dama, me encargaré de ellas.

—¿Lucharéis?

—Oh, no me habéis dejado alternativa—. Él había sonreído un poco confundido, pero ella lo besó y su mente se nubló.

Luego, habían estado muy ocupados con el asedio, las reuniones con los vasallos, y todo lo demás. No había vuelto a preguntarle cómo planeaba encargarse de las damas de manera limpia.

Miró a un lado del camino y al otro, esperando no haber cometido el error de haber dejado pasar a Ivette, quitándole a su esposa la satisfacción de ocuparse de ella por sí misma.

Y pasados unos minutos, dio la orden a uno de sus propios hombres para que siguiera a los Wychwood desde una distancia prudente.

26

La noche cayó sobre Albermale, silenciosa y tensa, y Kenneth permanecía de pie en el balcón de la torre más alta, con sus manos apoyadas en la fría piedra mientras observaba la delgada línea de luz de la luna que se deslizaba por el horizonte. Mañana sería luna nueva, y el bosque quedaría sumido en una oscuridad total, lo que podría jugar a su favor si actuaba con rapidez y precisión.

Pero no todo eran ventajas.

Sus labios se curvaron en una mueca amarga al pensar en la situación.

Los asediadores estaban demasiado dispersos, repartidos estratégicamente por todo el territorio, rodeándolo como una serpiente que lentamente aprieta a su presa, y por eso, su grito a las armas ahora parecía la estúpida pataleta de un niño con demasiado poder.

Lo habían detenido casi todos sus soldados, asegurándole que ir a la guerra era una muerte segura para todos. Armand casi se arrodilló intentando hacerle ver lo equivocada de su idea, pero había sido la explicación pausada y lógica de sir Jasper, el jefe de la guardia, quien le hiciera dar el paso atrás.

La explicación era que, aunque lograra atacar uno de los frentes, las respuestas desde los otros flancos serían rápidas y contundentes, anulando cualquier avance significativo. Salir del castillo para enfrentarlos directamente sería un suicidio. La única fortaleza que le quedaba era Albermale, y abandonarla equivaldría a entregar su última carta en este juego peligroso.

Aun así, Kenneth no podía evitar imaginar qué pasaría si ellos decidían cambiar de táctica. Si aquellos nobles arrogantes dejaban de limitarse al bloqueo y lanzaban un ataque frontal, su posición sería insostenible. Los soldados de Albermale eran los mejores entrenados del reino, le explicó sir Jasper, pero incluso ellos tendrían dificultades para enfrentarse a los ejércitos combinados de seis lores

poderosos. No podían permitirse perder esta partida. Si llegaba ese momento, su única opción sería escapar.

Kenneth cerró los ojos por un instante, visualizando su plan de contingencia. Cabalgaría hacia Londres bajo la protección de la oscuridad, presentándose ante el rey con pruebas irrefutables de la existencia de la "Alianza de los siete". Atentar contra la corona era un crimen mucho mayor que cualquier disputa entre nobles. El rey no toleraría que una organización secreta operara a sus espaldas, manipulando alianzas y acumulando poder en su propio beneficio.

Y Kenneth tenía esas pruebas. Documentos, cartas cifradas, acuerdos sellados en las sombras. Al haber sido parte de la alianza, tenía muchas pruebas. Él simplemente podía decir que su padre fue un traidor a la corona, y que por eso tuvo que matarlo; y podía añadir, entre lágrimas, que estaba desesperado por traer esas pruebas ante el rey, debido a su lealtad a la corona. Que toda esa historia de ser un bastardo no era más que un invento para desacreditarlo, pues tenía pruebas contundentes que podrían poner al reino patas arriba.

Y cuando le preguntaran: ¿por qué hasta ahora?, bueno, reunir evidencia no era fácil, les diría. Una prueba de que todo eso era cierto era el asedio mismo.

Sí, eso haría. El rey le creería, no tendría otra opción, y restablecería su posición sobre Albermale.

Y entonces, él iría y aplastaría a la pequeña bastarda con todas sus fuerzas. A su marido, y debilitada la alianza a causa de los ataques del rey mismo, podría incluso apoderarse de algunos de sus territorios.

Por ahora, sin embargo, los informes de sus patrullas indicaban que los asediadores no habían comenzado a construir catapultas ni armas de asedio. Preferían mantener el asunto pacífico, al menos en apariencia. Esto le daba algo de tiempo, aunque Kenneth sabía que no podía fiarse. Las cosas podían cambiar en cualquier momento, y cuando lo hicieran, necesitaría estar preparado.

Se giró hacia el interior de la torre, donde un mapa del territorio estaba extendido sobre una mesa. Lo estudió detenidamente, trazando mentalmente las rutas de escape posibles. Si conseguía infiltrar pequeños grupos de hombres a través de los túneles secretos que conectaban el castillo con el bosque, podría sembrar el caos entre los asediadores. Sabotajes selectivos, ataques sorpresa en puntos débiles, cortes temporales en sus líneas de suministro... Todo valdría para debilitar su moral y fracturar su unidad.

Además, había otra carta que aún no había jugado: la división entre los asediadores mismos. Kenneth conocía bien a esos nobles; codiciosos, ambiciosos, siempre buscando la oportunidad de superar a los demás. Con las palabras adecuadas y los rumores bien colocados, podría sembrar cizaña entre ellos. Tal vez incluso convencer a uno de los lores de que retirarse ahora sería más beneficioso que continuar el bloqueo. Después de todo, ¿por qué compartir el botín cuando podrían asegurarse de obtenerlo todo?

Una sonrisa sardónica cruzó su rostro. Aunque pareciera que estaba atrapado, todavía tenía opciones. No era un hombre que se rendía fácilmente, y menos cuando había tanto en juego. Si jugaba bien sus cartas, podría convertir esta derrota inminente en una victoria inesperada.

El sonido de las campanas hizo que Kenneth levantara la cabeza. Alguien pedía ingresar a estas horas, y eso le pareció extraño. ¿Quién sería?

Bajó al patio de entrada y allí vio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, a su hermana. La traían casi desmayada sobre un caballo, apoyada contra el pecho de un soldado. Kenneth corrió hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un grito, mirando alrededor, esperando ver al resto de los Wychwood. Pero no había nadie más.

Al escuchar su voz, Ivette abrió lentamente los ojos, que se llenaron de lágrimas al instante. Extendió las manos hacia él, buscando consuelo.

—¡Hermano! —lloró Ivette con voz ronca, apenas audible. Era evidente que había estado gritando durante horas; su garganta estaba completamente seca. Sus palabras salían entrecortadas, como si cada una le costara un esfuerzo monumental—. Esos… Esos malditos me han traicionado. ¡Me han dejado atrás!

—¿De qué habláis? —preguntó Kenneth, confundido y furioso.

—¡Hija! —interrumpió la voz de Elaine, quien entraba al patio mientras se ajustaba un chal sobre los hombros. Ivette se lanzó a los brazos de su madre, sollozando incontrolablemente.

Elaine examinó rápidamente a su hija. Estaba sucia, despeinada, con moretones visibles en la cara y las muñecas, como si hubiera estado atada. Sus ropas estaban desgarradas, y su piel estaba fría al tacto.

—Contadme ya mismo qué pasó —ordenó Kenneth—. ¿Dónde están los Wychwood? ¿Por qué no seguisteis adelante con vuestro marido?

Ivette no respondió. Sus rodillas cedieron bajo su peso, y cayó al suelo, temblando violentamente. Elaine la envolvió en el chal y la sostuvo contra su pecho, murmurando palabras tranquilizadoras.

Kenneth dio órdenes secas para que llevaran a Ivette a su habitación. Elaine ordenó comida caliente, agua para un baño y medicinas. Los sirvientes se apresuraron a cumplir, pero sus miradas llenas de preocupación revelaban lo que todos pensaban: algo terrible había ocurrido.

Con los ojos nublados por las lágrimas, Ivette se dejó llevar, incapaz de pronunciar una sola palabra más.

Ese, definitivamente, había sido el día más horrible de su vida.

Esa mañana, cuando salió del castillo de Albermale, Ivette había mantenido el mentón elevado, furiosa como estaba con su madre por todo el lío de su relación con Armand, el descubrimiento de su verdadero linaje y el trato que su marido le estaba dando. Desde que empezara a circular el rumor de que ella y su hermano eran bastardos, Baldwin cambió totalmente con ella, preguntándole si eso

era verdad. Ella, por supuesto, lo había negado, pero no importaba cuánto jurara; él no parecía creerle.

Sus suegros comenzaron a ignorarla, imponiendo la ley del hielo, y cuchicheaban entre sí como si no vieran el momento de deshacerse de ella. Y Baldwin dejó de buscarla en la noche para cumplir con sus deberes conyugales.

Aquello la preocupó. Él se había mostrado bastante entusiasmado con esas actividades, y de repente, nada.

Cuando intentaron salir la primera vez y tuvieron que volver, Ivette los vio reunirse y hablar entre ellos una y otra vez. Supuso que estaban buscando la manera de salir del castillo y traspasar el asedio. Nunca imaginó que estaban conspirando para dejarla atrás.

Todo tenía sentido ahora. Que dejaran atrás a sus doncellas, que redujeran el tamaño de su equipaje prometiéndole que en el territorio de Wychwood le comprarían todos los vestidos que quisiera... Todo fue una trampa.

Apenas habían pasado unas leguas del castillo cuando el carruaje se detuvo. Ivette miró indiferente por la ventana, imaginando que estaban teniendo un problema con algún caballo o alguna rueda, aunque era muy pronto para eso. Sin embargo, cuando bruscamente abrieron la puerta, y el mismo lord Wychwood la tomó del cabello arrastrándola fuera, empezó a gritar.

—¡Qué estáis haciendo! —gritó ella—. ¿Os habéis equivocado de persona? ¿Se os olvida quién soy?

Pero era difícil mantener esa postura petulante cuando te tienen agarrada duramente del cabello, obligándote a bajar la cabeza.

Cayó de bruces a la orilla del camino, golpeándose duramente y perdiendo el aire. Acto seguido, vio cómo lanzaban fuera de la carreta su equipaje.

—Hasta aquí llegáis, bastarda —anunció lord Wychwood, mirándola con tanto odio y asco que Ivette tuvo que retroceder.

—¡No soy una bastarda! —gritó, poniéndose en pie y caminando hacia él para darle una patada. Pero su delicado pie fue el que sufrió

al chocar contra la dura bota del conde, y se quejó. Miró al carruaje, pensando en subir a como dé lugar, pero allí vio a Baldwin bloqueándole el acceso.

—Esto que hacéis es traición —dijo Ivette, temblando de ira—. Mi hermano os lo hará pagar cuando se entere.

—¿Traición? —escupió Baldwin—. Pedí como esposa a una dama, y me dieron a una bastarda. Pedí a una hija de Albermale, y me dieron al fruto del adulterio de esa ramera, Elaine, que en nada está relacionada con esa casa. Los traidores sois vosotros, y por eso vais a morir.

En ese instante, Ivette cayó en cuenta de su realidad. Estaba sola, sin un solo soldado de Albermale ni una sola doncella. Jamás podría defenderse de ellos.

Dio un paso atrás, sintiendo el miedo calar en sus huesos. Ellos podían matarla allí mismo, enterrarla silenciosamente, y su familia jamás se daría cuenta de lo que le había pasado.

—No —susurró, sintiendo que la bilis le subía por la garganta, con los ojos humedecidos de miedo, y echó a correr.

Lord Wychwood soltó una carcajada. Miró a uno de los soldados y le dio una orden. Éste se bajó del caballo y fue tras Ivette. La alcanzó en menos de nada, haciéndola caer de nuevo con un golpe en su espalda, con lo que volvió a perder el aire.

Esta vez le costó más ponerse en pie. El soldado la tomó del cabello nuevamente, y ella se aferró a su muñeca tratando de minimizar el dolor que esto le provocaba, gritando a garganta viva.

Vio que otro soldado tomaba una cuerda y la arrastraban profundamente en el bosque, lejos del camino principal. Ivette pataleaba, arañaba y maldecía como un marinero tratando de zafarse de ellos.

Y entonces le dieron una bofetada tan fuerte que le quitó el sentido. Antes de que su mundo se oscureciera, vio a lo lejos a lord Wychwood darle la espalda, como si sólo fuera un perro al que sacrificarían, y alejarse.

Al despertar, estaba sola en el bosque, atada a un árbol, con la boca cubierta por un trapo que olía peor que una caballeriza. Comenzó a luchar, gritando y gritando, pero su grito era ahogado por el trapo. Las horas pasaron, las sombras cambiaron de posición en el bosque, el aire se enfrió, y las lágrimas empezaron a bajar por sus mejillas.

Los Wychwood, comprendió, para poder atravesar el bloqueo, la habían dejado atrás. Tal vez esa había sido la condición para dejarlos seguir la primera vez que intentaron pasar, y ellos, ahora que ella era una bastarda, decidieron deshacerse de ella.

No habían tenido la valentía de enfrentarse a Kenneth dejándola en el castillo, no. La habían tratado peor que a un perro, dejándola atada a un árbol, en medio del bosque, exponiéndola a todo tipo de peligros.

Ni siquiera una plebeya habría sido tratada así. Ella, una dama, jamás debió sufrir tal trato.

Atada en ese árbol, incómoda, con sed y hambre, las horas se le hicieron eternas.

Hacía sólo unos días estaba feliz esperando los invitados a su boda, comprando telas y tapices, joyas y perfumes.

Era la preciosa hija de Albermale, era la novia esperada de Wychwood. Ninguna de sus amigas tenía un esposo o prometido tan importante, ¡ella estaba en la cima del mundo!

Y ahora, aquí, menos que un perro, menos que nada.

La humillación era la que le hacía gritar y patalear, intentando una y otra vez zafarse. Si se tratara sólo de fuerza de voluntad, ella haría estallar este bosque, pero sólo tenía sus gritos y su odio.

¿Por qué le pasaba esto a ella? ¡No merecía tal trato! Ella nunca les hizo daño a esos malditos, ¿por qué le hacían esto?

La cuerda que ataba sus muñecas tallaba profundamente en su piel, y los intentos por desatar el nudo la habían herido hasta provocarle peladuras. Su cuerpo seguía firmemente atado al árbol, y por más que había luchado, no logró aflojarse ni un poco.

Y entonces, al caer la noche, escuchó el aullido de un lobo. Si había una manada suelta por allí, ella estaría perdida.

¿Y si la atacaba una serpiente? Empezó a sentir bichos subir por sus piernas, y desesperada, se sacudía y gritaba. Ya le dolía la garganta por el esfuerzo que hacía. Mantenerse en una posición erguida para que las cuerdas no la lastimaran más había agotado sus fuerzas. Tenía hambre, tenía sed. Estaba aterrada.

Siguió llorando, y entonces, escuchó pasos.

Era un aldeano. Llevaba la espalda cargada de trozos de madera, tal vez le había pillado la noche mientras conseguía leña para su casa, y al escuchar sus gritos ahogados por el trapo, se acercó.

Ivette no reconoció al hombre. Era alto y robusto, y en aquella oscuridad, le fue imposible distinguir sus rasgos. Aunque, bueno, ella nunca alternó con la plebe, así que de todos modos no podía imaginar siquiera de quién se trataba.

El hombre se detuvo al verla, y al reconocerla, dejó a un lado su leña y acudió en su ayuda. Pero ella gritó, alejándolo cuando tuvo sus manos desatadas, y fue liberada del árbol.

—¡Cómo os atrevéis a tocarme, sucio aldeano! —gritó ya con la garganta afónica de haber estado gritando todo el día, pero todavía con la presencia de ánimo para sentir asco del aldeano.

Las piernas le fallaron y cayó al suelo. Estaba sedienta, pero rechazó el agua que le dio el hombre, imaginando que él también había pegado la boca ahí.

—¡Alejaos, sucio plebeyo! —gritó, y el hombre, viendo su actitud, empezó a recoger su carga, disponiéndose a irse.

Ivette entró en pánico.

¿Y si el hombre se iba y la dejaba allí sola? No podía quedarse allí.

—¡Esperad! —ordenó, y el grito volvió a lastimar su garganta—. ¡Llamad a mi hermano! —le ordenó—. ¡Servid para algo y llamad al lord!

El aldeano echó a correr.

Perfecto, pensó Ivette, volviendo a caer al suelo, desesperanzada. El imbécil se había asustado, y ahora ella estaba aquí, sola, en medio del oscuro bosque.

Intentó ponerse de pie, pero sus piernas cedieron bajo su peso. El mundo giraba a su alrededor, y cada movimiento enviaba olas de dolor por su espalda y muñecas. Y entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de hacia dónde ir para volver al castillo, ni siquiera identificaba dónde estaba el camino, y una vez allí, ¿hacia dónde ir? Miró al cielo, pero las copas de los árboles cubrían la escasa luz de la luna.

Iba a morir aquí, pensó.

Y volvió a llorar.

Mucho rato después, cuando yacía desmayada en el suelo, sintió voces y pasos. ¡Eran los soldados!

—¡Es verdad! —exclamó uno de ellos—. ¡Lady Ivette está aquí!

—¿No debería estar de camino a su nuevo hogar, huyendo de este asedio?

—Reconozco que no le creí al pobre de Jim. Aunque no es mentiroso, me costó imaginar a la dama en estas circunstancias.

—¿Dama? —se burló un tercer soldado, y los otros de inmediato hicieron gestos para que cerrara la boca.

—¿Mi lady? —llamó uno de ellos, sin atreverse a tocarla.

—Llevadme… a casa —pidió ella, aunque sonó más como una orden, no como una súplica, que era lo que cabía en sus terribles circunstancias.

Pero los soldados ya estaban acostumbrados a su altanería, por lo que no hicieron muchos gestos. Sin embargo, no era necesario ser suaves con ella.

Uno de ellos se adelantó y, tomándola por la cintura, la subió sobre su hombro sin muchos miramientos.

Ella quiso quejarse, pero volvió a perder el conocimiento.

—Deberíamos dejarla aquí —sugirió uno de los soldados—. Todos creen que se fue con su marido, y sería una bastarda menos a derrotar.

—Callaos —le dijo el otro—. Si os escuchan, os cortarán la cabeza.

—A vos os la cortarán de todos modos por haber osado tocar a la dama, aunque sea para ayudarla.

—Me arriesgaré.

Se encaminaron a los caballos, y una vez allí, la acomodaron sobre la silla de montar, y echaron a andar de vuelta al castillo.

Ahora, de vuelta en casa, luego de haber sido lavada, peinada, y sosteniendo una taza de té caliente entre las manos, Ivette tenía los ojos muy abiertos, mirando nada, sin fuerzas para llorar, pero con muchos deseos de quejarse.

Le ardía la piel, le dolía todo el cuerpo. Su cuero cabelludo todavía resentía los tirones que le habían hecho, y lo peor, era la humillación.

Las doncellas que la habían bañado no mostraban pesar por su condición, incluso le pareció escuchar que una de ellas contenía la risa. El médico simplemente le puso un ungüento, y no hizo muchas preguntas, y en cada movimiento de sus manos parecía ir impreso un: "os lo merecéis".

Nadie en este castillo se condolía de ella. Se reían, se burlaban.

Su madre hablaba del terrible agravio a su persona, Kenneth juraba que les declararía la guerra luego de que todo pasara.

Y ella estaba allí, en silencio, sin saber siquiera qué pensar.

Era más que evidente que los Wychwood no la querían como nuera. Su lugar como futura condesa de Wychwood había sido eliminado. Aunque la ley la asistiera, y pudiera ir ante el rey mismo a quejarse, aunque volviera con su marido, éste podía, de aquí en adelante, maltratarla, ignorarla, y hacerla sufrir de mil maneras inimaginables.

No podría volver a casarse porque, ¿quién querría a una divorciada, a una mujer que ya había sido usada por otro? Y eso no era lo peor; la manera en que había sido repudiada había sido la más humillante, la más denigrante.

Lo más terrible de todo, aunque la montaña de cosas terribles que le habían ocurrido hoy sólo parecía aumentar y aumentar, era que uno de los aldeanos la había encontrado, así que ya el chisme debía estar corriendo por todo el pueblo, yendo de boca en boca, hasta llegar a oídos de todo el reino.

Su futuro estaba arruinado para siempre.

Si acaso lograban salir de este asedio, jamás podría volver a levantar la cabeza delante de nadie.

27

Kenneth había tomado una decisión.

La humillación a todo el feudo de Albermale a través de su hermana Ivette había calentado su alma hasta hacerla casi estallar, y se dio cuenta de que no podía simplemente seguir esperando, tratando de resistir. Sus enemigos no tenían ninguna intención de aflojar el agarre en el que lo tenían, y parecían tener todos los recursos y la intención de quedarse aquí indefinidamente.

Tenía que hacer algo, y cuando al fin todo su concejo aprobó su plan, respiró profundo. Odiaba todos esos entuertos y politiqueos que tenía que seguir para tomar una simple decisión, pero así eran las cosas. Aunque era el lord, si no contaba con la aprobación del jefe de la guardia, movilizar a los hombres sería como tratar de empujar un árbol bien plantado él solo.

Y desde que esos rumores acerca de su linaje estallaran por todos lados, Kenneth no dejaba de pensar que tenía traidores entre los suyos. El asunto de la sangre era muy importante para estos caballeros, ellos habían jurado lealtad a Albermale, no a él particularmente. No importaba que fuera el conde, si en sus corazones ellos consideraban que la verdadera condesa debía ser la bastarda, podían traicionarlo en cualquier momento.

Eso le impedía dormir.

Realmente, podía contar a los que de verdad estaba de su lado con los dedos de sus manos. La gente que daría la vida por él era muy poca, entre ellos sir Theobald, el vice capitán de la guardia, sir Armand, un par de vasallos a los que había comprado con dinero, y unos pocos más que habían venido con su madre cuando se casó con la casa Albermale. Los demás, estaban aquí desde antes de su nacimiento y sus corazones se inclinaban hacia lord Anthony y lady Minerva, y por lo tanto, también hacia Charlotte.

Ardía admitirlo, pero era un conde con poder limitado.

Sin embargo, no iba a ser blando con esos traidores, y las órdenes eran precisas, desobedecerlas, sería fatal.

Un contingente de hombres se dirigiría discretamente al oeste, donde, según los informes de las patrullas, había menos hombres. Lord De Warenne custodiaba ese flanco, y al parecer, no había traído a todo un ejército, sino a un pequeño grupo de hombres que más parecían mercenarios que caballeros.

—El oeste es nuestra única oportunidad —dijo Kenneth—. Si logramos romper esa línea, tendremos una salida clara hacia Londres. Los demás pensarán que estamos desesperados, pero no nos queda otra opción

Sir Jasper analizó aquello detenidamente. No era propio de un conde contratar mercenarios, menos si estaban allí para demostrar lealtad a una alianza tan poderosa, pero luego los demás razonaron que los De Warenne, de todos modos, nunca había sido gente demasiado belicosa, y que prefirió dejar a sus soldados en el castillo y contratar gente para cumplir con su deber hacia la alianza.

—No debemos confiarnos, de todos modos —sugirió sir Jasper, inquieto—. Que sean mercenarios no los hace menos peligrosos.

—¿Qué tratáis de decir? —preguntó Kenneth con una mueca desagradable en el rostro—. ¿Estáis diciendo que el glorioso ejército de Albermale podría perder contra esos forajidos? ¡Ni siquiera son un centenar!

—Aun así, mi lord. No conocemos sus artes, ni si están dispuestos a morir por la causa.

—A mí lo que me parece es que estáis reacio a salir a defender el camino del oeste.

—No es así, mi lord —contestó Jasper con humildad, bajando la cabeza—. Yo solamente…

—Y desde hace días que sólo entorpecéis una y otra vez mis planes, como si no quisierais que salga de aquí. Casi podría decir que estáis de acuerdo con los que opinan que yo debería simplemente entregar mi título para que la bastarda lo tome fácilmente—. Jasper se quedó muy quieto, con sus ojos muy abiertos. No se atrevía a mirar a Kenneth a los ojos para defenderse. Conocía perfectamente el carácter de este hombre; era voluble,

malvado, egoísta, y terriblemente estúpido. Pero ese estúpido era el conde, al menos por ahora, y una palabra suya podía costarle la vida. Y él quería seguir vivo para cuando todo esto terminara.

—Mi lord, no soy un traidor —insistió sir Jasper, tratando de que su voz sonara firme, aunque respetuosa—. He servido a Albermale desde que era un muchacho, y nunca he dado motivos para dudar de mí. Pero debéis escuchar razones: si enviamos a nuestros hombres contra esos mercenarios sin conocerlos mejor, corremos el riesgo de perderlos a todos.

Esas palabras pretendían calmar a Kenneth, pero sólo exacerbó su ira. Como si lo hubiesen espoleado, Kenneth dio un golpe sobre la mesa ante la cual deliberaban y lanzó un gruñido.

—¡Ya veo que, después de todo, tengo razón! ¡Sois un traidor! —gritó Kenneth—. ¡Encerradlo en las mazmorras! ¡Despojadlo de sus armas y lanzadlo a la celda más oscura y podrida!

—¡Mi lord! —exclamó Armand intentando detenerlo. Sabía que detener a Kenneth solo empeoraría las cosas, pero también sabía que esta decisión precipitada podría costarles caro. Sin embargo, Kenneth sólo lo empujó.

—Sir Theobald, tomad su lugar.

—Sí, mi señor —dijo el vicecapitán, arrodillándose de inmediato ante Kenneth y jurándole lealtad. Ver su devoción lo calmó un poco, pero siguió vociferando.

—¡Cuando regrese de Londres, con mi título intacto, y la maldita alianza de esos traidores haya sido despedazada, me encargaré de cortarle la cabeza a todo aquél que osó traicionarme!

—¡Cometéis una locura! —gritó otro más, pero Kenneth gritó aún más fuerte.

—¡Decidid ya mismo de parte de quién estáis! ¡Estáis conmigo o contra mí!—su voz dejó en silencio a todos en el gran salón. Soldados y administradores se miraron unos a otros sin saber qué hacer, ni qué decir. Nada calmaría a este hombre.

Con pies pesados, los soldados se acercaron a sir Jasper y le despojaron de su espada y daga, llevándolo apresado hasta las mazmorras.

El pecho de Kenneth subía y bajaba mientras intentaba controlarse, pero la verdad, es que la ira y el odio lo consumían. Sentía cómo esas negras emociones crecían con cada palabra que salía de su boca. No era solo Jasper quien lo enfurecía; era todo: los rumores, el asedio, la traición implícita en cada mirada desconfiada de sus hombres. Se sentía como un animal enjaulado, y cuanto más lo pensaba, más difícil le resultaba contenerse.

Odiaba esta situación. Ellos deberían ser dóciles ante él. Todo era culpa de su madre y ese perro que, según, los había engendrado. Todo sería tan diferente si de verdad él fuera hijo de lord Anthony. Si siquiera hubiese tenido el cabello oscuro, si siquiera esa maldita de Charlotte no hubiese pisado este castillo.

Ah, pero lamentarse y desear cambiar el pasado no ayudaba a ninguno de sus planes, y tenía muchos.

Con sir Jasper encerrado, la moral de los soldados cayó estrepitosamente. Lucían taciturnos, inconformes, pero se cuidaban de no mostrar sus emociones delante del conde, y mientras preparaban sus caballos y sus armas, mascullaban.

—Esto no va a terminar bien —decían—. Sir Jasper era el único que realmente sabía lo que hacía. Ahora estamos completamente perdidos.

Ahora, un grupo grande estaba siendo enviado al oeste, a enfrentar a uno de los condes asediadores.

Partieron tarde, cuando la noche era más negra, y la exigua luz de las estrellas no les alcanzaba siquiera para ver su mano delante de su rostro. Marchaban con cautela, evitando hacer ruido mientras se acercaban al punto señalado en el mapa. La noche era fría, pero el sudor corría por sus frentes debido a la tensión. Sabían que cualquier error podría costarles la vida, pero confiaban en las órdenes de su señor. Al menos, eso querían creer.

Cuando llegaron al lugar indicado, todo parecía tranquilo. No había señales de actividad enemiga, solo el murmullo del viento entre los árboles y el crujido ocasional de las hojas bajo sus pies. Sir Theobald levantó una mano para detener a sus hombres y se adelantó unos pasos para inspeccionar el terreno. A primera vista, parecía despejado.

—Es aquí —susurró señalando un estrecho sendero que conducía hacia el oeste—. Si logramos abrirnos paso, el lord tendrá su salida.

Sir Lewis, que ahora era el vicecapitán, asintió, aunque algo en su instinto le decía que algo no estaba bien. Las sombras proyectadas por los árboles parecían demasiado densas, y el silencio era casi opresivo. Pero no había tiempo para dudar; lord Kenneth esperaba resultados.

—Adelante —ordenó sir Theobald con firmeza, desenvainando su espada—. Mantened las formaciones cerradas y estad atentos.

Los hombres obedecieron, avanzando lentamente por el sendero. Pero apenas habían recorrido unos metros cuando una voz resonó desde las sombras.

—¡Deteneos! ¡Arrojad vuestras armas y rendíos! ¡No queremos derramar sangre esta noche!

Los hombres de Kenneth se detuvieron abruptamente, mirando a su alrededor con nerviosismo. Desde los árboles emergieron figuras oscuras, armadas hasta los dientes. No eran simples mercenarios, como habían supuesto, sino guerreros experimentados liderados por Theodore Whitefield en persona.

Theodore dio un paso al frente, y su rostro fue iluminado brevemente por la luz de una antorcha que uno de sus hombres sostenía. Su expresión era seria, pero no cruel.

—Escuchadme bien —dijo con voz clara y autoritaria—. No estamos aquí para mataros. Vuestros amigos y familias dentro del castillo son conocidos para nosotros, y no deseamos causarles daño. Rendíos ahora, y os prometo que seréis tratados con justicia. Resistid, y no podremos garantizar vuestra seguridad.

Sir Theobald apretó la mandíbula, mirando a sus hombres. Sabía que Theodore no mentía.

Lo conocía, había ayudado a su entrenamiento estos años en Albermale, y aunque reconocía su destreza con la espada y liderando a los soldados, ahora mismo era el enemigo que osaba poner en tela de juicio la legitimidad del gobierno de su señor.

Theodore miró al grupo de hombres frente a él esperando que decidieran deponer las armas. Lo que había dicho era verdad, los conocía a todos y cada uno, y odiaría muchísimo tener que enfrentarlos y matarlos.

Estaba aquí desde la tarde, luego de que se les informara cuál había sido la decisión de Kenneth.

Por supuesto, tenían cientos de espías dentro del castillo. Desde el más humilde aldeano, hasta los soldados mismos estaban siendo vigilados por los ojos y oídos que desde antes de irse a Greenlake estaban implantados, y a Theodore le constaba que todo dentro de los muros no era más que caos.

Aunque lord De Warenne había traído hombres letales y fuertes, quería asegurarse de que esta era una lucha justa y limpia, sin demasiadas muertes innecesarias. Eran preciados solados de Albermale, después de todo.

Sabía que muchos de ellos eran hombres sensatos, que acatarían su consejo, pero dudaba de otros. Sir Theobald, por ejemplo, siempre se mostró a favor de Kenneth, y le habían informado que esa lealtad seguía inquebrantable, pero que los demás cada vez dudaban más de Kenneth y sus órdenes.

Aunque estaba oscuro, podía ver que sir Jasper no estaba aquí. Esperaba que se debiera a que se había hecho cargo de la seguridad del castillo y no a que Kenneth se hubiera deshecho de él.

Miró de uno en uno a los hombres, esperando su decisión, y ésta no se hizo esperar.

—¡Preparaos! —gritó Sir Theobald, alzando su espada—. ¡Por Albermale!

Theodore chasqueó la lengua, pero sus hombres, y los hombres de De Warenne tenían órdenes. Había que derrotarlos, no matarlos.

Eso iba a hacer esta lucha más difícil, pero estaban siguiendo las órdenes de Charlotte derramando la menor cantidad de sangre posible.

Los ataques de los soldados de Albermale estaban siendo dados sin mucha convicción, notó Theodore cuando derrotó al décimo sin demasiado esfuerzo. Sir Theobald gritaba órdenes con toda su garganta, como si los meros gritos fueran a mover la voluntad de sus hombres. Pero ésta nunca había sido suya.

Los hombres de Kenneth cargaron con desesperación, pero el combate fue breve y brutal. Los asediadores, superiores en número y organización, respondieron con precisión. Sin embargo, evitaron ataques letales siempre que fue posible, intentando incapacitar en lugar de matar.

Uno de los soldados de Kenneth cayó al suelo tras recibir un golpe en la cabeza con la empuñadura de una espada. Otro fue desarmado rápidamente y obligado a arrodillarse. Theodore observaba todo con el corazón pesado, reconociendo algunos de los rostros de aquellos con quienes había crecido dentro del castillo.

—¡Basta! —gritó Theodore, interponiéndose entre Sir Theobald y uno de sus hombres—. Sir Theobald, os lo ruego. Esto no tiene que terminar así. Rendíos, y os juro que nadie más saldrá herido.

Sir Theobald jadeaba, con su espada temblando en su mano, sin embargo, no se rindió. Apretó los dientes lanzando un grito de guerra y cargó contra Theodore. Este bloqueó el ataque con facilidad, pero pronto se dio cuenta que no era más que una finta; otro soldado lo atacó por la espalda, y tuvo que luchar contra dos al tiempo.

Fue sir Lewis quien lo libró de un ataque a traición. Otro soldado, sir Brad, intentaba atacar por la espalda, pero su espada se interpuso, salvándole la vida. Acto seguido, le abatió.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó sir Theobald, escupiendo y maldiciéndolo—. ¡Traidor! ¡Sabéis lo que les ocurre a los caballeros traidores!

—Los caballeros que atacan por la espalda son la vergüenza de un feudo —dijo sir Lewis, limpiando su espada en el cuerpo del soldado muerto—. Pero ya ha de estar enfrentando al creador.

—¡Os maldigo! —gritó sir Theobald.

Theodore miró a sir Lewis con los ojos llenos de agradecimiento, y se dirigió al grupo que todavía empuñaba sus espadas, dispuestos a seguir luchando.

—¿Aún no os rendís? —preguntó con voz cansada, como si le sorprendiera que no tomaran la decisión más lógica.

Sir Theobald lanzó un gruñido, pero miró a sus hombres con un movimiento de cabeza.

—¡Retirada! —gritó, viendo que la batalla estaba perdida. Los pocos leales a Kenneth que aún quedaban con vida huyeron hacia el castillo, zigzagueando entre los árboles para evitar ser alcanzados.

Theodore dejó salir el aire, guardando su espada, y extendiéndole la mano a sir Lewis, ayudándole a ponerse en pie.

—Os debo la vida—. Sir Lewis sonrió cansado.

—No, mi lord. Yo os la debo a vos.

—No soy lord.

—Oh, pero lo seréis —dijo sir Lewis haciendo una inclinación—. Y desde ya os juro que os serviré con toda mi lealtad. Os agradezco por habernos liberado del yugo de ese impostor.

—También yo —dijo otro caballero arrodillándose.

De uno en uno, todos lo imitaron, jurando lealtad allí mismo. Theodore sonrió. Puso ambas manos en su cintura y los miró dejando salir el aire.

—Siempre habéis sido libre de servir al señor que queráis —dijo, recordándoles una de las leyes inamovibles de Albermale—. Haced lo que queráis hoy también.

Los caballeros sonrieron y se pusieron en pie. Theodore llamó a sir Jack.

—Llevadlos al campamento y aseguraos de que sean tratados con respeto —ordenó—. Ninguno de ellos merece morir por las ambiciones de Kenneth.

Luego, miró hacia el castillo, donde las luces aún brillaban en las torres. Sabía que este triunfo no significaba el fin del asedio, pero era un paso importante. Habían disminuido de una manera importante a los soldados al interior de Albermale, y se habían cobrado la vida de varios de los leales a Kenneth. Ahora, el verdadero desafío sería romper las defensas de Kenneth sin perder completamente el alma de Albermale.

Cuando los supervivientes llegaron al castillo, heridos y exhaustos, Kenneth estaba en el gran salón bebiendo una copa de vino y frutas. Habría preferido irse a dormir, y recibir al día siguiente la noticia de su victoria, pero seguía inquieto, y el sueño le era esquivo.

Levantó la vista al escuchar el estruendo de las puertas principales al abrirse, y su rostro se tensó al ver el estado de los hombres.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz cortante, aunque en el fondo temía la respuesta.

Sir Theobald con el rostro cubierto de sangre y tierra, se adelantó tambaleándose. Se arrodilló frente a Kenneth, incapaz de sostenerle la mirada.

—Mi lord… —balbuceó, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Nos tendieron una emboscada. Eran muchos más de los que esperábamos… y estaban preparados. Liderados por sir Theodore. Nos superaron en número y organización.

Kenneth sintió cómo el piso se movía bajo sus pies. El peso de la noticia lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¿Sólo… sobrevivisteis vosotros? —Sir Theobald tragó saliva. Se mordió los labios y meneó la cabeza lentamente, negando.

—No, mi lord. La gran mayoría… nos traicionó.

—¿Qué? —preguntó Kenneth con voz sibilante, dando un paso atrás por el impacto de esas simples palabras—. ¿Cómo pudo pasar esto? —rugió, y su voz resonó en el gran salón—. ¡Traidores en Albermale! ¡Mis propios hombres!

El soldado bajó aún más la cabeza, temblando.

—Mi señor, yo…

—¡Qué desgracia! —gritó Kenneth nuevamente, dando vueltas por el salón, haciendo que su bata de seda ondeara—. ¿Por qué permitisteis esto? Los hombres bajo vuestro mando… ¿no les teníais bien sujetos?

—Mi lord, hicimos todo lo que pudimos. Pero ellos… Sir Theodore nos ofreció rendirnos antes de atacar. Dijeron que no querían derramar sangre innecesariamente. Solo los leales a vos resistieron hasta el final, pero éramos pocos, muy pocos.

—¡Callaos! —gritó Kenneth a garganta viva—. ¡Callaos! ¿Cómo que pocos? ¡Soy el maldito conde de Albermale! ¡Soy el hijo de Anthony Montfort! Los bardos y trovadores cantan las alabanzas de mis antepasados. ¿Por qué mis propios hombres me han hecho esta jugarreta tan rastrera? ¿Por qué no les he matado aún?

Sir Theobald tenía la cabeza gacha. Al oír esto, apretó los dientes.

—Perdonad que os diga esto, mi señor… —dijo. Su voz era suave, pero se escuchó clara en medio del salón. Kenneth se giró a mirarlo, dispuesto a matarlo si acaso se atrevía a decir alguna estupidez—. Pero me temo que muchos soldados no os son leales del todo—. El semblante de Kenneth se oscureció al escuchar aquello—. Es muy posible… —siguió Theobald— que hayan muchos más traidores dentro de estos muros, pasando información al enemigo, lo que ha conseguido que siempre estén un paso adelante.

Kenneth se quedó inmóvil, sintiendo que la sangre se drenaba de su rostro, yendo a un lugar muy lejano, como los pies. ¿Traidores dentro del castillo? La idea lo paralizó por un momento, impidiéndole hablar, hasta pensar.

Eso tenía sentido. Tenía mucho sentido.

La bastarda había estado ocupada haciendo amigos desde que llegó aquí, sir Theodore había hecho amigos entre los soldados. Todos, sirvientes, aldeanos, vasallos, todo estaba contaminado.

Apretó los dientes mirando hacia las sombras en las esquinas del salón, como si esperara ver espías ocultos observándolo. Su mano temblaba mientras sostenía la copa de vino, y sus ojos parecían buscar algo que nadie más podía ver.

Ellos estaban de parte de la bastarda, pensó. Preferían a Charlotte como condesa. Lo repudiaban a él por lo que había hecho su madre, como si él tuviera la culpa.

¿Qué debía hacer?, se preguntó. ¿Matarlos a todos?

¿Ir reclamando de una en una sus cabezas y hacerles jurar lealtad a los sobrevivientes?

Se echó a reír. Primero, fue una risa insegura, interrumpida; luego, fue fuerte, haciéndole parecer enloquecido.

Si no le iban a jurar lealtad a las buenas, sería a las malas, pensó, regodeándose en la idea de eliminar a toda esa basura que prefería a la bastarda. Ella les tenía aprecio, y ahora quería ver su cara cuando se enterara que serle leal les había costado la vida. Golpe bajo para la querida hija de lord Anthony.

—Habrá que matarlos a todos —dijo, abriendo grandes sus ojos, enseñando sus dientes en una sonrisa amplia y grotesca—. Prended fuego a la aldea, veréis cómo las ratas empiezan a abandonar.

—¿Mi… lord? —preguntó sir Theobald, sintiendo su estómago encogerse. Sabía que obedecer significaría cruzar una línea que nunca debía traspasar, pero desobedecer sería equivalente a firmar su propia sentencia de muerte.

—¡Matadlos a todos! —gritó Kenneth—. Quiero que esa bastarda vea lo que significa traicionar a un Montfort —murmuró ahora con ojos brillantes de furiosa satisfacción—. Cuando se entere de lo que he hecho, sabrá que no puede ganar.

—Mi señor… si los matamos… ¿sobre quién gobernaréis?

—De las piedras brotarán nuevos súbditos —contestó Kenneth con desprecio—. Si tengo que gobernar sobre ruinas, lo haré. Nadie me quitará lo que es mío.

—Sí, mi señor.

—Oh, mejor, esperad… —dijo, elevando la mano. Sir Theobald, que ya se ponía en pie para obedecer la orden, se detuvo sintiendo un rayo de esperanza. La verdad era que no quería matar aldeanos —. Matad sólo una parte —dijo Kenneth, todavía con esa mirada perturbada—. Los demás… serán mis rehenes. Todo Albermale es mi rehén ahora.

Y luego, pensó, iría contra los Wychwood, a derribarlos hasta los cimientos por la afrenta contra su casa.

Al imaginarlo, volvió a reír a carcajadas.

Desde una esquina alejada, Armand y Elaine observaban la escena. Elaine estaba horrorizada por las órdenes de Kenneth, y Armand se daba un golpe en la frente al escuchar tal estúpida crueldad.

—Tendréis que escapar —le dijo Armand a Elaine con voz suave, tomando sus manos. Elaine lo miró fijamente, negando—. Sí, tenéis que huir —insistió él—. Tomad a Ivette e iros con vuestra familia.

—Pero… no quiero dejaros.

—Elaine, amor mío… Vuestro hijo ha enloquecido. Va a matar gente inocente, y ten por seguro que ni lady Charlotte, ni sir Theodore permitirán tal locura, así que arremeterán con todo el ejército que han reunido para detenerlo.

—¡No me harán nada! ¡Soy una dama!

—¿Estáis seguro de que lady Charlotte no os hará nada? —preguntó Armand mirándola fijamente a los ojos—. ¿Estáis totalmente segura de que tendrá misericordia y os perdonará la vida? —Elaine apretó sus labios. No, no podía asegurar tal cosa, y cerró los ojos bajando la cabeza.

Armand le tomó el rostro y le besó la mejilla, acercándola más de lo que era prudente. Pero ya no importaban las formas, ni las apariencias. Albermale estaba en guerra, una guerra que nunca debió iniciar.

—No quiero dejaros —sollozó Elaine.

—Ni yo a vos.

—Os amo, Armand.

—Yo también os amo.

—Quiero que sepáis… que no me arrepiento de nada —dijo ella secando sus lágrimas—. No cambiaría nada de lo que hicimos. Una y otra vez… lo volvería a hacer—. Él sonrió.

—Yo tampoco me arrepiento. Fui feliz con vos, a pesar de todo.

Se dieron un beso, uno que tenía sabor a ser el último, al menos, en mucho tiempo.

Antes de separarse, Armand tomó un anillo de su dedo y lo puso en la mano de Elaine.

—Guardad esto —dijo con voz ronca—. Cuando podáis regresar, devolvédmelo.

Elaine asintió, incapaz de hablar debido al nudo en su garganta, y, finalmente, soltó sus manos y se dirigió a la habitación de Ivette para despertarla.

Tomarían el pasadizo secreto y huirían al bosque. Armand se encargaría de preparar caballos y guardias para ellas en medio del caos. Cuando estallara la guerra a las puertas de Albermale, ellas dos estarían lejos.

Armand respiró hondo mirando a Kenneth. Ya que su tonto hijo se había vuelto loco buscándose una muerte segura, había que

asegurar a Ivette. Ella, en el futuro, podría volver triunfante para recuperar Albermale.

28

Luego del fallido intento de Kenneth de tomar uno de las salidas del territorio de Albermale, la Alianza de los siete, que rodeaba el castillo desde una distancia de poco más de medio día de viaje, empezaron a cerrar el cerco.

Charlotte, vestida con una armadura de la cintura para arriba, y montada en su caballo Scooper, avanzó con un grupo de hombres a Candelburg, pero no tomó el camino principal, sino que se desvió un poco hacia un sitio específico.

Había hablado de esto con Theodore. Ella iba a ser parte, de un modo u otro, de la toma del castillo. Tenía el conocimiento de armas y de lucha para no salir lastimada, para poder hacer un aporte importante.

—Cuando dijisteis que lucharíais —dijo Theodore cuando ella confirmó su intención de participar en la batalla, de pie ante ella, con el corazón retumbando en su pecho, lleno de preocupación—, pensé que lo decíais sólo de manera metafórica. No que pensabais ir con una espada en la mano.

Charlotte sonrió al escucharlo. Estaban en el despacho privado del castillo de Greenlake, a solas.

—¿Qué os preocupa?

—Oh, muchas cosas me preocupan —dijo Theodore un poco ceñudo—. Primero, nunca habéis estado en una batalla real. Las cosas que allí se ven podrían lastimar vuestra sensibilidad. También, aunque sé que sois hábil cabalgando, con la daga y con el arco, no sois una guerrera.

Ella inspiró hondamente poniéndose en pie. Caminó hasta Theodore, y de un solo movimiento, le sacó la espada corta que llevaba del cinto, desenvainándola con una precisión que dejó a Theodore paralizado por un instante.

Con la espada en alto, realizó una serie de movimientos rápidos y controlados: primero, un molinete perfecto sobre su cabeza, seguido

de un giro rápido que hizo que la hoja cortara el aire con un silbido agudo. Luego, ejecutó una estocada precisa hacia adelante, deteniéndose apenas un par de centímetros antes del pecho de Theodore, quien dio dos pasos atrás, abriendo grandes los ojos.

—No soy una guerrera, decís —dijo Charlotte, bajando lentamente la espada, pues sus brazos ya acusaban el peso, mientras mantenía una expresión calmada pero resuelta—. Quizás no he estado en una batalla real, pero mi padre me enseñó todo lo que sé. ¿Creéis que permitiría que una de sus hijas creciera indefensa?

Aquello no era del todo cierto. Si bien le había pedido a Anthony que la entrenara en la espada, él le había enseñado sólo lo básico, prefiriendo guiarla mejor en el conocimiento del arco y la daga.

Toda la habilidad que ahora ostentaba, la había obtenido antes, cuando fue la condesa tirana. Había recibido un duro entrenamiento de sir Tyler, y los otros soldados. Siempre a escondidas, pero disciplinados y exigentes. Nunca había olvidado lo aprendido, a pesar de que las veces que pudo tener una espada en la mano, así fuera de entrenamiento, fueron escasas.

Al verla, Theodore tragó saliva, mirando alternativamente a Charlotte y a la espada que aún sostenía en su mano.

—Vuestra técnica es… impresionante —murmuró, todavía sorprendido—. Pero eso no significa que debáis entrar en combate.

—Theodore…

—La habilidad y la técnica no lo son todo. Los hombres somos mucho más fuertes que las mujeres.

—Eso lo sé.

—Y si os herís… y si algo os pasa, Charlotte, toda nuestra lucha habrá sido en vano. Sois nuestro estandarte, nada os puede pasar—. Charlotte lo miró fijamente en silencio. Theodore se acercó a ella y tomó la espada de sus manos—. Y si algo os lastimara… yo simplemente enloquecería —dijo con voz más suave y preocupada. Ella apoyó las manos en su rostro, sonriendo.

—Nada me pasará—. Él hizo un quejido. Llevaba poco tiempo casado con ella, pero ya estaba reconociendo su testarudez—. Es algo que necesito hacer, Theodore —siguió ella—. Iré con los mejores hombres, y no me meteré en una lucha que no pueda ganar, pero esto tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es mi causa —respondió ella de inmediato—. Porque es mi vida entera la que está en juego. Nada de lo que digáis podrá convencerme de no ir —añadió ella cuando él abría la boca para volver a rebatir sus palabras.

Theodore quedó en silencio. Sabía muy bien que sus palabras era veraces, y un destello desafiante le iluminó por un momento los ojos, tentado a hacer valer su dominio sobre ella.

Pero era esto precisamente lo que más amaba de su esposa, su fortaleza, su carácter, así que ese pensamiento se fue tan pronto como vino.

—Tened en cuenta una cosa —dijo él con voz un poco dura—. Vuestra vida, vuestra salud… es demasiado importante para mí. Por favor, cuidad de vos misma—. Los ojos de Charlotte brillaron reconociendo esas palabras. Ella se las había dedicado a él antes.

Asintió casi reverente, con sus ojos aún sonrientes. Y se echó a sus brazos besándolo, amándolo más que nunca.

Le pidió al herrero una armadura especial para ella, y el hombre, sorprendido al principio, la escuchó con atención, tratando de comprender qué exactamente quería su señora. Ella sabía de armaduras también, comprendió Theodore, que la acompañó varias veces a revisar el progreso del herrero, pues sus indicaciones eran bastante precisas.

Habían combinado el escaso acero del que disponían, obtenido de armaduras viejas, con hierro fundido y cuero endurecido. Al final, habían conseguido una bella pieza, con detalles en forma de hojas de laurel en las hombreras, y los bordes de las placas estaban decorados con líneas doradas que brillaban bajo la luz del sol.

También había practicado a llevarla y manejar una espada especialmente forjada para ella subida sobre su caballo. Los soldados habían estado impresionados al ver que su señora se alistaba para la guerra igual que ellos, pero no se atrevieron a comentar lo inapropiado que era que una dama los acompañara.

Charlotte estaba satisfecha. Llevaba puesta sólo la parte superior, que le cubría la cabeza, el torso y los brazos. Era bastante liviana, pues algunas partes estaban hechas de cuero, y sobre su falda había accesorios que simulaban unas perneras. Todavía era vulnerable en varios sitios; sus piernas y cuello seguían expuestos, lo que la hacía vulnerable a ataques rápidos o sorpresivos.

Pero no era su plan meterse en lo más peligroso de la refriega. Le había jurado a Theodore ser cuidadosa y sensata, y ahora la acompañaban Jack y Stan, los mejores hombres de Greenlake. No pensaba ser una carga para ellos, todo lo contrario.

Llegó a la cabaña de los médicos a caballo, en silencio. Guio a los hombres a través de los árboles y el arroyo hasta llegar a un sitio que ella conocía bien, la salida del pasillo secreto.

Ninguno de los hombres preguntó qué hacían allí, qué esperaban. Confiaron en ella y guardaron silencio.

Entonces, un resplandor iluminó la noche. De la aldea subía humo y fuego. Charlotte miró en su dirección con la amarillenta luz brillando en sus ojos.

—¡Han incendiado la aldea! —susurró uno de los hombres—. ¡Mi lady, debemos acudir! ¡Somos los más cercanos!

Un pinchazo atravesó el alma de Charlotte. Esto era obra de Kenneth, sin duda. La Alianza de los siete le había prometido que no atacarían a la población bajo ninguna circunstancia, que siempre les darían, incluso a los soldados más leales a Kenneth, la opción de rendirse.

Kenneth estaba matando a los aldeanos para castigarla, tal vez; para hacerla desistir.

Cerró los ojos pensando en las mujeres, ancianos y niños que seguramente estaban muriendo ahora mismo. Gente que ella

conocía y apreciaba, a los que había enseñado a leer, había cuidado, y se habían puesto desde siempre de su lado. Cada chispa que ascendía hacia el cielo era una vida arrancada demasiado pronto. Gritos imaginarios resonaban en su mente, voces de mujeres y niños que alguna vez habían confiado en ella. Pero si se movía ahora, traicionaría a quienes más dependían de su protección.

—Maldito ser despreciable —masculló Charlotte, pero no dio la orden de acudir. Los soldados la miraron esperando, tal vez ella sólo estaba impactada por el acto cruel de Kenneth—. Este es nuestro lugar de guardia —dijo Charlotte, respirando hondo, con los ojos llenos de lágrimas, pero con voz resuelta—. Si nos movemos ahora, perderemos nuestra oportunidad de asegurar la salida de Ivette y Elaine. No podemos permitirnos ese error.

Jack y Stan se miraron en silencio, pero no se atrevieron a refutar su plan. Siguieron mirando hacia la luz y el humo en el cielo, atentos a los ruidos del bosque a esa hora de la noche.

Los soldados llegaron a la aldea en cuestión de minutos. Los más cercanos eran los de Argyll y Portland, por lo que, a la primera señal de fuego, acudieron sin dudar.

Encontraron una cadena de hombres y mujeres bien articulada extrayendo agua del pozo y desplazándola en cubos a las casas que ardían con una llama infernal; el crepitar del fuego llenaba el aire, mezclado con gritos de pánico y el crujido de las vigas de madera al colapsar. El humo negro ascendía hacia el cielo, oscureciendo las estrellas, mientras el calor abrasador hacía que incluso los soldados más curtidos sudaran profusamente.

Habían tomado la pequeña plaza alrededor del pozo como un refugio. En una parte ponían a los sobrevivientes, en otro a los heridos con quemaduras, y en otro más, a los fallecidos.

La ayuda de los soldados fue recibida con lágrimas de alivio. Las mujeres, que se mostraron fuertes y rabiosas hasta entonces, se permitieron un poco de vulnerabilidad llorando, consolándose unas a

otras, y casi inmediatamente, se pusieron de acuerdo para preparar alimentos para los que estaban ayudando.

La aldea entera era un hervidero de actividad, cada habitante estaba despierto y ayudaba de un modo u otro a apagar el fuego y salvar todas las vidas posibles.

—¡Sir Theodore! —exclamó una de las aldeanas viendo a Theodore llegar en su caballo, acompañado de un grupo de hombres.

Éste la saludó con una cabezada, deteniendo su mirada en su cara y ropa sucia de hollín.

Theodore miró alrededor, encontrando que todos estaban en la misma condición. En un lado, Ciryl y sus ayudantes prestaban ayuda médica a todos los heridos. Había niños, adultos, muchachos con quemaduras en diferentes partes de su cuerpo. Al ver a una mujer llorar sobre el cuerpo de una joven sin vida en el suelo, Theodore empuñó las manos. Sintió cómo cada grito de dolor y cada lágrima derramada se clavaba en su pecho como una daga. Había visto muchas batallas, pero esto era diferente. Esto no era un enfrentamiento entre ejércitos; esto era un ataque cobarde contra inocentes. Kenneth había cruzado una línea que no podía ser perdonada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con voz agitada acercándose a los condes de Argyll y Portland, que también ayudaban en lo que podían a sofocar el fuego. Al escuchar su pregunta, Lord Portland escupió.

—Según el testimonio de un centinela —dijo—, un soldado de Kenneth inició el fuego en un pajar. Éste se extendió rápidamente por los tejados, y aquí tienes el resultado.

—Kenneth —farfulló Theodore—. Me lo imaginé.

—Ese maldito perro no tiene alma —dijo lord Argyll con voz sibilante de ira—. Está matando a su propia gente—. Los ojos de Theodore brillaron llenos de indignación. Dirigió la mirada al castillo, que se alzaba inexpugnable ante sus ojos.

—Entonces —dijo con voz resuelta y clara—, ya no podemos seguir esperando. Alguien que es capaz de matar a su propia gente… jamás lo perdonaré.

Argyll y Portland asintieron ante sus palabras.

Y ante una orden, las bengalas fueron lanzadas al cielo.

Todos los puestos de avanzada del territorio de Albermale vieron la brillante señal en el cielo, y conociendo perfectamente su significado, lanzaron su propia respuesta.

Albermale estaba en guerra.

Ivette seguía aturdida.

Elaine había entrado a su recámara, despertándola bruscamente, e instándola a vestirse y armar un alijo de ropa para huir del castillo.

—¿Huir? —preguntó.

Esa era su primera palabra pronunciada luego de lo que le sucediera en el camino con los Wychwood. Había estado entre perdida, furiosa y desconcertada desde entonces, sin hablar con nadie. Al ver a su madre agitada, asustada, frunció el ceño.

—¿Qué pasa, madre?

—Tenemos que huir de aquí —repitió Elaine elevando la voz—. Vestíos lo más pronto posible.

—Pero… ¿A dónde? ¿Por qué?

—¡No tengo tiempo para explicaros! —gritó ahora Elaine, y sin añadir nada más, salió de la recámara para prepararse ella misma.

Un poco desorientada, y tomando la vela que siempre estaba encendida en su habitación, Ivette buscó a su doncella. Ésta despertó, y empezó a vestirla.

—Le acompañaremos, ¿verdad, mi lady? —preguntó la joven con voz trémula. Ivette la miró de reojo. Elaine no le había dicho si podía llevar a sus doncellas, pero no quería escuchar lágrimas ahora.

—Sí, seguro.

—¡Oh, gracias! Dadme sólo un minuto, mi lady, y os acompañaré. Me necesitáis. No podéis volver a dejarme—. Ivette asintió sin expresión alguna en su rostro.

Tomó el alijo de ropa que la doncella había preparado para ella y esperó. Segundos después, Elaine entró de nuevo con una vela y un bulto en sus manos, satisfecha de verla lista, y, tomándole la mano, salieron al pasillo.

—¿Iremos solas? —preguntó Ivette con voz plana. Elaine, agitada, le contestó.

—Claro que no. Fuera del castillo esperaremos a unos soldados. Iremos a casa de mis padres por un tiempo.

Aquella información a Ivette le fue indiferente. No le dedicó ni un solo pensamiento a la doncella que, con ojos llenos de incertidumbre, le había pedido ir con ella.

Llegaron al cuarto de los niños, y una vez allí, Elaine removió una pared, tras la cual apareció un oscuro pasillo.

Anduvieron por lo que pareció ser una eternidad por ese estrecho agujero. En un momento, Elaine tropezó y perdió pie, cayendo de bruces por culpa de un escalón que salió de la nada, y la vela se apagó.

—Está oscuro —susurró Ivette, mostrando emoción por primera vez. Desde que pasara horas en el bosque, de noche, le tenía miedo a la oscuridad—. ¡Está oscuro! ¡Vamos a morir!

—¡Callaos! —gritó Elaine tomando fuertemente su brazo y sacudiéndola—. No vamos a morir. Este pasadizo sólo tiene un camino, no nos vamos a perder.

—¿Estáis segura?

—Claro que sí. Lo he explorado antes, así que sé que no nos perderemos.

Y era verdad. El pasadizo era único, no había más camino que tomar, ni manera de perderse. Sin embargo, Elaine lo estaba sintiendo más estrecho, sinuoso y oscuro de lo que recordaba. El aire dentro era denso y húmedo, impregnado de un olor a tierra

mojada y piedra vieja. Gotas de agua caían de alguna parte, resonando en el silencio de manera tenebrosa. Cada paso que daban hacía eco, multiplicando el sonido hasta que parecía que alguien las seguía.

Tomadas de las manos, Elaine e Ivette avanzaron, tanteando las paredes, gritando cuando sentían telaraña entre sus dedos, o un escalón volvía a aparecer haciéndolas tropezar. Los pies empezaron a dolerles, y Elaine empezó a sentir dudas. ¿Cuánto tiempo llevaban andando? ¿Era tan largo el pasillo? ¿O era sólo su desesperación lo que le hacía sentir que el tiempo se alargaba y ellas nada que llegaban a la salida?

—Por una vez, podríais colaborar, ¡maldito montón de piedras! —gruñó Elaine, dando un golpe a la pared.

El castillo parecía estar en su contra, pero el pensamiento era tan absurdo que sacudió su cabeza, y, determinada, siguió adelante. Atrás, sólo les esperaba la muerte.

Charlotte las vio salir, tal como había imaginado que harían, y una sonrisa se dibujó en su rostro. Las siluetas del par de mujeres apenas si se distinguía en la oscuridad, pero sus voces sonaban claras y audibles para todos, que contuvieron la respiración.

—¿Dónde están los soldados? —preguntó Ivette saliendo de la cueva. Todo estaba totalmente oscuro, la luz de las estrellas no lograba traspasar las copas de los árboles. Ni siquiera sabía dónde estaba pisando.

—No deben tardar —fue la voz de Elaine, que se asomó fuera de la cueva. Permaneced dentro —le ordenó a Ivette—. No podemos andar por ahí solas.

—¿Qué teméis? —preguntó Ivette.

—¿No os habéis dado cuenta de que vuestro hermano ha enloquecido? Tiene todo un ejército afuera, y él… sólo piensa estupideces. No podemos caer junto a él. Tenemos que sobrevivir.

—Es una lástima —dijo Charlotte con voz resonante en medio del bosque—. No saldréis de aquí.

—¿Qué? —preguntó Elaine abriendo mucho los ojos, buscando el origen de esa voz—. ¡La bastarda! —exclamó entre dientes al reconocerla. Luego se echó a reír, creyendo, equivocadamente, que estaba allí sola—. ¿Dónde estáis? ¡Venid ante mí! Si os arrodilláis y pedís perdón, haré que sólo os violen cuatro hombres, y no diez como os merecéis.

Aquellas palabras hicieron que Charlotte se estremeciera. No eran amenazas vacías; ellas, lo sabía, eran muy capaces de hacerle algo así de atroz.

Pero por más crueles que fueran sus amenazas, Charlotte conservó la calma. Ellas ya no tenían tal poder, se repitió. Y ella no iba a entrar en su juego.

—Están solas, mi lady —informó Jack a su lado—. Tal parece que sus guardianes las han abandonado.

—¿Quién está ahí? —preguntó Elaine con voz autoritaria, aunque, muy en el fondo, se dejó ver un atisbo de vacilación—. ¿Con quién estáis sola en el bosque a estas horas de la noche cual fulana? —preguntó luego con voz altanera—. Oh, no habéis podido evitar repetir el comportamiento casquivano de vuestra madre. Una zorra sólo puede parir a otra zorra.

—Estoy de acuerdo con vos en eso —dijo Charlotte apeándose del caballo y avanzando hacia Elaine a la vez que desenfundaba su espada—. Y ante mí tengo un par de zorras, madre e hija, asesinas y malvadas.

Estaba oscuro, pero Elaine fue perfectamente capaz de ver el brillo de la espada. Abrió la boca para decir algo, pero Ivette se adelantó.

—¡Vos, perra! ¡Sois la culpable de todo esto! —gritó—. ¡Sois vos! ¡Vos arruinasteis mi vida!

—¡No! —gritó Elaine cuando Ivette cargó contra Charlotte. Su hija no había visto el arma, y creyó que esta sólo sería una pelea que involucraría uñas y dientes. Pero estaba muy equivocada.

Ivette cayó contra el suelo con un quejido. Charlotte la había golpeado con el mango de su espada. Pudo haberla atravesado limpiamente y acabar con su vida allí mismo, pero al recordar a su padre agonizando por aquella daga envenenada, su propósito de castigarlas como se merecían hacía que su ira se templara. Las haría sufrir primero. No se merecían una muerte rápida.

Más de mil soldados rodearon el castillo de Albermale a esa hora de la noche. Subieron como hormigas desde todos lados, y se congregaron a una distancia donde las catapultas del interior no los alcanzarían. No tenían torres de asedio, ni escaleras, ni arietes, pero estaban confiados.

Al menos, con este cerco, nadie del castillo podría volver a salir para lastimar a los aldeanos.

Al interior del castillo, en la torre más alta, Kenneth veía con ojos llenos de entusiasmo el fuego en la aldea. Desde aquí, el brillo amarillento y las nubes de humo pasaron de ser una pequeña mancha a un gran lago infernal.

—Con esto estaréis contenta, bastarda —sonrió, enseñando los dientes—. Bueno, yo sí lo estoy. Me encanta ser el lord. ¡Sir Theobald! —gritó, llamando a su capitán de la guardia.

—Sir Theobald está ocupado revisando la defensa de las murallas, mi lord —dijo un soldado tras él—. Prevé que el asedio se intensifique… luego de lo de esta noche.

—Las murallas están muy bien —dijo Kenneth sacudiendo la mano—. Decidle que venga, tengo órdenes que darle.

—Sí… señor —contestó el soldado con tono vacilante.

Kenneth lo notó, y se quedó mirando su espalda con ojos entrecerrados. Luego preguntaría su nombre para matarlo, no le gustaba que los soldados pusieran en entredicho la nobleza de sus palabras.

Sir Theobald apareció ante él minutos después, sudoroso y agitado.

—Mi señor —saludó como siempre, poniendo una rodilla en tierra.

—Quiero a Theodore Whitefield vivo —dijo con una media sonrisa —. Cuando lo enfrentéis, dejadlo vivir para mí. Yo lo mataré personalmente.

—Así haremos, mi señor.

—Y cuando lleguemos a Greenlake… aseguraos de que nadie toque a la bastarda. Ella también es mía—. Los ojos de Kenneth brillaban con un destello malicioso que Theobald reconoció al instante. Sintió que las manos se le enfriaban ante la insinuación, pero ya estaba metido en esto, había desperdiciado la oportunidad de tomar un camino más digno.

—Sí, mi señor —contestó, intentando que su voz no delatara su vacilación.

—Iros, tenéis mucho que hacer.

Y en el momento, estallaron las bengalas en el cielo.

Los ojos de Kenneth se abrieron muy grandes al ver las luces caer en forma de lluvia.

—¡Cómo os atrevéis! —rugió. Aquella era una táctica propia de Albermale, usada para defender el castillo, no para atacarlo desde afuera—. ¿Qué pretenden esos perros sucios y desleales?

—Me temo que… atacarnos, señor.

—Eso ya lo sé, imbécil. Pero según los informes, hasta ahora no han construido torres de asedios ni arietes, ni nada. ¿Qué pretenden? ¿Por qué han lanzado esa señal?

El rostro de sir Theobald palideció, toda su sangre fue drenada de su rostro hacia sus pies.

Había muchas maneras de tomar un castillo sin armas de asedio. No sería fácil, pero tampoco imposible, y sir Theodore, que lideraba esta lucha, tenía aliados no sólo fuera, sino dentro del castillo.

—Mi señor… ¿conoce los pasadizos secretos del castillo? —preguntó—. Ahora mismo, ellos podrían estar entrando—. Kenneth hizo una mueca de ira. Tal secreto nunca debía ser revelado a

cualquiera, así que dudó. Sí, él conocía los pasadizos. Había tres entradas, y podían aparecer en cualquiera.

—Vigilad la cocina, el cuarto de los niños… y la recámara de mi madre.

—¡Sí, señor! —exclamó sir Theobald poniéndose en movimiento.

Pero entonces, sus pies quedaron pegados al suelo reconociendo un ruido muy característico. Era el ruido del rastrillo al ser levantado. Alguien, desde adentro, había facilitado la entrada a los enemigos.

Kenneth gritó maldiciendo, vociferaba toda clase de muertes crueles para aquel que se había atrevido a traicionarlo, y con las manos apoyadas en la balaustrada de mármol del balcón de la torre más alta, vio cómo un río de gente entraba al patio de armas con un clamor de guerra que ensordeció sus sentidos.

El patio de armas fue inundado de figuras oscuras moviéndose como una marea implacable. Los gritos de guerra resonaban en el aire, mezclados con el sonido metálico de las espadas chocando y el crujido de las puertas siendo forzadas. Kenneth podía sentir el temblor del suelo bajo sus pies mientras cientos de hombres corrían hacia el castillo.

—¡No! —gritó empuñando las manos—. ¡No, no! ¡Malditos seáis! ¡Este es mi dominio, mi casa! ¡No os atreváis! —Miró hacia atrás para gritarle una orden a sir Theobald, pero no lo encontró.

Un miedo le subió por las piernas, alojándose en sus entrañas, revolviéndole las tripas.

¿También lo había abandonado su caballero más leal?

Volvió a mirar abajo y pudo notar que aquello no era una lucha en absoluto. Los asediadores estaban venciendo a los soldados de Albermale casi sin esfuerzo. La diferencia numérica era absurda, tal vez de veinte a uno.

Siempre se decía que un soldado de Albermale valía por diez, pero ahora esa pretensión no servía de mucho. Estaban perdiendo.

¿Qué iba a hacer?, se preguntó Kenneth dando un paso atrás. Todo su poderío, su dominio, se estaba desplomando ante sus ojos.

¿Qué iba a hacer?

—¿Qué significa esto? —preguntó Elaine casi sin aliento cuando vio las bengalas de guerra iluminar el cielo. Charlotte, frente a ella sosteniendo una espada, no se movió ni un ápice, ni quitó sus ojos de ella o Ivette.

—¿Qué creéis que significa? —contestó Charlotte con tono burlón —. Vuestro bastardo caerá esta noche. Morirá.

—¡No! —gritó Elaine dando el paso atrás. Aunque con Armand ya había llegado a esa conclusión, oírlo decir de su enemigo era estremecedor—. No es un bastardo. Es el legítimo hijo de… —Elaine lanzó un chillido cuando el filo de la espada le atravesó el rostro. Por un momento, el terror de lo que acababa de suceder la dejó paralizada, sentir el metal incluso en sus dientes fue como si la hubiesen atado por un instante; pero en cuanto la sangre, espesa y caliente, se sintió no sólo fuera de su rostro, sino también al interior de su boca, empezó a gritar. El dolor era insoportable, así que se llevó ambas manos a la mejilla que esa bastarda acababa de cortar.

Abrir la boca hacía que le doliera más, así que su grito se escuchaba más como un jadeo.

—¡Perra bastarda! —dijo, aunque no se le entendió mucho, pues su boca se llenaba de sangre una y otra vez—. ¡Maldita! —volvió a decir, sintiéndose sin aire, cubriéndose la mejilla, intentando mantener unidas las piezas que la espada había dividido en dos. Pero entonces Charlotte le dio un golpe con el mango de la espada en el vientre, dejándola sin aire, ni fuerzas para seguir sosteniendo su herida.

Elaine cayó al suelo sin fuerzas, pero no hubo tregua; casi inmediatamente después, la espada le atravesó el hombro.

—¡Qué le hacéis a mi madre! —gritó Ivette casi sin aliento—. ¡Cómo os atrevéis! —casi no pudo terminar de hablar, pues fue su turno de recibir el filo de la espada de Charlotte, que en ningún momento le había dado la espalda ni perdido de vista.

—¡Ayuda! —jadeó Elaine, pero su voz sonó más bien ahogada.

Ivette, desde el suelo, decidió luchar. Agarró tierra y la lanzó hacia Charlotte, pero esta logró esquivarla y volvió a atacar con el plano de su espada, pegándole a Ivette en la coronilla de la cabeza, dejándola aturdida otra vez.

Los dos hombres, Jack y Stan, estaban allí sólo para evitar que las dos mujeres intentaran huir, y miraban sorprendidos el encono con que Charlotte las trataba.

—¡Ayuda! —volvió a decir Elaine—. Por piedad…

—Suplicáis clemencia —escupió Charlotte, cuando sois perfectamente capaz de planear fríamente la muerte de vuestro propio esposo.

—No… —susurró, arrastrándose penosamente en la tierra. La sangre brotaba a borbotones de su cara y de su hombro. Cada vez más, iba sintiéndose sin fuerzas.

—Desde antes de casaros con él, planeasteis su caída, metiendo a vuestro amante en nuestra casa, procreando vástagos que no son de la estirpe de Albermale, planeando para vos tomar el poder, y darle a ese bastardo un título inmerecido.

—No es así… —volvió a jadear Elaine, con sus ojos muy abiertos —. Kenneth es…

—Un bastardo engendrado en el más terrible pecado de la traición. Vos, despreciable ramera, merecéis morir. Engañasteis durante una vida entera a una persona tan buena, y no conforme con eso, conspirasteis para matarlo.

—¡Perra! —volvió a gritar Ivette, pero Charlotte la silenció fácilmente otra vez, esta vez, golpeándola en la frente con el mango de la espada.

—¡Basta! —rogó Elaine—. Matadnos… ya.

—No. Quiero jugar un poco con vosotras —dijo Charlotte con voz fría y cortante. Abrió un poco los ojos, deleitándose en el sufrimiento de este par de víboras—. Intentasteis matar también a mi abuela, envenenándola. Sois tan perversas, que una muerte rápida es demasiado generoso.

—¡Ayuda! —aulló Ivette, y su voz, saturada de angustia y terror, reverberó en todo el bosque sombrío, pero nadie contestó. Con un solo movimiento, Charlotte se acercó a ella y trazó un tajo limpio en el tobillo de Ivette, seguido de un movimiento ascendente que cercenó los tendones con precisión, lo que hizo que Ivette gritara de dolor desgarrando su garganta.

—No os daré una muerte honorable —masculló Charlotte, dedicándose al otro tobillo de Ivette—. Ni rápida, ni indolora. No lo merecéis. Vuestro pensamiento continuamente es hacer el mal—. Cada frase la acompañó con un corte de su espada, poco profundo, pero certero, atacando cada punto con precisión, y pronto Ivette quedó inmóvil en la tierra, empapada en sangre, incapaz de levantar ninguno de sus miembros.

—Bastarda —lloró Ivette, mirándola con tal desprecio, que Charlotte sabía que detestaba infinitamente el haber sido sometida por ella—. Sois, y siempre seréis, una bastarda.

—Igual que vos, Ivette —sonrió Charlotte, apoyando la punta de la espada en la garganta de Ivette—. La diferencia está, en que yo nunca pretendí ser otra cosa, ni humillé a nadie en nombre de la legitimidad.

Levantó la espada, e Ivette la miró a los ojos con los suyos encendidos en furia, pero Charlotte no atacó a Ivette, sino que desvió el filo a Elaine, que estaba a pocos pasos, y la clavó en el vientre de la mujer agonizante.

Ivette casi desorbitó los ojos al oír el lamento de su madre, pero no dijo nada.

—¿Lo veis? —sonrió Charlotte—. Sois de lo peor que hay sobre esta tierra. Estoy matando a vuestra madre, y vos sólo sentís alivio de que no haya clavado la espada en vuestro vientre. Estáis perdiendo a la única persona que os protegería, y ni siquiera pedís clemencia por ella—. Charlotte retorció la espada en el vientre de Elaine, mirando fijamente a Ivette, nada sorprendida de que ella no se conmoviera por lo que estaba viendo—. Sólo os amáis a vos

misma. Sois capaz de pasar por encima de quien sea con tal de salvaros, con tal de no perder vuestra comodidad.

Ivette apretó los dientes intentando con todas sus fuerzas ponerse en pie y atacarla aunque fuera sólo una vez, pero de alguna manera, no conseguía siguiera mover los dedos, mucho menos asir algo. Sólo le quedó mirarla deseando poder desprender fuego de sus ojos, y fulminarla.

—Os odio —gruñó, sintiéndose sin fuerza por la pérdida de sangre y el dolor—. ¡Os odio con todo mi ser! —Una lágrima rodó por la mejilla de Ivette, y Charlotte supo que no era de dolor o angustia, sino por la amargura de la derrota. En ese momento, Ivette se estaba dando cuenta de que había perdido la posibilidad de ganar esta batalla.

En el momento, se escuchó un clamor de guerra a lo lejos. Charlotte miró en dirección al castillo, imaginando una miríada de soldados entrando a los muros de Candelburg, penetrando sus defensas, atacando y reclamando el terreno.

—No tenéis derecho a odiarme —dijo Charlotte con voz calmada, sacando la espada del vientre de Elaine y dirigiéndose a Ivette—. Habéis vivido cómodamente toda vuestra vida gracias a la mentira de vuestra madre, y luego, sabiendo la verdad, no enderezasteis vuestro camino, ni vuestros pensamientos, sino que seguisteis siendo malvada y os convertisteis en una asesina. No. No tenéis derecho a odiarme. Yo sólo estoy vengando a mi padre… y un poco, a mí misma.

—Moriréis —le dijo Ivette con lágrimas corriendo por sus sienes —. Kenneth… os matará—. Charlotte se echó a reír, y hundió la espada a un costado de la cintura de Ivette, que gritó de dolor.

—Ah, Ivette —susurró, con su voz teñida de un siniestro regocijo —. No habéis entendido la gravedad de vuestra situación, pero no quiero perder más tiempo explicándoos—. Volvió a hundir la espada, esta vez, en el muslo de Ivette. Ivette lanzó un grito desgarrador, y, finalmente, Charlotte le puso la espada en la garganta.

En el relativo silencio que los rodeaba, las convulsiones agónicas de Elaine resonaban como un grito en sus oídos.

Charlotte miró a una y a otra, sin poder medir cuál de las dos era más malvada, cuál de las dos merecía más sufrimiento.

Suavemente, Charlotte trazó una línea en la garganta de Ivette, y la sangre empezó a brotar.

Ivette quiso, con todas sus fuerzas, cubrirse la herida y detener la hemorragia, pero no pudo, sus miembros habían sido inmovilizados rato atrás, y la pérdida de sangre le restaba más y más fuerza.

Charlotte se agachó para mirarla. Parecía decidida a no perderse ni un minuto de su agonía.

—Os lo dije —susurró—. Os dije que moriríais.

Ivette no supo por qué, pero odió esa frase. Pero más odió que, lo último que sus ojos vieran, fuera la sonrisa satisfecha de Charlotte.

La sangre de Ivette penetró en la tierra, y ésta se la bebió con avidez, como si hubiese estado sedienta de ella. Elaine, con las vísceras en sus manos, miraba al cielo y lloraba. Lloraba de terror, de dolor, de espanto.

Y en un momento, sonidos guturales, lloros y suspiros desaparecieron, y el bosque volvió a quedar en silencio. Pasados varios minutos, Charlotte por fin decidió que este par había tenido suficiente, y se puso en pie. Cada gota de sangre derramada parecía aplacar un poco del fuego que había ardido dentro de ella durante años.

Miró a Jack y Stan, y señaló la cueva de donde habían salido las dos mujeres.

—Es probable que el cobarde de Armand intente huir por el pasadizo —les dijo. El par de hombres la miró con un nuevo respeto, incluso con un poco de miedo. Nunca habían visto algo tan sanguinario como lo que acababan de presenciar, ni siquiera en la guerra, pero no se atrevieron a decir nada—. Tenemos que impedirle el paso a todo el que quiera escapar.

—Sí, mi lady.

—Vamos —dijo Charlotte, y encendiendo una antorcha, emprendieron el camino al interior del castillo.

Theodore ingresó a la torre del homenaje de Candelburg y le gritó a sus hombres para que invadieran todas las recámaras y salones. Los sirvientes salieron de todos los rincones, rindiéndose incondicionalmente, levantando las manos en señal de que estaban desarmados, y sólo unos pocos soldados leales a Kenneth seguían luchando, matando incluso a sus amigos que preferían rendirse que seguir luchando, atacándoles por la espalda, o cuando se hallaban indefensos. Gran parte de la sangre que corría por el piso del gran salón era de gente inocente, y la prisa de los invasores se debía más que todo a que, con cada segundo que pasaba, un criado o un sirviente moría.

Kenneth, atrapado en la torre más alta, al ver que el enemigo había penetrado al interior del castillo, elucubraba una idea tras otra para intentar escapar. Para ello, debía llegar al pasadizo secreto, sin embargo, este se hallaba en el ala este, y él se hallaba en la oeste. Para llegar a las cocinas, el cuarto de los niños, o la recámara principal, debía atravesar el gran salón, justamente el sitio donde se fraguaba la guerra.

Bajó con cautela los escalones, quitándose las ropas llamativas que designaban su posición, cubriéndose el cabello con un manto, pero su cabello rubio y su rostro eran inconfundibles; era una misión que, de ninguna manera, podría llevarse a cabo.

No había escapatoria, se dijo, desandando el camino, volviendo a la torre. El pasadizo secreto estaba demasiado lejos, y el enemigo ya controlaba cada rincón del castillo. Su mente giraba frenéticamente buscando una manera, pero solo encontraba callejones sin salida.

Desde abajo, el estruendo de la batalla era ensordecedor. Los gritos de los soldados leales caían uno tras otro, superados por el número y la furia de los invasores. Kenneth apretó los dientes.

¿Cómo habían logrado entrar tan rápido?, volvió a preguntarse. ¿Quién había traicionado sus defensas?

¿Lo odiaban por ser el bastardo? Había sido el señor de Albermale muy poco tiempo. No podían odiarlo porque hubiese gestionado mal el feudo, ¿no es así?

O tal vez, estaban seguros de que había sido él quien matara a lord Anthony, por eso lo querían muerto.

Pero, ¿qué otra salida había tenido? Si le hubiese dado más tiempo, el conde no sólo habría reconocido a su bastarda, sino que le habría dado el puesto de heredera, por mucho que eso no fuera común en estos tiempos. Y él habría quedado en el olvido y la vergüenza.

Por eso lo había matado.

Pero luego resultó que, además, nunca fue su hijo, y todo había terminado así.

Bajó de nuevo de la torre. Había olvidado ya cuántas veces había subido y bajado por estos escalones, atrapado como una rata, y se sorprendía que ningún soldado invasor lo hubiese descubierto ya. Tal vez todavía tenía una oportunidad, se dijo y volvió a asomarse por el pasillo hacia el gran salón, esta vez con más cuidado. Vio a Theobald luchar contra Theodore, y aunque su capitán de la guardia mantenía una feroz resistencia, era evidente que estaba perdiendo terreno. Theodore era un guerrero formidable, y su espada brillaba como un destello de justicia bajo la luz tenue de las antorchas.

—No —murmuró Kenneth, negándose a aceptar lo inevitable. Theobald no podía fallarle ahora.

Pero entonces ocurrió. Con un giro certero, Theodore desarmó a Theobald y lo derribó. El capitán cayó de rodillas, jadeando, con la sangre brotando de una herida en su costado.

—Rendíos, sir Theobald —dijo Theodore con voz firme, y aun así, dándole la oportunidad de desertar y salvar su vida—. Vuestra lealtad a ese tirano ha terminado.

Theobald levantó la vista hacia él, con el conflicto latente en sus ojos. Finalmente, dejó caer su espada y bajó la cabeza.

Kenneth retrocedió, horrorizado. Estaba solo. Completamente solo.

—Mirad lo que me he encontrado —dijo una voz tras él.

Kenneth se giró bruscamente, y encontró allí a lord Argyll y lord Sylvan, que lo miraban con avidez, como si se relamieran por el momento en que por fin lo atravesaran.

—Este es vuestro final, Kenneth —dijo lord Sylvan, con los ojos llenos de desprecio—. Rendíos, y tendréis una muerte honorable.

—¡Cómo osáis! —gritó Kenneth entre dientes—. ¡Soy el conde de Albermale! ¡Vosotros, invasores indignos!

Los dos condes desenvainaron sus espadas, y Kenneth no tuvo más remedio que retroceder.

Siguió gritando, como si con su voz lograra intimidarlos, revertir todo el desastre a su alrededor. Tenía sus ojos desorbitados, gritando y gritando, pero a pesar de que también tenía una espada en el cinto, no la usó.

—Debí saberlo en cuanto os vi —escupió lord Portland llegando hasta ellos. Poco a poco, todos los condes de la Alianza de los siete rodeó a Kenneth con sus espadas desnudas y apuntando hacia él—. No sois un Montfort, no sois un Albermale —siguió lord Portland con desprecio—. Vuestra pereza, hedonismo y cobardía debieron ser una señal clara de que, de ninguna manera, lleváis tan noble sangre.

—Pero una rata como esta fue capaz de matar a lord Anthony —masculló De Warenne con desprecio.

—Porque es un tramposo. Merece la muerte más ignominiosa.

Era el fin, comprendió Kenneth. No poseía ningún don ni poder que lo sacara de este apretado cerco de hombres furiosos y armados que lo despreciaban hasta los tuétanos. Iba a morir aquí.

Todo lo que había hecho para convertirse en conde, al final, se le había vuelto en contra.

Escudriñó a su alrededor, moviendo sus pupilas de manera frenética, buscando en todo el salón un solo aliado. No vio a su madre ni su hermana. ¿Qué había sido de ellas durante toda la batalla? ¿Habían conseguido huir, o, al igual que él, habían sido atrapadas?

¿Qué había sido de Armand, el amante de su madre?

Pero por más que rebuscó en las caras de todos en el gran salón, no vio ni un solo aliado, ni un solo amigo. Sus leales, si no estaban muertos, estaban sometidos, atados, derrotados.

El corazón le latía alocado en el pecho, y la derrota empezó a colarse por sus venas como un veneno. Las manos le temblaron, los ojos se le enrojecieron, y en su rostro, se dibujó una sonrisa siniestra.

—Rendíos, Kenneth —dijo ahora Theodore, y los seis condes le abrieron paso. La espada de Theodore Whitefield goteaba sangre, vio Kenneth, que lo analizó de pies a cabeza.

Siempre lo había odiado, pues era la perfecta muestra de cómo debía ser un caballero, un lord. Su padre siempre lo había comparado con él, animándolo a ser más como él, poniéndolo siempre de ejemplo.

Sir Theodore era fuerte, leal, disciplinado, honorable. Pero él sabía la verdad. Se había casado con la bastarda, y usado el título de su padre para quitarle a él todo lo que tenía. Tanto que lo había envidiado Kenneth, pero ahora era evidente que había sido Theodore quien siempre lo había envidiado a él. Pues había tomado todo lo que era suyo.

Se echó a reír. El eco de sus carcajadas resonó de manera macabra en todo el salón. Los condes que lo rodeaban se miraron unos a otros interrogantes; sin bajar la guardia, pero confundidos e incapaces de comprender del todo el alcance de su demencia

Una lágrima bajó por la mejilla de Kenneth, pero no dejó de mirar cada rostro que estaba girado a él.

—¿Rendirme? —dijo con una sonrisa enloquecida—. ¿De verdad… creéis que voy a rendirme? —Theodore empuñó firmemente su

espada, listo para usarla en cualquier momento, y le dirigió una mirada a los condes para que le dieran espacio en caso de que se desatara una lucha—. ¡Soy el señor de estas tierras! —gritó Kenneth a voz en cuello, y su voz estridente resonó en todo el salón.

Todos quedaron en silencio, pero no era un silencio lleno de miedo, sino, más bien, de sorpresa. Estaban presenciando el último acto de locura de su señor.

—¡Todo lo que hay aquí me pertenece por derecho divino! —volvió a gritar—. Incluso las insignificantes vidas de estos sirvientes. ¡Todo es mío! ¡Todo! —siguió rugiendo, agitando las manos de manera frenética, abarcando todo el salón y señalando cada cosa que, según él, era suya.

Y entonces, vio a la bastarda, a Charlotte, salir desde las cocinas.

Su presencia cambió de inmediato el ambiente de todos los presentes; pasaron de ignorarlo a él, a alabarla a ella. Los sirvientes se alegraron, los soldados la vitorearon y se arrodillaron ante su nueva señora. Y Kenneth, que hasta ahora se había mostrado indefenso, desenvainó al fin su espada y se lanzó sobre ella.

Pero estaba muy lejos. Demasiado. Y Theodore se interpuso en su camino con su espada en ristre, y su sombra proyectada por la luz de las antorchas se asemejaba a la de un titán.

—¡No os atreváis a tocar a un Montfort! —gritó Kenneth, blandiendo la espada hacia Theodore mientras retrocedía unos pasos. Aunque el volumen de su voz era alto, y pretendía ser autoritario, la verdad era que carecía de poder; era el rugido de un animal acorralado, no el grito de un líder.

Theodore avanzó lentamente, con postura firme y controlada. Cada movimiento de sus pies era eficiente, calculado. Mantenía la espada baja, casi relajada, demostrando una confianza absoluta en su habilidad. No había prisa en sus movimientos, solo precisión.

—Una y otra vez… demostráis que no sois digno del nombre Montfort —dijo Theodore con voz fría—. Rendíos ahora, y evitaréis más humillaciones.

Kenneth lanzó un tajo salvaje hacia Theodore, un golpe descontrolado que buscaba herirlo más por pura fuerza e instinto que por técnica. Theodore lo bloqueó con facilidad, desviando la hoja de Kenneth con un simple movimiento de muñeca. El sonido metálico de las espadas al chocar reverberó por el salón, y los presentes contuvieron el aliento.

—Es patético —murmuró Theodore, casi para sí mismo, aunque lo suficientemente alto como para que Kenneth lo oyera. Este último gruñó, furioso, y arremetió nuevamente, esta vez intentando apuñalarlo directamente en el costado. Pero Theodore giró con agilidad felina, esquivando el ataque sin esfuerzo, y respondió con un rápido contragolpe que rozó el brazo de Kenneth.

Kenneth jadeaba como un animal herido, sus manos temblorosas ya eran incapaces de sostener la espada con firmeza. Sus ojos, inyectados en sangre, recorrían frenéticamente el salón en busca de una salida, un aliado, cualquier cosa que pudiera salvarlo. Pero no había nada. Solo rostros fríos, indiferentes, que lo miraban como si fuera un insecto bajo una bota.

—¡Moriréis! —gritó, pero su voz se quebró en el último instante, revelando su miedo—. Os juro que moriréis...

Era una amenaza vacía, y lo sabía. Su cuerpo traicionaba su mente, y cada intento de levantarse solo lo hundía más en la humillación.

—No por vuestra mano —se burló Theodore.

Kenneth volvió a gritar, lanzándose de nuevo con otro ataque desesperado, pero sus movimientos eran predecibles, torpes.

Su técnica estaba al nivel de un aprendiz. Y había ostentado el título de conde. Jamás habría podido liderar una batalla, un asedio, nada.

—Esto es lo que siempre fuisteis —continuó Theodore, avanzando otro paso—. Un cobarde que recurre a trampas y engaños porque no tiene ni la valentía ni la habilidad para enfrentarse a alguien cara a cara.

—¡No! —gritó Kenneth, levantando de nuevo la espada, pero Theodore lo interceptó con un barrido bajo que obligó a Kenneth a saltar hacia atrás para evitar caer. Sin embargo, al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó de rodillas, soltando su espada en el proceso.

El silencio en el gran salón era absoluto. Todos observaban la escena con asombro. Kenneth, jadeante y derrotado, miró hacia arriba, hacia Theodore, quien ahora lo apuntaba con su espada justo en el pecho.

—Levantaos —ordenó Theodore con frialdad—. ¿O preferís morir de rodillas?

Kenneth enseñó los dientes, y cuando se preparaba para levantarse y seguir luchando, vio que Charlotte apoyaba una mano en el hombro de Theodore, deteniéndolo antes de que pudiera dar el golpe final.

Theodore reconoció su toque de inmediato, deteniéndose. Su contacto fue ligero, pero suficiente para transmitir una corriente de entendimiento mutuo.

—Es mi derecho hacerme cargo del bastardo —dijo ella como si, en vez de en un salón lleno de prisioneros y muertos, estuviera en una cena con la familia—. Yo lo mataré.

Theodore la miró a los ojos, con mil preguntas en su mirada.

¿Estáis segura?, quiso preguntarle.

Ella venía de enfrentar a Ivette y Elaine. No tenía un solo rasguño en su reluciente armadura, sólo manchas de sangre en su falda, lo que indicaba que había tenido éxito allá afuera.

Respiró hondo asintiendo.

—Como deseéis, mi lady —dijo.

Los murmullos en el gran salón crecieron poco a poco mientras los presentes procesaban lo que estaba sucediendo. Algunos soldados inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia Charlotte; otros, simplemente observaban con una mezcla de asombro y satisfacción. Los sirvientes, que habían sufrido tantas pérdidas, intercambiaban miradas llenas de alivio y venganza cumplida.

—Sí, a lady Albermale le asiste tal derecho —dijo uno de los condes.

—Como condesa, es su deber y su derecho —dijo otro.

—Toda Inglaterra sabrá que esta basura murió a manos de la única y verdadera hija de lord Anthony. No es menos de lo que merece.

Kenneth miró a Charlotte incrédulo. Dirigió sus ojos a Theodore, pero éste le había dado paso con solemnidad.

—¡No! —gritó.

Sin embargo, Charlotte no parecía dispuesta a conceder un mínimo de consideración a su orgullo, y se acercó a él con pasos ominosos.

—Kenneth Montfort —sentenció Charlotte, sacudiendo la sangre de su espada con un movimiento rápido de la hoja—. Merecéis morir esta misma noche.

Las gotas rojas se estrellaron contra el suelo de piedra con un sonido sordo, como si fueran lágrimas de hierro, y Kenneth la miró apretando los dientes, lleno de desprecio hacia ella, pero también de terror.

—Vos nunca fuisteis digno del título que lleváis —siguió ella—. Ni de la sangre que decís que corre por vuestras venas. Sois un impostor, un traidor, y un asesino. Y esta noche, perderéis todo lo que alguna vez os atrevisteis a tomar.

Kenneth trató de levantarse, pero sus piernas fallaron. Cayó de rodillas, jadeando, mientras Charlotte volvía a cerrar la distancia entre los dos con calma.

—¡Bastarda! —gritó Kenneth, arrastrándose en el suelo, empuñando aún su espada, pero sin fuerzas para levantarla. Su voz se escuchó clara y patética en el silencio del salón, que esperaba con solemnidad por su juicio—. ¡Os mataré por esta insolencia! ¡Disfrutaré ver vuestro cuerpo ser comido por los cuervos!

Charlotte se detuvo por un segundo, reconociendo aquellas palabras. Habían sido las mismas que dijera en el pasado, la primera vez que lo mató.

Él seguía siendo el mismo bastardo hijo de perra de siempre, de todos modos. No había cambiado ni un ápice.

Sonrió por lo perfecto que era, y miró alrededor.

Al parecer, el destino no se quedaba con nada, ni siquiera insultos como estos se reservaba. Eso le dolía un poco; ella había deseado que los inocentes no sufrieran, que se salvaran todas las vidas posibles, pero, era evidente, lo que tenía que pasar, pasaba.

Miró de nuevo a Kenneth empuñando sus manos, controlando el deseo de torturarlo, de hacerlo chillar de dolor, tal como merecía.

Había matado a su padre, había asesinado a su propia gente, personas desarmadas que fueron usados como rehenes.

Pero esta vez iba a hacer las cosas bien. Por el futuro de Albermale, por el suyo, por el de sus hijos.

—Qué bien que no pedís misericordia —sonrió Charlotte guardando lentamente su espada en su vaina—. Porque no la tendréis.

—¡Soy el conde de Albermale! —gritó Kenneth con toda su garganta—. ¡Hijo de Anthony Montfort! Del glorioso linaje de Wulfric…

No terminó de hablar. Charlotte había guardado la espada, pero era sólo para sacar la daga que fue de su ancestro, Wulfric Montfort, del que tanto se jactaba Kenneth, y de un solo tajo le atravesó la cara.

Nunca la había soltado esperando este momento, uno que, sabía, la llenará de alivio.

Kenneth gritó como un cerdo, revolcándose en el suelo, en el charco de su propia sangre; muestra de su innegable cobardía e inutilidad.

—¿Qué hicisteis? —preguntó con voz aguda, llena de pánico y horror, mirándose las manos cubiertas de sangre, notando que se le dificultaba hablar. Charlotte le había atravesado los labios, y ahora llevaría una horrible cicatriz en el rostro… al menos, durante el poco tiempo de vida que le quedaba—. ¿Qué me habéis hecho?

—No merecéis morir por mi espada, ni por la de ninguno de los nobles caballeros aquí presentes —le contestó Charlotte limpiando la daga y devolviéndola a su lugar, haciendo que su voz se escuchara por encima de los berridos de Kenneth—. El rey ha reclamado vuestra presencia ante un tribunal de justicia, y allá iréis a comparecer por vuestros delitos, que, son tantos, que alcanzan el cielo.

Todos los condes presentes miraron a Charlotte asombrados. También habían esperado que ella diera fin a su vida aquí mismo, pero esto era más sensato: Ricardo II había pedido ya la cabeza de

Kenneth, y no era muy inteligente quitarle su presa. Si el rey quería usar al bastardo asesino para mejorar su imagen ante sus súbditos, Albermale le ayudaría gustosamente.

—Vuestra palabra es ley, lady Albermale —dijo Theodore hincando una rodilla en el suelo, y Charlotte abrió un poco sus ojos al ver esto.

De inmediato, todos los demás lo imitaron, soldados y sirvientes, criados, aldeanos, todos. Sólo los siete condes presentes permanecieron en pie, sonrientes y satisfecho por la escena que se desarrollaba ante ellos.

—En este momento —dijo Theodore levantando levemente la cabeza, sólo para mirarla al rostro —os juramos lealtad a vos y a vuestro linaje. ¡Viva Albermale por siempre!

Aquellas palabras resonaron en el corazón de Charlotte, y se giró para mirar a su esposo con ojos brillantes.

Todos gritaron en coro respondiendo a los vítores. La gente se abrazaba, lloraba y reía al tiempo, elevando sus puños gritando "Viva Albermale por siempre" una y otra vez.

Eran libres. Los meses de pesadilla desde la muerte de lord Anthony, las violaciones a las criadas, las muertes de los aldeanos, la vergüenza de haber sido liderados por bastardos ajenos a la casa… Todo eso estaba por quedar en el pasado y celebraban, pues sabían que siempre que un Albermale, uno de verdad, estuviera a la cabeza, ellos estarían bien.

Oh, ya antes había recibido estos juramentos, sí, pensó ella sintiendo formarse un nudo en su garganta. Pero esta vez era totalmente distinto; lo hacían desde el corazón, lo hacían no por miedo, sino por verdadera lealtad.

Sonrió llena de gratitud, comprometiéndose con cada uno de ellos en su corazón. Esta vez no sería la condesa tirana; esta vez los guiaría con justicia y verdad.

—Dadle los primeros auxilios —dijo Charlotte con voz suave. Ella no necesitaba gritar, y su palabra fue obedecida al instante. Dos soldados tomaron a Kenneth por los brazos, disponiéndose a llevarlo

fuera—. Mantenedlo a pan y agua en las mazmorras —siguió ella—, no permitáis que se haga daño y muera. Atadle, si es necesario.

—Sí, lady Albermale.

—¡Mi lady! ¡Lo hemos encontrado! —exclamó un soldado llegando al gran salón desde algún lugar del castillo. Traía consigo a Armand, sostenido precariamente por sus ropas, golpeado y sucio. Él seguía consciente, pero incapaz de presentar lucha, ni siquiera resistencia. Tenía la mirada baja, como si supiera que nadie aquí movería un dedo por él—. ¡Esta sucia rata estaba escondida, esperando el momento de escapar en el cuarto de los niños! — Charlotte lo miró entre molesta y sorprendida. No había duda de que ese hombre conocía los pasadizos secretos.

—Yo me haré cargo de él —le dijo Theodore dando un paso al frente—. De él y de todos los traidores.

—Os lo confío—. Él sonrió casi imperceptiblemente, pero ella, que conocía todos sus gestos y sus ceños, pudo verlo claro como el día. Él estaba orgulloso, satisfecho por cómo habían terminado las cosas hoy.

Hizo un asentimiento de cabeza y se acercó al soldado que sostenía a Armand, y con un gesto de la mano, le dio órdenes a él y a los demás hombres, moviéndose con eficiencia militar, despejando el gran salón de todos los capturados durante la refriega.

—Mi lady, habéis triunfado —dijo lord Argyll, llegando a ella—. Y ahora sois la condesa de Albermale.

—Sin duda, Anthony os ve con alegría desde donde sea que esté —dijo lord Sylvan.

—Mis señores —sonrió Charlotte haciendo una suave reverencia —, no tengo cómo agradecer vuestra ayuda. Sin vosotros, esta victoria habría sido difícil de obtener.

—¿Notáis cómo ella dice "difícil", pero no "imposible"? —murmuró lord Leinster enarcando una rubia ceja, y lord Ross se echó a reír.

—Sólo hemos devuelto parte de los tantos favores que Albermale nos ha hecho a nosotros —dijo luego.

—Y si podéis acompañar vuestro agradecimiento con una cama suave y una copa de vino, lo aceptaré gustosamente —suspiró lord Portland, serio como siempre.

—Por supuesto, mi lord —Charlotte estiró el cuello, y de inmediato encontró a Stella, la jefa de criadas.

Charlotte sabía que todas estas mujeres estaban cansadas, al borde del colapso por el agotamiento, pero ni una de ellas expresó queja alguna, ni hizo gestos, ni evadió sus tareas. Luego de que Stella recibiera las directrices de su señora, se reunió con las demás en un rincón del salón, repartiendo tareas, prometiendo un debido descanso después.

Charlotte observó cómo el castillo volvía a cobrar vida después del caos. Los sirvientes corrían de un lado a otro limpiando la sangre del suelo, y toda la suciedad que la guerra había esparcido; los soldados organizaban patrullas y los condes discutían planes para el futuro. Era como si cada rincón del castillo respirara de nuevo, como si Albermale mismo despertara de un largo letargo.

Había mucho que hacer, como recoger los cuerpos de los caídos y darles cristiana sepultura. Había que construir un patíbulo para castigar a los traidores, y reconstruir las casas quemadas en la aldea.

Al tiempo que preparaban camas para los condes, se preparó la habitación principal para Charlotte y Theodore, cambiando su colchón, bajando los tapices favoritos de Elaine, la traidora, y dejando desnudas las paredes, al menos, por ahora. Era ya tarde en la noche cuando Charlotte por fin entró en ella, masajeando su cuello y suspirando por ponerse lo más pronto posible en posición horizontal.

Theodore seguía afuera encargándose de mil cosas, y, tan bien como lo conocía, sabía que no volvería hasta que hubiera terminado con todo.

Una doncella entró para quitarle la armadura. Luchó un poco porque no tenía experiencia quitándolas, pero no era posible que un paje, experto en estas tareas, tocara el noble cuerpo de la condesa,

así que, entre las dos, y con un poco de esfuerzo, lograron deshacerse de las piezas de hierro, cuero y acero.

Ya librada del peso de la armadura, vestida con un sencillo camisón de algodón, y a solas en la habitación donde habían dormido todos los condes de Albermale del pasado, Charlotte dio unos pasos hasta tocar la piedra desnuda del castillo.

—Os prometí que volvería —dijo en voz baja, con una sonrisa en el rostro y en el alma—. Y he cumplido. Gracias por toda vuestra ayuda —siguió con un suspiro, recostándose en la pared y mirando alrededor—. Seguro que hicisteis algo para entorpecer el camino de nuestros enemigos. No sé cuál es el alcance de vuestro poder, ni cuáles vuestras limitaciones, pero os agradezco.

Hubo un silencio total alrededor. Charlotte se cruzó de brazos sin borrar su sonrisa.

No se avergonzaba para nada de estar hablando con un montón de piedras, y era algo que necesitaba hacer. Después de todo, entre estos muros, al igual que en la sangre que corría por sus venas, habitaba un formidable poder.

—Lo haré bien —murmuró, cerrando los ojos un instante—. Por ellos. Por todos nosotros. Esta vez, lo haré bien.

Con ese pensamiento, dejó que su cuerpo se relajara y, con pasos pesados se dirigió a la enorme cama para deslizarse bajo las mantas, permitiéndose, por fin, un breve respiro.

La mazmorra era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, donde la luz de las antorchas apenas se filtraba a través de pequeñas rendijas en las paredes de piedra. El aire estaba cargado de humedad y olía a podredumbre, y los ecos de las gotas de agua resonaban como campanadas funerarias. Kenneth, con el rostro cubierto de sangre seca y una expresión de dolor insoportable, se retorcía en el suelo, incapaz de encontrar una posición cómoda. Su herida en el rostro palpitaba, recordándole constantemente el castigo que había recibido a manos de Charlotte.

—¡Maldita sea! —murmuró entre dientes, llevándose una mano temblorosa al rostro. La bastarda le había cortado los labios, atravesándolos de manera grotesca. No podía hablar sin sentir un terrible dolor. Lo que le habían dado a beber cuando lo trajeron aquí no había mitigado ni un poco la sensación quemante de su herida.

Pero el verdadero tormento no era físico, sino mental. Cada vez que cerraba los ojos, veía el brillo implacable en los ojos de Charlotte, esa mezcla de odio y satisfacción mientras lo marcaba para siempre.

Algún día la mataría. Ahora estaba destruido, derrotado, pero se pondría en pie. Ella había dicho que lo llevaría ante el rey. Craso error, pues él aprovecharía esa oportunidad para delatar la alianza de los siete condes. Eso no le gustaría a su majestad.

Él todavía tenía posibilidades.

El sonido metálico de una puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos. Dos soldados arrastraron a Armand hacia adentro, lanzándolo al suelo junto a él. Armand, golpeado y sucio, jadeaba como un animal herido, pero aún tenía suficiente orgullo para intentar mantenerse erguido.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Kenneth con desprecio, aunque su voz temblaba por el dolor y la debilidad.

Armand levantó la cabeza lentamente, mirándolo con los ojos inyectados en sangre.

—Lo mismo que vos, supongo… esperando mi ejecución —respondió con amargura. Luego, después de un breve silencio, añadió: —No tuve suerte… tratando de escapar. Aunque parece que nuestras queridas damas sí lo consiguieron.

Kenneth frunció el ceño.

—¿De qué habláis?

—Lady Ivette y lady Elaine… lograron escapar —dijo Armand con voz llena de alivio, y una sonrisa de satisfacción en el rostro que apenas se vislumbraba en aquella oscuridad—. Las guie por los

pasadizos secretos, y envié soldados para que las sacaran de Albermale. Ya… deben estar muy lejos.

Kenneth apretó los dientes, y se giró para patear a Armand.

—¡Maldito perro traidor! —gritó, aunque eso provocó que de su herida volviera a salir sangre. Apretó los dientes soportando el dolor, y los ojos se le humedecieron.

—¿Por qué hacéis esto? —se quejó Armand, corriendo a un rincón de la mazmorra, lo más lejos posible de él.

—¡Habéis ayudado a esas dos… en vez de a mí! ¡Al conde de Albermale! Me habéis traicionado.

—Vos nos traicionasteis primero —acusó Armand elevando, por primera vez, la voz ante su hijo—. ¡Vos con vuestras ordenes desatinadas, con vuestra crueldad, nos pusisteis a todos en peligro!

—¡Perro traidor! —volvió a gritar Kenneth, pero no pudo seguir gritando, el dolor era insoportable. Las palabras salían distorsionadas al no poder juntar los labios debidamente—. Me lo pagaréis.

—Sí, claro. De aquí iréis a Londres, y en Londres os espera la muerte.

—¡Callaos!

—Espero que lady Ivette y lady Elaine lleguen con bien a casa de su familia. Ellas, al menos, son libres. Una vez consigan apoyo, ellas vendrán y…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, un soldado apareció en la entrada de la celda, sosteniendo una antorcha que iluminaba su rostro burlón. Era Stan, reconoció Armand. Uno de los hombres más leales de Theodore Whitefield.

—Oh, pobres bastardos —dijo Stan, riendo con crueldad—. Pensabais que vuestras putas estaban a salvo, ¿eh? Bueno, tengo noticias para vosotros: están muertas. Ambas.

Kenneth y Armand se quedaron helados. Los segundos pasaron como horas mientras procesaban las palabras del soldado.

—¿Qué habéis dicho? —gruñó Kenneth, poniéndose de pie con dificultad, aunque cada movimiento le causaba un agónico latigazo

de dolor—. ¡Mentís!

El soldado avanzó unos pasos, inclinándose hacia la reja con una sonrisa maliciosa.

—No miento, lord Kenneth Montfort. O, mejor, debería decir, ex conde de Albermale, que ya no vale ni la mugre que se pega a la suela de mis botas—. Kenneth lo miraba con toda la dureza de que era capaz por la herida en su rostro. Stan se echó a reír por su intento de parecer amenazante.

Si quería ver un rostro que de verdad infundía terror, pensó, debió ver el de lady Charlotte cuando se hacía cargo de esas dos perras. Había estado en guerras, y se había enfrentado a duros contendientes, pero rezaba por estar siempre del lado bueno de la condesa. Ella podía ser verdaderamente malvada cuando se lo proponía.

—La ramera que tenéis por madre, y esa perra hermana vuestra, intentaron huir, pero fueron alcanzadas por lady Albermale a la salida del pasadizo secreto.

—¡No! —exclamó Armand, poniéndose de rodillas—. ¡No, no!

—Y ella misma les dio el castigo que merecían.

—¡No! —lloró ahora Armand, pegando la frente en la tierra.

—¿Queréis saber cómo lo hizo? —preguntó Stan con deleite, mientras sus ojos brillaban de maliciosa satisfacción—. A lady Elaine le cortó la cara, así como con vos, Kenneth —siguió Stan—. Y luego le sacó las tripas con su espada.

—¡No, por favor, no! —sollozó Armand.

—Y a la perra de Ivette… primero le cortó uno a uno todos los tendones… —mientras más lloraba Armand, más gráficas se volvían las descripciones de Stan. Kenneth lo escuchaba cada vez más lejano, abstrayéndose de las imágenes evocadas por sus horribles descripciones.

No podía ser, pensó. Charlotte no había tenido ni un poco de compasión.

Hoy, más que nunca, debía presentar su caso ante el rey.

—¡Esto es vuestra culpa! —rugió Armand, señalándolo con un dedo tembloroso—. ¡Si no hubierais conspirado para matar a lord Anthony, nada de esto habría pasado! ¡Todo fue vuestra idea desde el principio!

Kenneth lo miró incrédulo, parpadeando rápidamente.

—¿Mi culpa? ¡Sois vos quien os acostasteis con mi madre engendrando en ella hijos bastardos! Si desde el principio os hubierais muerto en vuestra propia miseria, y no hubieseis seducido a mi madre, nada de esto hubiera pasado.

—¡Cobarde! —escupió Armand, avanzando tambaleante hacia Kenneth—. ¡Fuisteis vos quien nos engañó a todos, quien nos manipuló y utilizó! ¡Fue vuestra idea matar al lord para deshaceros de la bastarda, pero todo os salió al revés!

Los dos hombres empezaron a gritarse el uno al otro, haciendo que su voces resonaran en las frías paredes de la mazmorra. Ninguno asumía responsabilidad alguna; solo buscaban descargar su rabia y frustración en el otro.

—¡Callaos de una vez! —intervino Stan, riendo con desdén—. Sois igual de patéticos. Ambos sois traidores, cobardes que usaron a mujeres para hacer su trabajo sucio, y que conspiraron para usurpar el poder. Y ahora, aquí estáis, peleando como perros mientras las personas que realmente importaban están muertas. Todo Albermale se regocijará con vuestra muerte.

Kenneth y Armand se detuvieron, mirándose el uno al otro con una mezcla de odio y desesperación. Sabían que el soldado tenía razón: estaban atrapados, completamente solos, y no había salida posible. La ruina total los envolvía como una sombra impenetrable.

No, se repitió Kenneth. No importaban esas dos. Eran un lastre, de todos modos. Él todavía tenía una posibilidad.

Guardó silencio, pero Armand no, que se dejó caer contra la pared, abrazándose las rodillas y llorando quedamente. Kenneth, por su parte, se sentó en el suelo con la cabeza entre las manos, volviendo a sumergirse en su mundo donde él todavía podía salir vencedor.

Stan se retiró, dejándolos sumidos en la oscuridad y el silencio. Solo el eco de sus respiraciones entrecortadas rompía la quietud.

Finalmente, Kenneth habló, su voz apenas un susurro ronco:

—Todo esto es vuestra culpa...

Armand no respondió. Ya no tenía fuerzas para discutir. Lo único que quedaba era esperar el final.

31

—Buenos días, lady Albermale —dijo una voz cuando Charlotte despertó aquella mañana, y lo primero que vio fueron los ambarinos ojos de Theodore sonreírle desde su lado de la cama.

La felicidad la inundó, y estirándose como una gata, se acercó a él para abrazarlo con una sonrisa amplia en el rostro, respirando profundo y llenándose de él, de su aroma, de su calor.

Mientras lo miraba a los ojos, Charlotte sintió que su corazón se expandía dentro de su pecho. Había pasado tantos años soñando con este momento, imaginando cómo sería tenerlo así, solo para ella, que cada mañana a su lado se sentía como un regalo divino. Ahora, al fin, él era suyo, completamente, y ella era suya.

—Buenos días, mi lord —le respondió ella con voz ronca. Él sonrió enseñando un poco los dientes y le besó los labios, una mera caricia que a ella la inundaba de bienestar. No necesitaba comer, ni bañarse, ni salir al sol. Los besos de su marido lo eran todo para ella.

—¿Dormisteis bien?

—Oh, sí —aseguró ella, subiendo una pierna por la cintura de él, acurrucándose en su pecho—. Intenté esperaros despierta, pero no pude, lo siento.

—No importa. De todos modos, regresé muy tarde en la noche, no esperaba encontraros despierta de todos modos. Y bueno… también caí como piedra—. Ella sonrió apretando sus labios, mirándolo fijamente.

Por un momento, Charlotte permitió que su mente vagara hacia los desafíos que aún los esperaban afuera: la reconstrucción de la aldea, la atención a los condes, el juicio de Kenneth. Pero enseguida apartó esos pensamientos. Aquí, en esta habitación, nada de eso importaba. Solo existían ellos dos, su amor y el futuro que estaban construyendo juntos.

—Os amo —le dijo, y de un solo movimiento, se puso sobre él. Theodore la miró embelesado, y cuando ella se sacó la bata y desnudó sus senos, el deseo brilló en su mirada.

El cabello negro y abundante de Charlotte cayó por sus hombros y él extendió la mano para tocarlo. Deseaba que, si tenían hijos, heredaran los rasgos de ella.

Dejó las manos quietas en su cintura estrecha y la miró frunciendo levemente el ceño.

—Amor mío —susurró, aunque ella estaba ocupada en sacarle la ropa a él—. Sé que sólo llevamos unas pocas semanas casados, pero… ¿no deberíais estar ya encinta? —Ella se quedó quieta sobre él, mirándolo en silencio. Ladeó un poco la cabeza haciendo cuentas, y luego se encogió de hombros.

—Seguro que sí. Aunque creo que todavía hay que esperar para saberlo.

—Espero que no mucho.

—¿Y qué haríais si estuviera encinta? —preguntó Charlotte, inclinándose hacia él con una sonrisa traviesa mientras deslizaba un dedo por su pecho.

—Lo celebraría adecuadamente, por supuesto —respondió Theodore enarcando una ceja—. Empezando por asegurarme de que nuestra habitación esté siempre tan… ocupada como hoy.

Charlotte soltó una carcajada, cubriéndose la boca con una mano.

—¡Sois incorregible!

Ella se quitó por fin la ropa con que había dormido, quedando los dos desnudos en la cama. Él la giró para ponerse encima, y las risas se fueron transformando en suspiros de deseo, gemidos de éxtasis, y gritos de placer.

Cuando sus cuerpos finalmente regresaron de esa cúspide, hubo silencio en la recámara, roto apenas por el sonido de sus respiraciones entrecortadas. Afuera, el sol ascendía lentamente en el horizonte, pintando el cielo de tonos rosados y dorados. Para

Charlotte, aquel amanecer no era solo el inicio de un nuevo día, sino también el símbolo de una nueva vida, una donde todo era nuevo, y brillante, y lleno de esperanza.

Bajaron al gran salón y ya no había rastros de la guerra anoche, al menos en esta área. El castillo seguía lleno de actividad, y todos tenían mucho que hacer. En especial la joven pareja de condes.

En la mañana, Charlotte envió por su abuela y sus pertenencias a Greenlake. También, por todo el personal que se había llevado con ella para que regresasen a Albermale. Ahora debía elegir un nuevo vasallo para ese territorio, y poner en orden los de aquellos que se habían unido a Kenneth.

En la tarde, se hizo con los libros de contabilidad del castillo, enterándose del estado de las finanzas del feudo, y estuvo en el despacho todo el día, mientras Theodore encabezaba la cuadrilla para la reconstrucción de la aldea, y se encargaba de la sepultura de los fallecidos.

A pesar del cansancio, Charlotte no se detuvo un solo instante en todo el día. Esta era, de todos modos, su obligación, y la hacía llena de satisfacción. Sí, todo ahora era un caos. Había visto que Kenneth había derrochado mucho estos últimos meses en que fue el lord, más que en el pasado, y sus crímenes eran también más graves. Había muchas mujeres a las que resarcir por los vicios del bastardo, muchas familias que restaurar, y un sinfín de restituciones en todos los aspectos en que un feudo podía hacerlo. Sin embargo, cuando todo esto pasara, la paz volvería. Ella sabía que era capaz, tenía gente inteligente y capaz de su lado si acaso a ella le faltaba el conocimiento o la habilidad. No estaba sola.

Esa noche, después de la cena que lamentablemente no fue tan copiosa debido a las circunstancias, los condes de la alianza se reunieron de nuevo, tomando decisiones que afectarían profundamente el futuro de cada uno de los feudos involucrados.

—Lo mejor será que vayáis vos misma a Londres —aconsejó lord Portland con un asentimiento de cabeza mientras levantaba su copa

de vino—. Podríais dar testimonio contra el bastardo, y de paso, hacer el juramento de lealtad al rey. Dos pájaros de un tiro.

—Y de paso os codearíais con la corte. Un nuevo contacto, una nueva alianza, nunca viene mal —añadió lord Ross con una sonrisa astuta, entrelazando sus dedos. Charlotte miró a Theodore. Él asintió lentamente, aunque sus ojos mostraban una leve preocupación. Sabía que el viaje sería peligroso, pero también necesario.

—Bien. Iremos a Londres, entonces. Me encantaría contar con el apoyo de alguno de ustedes. Sé que ya han estado mucho tiempo fuera de casa, pero…

—Yo iré con vos —dijo De Warenne levantando una mano—. Después de todo, me queda de camino a mi hogar, y puedo hacer un buen contrapeso.

—También yo —dijo Leinster—. No me perderé la ejecución de ese bastardo—. Algunos sonrieron de acuerdo con él.

—Gracias, mis señores —sonrió Charlotte haciendo un leve asentimiento—. Vuestra ayuda es invaluable.

—Creo que con dos de nosotros os será suficiente —comentó lord Argyll y luego dio un largo suspiro—. Esto terminó bastante rápido, después de todo.

—Si Kenneth hubiera sido un mejor opositor, no estaríais quejándoos por eso —le dijo Sylvan—. No entiendo cómo alguien instruido entre los mejores soldados del reino pudo salir tan inepto y estúpido. Que no lleve la sangre de los Montfort no excusa su incompetencia. He visto plebeyos con más nobleza, porte y talante que ese pobre diablo.

—La familia de Elaine, los condes de Gryndmere, podrían levantarse contra vos en el futuro —señaló lord Portland frunciendo el ceño, mientras jugaba distraídamente con su copa de vino—. Son gente que quiso ponerse bajo el ala de Albermale cuando casaron a su hija con Anthony, y no son unos enemigos demasiado formidables, pero no me extrañaría si en el futuro se convierten en un incordio.

—Incluso, podrían intentar rescatar a Kenneth en su viaje a Londres —le avisó lord Argyll a su hijo—. Por eso tendréis que ser muy cuidadosos.

—Lo seremos —dijo Theodore con voz grave.

—Nos haremos cargo de ellos si la situación se presenta —añadió Charlotte—. Seremos cautelosos, de todos modos —dijo luego con un asentimiento de cabeza.

Luego de tratar otro par de asuntos menores, Charlotte dio por terminada la asamblea. Los condes comenzaron a retirarse, algunos intercambiando bromas ligeras, otros discutiendo planes futuros.

—Sólo eso nos faltaría —murmuró Charlotte ante su marido, que le rodeó la cintura y la acercó a él aprovechando que volvían a quedar a solas—. Que los familiares de esa ramera quieran hacerse los dignos y reclamar a su nieto.

—Si saben lo que les conviene, se quedarán quietos. Por el contrario, deberían estar temerosos de lo que vos hagáis.

—¿Yo?

—Así es. Vos podríais subir contra ellos antes de que se les ocurra —. Charlotte lo miró un poco confundida. Era extraño escuchar a Theodore sugerir una guerra.

—¿Lo decís de verdad? —él asintió.

—La ofensa de Elaine a vuestra casa no fue menor. Ella no sólo trajo aquí a su amante, sino que parió a sus bastardos, y luego, intentó hacerlos pasar por hijos legítimos del lord. Si se hubiese salido con la suya, el linaje de Albermale habría desaparecido para siempre.

Charlotte pestañeó un par de veces meditando en ello. De hecho, una vez, Elaine se había salido con la suya. De no ser por el poder en su sangre, así habría sido.

—Cada una de esas acciones —siguió Theodore— es motivo de muerte. Nadie os criticaría por declararles la guerra, y por el contrario, restauraríais el honor de vuestro padre.

Charlotte pensó en aquello, encontrando que Theodore tenía razón. En este mundo, cosas como el honor, la pureza y la lealtad tenían mucho, mucho valor. Elaine había faltado a todas ellas. Tal vez sus padres no eran culpables, pero estaban involucrados quisieran o no, y si antes habían gozado de los beneficios de estar emparentados con la casa Albermale, debían también sufrir las consecuencias de la traición de uno de los suyos.

—Pensaremos en eso luego —suspiró ella sacudiendo su cabeza, recostándose en el pecho de su marido, encontrando allí, como siempre, descanso y solaz—. Tenemos mucho entre manos ahora mismo. Sin embargo, me alivia saber que me apoyáis tanto.

—Estamos juntos en esto, Charlotte —aseguró él—. No hay nada que no podamos hacer si nos lo proponemos—. Ella le sonrió enamorada, y luego, rompiendo el hechizo, bostezó.

—Estáis muy cansada.

—No menos que vos.

—Os pediré un baño.

—Theodore… —la voz de ella lo alertó un poco, e hizo que la mirara con un poco de aprensión—. Yo seré la condesa. Las mujeres con tal poder… no somos muy populares. ¿Estáis de acuerdo con que sea yo quien ostente el título? —él ladeó la cabeza con una expresión complicada en el rostro.

—Mi lady, ¿por qué no lo estaría?

—Sabéis a lo que me refiero. Sé que sois más que adecuado para ser el conde, y tomar las últimas decisiones, y en el futuro… es probable que seáis motivo de críticas por tener una mujer por encima de voz en rango…

—Nada de eso me importa.

—No soportaría que vuestros congéneres os menospreciaran por mi culpa.

—Por el contrario, me envidiarán por haber conseguido tan buena esposa.

—Theodore, os estoy hablando con el corazón en la mano.

—¿Por qué hacéis algo tan terrorífico? —preguntó él inclinándose para besarle el cuello, y Charlotte tuvo que morder una sonrisa.

—¡Theodore! —lo reprendió ella empujándolo suavemente y mirándolo a los ojos.

Él dejó salir el aire, dándose cuenta de que ella no desistiría hasta obtener una respuesta. Miró a un lado y al otro, como asegurándose de que nadie los escuchara, y susurró:

—Nadie osará criticarme por algo tan banal como nuestros rangos, y los que lo hagan, bueno, se enfrentarán a mi espada. Por otro lado… mi lady, seré vuestro sirviente más leal. Ya os he jurado amaros hasta mi muerte, nada hará que os ame menos, si eso es lo que os preocupa.

Ella tragó saliva. Theodore había leído su mente otra vez, y dejó salir el aire.

—De todos modos…

—Aún hay cosas en la que necesitaréis mi ayuda, de todos modos —sonrió él besando la punta de su nariz—. Yo me haré cargo de toda la milicia de Albermale, de proteger el territorio, de mantener en pie nuestras murallas. La única diferencia, al final, será que vos firmaréis los documentos—. Charlotte se echó a reír.

—Sí. Eso es verdad.

—Y, bueno, mi lady. Vamos a nuestro dormitorio. Es menester cumplir con mis deberes conyugales—. Charlotte volvió a reír, y lanzó un gritito cuando él le tomó la mano y tiró de ella guiándola a su recámara.

Al día siguiente, en la tarde, llegó Minerva a Candelburg. Abuela y nieta se abrazaron celebrando la victoria, aliviadas de ver a la otra con bien. Minerva fue recibida con alegría por parte de sirvientes y soldados, y ella se alegró mucho de verlos a todos nuevamente.

De inmediato, empezaron a prepararse para viajar a Londres. No eran pocos los preparativos que había que hacer para un viaje de esa envergadura. Eligieron cuidadosamente a los soldados que los

escoltarían, trazaron la ruta más segura, prepararon los caballos, carruajes y carretas, y por último, sacaron a Kenneth de la mazmorra. Armand y los soldados traidores tendrían que esperar a su regreso para la ejecución.

—No quisiera dejaros sola —le dijo Charlotte a su abuela—, pero…

—No me estáis dejando sola —la tranquilizó Minerva tomando sus manos—. Estoy bien acompañada de mil sirvientes y soldados que mantendrán el fuerte por vos—. Charlotte le sonrió. Aunque ella dijera eso, Minerva era la única que le quedaba de su familia. Tenía primos lejanos y tíos abuelos, pero nadie era tan cercano como ella.

Ambas giraron sus cabezas cuando escucharon silbidos y maldiciones. Kenneth estaba siendo guiado a la carreta que sería su transporte en el viaje a Londres. Llevaba las manos y los pies atados con una cadena que también le rodeaba el cuello, por si se le ocurría escapar.

—Callaos, palurdos plebeyos insignificantes —gritaba Kenneth, y si no hubiese sido porque sabía que era él el prisionero que llevaban, Charlotte no lo habría reconocido. Tenía el rostro desastrado por la horrible herida que todavía estaba viva y abierta. Aunque Ciryl le había dado medicamentos para que no muriera a causa de las fiebres y lograra llegar vivo ante el rey, lo cierto era que en los pocos días que llevaba en las mazmorras, había perdido mucho peso, su cabello rubio estaba sucio y engrasado, y aun así, tenía la presencia de ánimo de maldecir a todo el que se cruzaba.

—Va a ser un viaje muy divertido —murmuró Minerva entre dientes, y Charlotte hizo rodar los ojos.

—Debí cortarle la lengua, pero entonces el rey habría tenido algo que decir.

—Ya lo marcasteis bastante —sonrió Minerva—. Sólo le queda maldecir.

—Mi lady, estamos listos para partir —dijo Theodore acercándose. Charlotte miró por última vez a su abuela, y dándole un abrazo, se despidió de ella.

—Estaré orando por todos vosotros —les prometió Minerva—. Volved con bien.

Charlotte asintió, y ayudada por su marido, subió al carruaje, donde ya la esperaban Martha y Blake.

No era la primera vez que Charlotte iba a Londres, pero este viaje en especial se le hizo largo y cansado. Por las noches, cuando acampaban, tenían que cubrir la boca de Kenneth para no tener que escuchar sus maldiciones, pero entonces él se quejaba de dolor por las heridas en su boca, y dejaba escuchar sus quejidos por largas horas, hasta que un soldado se hartaba y lo dejaba inconsciente de un golpe, o él simplemente caía rendido de cansancio.

Iban despacio debido a los carruajes y a la cantidad de gente que viajaba con ellos, además del cuidado que tenían que prestar a cada recodo del camino. Había un grupo de vanguardia que se aseguraba de que el camino estuviera en buen estado y fuera seguro, pero eso no les hacía bajar la guardia.

Y fueron pocas las noches que Charlotte pudo compartir con su marido, y en esos casos, estaban tan agotados, y tan rodeados de gente, que apenas si se abrazaban y murmuraban palabras de alivio y consuelo.

Llegaron a Londres sin daño alguno. En la mansión los esperaban con comida caliente y baños perfumados, lo que hizo que Charlotte soltara un largo suspiro.

Enviaron una misiva al rey, y éste no se hizo esperar con la respuesta. Tendrían una audiencia en poco tiempo, mientras tanto, Kenneth seguiría siendo resguardado por los condes de Albermale hasta el día del juicio.

—Es mejor así —le aseguró De Warenne—. Dicen que no hay lugar más seguro que el palacio, pero yo opino distinto. A los enemigos hay que tenerlos lo más cerca posible.

Mientras llegaba el día de la audiencia de Kenneth, Charlotte se permitió, por primera vez, disfrutar Londres al lado de su marido. Asistieron a la ópera, fueron de compras, y visitaron las casas de los

amigos en la ciudad, compartiendo fiestas de té y charlas a veces profundas, a veces superficiales.

En casi todas las reuniones a las que asistió, se mencionó el asunto de los bastardos de su territorio. Algunos de ellos, inevitablemente, lo hacían en son de burla, menospreciando la casa por haber caído en tal trampa. Otros se atrevían a darle a Elaine el beneficio de la duda, pero la mayoría se mostraban indignados por todo lo ocurrido, mostrando su apoyo y poniéndose de su lado.

Era un filtro bastante bueno para saber quién estaba de su lado y quien no, pensaban Theodore y Charlotte. Casi imperceptiblemente, iban añadiendo o descartando amigos. Si creían que ellos, por ser jóvenes, eran fáciles de influenciar, estaban muy equivocados.

Por las noches, Charlotte y Theodore compartían el lecho sin ningún desperdicio de tiempo. Desayunaban juntos, daban cortos paseos a caballo, y de vez en cuando, jugaban alguna partida de ajedrez.

El tiempo se pasó lento y agradable. Ni una sola vez Charlotte le volvió a dedicar un pensamiento a Kenneth, hasta que, al fin, llegó el día del juicio.

Mientras se vestía para el tribunal, Charlotte eligió cuidadosamente cada prenda: un vestido negro bordado con hilos plateados, simbolizando tanto el luto por su padre como la justicia que buscaba. Antes de salir, se detuvo frente al espejo y ajustó el broche de zafiro en su capa, que era el único toque de color en su atuendo, el color insigne de Albermale.

—Hoy será el día —dijo en voz baja, más para sí misma que para Theodore, quien observaba desde la puerta—. Hoy se acaba esta pesadilla—. Theodore le sonrió, y orgulloso de ella, le ofreció el brazo para que se apoyara en él.

—Lo haremos muy bien —le dijo, y Charlotte respiró hondo tomando su brazo.

Mientras avanzaba hacia el carruaje, una serie de imágenes llegaron a la mente de Charlotte. Su padre herido por aquel cuchillo en su propia casa, Elaine copulando con su amante en la habitación

principal del castillo. Kenneth e Ivette acosándola creyéndola indefensa. Las muertes de los aldeanos, la tortura a los sirvientes, todo, todo convergía en este momento.

Hoy, por fin, su padre sería vengado.

El tribunal era una sala más bien oscura, con paredes cubiertas de madera y asientos de cuero. Ella era la única mujer en todo el gran salón, y por eso llamaba la atención, como un pajarillo en medio de una bandada de cuervos, a pesar de estar vestida de negro.

Antes de esta audiencia, ella y Theodore habían tenido una corta reunión con el rey en una sala privada.

El rey los recibió con una mezcla de cortesía y autoridad en una sala amplia y rica en tapices bordados y muebles de madera. Al fondo, en un trono más bien modesto, estaba Ricardo II, y para ellos habían dispuestos dos sillas, y a un lado, un clérigo que fungiría como testigo imparcial, un escribano, y dos consejeros cercanos al rey.

Aunque Ricardo II era conocido por su temperamento impredecible, en esta ocasión había adoptado un tono pragmático, mostrando interés genuino en comprender la situación. Luego de los consabidos saludos y reverencias, fue directo al grano.

—Sir Theodore, lady Charlotte —comenzó el rey, inclinando ligeramente la cabeza hacia ambos—. Vuestra presencia aquí hoy es prueba de que algo grave ha ocurrido en uno de mis feudos más importantes. Sed breves, pero claros: ¿qué ha pasado en Albermale?

Charlotte no vaciló, a pesar de lo intimidante que el rey parecía, y, consciente de la importancia del momento, avanzó.

—Majestad —contestó Charlotte—, lo que voy a relatar no es solo un ataque contra mi casa, sino también contra vuestro reino. Mi padre, lord Anthony Montfort, fue asesinado por orden de Kenneth, quien usurpó el título de conde mediante engaños y manipulaciones.

El rey guardó silencio por unos instantes. Sabía a grandes rasgos lo sucedido gracias al relato de lord Argyll y lord Portland meses

atrás, que incluso habían traído las pruebas, como las cartas al gremio de asesinos, la capa hallada en el bosque, y otros detalles.

Sin embargo, oír de boca de las personas que habían estado en el centro de todo le daría una mirada mucho más amplia acerca de la situación.

—Hablad —dijo, y Charlotte, luego de un corto asentimiento, empezó.

Lo dijo todo, sin tapujos. Se explayó en detalles, sin importarle si acaso esta reunión se dilataba más de lo planeado.

Theodore ofreció los pormenores acerca de cómo había recabado aquellas pruebas, demostrando la legitimidad de ellas, ofreciendo testigos para que se comprobaran los eventos.

Al finalizar, simplemente meneó la cabeza, mientras miraba al vacío, luciendo molesto.

—Me gustaría hacer una pregunta, majestad —dijo el clérigo levantando una mano, y el rey hizo un gesto para que hablara—. Acerca de la ilegitimidad de los hijos del conde, Kenneth e Ivette Montfort… ¿tenéis alguna prueba?

Charlotte miró al religioso apretando un poco los labios, y, sonrojada, miró a Theodore, que contestó en su lugar.

—Tenemos pruebas de que Elaine Montfort, condesa de Albermale, tenía una relación extramatrimonial con Armand Sanford, un caballero que la acompañó desde la casa de sus padres —dijo con voz pausada—. Eso no ratifica que Kenneth e Ivette sean hijos de ese hombre, lamentablemente. Y es todo lo que podemos decir al respecto.

—¿Qué visteis? ¿Cartas comprometedoras? ¿Algo que los vinculara?

—Oh, algo peor, padre —siguió Theodore—. Lamentablemente, mi esposa y yo presenciamos uno de sus… encuentros lascivos.

Hubo un murmullo entre los presentes, y el rey frunció el ceño, haciendo que su semblante pareciera aún más sombrío.

—Es por esto —siguió Charlotte— que, al saber que un asesino y bastardo pretendía tomar el poder, los amigos de mi padre no pudieron permanecer quietos. Siendo yo una hija de sangre, aunque ilegítima, ofrecieron prestarme su fuerza para hacer justicia—. Charlotte inspiró hondamente, tratando de que sus emociones se mostraran genuinamente—. Hoy, ante vos, os lo ruego. Sólo vos podéis aplacar la ira en la tumba de mi padre, un hombre que toda la vida sólo sirvió al reino.

—Ya habéis quitado de en medio al bastardo —dijo el rey enarcando una ceja—. ¿Qué pedís, exactamente?

—Un castigo ejemplar para la casa Gryndmere, que osaron enviar una mujer infiel y desleal como su esposa. La enviaron junto a su amante. Lord Gryndmere es tan culpable de todo esto como ella misma. La vergüenza que han traído sobre la casa de Albermale, sólo vos podéis devolvérsela.

El rey guardó un silencio que a Charlotte se le hizo abrumador, pero conservó la calma y la cabeza baja.

—Aunque haga eso, sólo vos podríais restaurar el verdadero honor de Albermale —dijo el monarca al final, y Charlotte sintió que el nudo en su estómago empezaba a deshacerse.

—Sí, majestad. Os juro por mi vida que lo haré. Dedicaré todos mis años, toda mi fuerza, y todo mi conocimiento para traer de nuevo dicha a mi tierra, dicha que nos fue arrebatada de manera sangrienta e ignominiosa. Sé… que no soy quién para ostentar el título de condesa de Albermale, majestad —dijo con voz suave—. Sé que un feudo tan poderoso y leal al rey… merece algo mejor. Lamentablemente, Elaine no le dio hijos a mi padre, sólo le trajo oprobio y traición, haciendo que, al final, yo sea la mejor opción.

El rey meditaba en ello con un gesto profundo, y al final, sacudió un poco la cabeza y se puso en pie.

—Bien —dijo luego de una honda inspiración—. Me habéis dado mucho en qué pensar. Mañana tendréis vuestra audiencia. Espero que vuestras palabras sean tan convincentes allí como lo han sido hoy.

—Sí, majestad —contestaron ambos poniéndose en pie también y haciendo una profunda reverencia.

Ahora, en la sala del tribunal, llena de nobles que buscaban ofrecer una opinión, o simplemente enterarse del chisme, el rey volvía a ocupar el lugar de más alto honor, sentado en un trono dorado adornado con motivos heráldicos, joven pero imponente, vestido con ropajes púrpura y terciopelo negro que destacaban su autoridad divina. A su lado, varios jueces y consejeros murmuraban entre sí, revisando pergaminos y anotaciones mientras esperaban el inicio del juicio.

Charlotte y Theodore ocupaban sus asientos asignados frente al estrado real. Detrás de ellos venían otros nobles aliados: lord De Warenne, lord Leinster y otros miembros de la Alianza de los Siete, quienes habían aceptado ser testigos clave contra Kenneth.

Kenneth fue escoltado al interior poco después, encadenado y sucio, con su arrogancia apenas disimulada detrás de una máscara de dignidad rota. Sus ojos recorrieron rápidamente la sala, buscando apoyo o compasión, pero no la halló. Asesino y bastardo, era lo que se sabía de él. Nadie apoyaría a alguien así, a menos que comulgara con sus actos.

Cuando Kenneth finalmente reparó en Charlotte y Theodore, una sonrisa torcida cruzó su rostro.

Ah, aquí estamos, pensó, cruzando los brazos sobre el pecho lo mejor que pudo con las cadenas. Esto no era más que un espectáculo político, y él iba a darles mucha entretención.

El rey levantó una mano enguantada para pedir silencio. La sala quedó inmediatamente callada, y un escribano comenzó a leer en voz alta los cargos contra Kenneth:

—Kenneth Montfort, también conocido como el pretendiente bastardo de Albermale, está acusado de tres crímenes capitales: conspiración para asesinar a lord Anthony Montfort, usurpación del título de conde mediante fraude y traición a la corona. Además, se le atribuyen múltiples actos de crueldad y asesinato durante su mandato ilegítimo.

Kenneth escuchó esto último con una mueca burlona. Cuando llegó su turno de hablar, se inclinó teatralmente hacia adelante, mirando directamente al rey.

—Majestad —dijo con el tono más respetuoso que pudo encontrar en su repertorio—, permitidme recordaros que soy víctima de una conspiración liderada por esta mujer—. Señaló a Charlotte con desdén— y sus cómplices, quienes han manipulado eventos para arrebatarme mi legítimo lugar. Esta conspiración —siguió, elevando aún más el tono de su voz, casi de manera teatral— involucra una alianza tan poderosa que podría incluso derrocar al mismo rey. Se reúnen en las sombras, se apoyan entre sí. Si uno de estos días quisieran poner a su propio rey, nadie podría impedírselos. Si me permitís continuar, estoy dispuesto a revelar nombres...

Un murmullo recorrió la sala. Varios de los presentes intercambiaron miradas incómodas; incluso el rey levantó una ceja, intrigado.

Charlotte permaneció impasible, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Sabía exactamente lo que Kenneth intentaba hacer: sembrar duda y dividir a los nobles acusándolos de traición. Pero ella ya había anticipado este movimiento.

El juez principal intervino entonces, golpeando su vara contra el suelo para restaurar el orden.

—Vuestras acusaciones deben ser respaldadas por pruebas, señor Montfort. Continuemos con los testimonios.

Un hombre robusto y barbudo fue llamado al estrado. Era uno de los asesinos contratados por Kenneth meses atrás, capturado semanas antes gracias a la investigación liderada por Theodore. Vestido con harapos y temblando ligeramente, confirmó bajo juramento que Kenneth lo había pagado generosamente para asesinar a lord Anthony Montfort.

—Lo admito todo —declaró el hombre, evitando mirar a Kenneth —. Nuestro gremio solía recibir encargos de este tipo todo el tiempo. Los pagos se hacían en metálico, una parte antes del evento, la otra,

después. Guardamos las pruebas porque… algunos nobles quieren pasarse de listos, y no pagar lo que corresponde. Con esas pruebas, los obligamos a no hacerse los tontos.

Theodore reprimió una sonrisa sin pasar por alto que el acusado decía "solía", en pasado. Este gremio había sido desmantelado luego, y gran parte de sus asesinos, atrapados. El resto seguía en las calles, siendo un peligro todavía, o asociándose a otros gremios, pero él sentía que había hecho una gran contribución.

Además, había llevado consigo cientos de otras solicitudes, que ponían en jaque a varios nobles y ricos del reino.

Había sido un gran hallazgo, aunque casi le cuesta la vida.

—¿Especificó el acusado el modo en que quería que se cometiera el asesinato? —preguntó el juez, y el hombre se encogió de hombros.

—Sólo dijo que nos encargáramos de él, rápido y certero. El método lo elegimos nosotros mismos.

La sala estalló en murmullos. Kenneth palideció visiblemente, pero aún intentó desacreditar al testigo.

—¡Es un criminal confeso! —gritó, señalando al hombre—. ¿Cómo puede alguien como él tener credibilidad ante Su Majestad?

El rey intercambió una breve mirada con sus consejeros, pero dejó que el proceso continuara.

El siguiente asunto tenía que ver con la supuesta bastardía de Kenneth, pero al respecto, no había pruebas concluyentes.

Charlotte, antes de partir a Londres, había intentado obtener una confesión de Armand. Pero no importaron sus métodos de tortura, o las promesas que le hiciera, el maldito no confesó.

—Prefiero morir —dijo con ojos destellantes de odio hacia ella—, antes que confesar tal cosa.

—Sois el padre, Armand —le había dicho ella con una vara en la mano, vara que había descargado innumerables veces sobre su espalda, ya sangrante—. Sólo decidlo, y tendréis una estancia más digna hasta el día de vuestra muerte.

—No me importa morir en esta ratonera —insistió él—. No diré nada.

Charlotte, furiosa, volvió a golpearlo con la vara, esta vez, en la cara. Armand se giró por la fuerza del golpe, pero permanecía atado a la pared de su celda, por lo que no cayó al suelo. Dejó caer la cabeza hacia adelante acusando el golpe, y su cabello antes castaño, ahora se veía oscuro, sucio y grasiento.

—Hay algo que no entiendo —murmuró Theodore cruzándose de brazos. Había estado al lado de Charlotte durante gran parte del interrogatorio, pero era ella quien propinaba los golpes—. Si amabais tanto a lady Elaine, ¿por qué no os casasteis con ella? ¿No sois también hijo de nobles? —Armand no contestó, guardando un terco silencio. Sin embargo, Charlotte pudo notar que la pregunta lo había afectado. Tal vez fue por la forma en que su flaco estómago se encogió aún más, o en que se habían tensado sus hombros.

—Porque es pobre —contestó Charlotte con una mueca de desprecio—, y sin habilidades para conseguir por sí mismo un título con el qué luchar por su gran amor.

—¡Lo decís como si fuera tan fácil conseguir un título! —exclamó Armand entre dientes.

—No, no es fácil —contestó Charlotte—, pero tampoco imposible. En las guerras, los caballeros consiguen gloria y honor. Ascienden y se hacen notar. Así lo consiguió lord Wulfric, mi antepasado.

—¡Eso fue muy distinto! ¡No son los mismos tiempos!

—El barón de Wilton, amigo de nuestra casa, consiguió su baronía en un torneo.

—¿Sabéis hace cuanto ningún rey otorga un título de esa manera?

—O podíais reunir un ejército e ir contra un barón, o conde, y conquistar su tierra. Eso todavía se hace—. Armand quedó en silencio, y Charlotte, con encono, siguió—. Pero todas esas opciones requieren de habilidad, astucia, valentía y fuerza. Vos no teníais ninguna. Nunca las tuvisteis, así que preferisteis ser una rata ladina, veniros a la sombra del feudo, y escabulliros por los pasadizos para

meteros bajo las faldas de una mujer casada—. Armand gruñó, intentó decir algo, pero Charlotte puso la punta de la vara en su garganta, impidiéndole hablar—. Conseguisteis sexo, comida, atención, hijos, seguridad, todo… robándoselo a mi padre, a un hombre que confió en vos, que os creía inocente.

—Yo…

—No importa si no testificáis que Kenneth es vuestro hijo —lo interrumpió Charlotte—; él va a morir de todos modos, y tendrá una muerte vergonzosa, tal como merece. Y ahí, todas vuestras pretensiones habrán llegado a su fin. Queríais el feudo de Albermale. ¡Qué lástima! Sólo un verdadero Albermale puede ostentar el poder.

—¡Sólo sois una bastarda! —gritó Armand—. ¡Un error, una deshonra! ¡Nacida del pecado! ¡No sois digna, no merecéis nada!

Esta vez, fue Theodore quien lo golpeó. Fue tan fuerte, que Armand se quedó sin aliento por largos segundos.

—Sois el menos indicado para hacer tal acusación.

Charlotte miró a Theodore en una muda comunicación. Este hombre no iba a confesar, lo cual era un fastidio.

Él le rodeó los hombros suavemente.

—No importa —le dijo entonces—. Los crímenes de Kenneth son tantos, que esto se convertirá, al final, en un asunto menor.

Charlotte se mostró un poco contrariada, pero no había tenido más opción que resignarse, y posponer la muerte de Armand para su regreso de Londres. Hasta entonces, él esperaría aquí, a punta de pan y agua.

El tercer testimonio fue de uno de los soldados de más alto rango de Albermale, sir Jasper, que en cuanto Albermale fue liberada de la tiranía de Kenneth, él salió de las mazmorras jurándole lealtad a Charlotte, y cuando le preguntaron si testificaría contra Kenneth en un tribunal, puso la rodilla en tierra diciendo que para él sería un honor, así que los había acompañado. Sir Jasper fue detallado en las crueldades de Kenneth con su pueblo durante su corto mandato.

Charlotte ya había escuchado estas historias, pero ahora le sonaban más duras, más crueles.

Quemó la cara de un muchacho porque osó mirarlo con mal talante.

Cortó los bracitos de un niño que le tiró una piedra.

Acusó a una criada de intentar envenenarlo, sin pruebas.

Envenenó él mismo a un soldado por descuidar su lugar unos minutos.

Decapitó campesinos que se quejaron de su tiranía.

Obligó a mujeres y niños a presenciar la tortura del cabeza de su familia.

Incendió sus casas cuando fue asediado para presionarlos, tomó como rehén a su propia gente.

Violó innumerables criadas dentro de la capilla de Albermale, profanando un lugar sagrado, y luego, las asesinó cuando supo que estaban embarazadas.

La sala quedó en completo silencio mientras sir Jasper narraba los crímenes de Kenneth. El aire parecía pesado, cargado con el eco de cada palabra pronunciada. Los murmullos de los nobles presentes cesaron, dejando solo el sonido rítmico de la pluma del escribano, que garabateaba frenéticamente para registrar cada detalle.

Mientras escuchaba, Charlotte sentía cómo las palabras de sir Jasper hurgaban en viejas heridas que nunca habían sanado del todo. Cada crimen descrito era un espejo distorsionado de las acciones que ella misma había tomado en el pasado.

¿Acaso no fui yo igual?, se preguntó, apretando los puños hasta que sus uñas se clavaron en las palmas.

Antes, ella tuvo a todo el pueblo de Albermale en su contra. Realmente, eran sus enemigos. Cada asesinato, cada incendio, envenenamiento, cada muerte que autorizaba, rasgaba cada vez más su alma. Ella hubiera preferido que todo fuera distinto, pero la despreciaban por bastarda, y más que todo, por tirana, convirtiendo su vida en un círculo vicioso, del que no pudo escapar.

Y a pesar de todo, ella no llegó tan lejos como obligar a una familia a ver la tortura de su padre, ni hizo daño a niños, ni mucho menos profanó lugares sagrados. Sus actos eran castigos, no provocaciones, como los de Kenneth.

Esta vez, el ser una bastarda no había cambiado, pero jamás se convertiría en una tirana. Se había ganado el favor del pueblo. Toda la vida se dedicó a cultivar la bondad entre ellos, sembrando bienestar para recoger perdón, esparciendo benevolencia para cosechar paz. Había conseguido una segunda oportunidad, pero el castigo de sus primeras acciones no había sido nada liviano, y cargó sobre sus hombros el horror de las consecuencias.

Ahora le tocaba a Kenneth.

A él nadie lo había menospreciado de niño. Nunca pasó hambre, no lo acorralaron para abusar de él. Por el contrario, fue protegido y mimado. Sus maldades se debían sólo a la naturaleza de su podrido corazón, no a la necesidad ni al miedo.

Entonces, la respuesta era: No. No eran iguales. Él había tenido opciones, ella, no.

Al fin, todos los testimonios concluyeron. El rey Ricardo II se levantó lentamente de su trono. Su voz resonó con claridad absoluta al pronunciar el veredicto:

—Kenneth Montfort, habéis sido hallado culpable de traición, asesinato y usurpación. Por vuestros crímenes, os privo de vuestro título y posición nobiliaria. A partir de este momento, sois un plebeyo.

Un destello de horror cruzó el rostro de Kenneth. Ser degradado a plebeyo significaba perder toda conexión con su pasado aristocrático, algo inconcebible para alguien como él.

—Como castigo adicional —continuó el rey—, los condes de Gryndmere serán despojados de su título y tierras por haber entregado en matrimonio a una mujer deshonesta, enviándola a casa de su marido junto a su amante.

—¡Pero, majestad! —gritó Kenneth cayendo de rodillas—. Conspiran contra vos. ¡Siete condes! Liberadme y os daré los nombres. ¡Salvaos, majestad!

—¡Callad! —gritó un soldado, dándole una fuerte colleja, que hizo que Kenneth se tambaleara. El rey apenas si le dirigió una mirada llena de hastío, y, tal vez, un poco de asco.

—Seréis ejecutado públicamente en la horca dentro de tres días —concluyó—. Que vuestro caso sirva como advertencia a aquellos que buscan desafiar la justicia divina y la ley del reino.

—¡No podéis hacerme esto! —volvió a gritar Kenneth lleno de miedo, mientras era arrastrado fuera—. ¡Tengo información valiosa! ¡Liberadme y salvaré yo mismo al reino!

—¿Por qué no dice ya mismo tales nombres? —oyó Charlotte que preguntaba lord Argyll.

—¿Y por qué daría información tan valiosa a cambio de nada? —contestó De Warenne, cruzándose de brazos, divertido con el espectáculo.

—Pero ya no tiene nada que perder.

—Tal vez todavía cree que será escuchado si grita lo suficientemente alto —dijo Theodore con un suspiro—. Y creo que, aunque diera los nombres, nadie le creería. Así que, de verdad, un grupo de condes podría estar conspirando contra el rey y nadie atendería, ya que lo dice alguien que está en la situación más precaria posible.

Charlotte asintió. Él había entrado antes con aire de suficiencia, pretendiendo abogar por sí mismo, presentar información privilegiada acerca de la alianza de los siete. Como si tuviera el poder de revertir toda la situación por el poder de su palabra.

Pero ya no estaba en Albermale, y ya no era conde de nada. Su palabra y el estiércol tenían el mismo valor.

Salió de la sala del gran tribunal apoyada en su esposo sintiéndose cansada. No sólo físicamente, sino también en lo

emocional. Su alma se dolía por su gente, la del pasado y la de ahora.

—¿Estáis bien? —le preguntó Theodore con voz suave, y los ojos de Charlotte se humedecieron.

Pero no se echó a llorar, no se lamentó, ni se quejó. Lo hecho, hecho estaba. Ella ya había pagado sus culpas, ¿no? Lo había perdido todo como consecuencia. Lo que más amaba, lo que le pertenecía, todo.

No podía seguir cargando con culpas del pasado. Esta era una nueva vida, y lamentarse, sería muy ingrato de su parte.

Miró al cielo, azul y despejado, y sintió la brisa cálida y veraniega agitar las faldas de su vestido.

—Lo estaré —le contestó a su marido con un suspiro—. Con vos de mi lado, siempre estaré bien—. Los ojos de él brillaron, y apretó suavemente sus manos.

—Esto tenemos que celebrarlo —dijo lord Argyll llegando hasta la pareja, interrumpiendo el momento íntimo, y sin siquiera darse cuenta—. Haced una fiesta, lord y lady Albermale. Por todo lo alto.

—Un baile estará bien —asintió lord Portland llegando hasta ellos, y poco a poco se fue formando un círculo alrededor.

—Invitad al rey —dijo otro noble, que se había sumado sin ser convidado—. Seguro asistirá.

—Todavía nos falta la ceremonia de afirmación del título por parte del rey —musitó Theodore, pensativo.

—Pronto recibiréis la notificación para ese asunto —se encogió de hombros De Warenne—. Haced la fiesta entonces.

Charlotte sonrió, y respirando hondo, dijo:

—Sí, una fiesta es lo menos que podríamos hacer en honor a nuestros amigos. Una aquí en Londres, y luego otra en Albermale. ¡Estáis invitados desde ya!

—¡Eso es! —celebraron los condes, y entre risas y bromas, se fueron alejando, tomando cada uno los carruajes que los llevaría a sus casas.

Charlotte se aferró al brazo de su marido, y cuando estuvieron al interior del carruaje, cerraron las cortinillas de las ventanas para darse un beso como hacía horas no se habían podido dar.

33

Tres días después, tal como dictaminó el rey, Kenneth fue llevado a la horca.

Fue un día con un amanecer particularmente bonito, gris y dorado, pero nadie prestó mucha atención. En las afueras de Londres, una multitud se había congregado alrededor del patíbulo, una estructura de madera tosca y desgastada por años de uso. Se escuchaba el murmullo de la gente llenando el aire, algunos llenos de odio, otros de morbosa curiosidad, y unos pocos de lástima hacia el condenado. Pero para quienes conocían realmente la historia de Kenneth Montfort, este era un momento de justicia largamente esperada.

Kenneth fue conducido al lugar de la ejecución encadenado, escoltado por soldados que lo miraban con desprecio. Su arrogancia habitual había desaparecido; ahora caminaba con pasos pesados, arrastrando los pies sobre el barro. Sus ojos, hundidos y oscuros, recorrían la multitud con desesperación, buscando alguna señal de compasión. No encontró nada más que rostros fríos e indiferentes.

Al ver a Charlotte, que observaba desde una posición elevada junto a otras figuras nobles, sus pasos se desviaron de su camino, como si quisiera ir hacia ella, que lo miraba con rostro impasible. Como un acto reflejo, Theodore, aunque sabía que él no podía alcanzarla, la puso tras él al tiempo que ponía la mano en la empuñadura de su espada, pero pronto un soldado enderezó sus pasos de un empujón. Kenneth obedeció, pero sus ojos claros estaban clavados en ella.

Esa mirada estaba llena de horror, se dio cuenta Charlotte, y se estremeció un poco. Tres días en una mazmorra de Londres habían terminado por quebrarlo totalmente, y no podía culparlo.

Cuando Kenneth llegó al patíbulo, los guardias lo obligaron a subir los escalones de madera, cada uno resonando como un golpe sordo que marcaba su camino hacia el final. Arriba, el verdugo lo esperaba, una figura alta y encapuchada que sostenía una cuerda

gruesa enrollada en una mano enguantada. El nudo ya estaba preparado, colgando ominosamente del extremo de la horca.

Un pregonero avanzó al frente del patíbulo, desenrollando un pergamino y comenzando a leer en voz alta:

—Kenneth Montfort, también conocido como el pretendiente bastardo de Albermale, ha sido hallado culpable de traición, asesinato, usurpación y múltiples crímenes. Por orden del rey Ricardo II, será ejecutado públicamente mediante ahorcamiento. Que su muerte sirva de advertencia a todos aquellos que intenten desafiar la ley divina y la autoridad real.

La multitud estalló en vítores y abucheos cuando el nombre de Kenneth resonó en el aire. Él cerró los ojos, tratando de bloquear el sonido, pero era imposible escapar del juicio colectivo. Los gritos eran como dagas clavándose en su mente, recordándole que no había nadie que llorara por él, nadie que lamentara su pérdida.

El verdugo colocó la cuerda alrededor del cuello de Kenneth, ajustándola con precisión cruel. La madera crujió bajo sus pies mientras lo posicionaban sobre la trampilla. Kenneth miró hacia abajo, hacia el vacío que pronto lo recibiría, y entonces su máscara de estoicismo se rompió. Comenzó a temblar, balbuceando palabras incoherentes.

—No… No puedo… Por favor... —su voz se quebró, apenas audible por encima del ruido de la multitud. Miró hacia donde estaban Charlotte y Theodore con los ojos llenos de pánico—. Charlotte… hermana… tened piedad...

Charlotte sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Hermana. ¿De verdad ese hijo de Satán la había llamado "hermana"? No eran nada. Nunca lo fueron. No compartían ni una sola gota de sangre.

Y aunque la tuvieran, pensó. Él era malvado, taimado, traicionero.

Charlotte quería apartar la vista, pero sabía que debía quedarse. Era testigo no solo de la muerte de Kenneth, sino del fin de una era

oscura para Albermale. Inspiró profundamente y levantó el mentón, negándose a mostrar debilidad frente a él.

Theodore apretó suavemente la mano de Charlotte, transmitiéndole fuerza. Sabía que ella estaba luchando contra sus propios demonios internos, enfrentando las consecuencias de todo lo que había pasado para llegar a este momento.

El verdugo dio un paso atrás y levantó la mano, haciendo una señal al operador de la trampilla. Hubo un instante de silencio absoluto, como si el mundo entero contuviera el aliento.

Luego, el estruendo.

La trampilla se abrió de golpe, y Kenneth cayó al vacío. La cuerda se tensó con un chasquido brutal, deteniendo su caída abruptamente. Su cuello no se rompió, lo que arrancó vítores de celebración entre la gente. Estas eran las muertes entretenidas, esas donde el pobre diablo ahí colgado se retorcía hasta morir.

El cuerpo de Kenneth se sacudió violentamente, retorciéndose en espasmos involuntarios mientras el aire abandonaba sus pulmones. Sus piernas patalearon desesperadamente, buscando un punto de apoyo que nunca encontrarían.

El sonido de su garganta ahogándose fue lo más terrible. Un gorgoteo ronco, seguido de jadeos entrecortados que pronto se convirtieron en silencio. Sus ojos, abiertos de par en par, parecían fijos en algún punto lejano, como si estuvieran viendo algo que nadie más podía percibir. La vida se desvaneció lentamente de ellos, hasta que finalmente quedaron vidriosos y estáticos.

La multitud permaneció en silencio durante varios segundos, observando con ojos fascinados, antes de estallar nuevamente en aplausos y gritos de júbilo. Para ellos, Kenneth no era más que un monstruo que había recibido su merecido. Pero para Charlotte, el momento fue mucho más íntimo y personal.

Se giró lentamente, ignorando las miradas de los demás. No quería celebrar ni regodearse en su victoria. Simplemente quería irse, alejarse de este espectáculo macabro que representaba tanto el triunfo como el costo de la justicia.

Theodore la siguió, colocándose a su lado mientras descendían de la plataforma. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvieron solos en el carruaje que los llevaría de regreso a la mansión.

—Lo habéis hecho —dijo Theodore finalmente, rompiendo el silencio. Habéis restaurado el honor de vuestra casa.

Charlotte miró por la ventanilla, observando cómo la ciudad quedaba atrás. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, pero no eran de tristeza ni de alegría. Eran de liberación.

—Sí —respondió ella, con una sonrisa un poco contenida—. Pero deberíais decir: lo hemos hecho. Sin vos, mi señor, esto habría sido imposible—. Él rio quedamente, y tomó su mano con suavidad, acariciando el dorso de sus dedos con una promesa implícita en su mirada.

Quería decirle más cosas, pero no eran ni el momento, ni el lugar. Sin embargo, su toque, su mirada, y esa sonrisa velada que era su fuerte y su descanso, lo dijeron todo.

Mientras el carruaje avanzaba, el eco distante de los vítores de la multitud seguía resonando en el aire, opacando el crujido de la cuerda que aún colgaba del patíbulo, balanceándose lentamente en el viento.

Pocos días después de la ejecución de Kenneth, Charlotte y Theodore fueron nuevamente convocados por el rey. Serían investidos formalmente como lord y lady Albermale.

La ceremonia tuvo lugar en la Gran Sala del Palacio de Westminster, una estancia majestuosa que parecía respirar historia por cada rincón. Las paredes estaban cubiertas de tapices bordados con escenas heroicas y motivos heráldicos, mientras enormes candelabros de hierro colgaban del techo abovedado. El suelo de piedra pulida reflejaba las llamas de las velas, creando un efecto etéreo que hacía que todo pareciera casi irreal.

En el centro de la sala, y, como siempre, sobre un estrado elevado, se encontraba el trono del rey, un asiento imponente

tallado en roble y decorado con pan de oro. A su alrededor, cortesanos, nobles y clérigos observaban en silencio reverencial, vestidos con sus mejores galas: sedas brillantes, brocados intrincados y joyas. El aire estaba cargado de expectativa, y el murmullo bajo de las conversaciones cesó cuando el rey levantó una mano enguantada para pedir atención.

Charlotte entró al salón acompañada por Theodore, quien lucía una armadura pulida hasta brillar, y el escudo de Albermale, un lobo blanco sobre campos de azur, simbolizando su lealtad a la casa. Pero todos los ojos estaban puestos en ella. Llevaba un vestido azul oscuro, casi negro, ribeteado con hilos plateados que formaban delicados patrones geométricos. Un manto de terciopelo bordado con el emblema de Albermale descansaba sobre sus hombros, sostenido por una pesada cadena de oro que llevaba el blasón familiar. Su cabello, recogido en una trenza elaborada, estaba adornado con pequeñas perlas que resplandecían como gotas de rocío bajo la luz de las velas.

Avanzó hacia el estrado con paso firme pero elegante, flanqueada por algunos de sus aliados más cercanos, los miembros de la alianza de los siete. Incluso el barón de Wilton, y otros amigos hicieron el camino hasta Londres para presenciar este momento. Todos ellos habían luchado junto a ella, y ahora presenciaban el evento culminante de esa batalla.

Cuando Charlotte y Theodore llegaron al pie del estrado, se inclinaron profundamente ante el rey, quien miró a Charlotte con una mezcla de curiosidad y admiración. Era evidente que Ricardo II no estaba acostumbrado a ver mujeres en posiciones de poder, pero también era claro que reconocía la determinación y valentía que Charlotte había demostrado durante los últimos meses.

—Lady Charlotte Montfort —comenzó el rey con voz fuerte y clara —, os habéis presentado ante mí no solo como hija legítima de Anthony Montfort, sino como alguien que ha restaurado el honor de su casa mediante actos de coraje y sabiduría.

Charlotte mantuvo la cabeza alta, aunque sentía el peso de todas las miradas sobre ella.

—Hoy —continuó el rey, levantándose de su trono—, por derecho de sangre y por vuestras acciones ejemplares, os nombro condesa de Albermale, protectora de estas tierras y vasalla directa de la corona—. Extendió una espada ceremonial hacia ella, cuya empuñadura estaba adornada con gemas que centelleaban como estrellas. ¿Aceptáis este título y las responsabilidades que conlleva?

Charlotte tomó la espada con ambas manos. Podía sentir el valor de ésta, no sólo el del metal forjado, sino también, lo que significaba. Miró al rey a los ojos antes de responder.

—Lo acepto, Majestad. Juro que serviré a mi pueblo con justicia, defenderé mis tierras con honor y seré fiel a la corona hasta mi último aliento.

El rey asintió, complacido, y luego colocó una mano sobre su hombro.

—Que así sea. Levantaos, lady Charlotte, condesa de Albermale.

El salón estalló en aplausos y vítores. Los nobles presentes intercambiaron sonrisas y murmullos de aprobación, y algunos incluso se inclinaron ligeramente en señal de respeto. Theodore fue el primero en acercarse a ella, con una expresión de orgullo tan intensa que parecía desbordar su compostura habitual.

La celebración se extendió hasta la mansión de Albermale en Londres. El rey les concedió el honor de asistir, lo que ratificaba a Charlotte en una posición de alto poder e influencia, atrayendo a todo tipo de nobles a su casa.

El salón de baile estaba tan lleno que ya no le cabía un alma, el vino desfilaba de copa en copa, de mano en mano, y la música puso a bailar a jóvenes y no tan jóvenes. Había risas, juegos en algunos rincones, y conversaciones tan serias como lo había sido la traición de la casa Gryndmere, como se trataba el asunto, o tan banales como lo buenos que estaban los aperitivos.

Charlotte, en un momento, llamó la atención de todos, agradeció la presencia del rey, y luego, la de sus amigos. Pudo notar que

algunos que apenas eran conocidos sonrieron como si fueran parte del círculo más cercano de Albermale, pero no les prestó mucha atención. Era natural que quisieran cobijarse bajo la sombra del árbol más grande.

Charlotte bailó primero con su marido, que lucía extremadamente guapo esa noche.

—Mi lady —le dijo en voz baja, tomando su mano para besarla—, jamás he estado más orgulloso de nadie en toda mi vida.

Ella sintió que su corazón se derretía ante esas palabras. ¡Significaban tanto! Irremediablemente, los ojos se le humedecieron, pero no pudo evitar bromear para aliviar un poco la tensión.

—Cuidado, Theodore, no querréis que piensen que sois demasiado parcial.

Él soltó una risa suave antes de añadir:

—Al contrario, mi lady. Que todos vean que toda mi atención, preferencia y devoción están inclinadas sólo a vos—. Charlotte lo miró con ojos brillantes llenos de amor, de felicidad. Amaría a este hombre por el resto de su vida, eso era un hecho, pero en ese momento, volvió a jurarse hacerlo feliz.

Lord Argyll se acercó a continuación, con una copa de vino en la mano, y levantó su brazo en un brindis improvisado.

—Por la nueva condesa de Albermale —anunció, y su voz resonó en toda la sala—, quien nos ha demostrado que ni la traición ni la adversidad pueden doblegar a un verdadero líder.

Los demás siguieron su ejemplo, levantando copas y vitoreando nuevamente. Todas las esposas de la Alianza de los siete estaban en la fiesta, y también sus hijos, y sus nietos. Algunas de esas mujeres tenían la edad de Charlotte, por lo que fue fácil hacerse amigas. En esos días en Londres, habían paseado y tomado el té juntas en varias ocasiones, y ahora que ella había sido nombrada como condesa, se admiraban y la apoyaban.

Lady Sylvan, visiblemente emocionada, abrazó a Charlotte con fuerza.

—Siempre supe que llegaríais aquí —le susurró al oído—. Pero nunca imaginé cuánto me alegraría veros tomar el lugar que siempre os correspondió.

Incluso lord Portland, quien solía ser reservado en sus emociones, se acercó para felicitarla con una reverencia formal.

—Bien hecho, mi lady. Habéis honrado no solo a vuestro padre, sino también a todos nosotros que hemos tenido el privilegio de apoyaros.

—Y yo os vuelvo a agradecer vuestra invaluable ayuda. Por supuesto, estáis invitados a la celebración en Candelburg, el castillo principal del territorio de Albermale.

Todos volvieron a celebrar, asegurando su asistencia.

Y luego, fue hora de volver a casa.

El verano avanzaba, y a Charlotte le habría encantado pasar más tiempo en la ciudad, pero había mucho que hacer en su territorio, muchos entuertos que enderezar, muchas familias a las que resarcir.

Había dejado la aldea sumida en la tristeza y la desolación el día de su partida. La habitual alegría de las mujeres estuvo completamente ausente cuando la despidieron, y luego de desearle un buen viaje, las palabras estuvieron llenas de rencor y dolor.

—Haced que ese bastardo pague —fue su petición—. Castigadlo con la furia de un lobo.

Les traía buenas noticias, sus deseos se habían hecho realidad.

Sin embargo, el escenario que encontró a su regreso fue muy diferente al de su partida.

Al doblar por el camino de robles, antes de la entrada a la aldea, toda la población había salido para recibirla, agitando pañuelos blancos y azules. ¡Azules! ¿No sabían estas mujeres lo caro que era el color azul? Debieron haber sacrificado varias comodidades con tal de conseguir ese trozo de tela que era el color del estandarte de Albermale.

Charlotte quedó sin aliento. Se asomó por la ventanilla de su carruaje con una sonrisa rutilante de felicidad y admiración. Extendió sus brazos, agitando sus manos, saludando y mandando besos a todos. ¡Qué recibimiento más hermoso, qué alivio verlos reunidos por un motivo feliz!

—Les han llegado las noticias desde Londres —exclamó Theodore desde su caballo—. Se alegran por vos… y por ellos mismos.

—¡Paz en Albermale! —decían los aldeanos agitando sus pañuelos. Charlotte pudo ver que no sólo estaban los de Candelburg, sino también de las aldeas de los vasallos. Era mucha gente, conocidos y desconocidos, y, a medida que el carruaje avanzaba, la seguían, haciendo el avance un poco más lento.

En la entrada de Candelburg, un grupo de trompetistas anunció su llegada, no fue la campana de siempre, y Minerva la esperaba al lado de sir Edgar justo en la puerta del salón del homenaje, erguida y serena como siempre, pero había un brillo especial en sus ojos cuando vio bajar del carruaje a su nieta.

Charlotte descendió del carruaje ayudada por su marido, lamentando las fachas que traía. Si hubiese sabido que le darían tal recibimiento, se habría puesto el vestido con el que la nombraron condesa de Albermale.

—Abuela… —los ojos de Charlotte brillaban, y cuando Minerva le extendió sus manos para recibirla, una lágrima rodó. Casi, casi, pudo ver a su padre hacer el mismo gesto para ella, feliz de verla completar su destino.

—Bienvenida a casa, lady Albermale —dijo la serena voz de Minerva, y Charlotte se arrojó a sus brazos como una niña.

Todo había sido diferente gracias a ella, le debía más que la vida. Era su madre, su aliada, su cómplice. ¡Cómo amaba a esta señora!

—Gracias —le dijo con voz quebrada—. Gracias por todo.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —preguntó Minerva mirando a su nieta a los ojos, apartando el cabello negro que se le venía a la frente con manos cuidadosas. Ella, apretando sus labios, asintió, y volvió a apoyarse en su hombro.

Theodore sonrió al verla así. Con su abuela, la condesa, invariablemente, se volvía una niña pequeña.

El pueblo había preparado una gran fiesta. Sacrificaron animales, sacaron granos de las reservas, y montaron ollas a lo largo y ancho del territorio que rodeaba el castillo. Dentro, los caballeros y sirvientes de alto rango disfrutaban de una copiosa cena, fuera, los aldeanos y campesinos celebraban también a su manera.

Hubo música por todas partes, bailes y trovas. Todas cantaban las alabanzas de la condesa, y del valiente caballero que la acompañó en su travesía.

Tarde en la noche, lanzaron fuegos artificiales, y los vasallos más cercanos respondieron lanzando los suyos propios como señal de respeto.

Charlotte subió a la torre más alta junto a Theodore para admirarlos mejor. Desde allí podía ver el vasto territorio de Albermale, bañado por la luz parpadeante de las hogueras, y la música y los cánticos llegaban en forma de un leve rumor.

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó él, tomando su mano.

—Sí —respondió Charlotte, y su voz sonó apenas como un susurro—. Pero también es un recordatorio. Este lugar, esta gente… ha sufrido demasiado. No puedo permitirme fallarles.

Theodore colocó una mano en su hombro, reconfortante.

—No lo haréis. Habéis demostrado que sois capaz de enfrentar cualquier desafío. Confían en vos porque les habéis dado razones para hacerlo.

Charlotte asintió, dejando que las palabras de Theodore calmaran sus preocupaciones.

—Gracias, Candelburg —susurró, acariciando la balaustrada del balcón como si fuera la cabeza de un niño pequeño.

Theodore la miró con expresión confundida.

—¿Habláis con el castillo? —ella soltó una risa nerviosa, y asintió.

—Fue mi aliado.

—¿De verdad?

—Oh… es que hay algo que… —Charlotte se detuvo. Justo en ese momento, la comida que había ingerido pareció revolverse en su estómago, haciéndole sentir asco, náuseas, y debilidad.

En un instante, Theodore la acogió en sus brazos.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien? ¿Qué sentís? —La voz de él sonaba alarmada, pero Charlotte no pudo tranquilizarlo. Necesitaba vomitar.

No iba a alcanzar a bajar, necesitaba sacar lo que tenía dentro ya.

Miró alrededor, pero no había nada que se pareciera a un cuenco, y no quería trasbocar sobre el piso de piedra, así que, se asomó por el balcón, y mientras Theodore la sostenía para que no perdiera el equilibrio, Charlotte vació su estómago.

Y luego, se desmayó en sus brazos.

34

Theodore bajó todas las escaleras desde la torre más alta con mucho cuidado, alertando a cualquiera que lo pudiera escuchar en medio del bullicio de los restos de la fiesta que llamaran a Ciryl. Minerva, que ya se retiraba a sus aposentos, al ver a su nieta desmayada en los brazos de Theodore, se asustó fuertemente, y los siguió hasta que la depositaron en la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Minerva con la tez pálida, como si toda su sangre hubiese sido drenada hacia los pies.

—Realmente, no lo sé —contestó Theodore sin aliento, poniendo el dorso de sus dedos bajo la nariz de Charlotte, comprobando que respirara—. Tal vez, fue algo que comió. Empezó a sentirse mal del estómago y devolvió la cena.

—Creéis que haya sido…

—¿Envenenamiento? —la palabra salió algo apretada de los labios de Theodore.

Sí que lo había pensado en el largo trayecto desde lo alto de la torre hasta aquí. Tuvo mil pensamientos, todos llenos de pánico, acerca de lo que podía estarle pasando a su mujer.

Tal vez todavía no se habían deshecho de todos los enemigos, tal vez, algún simpatizante de Kenneth seguía suelto.

Era algo que seguía sin comprender. ¿Cómo alguien podía simpatizar con ese tirano? Aunque en verdad hubiese sido hijo de lord Anthony, ¿cómo podían apoyar a un asesino desalmado?

En el momento, entraron las doncellas de Charlotte, dándose órdenes entre ellas para traer paños y bebidas que la pudieran ayudar.

Charlotte se agitó un poco, frunciendo delicadamente el ceño, y poco a poco, fue abriendo los ojos.

—¡Querida mía! —la llamó Minerva tomando su mano—. ¿Qué os pasa?

Charlotte hizo una mueca, y poco a poco, se sentó en la cama.

—Quedaos recostada —le pidió Minerva—. Ya Ciryl viene en camino—. Pero Charlotte no hizo caso, y se quedó allí, sentada y un poco desorientada, en el borde del colchón.

—Estoy muy mareada—. Blake trajo para ella un cuenco, por si necesitara vomitar, pero Charlotte no lo hizo, y pidió agua.

Ella fue recuperando poco apoco el color, y Theodore empezó a tranquilizarse. Un envenenamiento no causaría esta extraña mejoría, se dijo. Ella bebió el agua como si llevara días sedienta, y volvió a recostarse en su almohada.

Ciryl llegó minutos después, con su equipo de ayudantes y todo tipo de instrumentos y medicinas para tratar a la condesa. Él le pidió a todos que salieran un momento, pero nadie le hizo caso, por lo que se resignó a revisarla delante de todos. Le tomó el pulso, miró sus pupilas, y revisó su lengua, como si al fondo de ella pudiera encontrar algo extraño.

—Mi lady… —Ciryl miró alrededor, incómodo por el público—. ¿Hace cuánto no os baja la costumbre del mes? —Charlotte miró a Ciryl con ojos enormes.

Minerva contuvo el aliento llevándose una mano temblorosa a su pecho, luchando contra las lágrimas. Ya estaba dando por sentado lo que una pregunta así podía significar, y los ojos se le inundaron de lágrimas. El legado de su familia continuaría. Habría verdaderos Albermale en casa otra vez, y todos los antepasados estarían en paz.

Theodore se tensó en su lugar, como si el mundo se detuviera por un instante. Su mente repasó rápidamente los últimos meses: las noches tan activas, las risas, las preocupaciones dejadas atrás... Y ahora esto. Un hijo. Su hijo.

Era altamente probable que sí, que estuviera embarazada. Ya se imaginaba a sus padres y hermanos alborotando por esta noticia. Quería escribir esas cartas ya.

Las tres doncellas, al escuchar la posibilidad de que su ama estuviera encinta, juntaron sus manos, sonrieron y casi bailaron al escucharlo.

Charlotte pensó en aquello.

Llevaba casada con Theodore ya tres meses, tres meses que, a pesar de haber sido interrumpidos por el asedio y luego el viaje a Londres de ida y de regreso, fueron maravillosos, llenos de ternura, mucha pasión e intimidad. Ahora que hacía un repaso de todo ese tiempo, se dio cuenta de que ni una vez le había bajado la regla en ese tiempo. No se había dado cuenta, por supuesto; tan ocupada había estado, que no echó en falta los lienzos; al contrario, agradeció no necesitarlos en esos días tan ocupados y agitados. Ni siquiera sus doncellas advirtieron la falta, que se suponía debían estar atentas a cada necesidad.

Se llevó una mano al vientre. Un hijo. Seguro que sí estaba embarazada, iba a tener un hijo con Theodore. Elevó la mirada a él, que le sonrió radiante.

—Es necesario saber la última vez —insistió Ciryl—, para calcular…

—Tres meses —contestó ella, interrumpiéndolo, y Ciryl la miró fijamente por un momento. Luego de una pequeña mueca que pareció una sonrisa, dejó salir el aire, alejándose un poco.

—Entonces, mi señora, es altamente probable que esas náuseas y mareos se deban a que está en estado de dulce espera.

—¿De verdad? —preguntaron Minerva y Theodore casi en coro.

Charlotte sonreía, con su mano en el vientre, segura de que allí había una vida, seguro de que ya albergaba a su hijo en sus entrañas.

Theodore no perdió tiempo y se arrodilló a su lado, abrazándola tiernamente, y ella quiso llorar de felicidad. Lo rodeó con sus brazos mientras le escuchaba emocionado, feliz igual que ella, y sólo pudo pensar en que este día ella jamás lo olvidaría. No podía pedirle nada más al cielo, a Dios, al destino. Ya todo lo tenía.

—Os amo —dijo él sin poder contenerse, besando sus labios delante de todos, y a ella se le colorearon las mejillas. Era la primera vez que se besaban en público, a parte de la ceremonia de bodas. Sin embargo, con el paso del tiempo, y toda la intimidad que habían compartido, este beso era muy diferente del primero.

—Permitidme a mí también abrazar a mi nieta —dijo Minerva con voz casi suplicante, y Theodore dio el paso atrás. La anciana se sentó a su lado en la cama y la abrazó, prometiéndole acompañarla en todo el proceso, felicitándola, calmando sus temores.

Las doncellas de Charlotte apenas podían contener su emoción. Blake incluso se cubrió la boca con ambas manos para ahogar un chillido de alegría, mientras Ariella murmuraba algo sobre preparar ropa de bebé. Incluso Martha, siempre práctica y reservada, no pudo evitar sonreír ampliamente.

—¡Oh, mi lady! —exclamó Blake, incapaz de contenerse—. Será el bebé más hermoso de toda Inglaterra. ¡Y qué honor será cuidarlo!

—¿No es raro que le den náuseas en la noche? —comentó Martha un poco confundida. Ciryl meneó la cabeza negando.

—Aunque las náuseas matutinas son más comunes, hay algunos casos en dónde éstas pueden dar a cualquier hora. Algo inusual que haya comido, el haber estado bajo una larga temporada de preocupación y ansiedad… Y estos últimos meses no han sido precisamente tranquilos para la condesa.

Todos asintieron al escuchar aquello. Ciryl se puso en pie, recogiendo sus cosas, y suspirando.

—De todos modos, mi lady —dijo, disponiéndose a salir—, estaré monitoreando personalmente vuestros síntomas. Llamadme en cuanto sintáis algo anormal. Dejaré a vuestras doncellas una lista de tés que podrían ayudar a las náuseas si vuelven a presentar.

Ciryl fue acompañado afuera por las tres mujeres que le hacían preguntas una tras otra. Minerva, entendiendo que la pareja necesitaba intimidad, le dio otro abrazo a su nieta y se puso en pie.

—El cielo os ha sonreído, mi niña. Merecéis toda esta felicidad—. Charlotte sólo apretó los labios en una sonrisa, asintiendo, creyendo profundamente esas palabras.

Minerva besó su frente y se puso en pie disponiéndose a salir. Theodore la acompañó hasta la puerta, y luego volvió para abrazar nuevamente a su esposa.

—¿Os sentís mejor? —ella asintió en silencio, mirándolo fijamente con sus ojos radiantes. Él rio suavemente—. Me hacéis muy feliz, mi lady.

—También yo soy muy feliz. Estoy… tan aliviada… —Ella se recostó en su hombro suspirando hondamente—. Candelburg también debe estar sintiendo alivio.

Theodore frunció el ceño, intentando procesar las palabras de Charlotte. "Como si respirara, como si sintiera". No era la primera vez que escuchaba algo así de ella, pero ahora lo decía con una seriedad que no dejaba espacio para dudas.

—¿Qué queréis decir con que habéis podido comprobarlo? —preguntó suavemente, inclinándose hacia ella—. ¿Cómo sabéis que no es solo… vuestra imaginación?

Su tono no era escéptico, sino genuinamente curioso. Quería creerle, porque amaba cada parte de ella, incluso las que no comprendía. Pero también sabía que esto era algo grande, algo que probablemente cambiaría para siempre su visión del mundo.

—En la torre dijisteis algo similar —siguió ante su silencio—. Es normal que un castillo lleve un nombre, pero… —Ella se tensó un poco, lo que alarmó a Theodore—. No os estoy criticando —dijo de inmediato, sonriendo—. Sólo… pienso que es un poco extraño.

El estómago de Charlotte volvió a revolverse, pero esta vez no fue por el bebé. Su pecho se apretó un poco.

Su abuela Minerva le había dicho que era importante que su pareja conociera el secreto de Albermale, ya que, en el futuro, ambos tendrían que instruir a su hijo y heredero en ese conocimiento. También, le había dicho, esta era una carga muy pesada de llevar, una que era mejor compartir con el ser amado. Anthony no lo había compartido con Elaine, afortunadamente, pero, básicamente, fue porque él no creyó de corazón que todo fuera verdad. Si lo hubiese creído, si de corazón lo hubiese aceptado, tal vez su vida hubiese sido diferente, opinaba Minerva. Él habría sido más consciente de la gran responsabilidad que llevaba sobre los hombros, y habría elegido mejor a su esposa.

Porque, sí, había sido Anthony quien eligiera a Elaine por sobre todas las mujeres en el reino. Se había encandilado con su belleza y encanto superficial, sin mirar más allá. Como su padre había fallecido muy joven, fue Minerva quien llevó las responsabilidades del feudo, sin volver a casarse, contando sólo con la ayuda de la familia y los vasallos. Cuando empezó a preocuparse por la esposa de su hijo, él ya había puesto sus ojos en esa serpiente, como la llamaba Minerva, y juró que sólo con ella se casaría.

A Minerva, Elaine le parecía un poco estirada, pero aparte de una mala corazonada, no vio motivos para oponerse rotundamente a ese matrimonio. Sin embargo, luego de casarse, Elaine trajo consigo personas que no compartían los mismos valores, que sembraron discordia donde antes había unidad. Y cuando Kenneth nació, fue como si todo el mal que llevaba dentro encontrara un hogar en él.

Ahora, todo esto debía saberlo su esposo, la persona con la que compartiría el resto de su vida, con la que tendría hijos y continuaría el legado. Pero, Dios, no era fácil.

El corazón de Charlotte latía con fuerza mientras buscaba las palabras adecuadas. Sabía que este era un momento crucial, no solo para ella, sino para el futuro de Albermale. Si Theodore no entendía o, peor aún, si no creía en lo que estaba a punto de decir, eso podría cambiar todo entre ellos.

—Candelburg… no es solo un edificio —continuó en apenas un susurro—. Durante muchos, muchos años, nuestra familia ha guardado un secreto. Un secreto que… bueno, que cambia la forma en que ves el mundo. Yo misma tardé tiempo en aceptarlo completamente.

Miró hacia abajo, evitando sus ojos, y agregó:

—Pero creo que es hora de que vos también lo sepáis.

Charlotte dejó salir el aire y se puso en pie, sin embargo, todavía sentía mareo, por lo que tuvo que apoyarse en él y volver a sentarse. Theodore, solícito, le trajo otro vaso de agua, y ella lo bebió.

—Lo que os contaré… es el mayor secreto de este feudo, Theodore. Y también… mi mayor vergüenza—. Él ladeó la cabeza.

—¿Vergüenza? —ella asintió con una sonrisa triste.

—No quiero que penséis menos de mí —susurró, mirándolo con ojos llenos de lágrimas—. Pero tampoco puedo seguir ocultándoos quién soy… o quién fui. No quiero secretos entre nosotros.

—Eso no pasará. No hay nada que me haga pensar menos de vos —. Ella sonrió, y aferrándose a esa promesa, empezó:

—¿Y si os contara… que esta no es la primera vez que vivo la vida? ¿Qué, en una vida diferente, yo… fui una condesa tirana? — Theodore no le quitó los ojos de encima, esperando que ella se explicara mejor.

Charlotte sentía el estómago encogido. Era una apuesta muy alta contarle todo lo del pasado, pero algo que necesitaba hacer. Algo que, aunque la asustaba, debía hacer.

Además, una vez él mismo le dijo que era normal tener oscuridad dentro, ser un poco egoísta.

Sentía que, en este instante, iba a poner a prueba el amor de su marido.

—La primera vez que llegué a Albermale —dijo con voz suave y pausada, cautelosa—, mi padre me despreció, Elaine y sus bastardos se burlaron de mí, y allí empezó mi calvario.

Empezó a contarle todo, con detalle, deteniéndose en las partes escabrosas, hasta llegar al punto en que lo había conocido.

Theodore la escuchó en silencio la mayor parte del tiempo, pero cuando llegó a ese evento, tuvo que detenerla.

—¿Esto que me contáis es un sueño? —preguntó—. Porque yo me enamoré de vos tan sólo veros. No es posible que os haya visto y no hubiese reaccionado.

—Es que yo… era diferente —contestó Charlotte con una sonrisa triste—. De mí nadie hablaba, ni mucho menos cantaban mis alabanzas. Yo era sombría, casi invisible, porque así me había tocado

vivir. ¿Qué cosas buenas de mí ibais a escuchar, si prácticamente no vivía, y sólo existía?

Theodore la miró en silencio, en desacuerdo con eso. Era imposible que ella fuera invisible para la gente de Albermale. Era brillante, hermosa, buena.

—Fue un sueño horrible, mi amor —dijo, atrayéndola a su pecho, consolándola.

Pero, por primera vez, Charlotte se resistió a su abrazo.

Se puso en pie y lo miró seria.

—No fue un sueño, Theodore —aseguró—. Lo que viví fue real, tan real como que estoy aquí frente a vos… después de recibir la noticia de que podría tener un hijo vuestro en mi vientre. Tan real… —los ojos de ella se nublaron— que, aunque me he perdonado, y tal vez también el cielo ya me perdonó… todavía lloro… cuando recuerdo el castigo tan horrible que recibí.

—¿Castigo?

—¡Yo no era nadie! —exclamó—. Maltratada, hambrienta, con frío, durmiendo en cualquier parte, de cualquier manera, expuesta a abusos y peligros… ¡Así viví casi toda mi vida!. Mi abuela Minerva falleció tan sólo un año después de que yo llegara, y en ese tiempo, siempre estuvo enferma, en cama. ¡Nadie cuidó de mí! ¡Nadie me amó! —esto último lo dijo casi en un grito—. Por eso, cuando me dijeron que yo también podía aspirar al título de condesa, arrebatárselo a Kenneth, porque yo también era una Montfort, me dejé llenar los pensamientos de esa ilusión de grandeza, y sobre todo… porque era una oportunidad de atraer vuestra atención. Porque ya os amaba.

Theodore miró a otro lado, como si al fin empezara a procesar las palabras que ella le decía, como si se estuviera permitiendo creer en esa remota posibilidad. Todo se debía a lo vívido que ella describía cada cosa, las emociones que transmitía al decir las palabras. No inventaba, recordaba. No era un sueño, para ella, era la realidad.

Mil pensamientos, todos contradictorios, empezaron a agolparse en su mente, pero no dijo nada, y Charlotte continuó.

—Entrené con la espada —dijo—. A escondidas de todos, claro. Aprendí a montar, a disparar el arco… y un día, reuní los suficientes soldados como para rebelarme contra mi propio padre, y lo maté—. Theodore alzó la mirada a ella, espantado por lo que oía.

Imaginar a Charlotte cometiendo tal crimen era inimaginable, difícil de procesar. Ella le había amado tanto, y lo lloró tanto la noche de su asesinato, luchando luego con garras y colmillos para hacerle justicia, vengarlo, que le quedaba cuesta arriba imaginar algo así.

—Lo maté con mis propias manos, Theodore, y luego maté a Kenneth.

—Por qué…

—Para tomar el poder —dijo, secándose las lágrimas, mirando sus manos sobre su regazo—. Para ser respetada al fin. Pero Ivette escapó —dijo con un suspiro—. Armand se quedó en mis filas, y debido a eso… todo fue un infierno. El pueblo me odiaba, y tuve que aplicar mano de hierro. Los vasallos, los sirvientes, todos me traicionaban, intentaban matarme de un modo u otro, y yo sólo castigaba, y castigaba. Nunca conté con la ayuda de la alianza, nunca… fui una condesa de verdad. Vos… intentabais mediar. Mediabais entre el pueblo y yo, entre los vasallos y yo, entre los aliados y yo. Cuando intentaron mataros, acordamos un matrimonio para protegeros, pero vos… os negasteis, porque ya amabais a otra mujer.

Él la miró ceñudo, meneando la cabeza como si aquello simplemente fuera imposible.

Charlotte asintió.

—Me odiabais.

—¿Por qué…?

—Porque yo era mala —siguió ella abriendo un poco sus ojos—. Casi como Kenneth.

—No es posible —insistió él—. No lo creo.

—Y nos casamos —siguió ella, como si no lo escuchara—. Pero nunca me tocasteis, nunca, siquiera, me besasteis. Así que… nuestro

matrimonio nunca se consumó. Y una noche… incluso me dijisteis que preferíais morir que seguir conmigo, y esa misma madrugada… os lanzasteis de la torre más alta hacia el foso, y moristeis.

La voz de ella era apenas audible, como si decirlo le causara un dolor terrible.

Las lágrimas caían de sus mejillas una tras otra, y aunque las limpiaba, era una tarea inútil, porque se volvían a humedecer.

Los hombros de ella temblaban, como si estuviera soportando el más grande sufrimiento.

Theodore sólo la miraba. Era extraño ser descrito así. Un hombre que había amado a otra mujer, uno que, estando casado con ella, nunca la besó, nunca la tocó. Uno capaz de cometer suicidio. Era extraño, totalmente contrario a lo que él era, a su esencia. No se imaginaba suspirando por otra mujer, era totalmente incapaz de tenerla cerca sin desear tocarla de alguna manera, y cada noche, de una manera u otra, le hacía saber y sentir cuánto la amaba y deseaba.

Y definitivamente, él no era el tipo de hombre, cobarde y egoísta, que se lanzara al foso sólo porque huía de una mujer, sabiendo que luego ella cargaría con esa culpa para siempre, desperdiciando así su vida, haciendo sufrir a su familia. No era el tipo de hombre que cometería suicidio, eso era tan cierto como que se llamaba Theodore, y estaba aquí, frente a su mujer, escuchando la historia más absurda que jamás se le habría podido ocurrir a una mente humana. Pero ella lloraba como si aún le doliera, y eso le hacía pensar que, al menos para ella, era verdad.

Extendió su mano hasta ella, atrayéndola a su pecho, y en esta ocasión, ella no rechazó su consuelo.

Lloró sobre él, explicándole cómo lo habían subido del foso, la herida que le había quitado la vida, y lo mucho que ella había llorado. Le explicó que, a partir de ahí, su mundo se derrumbó, la fuerza con que había luchado por mantenerse en el poder desapareció, y sus enemigos se alzaron contra ella. Charlotte daba

nombres, fechas, lugares. Admitió crímenes, y luego, describió su tiempo en la mazmorra.

Ivette y Elaine se habían ensañado contra ella, enviando a esos hombres para someterla, para destruirla en cuerpo y alma.

Finalmente, llegó al momento en que ascendió al cadalso, y cómo vio a Ivette burlarse de su desgracia, y cómo, su último pensamiento, fue para él.

Al terminar aquella parte de su vida, ambos estaban en silencio. Ella seguía sollozando, y se aferraba a él como una niña que aparece luego de haber estado perdida entre la multitud. Temblaba asustada, y sus nudillos ya se habían puesto blancos por la fuerza con que se aferraba a su jubón.

No cabía la menor duda de lo duro que era esto para ella, y por alguna razón, le creía. Era absurdo, loco, irreal. Pero le creía.

Una fuerza superior, por la razón que fuera, le había dado a su mujer una segunda oportunidad.

Y era extraño.

—Entonces… moristeis—. Ella tragó saliva una y otra vez. Intentó hablar, pero su garganta sonó seca. Theodore volvió a servirle agua, y ella volvió a vaciar el vaso.

—Vi… varias imágenes —dijo con voz entrecortada—. Escuché voces. Creo que conocí… a algunos de mis antepasados. Y cuando abrí mis ojos, tenía nueve años otra vez, y venía de camino hacia Albermale—. Ella se separó un poco de él, mirando a un punto fijo de la habitación recordando ese día—. Esta vez, ya sabía lo que me esperaba en este castillo. El hambre, el sufrimiento, el rechazo. Así que, cuando me presenté ante mi padre, me porté como si no quisiera estar aquí, casi supliqué que me devolvieran al orfanato. Pero sucedió algo increíble. Mi padre se puso de mi lado, y ordenó una habitación para mí, y asignó a Martha como mi doncella. Como ya sabía que mi abuela fallecería, cuidé de ella, expulsé a la persona que la estaba matando, y… salvé su vida, supongo. Con estas personas de mi lado… mi vida fue muy diferente.

Ella siguió hablando, pero su tono era totalmente diferente, tan diferente como la vida que ahora describía. Todos los actos de ayuda hacia la gente de la aldea y los sirvientes habían sido una compensación por lo que ella les había hecho en su vida pasada. Todo fue para ganarse su favor, porque no quería volver a ser odiada, y así, fue acumulando seguidores, admiradores, gente leal, capaz de dar la vida por ella.

—No lo hacía por buena —admitió—. Lo hacía por miedo.

No importaba, pensó él.

Daba bondad, porque eso era lo que tenía en el corazón, de todos modos. Y no lo hacía para cumplir un protocolo, lo hacía de verdad.

Theodore tomó sus manos temblorosas entre las suyas, obligándola a mirarlo a los ojos. Su expresión era una mezcla de asombro y ternura, como si estuviera viendo a Charlotte por primera vez, pero también entendiendo que, en esencia, ella seguía siendo la misma mujer que amaba.

—No importa lo que fuisteis en otra vida —dijo con firmeza—. Lo que importa es quién sois ahora. Y vos, mi lady… sois extraordinaria. Habéis enfrentado vuestros errores, habéis redimido vuestro pasado. No sé si esto fue un castigo divino o un regalo del destino, pero os eligieron para volver aquí por una razón. Y creo que esa razón es que tenéis la fuerza y el corazón para hacer las cosas bien esta vez.

Ella lo miraba con ojos enormes de asombro, llenos de amor y agradecimiento.

—¿Me creéis?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, sí.

—¡Oh, Dios! —suspiró ella echándose a sus brazos, rodeándolo con fuerza, como si aún temiera que algo pudiera pasar y los fuera a separar—. Tenía tanto miedo de contaros. Fui tan mala… fui tan tonta…

—Ya pasó —le aseguró él—. Todavía hay cosas… que me parecen extrañas. Todavía… quiero que me expliquéis a detalle.

—Sí, sí —contestó ella sin dudar, y se alejó unos pasos de él, pero Theodore se lo impidió, volviendo a acercarla.

—Sobre todo, quiero que comprendáis que jamás he amado a otra mujer —dijo con voz severa—. Y yo jamás cometería suicidio, por la razón que sea. Siempre lucharía por mi vida, y me mantendría firme hasta el final.

Ella apretó los labios, y aunque parecía agradecida por esas palabras, en ella todavía latía la sombra de la duda.

Volvió a apoyarse en él, suspirando, como si al fin, luego de un largo y cansado viaje, llegara a su hogar.

Cerró los ojos disfrutando de este momento, y dio Gracias a Dios.

Él todavía tenía muchas preguntas que hacer, pero por ahora, se permitió esta pausa. Ella la necesitaba, después de todo.

35

Theodore y Charlotte estuvieron largo rato sentados el uno al lado del otro al borde de la cama, abrazados, y en un momento, sintió que ella se aflojaba un poco, como si se estuviera quedando dormida.

Era comprensible. Apenas hoy habían llegado del largo viaje a Londres, luego, la fiesta, luego, su malestar y desmayo, y ahora esta larga conversación que debió dejarla emocionalmente exhausta. Sin embargo, cuando intentó alzarla en sus brazos para acostarla, ella volvió a ponerse alerta, frotó sus ojos como una niña, y lo miró fijamente.

—Deberíais dormir un poco —dijo él, y ella asintió soltando un bostezo. Entonces, se giró para darle la espalda, para que él la ayudara con el vestido.

Con una sonrisa, Theodore empezó a desabrochar botones y soltar lazos.

La piel blanca de ella pronto fue expuesta, pero Theodore no se inclinó a ella para besarla como hubiera hecho en otro momento, ni dijo palabra alguna, guardando silencio.

Seguía anonadado por lo que acababa de escuchar; su mente, su cuerpo, parecían enmudecidos, barridos por una fuerte tormenta, vacíos.

No había dejado de pensar y pensar en todo lo que ella había dicho. Era tan extraordinario, que tal vez necesitara del resto de la vida para comprender.

—Si vivisteis la vida dos veces… —dijo Theodore luego de un largo rato en el que sólo se escucharon sus respiraciones, el suave roce de la tela, y el leve crepitar del fuego en la chimenea— debe ser por una razón—. Ella asintió. Se había quedado en un simple camisón, y ahora, él le ayudaba a desatar su cabello.

—Es un poder que hay en la sangre de los Montfort —contestó en voz baja—. O, mejor dicho, en todos los hijos de Albermale. El linaje tiene la promesa de sobrevivir, al menos hasta el siglo veintiuno, y de una manera u otra, lo haremos.

—¿Hasta el siglo veintiuno? —se espantó Theodore, sobrecogido por la idea de que la humanidad avanzara hasta tan lejos en el futuro.

Charlotte sonrió. Ella había reaccionado igual cuando lo escuchó de su abuela.

—Y por eso, mientras haya un Albermale en Candelburg, todo irá normalmente, pero si el último de ellos fallece, por la razón que sea… es como si… el universo, Dios, una fuerza sobrenatural… se removieran para devolver todo a su lugar. No soy la primera que vuelve al pasado para salvar al linaje.

—¿Qué? —preguntó Theodore—. ¿Alguien más… ya vivió lo mismo que vos? —Ella asintió.

—El cuarto conde de Albermale, Roderick Montfort, y mi abuelo, lord Charles, fueron regresores.

Theodore tenía sus ojos muy abiertos, escuchándola atentamente. Luego, Charlotte, con cuidado para no volver a marearse, se puso en pie y avanzó a un rincón de la habitación.

Su abuela había devuelto a su lugar el libro de las crónicas de Albermale; el lugar donde se consignaba toda la sabiduría de este secreto.

Tomando una vela, Charlotte señaló un mueble de madera, pesado y viejo. Theodore se ocupó de moverlo, y bajo este, apareció una trampilla. Theodore lo abrió, encontrando rocas, carbón, y en el fondo, un arcón.

—¿Por qué el carbón?

—Mi abuela me explicó que absorbe la humedad.

—Qué extraño material —susurró Theodore tocando la singular tela transparente que rodeaba el arcón.

—Oh, creo que viene del futuro —explicó Charlotte agachándose a su lado para observarlo—. Mi abuela me dijo… que fue Elizabeth Collingwood quien lo proporcionó, además de las instrucciones para mantener el libro a salvo de la humedad y los bichos.

Theodore sacó el arcón de la trampilla, notando lo pesado que era. Tenía que estar recubierto por dentro con algún metal, la madera por sí sola no podía pesar tanto.

Era una bella pieza labrada y decorada con terciopelo azul oscuro y pan de oro. La seda también era azul, y era de la más fina calidad. Entre otra capa de esa fina tela transparente estaba el libro, reposando como un tesoro milenario, lleno de misterios y magia.

A un lado, había dos pares de guantes, y Charlotte le pasó uno tomando el otro para sí.

—El cuerpo humano despide grasa —explicó Charlotte, repitiendo las palabras de su abuela—. Si tocamos el libro con nuestras manos desnudas, lo destruiremos.

Theodore parecía haber ingresado en un extraño mundo onírico. Hasta ahora, había escuchado y creído la explicación de Charlotte, pero se estaba dando cuenta de que, en el fondo, había tenido una pizca de duda.

Todas las familias de Inglaterra, y del mundo, le daban a su linaje un origen mítico para arrogarse algún tipo de autoridad divina y así gobernar la tierra. Algunos aseguraban descender de los mismos Troyanos, diciendo que sus antepasados habían participado de dicha guerra; otros, aseguraban tener vínculos con reliquias sagradas como el Santo Grial. Asociaban su nombre con dragones y plantas que originaron la vida, y así, uno tras otro, se apresuraban a imprimirle a sus antepasados cualquier conexión sobrenatural.

Pero esto era real, pensó abriendo cuidadosamente el libro. Este papel no era de este tiempo, ni esta tinta. Había detalles tan pequeños y cuidadosamente hechos ya fuera en el arcón, en las tapas del libro, en la seda misma, que dudaba que el ser humano pudiera ser capaz de replicarlo con las herramientas con que contaba.

Charlotte le iba contando que, una viajera del tiempo, había traído los materiales para hacer este libro desde el futuro, y Theodore le creyó. Abrió su corazón y absorbió cada palabra, tomándola por real al instante.

Apoyó el libro en la mesa de la habitación, pasando sus páginas con mucho cuidado, y al escuchar a Charlotte bostezar otra vez, la ayudó a meterse en la cama, mientras él, con una vela lo suficientemente cerca, siguió admirando el libro.

Fue un pequeño chisporroteo de la vela lo que lo desprendió de la lectura, y se dio cuenta de lo tarde que era. Charlotte dormía profundamente, y él, acusando por fin el cansancio del día, cerró el libro, lo devolvió a su lugar, y se acostó al lado de su esposa.

Ella se movió buscando su calor, y con una sonrisa, Theodore se entregó al sueño. Mañana sería un día largo otra vez, y había mucho que hacer.

Charlotte se levantó un poco tarde esa mañana, con náuseas y malestar. No vomitó, al menos, pero el desayuno que le trajeron sus doncellas fue descartado de inmediato.

Escuchó el martillar sobre la madera en el patio de armas y le informaron que se estaba construyendo el patíbulo donde Armand y los leales a Kenneth serían ejecutados.

Faltaba gente por morir, pensó Charlotte con un sentimiento de cansancio. Sin embargo, no le prestó atención a aquel asunto, y se dedicó enteramente a mirar los libros de la administración del castillo, revisar las cuentas, las reservas y el personal. En la tarde, visitó a los aldeanos, atendiendo sus quejas, sus dolencias, y recibiendo también sus buenos deseos. Todo el castillo se había enterado de que llevaba en su vientre al heredero de Albermale, así que celebraban con ella.

Esa noche, llegó casi a rastras a su cama, y cuando Theodore llegó a la habitación, ella ya dormía.

Otra vez, él tomó una vela y leyó otro poco del libro.

Así se fue enterando de todo. La historia de Elizabeth Collingwood, Roderick Montfort, Charles; y ahora, era evidente, Charlotte debía escribir su parte.

Pasados unos días, ya había leído la última palabra, comprendiendo muchas cosas acerca del poder de esta familia, del castillo y el territorio en sí.

Habló mucho con Charlotte. Ella le daba sus puntos de vista, y juntos, trataban de comprender por qué esta familia había sido elegida para tal poder. Si había un propósito ulterior.

A veces, ella le daba más detalles de cómo había sido su vida, y su muerte. Volvió a describirle cómo había fallecido él, y cómo eso había sido la causa de la caída de su gobierno.

Él seguía repitiéndole que no había forma en que él se suicidara, pero el asunto era que no había pruebas de nada. Era un hombre alto y fuerte; ninguna persona podría atacarlo por sorpresa, ni podría simplemente empujarlo por la balaustrada haciéndole caer tan fácilmente. Si hubiese luchado, habrían quedado marcas en su cuerpo, pero no las encontraron.

O tal vez, quiso pensar él, ella no había tenido la presencia de ánimo para buscarlas minuciosamente. Ese hombre que prefería morir en vez de estar con su esposa no calzaba para nada con lo que él era, lo afirmaba una y otra vez.

—Fue por eso que me ignorasteis tantas veces cuando os conocí, ¿verdad? —ella sonrió de medio lado, esquivando su mirada.

—Tenía miedo—. Él guardó silencio, esperando que ella se explicara—. Yo había sido la causa de vuestra muerte en el pasado. No quería volver a haceros ese daño.

—El daño me lo hicisteis igualmente, amor mío, cuando me ignorasteis con tal crueldad.

—Pensaba que os estaba salvando la vida —sonrió ella—. Al final… no pude resistirme mucho tiempo a vos.

—Y doy gracias a Dios por eso, mi lady —dijo él acercándose más a ella en la cama, y Charlotte rio con picardía. Hacía días que no

hacían el amor, en parte, porque estaban tan ocupados que uno de los dos siempre se levantaba al amanecer, y el otro volvía a la habitación tarde en la noche. Sólo podían verse en los pasillos del castillo, o cuando ella iba de camino a la aldea.

—¿Os sentís mejor? —preguntó él metiendo la mano debajo de su bata, apretando suavemente su muslo, mientras por los azules ojos de Charlotte brillaba la expectativa.

—Mucho mejor.

—Vuestras náuseas…

—Han disminuido. Sólo las siento en las mañanas.

—Bien. Porque hace rato que no os consiento como me gusta — ella rio quedamente, y respondió a sus besos con entusiasmo, quitándole la poca ropa que llevaba, abrazándolo, abriendo sus muslos para él.

Pronto, él entró en ella, haciendo que los dos soltaran un hondo suspiro, y él empezó a moverse suavemente al principio, salvajemente, después.

Era perfecto, pensaba Charlotte. Tan hermoso como siempre soñó, tan suyo como siempre deseó.

Theodore no pensaba en nada. Simplemente disfrutaba a su mujer, la hallaba hermosa bajo él, alrededor de él. A pesar de que era la única con la que jamás había estado, sentía que podía darle todo el placer que ella necesitaba, y cada vez se le ocurrían ideas un poco más atrevidas, más alocadas, con posiciones que pondrían las orejas rojas a cualquier marinero.

O eso quería pensar. Entre los dos exploraban el cuerpo del otro con entusiasmo e ideas creativas. Ella era feliz, y eso lo hacía feliz a él.

Y un par de semanas después de que regresaran de Londres, por fin el patíbulo estuvo construido.

Charlotte no asistió a ese evento. Prefirió quedarse en los aposentos de su abuela tomando el té, charlando acerca de su embarazo, y de las expectativas del futuro. Sus tres doncellas las

acompañaban, pues tampoco habían querido participar de la macabra fiesta que se celebraba afuera.

Lo único que importaba era que, con este último acto, todos los enemigos de Albermale, que casi consiguieron su caída, habían sido erradicados.

Al menos por ahora.

Que sea por muchos años, oró Charlotte mirando por la ventana, mientras agitaba suavemente su tercera taza de té. No quería para su hijo un sufrimiento como el que ella había padecido, ni para su nieto. Era realista, y sabía que en el futuro otro enemigo se alzaría, o una nueva peste arrasaría, una guerra, o una gran calamidad. Pero ella insistía en rogar que fuera muy lejos en el futuro.

Ya anochecía cuando Theodore volvió a ella, y con la mirada le ratificó: ya estaba hecho. Todo había terminado.

Charlotte suspiró, pero, decidida a no dedicarle un pensamiento más a esas personas que tanto daño habían causado, apretó sus labios en un movimiento lleno de coquetería, con una leve caída de ojos y voz suave.

—Ciryl me ha dicho que no puedo montar a caballo por un largo tiempo —suspiró ella acercándose a su marido estirando los labios en un puchero—, pero tengo muchas ganas de dar una cabalgata, pasear por el camino de robles, abrazaros y soñar despierta.

Él sonrió.

—Os llevaré en mis brazos, entonces, para que podáis admirar el paisaje como queréis—. Charlotte sonrió rodeándole los hombros con sus brazos.

—Os cansaríais. Ya no estoy tan pequeña como antes.

—Mi señora, soy perfectamente capaz de alzaros a vos y a nuestro hijo.

—Oh, no me tentéis para poneros a prueba.

Él la alzó al instante, tomándola por sorpresa y haciéndole soltar un chillido. Sin embargo, Theodore no se estaba dirigiendo a la

salida del castillo, sino a sus habitaciones.

—Ya que no podéis montar un caballo —le susurró él—, os propongo otra montura.

—¿Qué? —preguntó ella, entre espantada y divertida.

—A mí.

Charlotte abrió grande la boca, y Theodore soltó la carcajada, mientras iba con ella en volandas por las escaleras.

—¡Tramposo! —protestó ella, pero iba riendo, besando el cuello masculino, ansiando poder quitarse el vestido desde ya.

Los sirvientes con los que se iban encontrando se desviaban de inmediato, soltando risitas de complicidad. Era normal ver a sus señores así de cariñosos, así que, siempre que podían, les facilitaban las cosas para que ninguno sintiera vergüenza.

Los señores de Albermale estaban ocupados en la procreación.

Fin.

Epílogo

Charlotte tenía nueve años otra vez. Lucía un vestido viejo y sucio, y sus flacos brazos apretaban su estómago para que dejara de gruñir. Buscaba en la cocina un mendrugo de pan, pero lo que encontró fue un banquete.

Pollo, venado, faisán. Frutas, verduras, té.

Y luego escuchó música.

Estaba en una fiesta. Su padre y su abuela bailaban en el centro del gran salón, riendo felices. Ver a su padre hizo que le doliera un poco el corazón. Ojalá hubiese sido él quien volviera al pasado, pensó. Él merecía haber sido feliz.

Se miró a sí misma dándose cuenta de que ya no tenía nueve años ni vestía harapos. Llevaba puesta la armadura que el herrero había hecho para ella, y blandía la espada. En el suelo, un Kenneth derrotado le suplicaba por su vida.

Era un sueño, se dio cuenta dentro del sueño. Estaba soñando otra vez con el pasado.

No quiero, se dijo. Mi vida es diferente. Soy otra Charlotte.

Ya todo eso quedó atrás, y aunque siempre tendré cicatrices, ellas están cerradas, totalmente sanas.

Y entonces, se vio a sí misma en la torre más alta. La torre negra, como había empezado a llamarla. Era de noche, y estaba vacía y oscura. Los centinelas se veían muy pequeños desde aquí, y abajo, el foso.

Escuchó unos pasos, y pronto vio a Theodore llegar hasta la balaustrada, dando un golpe al mármol mientras apretaba los dientes, elevaba las manos mesando su cabello una y otra vez, como si estuviera molesto, desesperado.

—Maldición —masculló él, y se recostó en la pared, tratando de regular su respiración.

De alguna manera, pudo escuchar lo que pensaba.

“Ella tiene razón”, decía en su mente. “Necesita un heredero, y sólo yo puedo proporcionárselo”.

El corazón de Charlotte se agitó. Este era el Theodore de su pasado. El Theodore que la odiaba, un Theodore que ella también amó. Se acercó a él, con los ojos completamente llenos de lágrimas.

No, no lloréis, se dijo una y otra vez. Está vivo, está a vuestro lado. Es vuestro marido de nuevo, y esta vez, lo es en toda la extensión de la palabra. Os ama.

Pero tenía un apego extraño con este Theodore que la despreció, así que lloró por él.

“Infiernos. Tampoco soportaría que otro hombre la toque”, siguió él en sus pensamientos. “Es mi mujer, maldición. Es mala, cruel, pero a veces… tengo esa sensación de que hay mucho más en ella, algo que no consigo ver, que ella no me muestra”.

El corazón de Charlotte pareció romperse en ese instante.

Era verdad. Ella nunca se mostró tal cual era ante él. Por el miedo a ser rechazada, a parecer débil, a ser aplastada, siempre tuvo puesta esa máscara de dureza. Todas sus peticiones a él salían más como órdenes, sus ruegos como exigencias, sus súplicas como reclamos.

“Tal vez deba ceder”, siguió pensando él. “Darle un hijo. No por ella, por Albermale. Con un heredero, todo el feudo se estabilizará, los vasallos, los aliados, incluso los aldeanos, tendrán una esperanza. Y tal vez… la maternidad, y la paz, hagan un milagro en ella, y al fin me muestre su verdadero corazón”.

Aquello dejó a Charlotte paralizada. ¿Él estaba pensando en yacer con ella para engendrarle un hijo? ¿Él había guardado una última esperanza de redención para ella? ¿De verdad? ¿Cuándo?

La noche de su muerte, se dio cuenta. Esta era la noche en que habían discutido por última vez, ella había llorado preguntándole si prefería morir antes que estar con ella, y como respuesta, él se había lanzado desde aquí.

—Yo jamás cometería suicidio —dijo la voz del Theodore de ahora tras ella, pero al girarse, no vio a nadie.

Entonces, Armand llegó al balcón, con su voz de serpiente, suave y educada, preguntándole qué atormentaba al señor, que lo mantenía despierto hasta tan tarde.

Theodore no contestó, sólo se dio la vuelta, mirando hacia el cielo.

Charlotte miró a Armand con profundo odio. Aunque sabía que había sido ejecutado, que había perdido todo, en este momento, lo odiaba tan profundamente, que sentía que su castigo no había sido suficiente.

No importaba si arrancaba su piel a tiras, si le hacía comerse sus propias entrañas. Nunca sería suficiente.

—No importa, sir Armand. Sólo estoy… cavilando un poco. Quisiera estar solo, si no os importa.

Armand asintió haciendo una reverencia, pero hizo una señal con los ojos, y de la oscuridad salió un soldado, sir Brad, uno de los que había venido con Elaine desde Gryndmere, el que había estado allí cuando a ella la decapitaron, y atravesó a Theodore con una lanza en la espalda.

Charlotte gritó, corrió a él, pero no pudo asirlo, y horrorizada, vio a su esposo apretar los dientes mientras gruñía de dolor. Su boca se llenó de sangre, y la luz fue perdiéndose de sus ojos.

—Ah, creí que iba a ser más difícil —dijo Armand, sacudiendo el inexistente polvo de sus vestiduras—. Resultó ser tan sencillo.

—¡Sólo porque lo atacasteis por la espalda, maldita rata traicionera! —gritó Charlotte.

Brad sacó la lanza del cuerpo de Theodore, y, con una patada, lo lanzó al foso.

Charlotte gritó con toda su fuerza, y desde arriba, lo vio caer lentamente. Él pareció mirarla en un último instante, pero debía ser una ilusión, ella allí no tenía un cuerpo, no había manera.

Y al caer al agua, una de las estacas se clavó en su cuerpo, justo en el lugar donde antes lo había atravesado la lanza, haciendo en él un agujero aún más enorme.

El soldado se ocupó de limpiar minuciosamente la sangre de la balaustrada, del piso, de la lanza.

Armand sonreía, mientras hacía cuentas de cuánto tiempo resistiría la condesa luego de esta gran pérdida. Había sido evidente, todo este tiempo, de cuánto lo amaba ella, de cuánto lo necesitaba. Sin su mejor elemento, su gobierno no tenía más destino que la caída.

—¡Maldito! —gritó Charlotte—. ¿Por qué no asistí a vuestra muerte? ¡Por qué no vi esto antes? ¡Os odio, os odio! —gritó una y otra vez, llorando.

Luego se vio a sí misma, llorando a los pies del cuerpo de Theodore, desgarrando su alma por lo insoportable que era el dolor.

—Yo jamás cometería suicidio —dijo de nuevo la voz de su esposo, y ella volvió a girarse para mirar—. Por la razón que sea. Siempre lucharía por mi vida, y me mantendría firme hasta el final.

Despertó llorando, buscando a su esposo en la cama, y, hallándolo, se aferró a él.

Ya tenía siete meses de embarazo, su vientre había crecido mucho, pero no le estorbó para casi ponerse encima de él y abrazarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, despertando, un poco aturdido por su llanto, pero ella era incapaz de hablar, sólo lloraba y lloraba—. Mi amor, ¿es el bebé? ¿Os duele algo? Por favor, decidme para llevaros con el médico. ¿Qué pasa?

—No pasa nada —dijo ella entre sollozos—. Sólo… que ya sé la verdad.

Él la miró en silencio, y tuvo que esperar largo rato a que ella se calmara.

Luego, sorbiendo un poco sus mocos, y tratando de calmarse, Charlotte le contó su sueño. Al menos, la última parte. Theodore

salió de la cama y encendió una vela, mirando su rostro devastado por el llanto, acariciando su mejilla para confortarla.

Mientras le describía la manera en que había sido asesinado, Theodore respiró hondo, acariciando su cabello, sintiéndose aliviado.

Aunque él siempre había sabido, en el fondo de su alma, que nunca habría acabado con su vida por su propia cuenta, ella había sido atormentada durante años con esa idea. Hoy, por fin, encontraba la verdad.

Ni siquiera se preguntó cómo era posible. Lamentaba un poco no tener esos recuerdos para ofrecerle un punto de vista diferente, pero cuando decía eso, ella decía alegrarse de que él no recordara nada, como si pudiera amarla menos sólo por ser capaz de recordar a la tirana.

—Eso sólo demuestra lo firmes que son vuestras convicciones —le había dicho ella, justificando su anterior apatía—. Lo fijos que son vuestros principios. Jamás amaríais a una persona mala. La bondad y la maldad no pueden coexistir. Eso os hace el hombre que amo.

Ahora que lloraba en sus brazos, aturdida por el sueño que le acababa de describir, la abrazó, rodeándola con brazos y piernas, y le acarició suavemente la espalda esperando a que se calmara. Por fin, luego de un largo rato, ella guardó silencio.

—No importa qué haya pasado en esa otra vida, Charlotte —le aseguró él tomando su barbilla para que lo mirara—. Yo os amo. Siempre os amaré. Si de repente os volvierais mala, entonces, yo usaría toda mi fuerza, movería cielo, mar y tierra, siempre con la esperanza de que volvierais.

Ella abrió grande los ojos al escucharlo. En ese sueño, él había tenido la esperanza de que un hijo la hiciera buena.

Eran tan parecidos el Theodore de antes y el de ahora. ¡Lo amaba tanto!

—Lo sé —le dijo, llorando de alivio, de felicidad.

Era como si, en el fondo de su alma, todavía hubiese quedado un resquicio de duda, una pequeñísima incertidumbre.

Tomó su rostro entre sus manos, y cerrando sus ojos, le dijo:

—He pasado toda mi vida buscando algo que no sabía cómo nombrar. Un propósito, tal vez. O quizás… simplemente paz. Pero ahora entiendo que lo que siempre busqué era esto: vos. Vuestro corazón, vuestra alma, vuestra risa. Todo lo que sois me completa de una manera que nunca pensé posible. Os amo tanto, tanto… No importa cuántas veces viva, Theodore… siempre os amaré.

Él sonrió, atrayéndola a su pecho.

—Ya que hay tanta magia en Albermale, ¿creéis que sea posible que nos amemos aun después de que muramos? —ella sonrió por primera vez en mucho rato.

—Después de todo lo que he vivido, creo que ya nada es imposible.

—Bien. No importa en qué realidad nos encontremos, en que tiempo, en qué caminos; yo siempre lucharé por vos, siempre estaré de vuestro lado; mi espada, mi vida, mi verdad, sólo estarán para vos —él se acercó para dejar un beso sobre sus labios—. Y no sé si en el pasado os amé o no, me extraña que, viendo vuestro hermoso rostro, no haya caído rendido a vuestros pies la primera vez, pero estoy seguro, mi lady, que con el tiempo, yo habría logrado traspasar los obstáculos, y habría visto vuestro bello corazón. Siento que, simplemente, nos separaba una gran montaña, una montaña de mentiras y traición.

—¿Lo creéis? —susurró ella, con la voz quebrada, llena otra vez de esperanza.

—Estoy seguro —aseveró él—. ¿No veis que, esta vez, sin toda esa maraña, os he amado en cuanto os vi?

Charlotte sonrió. Su corazón danzaba feliz, sus ojos brillaban de lágrimas, pero eran de dicha, por fin.

—Sí —dijo. Y fue más como el sí que dio ante el altar, el día que se casaron—. Sí. Lo veo.

—Pase lo que pase, os amo. No tengáis miedo de mostrarme vuestro verdadero corazón. Vos tenéis el mío en vuestras manos.

—Sí —volvió a decir ella. Respiró hondo y se acomodó nuevamente entre sus brazos—. Os amo —dijo—. Os amo.

Lo repitió una y otra vez, mientras él volvía a besar su frente, sus negros cabellos.

La paz y la quietud volvieron a sus cuerpos, acompasando sus respiraciones, aflojando sus miembros.

En Albermale avanzó la noche, las estrellas avanzaron en su danza a través del cielo.

Theodore, despierto, miró hacia una pared, cubierta de tapices bordados, iluminados por la cálida luz de la vela.

Y sonrió.

—Gracias, Candelburg —susurró—. Sé que fuisteis vos.

Nadie la escuchó, pero una risa infantil, traviesa y sagaz, recorrió los muros y los cimientos del castillo. La luna llena iluminó las almenas, el bosque y la aldea. Los campos recibieron la brisa suave, agitándose en un canto de alegría.

Era una tranquila noche en Albermale.

Lista de obras

Ámame tú (Hermanos Richman No. 1)
Ámame siempre (Hermanos Richman No. 2)
Yo no te olvidaré
Rosas para Emilia
Un verdadero caballero (Dinastía Albermale No. 1)
Una falsa dama (Dinastía Albermale No. 2)
Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)
Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)
Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)
Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)
Tu ilusión (Saga Tu silencio No. 5)
Mis Anhelos (Saga Tu silencio No. 6)
Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)
Dulce destino (Saga Dulce No. 2)
Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)
Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)
Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)
Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)
Locura de amor (Saga Locura No. 1)
Secreto de amor (Saga Locura No. 2)
Anhelo de amor (Saga Locura No. 3)
El fuego en tus ojos (Saga Mujeres de hierro No. 1)
El cielo en tus manos (Saga Mujeres de hierro No. 2)
El mundo en tus besos (Saga Mujeres de hierro No. 3)
Ese maldito encanto tuyo (Saga Sombras de Bath No. 1)
La trampa en tu sonrisa (Saga Sombras de Bath No. 2)

Biografía de la autora

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982. Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, con una carrera docente de varios años en la asignatura de Español que abandonó para dedicarse por completo a sus libros.

Actualmente, vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública las más de cuarenta historias que tiene en su haber.